BALEARES Y AMÉRICA

Bartolomé Escandell

COLECCIONES MAPFRE 1492

Las Baleares, al llegar la época de los descubrimientos geográficos, se hallan en unas circunstancias estructurales que lastran bastante la posibilidad de ejercer un protagonismo destacado: la posición geográfica, excéntrica respecto de la dominante atlantista desde fines del siglo XV, la coyuntura socioeconómica insular, regresiva en el momento de los grandes descubrimientos, y el contexto histórico, desfavorable a lo largo del siglo XVI. Las circunstancias positivas son, en cambio, de naturaleza historicocultural: navegantes y mercaderes, gentes de frontera, de abierta mentalidad social e intelectual, gentes poseedoras de un patrimonio cultural sedimentado por las viejas aculturaciones de las colonizaciones clásicas. Estas fuerzas de fondo, complejas y contradictorias, condicionan la cronología y la naturaleza de las relaciones exteriores de las islas Baleares. Bartolomé Escandell estudia esas fuerzas de las que dependieron las formas históricas de la relación Baleares-América a través de los siglos modernos.

Bartolomé Escandell (Ibiza, 1924). Doctor en Historia. Catedrático de la Universidad de Alcalá de Henares. De la Academia Portuguesa de Historia. Obras: *La peculiarización americana de la Inquisición española en Indias* (1972), *Cisneros y América* (1986) y *Estudios cisnerianos* (1990).

Colección Las Españas y América

BALEARES Y AMÉRICA

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Mario Hernández Sánchez-Barba
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1992, Bartolomé Escandell
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-323-6 (rústica)
ISBN: 84-7100-324-4 (cartoné)
Depósito legal: M. 2518-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, km 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

BARTOLOMÉ ESCANDELL BONET

BALEARES Y AMÉRICA

EDITORIAL
MAPFRE

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN. LOS FACTORES EXPLICATIVOS DE LA PECULIAR RELACIÓN BALEARES-AMÉRICA

I. LOS DETERMINANTES GEOHISTÓRICOS 19

Las promisorias potencialidades históricas del archipiélago y del ser histórico balear 20

La gran inflexión geohistórica moderna. Del Mediterráneo al Atlántico: el emplazamiento excéntrico del Reino insular 31

II. LOS CONDICIONANTES COYUNTURALES DE LA RELACIÓN 33

La crisis balear del siglo XV 34

El siglo XVI insular, explicación histórica de una relación tardía 53

III. UN DOBLE COLOFÓN INICIAL 59

Sobre las condiciones estructurales de partida 59

Sobre las condiciones bibliográficas de base 60

SEGUNDA PARTE

LAS BALEARES EN LAS PRECONDICIONES DEL DESCUBRIMIENTO Y EN LOS PRECEDENTES DE LA ACCIÓN ESPAÑOLA EN INDIAS

A) LAS PRECONDICIONES REALES 67

I. LA TRADICIÓN CARTOGRÁFICA MALLORQUINA 69

La cartografía medieval 70

La «escuela» mallorquina: Angelí Dulcert y la familia de «Cresques lo juheu» 72

II. El pionerismo balear bajo-medieval en las rutas y acciones coloniales atlánticas 83

El cruce del Estrecho y la irradiación mediterránea hacia el Océano 83
La presencia balear en el Atlántico Norte 85
Baleares, precursora en el África atlántica 87

III. Pionerismo misionero balear en Canarias 93

Introducción 93
Los métodos misionales: el problema de la comunicación con el aborigen 94
El proceso evangelizador 96
Sentido histórico y raíces mallorquinas del proceso 97

IV. Consideraciones finales 99

B) LAS PRECONDICIONES IMAGINARIAS: LAS HIPÓTESIS DE UN COLÓN BALEÁRICO 101

I. La base previa de partida: el enigma histórico de la patria colombina 105

II. Las hipótesis del Colón mallorquín 109

III. El supuesto Colón ibicenco 117

Tercera parte

BALEÁRICOS EN LA ACCIÓN ESPAÑOLA DEL NUEVO MUNDO

I. Introducción: América, incorporada a la Corona de Castilla .. 123

II. Caracteres generales de la presencia balear en Ultramar 127

Mención de los desconocidos 128

El problema de las procedencias o lugares de origen 130
Condición socioprofesional 131
Geografía americana de la presencia balear 132

III. Galería de baleáricos en América 135

Marinos, pilotos, navegantes y pobladores 136
Militares, políticos y gobernantes 156
Cronistas e historiadores 196
Científicos, artistas y escritores 207

Cuarta parte

CIVILIZACIÓN Y ESPIRITUALIDAD BALEAR EN EL NUEVO MUNDO

I. Introducción 227

II. Los principales realizadores: religiosos, misioneros y prelados ... 231

Los primeros misioneros y mártires baleáricos 232
Fray Antoni Llinás, misionero de misioneros 239
Irradiación evangélica del Colegio de Querétaro y de los misioneros mallorquines del padre Llinás 245
Fray Junípero Serra, apóstol y civilizador de California 250
La estela misional juniperiana 261
Misioneros baleáricos en América del Sur y Extremo Oriente. Los jesuitas en Paraguay, Chaco y Tucumán 273
Prelados baleáricos en América 282
Los modestos e innominados religiosos: un cura ibicenco en Cienfuegos 285

III. Análisis e interpretación de las realizaciones: raíces, estilo y caracteres baleáricos en la evangelización civilizadora de Indias 287

Las raíces lulianas 290
El concepto de Misión como poblamiento y el «Golden State» como «anfictionía» baleárica 294
Principios y técnicas de la evangelización civilizadora 296

Quinta parte

BALEARES Y AMÉRICA EN SUS RELACIONES CONTEMPORÁNEAS (SIGLOS XIX-XX)

I. Consideraciones preliminares 307

II. La relación económica: comercio y comerciantes, buques, mercancías y capitales 309

Generalidades 309
Comercio mallorquín, comercio balear 313
La primera relación mercantil Baleares-América: el comercio indirecto y las operaciones comerciales anteriores a 1778 314
La relación comercial baleárico-americana a partir del decreto de liberalización: 1778-1820 319
La subsiguiente evolución del comercio con América 327
El comercio ultramarino, antecedente de la relación humana contemporánea 343

III. La relación biológica: emigración y criollismo baleárico en Ultramar 345

La corriente emigratoria contemporánea 346
La emigración baleárica de los siglos XIX y XX 347
Los grandes criollos baleáricos 370

IV. La relación sentimental y afectiva 377

Homenajes americanos a la obra americanista balear 378
Sintonía americana con la lírica balear. Miquel Costa i Llobera 386
Americanos ilustres en el archipiélago 391

V. La relación historiográfica. El americanismo balear actual 401

Introducción y caracteres generales. 401
La promoción institucional y privada actual del americanismo balear 404
El americanismo colombinista 407
Lingüística y etnología de los pueblos americanos 409
El americanismo balear de tema misional 413
Los aspectos jurídicos y políticos en el americanismo balear 415

El conocimiento historiográfico de las relaciones mercantiles con América 416
Americanismo balear de temática extraisleña 418

APÉNDICES

Bibliografía seleccionada 423

ÍNDICE ONOMÁSTICO 427

ÍNDICE TOPONÍMICO 435

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN. LOS FACTORES EXPLICATIVOS DE LA PECULIAR RELACIÓN BALEARES-AMÉRICA

Al abordar las relaciones de Baleares con América a través del tiempo —un estudio que intencionalmente quisiera sobrepasar el carácter narrativo para ser también analítico y explicativo— se hace preciso comenzar, por lo mismo, aludiendo a los grandes determinantes estructurales —es decir, a aquellas realidades de naturaleza «permanente», o cuyas consecuencias son, al menos, de «larga duración»— configuradoras del ser histórico balear y constitutivas por ello, de entrada, de las bases de partida de tales relaciones.

Desde esta perspectiva, las Baleares aparecen, a los ojos del historiador, caracterizadas por circunstancias que, por una parte, representan un caudaloso potencial de claras virtualidades humanas, culturales, de civilización, idóneas para una acción y relación con América, dada la naturaleza civilizadora y las dimensiones misionales que tuvo la empresa de España en Ultramar; por otro lado, circunstancias, a la vez, que dificultaron seriamente las posibilidades de una relación fluida y ello se dejó especialmente ver durante el primer siglo de acción española en Indias.

Estas circunstancias negativas fueron, fundamentalmente, de posición geográfica (excéntrica respecto de la dominante atlantista de los grandes circuitos histórico-económicos del mundo moderno desde fines del siglo xv); de coyuntura socioeconómica insular (regresiva en el momento de los grandes descubrimientos) y, en fin, de contexto histórico, desfavorable a lo largo del siglo xvi (a causa de vicisitudes internas y, sobre todo, del expansionismo imperial turco-berberisco, que tuvo cercada, y en permanente peligro de asalto pirático, la vida del archipiélago balear).

Las circunstancias, en principio positivas, son, en cambio, de naturaleza histórico-cultural: la natural vida marinera, las seculares experiencias mercantiles y de relación humana que ello comporta, la abierta mentalidad social y las actitudes intelectuales resultantes, la vieja cultura mediterránea y las tradiciones espirituales acumuladas... Se trata, en suma, de los caracteres impresos en el ser histórico y en la psicología colectiva del hombre balear por los milenios de vida histórica, por las influencias recibidas, las condiciones vitales de un archipiélago mediterráneo: factores que decantaron hombres de mar, navegantes y mercaderes, gentes de frontera y de empresa, emigrantes natos porque sus mundos insulares —islas mediterráneas económicamente incompletas, por naturaleza— les obligan regularmente a buscar fuera sus imprescindibles complementariedades materiales y les hacen, pues, potenciales protagonistas de acciones exteriores, de aventuras y asentamientos extraisleños... Gentes, al mismo tiempo, poseedoras del patrimonio cultural sedimentado por las viejas aculturaciones de las colonizaciones clásicas, de tantos pueblos mediterráneos recalados en sus playas y que, lógicamente, dejaron el influjo de milenarias tradiciones religiosas y saberes, capaces de crear un tipo humano intelectualmente complejo, refinado y culto, agente potencial de grandiosas construcciones intelectuales y concepciones ecuménicas —como las de Ramón Llull— o de inextinguibles energías espirituales en los individuos, como las que muestra, por ejemplo, un fray Junípero Serra.

Gentes e islas, en suma, que, en la época tardo-medieval y protorenacentista —cuando llega la época de los descubrimientos geográficos— participan de los ímpetus expansivos —en el comercio, en recursos técnicos, y en espíritu religioso— que animaban entonces a los pueblos de la sociedad occidental, pero cuya incanjeable posición mediterránea y las peculiares condiciones coyunturales propias, representan circunstancias estructurales de base, que lastran considerablemente la posibilidad de ejercer un protagonismo destacado en el alba de la acción hispánica en América.

Todas estas complejas —contradictorias— fuerzas de fondo —invisibles, subyacentes, «de larga duración», estructurales, en suma— forman el sistema orgánico de factores interdependientes que, a la postre, explican, pues, la concreta formalización de los hechos empíricos y observables, condicionan la cronología y la naturaleza de las relaciones

exteriores de la comunidad balear. De ahí que sea preciso, como introducción, acercarse a considerar esas magnas realidades de fondo, de las que dependieron las empíricas formas históricas de la relación Baleares-América a través de los siglos modernos.

I

LOS DETERMINANTES GEOHISTÓRICOS

Es evidente que, al referirnos a una comunidad insular mediterránea, su incanjeable emplazamiento físico aparece como el más primario condicionante de su ser histórico y, por lo mismo, resulta obligada y previa la consideración de Baleares desde sus determinantes geohistóricos [1].

Y lo primero que se percibe en este sentido, y en términos de nuestro estudio, es la circunstancia desfavorable del emplazamiento relativo del archipiélago, respecto del carácter atlantista que los grandes descubrimientos geográficos confirieron a la historia universal a partir del siglo xv. Se diría que este condicionante básico era tanto más difícil de asumir, cuanto que implicaba una brusca mutación de las seculares condiciones de privilegio que, en términos de emplazamiento geohistórico, había gozado el archipiélago durante los milenios en que el escenario primordial de la cultura humana había tenido contornos mediterráneos. Por ello, conviene comenzar recordando a grandes rasgos, todo lo que de prometedor había impreso sobre la historia mediterránea en las islas y la mentalidad de las gentes baleáricas.

[1] La utilización del término Geohistoria y las consideraciones geohistóricas que se prodigan actualmente en las explicaciones del pasado, tienen como raíz inmediata las aportaciones conceptuales y las reflexiones sobre la «larga duración» debidas a F. Braudel. *Vid.*, entre sus obras, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (trad. esp.), México, F. C. E. (2 vols.), 1953 (segunda edic., rev. y aumentada, en francés, París, Colin, 1966, 2 vols.; nueva edic. esp. 1976); del mismo, *La Historia y las Ciencias Sociales*, Madrid, Alianza, 1968, pp. 60 y ss., por ejemplo. Una precisa aplicación a Baleares de consideraciones geohistóricas, en B. Escandell Bonet, *Baleares: Geohistoria y Realeza en la forja de su identidad colectiva*, Conferencia, Madrid, Fundación Institucional Española, 1988.

Las promisorias potencialidades históricas del archipiélago y del ser histórico balear

Y al respecto, aparece como fuente previa de los rasgos caracterológicos indelebles, el papel que el archipiélago había asumido durante milenios en la mecánica geohistórica del viejo mundo mediterráneo y, como resultante humana, las promisorias condiciones nativas que tal circunstancia había impreso en el ser histórico de sus habitantes.

La milenaria función histórica de Baleares en el mundo mediterráneo

El Mediterráneo —este espacio marítimo intercontinental, de dos millones y medio de kilómetros cuadrados, que une y separa a la vez tres continentes, cuyas costas, penínsulas e islas están ocupadas por pueblos ribereños pertenecientes a etnias distintas— ha sido, como es bien notorio, uno de los principales escenarios históricos de elaboración de la cultura universal [2]. La vida urbana, el pensamiento racional, la cosmovisión religiosa del universo, toda una estética, la reflexión sistemática, la organización de la vida colectiva desde el derecho y la política... tal como los entendemos hoy, puede decirse que han nacido en sus orillas y desde ellas han pasado a ser patrimonio común de la humanidad.

Pues bien, en el Viejo Mundo y en el propio espacio mediterráneo, el proceso de elaboración de aquellos logros que la cultura humana ha seguido, como se ha subrayado muchas veces, una marcha histórico-cultural con claro sentido este-oeste.

En efecto, el centro de gravedad histórico que, en los milenios iniciales de la civilización, estuvo representado por las grandes culturas fluviales del llamado «creciente fértil» (Mesopotamia, Egipto, Siria, Palestina, etc.) [3], se desplaza posteriormente al espacio Mediterráneo-

[2] Además de la obra de Braudel, citada en la nota anterior, *vid.*, por ejemplo, E. Ludwig, *El Mediterráneo*, Buenos Aires, 1952.

[3] Para una visión de la marcha de conjunto tal como aquí se enfoca, puede acudirse a la obra de R. Turner, *Las grandes Culturas de la Antigüedad* (trad. esp.), México, Fondo de Cultura Económica (sucesivas ediciones).

oriental con la eclosión de las thalasocracias fenicia, cretense y minoica, predecesoras, a su vez, de la posterior y culminante civilización de la Grecia clásica de Pericles.

La Roma imperial —conquistadora, a su vez, de la Hélade, heredera de su legado intelectual y artístico, y creadora de la unidad política de las distintas riberas mediterráneas— implicaría un paso más hacia esta occidentalización progresiva de la gravitación histórico-universal, puesto que la uniformización cultural que proporciona a todo el Mediterráneo el Imperio Romano, llega hasta los litorales continentales e isleños de la Europa atlántica.

Ciertamente, esta ampliación occidental aneja a la romanización, se desmorona alrededor del siglo v de nuestra era por la penetración de los pueblos «bárbaros» y la invasión musulmana; lo que da lugar a grandes áreas histórico-culturales diferenciadas (Cristiandades latina, griega, el Islam...); pero la marcha histórica recuperará el sentido occidental y se perfeccionará, cuando la Europa occidental —las jóvenes monarquías medievales europeas resultantes de la disgregación romana y de la penetración de los pueblos germánicos en el ámbito romanizado— asuman el legado clásico, al tiempo que intentan reconstruir la unidad política mediterránea.

Pues bien, acontece que en el curso de este sostenido proceso de desplazamiento del centro de gravedad histórico, desde la cuna próximo-oriental de la civilización humana hacia áreas cada vez más occidentales, el archipiélago balear asumió, durante milenios, una decisiva función natural de *relai* o enlace geohistórico.

En efecto, la trayectoria este-oeste de la indicada marcha histórico-universal pudo realizarse, en parte, gracias al viejísimo «puente de islas» que cruza longitudinalmente el Mediterráneo —Chipre, Creta, Sicilia, Malta, Córcega, Cerdeña— cuyos eslabones finales hacia las *Columnas de Hércules* (estrecho de Gibraltar) camino del océano, fueron precisamente las *Baleárides* —Menorca y Mallorca— y las *Pitiusas* —Ibiza y Formentera—. Es decir, el archipiélago fue, desde los más remotos tiempos [4], una escala natural de avance del hombre en sus desplazamientos marítimos hacia un progresivo *far West*, con lo cual, nuestras

[4] F. Kessler-M. Baudouin, *La préhistoire des îles Baléares*, París, 1915 (*vid.* trad. pról. J. Pérez Acevedo en *Rev. de Menorca*, 1915, 193-222).

islas cumplieron una función decisiva y central en los mecanismos geohistóricos del mundo mediterráneo clásico.

Los últimos descubrimientos prehistóricos en las Islas demuestran lo extremadamente antigua de esta función de enlace del archipiélago [5]; así los hallazgos en la Cova de Muleta (Sóller, Mallorca), en el abrigo de Son Matge (Valldemosa, Mallorca), los restos dolménicos pretalaióticos aparecidos en Son Bauló (Mallorca), en Alcaidús (Menorca), Montple (Menorca), Ca Na Costa (Formentera [6]), y su datación por el método del radiocarbono; sitúan ya en el V y IV milenio la primera presencia humana en las Islas, cuando hasta hace poco se suponía de sólo alrededor del año 2000 el primer poblamiento insular. Este se intensifica, lógicamente, en siglos posteriores, desde la Edad del Bronce y del Cobre [7] —como lo testifican las típicas construcciones navetiformes [8] y talaióticas [9] de Mallorca (So N'Oms, Capocorb, Els Antigors, S'Illot, Son Favar, etc.) y Menorca [10] (Gran Catlar, Torre d'En Gaumés, Alcaidús, Trepucó, Na Comerma, Es Tudons [11], etc.).

El tradicional papel del archipiélago se acrecienta, claro está, a partir de épocas plenamente históricas (colonización fenopúnica de Ibiza [12], dominación romana en las Islas, presencia germánica, islámica, etcétera), en que, desde la Edad Antigua, el archipiélago entra en la secular dinámica humana, política, comercial, cultural, bélica, del mundo mediterráneo-occidental hasta fines de la Edad Media.

[5] *Vid.*, por ejemplo, J. Hernández Mora, «Menorca prehistórica. Notas descriptivas», *Rev. de Menorca* (1948), pp. 245-330, con il.

[6] *Vid.* J. H. Fernández-L. Plantalamor Massanet-C. Top, *El sepulcro megalítico de Ca Na Costa (Formentera)*, Ibiza, 1987.

[7] J. Segui i Rodríguez, «Importancia de Menorca bajo el aspecto protohistórico», *Rev. de Menorca* (1888) (pp. 49-56).

[8] F. Fernández Sanz, «Las naus o nauetas de Menorca», *Rev. de Menorca* (1910) (pp. 107-112); *ibid.*, 203-215.

[9] J. Segui i Rodríguez, «Los talayots, según Hübner, Fita y Fernández Duro», *Rev. de Menorca* (1980) (pp. 305-18).

[10] F. Camps Mercadal, «Itinerario de los talayots (Menorca). Tres días de expedición arqueológica en los distritos de S. Cristóbal y Ferrerías», *Rev. de Menorca* (1896-97), pp. 94-109.

[11] J. Segui i Rodríguez, «Naveta de los Tudons» *Rev. de Menorca* (1890), 369-72 (lám.).

[12] *Vid.* M. Tarradel y M. Font. *Eivissa cartaginesa*, Barcelona, 1975; J. M. Blázquez, «La colonización cartaginesa de Ibiza», en *Historia de España Antigua*, Madrid, Cátedra, 1988, t. I, cap. XVIII, pp. 460-509.

Con razón los isleños pudieron pensar, durante siglos, lo que los jurados de Mallorca escribieron al comenzar la Edad Moderna a los «consellers» de Barcelona, según un conocido y divulgado escrito:

> Aquest regne es clau dels regnes comerçiants d'Espanya, de Sardenya, Sicilia i Nàpols i de las fortalesas de Bugía i Goleta, perque Mallorca es cap de creus y molt propinqua a Proensa y Lenguadoch.

Emplazamiento estratégico privilegiado, pues, que durante siglos había hecho del Reino insular

> clave y encrucijada de todos los rumbos del Mediterráneo occidental, trayecto y escala de todas las singladuras, puerto de todas las rutas [13].

El resultado humano: virtualidades y potencialidades del ser histórico balear

Dicho todo lo que antecede, es también claro que los milenios de vida histórica de las Baleares, objeto de colonizaciones mediterráneas, su articulación con los grandes procesos de la historia clásica del *Mare Nostrum*, no habían pasado en balde. De ahí que una valoración estructural —es decir, en términos de consecuencias humanas «permanentes», de duración pluri o multisecular— deba ahora señalar los profundos trazos y los rasgos más sobresalientes acuñados en el ser histórico insular de todo este precipitado de viejos procesos históricos con vistas a la relación Baleares-América, objeto último de nuestro estudio: señalar las virtualidades y potencialidades que, en principio, podían constituir —y constituyeron luego en la realidad de los hechos empíricos— factores de actuación a la hora de la presencia del baleárico en Indias.

Pues bien, en tal sentido, cabe comenzar afirmando que aquella milenaria historia mediterránea vivida (los flujos y reflujos de colonizaciones, de asentamiento de pueblos, razas, religiones y culturas diferentes en el archipiélago, los siglos de actividad náutica, comercial, y

[13] Así está literalmente valorado el emplazamiento estratégico en mis *Baleares. Geohistoria y Realeza en la forja de su identidad colectiva*, Madrid, Fundación Institucional Española, 1988, pp. 9-10.

el despliegue de relaciones por todos los ámbitos marítimos del entorno, el papel de frontera y barbacana isleña en las luchas de los viejos imperialismos mediterráneos, etc.), fue inevitablemente sedimentando un patrimonio cultural colectivo, un sistema social de actitudes, unos valores compartidos, unas formas de concebir el mundo y de actuar en la vida, constituyentes del ser histórico insular y de la identidad colectiva del hombre balear.

Y acontece, que los caracteres que definen la personalidad e idiosincrasia histórica de nuestra comunidad insular, resultantes de tales acciones empíricas, aparecen como esencialmente afines al tipo de acciones histórico-culturales desplegadas por España en Indias y, en consecuencia, se diría que especialmente promisorios de fecundos resultados en la eventualidad de proyectarse en la aventura ultramarina. De ahí que, como material introductorio para la comprensión de los hechos posteriores, resulte conveniente hacer una somera enumeración de notas, se diría que definidoras y prometedoras, de consecuencias fecundas.

Ciertamente, es arriesgado tratar de generalizar en cuestión tan compleja, resbaladiza, y hasta de forzosa apreciación subjetiva, como aprehender el carácter de una colectividad humana [14]. Pero resulta necesario, por cuanto las explicaciones de hechos históricos —es decir, provenientes de las acciones humanas en el tiempo— tampoco pueden dejar fuera los juicios procedentes del sutil material que integra una psicología colectiva, los rasgos supuestamente más indelebles de un ser histórico, ya que de ellos emanan energías espirituales, actitudes psíquicas, la forja de personalidades cuyos caracteres subjetivos —pero reiterados—, cuyas acciones observables —pero repetitivas en diversos protagonistas—, necesitan explicaciones también psicológicas abstractas, superadoras de las meras circunstancias contingentes, si se quiere emitir un juicio comprensivo de los protagonistas y de sus energías anímicas desplegadas en los escenarios históricos.

En este sentido, entre los rasgos esenciales seleccionables en función de la empresa americana y, según el convergente parecer de diver-

[14] Cabe recordar aquí como advertencia que, al abordar temas de psicología colectiva, J. Caro Baroja intencionadamente tituló su estudio *El mito del carácter nacional*, Madrid, 1965.

sos autores que se han ocupado de los caracteres definidores de la comunidad balear [15], parece que al menos deben enumerarse los siguientes.

Una tradición marinera

El carácter marinero es un rasgo primario, un patrimonio de la más rabiosa lógica en una comunidad insular. Se cita ahora en cabeza de la enumeración, para comenzar recordando que los grandes descubrimientos geográficos del siglo xv —con sus precedentes que los preparan y posibilitan—, la propia aventura náutica de cruzar el Atlántico —venciendo prejuicios míticos medievales y partiendo de avances técnicos, conocimientos geodésicos, cartográficos, etc.— fueron logros conseguidos por pueblos precisamente marineros y mediterráneos. Era la culminación renacentista de progresos intelectuales elaborados por la ciencia greco-romana, helenística y árabe, que iban a ser aplicados y protagonizados en parte —ahí está Cristóbal Colón resumiendo, en su persona, cuánta era esa parte— por hombres y experiencias salidos del *Mare Nostrum* latino.

Pues bien, de esta originaria tradición marinera, de cuya cultura náutica mediterránea estaban hechos —claro está— los isleños baleáricos y, como consecuencia, nada podía ser más afín y coherente con sus capacidades nativas y sus propias tradiciones que el concreto proceso navegante que tuvo lugar a través del Atlántico que se formalizaría en el Descubrimiento de las Indias occidentales americanas. Por ello no puede extrañar, ni se produjo en vacío, el hecho de que muy tempranamente

[15] Disponemos de un complejo conjunto de propuestas, al respecto: desde las formuladas por los autores clásicos grecorromanos —Estrabón, Diodoro, Sículo, Mela, Plinio, etc. (*vid.*, por ejemplo, A. García Bellido, *España y los españoles hace dos mil años*, y *La España del siglo I de nuestra Era*, ambas publicadas en Madrid, Espasa Cape, Colección Austral), hasta los ensayos debidos a estudiosos de nuestros días —geógrafos como V. M. Roselló Verger, A. de la Rue, P. Deffontaines, etc., que se han ocupado del hombre y las islas— o escritores como J. Meliá (*Cap. a una interpretació de la historia de Mallorca*, Barcelona, 1967; «Los mallorquines». Madrid, *Cuadernos para el diálogo*, 1968). Como compendio y panorama general al respecto, voy a seguir en el texto la síntesis que, en el sentido que ahora importa, se contiene en B. Escandell Bonet, *Las Baleares. Geohistoria y Realeza en la forja de su identidad colectiva, cit.* Madrid, FIES, 1988.

—como es bien sabido y veremos en su lugar pertinente— fueran cartógrafos, navegantes y exploradores mallorquines quienes figurarán, junto a otros pueblos mediterráneos, en las primeras gestas descubridoras y civilizadoras de islas atlánticas, en especial de nuestras Canarias.

Un espíritu de frontera, de empresa y de emigración

El privilegiado emplazamiento geoestratégico de nuestras islas en el Mediterráneo occidental —subrayado desde los geógrafos clásicos, como Estrabón o Diodoro, hasta los escritores árabes, todos los cuales señalan siempre su posición geográfica clave en función de las rutas de paso y relación con los continentes cercanos— fue causa de otros claros rasgos psicosociales del hombre balear. Tal situación del archipiélago, al hacerlo pieza codiciada por todas las sucesivas talasocracias mediterráneas, convirtieron nuestras islas en objeto de una secular e intermitente lucha, entablada por la posesión de su valor geopolítico. Y ello les confirió la función de baluarte y barbacana de mundos históricos enfrentados, de permanente «periferia de tensión» que forzaba al isleño a asumir el carácter de hombre de frontera, es decir, constantemente preparado y alerta ante los crónicos asaltos de sucesivos dominadores o de piratas de toda laya.

Que, en efecto, esta función histórica se proyectó configurando un hombre de frontera, está objetivado y plasmado en instituciones históricas isleñas —como las llamadas «milicias de la tierra», constituidas, organizadas y vividas por los baleares como misión individual y de toda la colectividad social [16]. El carácter fronterizo de la vida isleña se ve formalizado plásticamente en los sucesivos sistemas de fortificación y arquitectura militar que, a lo largo de los siglos y de las costas, hubieron de levantarse en todas las Baleares [17].

[16] Las «milicias de la tierra» fueron establecidas por Alfonso IV en 1286. Las constituían todos los hombres útiles desde los 16 a los 60 años. Acudían a combate contra los asaltos moros. Conocemos su distribución territorial en las islas, su organización y cuadros jerárquicos, *vid.* Macabich, *Hist. de Ibiza, cit.*, I, 210 y ss. Tales «milicias populares» subsistirían hasta 1856 en que fueron suprimidas en toda España.

[17] *Vid.* a este respecto B. Escandell Bonet, *Aportación a la Historia de las murallas renacentistas de Ibiza*, Ibiza, Instituto de Estudios Ibicencos, 1970.

Congruente con este rasgo de hombre fronterizo, cabe destacar también su condición de *hombre de empresa*, justificada históricamente tanto por las necesidades de defensa —que lógicamente templa un espíritu acostumbrado al riesgo—, cuanto porque nuestras islas, como el resto de las mediterráneas, eran especialmente entonces, mundos pobres e incompletos necesitados de buscar en el exterior las complementariedades materiales que la tierra no proporcionaba.

Y esta circunstancia hizo de las Baleares mundos volcados hacia fuera, con una relación permanente con mercados de abastecimiento —de trigo fundamentalmente— en los que buscar alivio a las propias estrecheces, y que promovía una actividad de intercambio o de trueque con los productos isleños (sal, carbón, pescado, etcétera).

Condiciones nativas, pues, que forjaban gentes emprendedoras, volcadas y hechas a la necesaria relación con el exterior, cuando no obligaban a la emigración en busca de las facilidades de vida que las islas entonces no ofrecían.

En consecuencia, actitudes, impulsos y reacciones de un inconsciente colectivo que, llegado el caso, tan naturalmente podían funcionar, y tan afines podían sentirse, ante empresas transoceánicas como la americana.

Un patrimonio cultural acumulado

Como la acción de España en Indias fue radicalmente una empresa de aculturación histórica, con una originaria dimensión religiosa de evangelización, cabe subrayar ahora también las virtualidades y potencialidades teóricas que el baleárico presentaba en este orden, a causa del patrimonio cultural acumulado por siglos de historia clásica mediterránea, de relación civilizadora, de variadas experiencias vitales e incluso religiosas que forzosamente acuñaron, a la postre, un ser histórico de especial riqueza espiritual y psicológica.

Como una prueba de esta riqueza entitativa de la cultura insular, baste recordar las corrientes intelectuales que coexistían a mediados del siglo XIV, según los estudiosos del pensamiento insular: junto a las complejidades intelectuales de Ramón Llull —de su ciencia y espiritualidad que aunaba franciscanismo y aristotelismo, y su neoplatonismo

de corte agustiniano [18]— se daba el naturalismo de fray Anselm Turmeda, el «beguinismo exaltado» en Oler y Bonanat, una corriente de joaquinismo, un acentuado espiritualismo, etc. [19]. J. N. Hillgarth ha podido subrayar, en verdad, que

> Mallorca formaba un mundo cultural aparte en que el pensamiento de Santo Tomás, con su estructura aristotélica, apenas podía alcanzar más éxito que el que las ideas lulianas —de base neoplatónica y desarrolladas para el diálogo con el Islam— ...podían obtener en París... Así se explica el éxito extraordinario que alcanzaron en Mallorca la forma y los escritos de Llull... Por haber producido un genio tan distinto del mundo escolástico... merece Mallorca un puesto de honor dentro de la historia del pensamiento religioso medieval [20]...

Es evidente que semejante fondo cultural, las variadas tradiciones y corrientes históricas que habían conocido las islas, conferían a sus hombres, en principio, un fondo de compleja madurez intelectual, disposiciones y capacidades idóneas para asumir un papel protagonista, llegado el caso, en una tarea espiritual y civilizadora como la que representó la empresa indiana.

Que esta hipótesis de idoneidad cultural y espiritual no es un supuesto gratuito o patriótico, lo prueban los propios hechos humanos e históricos. En efecto, si esta presentación de perspectivas y potencialidades del baleárico necesita aparecer sin sospecha de ser simplemente conceptual, y si alguien requiriera concretas encarnaciones probatorias, ninguna prueba objetiva y personal más representativa de los indicados sedimentos culturales mediterráneos depositados en el alma del hombre balear, que recordar la personalidad intelectual de Ramón Llull y los impulsos ecuménicos y misionales encarnados por él y por él llevados al terreno de los hechos aplicados [21].

[18] *Vid.* M. Cruz Hernández, *El pensamiento de Ramón Llull*, Fundac. Juan March, Edit. Castalia, 1977.

[19] A. Oliver, «Heterodoxia en los siglos XIII-XV», en *Bol. Soc. Arg. Luliana*, 32 (1963), pp. 158-76, especialmente, p. 171. Conferencia A. Santamaría, *En torno a la evolución del modelo de sociedad en el Reino de Mallorca*, Palma, Inst. d'Est. Bal., s. a., p. 33 ss.

[20] J. N. Hillgarth, «La Teología en la Mallorca desde el siglo XIII al XV», en *Hispania Christiana*, 1988. *Vid.* Cita en *Historia de las Baleares*, vol. III, p. 333.

[21] Aunque en su lugar oportuno habremos de volver sobre Ramón Llull, y aunque

Comencemos por establecer previamente la evidencia de que si la resultante final de los milenarios flujos y reflujos de la historia cultural mediterránea en Baleares debían decantar forzosamente un hombre isleño de específicas características, habría que asentar, en este caso, la hipótesis de que mostraría una inevitable complejidad etno-psíquica, una notable madurez intelectual y una gran cultura personal. Pues bien, los baleáricos no tienen la menor duda de que Ramón Llull, encarna semejante prodigio de decantación espiritual, derivada de milenios de cultura mediterránea al saberse que habló y escribió en catalán, latín y árabe; que, en sus alrededor de doscientos cincuenta libros, cita en pleno siglo XIII casi todas las obras de Aristóteles, y son autores para él familiares: Avicena, Al-Gazzalí, Ibn Tufayl y Averroes; que maneja las Sagradas Escrituras, el Alcorán y el Talmud, los padres de la Iglesia y los teólogos y filósofos medievales (San Agustín, San Anselmo, Ricardo de San Víctor y Pedro Lombardo —el maestro de las Sentencias—, Santo Tomás y los grandes filósofos de su Orden franciscana, como Ockham y Duns Scoto). Lumbrera intelectual de renombre europeo, gigantesco prodigio de inteligencia, a la vez literato, filósofo, teólogo, místico (*Doctor Iluminado* le llama la Historia), que enseñó en las Universidades de Montpellier, París y Nápoles y desde cuyas posiciones neoplatónicas, de corte agustiniano, polemizó contra los averroístas; mente sistemática —equiparable a los grandes metódicos de su época: San Buenaventura, San Alberto el Magno, Enrique de Gante o Regerio Bacon— que le permitió crear un verdadero sistema lógico-metafísico general o ciencia general de todas las ciencias (su *Ars Magna*, su *Arbor scientiarum*, su *Ars generalis ultima*) que venía a realizar el ideal aristotélico de un «algoritmo» universal.

su pasmosa figura ha suscitado una inmensa bibliografía, para una visión de rasgos generales de su persona y obra como la que ahora interesa, *vid.* el excelente libro de M. Oruz Hernández, *El pensamiento de Ramón Llull*, Madrid. Fundación March (Ed. Castalia), 1977; A. Bonner y L. Badía, *Ramón Llull. Vida, pensament i obra literárie*, Les Naus d'Empuries, 1989; A. Llinares, *Raymond Lulle. Philosophe de l'action*, París, PUF.; J. Gaya Estelrich, *Ramón Llull*, Palma, Ajuntament.

Una actitud y espíritu universalistas

La prodigiosa personalidad de Ramón Llull se presta también a simbolizar otro sistema de rasgos de la psicología colectiva que es obligado subrayar, dado que son los característicos de la acción de España en América: el sistema compuesto por un sentido universalista, una concepción ecuménica y una tendencia a la proyección espiritual y religiosa en las relaciones con pueblos exóticos.

En estos aspectos, Ramón Llull constituye ejemplo claro de inquieto ecumenista, cuya mente operaba en términos universalistas en relación con los demás pueblos y razas humanas. De ahí que fuera el proyectista, como es sabido, de una Asamblea Universal, integrada por representantes de todos los pueblos y en la que se dirimirían los problemas humanos desde perspectivas de igualdad y principios de solidaridad.

Precisamente por partir de semejante concepción ecuménica, se manifestó —como es igualmente patente— inquieto, activo y generoso misionero de los pueblos infieles, hasta el punto de que moriría mártir de su fe cristiana en tierras africanas, en su afán de convertirlos por todos los medios a la fe cristiana, pero singularmente con argumentos lógico-racionales y teológicamente verdaderos:

> Que ab ferre e fust e ab ver argument se donàs de nostre fe tan gran exalçament que els infels venguessin a convertiment [22].

Por todo ello, Llull es patrimonio preciadísimo y reflejo claro del ser histórico isleño, encarnación de viejas e ilustres tradiciones culturales mediterráneas, de extensos saberes —rasgos que explican el formidable proceso de difusión mundial del lulismo— y punto de partida de vigorosos impulsos evangelizadores, que pasaron a integrar la tradición insular.

Pero tales impulsos no son supuestos teóricos y atribuciones subjetivas. Van refrendados por su proyección empírica, real, en hechos históricos que los respaldan en el tiempo (los siglos bajomedievales an-

[22] Lo apuntado constituye un resumen de lo que el autor escribió en «Ramón Llull, la iluminación del espíritu del hombre isleño». *Vid.* B. Escandell Bonet, *Las Baleares. Geohistoria y Realeza en la forja de su identidad colectiva, cit.* Madrid, FIES, 1988, pp. 18 y siguientes.

teriores al descubrimiento de América) y en el espacio: las Canarias [23], precedente claro de las posteriores y resonantes acciones juniperianas en la América moderna. Aunque esta prueba vaya a explicitarse con detalle en el lugar pertinente de esta misma obra, quede indicado ahora que, en efecto, fueron baleáricos los que en el siglo XIV y en Canarias, revelaron un impulso misional sobre los pueblos indígenas, que les mostraba claramente en condiciones nativas, genuinas y espontáneas, muy apropiadas para programas de evangelización como los que América planteó en la realidad a España.

Era preciso destacar ya desde ahora estas potencialidades de la psicología balear y de la tradición insular, porque son virtualidades reales explicativas para el historiador. Difícilmente podrían entenderse los rasgos de la pasmosa obra cultural y misionera que llevaron a cabo ilustres baleáricos en los siglo XVII y XVIII americanos —como habremos de exponer en su momento— si no dejamos establecido que parten de viejas raíces culturales originarias, de tradiciones isleñas vivas, de un patrimonio colectivo de actitudes que en la práctica se proyecta en empresas empíricas, se manifiesta en una energía espiritual, entrega y eficacia, explicativas de que la conciencia moderna de América pueda considerarlos justamente como fundadores de su nacionalidad.

Ahora bien, a pesar de los rasgos apuntados como virtualidades y potencialidades del hombre balear en relación con la naturaleza de la acción que España realizaría en América, el mismo desarrollo de la vida histórica general, crearía realidades circunstanciales que dificultarían el despliegue de sus promisorias ventajas.

La gran inflexión geohistórica moderna. Del Mediterráneo al Atlántico: el emplazamiento excéntrico del Reino insular

Cuando, en el tránsito a la Modernidad, vemos a los pueblos ibéricos surcar las aguas del océano y asentarse en las tierras trasatlánticas,

[23] Aunque más adelante vaya a tratarse específicamente la cuestión, quede desde ahora subrayada citando los trabajos de E. Serra Rafols, «La missió de Ramón Llull i els missioners mallorquins del segle XIV», *Studia monographica et recentiones*, XI (1954) (pp. 169-75); A. Rumeu de Armas, *España en África Atlántica*, Madrid (Inst. de Est. Atl.), 1956; del mismo. *El obispado de Telde. Misioneros mallorquines y catalanes en el Atlántico*, Madrid (Bibl. Atl.), 1960.

acontecía que la milenaria trayectoria de desplazamiento del centro de gravedad histórico hacia Occidente, alcanzaba ciertamente una decisiva confirmación: no sólo se reafirmaba el indicado sentido de la marcha al traspasar la procelosa y temida barrera de los desconocidos horizontes oceánicos, sino que aquel impulso histórico creaba en las tierras trasatlánticas las condiciones histórico-culturales para entregar un día el propio «testigo» europeo, a nuevos y jóvenes pueblos —las futuras repúblicas americanas— surgidos de aquella acción colonizadora. Pero, por ello mismo, el éxito de la aventura trasatlántica americana cancelaba unas seculares y privilegiadas posiciones histórico-estratégicas del archipiélago balear. Por imperativo de los hechos, el viejo *Mare Nostrum*, a fines del siglo xv, era desplazado por el océano Atlántico como ámbito central de la vida histórica moderna.

Comenzaba de hecho, pues, una nueva Era que, para la vida de los pueblos mediterráneos, no podía dejar de tener trascendentes consecuencias históricas. En términos de nuestro estudio, el Atlántico, como nuevo escenario de los grandes circuitos histórico-políticos, económicos y culturales modernos, significaba la relegación a una cierta situación excéntrica de los ilustres espacios que durante milenios habían sido el centro neurálgico de los acontecimientos históricos; también concluía la tradicional función natural de enlace que el archipiélago había ejercido durante milenios. Eclipse de oportunidades de las tierras y los hombres del mar latino, consecuente con la hora nueva del protagonismo de los espacios atlánticos —sus litorales, sus puertos, sus propios actores, sus economías—, que venía a dificultar la potencial participación del Mediterráneo en las relaciones históricas que, en adelante, serían relaciones prevalecientemente oceánicas.

Es en el contexto de este magno cambio de emplazamiento del eje principal, de marcha de las fuerzas histórico-universales, donde hay que situar mentalmente, de entrada, al archipiélago balear, si se trata de comenzar a fundamentar explicaciones del peculiar carácter, naturaleza e intensidad históricas que muestren las relaciones de Baleares con América.

II

LOS CONDICIONANTES COYUNTURALES DE LA RELACIÓN

Al panorama constituido por las razones geohistóricas de base, hay que añadir las específicas e inmediatas circunstacias coyunturales del archipiélago. En efecto, en el momento en que América hace su aparición en el horizonte histórico del hombre moderno —siglos XV-XVI— Baleares conoce una situación interna y unas condiciones generales de vida histórica que no sólo no propician un protagonismo hacia el exterior, sino que de hecho le cierran, prácticamente, las posibilidades inmediatas [1].

[1] Lo ha visto correctamente G. Morro Veny que acaba de abordar esta específica cuestión, aunque referida en concreto a la isla mayor, en su trabajo *Mallorca y América. Del pre-descubrimiento hasta el siglo XX*, Ajuntament de Palma (Inst. de Coop. Iberoam., Miramar Edics), Palma-Madrid, 1990. Al tener que aludir seguidamente a cuestiones histórico-coyunturales generales del archipiélago, especialmente en el siglo XV —y con independencia de que se vaya señalando, en cada caso, las monografías correspondientes— es pertinente recordar algunas conocidas obras de conjunto. Así, J. Beni-Melis, *Nueva Historia de la Isla de Mallorca y de otras islas a ella adyacentes dirigida a los señores jurados del reino de Mallorca*, año 1593, Palma, 1927; J. Dameto, V. Mut, G. Alemany, *Historia General del Reino de Mallorca*, Palma, Imprenta Nacional, 1850; J. M. Quadrado, *Islas Baleares*, Barcelona, 1888; J. Mascaró Pasarius (coord.), *Historia de Mallorca*, especialmente tomo III de Álvaro Santamaría Arández, «Alba del Reino de Mallorca. Mallorca del Medievo a la Modernidad», Palma de Mallorca, 1971, pp. 1-134; J. Armstrong, *Historia civil y natural de la Isla de Menorca*, Madrid 1781; J. Ramis Ramis, *Historia civil y política de Menorca*, Mahón, 1819; R. Oleo, *Historia de la isla de Menorca*, Ciudadela, 1874-76, 2 vols.; F. Martí, *Breve Historia de Menorca*, Palma («Col. Panorama Balear»), 1952.; I. Macabich, *Historia de Ibiza*, Palma de Mallorca, Daedalus, 1966-1967 (4 vols.); J. Marí Cardona, *Illes Pitiuses*, Eivissa (Inst. d'Est. Eiv.), 1980-85 (5 vols.).

La crisis balear del siglo XV

En primer lugar, la coyuntura crítica que caracteriza la vida balear en el siglo del Descubrimiento, recesión tanto más enervante, cuanto que psicológicamente venía a suceder a una pérdida de la propia y antigua sustantividad histórica del Reino insular.

La historia precedente: un Reino privativo, truncado en su personalidad autónoma

Es bien sabido que el testamento de Jaime I el Conquistador había constituido en las islas un Reino privativo —el «Regne de Mallorques»— que comprendía también invertebrados territorios continentales —condados de Rosellón, Cerdaña y Conflent, vizcondado de Carlades, territorios de Vallespir y Capcir, señorío de Montpellier, puerto de Colliure— en las estribaciones pirenaicas y sur de Francia.

Tuvo corta dinastía (Jaime II, Sancho I y Jaime III) y breve duración (1276-1349) [2], pero una acusada personalidad por los componentes que la integraban: a) los milenarios depósitos culturales de viejísimas colonizaciones mediterráneas; b) la experiencia política de las sucesivas dominaciones de las islas; el régimen institucional de libertades y franquicias recibidas de sus reconquistadores cristianos del siglo XIII [3]; c) una estructura político-administrativa en cierta manera auto-

[2] Para una visión general de la monarquía mallorquina, *vid.* G. Carbonell i Vadell, *La dinastía de Mallorca. Resumen histórico de sus vicisitudes*, Palma de Mallorca, Armengual y Montaner, 1917; A. Pons, *Els reis de la Casa de Mallorca*, Palma de Mallorca, 1957. Pero *vid.*, sobre todo, J. E. Martínez Ferrando, *La trágica história dels reis de Mallorca*, Barcelona, Aedos, 1960; C. A. Willemsen, *Ocaso del reino de Mallorca y extinción de la dinastía mallorquina* (trad, esp.), Palma de Mallorca, Ayuntamiento, 1955; J. Vich Salom, *Aspectos históricos de la Casa Real de Mallorca*, Palma de Mallorca, 1948; J. Sastre Moll, *Economías y Sociedad del Reino de Mallorca. Primer tercio del siglo XIV*, Palma. Universitat de les Illes Balears, 1987; del mismo, «El Siglo XIV» en *Historia de las Baleares*, Palma (Ed. Formentor), 1990, tomo IV, pp. 446 y ss.

[3] Sobre este básico aspecto, cabe referirse a los estudios de B. Pons Fabregues, *Les franqueses concedides a Mallorca per Jaume I*, Congr. de Historia de la Corona de Aragón, Barcelona, 1909, pp. 52-60; K. Aguiló, «Primera franquesa otorgada por lo senyó rey als pobladors de Mallorques...», en *Bol. Soc. Arg. Luliana* (v. 43); A. Pons, *Constitucions e ordinacions del regne de Mallorca (sigles XIII-XIV)*, I, Carta de franquesa de Jaume I (pp. 5-

gestionada, pues aseguraba una representación de los diversos estamentos en la vida pública (el «Consell General», los «consells» del «Sindicat de la Part Forana», «de Ciutat», «de les Ville», «dels menestrals»)[4]; d) una sociedad de mercaderes derivada de la actividad comercial que la posición estratégica del archipiélago le confería en el mediterráneo occidental; e) una cierta y correlativa riqueza proveniente de esta proyección comercial —ahí está la Lonja, la Catedral y la señorial arquitectura palmesana para testificarlo plásticamente—[5] cuya área de expansión y cuyo régimen de frecuencias algunos testimonios documentales, permiten incluso cuantificar.

En este sentido, cabe recordar los datos suministrados por el libro de *llicències per barques* de 1284 conservado en el Archivo Histórico de Mallorca[6]: el 71,88 % de las naves registradas iba hacia puertos del Magreb; el 9,38 % hacia la Corona de Aragón; el 6,25 % hacia Ibiza e igual porcentaje hacia puertos andaluces; el 3,13 % hacia Colliure y hacia Génova, etc. Actividades e intensidades similares —aunque no dispongamos de cifras tan expresas— debía componer el abanico de sus

17), Ciutat de Mallorca, Estampa d' En Guasch, 1932.; L. Pérez Martínes, *Corpus documental balear. Reinado de Jaime I* en *Fontes Rerum Balearium*, I (1977), pp. 1112; II (1978), pp. 1-64, 501-516; III (1979-80), pp.1-48; J. Solba, «La carta de franqueza del Reino de Mallorca», *Bol. Soc. Arq. Lul.*, XXIV (1932-33), 437-58.; el mismo en Pasaró Mascarius (coord.), *Historia de Mallorca*, III, 1970, pp. 365-473.

[4] Éste es el esquema administrativo de Mallorca. J. Sastre Moll ha tenido buena cuenta en subrayar que las instituciones municipales de Menorca y de Ibiza tuvieron estructura y desarrollo diferentes. Mientras el Gran e General Consell de Mallorca estaba integrado por 6 Jurados y 24 miembros representantes de la burguesía urbana y de la población rural, Menorca tenía 4 Jurados y 10 consejeros de Ciudadela y 9 representantes de las villas, e Ibiza tenía su Consell General compuesto por 50 representantes (de la Ciudad, del Castillo y de «la ma de fora»). *Vid.* Sastre Moll, en *Historia de las Baleares* (*cit.* IV, pp. 458-59).

[5] *Vid.* la notable aportación de M. Durliat, *L'art dans le royaume de Majorque*, París, Privat, 1962 (traduc. catalana de F. de B. Moll), Palma de Mallorca, Moll, 1964.

[6] A. Riera Melis, «La "Llicencia per a barques", de 1284. Una font importat per l'estudi del comerç exterior mallorquí del darrer quart del segle XIII», *Faventia*, 2-2 (1980), 53-73; *vid.* M. Durlia y J. Pons y Marqués, «Recerques sobre el moviment del port de Malloca en la primera meitat del segle XIV» en *VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Madrid, 1959 (pp. 345-363); Jean Claude Hocquet, «Ibiza, carrefour du commerce maritime et témoin d'une conjoncture méditerranéen (1250-1650), en *Studi in memoria di Federico Melis*, I, Napoli, 1978 (pp. 491-526); F. Sevillano Colom, *Mercaderes y navegantes mallorquines (Siglos XIII-XV)*, tomo IV de *Historia de Mall.*, coord, por J. Mascaró, Palma de M., 1971, pp. 431-520.

despliegues hacia el otro ámbito natural de su comercio por el Mediterráneo oriental y central, así como se tiene comprobada, como veremos, una penetración y actividades en el propio espacio atlántico [7]...

Pero Reino finalmente frustrado en su dimensión privativa y autonómica por la reincorporación a la Corona de Aragón, llevada a cabo bélicamente por Pedro IV en 1343-44 y consumada definitivamente al fracasar el intento reconquistador legitimista de Jaime III de Mallorca, que muere en el empeño (batalla de Llucmajor, 1349).

Es indudable que un siglo de dependencia de centros ajenos de decisión y de dirección monárquica extrainsular, con todo lo que de inevitable marginación pueda ello conllevar, comportaba un cierto y difuso poso de frustración psicológica, al menos, si no puede hablarse de irredentismo político. Y, sobre esta precedente situación de cambio histórico de la sociedad insular, vendría a sacudir el rosario de dificultades que definieron empíricamente la vida colectiva del siglo xv balear.

La acentuada crisis insular del cuatrocientos

Aquel malogrado Reino privativo y el sistema sociopolítico implicado en los indicados rasgos estructurales, conoció desde entonces una acentuada crisis, que persistiría a todo lo largo del siglo xv. Esta situación regresiva puede representarse esquemáticamente en la convergencia y secuencia de la siguiente serie de factores: repliegue demográfico, quiebra financiera del Reino, tensiones sociales (asalto del «call» judío en 139l, larvadas oposiciones campo-ciudad, sangrientamente manifestadas en los levantamientos «foráneos», o de las villas rurales, en 1450/51), crisis de subsistencias a causa del déficit de granos —malas cosechas y carestías— internas banderías oligárquicas, etc. Todo ello con el acompañamiento de una crisis de valores sociocolectivos (de la vocación marinera, de la ética comercial, del espíritu empresarial, de mo-

[7] *Vid.* a este respecto, F. Sevillano Colom, «De Venecia a Flandes vía Mallorca y Portugal (siglo xiv)», en *Bol. Soc. Arq. Luliana*, XXXIII (1968), pp. 1-33; del mismo, «Mercadores y navegantes mallorquínes (siglos xiii-xv)», en *Historia de Mallorca* (coor. por Mascaró Pasairus, Palma, tomo IV, 1971, pp. 431-520; del mismo, «Los viajes medievales desde Mallorca a Canarias», *An. de Est. Atlánticos*, 18, 1972, 1-31.

ralidad colectiva, etc.) igualmente registrada por los historiadores especialistas de la época tardomedieval.

Perfilemos ahora semejante boceto de la coyuntura insular, con algunos de los datos y precisiones históricas más indicativos de la realidad balear.

La recesión demográfica

Aunque la conservación y las posibilidades de explotación directa de los registros parroquiales, haya impedido constituirlos en la deseable base directa de informaciones amplias y precisas, y aunque la crisis demográfica general del siglo XIV tiene caracteres peculiares en los litorales mediterráneos; puede decirse, sin embargo, que los datos indirectos obtenibles a través de fuentes fiscales —así el impuesto del «morabatín» [8]— muestran con suficiente claridad la recesión del contingente humano insular desde 1329 en adelante y por espacio de más de una centuria, ya que, según muestran los datos de 1444, desde mediados del siglo XV se iniciaría una temprana, aunque lenta y a veces interrumpida recuperación [9].

[8] El *morabatín* o *morabetí* era un impuesto semejante al que hoy llamaríamos sobre el patrimonio. Establecido en 1266, gravaba a los cabezas de familia que sobrepasaran las diez libras de renta y se recaudaba cada siete años. A pesar de que, por lo dicho, no incluía a los sectores pobres y estaban exentos los privilegiados y los forasteros, ofrece base de cálculo demográfico mediante la correspondiente aplicación de coeficientes a las cifras de la recaudación.

[9] Como base bibliográfica de datos a este respecto, cabe citar los trabajos de J. Miralles Montserrat, «Contribució a l'estudi de la població medieval mallorquina», *Mayurga*, V (1971), 75-74; XI (1974), 237-272; A. Pons Pastor, «Los judíos del Reino de Mallorca durante los siglos XIII y XIV», en *Hispania*, XVI (1956), pp. 163-255, 355-426, 503-594; J. Riera Sans, «Los tumultos contra las juderías de la Corona de Aragón en 1391», en *Cuadernos de Historia. Anexos de la Revista Hispánica*, 8 (1977), pp. 213-26; A. Santamaría, «La peste negra en Mallorca» en *VIII Congr. de Historia de la Cor. de Ar.*, II-1, Valencia, 1969, 103-132; el mismo, «Sobre la aljama de Mallorca: el impuesto "*size del vin juheuesch*", 1400-1435» en *Estudios dedicados al Prof. D. Julio González González*, Madrid, 1980, pp. 467-494; F. Sevillano Colom, «La demografía de Mallorca a través del impuesto del morabatí (siglos XIV, XV y XVI», *Bol. de la Soc. Arq. Luliana*, XXXIV (1973-74) 243-72; A. Santamaría, *Mallorca en el siglo XIV*, Barcelona, Inst. de Historia Medieval de España, 1970-71, espec. «El declive demográfico», pp. 184-5; A. Santamaría, «Demografía de Mallorca. Análisis del morabatin de 1329», *Mayurca*, 20 (1980-84), pp. 155-222.

Sintetizando datos, puede decirse que los primeros treinta años del siglo XIV se caracterizaron por una elevada pluviosidad que daba al traste con las cosechas, produciendo los llamados «veranos podridos», seguidos muchas veces de «inviernos helados» En este contexto, la demografía baleárica experimenta una contracción a partir de 1333 —llamado «lo mal any primer» en el ámbito catalán— que pasa a ser brusco hundimiento biológico desde marzo de 1348 cuando la «peste negra», llegada de oriente en la bodega de los barcos, penetra precisamente por Mallorca y de la que sería víctima el propio gobernador de la isla. Se ha ponderado en un 25 % la pérdida global de la población del archipiélago, aunque quepa hacer matizaciones por islas y aun por zonas —la montaña, el litoral y los llanos—, acusándose más la recesión en las poblaciones del área rural que en los principales núcleos urbanos, según Sastre Moll [10].

He aquí una tabulación de los datos disponibles relativos a *focs* [11]:

Año	Mallorca	Menorca	Ibiza-Formentera
1329	12.339	806	506
1336	12.751	963	518
1343	11.283	–	–
1349	9.164	–	–
1364	10.873	–	–

A pesar de registrarse una cierta recuperación desde comienzos del cuatrocientos —en parte debida a emigrantes catalanes— parece establecido que la recesión demográfica característica del siglo XIV se mantiene, según lo indicado antes, hasta mediados del XV. Entonces aparecen los síntomas de una inflexión demográfica al alza, debida en parte, otra vez, a una inmigración exterior; algunas fuentes comprueban el fenómeno al registrar la entrada de

[10] J. Sastre Moll, en *Historia de las Baleares*, Palma (Ed. Formentor), 1990, tomo IV, p. 4, cifra las pérdidas poblacionales de la siguiente manera: Buñola, pérdida del 70 %; Santa María de Muro, 46 %; Calvia, el 43 %; Muro, el 36 %; en cambio Inca redujo su población en un 20 % y la Ciudad en un 10 %.

[11] Datos de las cinco recaudaciones conocidas, tomados de J. Sastre Moll, *Historia de las Baleares*, Palma, 1990, tomo IV, p. 460.

> artesans e menestrals stranys en dita ciutat e regne», [entre ellos] «castellans», [...] «molts francesos, brotons e genovesos o nissarts e de algunes nassions estranyes [que] venen e arriban assi [12].

Expansión no obstante insegura a comienzos del siglo XVI, puesto que el movimiento agermanado inmediato y sus secuelas —exilios, ajusticiamientos, crisis económicas, más la peste de 1523— representaron una clara interrupción de la indicada recuperación [13].

A este respecto, las indicadas cifras mallorquinas permiten una ponderación significativa: los 12.340 hogares censados para el año 1329 (que, según coeficientes multiplicadores habituales utilizados por algunos historiadores, equivalen a 61.700 habitantes), se han reducido a 10.740 hogares (es decir, 53.700 almas) de acuerdo con el «monedatge» de 1527, lo que equivale a una merma del 15 % global entre 1329-1527.

Según los mismos datos disponibles, esta variación demográfica global es tanto más significativa históricamente cuanto que tiene una distribución campo-ciudad divergente. Así, mientras la población de las villas pasa de 34.920 habitantes a 40.280 (es decir, experimenta un aumento del 15,35 %), la ciudad de Palma, en el mismo lapso de tiempo, pasa de 26.780 habitantes a 13.360 (o sea, una reducción del 50 % en números redondos) [14].

He aquí un cuadro que muestra la proporcionalidad de ciudad y campo (en porcentaje) [15]:

Año	Ciudad	Villas
1329	43,7	56,3
1336	42,7	57,3
1343	36,5	63,5
1349	40,4	59,6
1364	45,2	54,8

[12] Archivo del Reino de Mallorca, «Suplicaciones» (Su), 44, fols. 18, 76, 261-62. *Cit.* por J. Juan Vidal en *Studia Historica*, Salamanca (vol. V, 1987, p. 131, nota 13).

[13] J. Juan Vidal, *Els Agermanats*, Palma, 1985, pp. 115-17. E. Durán, *Les Germanies als Països Catalans*, Barcelona, 1982, calcula que las Germanías mallorquinas se saldaron con un mínimo de 2.935 muertos, p. 82.

[14] Datos tomados de A. Santamaría, en *op. cit.*, tomo III de la *Historia de Mallorca*, p. 341, sobre los que se han operado cálculos porcentuales para resaltar la significación de las cifras.

[15] J. Sastre Moll, *op. cit.*, 1990, tomo IV, p. 461.

Divergencia de marcha biológica que, sin duda, está en la base de las tensiones sociales campo-ciudad, que veremos explotar a mediados del siglo xv, y que sin duda condicionaron también posteriormente el movimiento de las Germanías mallorquinas de comienzos del xvi [16].

Parecida tendencia demográfica muestran las demás islas del archipiélago, Menorca e Ibiza-Formentera. Si entre el siglo xiii y el xiv se había producido en ambas un aumento de población [17], la recesión es un fenómeno generalizado también a partir del siglo xiv, que incluyó igualmente los efectos de la oleada microbiana, de peste negra o bubónica, de mediados de la centuria [18].

Así Menorca, de unos 3.500 habitantes en el año 1330 (806 «focs»), que en 1339 habían pasado a 3.919 habitantes (963 «focs»), en el siglo xv —al aparecer los «fogatges» en 1459— sólo tenía 703 «focs», es decir 2.861 habitantes. Como comprobación del descenso demográfico de la isla a lo largo del siglo xiv y comienzos del xv, y como intento de enjugar el déficit poblacional de la isla, cabe recordar el privilegio de fecha 20 de enero de 1427, otorgado por Alfonso V *el Magnánimo,* de perdonar delitos y crímenes (excepto el de «lesa Majestad» y el de falsificación de moneda) a quienes fueran a fijar su residencia en Menorca [19]. Sólo a partir del año 1489, en que la isla vuelve a alcanzar 703 «focs» (unos 3.815 habitantes) puede hablarse de una relativa recuperación demográfica [20].

Las cifras disponibles para Ibiza-Formentera son menos precisas, pero muy significativas. La población ibicenca había aumentado desde

[16] *Vid.* Juan Vidal, *Els Agermanats*, Palma, 1985 (*cit.*).

[17] En Ibiza se testifica por el registro de apellidos: 230 recogió Macabich para el siglo xiii, que habían pasado a ser 318 en el xiv. *Vid.* Macabich (*op. cit.*), II, 308. *Vid.* para Menorca, la obra de R. Oleo *Historia de Menorca*, 2 vols., Ciudadela, Fábregues, 1874-76.

[18] Sobre la «peste negra», puede verse: J. Gautier Dalche, «La peste noir dans les États de la Couronne d'Aragon», *Buletin Hispanique*, LXIV bis (1962), 65-80; A. López de Meneses, «Documentos acerca de la peste negra en los dominios de la Corona de Aragón», *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, VI (1953-55), 291-435; A. Santamaría, «La peste negra en Mallorca», *VIII Congr. de Historia de la Cor. de Arg.*, II-1, Valencia, 1969, pp. 103-132.

[19] *Cit.* por M. Moll Serra, en *op. cit.*, vol. V, p. 516.

[20] *Vid.* M. Moll Serra, «Menorca en el siglo xv», en *Historia de las Baleares*, Palma, Ed. Formentor, 1990, tomo V, pp. 512-16.

el siglo XIII al XIV [21]. Esta alza se comprueba también a través de los «fogatges» antes relacionados, que señalan 506 hogares para el año 1329 que pasan a ser 518 en el «fogatge» de 1336. Este nivel se desplomaría, sin duda, con motivo del asalto microbiano de 1348, porque la «peste negra» se cita en la documentación insular como *el temps de la gran mortalitat* en un documento de 1354 [22], y de *diverses mortalitats e fams que aquí son estades* se sigue hablando en la documentación de los siglos XIV.

Según el informe de la Visita de Juan de la Mata a Ibiza, en 1392 sólo quedaban en la isla 500 hogares, es decir, entre 2.000 ó 2.500 habitantes [23]. Otra oleada de peste está documentada en Ibiza en 1402 [24]. Y, por lo que hace a Formentera, la isla se despobló como consecuencia de la peste negra [25].

La quiebra financiera

Pero la demografía es siempre sólo un indicador histórico —el primero y primordialísimo en las sociedades preindustriales— de las realidades sociocolectivas de base. Por ello hay que acompañar la alusión a recesión biológica con la mención, para empezar, de sus conexas e inmediatas consecuencias materiales: la quiebra financiera del Reino, subrayada tantas veces por los historiadores [26] y hoy objeto de estudios monográficos específicos por parte de Ricardo Urgell Hernán-

[21] Macabich lo comprobó al registrar que los 230 apellidos diferentes censados para el siglo XIII, habían pasado a ser 328 en el XIV, *Historia de Ibiza*, *cit.*, II, 308.

[22] *Vid.* Macabich, *op. cit.*, I, p. 113.

[23] Macabich, *op. cit.*, I, p. 291.

[24] Conocida por la referencia de los corresponsales en Ibiza de la Compañía Datini, Tuccio y Giovanni di Genaio (Mostra Internazionale dell Archivio Datini, 1954).

[25] *Vid.* Macabich, *op. cit.*, I, 121-22; J. Mari Cardona, *Illes Pitiüses. III: Formentera*, Eivissa, 1983, pp. 9 y ss.

[26] Véase, por ejemplo, A. Santamaría, en su colaboración citada, en la *Historia de Mallorca*, coordinada por Mascaró Pasarius, o su *Mallorca en el siglo* XIV, (*cit.*, pp. 177-78 especialmente); P. Cateura, *Política y finanzas del Reino de Mallorca bajo Pedro IV de Aragón*, Palma de M., Inst. d'Estudis Baleàrics, 1982; J. Sastre Moll, en *Historia de las Baleares*, *cit.*, vol. IV. 1990; P. Cateura Bennasser, en *ibidem*, vol. V.

dez [27] o de excelentes visiones de conjunto como la de Guillem Morro Veny [28].

En este sentido debe aludirse al *endeudamiento público*, endémico desde el trescientos [29], y que iba a representar la hipoteca de la economía insular en manos de acreedores, en gran medida, barceloneses. Desde la segunda mitad del siglo XIV la deuda venía situándose sobre las 300.000 libras, montante cuyos intereses casi se equiparaban ya a los ingresos anuales del fisco insular [30].

Los expedientes de saneamiento y austeridad económico-administrativos arbitrados entonces para paliar esta deuda, no alcanzaron los efectos amortizadores requeridos, a causa de la incidencia de una serie recurrente de factores internos: epidemias, sequías y malas cosechas finiseculares (1384-1400), luchas oligárquicas por el poder, odios sociales (asaltos a «calls», allanamiento de viviendas de ciudadanos destacados, etc.), tensiones campo-ciudad (preludiadoras de la auténtica guerra civil de mediados del siglo XV), regresión en el sector agrario y en el mercantil, etcétera.

Tales circunstancias hubieron de llevar a la firma del llamado «Contrato Santo» de 1405 (firmado entre los Jurados y los acreedores censalistas); hito significativo donde los haya, de la insolvencia institucional para hacer frente a las obligaciones financieras contraídas, y del sentido crítico con que comenzaba y se caracterizaría la coyuntura

[27] R. Urgell Hernández, «Las finanzas del Reino de Mallorca en el siglo XV», en *Historia de las Baleares*, Palma, Ed. Formentor, 1990, vol. V, pp. 494-504; del mismo, «Incautación de bienes y rentas de personas e instituciones de Cataluña por la Procuradoria Real de Mallorca durante los primeros años de la guerra civil catalana del siglo XV, 1462-1466», en *Bol. Soc. Arq. Luliana*, 43 (1987), pp. 167-179.

[28] G. Morro Veny, *art. cit.*, en su apartado «Estado de las finanzas públicas del Reino», en J. García Marín (coord.), *Mallorca y América. Del Pre-descubrimiento hasta el siglo XX*, Palma-Madrid, Edcs. Miramar, 1990.

[29] L. Muntaner i Mariano, «Dependencia económica i reproducció estructural de l'endeutament public a l'illa de Mallorca (segles XIV-XIX)» en *Randa*, 12 (1981), pp. 5-18.

[30] A. Santamaría especificó a este respecto que el montante de la deuda pública (concretamente 297.016 libras, con pago de intereses medios del 9,90 % anual) procedía el 70,10 % de «*violaris*» (rentas vitalicias), el 10,11 % de censos consignativos «muertos» (teóricamente irredimibles), el 6,33 % de censos pagados en especie, y el 13,66 % de otros conceptos de deuda pública. Y apuntó que los intereses de esta deuda pública «absorbían el 88,33 % de la media aproximada anual de ingresos públicos (unas 33.000 libras)». «En torno a la evolución del modelo de sociedad en el Reino de Mallorca», *Estudis Baleàrics*, 3 (1981), p. 152 concretamente.

del siglo xv insular. En él se constituía la «Universal Constitución», es decir, la asignación obligatoria de todos los impuestos indirectos percibidos por la Universitat al pago de los intereses anuales de la deuda pública. Funcionaría mediante la administración por una junta de acreedores —en parte catalanes, principalmente barceloneses— que, con ayuda de un clavario, canalizaría la recaudación de los impuestos mallorquines, hacia el pago de intereses y la amortización de la deuda a los censalistas [31].

Esta solución contractual expresaba bien, por los componentes forasteros que introducía en la administración de la quiebra financiera, la gravedad de una hipotecada situación material, con implicaciones políticas además de las puramente económicas, y con larvadas e importantes consecuencias históricas —sociales y administrativas— que son las que definen, a la postre, el crítico siglo xv insular.

Ricardo Urgell ha sintetizado las gravísimas repercusiones a corto y medio plazo de aquella hipoteca que, por otro lado, sería de larga duración, porque la Universal Consignación perduró hasta bien entrado el siglo xix [32]. Por de pronto, la restricción de fondos disponibles, influyó en el deterioro de las obras públicas y obligó a que se intentaran solucionar los problemas de abastecimiento, defensa, subsidios al monarca, etc., con el recurso a las tallas, cuando no apelando al «afitó», o recargo sobre algunos impuesto indirectos, o creando nuevos impuestos; por otro lado, la corrupción administrativa a través de los arrendamientos de los impuestos indirectos, y las protestas de las villas foráneas sobre las cuotas que le aplicaban, mantenían las tensiones sociales, aparte de que el sistema no permitía amortizar el capital censal adeudado [33].

Lleonard Muntaner estructuró el endeudamiento crónico mallorquín en dos grandes etapas: la anterior al Contrato Santo de 1405, en que los censales estaban en manos catalanas y ello representaba una auténtica colonización económica; desde 1405 hasta la supresión de la deuda exterior en 1580, con dos fases, la primera de las cuales (siglo

[31] *Vid.* A. de Santamaría, «El Reino de Mallorca en la primera mitad del siglo xv», en *IV Congr. de Historia de la Cor. de Aragón*, Palma, 1955, p. 46 y ss.; P. Cateura Bennasser, *Sociedad, jerarquía y poder en la Mallorca medieval*, Fontes Rerum Balearium, vol. III, Palma, Fundación Bartolomé March, 1984.

[32] R. Urgell Hernández, en *Historia de las Baleares*, citada, 1990, vol. V, p. 498.

[33] R. Urgell, *op. cit.*, V, pp. 498-99.

xv y parte del xvi) los censalistas catalanes seguían dominando, y sólo a través de una lenta abolición de la deuda, se dibujaría la última fase a partir de la segunda mitad del siglo xvi [34].

Las tensiones sociales internas

Es de profunda lógica histórica que la señalada recesión demográfica, así como la indicada crisis económica subsiguiente —todo ello con el natural desasosiego humano de los días de peste bubónica, añadido a las dificultades materiales, al hecho de unos cambios de equilibrios sociales internos, etc.— se expresaran en fenómenos de tensión social entre diversos grupos y en la oposición entre los ámbitos de vida rural [35] y urbana insular, que, como subrayó Guillem Morro, arrastraban «grandes cuestiones planteadas y no resueltas» que eran fundamentalmente «la contribución en los impuestos y cargas comunes del Reino y la representatividad en el máximo organismo político insular, el Gran i General Consell» [36]. Tensiones que se manifestarían en forma de abierta guerra civil a mediados del cuatrocientos.

Pero aquella revuelta estuvo precedida por enfrentamientos larvados, por movimientos de oposición estamental, a los que hay que aludir también porque, sin ellos, no se entendería la compleja entidad histórica de la cruenta y abierta contestación político-social del siglo xv.

El progreso de la vida insular al socaire de actividades en parte desarrolladas en el ámbito rural —como la artesanía de la lana, la fabricación de jabón, el curtido de pieles, etc.— había llevado a un desarrollo foráneo y a unas reivindicaciones de las villas rurales que, desde el siglo xiv, los monarcas consideraron necesario y de justicia atender [37]:

[34] L. Muntaner, *art. cit.*, en *Randa*, 12 (1981), pp. 16-18.

[35] En Mallorca, constituida por 33 villas foráneas distribuidas entre «Muntanya» (Calvia, Andratx, Puigpunyent, Esporles, Valldemossa, Bunyola, Sóller y Escora), el «Pla» (la llanura entre Palma y Pollença-Alcudia) y «Marina» o litoral (Manacor, Petra, Artá, San Joan, Santanyí, Felanitx, Porreres, Campos, Montuiri, Castelig y Llucmajor). *Vid.* Morro Veny, *art. cit.*

[36] Morro Veny, *art. cit.*, en J. García Marín, coord., *Mallorca y América. Del predescubrimiento hasta el siglo xx*, Palma-Madrid, Edcs. Miramar, 1990.

[37] En mi citada conferencia, B. Escandell Bonet, *Las Baleares: Geohistoria y Realeza en la forja de su identidad colectiva*, Madrid, FIES, 1988, pp. 28-29, hice una síntesis de la

el rey Sancho I dando entrada a los prohombres foráneos en el llamado «Consell plener» y en el «Consell secret» (sentencia de junio de 1315); Pedro IV, a la vez que establecía la paridad representativa de los cuatro estamentos urbanos en el Consell General (caballeros, ciudadanos, mercaderes, menestrales), consagraba el principio vinculante del «vot de la maior part» (Pragmática de agosto de 1351); en el último tercio de la centuria, ampliando la participación popular (Pragmáticas de 1373, 1382 y sobre todo la de Barcelona de 1387 en que Juan I cancelaba el carácter vitalicio de los nombramientos, aumentaba el número de consejeros para la incorporación de elementos nuevos, etc.); todo lo cual tendía a lograr la distensión ciudad-villas, mediante la institucionalización de una cogestión del gobierno insular.

Pero las rencillas internas de la oligarquía urbana y sus repercusiones en el ámbito foréno, la emigración clandestina de judíos, la agravada regresión económica tanto en el sector agrario como en el mercantil hacia 1390, más la persistencia de lo que el profesor Álvaro Santamaría ha llamado «la supeditación colonialista de las villas a la ciudad» [38] —reafirmada aquél año a raíz de la revisión de las cuentas de la administración—, hicieron imposible la paz social interna, pese a la propuesta de mediación de los menestrales urbanos, rechazada por los demás estamentos de la ciudad.

Y explotó la violencia («*pogroms*» de agosto de 1391: asaltos de los «*calls*» de Inca y de Palma) contra los judíos, supuestamente confabulados con los estamentos urbanos [39], con el subsiguiente asedio de la Ciudad (septiembre-octubre de 1391) por los foráneos y menestrales unidos contra el orden estatuido.

normativa real que fueron incorporando las villas foráneas al gobierno colectivo que, a su vez, reproduzco en el texto.

[38] A. Santamaría, «Mallorca en el siglo XIV» en *Anuario de Estudios Medievales*», Barcelona, 7 (1970-71), *cit.*, p. 234.

[39] *Vid.* A. Pons Pastor, «Los judíos del reino de Mallorca durante los siglos XIII y XIV» en *Hispania*, XVI (1956), 163-255, 355-426, 503-594; P. Wolff, «Reflexions sur les troubles sociaux dans les pays de la Couronne d'Aragon au XIV siécle», *VIII Congr. de Historia de la Cor. de Arag.*, II-1, Valencia, 1969, p. 95-102; L. Pérez Martínez, *Anales judaicos de Mallorca*, transcr., introd. y notas, Palma de Mallorca, 1974, 263 pp.; J. Riera Sans, «Los tumultos contra las juderías de la Corona de Aragón en 1391», *Cuadernos de Historia. Anejos a la Rev. Hispania*, 8 (1977), 213-226.

Ciertamente que la Pragmática de Pedralbes (septiembre de 1392) daba satisfacción a reivindicaciones foráneo-menestrales al reducir el peso numérico de los «*cavallers*» en el «Consell plener» (pasaron del 15,06 % al 9,67 %), atendía demandas de aumentar la representación de ciudadanos, mercaderes y menestrales (pasaron del 15 % al 19,35 % cada uno de estos estamentos), pero es lo cierto que también se reducía la representación de los foráneos (del 39,76 % se rebajaron al 32,16 %) [40] y que las circunstancias históricas de fines del siglo (epidemia infantil de 1396, las medidas involucionistas de Martín I *el Humano* encomendadas al virrey Hugo de Anglesola en 1398, las fracasadas expediciones navales contra berberiscos de 1398-99, etc.), inauguraron el siglo xv insular bajo un signo de crisis socio-económica testificada por el aludido Contrato Santo de 1405.

A lo largo de la primera mitad del siglo xv las principales tensiones sociales derivan de las banderías urbanas —auténticos «grupos de presión política» y de control de la Administración— cuyas luchas políticas y económicas, para el nombramiento de sus respectivos candidatos en los puestos claves del General Consell, repercutían en la parte foránea. Se conocen los «*capos*» de aquellas «*bandositats*», sus típicas intrigas y procedimientos, el subproducto de «*bandejats*» que desprendían y las inquietudes que proyectaban en las villas: así, las disensiones que, entre l427-1429, sacudieron Inca, Manacor, Santa Margalida, Porreres, Llucmajor, Santanyí, Felanitx, Petra, Sóller, Valdemosa, etcétera [41].

En 1440 se buscó una «concordia» entre bandos y, en la búsqueda de procedimientos para obviar los enfrentamientos, en 1447 los líderes reunidos en Nápoles llegaron a la implantación de medidas intencionalmente pacificadoras: el fin del sistema de cooperación en la elección de cargos municipales mediante la insaculación y sorteo de los candidatos (el llamado «Régimen de sac i sort» [42] establecido por la Pragmática de 1447, que también regulaba el régimen del «Sindicat de

[40] *Vid.* estos porcentajes en A. Santamaría, «En torno a la evolución del modelo de sociedad en el Reino de Mallorca (siglos xiii-xviii)» en *Estudis Baleàrics*, 3 (1981), pp. 1-197, *vid.* p. 74.

[41] *Vid.* A. Santamaría, *op. cit.*, *Estudis Baleàrics*, p. 157.

[42] *Vid.*, un resumen del sistema en P. Cateura, «El Reino de Mallorca en el siglo xv», *Historia de las Baleares*, Palma, Ed. Formentor, 1990, vol. V, pp. 506-11, espec. p. 507, col. 1.ª. El régimen de *sac i sort* fue establecido en Menorca en 1442, en Mallorca en 1447 y en Ibiza en 1454.

la Part Forana» [43]) como forma de nominación trienal de los cargos administrativos. Aunque, en la práctica, la esencia del sistema y manipulación de la «suerte» y del «saco» habría de continuar proporcionando enfrentamientos estamentales:

> aseguraba el control de las capitales de las islas sobre su entorno rural, fijaba la condición de los individuos... resultaba manipulable la confección de las nóminas... la custodia de los sacos e incluso... se proclamaban nombres distintos de los salidos en los boletos [44].

Esta situación de contestación social larvada y subyacente se iba a manifestar, en prinicipio, contra los principales estamentos urbanos («*cavallers*», «*ciutadans*» y «*mercaders*») y contra las estructuras político-administrativas vigentes (General y Gran Consell) en cuanto instrumentos del poder oligárquico de aquéllos, y en cuanto origen de la política impositiva que los foráneos consideraban injusta. Estallará en 1450-53, como se ha dicho, en forma de lucha armada (la llamada *revolta forana*) [45].

Un fenómeno de guerra civil: el levantamiento foráneo de mediados de la centuria

La tensión social —doblada por la permanente consideración de los foráneos, o villas rurales, de tener insuficiente representación en el General i Gran Consell (los consejeros de la ciudad duplicaban el número de los consejeros foráneos)— había de explotar, al cabo, en forma de guerra civil [46]. Tuvo como causa inmediata la nueva exigencia fiscal

[43] Puede verse publicada por A. Pons, *Constitucions...*, II, 251-256.

[44] P. Cateura, *op. cit.* curs., vol. V, p. 507.

[45] *Vid.* la clásica obra de J. M. Quadrado, *Forenses y ciudadanos*, Palma, Tous ed., 1939 y ahora la presentación más moderna del problema en A. Santamaría, «Levantamiento foráneo», en la citada *Historia de Mallorca*, Coord. por J. Mascaró Pasarius, tomo III, 1971, pp. 135-248.

[46] Además de la obra citada de J. M. Quadrado, *Forenses y ciudadanos*, *vid.* A. Damians, «Revolució dels pagesos mallorquins en el segle xv», en *Bol. Soc. Arq. Luliana*, IX, 1902, pp. 122-25, 133-37, 149-52, 165-68, 183-86, 211-18, 261-65, 277-81, 325-40, 363-67); y sobre todo, «Levantamiento foráneo» de A. Santamaría, en el tomo III de la citada *Historia de Mallorca*, Palma, 1971, pp. 135-248.

contenida en una capbrevación de las tierras de realengo hecha en verano de l450. Los principales focos del levantamiento (julio de 1450) fueron Inca, Santa Margalida, Petra y Manacor, y su manifestación más destaca fue la marcha sobre la Ciudad y el subsiguiente asedio de que la hicieron objeto; el primero (27 julio - 1 agosto de 1450), se reputa como un triunfo psicológico de los foráneos aunque procedieran a retirarse. Lección, sin embargo, no asimilada ni aprovechada porque la ciega intransigencia de la Ciudad, la actuación del gobernador y la inicial inhibición de la Corona, produjeron una radicalización de las actitudes foráneas, expresadas en enfrentamientos, asaltos y, al año siguiente, en nuevas marchas y asedios de la capital (asedio del 18-24 abril 1451; asedio del 5 junio de 1451).

Esta radicalizada situación no era privativa de Mallorca. Afectó también a Menorca de manera generalizada a causa de las reivindicaciones pendientes que los municipios «forans» tenían presentadas ante la administración. Allí estalla con el enfrentamiento entre «parets» y «cintes» (versiones isleñas de la «biga» y la «busca» catalanas), es decir, entre elementos de la aristocracia establecida y los de la emergente burguesía [47].

Todo ello obligó ya al monarca a una intervención armada; tropas expedicionarias del rey Alfonso *el Magnánimo*, enviadas desde Nápoles al mando del capitán Francisco de Erill, procedieron a la represión del levantamiento [48].

Sofocado así el conflicto armado (1451), la gravedad de los acontecimientos ocurridos obligó a la monarquía, sin embargo, a buscar soluciones de base (formuladas en la sentencia dada en Nápoles el 20 de mayo de 1454) que, sensible y responsablemente, estuvieron alejadas de las revanchistas demandas de la Ciudad —represalias, disolución del Sindicato foráneo, imposiciones pecuniarias, etc.—. En esta sentencia de 1454 se establecía el indulto general, la reparación de daños, la amortización de gastos militares por parte de la Ciudad, saneamiento de la gestión pública y eliminación de la corrupción (institución de los «asistentes», foráneo y menestral, para ayudar a los clavarios en la adminis-

[47] *Vid.* un resumen general en M. Moll Serra, «Menorca en el siglo XV», en *Historia de las Baleares, op. cit.*, Palma, 1990, vol. V, pp. 512-16.

[48] *Vid.* mapa del levantamiento foráneo en *Atlas de les Illes Balears. Geografic. Económic. Històric.*, Palma de Mallorca, Diàfora, 1979, p. 56.

tración de la deuda), y se hacían retoques en la estructura político-administrativa [49], aunque se mantenían viejas estructuras y pecados inveterados.

Las dificultades añadidas por la Guerra Catalana de Juan II

Por si, para la compleja coyuntura crítica del siglo xv, fueran pocas las consecuencias del levantamiento foráneo y la consiguiente hipoteca de la guerra —secuela de dificultades materiales, persistente desazón social, renovados desasosiegos foráneos, reactivación de las disensiones urbanas entre los de «el Call» y los de «la Almudaina», etcétera—, acontece que, en los subsiguientes años de la segunda mitad del cuatrocientos, pesaron sobre la vida insular otra serie de factores negativos: intermitentes años de escasez de granos [50], de carestías que suscitaban el recurso coyuntural al corsarismo, y luego los problemas políticos y económicos proyectados sobre el Reino insular por la compleja Guerra Catalana contra Juan II, sucesor de Alfonso *el Magnánimo*.

Esta contienda resultó funesta para las islas, pues además de implicar una onerosa contribución económica al erario real [51] y de sufrir las repercusiones negativas proyectadas por la lucha sobre el comercio insular, aconteció que las islas se alinearon en bandos opuestos. Al principio, Mallorca se mantuvo neutral pese a los requerimientos del Principado catalán, pero se inclinó luego abiertamente del lado del monarca, mientras Menorca —y especialmente Mahón— sostuvo las posiciones del bando contrario [52].

[49] *Vid.* pormenorizadamente estos aspectos en A. Santamaría, *op. cit.*, tomo III, pp. 214 y ss.

[50] El mal era endémico en las islas y la documentación histórica de todas ellas, ofrece continuas pruebas de las angustias que la falta de granos representaban para la población, así como los esfuerzos desplegados por los Jurados y las instituciones isleñas para paliar las escaseces con compras en el exterior o con la apelación a las confiscaciones de cargamentos ajenos en casos de extrema necesidad que fue forzoso regular legalmente («Privilegio de vituallas» de 1374). *Vid.* al respecto la bibliografía general de las islas citada anteriormente.

[51] A. Santamaría recoge la versión de 162.000 libras como montante de la ayuda económica mallorquina al monarca y ofrece una tabulación que especifica el importe de distintas partidas, *Vid. op. cit.*, tomo III, p. 247-48.

[52] G. Pons, «Mahón a finales del siglo xv», en *Rev. de Menorca* (1979), pp. 87-96;

En suma, las exigidas aportaciones económicas durante el conflicto, las repercusiones comerciales de la lucha y las consecuencias de las divisiones políticas isleñas, contribuyeron lógicamente a dificultar las inmediatas posibilidades de remontar la crisis que se venía arrastrando a todo lo largo del siglo xv.

El intento finisecular de «*redreç*» de Fernando el Católico

No obstante lo dicho, es cierto que el siglo se cerraría con un intento de mejorar la situación insular, puesto en marcha por el sucesor de Juan II, Fernando el Católico, y encomendado a Juan Aymerich (1493-1512), designado lugarteniente real del Reino de Mallorca e investido de poderes especiales.

Se trata de un programa sobre todo de pacificación social, corrección de abusos, redistribución de cargas fiscales, de administración de justicia, en suma, de «lo universal redreç» del Reino [53], contra el que se confabularían, sin embargo, las dificultades coyunturales de una oleada de peste —declarada en 1493—, de problemas de abastecimiento de cereales, que hacía reaparecer el hambre en amplios sectores, y hasta de la oposición interior de los Jurados, oficiales y grupos oligárquicos, que acusaban al lugarteniente de abuso de poder, pero que en el fondo temían que el autoritarismo real viniera en mengua de sus personales atribuciones y ventajas.

El plan de «redreç» —enderezamiento, promoción y reforma— proyectado por el monarca en Mallorca (no se conoce que se hubiera pen-

el resumen y consecuencias de la contienda en Menorca lo hace M. Moll Serra, en los siguientes términos: «La revuelta menorquina empezó en Ciutadella con la acción militar llevada a cabo desde Mallorca, donde se dirigieron el gobernador y jurados menorquines, leales al monarca, en busca de auxilio. Se consiguió sofocar, pero Maó caería en manos de los rebeldes, apoderándose éstos de la ciudad y el puerto; no se obtendrá la «rendición incondicional» hasta la intervención del gobernador general vidal de Castelladoriz. El fin de la guerra llega con la rendicción de Barcelona en 1472. Después del conflicto, algunos menorquines fueron condenados a muerte y confiscados sus bienes. En estos años, Menorca empezó a adquirir una estructura bipolar: Maó-Ciutadella (con el abandono de la fortificación de Santa Águeda). Hecho éste diferencial respecto a Mallorca y a Ibiza que, al contrario, reforzaron sus respectivas capitales en relación con la parte foránea». *Historia de las Baleares* («Menorca en el siglo xv»), *cit.*, vol. V, p. 512.

[53] *Vid.* A. Santamaría, en *op. cit.*, tomo III, p. 296 y ss.

sado también para Menorca e Ibiza), se formalizó a través de una serie de disposiciones y de la Pragmática de Granada de 1499 [54]. Consistía en un plan decenal de amortización de la deuda (que era de unas 600.000 libras) mediante el recurso a la talla —impuesto directo— la revisión de franquicias, la agilización y racionalización de la gestión fiscal y administrativa. Y dado que los ingresos fiscales dependían del correlativo incremento de la producción, se atendió a promover la industria (especialmente la textil) y el comercio.

Para la promoción de la manufactura textil, se procedió a una reglamentación detallada, a unas inspecciones regulares, y se adoptaron medidas proteccionistas en relación con los artesanos extranjeros de la isla. Un proteccionismo de signo mercantilista se aplicó también en la promoción del comercio, mediante la reserva del tráfico interior a los establecidos en la isla, mejorando la vida del «Col.legi de la Mercadería», el incremento de los mecanismos financieros —con la creación de una banca—, y con una política de obras públicas, entre ellas la mejora del muelle de la Ciudad, dentro de un programa más amplio en que el Rey expresaba su deseo de que

> los ports e molls de les ciutats e terres marítimes de nostros regnes stiguen ben obrats, guardats e defensats de mar e de inimichs per lo fruit e benefici que en resulta de açó [55].

Balance global del siglo xv baleárico

Si tras lo apuntado hacemos ahora un primer balance de la inmediata situación interna de Baleares al advenir la Era Atlántica, aparece ante nosotros un panorama definido por los siguientes rasgos generales y estructurales: 1) la personalidad político-administrativa del archipiélago, antiguo reino privativo, dependiente de centros de decisión exteriores; 2) el «trend» secular de la coyuntura isleña del siglo xv,

[54] Nuestro texto sigue el buen resumen de P. Cateura, «El Reino de Mallorca en la segunda mitad del siglo xv», *Historia de las Baleares*, 1990, vol. V, pp. 508-510.

[55] P. Cateura, «El puerto de la Ciudad de Mallorca (siglos xiii-xv)», en *Historia de las Baleares*, 1990, *cit.*, vol. V, p. 538. En extenso, del mismo, *La reforma del muelle de la Ciudad de Mallorca (1494-1495)*, Palma, MOPU, 1984.

a la hora de los descubrimientos, muestra las islas con un potencial biológico estancado —cuando no regresivo—, con el cuerpo social afectado de seculares tensiones sociales internas que, si ya se habían manifestado en auténticas explosiones de guerra civil, quedaban irresueltas (como lo probaría, al poco, la revuelta agermanada a comienzos del reinado de Carlos I); 3) un infructuoso resultado del programa de reforma y promoción del Rey Católico, puesto que «en la segunda mitad del siglo xv, todo parece conjurarse contra las actividades comerciales: la situación general de los países mediterráneos, el expansionismo turco, la guerra civil catalana y la misma consideración sociopolítica del mercader...» [56]. En suma, «la política de redreç» emprendida por Fernando el Católico... no tendría los efectos esperados.

Con el descubrimiento de América, el comercio —ya decadente en el Mediterráneo— se desplaza irremediablemente hacia el Atlántico. Los problemas internos de nuestras islas, con profundas raíces en el siglo anterior, se agravarán en el siglo xvi, provocando alteraciones sociales como las Germanías. La endémica escasez de granos y el creciente acoso contra las islas del poderío turco, serán una constante a lo largo del siglo» [57].

Este es el balance global del siglo xv balear, en el tránsito de la modernidad [58]: una atonía histórica, un desplazamiento atlántico del centro de gravedad de la historia moderna, que deja las islas en una posición excéntrica; un Mediterráneo, escenario de luchas imperiales, que tienen cercadas la vida y la economía del archipiélago...

Cuando en los siglos xv-xvi el Nuevo Mundo hace su entrada en la historia universal, nada estimulaba objetivamente, pues, la posibilidad de una habitual relación de Baleares con América.

[56] P. Cateura, «El Reino de Mallorca en la segunda mitad del siglo xv», en *Historia de las Baleares*, *cit.*, Palma, 1990, pp. 506-11.

[57] L. Garrido Álvarez, en *Historia de las Baleares* (*cit.*, vol. V, p. 507).

[58] M. Barceló, *Ciutat de Mallorca en el trànsit a la Modernitat*, Palma, Inst. d'Est. Baleàrics, 1988.

El siglo XVI insular, explicación histórica de una relación tardía

Por si fuera poco impedimento la excéntrica posición geográfica en que quedaba el archipiélago por el desplazamiento Atlántico del centro de gravedad histórico-universal, y por si fuera poca la gravedad de la coyuntura recesiva que había caracterizado el siglo XV insular, nuestras islas conocieron la prolongación de sus desdichas internas en un agitado siglo XVI que, por sí solo, explicaría con creces una circunstancia hasta ahora no ponderada y que, en un estudio del tipo que nos ocupa, necesita la correspondiente explicación histórica: la relación tardía de los baleáricos con América que, de hecho —y a pesar de la presencia de primera hora de algunos marineros aislados, y no todos confirmados, en las navegaciones descubridoras— sólo empieza, de hecho, a partir del siglo XVII.

La prolongación de la crisis interna

En este sentido, basta una enumeración de los procesos que conoció el archipiélago en la época renacentista [59] para percibir las fuerzas de fondo que, en la práctica, inmovilizaron los impulsos y las eminentes condiciones del hombre balear para actuar fuera de las islas en el momento que América pasaba a ser la instancia prioritaria de la acción histórica española.

Tales circunstancias causales de la tardía entrada de Baleares en la escena americana, comienzan con las crisis de subsistencias que aquejaron a las islas [60], por el rebrote de las tensiones sociales internas, siguen por la partipación en las guerras de Italia, pasan por las campañas en el cercano norte de África, y culminan —causa de especial gravedad dada su prolongada duración— en la inseguridad y la crisis económica, debida al dramático cerco turco-berberisco que conocieron nuestras islas, al menos hasta Lepanto. Todo ello cegó durante décadas, no la supuesta exclusión de América de los naturales de la Corona de Ara-

[59] M. P. Xamena Fiol, «El Siglo XVI», en *Historia de Mallorca* (coord. Mascaró Pasarius), tomo III, pp. 192-199.

[60] F. Sastre i Portella, «Les crisis de subsistències. Relacions Mallorca-Menorca a la primera meitat del siglo XVI», en *Randa 21. Cultura i Història a Menorca*, 1989.

gón, sino comprensiblemente y en la práctica, la posibilidad de una relación trasatlántica americana en aquella primera hora.

Los hechos y los datos son palmarios: las dificultades económicas y financieras de principios de siglo estudiadas por Álvaro Santamaría [61], las hambrunas [62] de los lustros de transición entre el siglo xv y el xvi —provocadas por cosechas cerealísticas deficitarias— fueron seguidas por los internos desasosiegos sociales de las bandosidades entre familias nobles y sus clanes, que serían luchas abiertas, aún en el siglo siguiente, caso de los Canamunt i Canavall [63].

Las guerras de Italia, las campañas en Nápoles especialmente, implicaron una contribución humana y una canalización de recursos financieros y de medios técnicos —como aportar naves propias a las necesidades bélicas— que restaban disponibilidades. A ello siguieron las expediciones de Fernando el Católico al cercano norte de África para la defensa de Bugía (1515).

Al advenimiento de Carlos I, el archipiélago vivió, en el interior, la revuelta de los agermanados: movimiento de menestrales urbanos y de campesinos contra los numerosos impuestos establecidos con vistas a equilibrar la balanza de pagos, a enjugar los déficits comerciales, como estudió José Juan Vidal [64]. Alzamiento que, entre 1521 y 1523, reproducía, de hecho, la guerra civil vivida a mediados del siglo anterior [65], con la idéntica circunstancia de requerir la intervención real, el envío de un cuerpo expedicionario, que logró restablecer la situación anterior, pero no podía evitar las graves secuelas que la Germanía

[61] A. Santamaría, «Sobre la gestión fiscal y la coyuntura económica de Mallorca en torno a 1510», *Mayurga*, 14, pp. 21-61.

[62] *Vid.* J. Juan Vidal, *Las crisis agrarias y la sociedad de Mallorca durante la Edad Moderna*, 1976. *Vid. Mayurga*, 16 (1976), pp. 88-136.

[63] A. de Le-Senne, *Canamunt i Canavall. Els conflictes socials a Mallorca en el segle* xvii, Palma, Ed. Moll, 1981.

[64] J. Juan Vidal, «Una aproximación al estudio de las Germanías de Mallorca» (en *Bol. Cám. de Com. Ind. y Nav*, Palma de Mallorca, 681 (1973), pp. 142-88; del mismo, «La problemática de los censales: su incidencia en las Germanías (1521-23)», en *Mayurga*, 13 (1975), p. 101-58; A. Santamaría, «Bosquejo sociológico de la Germanía», en *Historia de Mallorca*, coordinado por Mascaró Pasarius, vol. III, pp. 341-60; O. Vaquer, *Docs. sobre la Germanía de Mallorca*, en *Fontes Rerum Majoricarum*, II, 614-34.

[65] A. Santamaría, «La época de Fernando el Católico y la Germanía», en *Historia de Mallorca*, coord. por Mascaró Pasarius, Palma de Mallorca, tomo III (1973), páginas 247-360.

tuvo en el cuerpo social: las dificultades económicas subsiguientes, penalizaciones, ajusticiamientos [66], tensiones humanas y el agravamiento del endémico bandolerismo interior [67].

El archipiélago en la pugna internacional mediterránea

En el ámbito internacional, el Imperio de Carlos V representó el enfrentamiento en el Mediterráneo a la nueva situación geopolítica creada por el avance turco, los progresos de los berberiscos en el norte de África (conquista de Túnez por Kayr ed Din en 1533), y por los fenómenos bélicopolíticos representados por la «alianza impía» concertada en 1534 entre el rey *Cristianísimo* de Francia, Francisco I, y Solimán *el Magnífico*: una entente anti-imperial que obligó a Carlos V a las reacciones bélicas pertinentes; su ataque a Túnez en 1535 y su asalto —fracasado— a Argel en 1541, se hicieron con escala en las Baleares, que quedaban en primera línea de combate del magno enfrentamiento político-religioso [68]. El archipiélago desde entonces y, al menos hasta el triunfo cristiano en Lepanto, conocería un dramático y permanente cerco que representaba una vida de radical angustia e inseguridad interior, base de un vasto programa de fortificaciones en las islas [69], todo lo cual de hecho yugulaba su actividad económica y sus relaciones con el exterior [70].

Las crónicas insulares traslucen el dramatismo diario de las gentes, temerosas de ver aparecer en el horizonte las velas enemigas, y relatan los crueles asaltos y las depredaciones intermitentes de las escuadras enemi-

[66] E. Duran, «Les series documentals de l'Arxiu Històric de Mallorca referents a la represió de la Germanía», en *Bol. Soc. Arq. Luliana*, 33 (1972), 550-557.

[67] *Vid.*, además de la bibliografía citada en nota anterior, J. M. Quadrado, *Informacions judicials sobre els adictes a la Germanía*, Ciutat de Mallorca, 1930.

[68] P. Piferrer - J. M. Quadrado, *Islas Baleares*, Barcelona, Cortezo, 1888, «Mallorca formando parte de la monarquía española de los siglos XVI y XVII», pp. 432-535.

[69] B. Escandell Bonet, *Las murallas renacentistas de Ibiza*, Ibiza, Inst. de Est. Ibic., 1970; F. Fornals Villalonga, «Fortalezas del puerto de Mahón: San Felipe y La Mola», en *Rev. de Menorca* (1983), pp. 5-24, col. il.; J. González de Chaves Alemany *Fortificaciones costeras de Mallorca*, Palma, 1986.

[70] E. Fajarnes Tur, «Los moros se enseñorean del mar baleárico durante el siglo XVI», en *Rev. de Menorca* (1928), pp. 354-70 (1929), pp. 7-28.

gas. Los desembarcos piráticos, por ejemplo, en Ibiza-Formentera (las islas más cercanas a las regencias berberiscas), constituyen un rosario ininterrumpido de tragedias, sobre todo a partir de los años 30-40. Así, en 1536 los turcos y franceses bombardean Ibiza, asaltan el barrio de la Marina, profanan la Iglesia del Socorro, desembarcan en Santa Eulalia y las Salinas, incendian las cosechas y hacen numerosos cautivos. Y sonados episodios similares, entre otros menores, se repiten en 1538, 1541, 1543, 1545, 1549, 1554... [71]. Ello llevaría a Felipe II a levantar las imponentes murallas de Ibiza, respondiendo al clamor de indefensión de los isleños [72].

No diferente era la situación y el dramatismo vivido por las demás islas. Basta recordar los intermitentes y sangrientos asaltos de Barbarroja en Menorca [73] —la más cercana a Francia— con degüello general de cristianos [74], en especial el ataque de Mustafá Pialí a Ciudadela de 1558 [75], saldado con crudelísimo resultado de degollados en la isla [76] y la captura de 3.500 cristianos, luego vendidos como esclavos en los mercados de Constantinopla [77] y de cuyas sobrecogedoras peripecias se dispone de relatos notariales [78].

[71] I. Macabich, *Historia de Ibiza*, Palma, Daedalus (tomo II); J. Mari (*op. cit*, III, p. 22-23).

[72] B. Escandell Bonet, *op. cit.*, Ibiza, Inst., de Est. Ibicencos, 1970, *passim*.

[73] Así en 1531, 1535, etc. *Vid.* E. Fajarnes Tur, «Asalto de Menorca por el corsario Barbarroja en 1531. Carta de los Jurados de Mallorca a la Emperatriz», *Rev. de Menorca* (1926), p. 344-48; E. K. Aguiló, «Documentos relativos al sitio y saqueo de Mahón por Barbarroja (1535-1536)», *Rev. de Menorca*, (1898) (p. 137-56); F. Hernández Sanz (transcrip.) «Documentos relativos al sitio y saqueo de Mahón por Barbarroja (1535)» *Rev. Menorca* (1909), 261-800; F. Hernández Sanz, «Preparativos de defensa contra la temida invasión de Barbarroja. Mahón (1553-1554)», en *Rev. de Menorca*, 1929 (pp. 159-165). Detallada historia del ataque de 1535 por Barbarroja en V. Mut, *Historia del Reino de Mallorca*, Palma, Guasch, 1650, lib. X, cap. II, pp. 435-438.

[74] Así en 1535, Barbarroja mandó degollar, entre otros muchos, a los frailes del convento de San Francisco: Fray Bartolomé Genestar, Fray Francisco Coll y Fray Miguel Capó, *Vid.* F. Hernández Sanz, *Cultura i societat a Menorca*, Mahón, 1987, tomo I, p. 34.

[75] F. Hernández Sanz, «Documentos relativos al sitio y saqueo de Ciudadela por Mustafá Pialí (1558)», en *Rev. de Menorca* (1908) (p. 261-272); R. Bosch Ferrer (Pbro. †), «¿Mandaba la invasión turca de Ciudadela Mustafá Pialí?», *Rev. de Menorca* (1947), pp. 5-12.

[76] En esta ocasión, entre las víctimas del furor de los turcos en el asalto a Ciutadella, se cita siempre la monja clarisa Sor Agueda Ametller, *Vid.* F. Hernández Sanz, *Cultura i societat a Menorca* (1947), pp. 5-12.

[77] Entre los esfuerzos isleños por rescatar a los cautivos, se citan siempre los del doctor Marcos Martí que «emprendió un viaje de peregrinación a Constantinopla para

Estas eran las dramáticas condiciones —asaltos intermitentes, inseguridad, temor, asedio naval impidiendo el normal comercio, escasez, hambre...— definidoras de la vida del archipiélago mediterráneo a todo lo largo de aquel siglo XVI. Mientras, desde Sevilla a Palos levaban anclas las carabelas y naos del primer descubrimiento, conquista y población del Nuevo Mundo. Sólo cuando, ya a fines de la centuria, el poderío turco era doblegado «en la más alta ocasión que vieron los siglos», las gentes de nuestro archipiélago volverán a ver en el mar no el terror de las velas enemigas, sino el camino de relación fructífera con el exterior, y podrá operarse «el Descubrimiento», en el horizonte mental y humano de los baleáricos, de las tierras y los hechos del otro lado del Atlántico.

tratar del rescate de los cautivos que se llevara de Ciudadela el corsario Mustafá Pialí en 1558, a cuyo fin había pedido a Felipe II interpusiera su real influjo con el Sumo Pontífice, para la concesión de un jubileo general en toda España, con el objeto de que las limosnas fueran más abundantes» (F. Hernández Sanz *Cultura i societat a Menorca, cit.*, tomo I, p. 34). Como estudio de uno de los efectos administrativos interiores del ataque, *vid.* F. Hernández Sanz, «Elección de oficiales y consejeros de las Universidades de Ciudadela y Mercadal, después del asalto y saqueo de aquella ciudad por Mustafá Pialí (1558)», *Rev. de Menorca* (1902), pp. 54-55. *Vid. las historias generales de Menorca, en especial, F. Hernández Sanz Compendio de Geografía e Historia de la Isla de Menorca*, 1924 (cf. J. Ferrán Ponce, «Hernández Sanz. El historiador y el contexto ideológico cultural de su época» en *Revista de Menorca. Historiografía menorquina. Primera Part*, 2.° trim. 1989, pp. 231-66); R. Oleo, *Historia de Menorca, cit.*; M. L. Serra Belabre, *Historia de Menorca*, Maó, 1977; M. L. Serra Balabre - G. Roselló Bordoy - J. A. Orfila León, *Historia de Menorca. De los orígenes a la Edad Media.*; F. Sastre, *Ciutadella de Menorca en el tránsito a la Modernidad*, tesis doct., 1981; una alusión de conjunto de la situación vivida al respecto por nuestras islas, en B. Escandell, *Las Baleares. Geohistoria y realeza en la forja de su identidad colectiva, cit.* Madrid, FIES, 1988, pp. 23 y ss.

[78] Así los datos reseñados en el acta levantada en Constantinopla el 7 de octubre de 1558 «por el notario menorquín Pedro Quintana a instancias del Regente de Gobernación, Bartolomé Arguimbau y del Capitán de Infantería, don Miguel Negrete, prisioneros todos de los turcos». *Vid.* V. Mut, *Historia del Reyno de Mallorca*, Palma, 1650, *cit.*, lib. X, cap. VII, pp. 453-57. *Cit.* de F. Hernández Sanz, *Cultura i societat..., cit.*, tomo I, pp. 80-81.

III

UN DOBLE COLOFÓN INICIAL

En las páginas que anteceden quedan sintéticamente expuestas algunas notas que definen las bases previas de partida con que cuenta el historiador al abordar el tema de esta obra. Bases históricas —valoradas y conceptualizadas— que parece imprescindible mostrar al lector si la tarea debía revestir, desde el principio, un carácter explicativo de las peculiaridades características de la relación histórica entre Baleares-América.

Sobre las condiciones estructurales de partida

Bases geohistóricas, de un lado, que por las razones de posición excéntrica que las definían, no propiciaban el contacto inmediato, normal y regular, de nuestro mundo insular mediterráneo, con el alejado continente trasatlántico. Pero, al mismo tiempo, derivadas de estas mismas bases de partida, unas potencialidades y virtualidades reales en el hombre balear —forjadas por los milenios de vida histórica— objetivadas en unos sedimentos culturales, unas actitudes colectivas y unas tradiciones, enraizadas y generales en el ser de los isleños, que les hacían aparecer con rasgos de identidad colectiva afín y muy idóneos, en principio, para una empresa como la americana, de naturaleza náutica, colonizadora, económico-empresarial y misionera en que consistió —esencialmente y en la práctica real— la gesta de España en Indias.

Y estas contradictorias bases de partida —desfavorables en lo material, promisorias al mismo tiempo en lo humano y cultural— forman en verdad, los primarios factores explicativos de la cronología, del gra-

do, la naturaleza y la intensidad del sentido empírico de las relaciones entre Baleares y América, y de las grandes aportaciones que, en la realidad de los hechos, hicieron las gentes baleáricas en Indias.

Hemos podido apreciar después que, si las presencias y aportaciones baleáricas en Ultramar no iban a ser de primera hora, más que eventualmente, sí menudearon, en cambio, a partir de los siglos XVII y XVIII; y se debía en gran parte a una serie de razones circunstanciales: la coyuntura histórica isleña del siglo XV afectada por una crisis secular —en hombres, en recursos materiales, en solidaridades sociales internas, etc.— que ponía forzosamente plomo en las alas de todo proyecto que hubiera podido trazarse en los prodigiosos días del Descubrimiento del Nuevo Mundo; y se debían, a la vez, al peculiar contexto en que situó al archipiélago la pugna internacional entablada entre los grandes imperios mediterráneos del siglo XVI.

Sobre las condiciones bibliográficas de base

Un segundo colofón ahora de carácter distinto para cerrar la parte introductoria de la presente obra. Su titulación «sobre las condiciones bibliográficas de base» no anuncia, como podría quizás sospecharse, un apartado de bibliografía balear. Con independencia de que, en alguna parte del libro, pueda ofrecerse una relación selectiva de títulos para cómoda orientación del lector, y de que las citas a pie de página, y las referencias a las fuentes informativas utilizadas, configurarán ya una representativa nómina de la producción historiográfica en que se apoyan los contenidos, se trata ahora de otra cosa.

Si al autor le parecía metodológicamente imprescindible que se ingresara en el estudio de la relación histórica Baleares-América partiendo previamente de los determinantes geohistóricos y de los condicionantes coyunturales explicativos de aquélla, siente también la necesidad personal de advertirle sobre los condicionantes bibliográficos de base, en medio de los cuales ha tenido que realizar su labor.

No es que el autor, al aludir a tales condicionantes, esté preocupado sólo por el hecho de que sean escasas las disponibilidades bibliográficas reales para el estudio de las relaciones baleárico-novomundistas (que lo son: esta es la primera vez, según creo, que las distintas facetas de tal relación se integran y se abordan desde una estructura orgánica

de conjunto, por lo cual ésta ha tenido que inventarse al efecto); la preocupación tampoco deriva de que, aunque fueran millares las referencias ofrecidas, tema se vaya a poder echar de menos a un personaje, o la cita de alguna obra —porque ésta es circunstancia inevitable incluso para el censor que note la ausencia, si fuera él quien emprendiera la tarea aquí abordada—. La cuestión que suscita este colofón bibliográfico, radica en el hecho de la desproporción informativa disponible, al respecto, entre una y otras islas del archipiélago. Es decir, los estudios sobre Mallorca relacionables (de alguna manera) con América, aunque no sean numerosos, sobrepasan con muchísimo los similares existentes sobre Menorca e Ibiza-Formentera. Y semejante desproporción está creciendo incluso en los últimos años por el renovado interés y la nueva sensibilidad que se aprecia, desde Mallorca especialmente, hacia América. Así, por citar dos recientes y significativos ejemplos: Sa Caixa de Balears («Sa Nostra») ha auspiciado la publicación de una síntesis ilustrada y debida al especialista juniperiano doctor Bartomeu Font Obrador, subtitulada específicamente *Les Balears i el Nou Mon* [1]; por otro lado, se ha anunciado una publicación, coordinada por el activo Jesús García Marín —quien ha proporcionado al autor de estas letras un privilegiado y generoso acceso a sus contenidos— cuya aparición está prevista para finales de 1990 con el título de *Mallorca y América. Del predescubrimiento hasta el siglo xx* [2], a todo lo cual hay que añadir la disponibilidad de otros buenos instrumentos mallorquines de trabajo [3].

Esta indicada desproporción proyecta inevitablemente sobre la presente obra un rasgo que el autor es el primero en conocer, al que más le pesa en sus propias carnes baleáricas, y que se ha esforzado en

[1] V. Font Obrador, *Fra Juníper Serra. Les Balears i el Nou Mon*, Palma, Sa Nostra, 1989.

[2] Palma, Ajuntament (Inst. de Cooper. Iberoamericana), Miramar Ediciones, 1990. Con colaboraciones de B. Cipre, A. Picazo Muntaner, J. Rosselló Lliteras, M. del C. Bosch Juan, M. Alcover, J. Segura i Salado, F. Carmona Moreno, S. Trías Mercant, G. Morro Veny, J. M. Cortés Verdaguer, J. M. R. Tejerina... cuyos trabajos serán utilizados y citados en sus respectivos lugares.

[3] Así, los catálogos de Ripoll *Librería Antiquaria*, que relaciona con frecuencia obras relativas a nuestro tema. O la compilación de J. Bover Fujol, *Baleárica. Bibliografía de bibliografies de Balears*, Mallorca, Miquel Font, editor. Incluso es de agradecer que, con motivo de las anuales fiestas del libro, hubieran aparecido en 1953 unas *Notas de bibliografía mallorquina sobre América*, con noticia, y reproducción de portadas, acerca de libros raros y decisivos en el campo ahora de referencia.

reducir en la medida de sus fuerzas (y de las posibilidades —que nunca son absolutas— ofrecidas por los fondos de las bibliotecas a mano): que la obra pueda injustamente ser tildada de abordar más las relaciones Mallorca-América que las de Baleares-América.

Esta circunstancia —bien lo sabe el autor—, tiene razones de base lógicas, objetivas e insalvables. Éstas, se han podido percibir con claridad últimamente, con cifras y gráficos, en la obra de José Juan Vidal al ofrecer las tabulaciones demográficas exhaustivas de la población balear operadas sobre el censo de Floridablanca de 1787: que de los 180.000 habitantes del archipiélago en números redondos, la población de Mallorca constituía la abrumadora y absoluta mayoría (el 76,60 %), frente al 15,70 % de Menorca y al 7,70 % de Ibiza-Formentera [4]. Esta proporcionalidad, que continúa desde entonces hasta nuestros días, le da un lógico, también abrumador y absoluto protagonismo a Mallorca, en cualquier aspecto histórico en que se tome como referencia el archipiélago. Pero, esta desproporción real e inevitable, está agravándola otra complementaria: la todavía más menguada existencia de estudios dedicados, desde Menorca o Ibiza-Formentera, a cualquier cuestión histórica, incluidas, en nuestro caso, las relaciones con América.

Una rigurosa técnica, y actual comprobación de esta indicada desproporción bibliográfica entre Mallorca y las islas menores, nos la ofrece, indirecta y fehacientemente, la notable labor de María Luisa Canut y José Luis Amorós, puesta bajo el título de *Anatomía de una Cultura* (la menorquina). Se trata de un índice científicamente informatizado [5] de la centenaria «Revista de Menorca» [6] uno de los lugares, como es lógico, en los que debe muy principalmente abrevar el historiador en busca de materiales para cualquier problema del pasado histórico común. Pues bien, de entre los centenares de artículos allí informatizados, búsquense los relativos a Menorca y América [7] y se verá que la

[4] J. Juan Vidal, *El cens de Floridablanca a les Illes Balears. 1786-1787,* Mallorca, Miquel Font, 1989, pp. 23 y ss.

[5] Aunque la cientificidad informática no se libra de errores, como clasificar entre los «Ilustres varones Menorquines» a «Sor Agueda Ametller, clarisa», veáse p. 309 de la citada obra.

[6] M. L. Danut & J. L. Amorós, *Anatomía de una Cultura. Cien años de la Revista de Menorca (1888-1988),* Institut Menorquí d'Estudis, 1989, p. 381.

[7] Empieza porque el término «América», como entrada de referencias, está ausente del nomenclátor informatizado en cuestión.

cosecha es casi desoladoramente nula [8]. Y mucho peores son las disponibilidades, y la situación de consulta, en lo que se refiere a las Pitiusas: Ibiza-Formentera [9], sobre lo cual, quien estas letras escribe, entona la parte del *mea culpa* que teóricamente pueda corresponderle, como nativo y como historiador americanista; pecado y situación que, de alguna manera y medida, se apresta aquí y ahora a comenzar a purgar.

Esta es, pues, la trampa mortal tendida de antemano al autor (al que sea) por la pura realidad de los hechos demográficos de las islas, de los respectivos desarrollos culturales de las mismas y de las proporciones historiográficas resultantes de todo ello. Por lo cual, el que esto escribe —que, no obstante, se ha arriesgado en tales condiciones a desarrollar el enunciado de la obra— siente la necesidad de advertir por adelantado al lector, mediante este «colofón sobre los condicionantes bibliográficos (insalvables, por el momento) de base» acerca de esta situación historiográfica real; naturalmente atentatoria contra la posibilidad de responder mejor —y en la proporción relativa que a cada isla del archipiélago le corresponde— al título de *Baleares y América.*

Si fuera verdad, como dicen los alemanes, que una obra no es perfecta hasta la séptima edición, podríamos ampararnos en este piadoso margen teutónico como espacio de maniobra disponible todavía y que compromete a todos —críticos incluidos—, para que en fecha no lejana, ni un nombre de los que componen la galería de baleáricos constructores de los países ultramarinos, ni un esfuerzo historiográfico aplicado merecidamente a ellos, quede fuera de la debida, deseable y justa consideración. Es el menor tributo que tenemos la obligación moral de pagar, tanto a nuestros paisanos que actuaron en Ultramar, como a cuantos —isleños o no— se hayan ocupado científicamente de que, aquellas vidas y hechos transoceánicos de nuestros paisanos, no tengan el negro olvido como retribución.

[8] De hecho, son sólo excepción dos temas: la colonización de los menorquines en Florida, *vid.* pp. 324-25, 354, etc., y la visita del Almirante Farragut a la isla, *vid.* p. 331, por ejemplo. Alguna facilidad de consulta ofrece la reciente compilación y edición de J. Salord Ripoll, de los trabajos publicados en la *Revista de Menorca* por su antiguo director, notable y prolífico historiador, F. Hernández Sanz, *Cultura i societat a Menorca,* Mahó, 1987, 2 vols., núms. 3 y 5 de la Collecció Capcer.

[9] Apenas hay más compilaciones biográficas a las que acudir que la de J. Clapes, *Biblioteca Ebusitana,* Palma de Mallorca, Juan Colomar, 1902.

SEGUNDA PARTE

LAS BALEARES EN LAS PRECONDICIONES DEL DESCUBRIMIENTO Y EN LOS PRECEDENTES DE LA ACCIÓN ESPAÑOLA EN INDIAS

A) LAS PRECONDICIONES REALES

Los grandes descubrimientos geográficos de fines del siglo xv constituyen, como es bien sabido, un magno fenómeno en la historia universal. Sin embargo, dependió de una serie de conquistas previas, tanto en materia de concepción geográfica del planeta, como de conocimientos astronómicos, de técnicas de navegación, de progresos en la construcción naval, de experiencias empíricas, etc. Sin tales condiciones de posibilidad, aquel prodigioso logro geográfico sería históricamente impensable [1]. Pues bien, a crear algunas de estas condiciones previas de la gesta descubridora del Nuevo Mundo, contribuyeron las aportaciones de hombres baleáricos. De ahí que resulte obligado abrir un capítulo específico que, sintéticamente al menos, deje la correspondiente constancia de algunas de las eminentes aportaciones baleáricas, como son las realizaciones cartográficas, y los pionerismos en la primera apertura medieval del Mediterráneo hacia la navegación atlántica y en la acción evangelizadora de tierras oceánicas.

[1] A. Ballesteros y Beretta, *Historia de América. III: Génesis del Descubrimiento,* Barcelona, Salvat, 2.ª edic., 1961, *passim.*

I

LA TRADICIÓN CARTOGRÁFICA MALLORQUINA

Comencemos por abordar, en el sentido indicado, la cuestión de las decisivas aportaciones cartográficas mallorquinas.

Tienen como contexto explicativo y telón de fondo, el auge marítimo-comercial bajomedieval de la Corona de Aragón. Como es sabido, la Corona de Aragón se constituyó en una «thalasocracia» mediterránea de primer orden, después de una progresiva expansión marítima, que de hecho se operaba sobre toda la rosa de los vientos: hacia la ruta magrebí —o de los esclavos y del oro africano—, la de Levante —o de las especias—, la ruta de poniente o atlántica...

Dentro de semejante actividad, el archipiélago balear —ya fuera como Reino privativo, bien integrado en el seno de la Corona de Aragón— asumió una relevante función marítimo-comercial por su situación estratégica central, por su carácter de *entrepôt* natural y su condición de «plataforma giratoria» en el Mediterráneo occidental... Y en el archipiélago, tales actividades marítimo-comerciales —aunque naturales, primarias y esenciales de la vida insular— no se redujeron a ser respuestas lógicas a las necesidades de la vida socio-económica insular, sino que dieron lugar también a una actividad intelectual formalizada por el hombre isleño en una manifestación mezcla de arte y de ciencia [1]: una sistemática representación gráfica de las costas, rumbos,

[1] En relación con la cartografía mallorquina —como señalaremos más adelante— hay una línea de interpretación (G. Llompart, M. Durliat, Riera Sans...) que subraya su carácter pictórico. Como producto cultural, *vid.* A. Rubio i Lluc, *Documents per l'historia de la cultura catalana mitgeval*, Barcelona, Inst. d'Estudis Catalans, 1908-21, 2 vols.; J. Sureda i Blanes, en un «Ensayo de vulgarización», se refirió a *Mallorca i la tradició tècnica*,

vientos y distancias e informaciones acerca de los lugares conocidos y frecuentados por sus hombres de mar. Y aconteció que aquellas elaboraciones cartográficas tuvieron, sobre las lógicas aplicaciones en el tráfico mercantil doméstico, la virtud de configurar un activo centro de producción de cartas náuticas, apreciadas por príncipes, navegantes y marinos. Todo lo cual ha dado lugar a que se hable de una llamada «escuela cartográfica mallorquina» que, según Rey Pastor, estuvo destinada a ejercer un «influjo universal durante tres siglos» [2] a partir, al menos, de principios del trescientos [3].

Por lo tanto, producción técnica y hecho histórico de trascendencia, consignable ahora porque, con toda propiedad, se inscribe entre los factores que configuraron las precondiciones reales de los grandes descubrimientos del siglo XV que condujeron al Nuevo Mundo.

La cartografía medieval

La representación «cartográfica» no nació en la Edad Media, como es sabido, sino que, como manifestación pictórica y, por tanto, lenguaje abstracto de expresión del conocimiento humano, algunos le asignan la antigüedad de los pictogramas y, por lo tanto, una cronología anterior a la de la escritura alfabética. En cualquier caso, los mapas de la antigüedad clásica y medieval —desde los del griego Eratóstenes, pasando por el *Orbis Pictus* latino de Agripa, siguiendo por los *Orbis Terrarum* altomedievales hasta la cartografía árabe de Al Idrisi— constituyen un género cartográfico diferente de la producción en que va a destacar el genio cartográfico balear, que es la cartografía náutica.

Palma (Ed. Moll), 1958, que ilustra esta indicada actividad intelectual isleña. *Vid.* del mismo Sureda Blanes, *Ramón Llul i l'origin de la cartografía mallorquina,* Barcelona, 1969; J. Sureda Blanes & M. Khaner, *Enciclopedia Catalana,* s. v. «Cartografía» t. IV, Barcelona, 1973, pp. 504-05.

[2] J. Rey Pastor, «Presentación» a la obra con E. García Camarero, *La cartografía mallorquina,* Madrid, CSIC, Inst. Luis Vives, 1960, p. X.

[3] La relación de esta actividad intelectual mallorquina con la práctica marítimo-comercial de las islas a la que estaba destinada a servir, puede verse subrayada en el propio y expresivo título del trabajo de G. de Reparaz, «L'activité maritime et commerciale du royaume d'Aragon au XIII siècle et son influence sur le développement de l'école cartographique de Majorque», *Bulletin Hispanique,* Burdeos, XLIX (1947), pp. 422-51.

Las primeras ayudas técnicas que la indicada expansión marítima catalano-aragonesa necesitaba y suscitaba, se formalizaron en los llamados «portulanos» (derroteros escritos señalando los elementos primarios de la navegación, como son los rumbos, etc.), base y origen de las posteriores cartas náuticas o «cartas de marear» [4], trazadas normalmente para la navegación de cabotaje [5].

No se puede entrar aquí en la polémica sobre la primacía catalana o italiana [6] de aquella primera cartografía náutica medieval (cuyo arranque suele situarse ordinariamente en el llamado *Anónimo Pisano*, fechado alrededor de 1270-1300), pero recordemos que Ramón Llull —segunda mitad del siglo XIII— habla ya de *portolans* y de cartas náuticas. Géneros que, además, están aquí documentados con ejemplares muy antiguos (así una «carta de mapamundi en pergamí», probablemente de 1315; «carta de navegar qui es IIII cartes plegadisses») en los inventarios de la cámara real de Jaime II de Aragón (1291-1327) según Martínez Ferrando [7].

Sea de ello lo que fuere, digamos que, por lo común, la navegación medieval solía ser una práctica empírica y los iniciales medios gráficos de navegación fueron, de ordinario, tan rudimentarios y erróneos que muchos hombres de mar —incluso los que sabían leerlos— preferían guiarse no pocas veces por sus propios tanteos, experiencias o intuiciones. Si, con el tiempo, tales medios gráficos se difunden, se usan cada vez más y son objeto de demanda en cortes, compañías mercantiles y centros náuticos, se debe en parte, a los perfeccionamientos técnicos aportados, entre otros, por los baleáricos.

Con objeto de hacerse una idea un poco más precisa de la cartografía medieval, podría decirse que las indicadas cartas marinas consistían en «derroteros trazados en forma de carta, hechos a base de dis-

[4] E. L. Stevensson, *Portolan Charts, their origin and characteristics*, Nueva York, 1911.

[5] *Vid.* J. H. Parry, *La época de los Descubrimientos geográficos*, Madrid, Guadarrama, 1964, p. 146.

[6] *Vid.* J. C. Casasayas Talens, *La cartografía mallorquina y la polémica de su literatura*, Palma, UIB, 1982. El autor alude a tres grandes sabios que intervinieron en la polémica de los orígenes: Hamy, Nordenskjöl y Wagner. *Vid.* también la entrevista de J. García Marín al autor en *Historia de las Baleares*, Palma, Ed. Formentor, 1990, vol. IV, pp. 425 y siguientes.

[7] E. Martínez Ferrando, «La cámara real en el reinado de Jaime II», *ABMA*, Barcelona, 11 (1953-54), Apéndice I.

tancias y derrotas conocidas entre los puertos más importantes y las principales marcas de la costa. En ellos, las distancias no se medían en grados, sino en millas, señalándose las derrotas o vientos de la brújula magnética. La línea de la costa... con una minuciosidad en los detalles ...fruto de la experiencia y del conocimiento de aquellos parajes ...están trazadas en tinta negra, realzado su contorno por la larga serie de nombres de puertos y puntos sobresalientes, escritos en dirección perpendicular a aquéllas. La mayor parte de los nombres van en negro, pero los puertos importantes están señalados en rojo y tienen con frecuencia banderas de colores para indicar el país...» [8].

La «escuela» mallorquina: Angelí Dulcert y la familia de «Cresques lo juheu»

Dentro de esta tradición, Mallorca, por ser el centro de la navegación del Mediterráneo occidental —llegó a designársela como *cap de creus*, es decir, encrucijada de todos los rumbos de la zona occidental, convergencia y escala de tantas singladuras—, se convirtió en punto natural de experiencias e informaciones náuticas que dieron lugar a la importante y original actividad cartográfica que, según quedó indicado, se le otorga el apelativo de «escuela mallorquina». Aunque de escuela seguramente tuvo poco, pero sí tuvo

> de mercado y punto de confluencia de pilotos extranjeros que, al hallarse en una isla que representaba la última recalada en medio del mar de la navegación atlántica y que era punto de tránsito de la de Próximo Oriente y del África vecina, aprovechaban para adquirir mapas o portulanos de los cuales los mallorquines, enseñados por los italianos justamente a principios del siglo XIV, supieron desenvolver un tipo particular... [9].

Si sus productos cartográficos tuvieran que caracterizarse en pocas palabras, podría decirse que contenían gráficamente sensibilidad y ge-

[8] Parry, *op. cit.*, pp. 146-147.

[9] G. Llompart, «La cartografía mallorquina del siglo XV», *Bol. Soc. Arg. Luliana*, XXXIV (1975), p. 438.

nio artístico, conocimientos técnicos y un fiable caudal de experiencia marinera, acumulada en siglos de relaciones marítimo-comerciales y de navegaciones por diversos mares. Pero también fueron apreciados porque crearon un tipo particular de mapas que,

> aparte de los usuales portulanos, con sus rutinarias enumeraciones de accidentes geográficos y puertos, proporcionaban información sobre el interior de los países, constiuyendo así una fuente de interés para los comerciantes y un manadero de curiosidades en un mundo relativamente recortado entonces en sus límites cognoscitivos [10].

Se comprende que por estos plurales valores e indicadas circunstancias, en suma, la cartografía mallorquina adquiriera un amplio renombre y contribuyera a difundir, por de pronto, el uso de estos medios auxiliares del arte de navegar [11].

Angelí Dulcert

La prestigiada producción cartográfica balear está ligada, como es bien sabido, a judíos mallorquines [12]. La nómina de autores y obras puede encabezarse por el que un especialista extranjero, Théodore Ernest Hamy, llamó «el mapamundi de Angelino Dulcert de Mallorca» [13], cuya «carta de marear española de 1339» —hoy en la Biblioteca Nacional de París— está fechada en Mallorca y cuyo conocimiento fue difundido también, a fines del siglo pasado, por don Cesáreo Fernández Duro [14].

[10] G. Llompart, *art. cit.*, p. 438 y p. 440 donde se repiten conceptos similares.

[11] J. Rey Pastor, E. García Camarero, *La cartografía mallorquina*, Madrid, CSIC (Inst. Luis Vives, 1960). *Vid.* G. de Reparaz, «L'ativité maritime et commerciale du royaume d'Aragón au XIII siècle et son influence sur le développement de l'Ecole cartographique de Majorque», *Bulletin Hispanique*, XLIX (1947), pp. 422-51.

[12] J. M. Quadrado, *La judería en Mallorca en el siglo* XIV, Palma, 1967; J. M. Millas Vallicrosa, *Aportaciones científicas de los judíos españoles a fines de la Edad Media.*

[13] T. E. Hamy, «Le mappemonde d'Angelino Dulcert de Majorque», *Bulletin de Géographie historique et descriptive*, París, 1886, pp. 354-66.

[14] C. Fernández Duro, «Descubrimiento de una carta de marear española de 1339, su autor Angelico Dulcert», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XII (1888), pp. 287-314.

Angelí Dulcert constituye una personalidad histórica no exenta de enigmas, que los especialistas estudian y discuten [15]. En resumen, cabe decir que hay defensores de su existencia individualizada, y sostenedores de su identificación con el genovés Angelino de Dalorto, autor de una carta náutica anterior a la de 1339, fechada en 1325 (se ha indicado que «Dulcert» era simplemente una defectuosa lectura paleográfica de «Dalorto»). En cualquier caso, si se mantiene la hipótesis de la identidad de ambos, queda por explicar, entre otras circunstancias, por qué Dalorto vivió, trabajó y firmó sus obras en Mallorca, y por qué catalanizó su nombre italiano originario. Aunque históricamente la citada hipótesis no sea rechazable y se aprecien concomitancias entre los dos mapas, lo cierto es que también las diferencias entre esa carta de 1325 y el «mapamundi de Angelino Dulcert de Mallorca», como lo llamó Hamy, son notables y, por tanto, ofrecen fundamentos para la diferenciación personal de ambos autores.

Los sostenedores de esta última tesis, y con objeto de justificar las citadas concomitancias cartográficas, han argüido incluso que Angelí Dulcert, mallorquín, fuera una personalidad que hubiera utilizado, mejorado y puesto al día la citada carta de Dalorto.

Sea de ello lo que fuere, digamos que el *mapamundi* de Angelí Dulcert de Mallorca abarca desde el golfo Pérsico y el mar Caspio hasta las Canarias. Entre los datos considerados notables de esta obra cartográfica, está el hecho de que, desde el continente africano se traza por vez primera la ruta transahariana del oro —la que conducía a Malí— [16] tan relacionada con el comercio balear con el Magreb, pujante e intenso desde los siglos de la dominación musulmana del archipiélago; y que se dibujan ya las Canarias recogiendo así informes y datos de las exploraciones genovesas a las Islas Afortunadas que se habían llevado a cabo por aquel entonces.

[15] *Vid.* el artículo de G. Llabres, «¿Fue mallorquín Angelico Dulcert?, *Bol. Soc. Arg. Luliana,* III, pp. 313-18.

[16] Así lo destaca, por ejemplo, Ch. E. Dufourcq, *L'Espagne catalane et le Maghreb aux XIII et XIV siècles,* París, 1960, pp. 138 y ss.

Cresques Abraham y Jafudà Cresques

Destacado lugar se ha concedido en esta producción cartográfica mallorquina medieval, como es generalmente conocido, a la considerada «familia Cresques» (así suele citarse, como si Cresques fuera apellido) y sobre la cual —sus nombres, el número de sus miembros [17], la verdadera naturaleza de su labor cartográfica [18], etc.— tantas cuestiones están hoy en revisión y en estudio [19]. Mientras la investigación aclare los diversos extremos indicados, es cierto que los cartógrafos judíos Cresques Abraham y Jafudà Cresques [20], padre e hijo, ocupan lugares estelares en el firmamento cartográfico mallorquín, desde que la estirpe fue estudiada, entre otros, por Fernández Duro, muy especialmente por Gabriel Llabrés y el hebraista Jaume Riera i Sans que ha venido a poner críticamente algunas cosas en su sitio, entre ellas, la real importancia cartográfica de Jafudà [21].

El patriarca de la familia es Cresques Abraham (1325-1387) —se le suele citar como Cresques *lo juheu*—, constructor de ingenios de relojería y de navegación, y ligado a las casas reales de Pedro *el Ceremonioso* y del infante don Juan (luego Juan I) y padre de Yêhudá (o Jafudà) Cresques, que habría colaborado con su padre.

[17] Ahora parece que al menos son cuatro. *Vid.* J. García Marín, «Entrevista al Padre Gabriel Llompart y a J. C. Casasayas», en *Historia de las Baleares,* Palma, Ed. Formentor, 1990, vol. IV, pp. 423 y ss.

[18] Aunque todavía faltan investigaciones al respecto, hoy se piensa si «los Cresques» más que «cartógrafos» eran pintores de Biblias, de manuscritos, etc. *Vid.* lo indicado por el P. Llompärt en la nota anterior (p. 423). *Vid.* J. C. Casasayas Talens, *op. cit.*, Palma, UIB, 1982.

[19] El mismo P. Llompärt (*cit.* en notas anteriores) señala como problema pendiente de dilucidación, la relación entre los mapas de Dulcert y los de Cresques Abraham que parecen copia, *vid. op. cit.*, pp. 423-24.

[20] *Vid.* a este respecto A. Pons, *Los judíos del reino de Mallorca durante los siglos XIV-XV,* Madrid, CSIC, 1956 (en *Hispania,* núms. 2, 3 y 4).

[21] C. Fernández Duro, «Los cartógrafos mallorquines Angelino Dulcert y Jafuda Cresques», *Bol. de la Soc. Geográf. de Madrid,* XXXVI, 1891, pp. 283-84; G. Llabres, «Cartógrafos mallorquines del siglo XIV», en *Bol. Soc. Arg. Luliana,* t. II, pp. 323-28; del mismo, «El maestro de cartógrafos mallorquines Jafuda Cresques», *Bol. Soc. Arg. Luliana,* III, pp. 310-11; del mismo «Algo más sobre Jafuda Cresques», *Bol. Soc. Arg. Luliana,* IV, pp. 158-61; G. de Reparaz, «Els Cresques», *Rev. de Catalunya,* VIII (1928), pp. 113-118; *vid.* la citada *Cartografía mallorquina,* Madrid, CSIC, 1960; J. Rierra i Sans, «Jafudà Cresques, jueu de Mallorca», en *Randa,* 5 (1977), pp. 51-66.

Jafudà Cresques en 1391 se convertiría al cristianismo tomando el nombre de «Jaume Ribes» (citado a veces como «Mestre Jacob»); ha suscitado un notable interés histórico-crítico [22], en cuanto continuador de la tradición cartográfica familiar y, por tanto, miembro de la escuela mallorquina. Su renombre hasta hace poco se fundaba en dos supuestos, ambos negados hoy por la crítica histórica: se le llegó a suponer por algunos, autor directo del citado *Atlas català* de su padre, y se le identificó erróneamente con «mestre Jacome de Mallorca» del que hablan los cronistas portugueses; cerebro cartográfico de las empresas del infante portugués don Enrique *el Navegante* [23] desde la escuela de Sagres [24]. Recordemos que ésta fue creada por el infante don Enrique *el Navegante* (duque de Viseu, hijo del rey Juan I de Portugal) en 1416 cuando, con su hermano Pedro y la asesoría científica de Jaime III de Mallorca, comienza a compilar información sobre náutica, geografía y viajes, y reunía marinos y expertos cartógrafos italianos, árabes e indios. En Sagres construyó astilleros y, con las copiosas rentas de la Orden de Cristo —de la que era gran maestre— promueve expediciones exploratorias de las tierras e islas del Atlántico meridional que representan el comienzo del imperio portugués. Por lo tanto, escuela de enorme importancia histórica que, en efecto, fue dirigida por Jácome de Mallorca [25]. Ahora bien, la hipótesis de identificación de Jafuda Cresques/Jaume Ribes —«Mestre Jacob»/«Mestre Jàcome de Mallorca»— hoy no puede seguir sosteniéndose. Jaume Riera Sans ya dijo que

[22] Aparte de la bibliografía antes citada sobre la cartografía mallorquina en general, la figura de Jafudà Cresques ha sido objeto de un sostenido estudio por parte de G. Llabres, como se ha indicado, en sus artículos «Cartógrafos mallorquines del siglo XIV», *Bol. Soc. Arg. Luliana,* II, pp. 323-28; «El maestro de cartógrafos mallorquines Jafudà Cresques», *Bol. Soc. Arg. Luliana,* III, pp. 310-11; «Algo más sobre Jafuda Cresques», *Bol. Soc. Arg. Luliana,* IV, pp. 158-161. *Vid.* G. de Reparaz, «Els Cresques», en *Rev. de Catalunya,* VIII, 1928, pp. 398-412.

[23] *Vid.* el citado trabajo de Gonzalo de Reparaz, «Mestre Jacob de Mallorca, cartógrafo do Infante», en *Rev. da facultade de Letras da Universidade de Coimbra,* VI (1939), núms. 3-4 y 5-6.

[24] *Vid.* ahora las precisiones documentales que sobre Sagres publicó A. Iria, en *Estudios henriquinos,* Lisboa, Academia Portuguesa da História, 1989, pp. 1-38.

[25] G. de Reparaz, «Mestre Jacob de Mallorca, cartógrafo do Infante», *Rev. da Facultade de Letras. Univ. de Coimbra,* VI (1930).

> el cert és que els documents que avui posseïm per bastir la biografia de Jafudà Cresques permeten assegurar que no va anar mai a Portugal... Jafudà Cresques, doncs, no mereix el renom que te... [26].

Ciertamente hay documentación que le relaciona con Pedro *el Ceremonioso* y con el infante don Juan, luego Juan I [27], pero los 28 documentos publicados o inéditos conocidos de Jafudà Cresques testifican que su condición de familiar real, sus privilegios obtenidos de los monarcas, (como la autorización regia de libertad de acción, pese a su condición de converso [28], o su licencia real de bigamia [29]), son herencia del prestigio y de las relaciones de su padre, muerto en 1387; porque él con posterioridad a esta fecha, se dedicaría sólo «a la producció en sèrie de simples cartes de navegar» [30]; «mestre en l'art de la confecció de mapamundis», cosa que no era su padre, por lo que se piensa que dominaba sólo «les tècniques del dibuix» [31]. Y en cuanto a su identificación con «mestre Jácome de Mallorca» es rechazada con buenas razones cronológicas y documentales. Jácome de Mallorca operaba en Sagres hacia 1420 y Jaume Ribes había fallecido ya en 1410.

El «Atlas català de 1375»

En cualquier caso, a Cresques Abraham *lo juheu* se atribuye —aunque pudiera haberle ayudado en ello su hijo— el llamado *Atlas catalán de 1375* (conservado en la Biblioteca Nacional de París) que el infante don Juan regaló al rey de Francia, en cuya librería sabemos figuraba ya en 1380. De él se hicieron recientes ediciónes catalana y castellana [32]. Se trata de un verdadero monumento cartográfico, uno de los primeros atlas conocidos de los llamados de «tablas sueltas».

[26] J. Riera Sans, *art. cit.*, en *Randa*, 5 (1977), p. 51.

[27] *Vid.* Miguel Bonet, «Cartas a Jafudà Cresques», *Bol. Soc. Arq. Luliana*, VII, 124, 148, 168, 176. Se trata de siete cartas de Juan I.

[28] J. Serra, *art. cit.*, p. 59.

[29] Aca, *Cancill. Reg.*, 1664, fol. 32.

[30] J. Serra, *art. cit.*, p. 65.

[31] J. Serra, *art. cit.*, p. 65.

[32] J. Matas (coord.), *El Atlas Catalán de Cresques Abraham*, Barcelona, Diáfora, 1975.

Por ser la obra más notable de la escuela mallorquina y de nuestros indicados cartógrafos, resulta obligado hacer una descripción en cierta manera pormenorizada [33]. Está compuesto de seis hojas de pergamino, dos de las cuales contienen textos y un gran calendario circular, y las restantes componen un mapamundi iluminado con dibujos y acompañado de explicaciones en catalán. Supera ampliamente, pues, los portulanos al uso, en cuanto deja de ser una mera relación nominal de accidentes litorales, y ofrece una compilación de informaciones tradicionales o recientes recogidas de viajeros [34].

Las seis indicadas hojas se pueden considerar divididas en tres grandes partes [35]. La primera está integrada por un tratado de Cosmografía y un calendario perpetuo, la central es un portulano clásico y la tercera es una representación de Asia. En la hoja primera de la primera parte se halla una relación astrológica de los 30 días del mes, un diagrama para calcular las mareas desde el estrecho de Gibraltar hasta Bretaña, y un par de columnas de texto en que se establece la redondez de la Tierra («es redonda como una pelota»), el geocentrismo («La Tierra está en el centro del mundo... y no está sostenida por nada, sino por el poder divino...»), y la composición del Universo por tierra, agua, aire y fuego. La segunda hoja de esta primera parte «contiene un hermoso calendario lunisolar, flanqueado por sendas descripciones de las cuatro estaciones del año» [36].

La segunda parte —integrada por las hojas 3 y 4— comprende un portulano clásico referido a Europa, el mar Mediterráneo, el mar Negro y las costas occidentales de África del Norte. Tipo de

[33] Aparte de información contenida en las indicadas ediciones castellana y catalana del Atlas de 1375, puede encontrarse una excelente descripción de A. Paladini Cuadrado, en la obra *Puertos y fortificaciones en América y Filipinas*, Madrid, CEOPU, 1985, pp. 226-29, acompañada de la reproducción correspondiente.

[34] J. M. Millas Vallicrosa escribió que «esta ciencia náutica y cosmográfica se nutría a base de la información que llegaba a Mallorca de parte de los mercaderes judíos que conocían todas las rutas que hacían las caravanas en el norte de África; porque en estas cartas no solamente se hacen constar los puertos, sino también rutas hacía el interior, hacia el Niger, hacia el Sáhara, etc.; y generalmente los mercaderes mallorquines conocían todas estas rutas para el comercio del interior en las que entraban juntamente con las caravanas de los indígenas del país...» *Aportaciones científicas de los judíos españoles a fines de la Edad Media (cit.)*.

[35] Seguimos la citada descripción de A. Paladini Cuadrado, en *op. cit.*, p. 226., col. 2.ª.

[36] Paladini cuadrado, *op. cit.*, p. 226, col. 2.ª.

> carta náutico-geográfica de la escuela mallorquina... que puede considerarse como una obra maestra. La representación del contorno mediterráneo es muy correcta y la toponimia costera profusa hasta la saturación. Abundan los datos de geografía física, humana y económica, características de la escuela citada. Por primera vez en la historia de la cartografía aparece dibujada con vivos colores la rosa de los vientos cardinales y cuadrantales, a saber: tramuntana, greco, levante, laxalloch, metzodí, labetzo, ponente y magistro.

Está riquísimamente ornamentado con nueve colores, vistas simbólicas de ciudades, camellos, elefantes, etc. Es de destacar aquí la cita de viajes como el de Jaume Ferrer al Senegal (*riu de l'or*) y el dibujo completo de las Canarias.

Pero se considera la tercera parte —con las hojas 5 y 6— la más valiosa en cuanto es la primera vez que el continente asiático aparece en la cartografía medieval y, por lo tanto, sin haberse podido servir de modelos previos. Cresques Abraham aprovechó ahí las noticias de viajeros recientes: las del *Il milione* (1298) de Marco Polo y las de otros relatos literarios, que son traducidos gráficamente. Además de accidentes geográficos como montañas, ciudades, ríos, etc., se dibujan escenas como la caravana de mercaderes, ciudades torreadas con sus banderas, personajes, y leyendas con datos mitológicos o escriturarios.

Para terminar la referencia a la producción cartográfica del propio siglo XIV, añadamos que sería de esa centuria una carta náutica encontrada recientemente en el Archivo del reino de Mallorca y dibujada en el pergamino que encuadernaba un libro de protocolos. El director del Archivo, Antonio Mut, fundándose en algunos indicios —entre ellos, el de la escritura— lo fecha en el indicado siglo lo que, de confirmarse, «podría ser la carta náutica más antiga conservada a l'Estat Espanyol» [37].

[37] C. Picornell Bauza-J. M. Segui Pons-A. Ginard Bujosa, «700 anys de Cartografía de les Illes Balears», catálogo de la exposición, Ajuntament de Palma, Palau Solleric, 1986, p. 16.

La cartografía mallorquina, «un influjo universal» trisecular

La tradición cartográfica mallorquina continuó tras los Cresques. «El siglo xv es el de la consolidación de la cartografía mallorquina... se conservan unas cincuenta cartas y aumentan los cartógrafos de nombre conocido... A mitad de siglo comenzó la dispersión de cartógrafos mallorquines hacia el extranjero, donde fundaron talleres y dejaron discípulos...» [38]. En diversas bibliotecas extranjeras están localizados ejemplares cuyos autores son originarios de Baleares o, aunque sean anónimos, se relacionan con la escuela mallorquina y por lo común judíos o conversos. Rey Pastor y García Camarero citan, en este sentido, nombres como los de Guillem Soler (del que la Biblioteca Nacional de París conserva obras fechadas en 1380 y 1385) [39] y la obra anónima conservada hoy en la Biblioteca Nacional de Nápoles. La lista de nombres conocidos a través de diversas investigaciones especializadas cuenta con cartógrafos y *buxolers* (fabricante o dibujante de brújulas) como Maciá de Villadestés —cuyo nombre judío es Samuel Corchós— [40] del que se conserva un mapa en la Biblioteca Nacional de París, fechado en 1413 y otro en la Laurenciana de Florencia de 1420; Gabriel de Vallseca [41], Antoni Piris, Pere Rosell («del que se conservan una quincena de cartas náuticas firmadas en Mallorca la mitad de ellas» [42]), Jaume Bertrán, Berenguer Ripoll, Rafel Loret, «mestre de cartes de navegar», etc.

Ahora bien, a pesar de que el estudio de la escuela mallorquina y de sus principales representantes ha dado lugar a una extensa bibliografía —que, a su vez, ofrece abundantes datos para una amplia exposición de cuestiones diversas— es claro que lo estrictamente pertinente ahora, a nuestro objeto, es la eventual proyección de estas elaboraciones cartográficas mallorquinas en la navegación, en el arte náutico y en las

[38] C. Picornell-J. M. Segui-A. Ginard, *Typus Orbis*, Palma, Bibl. B. March, 1983.

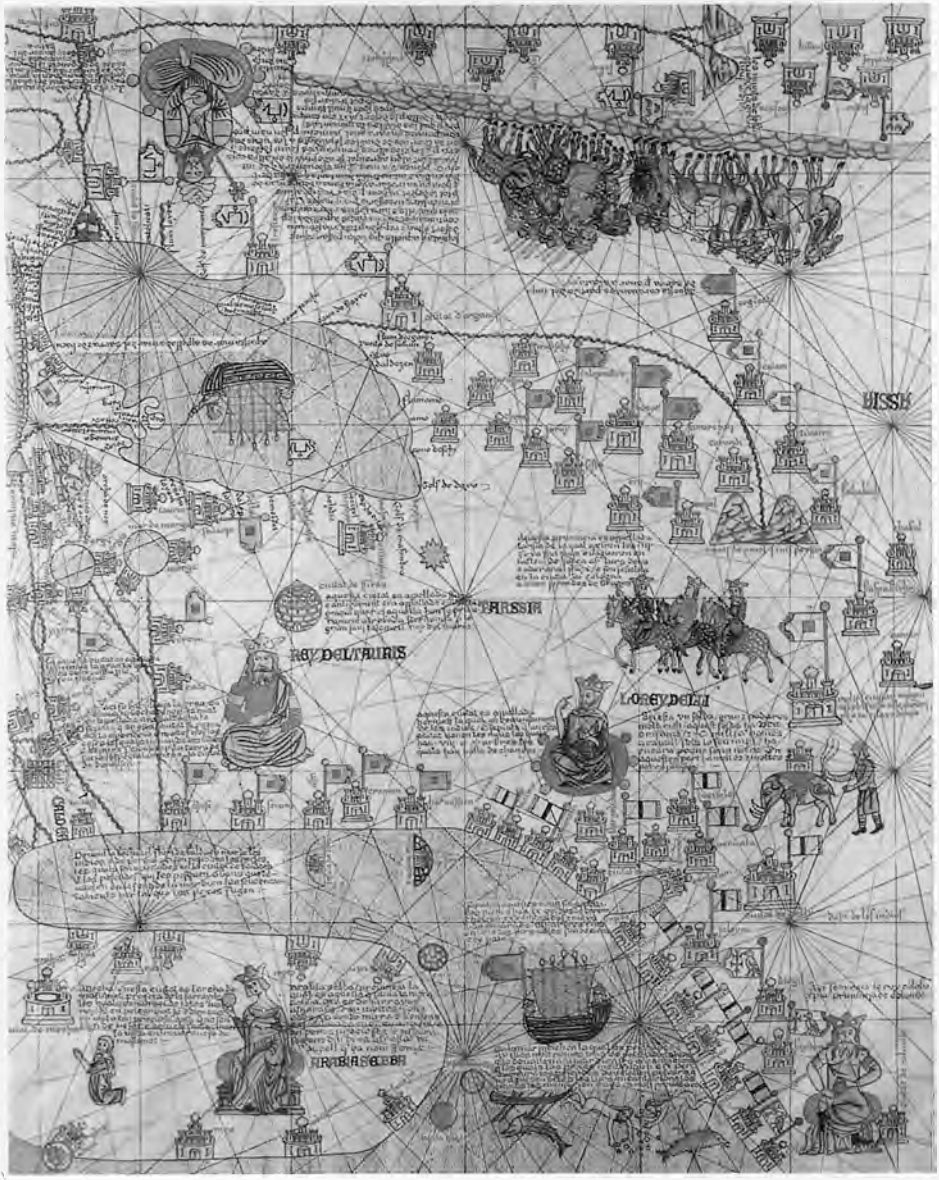
[39] J. Rey Pastor y E. García Camarero, *op. cit.*, pp. 61 y ss.

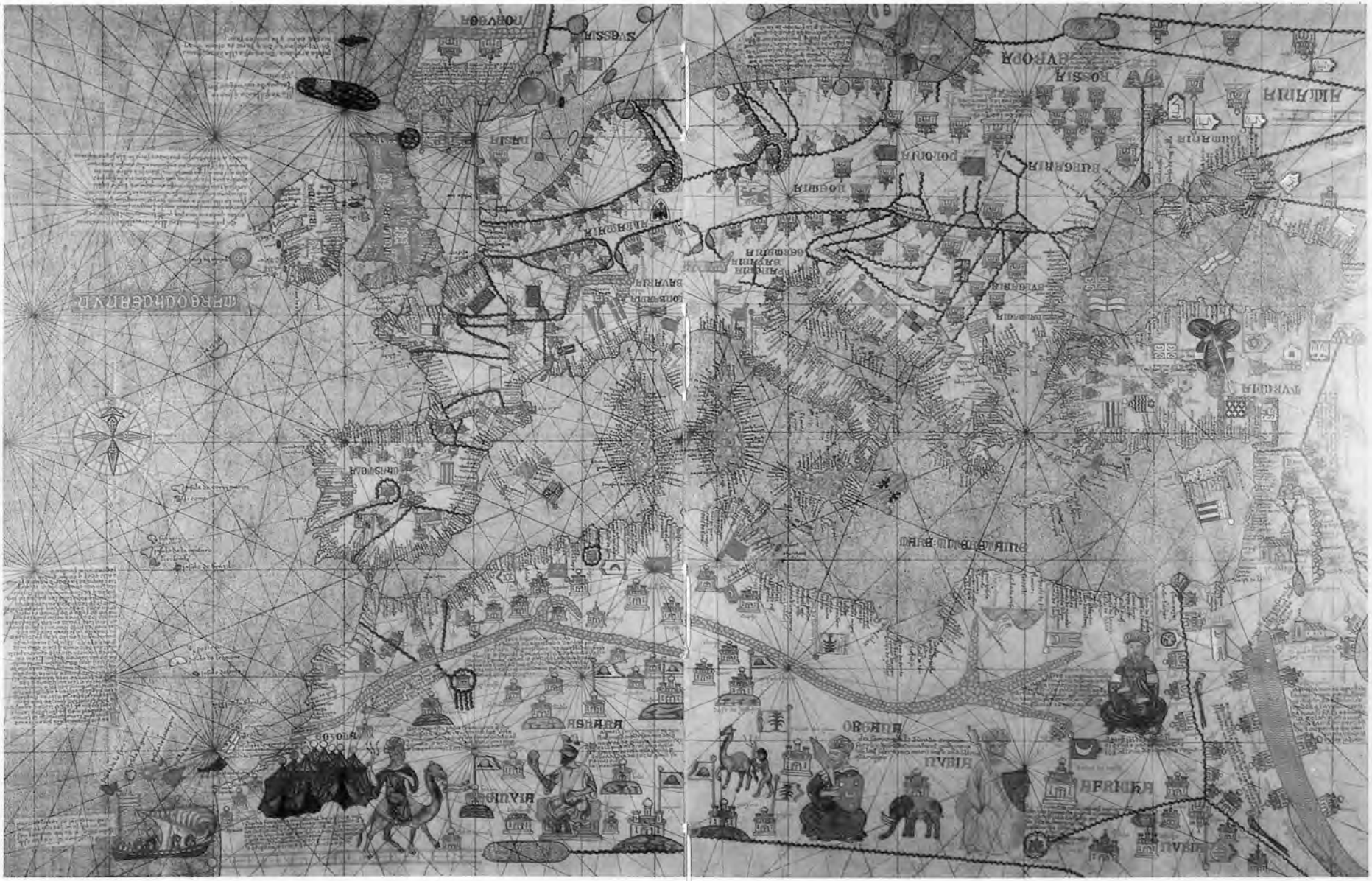
[40] *Vid.* estos datos en G. Llompart, «La cartografía mallorquina en el siglo xv», *Bol. Soc. Arg. Luliana*, XXXIV (1975), pp. 440-41.

[41] Considerado por algunos como barcelonés, pero documentado en Mallorca y supuestamente mallorquín por otros. *Vid.* F. Sevillano Colom, «Gabriel de Vallseca, cartógrafo mallorquín del siglo xv», en *Homenaje al doctor don Juan Reglà*, vol. I, Valencia, 1975, pp. 159-62.

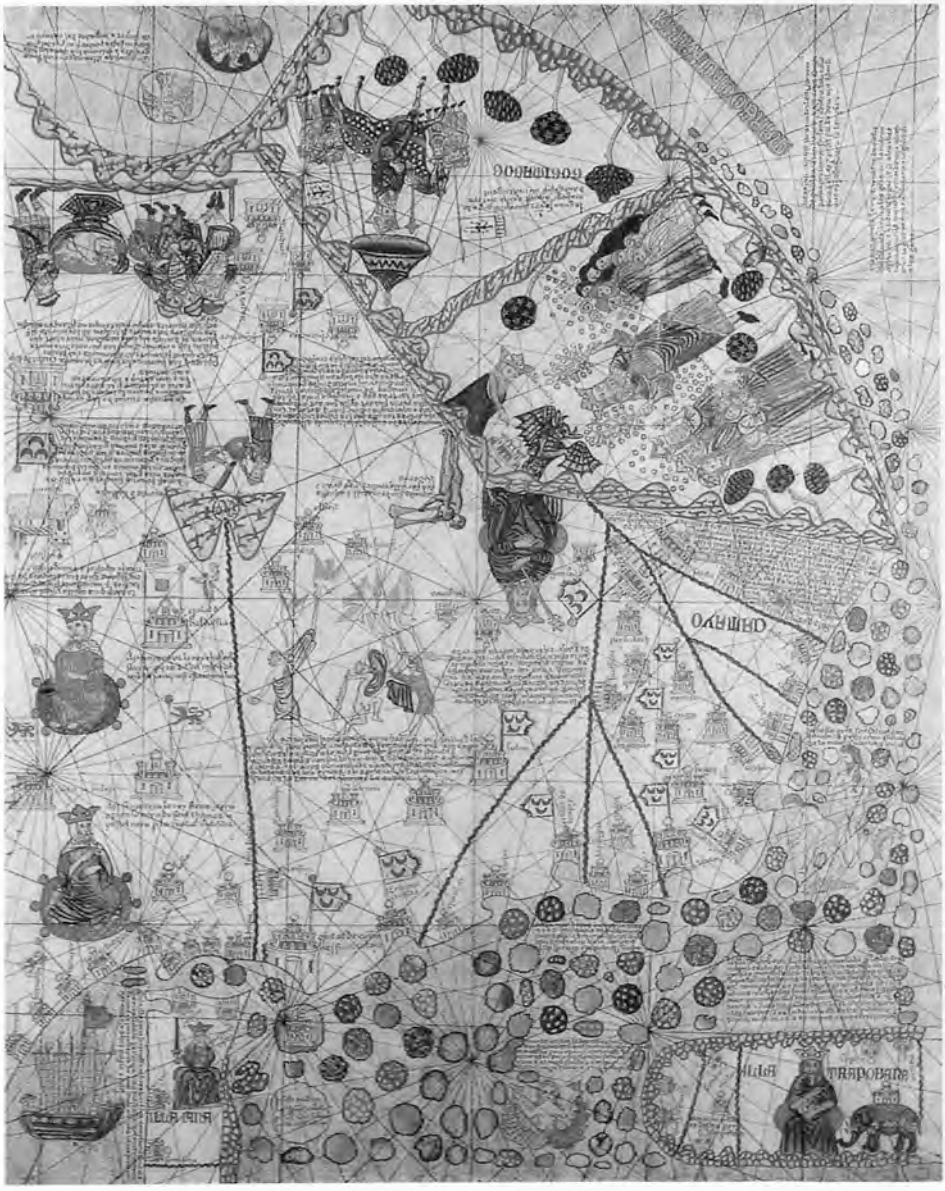
[42] G. Llompart, *art. cit.*, p. 447.

EL ATLAS CATALÁN DE 1375





EL ATLAS CATALÁN DE 1375



empresas marítimas bajo-medievales, en cuanto previas condiciones de posibilidad del Descubrimiento del Nuevo Mundo.

Y en este sentido, hay que comenzar subrayando, por de pronto, el decisivo «influjo universal durante tres centurias» destacado por estudiosos y científicos de la cuestión, como Julio Rey Pastor y Ernesto García Camarero [43]. Influjo aplicado porque los distintos pueblos mediterráneos —genoveses, venecianos, catalanes, etc.— que navegan, exploran los litorales, comienzan a recorrer zonas costeras atlánticas, etc., se valían naturalmente de aquellos instrumentos gráficos.

Influjo también en la técnica cartográfica general. La corroboración documental más notoria de la indicada influencia universal, la ofrecen tal vez las recopilaciones cartográficas publicadas por los portugueses. Interesados en estudiar e ilustrar las expediciones impulsadas por el Infante don Enrique *el Navegante* [44] (que, además de seguir las costas occidentales africanas, se adentran en el océano y construyen el circuito con las islas cercanas), los estudiosos del país vecino han reunido los instrumentos gráficos del arte de navegar que posibilitaron y luego reflejaron con precisión aquellas expediciones. Pues bien, la magna recopilación cartográfica debida a Armando Cortesao y A. Teixeira da Mota [45], los estudios del propio A. Cortesao [46] —corroborando los de Gonçalo de Reparaz [47]— hace tiempo que vinieron a documentar la influencia de los mapas salidos de manos de judíos mallorquines. En resumen, no existe la menor duda de que influyeron no sólo en la creación de la propia y gran tradición cartográfica portuguesa —la relación de mestre Jàcome de Mallorca con el vecino país lo indica de manera palmaria— sino también, en el mismo impulso inicial de aquel movimiento de exploraciones y descubrimientos bajo-medievales llevados a cabo por Portugal y que, como veremos en su lugar correspon-

[43] En la citada obra *La cartografía mellorquina,* Madrid, CSIC, Inst. Luis Vives, 1960. *Vid.* p. X, por ejemplo.

[44] *Vid. Monumenta Henricina,* Lisboa, 1960 (6 vols.); *Actas do Congreso Internacional de Història dos Descobrimentos,* Lisboa, 1961 (7 vols.).

[45] A. Cortesao & A. Teixeira da Mota, *Portugaliae Monumenta cartographica,* Lisboa, 1960 (5 vols.).

[46] A. Cortesao, *Cartografía e cartógrafos portugueses dos séculos xv e xvi,* Lisboa, 2 vols., 1935; del mismo, *Cartografía portuguesa antigua,* Lisboa, 1960.

[47] *Historia dels descobriments geogràfics,* Barcelona, 1927-28 (2 vols.) y su obra *Catalunya a les mars. Navegants, mercaders i cartògrafs catalans,* Barcelona, 1930.

diente, había tenido precursores mallorquines y que serían, todos juntos, precedente de los viajes colombinos.

A este respecto, no pocas voces autorizadas establecen una clara relación, actualmente en continua reafirmación. Ya Millás Vallicrosa, después de recordar «que esta cartografía mallorquina pasó al Atlántico», había escrito que «cuando al cabo de una generación se descubrió América y se empezaron a hacer cartas de este Nuevo Mundo, la primera carta atlántica —la carta de Juan de la Cosa— refleja en muy buena parte las cartas náuticas de la escuela mallorquina...» [48]. Últimamente, el profesor Luis Suárez Fernández ha insistido en que, si es indudable que las expediciones atlánticas habían dejado «los importantes testimonios de los mapas, la gran aportación mallorquina a la ciencia de la navegación... este conocimiento resultó después decisivo en la idea y realización práctica del salto que llevaría a los españoles, también dirigidos por un genovés, al encuentro con América...» [49]. Onofre Vaquer Bennassar se ha referido directamente a «La cartografía mallorquina y el descubridor de América» [50].

Pero si fuera necesaria una prueba, más allá de la relación inmediata de influencia entre aquella producción cartográfica mallorquina y los directos protagonistas de los descubrimientos americanos, nos podría servir el dato que consigna Rey Pastor en relación con uno de los cartógrafos citados antes —Gabriel de Vallseca— autor del portulano de 1439, actualmente en el Museo Marítimo de la Diputación de Barcelona. Este portulado de 1439, que sabemos perteneció al cardenal Despuig, en el dorso tiene una inscripción en que se lee nada menos esto: «Questa ampia pelle di Geographia fu pagata da Amerigo Vespucci LXXX Ducati di oro di marco» [51].

[48] J. M. Millás Vallicrosa, *Aportaciones científicas de los judíos españoles a fines de la Edad Media* (*cit.*).

[49] L. Suárez Fernández, «La Corona de Aragón y el Atlántico. Problemas y vías de investigación», *Actas del XIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón,* 1987, Palma de Mallorca, Inst. d'Estudis Baleàrics, 1990, pp. 179-197, cita en la p. 186, y también en J. García Marín, *Historia de las Baleares,* vol. IV, Cuaderno bibliográfico n.º 36, p. 427.

[50] En *Actas del XIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón,* Palma de Mallorca, Inst. d'Estudis Baleàrics, 1990.

[51] Rey Pastor y García Camarero, *La cartografía mallorquina,* Madrid, CSIC, 1960, p. 73.

II

EL PIONERISMO BALEAR BAJO-MEDIEVAL EN LAS RUTAS Y ACCIONES COLONIALES ATLÁNTICAS

Pero acontece que si la tradición cartográfica mallorquina es una de las aportaciones técnicas que contribuyen a explicar las condiciones de posibilidad con que contaron los protagonistas del Descubrimiento, no es menos de subrayar que las primeras navegaciones y colonizaciones medievales por el Atlántico, —inmediatos precedentes empíricos de la travesía y de las acciones en el Nuevo Mundo— también cuentan con protagonistas y tempranos pioneros baleáricos.

El cruce del Estrecho y la irradiación mediterránea hacia el Océano

Es bien sabido que la Cristiandad latina conoce una coyuntura expansiva y un aumento demográfico a partir de la revolución comercial y urbana de los siglo XII-XIII [1]. Conectada con la reapertura de la relación con el Próximo Oriente a raíz de las Cruzadas, y acompañada de una correlativa y primera revolución técnica —desde el arado de vertedera al molino hidráulico, desde la difusión de la brújula a la importante innovación del «timón de quilla», desde el trueque a la creación de instrumentos de giro y de pago internacionales, como la «letra de cambio»—, aquel impulso histórico fue base del paso de la economía autárquica y rural anterior, a una economía monetaria y de intercam-

[1] R. de Roover, «The Commercial Revolution of the thirteenth Century», *Bulletin of the Busines Historical Society*, XVI, 1942, pp. 34-39.

bio —con rasgos y técnicas proto-capitalistas— que está en la base de una febril actividad náutica, económico-política y exploratoria, precedente, en efecto y en tantos aspectos, de los grandes descubrimientos posteriores.

Lo que interesa resaltar es que este conjunto de factores históricos son, a la vez, causa y efecto explicativos, no sólo del mantenimiento y aún aumento, por un lado, de los circuitos y mercados regulares norteafricanos —desembocadura natural del comercio caravanero de esclavos y del oro subsahariano, como se indicó antes— sino también, por otra parte, de tenaces empeños bajo-medievales de los pueblos mediterráneos por llevar su expansión del tráfico marítimo hasta enlazar con las áreas comerciales del norte de Europa, porque el transporte marítimo significaba poder movilizar un mayor volumen de mercancías [2], consiguiente reducción de costos y aumento de beneficios, incluso mayor seguridad y rapidez que el tráfico continental.

Ahora bien, esta última circunstancia, exigía superar primero las dificultades náuticas que presentaba franquear las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar), tarea fácil viniendo del océano, pero técnicamente difícil desde el Mediterráneo hacia el Atlántico, pues las corrientes y el oleaje oceánico, prácticamente impedían el paso de las galeras y demás embarcaciones mediterráneas de bajo bordo, normalmente movidas a remo y adaptadas a las condiciones del *Mare Nostrum*.

Si lograr regularmente el cruce del Estrecho era condición primaria para la indicada expansión mercantil por el norte de Europa, no lo era menos para fines exploratorio-expansionistas por nuevas tierras y mercados africanos, ya demandados por una serie de convergentes e importantes circunstancias: la presión demográfica de aquella pujante Europa bajo-medieval, los anhelos de los segundones de una sociedad señorial, confesional y guerrera —que en África veía su campo natural de acción cuando, en la península Ibérica, su avance reconquistador le había llevado a dominar ya el Estrecho— y, en último extremo, por la necesidad de alcanzar directamente las fuentes del oro africano sin depender del comercio caravanero transahariano.

[2] J. Heers calculó para el siglo xv que el volumen del tráfico italiano con el mar del Norte por vía marítima era cuarenta veces superior al continental y alpino que, a través de las ferias de Champagne, enlazaba Italia con Flandes. *Vid. Gênes au xv siècle*, París, SEVEPEN, 1961, p. 453.

Las indicadas dificultades del cruce del Estrecho desde el Mediterráneo fueron superadas regularmente desde fines del siglo XIII [3], parece que concretamente en 1277, momento a partir del cual se multiplican las relaciones comerciales de los pueblos mediterráneos con los mercados de la Europa atlántica. Testificación de ello puede ser la proliferación entonces de las colonias mallorquinas y genovesas en Andalucía.

La presencia balear en el Atlántico Norte

Tradicionalmente la salida de los mercaderes mediterráneos hacia el Atlántico Norte, a partir del siglo XIII, se ha atribuido a la actividad sobre todo de los genoveses, aunque en la actualidad, la cuestión de la primacía genovesa está siendo seriamente revisada. Sobrevenidas para Génova ciertas dificultades en sus relaciones comerciales con Levante, y constituida una escala regular en los puertos andaluces del Estrecho, los mercaderes genoveses, en efecto, se encaminan hacia el canal de la Mancha y el mar del Norte. R. Doehaerd registró hace tiempo su presencia histórica en aquellos mercados internacionales [4], lo mismo en los «entrepots» de mercancías, que en los mercados financieros, junto a otros comerciantes-banqueros italianos, según también probó De Roover [5]. Pero no es menos cierto que junto a los genoveses, lombardos, etc., los mercaderes mallorquines, también desde el siglo XIII, protagonizan igualmente aquella temprana presencia y actividad comercial de los pueblos mediterráneos en la Europa atlántica, en labor coincidente y competitiva con los italianos, como estableció Roberto Sabatino López en un famoso artículo [6].

[3] *Vid.* V. Magallanes Godinho, *A Economia dos descobrimentos henriquinos*, Lisboa, 1962, en el capítulo sobre «la irradiación mediterránea hacia el Océano...», pp. 19-24.

[4] R. Doehaerd, «Les galères génoises dans la Manche et la Mer du Nord à la fin du XIII siècle et au début du XIV», *Bulletin historique belge de Rome*, XIX (1938), pp. 1-76.

[5] Véase la clásica obra de R. de Roover, *Money, banking and credit in Medieval Bruges. Italian Merchant-Bankers Lombards and Money-Changers. A study in the Origins of Banking*, Cambrigde (Mass.), 1948.

[6] R. S. López, «Majorcan and Genovese on the North Sea Route in the Thirteenth Century», *Revue belge de philologie et d'histoire*, 1951.

Recientemente, las aportaciones de Dolores Pifarré en relación con la navegación catalana a Flandes [7], y las de David Abulafia sobre las relaciones Mallorca-Inglaterra [8], precisan nuevos datos y matizan o cambian las perspectivas anteriores. Sabemos ahora que la primera referencia documental de un barco mallorquín en Londres nos sitúa en el año 1281, y desde esta fecha se dispone de datos seguros de los contactos a lo largo del siglo XIV [9], a los que F. De Moxó ha venido a añadir últimamente nuevas fechas sobre documentos inéditos del Archivo Municipal de Zaragoza: naves mallorquinas en Algeciras, en 1341 y 1344, en Finisterre, en 1344/45, y este mismo año en ruta hacia Lisboa [10]. La supuesta competividad entre genoveses y mallorquines en aquellas áreas septentrionales de la Europa atlántica, parece debe cambiarse por una idea de colaboración y actuación conjunta y, en suma, parece claro que los mallorquines nunca se aplicaron al tráfico financiero [11].

Añadamos que esta expansión mercantil balear por los mares y mercados de la Europa atlántica representaba, a la vez, incorporar técnicas e introducir cambios de diverso tipo: en el arte náutico tradicional, en los medios y formas de la práctica mercantil, etc. Comprueban tales adaptaciones los datos existentes, por ejemplo, sobre la utilización mallorquina de naves adaptadas al tráfico atlántico, como las «cocas» de Bayona. En suma, representó una acumulación de experiencias y conocimientos oceánicos que, sin duda, contribuyen a explicar el hecho histórico de que, en los subsiguientes siglos XIV y XV, se encuentren gentes baleares actuando también en otras latitudes oceánicas, en empresas de diversa naturaleza y en más amplios escenarios atlánticos, como en el caso de las *Islas Afortunadas*, según vamos a señalar a continuación.

[7] D. Pifarre, «Noves dades sobre la navegació catalana cap a Flandes a la fi del segle XVI», en *Actas del XIII Congr. Hist. de la Cor. de Aragón*, Palma 1990. *Vid.* referencias en *Historia de las Baleares*, Palma, Ed. Formentor, 1990, vol. IV, pp. 428-29.

[8] D. Abulafia, «Les reacions comercials i polítiques entre el Regne de Mallorca i Anglaterra, segons fonts documentals angleses», en *Actas del XIII Congr. Hist. Corona de Aragón* 1987, Palma, 1990. *Vid.* referencias en *Hist. de Baleares, cit.* IV, p. 429.

[9] *Vid.* el cuadro cronológico esquematizado en *Hist. de Baleares, cit.* IV, p. 428.

[10] F. de Moxó, «Naves Mallorquinas en el Estrecho y Finisterre a mediados del XIV», en *Mayurga*, 22 (1989), pp. 427-37.

[11] D. Abulafia, *op. cit.*, p. 429.

Baleares, precursora en el África atlántica

Aunque ahora lógicamente no se trata de hacer una detallada historia de las acciones descubridoras y colonizadoras por las costas e islas del África occidental, resulta obligado, al menos, situar el contexto general en que registra la presencia de baleáricos en aquella actividad oceánica, para entender mejor las subsiguientes acciones protagonizadas directamente por las gentes del archipiélago en aquella África atlántica. Hecho importante no sólo ahora porque la frecuentación de las rutas litorales e islas del África occidental fueran escuela empírica de experiencias —conocimiento del régimen de vientos, corrientes marinas, etc.— que van preparando la posibilidad futura de la gran singladura descubridora del nuevo mundo [12], sino también por el hecho histórico de que figuras mallorquinas llevan a cabo directas acciones de exploración y evangelizadoras, es decir, actividades históricas esencialmente de la misma naturaleza que las que posteriormente caracterizaran la acción de España en Indias.

Del Magreb al África atlántica

Por de pronto, el continente africano, como escenario de la actividad mercantil de las gentes insulares, contaba con una previa y larga tradición secular. La lógica de esta relación está abonada, no sólo por la proximidad geográfica del archipiélago al citado continente [13], sino también por los siglos de dependencia política de las islas respecto a los poderes norteafricanos y, posteriormente, por las ventajas del mutuo interés económico.

En efecto, cuando la documentación archivística ha permitido ilustrar cuantitativamente el radio de acción de los contactos comerciales del archipiélago, el Magreb vecino ha aparecido como el área que concentraba una de las frecuencias más densas de la relación con el

[12] A. Ballesteros y Beretta, *op. cit. Génesis...*, III, p. 319, p. ejemplo.

[13] F. Mateu Llopis, «Posición de Mallorca en la historia económica medieval», *Bol. Soc. Arg. Luliana*, XXX, 1947, pp. 95-120.

exterior [14]. Esta vieja relación de las Baleares con el Magreb, según Dufourcq, fue la que impulsó luego a los catalanes en esta misma dirección norteafricana [15].

Las naves que llevaban allá telas, madera, carbón, frutos, etc., regresaban con cereales y a menudo con esclavos; y el oro africano del Sudán —cuya importancia europea y comercialización destacó Braudel [16]— eran redistribuidos luego desde las islas, en las que se asentaban colonias de mercaderes de distintas regiones mediterráneas. Acerca de esta relación magrebí, los datos aportados por Charles Emm. Dufourco [17] y los ofrecidos por Francisco Sevillano Colom [18] muestran la intensidad tradicional y las proyecciones históricas de aquella actividad económica.

Pero pronto las necesidades monetarias y expansivas europeas y los nuevos medios náuticos ya disponibles como la brújula, llevaron a la Cristiandad latina a ensayar nuevas rutas africanas que debían conducir a la exploración de las costas y las islas occidentales africanas. Y este movimiento hacia el África atlántica arrastrará también a gentes del archipiélago balear, como documentaron los estudios ya clásicos de Florentino Pérez Embid [19] y Rumeu de Armas [20] dentro de una bibliografía por otro lado extensa [21], cuyos datos vamos a resumir a continuación.

[14] J. Pons & M. I. Durliat, «Recerques sobre el moviment del port de Mallorca a la primera meitat del segle XIV», *VI Cong. de Hist. de la Cor. de Aragón*, Madrid, 1959, pp. 345-65.

[15] Ch. E. Dufourco, *L'Espagne catalane et le Magreb aux XIII* et *XIV* siècles, París, 1966 (p. 138): «Les Baleares avaient toujours eu des relations marchands suivies avec les ports du Magreb central... les Catalano-Aragonais furent initiés aux orientations maritimes et économiques de l'île».

[16] F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Phelippe II*, 2.ª edic., París 1967, 2 vols.

[17] Ch. E. Dufourco, *L'Espagne catalane et le Magrib aux XIII et XIV siècles*, París, PUF, 1968.

[18] F. Sevillano, «Mercaderes y navegantes mallorquínes (siglos XIII-XV)», en la *Historia de Mallorca*. Coord. por Mascaró Pasarius, *cit.*

[19] F. Pérez Embid, «Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el Tratado de Tordesillas», Sevilla, *Esc. Est. Hisp. Am.*, 1948, *passim*, pero en pp. 185-186 alusión a expediciones mallorquinas.

[20] A. Rumeu de Armas, *España en el África Atlántica*, Madrid, CSIC, 1956, 2 vols., *vid.* t. I, pp. 41 y ss.

[21] Entre ella cabe citar los trabajos de M. Bonet, «Expediciones de Mallorca a las

Mallorca en las expediciones canarias

Es bien sabido que la expansión medieval europea por los archipiélagos y las costas del África occidental se realizó en dos grandes fases: la llevada a cabo por gentes mediterráneas (fines del siglo XIII a finales del XIV) y la protagonizada posteriormente por hombres de la Andalucía atlántica y el Algarve portugués, es decir, ya desde bases oceánicas y con medios más adaptados a las condiciones atlánticas.

Es curioso observar —como muestra de la propiedad con que podemos utilizar la expresión «pre-condiciones del Descubrimiento» [22] para referirnos a la expansión medieval de los mediterráneos por tierras e islas atlánticas— el espectacular isomorfismo de aquellas empresas con el arranque de la gesta colombina: el origen genovés de los primeros protagonistas, las bases andaluzas de partida y la identidad de objetivos.

Ciertamente, los comienzos de la expansión por el África occidental de los mediterráneos —reflejo de la prosperidad comercial del siglo XIII— corresponden a la acción genovesa. Así, los hermanos Vivaldi —Vadino y Ugolino— en 1291 emprendieron rutas afro-occidentales. El propósito declarado es el de ir «ad partes Indiae per mare oceanum» [23], y para buscar lo mismo que luego Colón declara en la carta a Toscanelli: llegar a «donde nasce la especieria» [24]. La colonia genovesa de Se-

islas Canarias» (*Bol. Soc. Arq. Luliana*, VI, 1895-96, pp. 285-88): E. Serra Rafols, «El rei Pere III i el reialme de Canàries», *Rev. de Catalunya* (1929), pp. 48-80; del mismo, «*Els catalans de Mallorca a les illes Canàries*» *Homenatge al Dr. Rubió i Lluch*, III (Barcelona, 1936), pp. 207-28; del mismo, «Los mallorquínes en Canarias», *Rev. de Historia*, 54 (1941), pp. 195-209; núm. 55 (1941), pp. 281-87; del mismo, «Más sobre los viajes catalano-mallorquines a Canarias», *Rev. de Historia*, 64 (1943), 280-92; A. Rumeu de Armas, *Mallorquínes en el Atlántico*, La Laguna, 1943; A. Rumeu de Armas, *España en el África Atlántica*, Madrid, 1956; M. A. Ladero Quesada, *Los primeros europeos en Canarias*, Las Palmas, 1979; J. García Marín, «Les expedicions mallorquines a les Illes Canàries en el ségle XIV», en *El Mirall* (núms. 0-1), Palma, Obra Cultural Balear, 1987, trad. castellana en *Historia de las Baleares*, Palma de Mallorca, Ed. Formentor, 1990, vol. IV, pp. 434-444.

[22] *Vid.* F. Morales Padron, «Los descubrimientos en los siglo XIV y XV y los archipiélagos atlánticos», *Anuario de Estudios Atlánticos*, Madrid-Las Palmas, 1971.

[23] *Cit.* por P. Chaunu, *L'expansion européenne du siglo XIII au XV siècle*, París, PUF, 1969, p. 94.

[24] *Vid.* por J. Gil y C. Varela (Eds.) *Cartas de particulares a Colón y Relaciones coetáneas*, Madrid, Alianza Edit., 1984, «La correspondencia con Toscanelli», p. 129 y ss.

villa y, en general, el dominio mercantil genovés de la baja Andalucía —desde donde adquirirían, sin duda, noticia de la existencia de Canarias— fue plataforma decisiva de la empresa, en la cual, según algunas fuentes, utilizaron a un «experto piloto» mallorquín [25], lo que podría significar que fueron los mallorquines los primeros conocedores de la ruta.

Les siguieron otros italianos en el siglo XIV, como Lançarote Malocello que en 1336 redescubre Canarias —Ladero Quesada supone que con apoyo mallorquín y andaluz, y cuyos descubrimientos son los recogidos por Angelí Dulcert en su mapa de 1339— lo que permite a algunos hablar de un eje Génova-Mallorca-Sevilla. Seguirían las expediciones de florentinos y genoveses que llegan a Madeira en 1341. La expedición de Angiolino de Tegghia, florentino al servicio de Alfonso IV de Portugal —expedición que es mencionada por Bocaccio—, estaba compuesta por florentinos, castellanos, catalanes y genoveses, y se supone visitaría Fuerteventura y Gran Canaria.

Pero por estas mismas fechas siguen rutas parecidas algunos marinos y navegantes mallorquines con fines y propósitos que no serán exclusivamente materiales. Entre tales expediciones baleáricas al África atlántica, cabe citar las de 1341-42 (tres años después, a su vez, de que el mallorquín Angelí Dulcert incluyera en su mapa, según dijimos antes, gráfico de la ruta del oro transahariano y el citado dibujo de las Canarias) capitaneadas por los mallorquines Francesc Desvalers y Domingo Gual, embarcados en «cocas» de Bayona («coques bayonesques»), llegan a las Islas Afortunadas [26]; seguiría otro mallorquín, Jaume Ferrer, en 1346, que embarca en el «Uxor» precisamente «per anar al riu de l'or», propósito que parece haberle llevado por lo menos hasta el Senegal [27]. Poco después, en 1352, es el mallorquín Pere Roger quien recala también en los litorales canarios en una expedición que, auspiciada por Pedro III y salida de Mallorca, tenía finalidades extra-

[25] J. García Marín, en *op. cit.*, p. 436, col, 1.ª cita los *Anales de Génova* del P. Agustín, Porlier y el autor del *Libro del Conocimiento.*

[26] *Vid.* esta expedición documentada por M. Bonet, «Expediciones de Mallorca a las islas Canarias», *Bol. Soc. Arq. Luliana*, VI, 1895-96, 285 y ss.; Serra Rafols, en *arts. cits.*

[27] R. Mauny, *Les navigations médiévales sur les côtes sahariennes antérieures à la découverte portugaise (1434)*, Lisboa, CEHU, 1960.; A. Rumeu de Armas, *España en el África Atlántica*, Madrid, 1956, p. 44.

mercantiles [28]. Y aún se registrarían otras expediciones mallorquinas en 1385 y 1391.

Vistas estas expediciones ahora con una mirada de conjunto —y aun sabiendo que desde la infeudación pontificia de las islas a don Luis de la Cerda (1344), yerno de Guzmán el Bueno, el archipiélago tenía muchas posibilidades de entrar en la órbita castellana que acabaría prevaleciendo—, pueden apreciarse sus inmediatos y claros fines mercantiles —comercio tintoreo, pesquerías, oro, esclavos—. Pero a efectos del enfoque aquí adoptado, vemos en aquellos exploradores baleáricos adentrándose por el océano y actuando en islas y costas africanas, sobre todo una acción pionera, adelantada y preparatoria que, aún sin consolidación práctica inmediata y duradera, representa sin embargo una apertura de rutas y horizontes a otros marinos y navegantes, realizadores de conquistas y colonizaciones ya definitivas. Claros precedentes, sin duda, que contribuyen a posibilitar desde entonces más audaces penetraciones en el interior del océano.

De manera inmediata, y aunque no quepa ahora referirse a las subsiguientes acciones de expansión de otros pueblos por los archiélagos atlánticos y los litorales de África occidental, cabe subrayar, sin embargo, el significativo hecho histórico de que serían a la postre gentes no mediterráneas —del Algarve portugués y de la Andalucía atlántica, con mejores bases de partida y medios más adaptados a la navegación oceánica, según quedó ya indicado— las que consolidarían las exploraciones y realizarían la conquista y poblamiento de las Canarias, conquistadas por la Castilla de Enrique III en 1393, en medio de la polémica jurídica por la titularidad de las nuevas tierras atlánticas [29], como ocurriría también un siglo después.

Pero en suma, lo destacable en definitiva ahora para nosotros, es que el fracaso inicial de los mediterráneos —genoveses, mallorquines, catalanes— por aquellas latitudes; y el posterior éxito, en cambio, de portugueses y castellanos por los litorales occidentales de África y en las islas Canarias —precedentes del Descubrimiento del Nuevo Mundo [30]—,

[28] Expedición también documentada por M. Bonet en el artículo antes citado. *Vid.* Serra Rafols, «El rei Pere III i el reialme de Canàries», en *Rev. de Catalunya, cit.*

[29] *Vid.* la obra de F. Pérez Embid, *La rivalidad..., cit.*

[30] Es unánime en los tratadistas y gobernantes del Siglo de Oro español que las Canarias fueron, en efecto, el puente necesario para la llegada a América. Así lo afirmaba

estaba demostrando algo importante subrayado por Pierre Chaunu: que «la grande aventure ne pouvait être strictement méditerranéenne» [31], lo que comienza a explicar que al llegar la gran hora del Nuevo Mundo, nuestro archipiélago perdiera la centralidad que la historia mediterránea le había conferido durante milenios.

Pero también queda patente que, con el pionerismo baleárico en surcar las aguas oceánicas y actuar en los litorales e islas atlánticas, el viejo Reino insular mediterráneo había contribuido a pasar el testigo en condiciones que le constituyen en agente de las precondiciones de posibilitar las grandes empresas descubridoras posteriores. Recordemos de nuevo la tajante opinión de Luis Suárez Fernández: el conocimiento de aquellas islas debido a los mallorquines —cartógrafos, marinos y aventureros— «resultó después decisivo en la idea y la realización práctica del salto que llevaría a los españoles... al encuentro con América» [32].

López de Gomara en su *Historia General de las Indias* (cap. CCXXII): «las islas Canarias son camino para las Indias...»; «pasaje... y camino» para las Indias las llamaba Felipe II, lo mismo que su nieto Felipe IV; en el siglo XVIII Diego Quesada y Chaves consideraba las *Islas Afortunadas* «puente isleño hispano-americano» y Ballesteros y Beretta, las llama «las piedras del vado», denominación que retoma M. Ballesteros Gaibrois en «Canarias, piedras de vado para América», VV. AA.; *La conquista de Canarias*, Barcelona, Cuadernos de Historia 16, núm. 79, 1985, pp. 28 y ss.

[31] P. Chaunu, *L'expansion... cit.*, p. 98.

[32] Suárez Fernández, *Actas del XIII congr. de hist. de la Corona de Aragón*, Palma de Mallorca, Inst. d'Estudis Balearics, 1990, p. 186.

III

PIONERISMO MISIONERO BALEAR EN CANARIAS

Introducción

No se reduce a las indicadas exploraciones náuticas en Canarias la actuación baleárica en el África atlántica. Como precondiciones también de la posterior acción de España en el Nuevo Mundo, hay que destacar que las gentes de nuestro archipiélago figuran como pioneras de la acción evangelizadora de las Islas Afortunadas. Pioneras no sólo en el tiempo, sino también —y ésta es su enorme importancia histórica— en la invención y aplicación de métodos misionales.

Los especialistas de estas cuestiones misionales han establecido siempre que América inauguraba la acción misionera de España [1]; porque es cierto que a lo largo de los siglos medievales de Reconquista peninsular, España había combatido contra infieles, pero jamás los había misionado una vez incorporados a territorio cristiano. El avance reconquistador incorporaba territorio nuevo, pero no producía incorporación de los vencidos a la religión de los vencedores. Es sabido que, en la Península, dentro de cada ciudad vivían respetados los grupos musulmanes (los mudéjares en las morerías) y judíos (en las juderías o «calls», en catalán). En suma, como afirma Ybot León, «la España medieval no fue misionera... porque la España medieval fue el país de la tolerancia y la convivencia confesional; en el contacto con los infieles del interior primaron las actitudes bélicas antes que las misionales. Y aunque hubo ejemplos de acción misionera, fueron de carácter indivi-

[1] A. Ybot León, en *Historia de América, cit.*, I, p. 457.

dual o personal (así San Raimundo de Peñafort o el mallorquín Ramón Llull)». Y sobre estos supuestos, parecía evidente que América inauguraba la acción misionera de España.

Ahora bien, esta presentación de los hechos sólo puede hacerse si se olvida el caso de la acción misionera mallorquina en Canarias en la segunda mitad del siglo XIV. Y lógicamente, los conocimientos actuales y los propósitos de esta obra al tratar de analizar las precondiciones del Descubrimiento y los precedentes de la acción española en Indias, impiden dejar en olvido un capítulo sobre la acción mallorquina en el África atlántica que, con un siglo de adelanto, se enfrenta con los guanches aborígenes de Canarias, emprende una acción evangelizadora, y ello le lleva a inventar y aplicar técnicas catequísticas, antes inexistentes, y tanto más importantes cuanto que, en esencia, son las que se aplicarán en América durante los siglos de la dominación española.

Llegados a este punto, podríamos decir, pues, que si por las circunstancias que en su lugar han quedado expuestas, la relación de Baleares y América es tardía, porque de hecho no empieza hasta el siglo XVII, el análisis de la acción misionera mallorquina en las Islas Afortunadas muestra en cambio que, al inventar métodos misionales que un siglo después serán aplicados en la evangelización del indígena americano, está haciendo una aportación espiritual y civilizadora pionera, históricamente decisiva que, claro está, aquí debemos poner especialmente de relieve.

Como rasgos generales de aquel pionerismo misionero balear en Canarias, podemos decir por de pronto, que puede caracterizarse por presentar una preparación previa, unas revolucionarias técnicas y un sentido cuyas raíces espirituales están hincadas en la propia tradición mallorquina.

Los métodos misionales: el problema de la comunicación con el aborigen

Comencemos por señalar uno de los rasgos más notables del método misional aplicado por los baleáricos en Canarias. Es bien sabido que el primer escollo para una acción catequística, de transmisión de las creencias religiosas, es la comunicación con el aborigen. Aunque fuera lógico pensar ya entonces —como ha sido normal en las misiones

modernas— que el agente misional aprendiera la lengua del nativo, es evidente que se produce una etapa inicial de incomunicación, que debe tratar de obviarse con lenguajes no-verbales, como la mímica, la pictografía, la expresión icónica y figurativa. Es lo que ocurrió en Indias y que produjo, por ejemplo, el famosísimo catecismo pictográfico de fray Pedro de Gante [2].

Pues bien, la batalla del idioma la abordaron los misioneros mallorquines en el siglo XIV de forma original y efectiva que, además, hace aparecer aquella acción misional balear en Canarias como una empresa racional y *preparada de antemano*: hoy sabemos que, en las expediciones náuticas anteriores, se habían llevado a Mallorca algunos guanches, y que desde 1351, se estaba actuando sobre un grupo de doce aborígenes canarios (se diría que símbolo de los doce Apóstoles), para hacerles objeto de una iniciación no sólo en el evangelio, sino también en la lengua catalana de los misioneros. Se trata de un método misional claramente tendente a salvar la barrera inicial del idioma y, a su vez, probablemente a obtener la contrapartida de información de los aborígenes sobre su tierra nativa e incluso, quizás, a utilizar a los aborígenes iniciados como auxiliares catequísticos, buscando con todo ello, claro está, el posterior éxito espiritual de la evangelización [3].

Debe subrayarse, que semejante preparación humana de la acción misionera mallorquina en Canarias fue registrada como un rasgo destacado —aunque sin comentar las implicaciones y la significación del método en orden a salvar el problema de la incomunicación— por el clásico historiador canario José Viera y Clavijo, al decir que los mallorquines «enseñaron a unos niños a hablar su lengua» [4].

[2] Existen tres ejemplares: en la Biblioteca Nacional de Madrid, en el Archivo Histórico Nacional de Madrid y el de la colección García Izcabalceta de México. Hay una edición facsímil debida a la Dirección General de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1970.

[3] Ésta es la presentación que al respecto hace atinadamente J. García Marín, en *Historia de las Baleares*, «Cuadernos Bibliográficos», *cit.*, Palma de Mallorca, 1990, t. IV, p. 437, col. 1.ª.

[4] J. Viera y Clavijo, *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*, Tenerife, 1858.

El proceso evangelizador

Cualquiera que fuera la amplitud de aquella acción preparatoria, es cierto que fue seguida por un efectivo despliegue misional en Canarias. Como proceso formal, esta acción misionera tiene su hito inicial [5] en las expediciones mallorquinas de 1342 y, su contexto propicio, en varias circunstancias históricas: en primer lugar, la constitución de Canarias como Reino por la Bula *Tuae devotionis sinceritas* de 15 de noviembre de 1344 otorgada por el papa Clemente VI (el pontífice que compró Avignon a Juana de Nápoles y llenó de suntuosidad el palacio pontificio, el que acogió en 1344 al destronado Jaime II de Mallorca, el que procuraría remediar los efectos de la «Peste Negra» de 1348 y defendería a los judíos frente a la acusación de ser sus propagadores); en segundo término, condición decisiva de la evangelización canaria fue también la erección en 1351, por el mismo pontífice (Bula *Coelestis rex regum*), de la primera diócesis isleña en Gran Canaria con sede en la ciudad indígena de Telde.

Podemos decir que se trató de una acción espiritual radicalmente mallorquina, incluso por sus administradores [6]. Sería un mallorquín, el carmelita fray Bernat, el primer prelado designado para aquel nuevo obispado misionero, circunstancia que Rumeu considera «un preclaro timbre de gloria» para Mallorca [7], y sería también otro mallorquín, el último prelado del obispado de Telde, desaparecido tácitamente (1393) por la ruina causada por las «razzias» esclavistas de vizcainos y andaluces, y no sustituido hasta 1404, en que el papa español, Benedicto XIII, erigió el nuevo obispado de Rubicón en Lanzarote.

Telde fue obispado dependiente directamente de la Santa Sede, la cual organizará diversas expediciones misionales, como la de 1386, encomendada por Urbano V a los obispos catalanes de Barcelona y Tortosa. Y cuando aquella sede prelaticia, esforzadamente mantenida hasta la víspera de la conquista castellana de Canarias por Enrique III, sea

[5] *Vid.* J. Vincke, «Primeros contactos misionales en Canarias (siglo XIV)», *Analecta Sacra Tarraconensia*, XV (1942), pp. 291-305.

[6] G. Llompart Moragues, «Personajes mallorquines del "Trescientos" canario», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, 19 (1973), 217-235.

[7] A. Rumeu de Armas, *El obispado de Telde. Misioneros mallorquines y catalanes en el Atlántico*, Madrid, Biblioteca Atlántica, 1960, p. 14.

cancelada, el último obispo, fray Jaume Olzina, –también mallorquín, como el que inauguró aquella sede– deja tras de sí una fecunda siembra evangélica. De ella se ha podido afirmar que «quedó latente entre los entresijos de la conciencia indígena, como revelan... la conquista castellana y la rápida y sorprendente difusión del cristianismo por todo el ámbito atlántico» [8].

Sentido histórico y raíces mallorquinas del proceso

Un joven estudioso de hoy, al referirse a la acción misionera mallorquina en las Islas Afortunadas, reflexiona preguntando: «¿Evangelizar para conquistar? ¿Estamos ante experiencias "precolombinas" ensayadas por los aragoneses?» [9]. En cualquier caso, en las Canarias –vado del camino hacia América– gentes baleáricas habían emprendido una labor misional que parecía un ensayo de la que llevaría a cabo España durante siglos y en la que brillarían con luz fulgurante, otra vez, gentes del archipiélago balear, cuya labor espiritual, cultural y civilizadora, les ha granjeado figurar oficialmente reconocidos como creadores de los países americanos.

Rumeu de Armas, al registrar el origen mallorquín de la evangelización canaria, hizo una certera caracterización de su estilo al escribir: «Corresponde a la isla de Mallorca la gloria de esta iniciativa. Su propósito era la evangelización de los infieles, proscribiendo la depredación y la violencia que hasta entonces se venían ejerciendo sobre los indígenas» [10].

Caracteres y sentido que, en consecuencia, permiten inscribir tal acción misionera mallorquina en la tradición propia que arranca del impulso y del estilo misional de Ramón Llull, según destacó Serra Ráfols [11]; raíces e influjos lulistas perceptibles también luego en Indias, por lo cual habrán de ser explicitados y analizados más adelante al tratar de la acción misional baleárica en el Nuevo Mundo.

[8] A. Rumeu, *El Obispado de Telde...*, *cit.* p. 107.

[9] J. García Marín, *Historia de las Baleares*, *cit.* IV, p. 437.

[10] Antonio Rumeu de Armas, «Los problemas derivados del contacto de razas en los albores del Renacimiento», *Cuadernos de Historia. Anexos de la rev. Hispania*, núm. 1 (1967), pp. 71 y ss.

[11] Así la relaciona Serra Ráfols, «La missió de Ramon Llull i el misioners mallorquins del segle XIV», *Studia monographica et recensiones*, XI (1954), pp. 169-175.

IV

CONSIDERACIONES FINALES

Con los tres aspectos desarrollados aquí —cartografía, pionerismo atlántico, acción misionera en Canarias— hemos comprobado, en realidad, la operación empírica de algunas de aquellas virtualidades y potencialidades que —según indicamos en la parte primera— los milenios de historia habían conferido al hombre balear. Son ahora más perceptibles las ideas y presunciones que allí quedaron formuladas porque, dadas las condiciones caracterizadoras y definidoras de la acción de España en Indias, el baleárico constituía, potencial y teóricamente, uno de los actores genuinos y mejor dotados naturalmente para la futura gesta americana en el sentido evangélico-civilizador.

Con más fundamento argumental y conocimiento ahora de causa, podemos repetir la aseveración de que si semejantes virtualidades no pudieron desplegarse con toda su potencial efectividad desde el alba misma de América, fue porque la excentricidad física del archipiélago respecto de los circuitos atlánticos y americanos, y la coyuntura regresiva de los siglo XV y XVI balear pusieron plomo en sus alas. Pero también queda sólidamente establecida en nuestro intelecto la convicción de que tales potencialidades existían, que las había forjado la historia, en ella habían aflorado contribuyendo a constituir precondiciones de posibilidad americana y, en suma, que tales virtualidades eran tan consustanciales con el ser histórico de nuestras islas, que la empresa española en Indias debía registrar forzosamente la fuerte impronta histórica de la espiritualidad balear que luego patentizó.

B) LAS PRECONDICIONES IMAGINARIAS: LAS HIPÓTESIS DE UN COLÓN BALEÁRICO

Apuntados unos hechos reales con los que Baleares contribuyó a crear algunas de las precondiciones técnicas posibilitadoras del Descubrimiento de América; aludidas las acciones apostólicas con las que gentes del archipiélago constituyeron, en tierras atlánticas, claros antecedentes de la que sería típica actuación misional española en Indias; abrimos ahora un apartado para acoger supuestos que serían precondicionantes, si fueran históricamente incontrovertibles, pero a los que, aún no siéndolo, hay que dar alguna cabida porque se refieren en concreto, y fundamentalmente, a las hipótesis de un Colón baleárico.

Situamos este capítulo bajo el rótulo de «precondiciones imaginarias» porque, en efecto, las bases utilizadas, las argumentaciones en apoyatura del nacimiento balear del Descubridor, no rebasan de hecho el conjeturalismo; otras, aparecidas últimamente, exigen la credibilidad de tradiciones orales que, en buena parte de su contenido, resultan históricamente delirantes [1], y casi todas invitan a ser inscritas en el puro reino de los deseos personales [2]. Precisamente por ello, la mallorquinidad de Colón fue teoría relegada al desván de lo anecdótico y, de he-

[1] *Vid.* la «Breve Historia de Baleares y de la civilización europea y mundial según tradición oral balear. Condensado del libro *Raíces del Pueblo* de Rafael Bauzá Socias», en R. Bauza Socias & J. E. Amengual, *La verdad de Joan Colom*, Palma, Eureka, 1990, pág. 29 y ss.

[2] Así, el considerable acarreo y despliegue de citas textuales y documentales hecho por J. E. Amengual en la citada obra *El descubridor del Nuevo Mundo* (Palma, Eureka, 1990), se aplica sólo a los aspectos y fragmentos que pueden ilustrar los puntos de la tradición oral que personalmente quiere apoyar, pero no incluye ni moviliza todos los demás y numerosísimos textos que, en cambio, contradicen la hipótesis sustentada.

cho, olvidada ya dentro del colombinismo histórico-científico. Ahora bien, acontece, que en cierta manera, ha reverdecido la cuestión de Colón balear, en el momento en que se escriben estas páginas, por la aparición de obras que replantean el problema desde perspectivas nuevas, como la hipótesis del Colón ibicenco [3], y la aparición última de dos libros, publicados simultáneamente, que aportan además de una «tradición oral familiar» como fuente históricamente contrastable (ya de por sí llamativa novedad), el propio hecho humano de que aparezca un descendiente directo del mallorquín Joan Colom —supuestamente identificable con el Descubridor, según un famoso documento al que aludiremos— y, por lo mismo, que se presenta como encarnación viva del propio tronco mallorquín del Almirante y trasmisor de la indicada tradición oral familiar que lo afirma [4].

Sin embargo, sentadas estas valoraciones generales —que serán convenientemente justificadas después— no podemos comenzar nuestra exposición obviando una previa alusión a hechos históricos y circunstancias empíricas, que sugieren algún tipo de verdadera relación colombina con nuestras islas, aunque la información disponible —en estos otros aspectos a los que va a aludirse— sea insuficiente todavía para precisar los alcances reales de la citada relación.

En efecto, es evidente que, aunque las hipótesis de la naturaleza mallorquina de Colón no puedan respaldarse históricamente, semejante situación no descarta, en principio, que pudiera haber relaciones de otro tipo entre la isla y el Descubridor. Y así lo permiten suponer varias respetables circunstancias que postulan, por ello, una necesaria investigación en este sentido.

De una parte, la conocida presencia en Mallorca de miembros —si no de una rama— de la rica familia conversa valenciano-aragonesa de

[3] N. Verdera, *La verdad de un nacimiento. Colón ibicenco*, Madrid, Kaydeda, 1988.

[4] Aunque expresamente se aludirá más adelante a ella, y su nombre se ha citado ya anteriormente, se trata de Rafael Bauzá Socías, presunto descendiente directo del Descubridor de América, depositario y relator de la tradición oral de su familia de Montuïri que señala a su antepasado, el mallorquín Joan Colom, como verdadero nombre de Cristóbal Colón. Todo ello recogido y respaldado por Jaume E. Amengual, compilador de los datos e intérprete de los textos cronísticos aportados en respaldo del citado descendiente del Descubridor y de su relato familiar. *Vid.* R. Bauzá Socías y J. E. Amengual, *El Descubridor del Nuevo Mundo* y *La verdad de Joan Colom*, ambas obras de autoría conjunta y ambas editadas en Palma, Eureka, 1990.

Luis de Santángel [5]: el bien conocido «escribano de ración» —o tesorero de Juan II y de Fernando *el Católico*—, el amigo de Colón que, en 1492, cuando se habían roto las negociaciones de los monarcas con el Navegante —a causa de las excesivas pretensiones de éste— persuadió a la reina a reconsiderarlas [6] y que, como recaudador de los fondos de la Santa Hermandad, estuvo en disposición de adelantar, como es sabido [7], los 140.000 maravedís correspondientes a la aportación regia. Decisiva ayuda y aportación económica de Santángel que llevaría al agradecido almirante, además de a confesiones explícitas de reconocimiento, a hacerle destinatario individual del primer relato autógrafo del Descubrimiento, por carta de marzo de 1493, que, a mayor abundamiento, se ha podido creer fue escrita en catalán [8].

Pues bien, en esta línea de consideraciones, cabe recordar algunos hechos históricos establecidos, tales como que miembros de la familia Santángel figuran relacionados con la vida mallorquina: Pedro de Santángel fue, y murió siendo, obispo de Mallorca [9]; un Jaume Sanctàngel

[5] Para una breve exposición del linaje, *vid. Gran Enciclopedia Catalana* (s. v. Sobrequés); J. Castellar-Gassol, «El Cavaller Santàngel», en *La conxorxa americana*, Palma, Ed. Moll, 1987, cap. 12, pp. 100-109.

[6] Hernando Colón, *Historia del Almirante*, ed. de Luis Arranz, Madrid, 1984, pp. 93-94.

[7] *Vid.* M. Serrano Sanz, *Orígenes de la dominación española en América*, Madrid, 1918, tomo I.

[8] La carta fue editada ya en el propio año de 1493 por el impresor de Barcelona Pedro Pusa y, de la misma, se hicieron inmediatamente ediciones en Amberes, París, Basilea, Roma, Florencia, etc. (Un ejemplar de la edic. princeps, en la «Lenox Foundation» de la Biblioteca Pública Municipal de Nueva York.) *Vid.* C. Sanz, ed. *La carta de Colón anunciando la llegada a las Indias y a la provincia de Catayo (China).* Reproducción facsimilar de las 17 ediciones conocidas, Madrid, 1958. Parece que la carta a Santángel pudo estar escrita en catalán, dado que la edición alemana que de ella se hizo en el mismo año 1493, especifica que era traducida del catalán y, en la Biblioteca Colombina de Sevilla, de Hernando Colón, hay otra referencia de catalogación (la núm. 4.743), que registra una «letra enviada al escrivá de racio, en catalán». *Vid.* A. Ballesteros Beretta, *Cristóbal Colón* en *Historia de América*, dirigida por el mismo, tomo V, p. 111. Una edición más accesible de la citada carta en *Cristóbal Colón, Textos y documentos completos*, Prólogo y notas de C. Varela, Madrid, Alianza Univ., 2.ª reimpresión, 1989, p. 139-46.

[9] Desde el 12 de abril de 1465 al 22 de noviembre de 1466. *Vid.* G. Terrasa, *Relación o recopilación verdadero-cronográfica de los ilustrísimos señores Obispos de Mallorca*, ms. 1760, Bibl. Munc. de Palma; A. Furio, *Episcopologio de la Santa Iglesia de Mallorca*, Palma, 1852; S. Vives, *Recensio Ecclesiae Maioricensis*, Palma, 1904; L. Pérez Martínez, *Resumen histórico de la Diócesis mallorquina*, Palma, 1959.

está documentado como «honorable» y vecino de Pollensa [10] y una hermana del «escribano de ración» aparece como titular de posesiones mallorquinas en Pollensa. Lluïsa de Sanctàngel —hija del citado escribano de ración— casada con Ángel de Vilanova, virrey de Cerdeña... Verdadera existencia y presencia insular de unos Santángel, pues, que ofrece base de partida para justificar un estudio destinado a determinar las condiciones de tal presencia isleña del citado linaje, y su alcance en relación con eventuales contactos con el Descubridor de América.

De otra parte, la postulada investigación se hace tanto más acuciante cuanto que, situadas así las cosas, ha venido a reforzar el supuesto de algún tipo de relación Colón-Mallorca, el hecho reciente, sorprendente y resonante, del hallazgo del llamado *Libro copiador de Cristabal Colón* —cuyo estudio y transcripción ha hecho Rumeu de Armas [11]— adquirido por el Estado al anticuario de Tarragona don José del Río, pero cuyo manuscrito original él había comprado antes a una biblioteca privada de la isla. Es evidente que semejante procedencia mallorquina del manuscrito no autoriza en lo más mínimo, ni legaliza históricamente, las suposiciones formuladas sobre la patria balear del navegante, pero se sitúa en una línea que refuerza la sospecha de una relación posible —hoy por hoy, todavía sólo presumible— que está pidiendo a gritos las indicadas acciones investigadoras sobre, por de pronto y al menos, los Santángel en Mallorca, potenciales intermediarios históricos del probable contacto de Colón con nuestras islas.

[10] En acta notarial fechada el 28 de enero, de 1510 en Sóller, *Archivo Histórico de Mallorca*, «Escrivanía de Cartes Reials», 35, fol. 174 v.

[11] *Manuscrito del libro Copiador de Cristóbal Colón. Correspondencia inédita con los Reyes Católicos sobre los viajes a América.* Edición facsimilar, con estudio y transcripción de A. Rumeu de Armas, Madrid, Ministerio de Cultura, 1990. Hay edición popular (Madrid, Ed. Testimonio, 1990). El descubrimiento y publicación fueron notificados y comentados para el gran público por T. Luca de Tena: «El mayor descubrimiento hsitórico de nuestro siglo», *ABC*, 13 de junio de 1990, p. 3, y «Las nueve cartas inéditas de Cristóbal Colón a los Reyes Católicos», *ABC*, 21 de junio 1990, p. 3. El manuscrito original ha sido depositado por el Ministerio de Cultura en el Archivo de Indias de Sevilla.

I

LA BASE PREVIA DE PARTIDA: EL ENIGMA HISTÓRICO DE LA PATRIA COLOMBINA

Cristóbal Colón es, sin duda, una de las más complejas personalidades de la historia universal y tanto más apasionante cuanto que, al hecho trascendental de haber descubierto el Nuevo Mundo —lo que ya le haría objeto de un excepcional y merecido interés histórico—, añade sus misterios personales, sus contradictorias insinuaciones, sus deliberadas ambigüedades, sus enrevesados pliegues psicológicos —místico, profético, visionario, mesiánico, ambicioso, etc.—. Todo ello, mantenido explícita y deliberadamente por su hijo don Fernando al historiar la vida de su padre [1], también ha dado pie, en suma, a que casi ninguno de los aspectos de su vida personal deje de estar rodeado de enigmas ya que, por lo mismo, cualquiera de ellos ha producido numerosas y encontradas interpretaciones [2]. Ha producido también que el

[1] A. Rumeu de Armas, *Hernando Colón, historiador del descubrimiento de América,* Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1973.

[2] La bibliografía sobre Colón, aun reduciéndola a la que trata sólo sus aspectos biográficos, que son ahora los enfocados, es interminable. A modo de indicación sumaria, puede verse: A. Ballesteros Beretta, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América* (t. IV de la *Historia de América,* dirigida por él mismo), Barcelona, Salvat, 1945; S. E. Morison, *El Almirante de la Mar Océana. Vida de Cristóbal Colón,* Buenos Aires, 1945; M. Gaya, *El mito de Cristóbal Colón,* Zaragoza, 1957; H. H. Houben, *Cistóbal Colón. De la leyenda al descubrimiento,* Barcelona, 1942; H. Vignaud, *Ciristóbal Colón y la leyenda,* Buenos Aires, 1947; A. Cioranescu, *Primera biografía de Colón,* Tenerife, 1960; J. M. Asensio, *Cristóbal Colón. Su vida, sus viajes, sus descubrimientos,* Barcelona, 1891 (2 vols.); C. De Lollis, *Cristtoforo Colombo nella leggenda e nella storia,* Milán, 1931; S. de Madariaga, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón,* Buenos Aires, 1940; Ch. Verlinden & F. Pérez Embid *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América,* Madrid, 1967; B. Landström, *Colón,* Barcelona, 1971; P. E. Taviani, *Cristóbal Colón. Génesis del gran descubrimiento,* Barcelona-

Cristóforo Colombo documentado en la famosa Raccolta [3] presente circunstancias que permitan sospechar si se trata de un personaje distinto al Descubridor, y que, en suma, puedan seguir publicándose, aún hoy mismo, obras sobre Colón en el sentido en que lo ha hecho últimamente Ilaria Caraci [4].

Y entre los aspectos colombinos tradicionalmente enigmáticos está, como es bien sabido, el de su patria originaria. El Descubridor la mantuvo en una voluntaria nebulosa, como lo prueba que su propio hijo, en la *Historia del Almirante* cite como presuntos lugares italianos de nacimiento Génova, Savona, Piacenza y una serie de localidades de la propia «riviera» genovesa, como Nervi, Cugeo, Bugiasco, etc. Ciertamente que, en el documento de institución del mayorazgo (Sevilla, 22 de febrero de 1498), se lee «siendo yo nacido en Génoba» —a la que, en otro párrafo, llama «rrayz y pie de mi linage»— confesión de naturaleza que sigue luego remachando al encargar a su hijo Diego «que tenga y sostenga siempre en la ciudad de Génoba una persona de nuestro linaje, que tenga allí cassa y mujer... pues de aí salí y en ella nazí...» [5]. Pero también es cierto que el documento en cuestión ha sido, en no pocos aspectos, discutido, tachado de adulterado o incluso apócrifo, y, con ello, se mantienen las condiciones para que sigan proliferando las hipótesis sobre la patria colombina.

Entre las más sonadas, por lo que a España se refiere, cabe recordar la «hipótesis gallega», sostenida por don Celso García de la Riega, que no dudó en presentar documentación del archivo de Pontevedra acerca de unos Colón, judíos, emigrados a Génova: documentos auténticos pero, sin embargo, con tachaduras y adulteraciones, descubiertas por la Academia de la Historia después de un exámen técnico, y denunciadas en un resonante informe [6].

Novara, 1977 (2 vols.); J. Manzano Manzano, *Cristóbal Colón. Siete años de su vida,* Madrid, 1964; J. Pérez de Tudela, *Mirabilis in altis,* Madrid, CSIC, 1983.

[3] Con esta abreviatura se designa la *Raccolta di documenti pubblicati dalla Reale Commissione Colombiana nel Quarto Centenario della Scoperta dell'America,* Roma, Ministero della Publica Istruzione, 1892 y ss.

[4] I. Caraci, *Colombo vero e falso,* Génova, 1989.

[5] Texto en C. Varela, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos,* Madrid, Alianza, reimpr., 1989, doc. XIX, pp. 190-199, las citas en pp. 192 y 196.

[6] «Informe sobre algunos de los documentos utilizados por D. Celso García de la Riega en sus libros "La Gallega" y "Colón español"», en *Boletín Real Academia de la Historia,* XCIII (1928).

No menos conocida es la «hipótesis catalana», apoyada por el peruano Luis Ulloa Cisneros [7], al hablar de un marino catalán, noble de linaje, llamado Juan Bautista Colom y Monrós o Torroja («Colom» —con m— aparece en diversos escritos, y así le llama también Fernández de Oviedo, que conoció al Almirante *de visu* y fue compañero de sus hijos en la corte de los Reyes Católicos). Se trataría de un personaje, enfrentado a muerte a Juan II de Aragón en la llamada Guerra Catalana, identificado con el corsario Colom y que, con el nombre de Scolvus, habría llegado a costas norteamericanas, y al final habría podido proponer a Fernando *el Católico* un proyecto de descubrimiento, cuya autoría luego debió escamotear el rey mediante modificación de la documentación histórica.

[7] L. Ulloa, *Colom catalan. La vraie gènese de la decouverte de l'Amerique,* París, Maisonneuve, 1926; del mismo, *Cristòfor Colom fou català,* Barcelona Catalonia, 1927; del mismo, *Noves proves de la catalanitat de Colom. Les grans falsedats de la tesi genovesa,* París, 1927; del mismo, *Xristo-Ferens Colom, Fernando el Católico y la Cataluña española,* Barcelona, 1928. La tesis de Ulloa sobre la catalanidad del *Descubridor,* fue resumida por él mismo en el tomo correspondiente de la *Historia de España* publicada en Barcelona por la editorial Gallach; pero lo conjetural de la argumentación llevó a la propia editorial catalana a acabar retirando aquella aportación en ediciones posteriores. La tesis catalana tiene un antecedente en Mosén Pere Serra Postius en el siglo XVIII, quien, en su *Historia eclesiástica de Cataluña,* hacía originaria de Cataluña a la familia Colón, aunque a él le daba por nacido en el Genovesado.

II

LAS HIPÓTESIS DEL COLÓN MALLORQUÍN

Partiendo de la tesis catalana de Ulloa y dentro de la inacabable propensión a encontrar patrias colombinas —hechas a medida de los sentimientos patrios o sirviendo bienintencionadas, pero desbordadas fantasías individuales— también el archipiélago balear ha acudido a presentar su candidatura como lugar de nacimiento del Descubridor.

Una síntesis valorativa de tales hipótesis puede verse en M. Álvarez de Sotomayor en su «¿Colón mallorquín? Juicio crítico de la tesis del Colón balear [1]» y una exposición más breve y actualizada en Onofre Vaquer [2].

Sintetizando la cuestión, cabe indicar, en primer lugar, que la hipótesis de «Colón mallorquín» comienza por apoyarse en el apellido Colom, abundante en las islas [3], como lo es en el Principado catalán, y parte de la base de que la tesis de Ulloa había dejado sin precisar el lugar de nacimiento de Colom, dentro del ámbito catalán, así como del hecho de que el propio Ulloa admitía la probabilidad de una cuna mallorquina. Esta circunstancia resultaba para algunos tanto más tentadora cuanto que, aún en el caso de que se partiera del supuesto de

[1] En *Historia de Mallorca*, coordinada por J. Mascaró Pasarius, tomo VII, Palma, 1978, pp. 209 y ss.

[2] O. Vaquer Bennassar en *Gran Enciclopedia de Mallorca*, Promomallorca Edics. S.A., Inca, 1989, s. v. «Colom, Cristòfol», vol. III, pp. 371-373.

[3] O. Vaquer, encuentra documentado el apellido Colom en Mallorca durante la segunda mitad del siglo xv en Sóller, Selva, Felanitx y Palma (entonces Ciutat de Mallorca), así como en Menorca. También lo está en Ibiza, *vid. Gran Enc. de Mallorca, cit.* t. III, p. 374, «Els Colom de Mallorca al segle xv».

que el Almirante había nacido en Génova, «Génova» es también un topónimo mallorquín aplicado a un arrabal aledaño a la capital balear. Y así en 1930 Buenaventura Arán Ferrer publicó un folleto [4] señalando a Colón natural de la Génova palmesana (aunque tal arrabal no existía todavía en el siglo xv) y presentaba a un Colón, hijo de Juan Colom, caballero con armas propias, rebelde forense condenado en rebeldía, descubridor de América antes de 1492, que había bautizado las tierras americanas con nombres mallorquines [5].

La hipótesis mallorquina se fortaleció cuando en 1931 Rubió Borrás difundió la aparición del llamado *documento Borromeo*, que venía a funcionar como base documental explícita y supuestamente inequívoca. Este testimonio, tomado como probatorio, se contenía en una hoja de guarda de un viejo libro [6] en la cual Juan Borromeo declaraba:

> essendomi tolto manifestar la uerita segretamente conosciuta per mezo del Signore Pier di Anghiera tesoriero dei Re Catholici di Spagna; et sicome debo cosi ne uoglio tener perpetua memoria con confidar alla historia esser Colonus Christophorens della Maiorca et non della Liguria.

El texto establecía, además, que

> il dicto Pier d'Anghiera istimó che fusse nascosta l'astutia usata da Giovan Colon perque cagion de politica et religiose lo havean consigliato di fingnersi Christophorens Colon per dimandar li ajuti delle navi ai Re di Spagna. Et diró anchora esser Colom uguale a Colombo, perche avendo discoperto che vive in Zenova un quidam Christophoro Colombo lanajola, figlio di Doménico et Susana Fontanarossa, non s'habia a confúndere col navigatore dell'Indie Occidentali [7].

[4] B. Arran Ferrer, *Algo sobre la cuna de Cristóbal Colón,* Barcelona, 1962, reproducido en Juan Suau Alabern, en *Las tesis mallorquinas de Cristóbal Colón,* Palma, 1967, pp. 42-51.

[5] *Vid.* el resumen más detallado de las tesis de Aran Ferrer, en M. Álvarez de Sotomayor, *op. cit.,* t. VII, pp. 224 y ss.

[6] Perteneciente a la biblioteca milanesa de los Borromeo (lleva su «ex libris») y encontrado por un bibliófilo milanés. Se titulaba *Chistophori Clavi I Banbergensis. Ioan de Sacro Bosco,* Romae, 1558.

[7] *Vid.* este fragmento en C. Varela, *op. cit.,* p. XXIV, nota 49. Una traducción castellana directamente del texto en cuestión en M. Álvarez de Sotomayor, *op. cit.* de la

Daba la primicia de este hallazgo documental el diario ABC [8]. El documento se consideró falso o copia de uno verdadero, pero con interpolaciones; las afirmaciones contenidas en él creaban un imposible Christophorens («ingenua y burda superchería» lo llama la colombinista Consuelo Varela [9]).

Pero la versión fue ampliamente acogida por Renato Llanas de Niubó [10], el cual, añadiéndole el llamado *documento de Felanitx*, habría de convertirse en el destacado expositor del supuesto Colón mallorquín, luego aprobado y aceptado «inexplicablemente» —sigue opinando C. Varela— por Millás Vallicrosa [11], entre otros, tales como J. Suau Alabern [12] o Nectario María de la Salle [13].

La hipótesis de Llanas de Niubó, interpretando a su manera documentos de J. M. Quadrado —aportados al historiar la sublevación foránea mallorquina de mediados del siglo xv [14]— construía un Juan Colom de Felanitx, hijo de Joan, perseguido a raíz de la revuelta, y cuyos hijos, rebeldes forenses —Joan y su hermano Tomeu Colom— habrían huido; el hecho de que uno de ellos se hubiera convertido en corsario,

Historia de Mallorca coordinada por Mascaró Pasarius, t. VII, 1978, p. 212: «Yo Juan Borromeo, siéndome impedido publicar la verdad que me ha comunicado en secreto Pedro de Anglería, tesorero de los Reyes Católicos de España, y como no voy a tener memoria perpetua, quiero confiar a la historia que Cristóbal Colón es natural de Mallorca y no de Liguria. El susodicho Pedro de Anglería creyó conveniente que se ocultase el engaño empleado por Juan Colón, a quien por cuestión política y religiosa le habían aconsejado fingirse Cristóbal Colón para pedir las ayudas de naves a los Reyes Católicos de España. Y añadiré más, que Colón significa lo mismo que Colombo, pues habiendo descubierto que vive en Zenova (Génova) un tal Christophoro Colombo, lanero, hijo de Dominico y de Susana Fontanarossa, no se le debe tener por el navegante de las Indias Occidentales. En Bérgamo, en el año del Señor 1494».

[8] M. Rubio Borras (director de la Biblioteca universitaria de Barcelona), *ABC* del 21 de agosto de 1931, pp. 17 y 18, y día 22 siguiente.

[9] *Vid.* en la referencia anterior, *op. cit.*, p. XXIV, nota 49.

[10] R. Llanas de Niubo, *Sefarad*, XXI (1961), pp. 58-64. *Vid.* su libro *El enigma de Cristóbal Colón*, Barcelona, Marte, 1964.

[11] J. Millas Vallicrosa, «Tesoro de los judíos sefardíes», *Sefarad*, VI (1963) VII-XV.

[12] J. Suau Alabern, *La tesis mallorquina de Cristóbal Colón*, Palma de Mallorca, Ediciones Cort, 1967.

[13] N. M. de la Salle, *Cristóbal Colón, el descubridor de América, era español y judío*, Madrid, 1978.

[14] *Vid.* el relato de la revuelta foránea en la primera parte de este nuestro propio libro. Quadrado, *Forenses y ciudadanos*, Palma, 1984, edic. facsímil, Consell. d'Educació i Cultura, Palma, 1986.

le permitía enlazar con la tesis de Ulloa y presentar como mallorquín al Colón descubridor; conjeturas que luego encontraban el «definitivo» apoyo documental, según Llanas de Niubó, en el citado documento Borromeo al mencionar éste, precisamente, a un Juan Colom como verdadero nombre del Descubridor del Nuevo Mundo.

No es ésta la única interpretación de un Colón mallorquín. En 1968 Juan Cerdá publicaba su trabajo titulado Mallorca, ¿cuna de Colón? [15]. En él, el Descubridor resultaba ser hijo bastardo del Príncipe de Viana, desterrado a Mallorca en 1459 —por lo tanto, estrechamente emparentado con Fernando *el Católico*— que había obtenido los favores de Margarita Colom de la alquería Rossa de Felanitx. De esta manera, Felanitx pasaba a ser la patria originaria del Almirante.

En esta misma línea se movió Gabriel Verd Martorell en la *Recopilación enigmática de Cristóbal Colom,* y en su libro de 1981 *Cristóbal Colón era noble y de sangre real. Una realidad, nació en Mallorca* (que ya va por la tercera edición [16]); redondea la tesis felanitxense de Colón hijo bastardo del príncipe de Viana y de Margarida, con otros datos (incluso los toponímicos: Colón llamó San Salvador a la primera isla descubierta, porque era la advocación del santuario felanitxero, y en el tercer viaje denominó la isla venezolana con el nombre de su madre Margalida y etcétera).

En el XIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Onofre Vaquer presentó la comunicación titulada «La cartografía mallorquina y el descubridor de América» defendiendo la hipótesis de que Cristóbal y Bartolomé Colom eran miembros de una familia conversa mallorquina de cartógrafos emigrada a Francia en la segunda mitad del siglo XV y posteriormente trasladada a Amsterdam donde siguieron judaizando; de aquí que los descendientes del descubridor tuvieran que ocultar en Castilla el origen de su padre.

A esta panorámica del estado y situación de las hipótesis del Colón mallorquín, se le acaba de añadir, en septiembre de 1990, un nuevo y originalísimo capítulo con la publicación simultánea de un par de libros, de contenidos mutuamente complementarios y firmados ambos por dos autores, Rafel Bauzá y Jaume E. Amengual [17]. Para éstos, los

[15] J. Cerda, *Mallorca, ¿cuna de Colón?,* Felanitx, Hispania, 1968.
[16] Palma, 1989.
[17] R. Bauzá Socias & J. E. Amengual, *El descubridor del Nuevo Mundo* y *La verdad*

fundamentos de su aportación historiográfica sobre Colón mallorquín son tan directos y fehacientes que suponen resuelto definitivamente el enigma de la patria colombina. Primer rasgo destacado de estas obras: uno de los firmantes del libro —Rafel Bauzá Socias [18] es descendiente directo de Juan Colom —nombre real del Descubridor, según lo afirmado en el citado «documento Borromeo»— y, como tal, aporta el relato de la tradición oral familiar recibida de su madre, sobre todo, la revelación explícita y postrera de ésta, hecha en el lecho de muerte, de ser descendiente directo del Almirante, tradición mantenida en secreto durante siglos, y trasmitida oralmente, a causa de la ascendencia judaica del linaje y de la persecución de que eran objeto sus miembros desde su participación en el levantamiento forense mallorquín de mediados del siglo XV y luego en la Germanía isleña del reinado de Carlos I. Por lo tanto, Rafel Bauzá resulta ser «el depositario de una tradición que, en principio, sólo existía en versión oral»; sin embargo, de ella se confiesa «que no podía demostrar», porque «de la cual ha perdido la prueba más valiosa: el libro», es decir el *Diario de Ruta* del propio Colón, que le fue sustraído [19]. Segundo rasgo destacable: el coautor de los libros en cuestión —el licenciado en Filología e Historia, Jaume E. Amengual— recoge puntualmente, por de pronto, el relato de Rafel Bauzá [20], y hace, por su lado, un amplísimo despliegue de ilustraciones textuales, extraídas de documentos y párrafos de la clásica cronística de tema colombino, en apoyo de los diversos extremos del citado relato oral (aunque no recoge los testimonios de las mismas fuentes que vienen a contradecir la citada tradición oral). El relato familiar de referencia, a pesar de haberse trasmitido entre gentes analfabetas, encontraría

de Joan Colom, Palma de Mallorca, Editorial Eureka, 1990, las dos obras de idéntica extensión, 223 pp.

[18] Nacido en Montuïri (Mallorca) el 27 de julio de 1924, hijo de Bartolomé Bauzá Gomila y de Joana Aina Socías Gomila, poseedora de la tradición familiar que trasmitiría a su hijo. *Vid. La verdad de Joan Colom, (cit.* p. 11). *Cf.* también J. Rosselló Lliteras & J. Miralles Montserrat, «Una tradició mallorquina sobre l'ascendència de Colom», en *Serra d'Or* (mayo 1971, pp. 21-23); J. Mirralles Montserrat, «Una tradició mallorquina sobre Cristóbal Colón i Joanot Colom», en *Lluc*, enero, 1972, pp. 4-7. Llorenç Capella, «Rafel Baucà. La historia de un sueño», en *Última Hora. Brisas. Magazine Dominical*, pp. 7 y siguientes.

[19] El entrecomillado es párrafo textual contenido en *La verdad de Joan Colom*, citada, Palma, Eureka, 1990, p. 18.

[20] *Vid. La verdad de Joan Colom*, Palma, Eukera, pp. 11 y ss.

así *a posteriori*, la confirmación histórica requerida, según la selección, uso, valoraciones críticas, interpretaciones personales y omisiones, que Amengual hace de las fuentes históricas aportadas, de autoridad reconocida, por otro lado, y de imposible conocimiento previo por parte de los humildes e iletrados depositarios de la citada tradición oral.

Resumiéndola, puede decirse que en Montuïri (Mallorca), en «Ca's Vells», vivía una destacada familia de origen judío, apellidada Colom, de tradición marinera y disponiendo de los desarrollados conocimientos de una propia escuela cartográfica local. La familia se vio implicada en el levantamiento forense mallorquín de mediados del siglo xv, fracasado el cual fue represaliado el patriarca del linaje, y se puso precio a la cabeza de sus hijos Joan —nacido en Felanitx alrededor de 1436— y Bartomeu, que hubieron de exiliarse. Fueron formados desde su infancia en las artes y la práctica de navegar —que ejercieron con la familia Tei y con cuyas hijas se casaron— e impuestos en los secretos cartográficos familiares. Joan Colom surcaría los mares, ofreció sus servicios como corsario a Renato de Anjou hacia 1472-74, en contra de los intereses de la casa real catalano-aragonesa y viajaría más allá de Groenlandia (1476-1477). Como fruto de sus tradiciones familiares, conocimientos cartográficos, navegaciones propias, etc., expondría su proyecto de alcanzar nuevas y desconocidas tierras a los reyes de Inglaterra y de Portugal, sin éxito; lo que le llevaría a pensar en hacer lo mismo ante la corte de los Reyes Católicos, pues —según el relato oral de referencia— Joan Colom disponía del secreto conocimiento de las Indias Occidentales antes de 1492, registrado en mapas de la «Escuela de Gónia» o «Escuela cartográfica de Montuïri». El coautor, Jaume E. Amengual, en este punto, como en todos los demás del relato, aporta las citas textuales de los diarios colombinos, o los textos cronísticos, ilustrativos de la previa seguridad del Descubridor, demostrada en el hecho de conocer la distancia y momento en que debía encontrar las nuevas tierras.

Puesto que los servicios corsarios de Joan Colom al conde de Provenza en contra de Fernando *el Católico* —circunstancia por la cual incluso se había puesto precio a su cabeza— le impedían presentar abierta y directamente su proyecto ante el monarca, se vio obligado a cambiarse el nombre por Cristóbal e inventarse una nueva identidad, en lo que le ayudaría, en Palos de Moguer (según la tradición oral de referencia), un fraile mallorquín que, para mayor disimulo y oculta-

ción, le proporcionaría dos niños —Diego y Hernando, hijos naturales— para que los hiciera pasar como propios. La gesta descubridora la habría llevado a cabo ayudado de marineros mallorquines, y sobrevenidas diferencias con ellos en la colonia, surgidas las dificultades político-económicas del descubridor con los monarcas —origen de los famosos «pleitos colombinos»—, Colom sería perseguido por la justicia y moriría en las cárceles del Santo Oficio de Valladolid, como dice el autor, «asesinado (*sic*) por la Inquisición».

Resulta seguramente innecesario imaginar la serie de reparos, rechazos, etc. que puede suscitar, en los círculos historiográficos profesionales, semejante presentación supuestamente resolutoria —humana, oral y textual— de la hipótesis mallorquina de Colón. Pero resultaba también imprescindible recoger aquí las obras de Rafael Bauzá y Jaume E. Amengual entre las «precondiciones imaginarias», en cuanto últimas y peculiares interpretaciones de las inseguridades que acompañan todavía el problema de la patria colombina, máxime cuando, a la vez, se presentan elementos radicalmente nuevos y originales tales como: un descendiente directo y vivo del supuesto descubridor, depositario de una tradición oral familiar (históricamente delirante en tantas partes de su contenido), susceptible de ilustraciones textuales, es la reciente y renovada aportación sobre la patria colombina en vísperas de la conmemoración centenaria de 1992.

III

EL SUPUESTO COLÓN IBICENCO

Dentro del propio archipiélago balear, el Colón mallorquín tiene un competidor ibicenco [1]. La hipótesis del Colón ibicenco —como cualquier otra de las propuestas— se formula también al amparo de tantas cosas no esclarecidas, discutibles y enigmáticas de la vida del Almirante y que, por lo mismo, se prestan generosamente a admitir supuestos distintos de los generalmente aceptados.

Como resumen del sistema de suposiciones en que se basa el hipotético ibicenquismo de Colón puede decirse, en primer lugar, que entre los linajes ibicencos, está testificado también el apellido Colom [2] y hasta está documentado un Juan Colom que tenía el curioso monopolio de los derechos de entrada y salida de cautivos [3]; en consecuen-

[1] El autor de la hipótesis es el marino y periodista ibicenco N. Verdera (J. Verdera Escandell), que en 1979 comenzó a exponer sus deducciones en una serie de artículos en *Diario de Ibiza*, recopilados seguidamente en su obra *Cristòfor Colom fou eivissenc*, Ibiza, 1982, cuyo resumen dio a conocer en la prensa nacional (así «Cristóbal Colón, un navegante español nacido en Ibiza» en *Los Domingos de ABC*, 4 de mayo de 1986, pp. 59-62) y en entrevistas periodísticas internacionales (entrevista de F. Feria en *Diario de las Américas*, Miami, 18 de abril de 1986). El autor ha publicado una segunda versión ampliada de la obra con el título de *La verdad de un nacimiento. Colón ibicenco*, Madrid, Caydeda, 1988. En agosto de 1990, la presentación del libro del autor en Miami, Florida, por el Dr. Luis J. Botifoll, produjo un considerable revuelo, del que diversos periodistas se hicieron eco en el *Diario de las Américas* (Guillermo Cabrera Leiva, Ignacio Rasco, Héctor de Lara) y en el *Miami Herald* (Araceli Perdomo).

[2] *Vid.* N. Verdera, *op. cit.*, 1988, pp. 33, 201-204.

[3] En el Archivo Municipal de Ibiza, «Llibre de Clavariatge», t. I, año 1373, aparece, en efecto, un Juan Colom como titular de ese derecho, sobre el que llamó la atención B. Garcés Ferra, en *Ebusus*, núm. 22, noviembre-diciembre, 1946.

cia, Ibiza aparece como teórica aspirante, por de pronto, a todo lo que la similitud del patronímico ha dado ya de sí como fundamento y arranque de las distintas localizaciones catalanas propuestas como patrias originarias del Descubridor. Éste ocultaría su origen porque pertenecería a la rama judía del linaje Colom; en tal sentido, y confirmando este extremo, conversaciones, correspondencia e informes obtenidos de conocidos autores —como Maurice David [4], Simón Wiessenthal [5], de profesores de la Universidad de Jerusalén, como Benjamín Richler [6], Yom Tov Assis, etc.— permiten al autor de la hipótesis ibicenca proponer el desciframiento de unas crípticas abreviaturas judaicas, contenidas en documentos colombinos [7], como testificaciones de la condición mosaica del navegante.

En segundo lugar, la hipótesis ibicenca de nuestro autor sortea las existentes apoyaturas documentales del genovesismo del Almirante por dos procedimientos: de un lado, diferenciando —al igual que hacía la aludida hipótesis mallorquina— el Cristóforo Colombo documentado en la famosa *Raccolta colombina* italiana, y el Cristóbal Colón, descubridor de las Indias Occidentales [8]; tal diferenciación se construye ahora a base de una crítica cronológica de frases de cronistas —Andrés Bernáldez, Pedro Mártir de Anglería, fray Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo— o de algunos documentos (hoy en la British Library y en la Biblioteca Nacional de Madrid), para concluir que a ambos personajes les separaba una diferencia de quince años [9]; de otro

[4] M. David, *Who was Columbus?*, Nueva York, 1930.

[5] S. Wiessenthal, *Operación Nuevo Mundo (La operación secreta de Cristóbal Colón)*, 1973 supone que el Descubridor, aunque no fuera judío, pertenecía a una familia hebrea, que tenía el propósito de emigrar a nuevas tierras, compelido por el decreto de expulsión de los judíos de España y ello explicaría que embarcara su tripulación antes del 2 de agosto, que finalizaba el plazo de salida. *Vid.*, Verdera, *op. cit.*, p. 204. Wiessenthal no cree en el genovesismo de Colón.

[6] Carta escrita a N. Verdera desde el «Institute of Microfilmed Hebrew Manuscripts» el 24 de junio de 1990. Cortesía del autor, que no cita el texto en su obra publicada en 1988.

[7] Se trata de las dos letras «bet» «hai» —abreviaturas de la frase «Baruch Haschem» (Alabado sea Dios)— con que Colón encabeza cartas familiares, aunque jamás lo hace en la correspondencia oficial. Según manifestaciones personales de Verdera (no incluidas en el libro, por ser hallazgo posterior), el críptico encabezamiento judaico aparece en once cartas privadas de Colón a su hijo Diego, existentes en el Archivo General de Indias.

[8] *Op. cit.*, pp. 201-206.

[9] *Op. cit.*, pp. 277 y ss.

lado, el autoconfesado genovesismo de Colón se salva declarando apócrifo el documento de institución de mayorazgo, en que se afirma explícitamente, como se ha indicado antes, haber nacido en Génova.

A partir de ahí, el autor apoya su hipótesis en diversas circunstancias o hechos que argüirían el ibicenquismo colombino: así, la «relación de los Pinzón con Ibiza» [10], donde Colón les habría conocido y apreciado profesionalmente (lo cual explicaría que el navegante hubiera ido después directamente a Palos de Moguer para incorporarlos a su proyecto descubridor [11]). Se vale también de «testimonios léxicos» extraídos de los Diarios colombinos (escritos en el consabido «potpourri» idiomático que caracterizaba la lengua del marinero Colón, surcador de tantos mares y habitante de diferentes países, cuyas hablas neolatinas suele mezclar) [12]; los catalanismos aludidos por nuestro autor presentan una raigambre, similitud e incluso vigencia en el ibicenco actual, —variante dialectal del catalán—, como es sabido, importado a la isla a partir del siglo XIII y en ella mantenido más cerca de sus fuentes románicas originarias. La hipótesis ibicenca utiliza también, como argumento, (al igual que hacen las hipótesis mallorquinas, como en el caso de Buenaventura Arán Ferrer, J. Suau Alabern y Jaume E. Amengual, en apoyo del mallorquinismo), algunos de los topónimos con que Colón fue bautizando las tierras americanas y que tienen correspondencia toponímica y paralelismo geográfico en Ibiza, hasta el punto que, curiosamente, algunos designan lugares antillanos, incluso, con caracteres o parecido geofísico con sus correspondientes ibicencos [13], etcétera.

No es preciso enfatizar la secreta complacencia que embargaría al que esto escribe si fuera factible la confirmación de la hipótesis ibicenca —como de la mallorquina— en razón del honroso paisanaje que con ello adquiriría, de su dedicación americanista y de la valoración que

[10] «Reos de delitos cometidos en Ibiza...» los cita el Prof. F. Morales Padron, *Historia del Descubrimiento y Conquista de América*, p. 104; Verdera, ofrece la transcripción de documentos de Simancas sobre protestas ante el Rey de comerciantes por el apresamiento en aguas ibicencas de «un ballener» por parte de los hermanos Pinzón.

[11] Verdera, *op. cit.*, p. 120.

[12] Ramón Menéndez Pidal, *La lengua de Colón*, Madrid, Espasa, Col Austral, número 280.

[13] *Vid.* al respecto las citas, los mapas y los cotejos cartográficos de nuestro autor, en *op. cit.*, págs. 65, 66, 76, 78, 79, 80, 81, 83, 84, 98, 100, 114.

hace del tesonero esfuerzo aplicado por el autor de referencia en el empeño de encontrar un apoyo histórico. Pero al supuesto ibicenquismo le falta, como es de imaginar, la apoyatura que más podría sostenerla o —¡miel sobre hojuelas!— definitivamente comprobarla: el testimonio de los registros parroquiales de la isla —libros de *Baptismes*, *Desposoris*, *Defuncions*, etc.— del Archivo Capitular. La iglesia de Santa María la Mayor, la actual Catedral ibicenca, fue parroquia única de la isla desde la conquista cristiana del siglo XIII hasta el siglo XVIII; si algún día se pudieran investigar sus series sacramentales citadas en viejas catalogaciones, pero no localizadas, anteriores a las actualmente disponibles, que parten del siglo XVI [14], podrían eventualmente documentarse inscripciones e incidencias familiares del linaje «Colom» (partidas de nacimiento, bautizos, enlaces matrimoniales, etc.) que, por tanto, aportarían detalles inequívocos e históricos, si es que no proporcionaban los definitivos del Cristòfor ibicenco. Sin este tipo de sostén histórico, la supuesta «verdad de un nacimiento» y el aserto *Colom fou eivissenc*, constituyen expresiones de un afán perseguido amorosa y tenazmente, la bandera de una esforzada búsqueda indirecta de probabilidades y la paciente compilación e interpretación de datos: en suma, el título de una obra, único sostén del entusiástico supuesto.

[14] No pueden darse por definitivamente perdidas. El «Index Vell» del Archivo Catedral de Tarragona —de aquel arzobispado dependía el antiguo «Paborde» o rector de la parroquia única que tuvieron nuestras islas (1235-1782)— señala unas 300 referencias documentales de Ibiza y Formentera entre 1300 y 1618. Pero los documentos correspondientes no están en el archivo ibicenco, o por pérdida o por extravío e ilocalización actual. *Vid.* J. Mari Cardona, *Illes Pitiüses. V. Santa María d'Eivissa*, Eivissa, Inst. d'Est. Eivissencs, 1985, pp. 365-75.

TERCERA PARTE

BALEÁRICOS EN LA ACCIÓN ESPAÑOLA DEL NUEVO MUNDO

I

INTRODUCCIÓN: AMÉRICA, INCORPORADA A LA CORONA DE CASTILLA

La acción de España en el Nuevo Mundo, en sus vertientes de descubrimiento, de conquista territorial, de poblamiento humano, fue inicialmente —a lo largo de las primeras décadas del siglo XVI, sobre todo— obra de la Corona de Castilla; a ella fueron incorporadas, de hecho y de derecho, las nuevas tierras ultramarinas [1]. Por lo mismo, fue la sociedad castellana la principal protagonista, aunque hay que subrayar que, pese a lo que algunas veces se ha afirmado [2], los súbditos de la Corona de Aragón (aragoneses, catalanes, valencianos, baleáricos)

[1] Véase al respecto el estudio jurídico-político del problema en J. Manzano Manzano, *La adquisición de las Indias por los Reyes Católicos y su incorporación a los Reinos castellanos*, Madrid, Inst. Nal. de Est. Jurídicos, 1951. Separata del Anuario de Historia del Derecho Español, t. XXI, pp. 5-170. También, J. M. Ots Capdequi, *El Estado español en las Indias*, México, 1987 (7.ª reimpresión).

[2] A este respecto, en obras recientes puede leerse todavía expresada esta opinión en términos como los siguientes: «s'establí un monopoli castellà (1492-1778) de tots conegut, que no permitía ni el comerç directe amb les colònies per part nostra, ni l'anada a aquelles terres de la manera como ho feien els castellans. Només quan Castella estará exhaurida, América serà camp fàcil per a tots els pirates del món; llavors, la Cort de Madrid llevarà l'esmentat monopoli (1778) i permetrà als naturals dels altres regnes de l'Estat Espanyol, de més que provada vocació marinera, anar i venir lliurement entre els dos continents». *Vid.* J. Alzina-C. Blanes-P. Fiol-A. le Senne-A. Limongi-A. Vidal, *Historia de Mallorca*, vol. VII, Mallorca, Edit. Moll, 1982, pp. 148-49. Semejante perspectiva, de simpático tinte romántico-nacionalista y no escasa persistencia historiográfica (Rovira i Virgili, Voltes Bou, Sandiumenge Turull, etc.) ofrece el decisivo inconveniente de estar desmentida por los hechos históricos; por ejemplo, las Reales Cédulas de Carlos V de 1524 y 1526, la explícita enumeración por Felipe II de quienes quedan excluidos de comerciar con Indias: «los que no fueren naturales de estos nuestros reinos de Castilla, León, Aragón, Valencia, Cataluña y Navarra, y de las islas Mallorca, Menorca...».

nunca fueron expresamente excluidos de la acción trasatlántica y por el contrario, expresamente autorizados y, por otro lado, se adoptaron algunas de sus instituciones típicas catalano-aragonesas como bases de la organización político-administrativa de las nuevas tierras.

Se trató realmente del prevalecimiento castellano basado en razones de fondo —no de titularidad administrativa excluyente— y ante situaciones coyunturales de retroceso demográfico y económico de Barcelona [3] o de nuestras propias islas [4]. Si cupiera duda del indicado prevalecimiento socio-político castellano, el análisis cuantitativo del «Catálogo de pasajeros a Indias» [5] vendría a disiparlas de forma contundente. En efecto, operando una distribución de frecuencias sobre los 7.641 emigrantes que, entre los años 1509-1534, se trasladaron a América —y de los cuales el catálogo ofrece precisiones onomásticas y de procedencia— se obtiene la indicada conclusión con palmaria claridad. He aquí un sencillo prospecto estadístico, demostrativo de los Reinos originarios de los emigrantes, tabulado en porcentajes decrecientes [6]:

Han puesto de relieve el error de la teoría de la exclusión, recientes investigaciones tanto isleñas como extraisleñas, como la de C. Manera sobre *Comerç i capital mercantil a Mallorca, 1720-1800*, Palma, Consell Insular de Mallorca, 1988 que, por las fechas consideradas en el propio título de la obra, ya se percibe que ni siquiera las Baleares tuvieron que esperar a la Pragmática de Libre Comercio de Carlos III de 1778 para comerciar con América, según consignaremos también en otra parte de la presente obra. Igualmente cabe citar en esta misma línea de desmentido a C. Martínez Shaw, «Cataluña y el comercio con América. El fin de un debate», en *Boletín Americanista*, 30, pp. 223-236; J. M. Delgado & J. M. Fradera, «El comerç entre Catalunya i América, 1680-1898», en VV. AA., *El comerç entre Catalunya i América*, Barcelona, 1986.

[3] *Vid.* esta tesis en P. Vilar, «El declive catalán de la Baja Edad Media. Hipótesis sobre su cronología», en *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, 1980 (pp. 252-331).

[4] *Vid.* en la Parte Primera de la presente obra el capítulo titulado «Los condicionantes coyunturales de la relación».

[5] El Cuerpo facultativo del Archivo de Indias, partiendo de los registros de la Casa de Contratación, inició la publicación del llamado *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, cuyo volumen I apareció en Madrid en 1930; el vol. V (en dos tomos) se debe a L. Romero Iruela y M. del C. Galbis Díez, abarca los años 1567-1577 y ha visto la luz en Madrid en 1980; *Vid.* J. L. Martínez, *Pasajeros de Indias*, Madrid, Alianza Ed., 1983.

[6] Los datos del citado *Catálogo de pasajeros a Indias* han sido suplementados por diversos trabajos y desde distintos países. Cabe citar al respecto R. Konetzke, *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica*, Madrid, 1953-1962 (3 vols.); P. Boyd-Bowman, *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores de América en el*

Procedencia	%
Andalucía	37,5
Castilla (Nueva y Vieja)	26,7
Extremadura	14,7
Asturias, Vascongadas, Galicia	13,7
León	7,6
Corona de Aragón	0,8

O sea, la «Corona de Castilla», el 99 %; la «Corona de Aragón», las pocas décimas restantes [7].

siglo XVI, vol. I, Bogotá, 1964, vol. II, México, 1972; M. Mörner, *La Corona española y los foráneos en los pueblos de indios de América*, Estocolmo, 1970; M. Mörner, «La emigración española al Nuevo Mundo antes de 1810. Un informe del estado de la investigación», en *An. Est. Amer.*, Sevilla, XXXII, 1975, pp. 43-131; V. Navarro del Castillo, *La epopeya de la raza extremeña en Indias. Catálogo biográfico de 6.000 conquistadores, evangelizadores y colonizadores que procedentes de 248 pueblos de Extremadura pasaron a América y Filipinas durante los siglos XVI y XVII*, Mérida (Esp.), 1978; S. F. Cook & W. Borah, *Ensayos sobre la historia de la población. México y Caribe*, México, 1977; J. L. Martínez, *Pasajeros de Indias*, Madrid, Alianza Universidad, núm. 355, 1983.

[7] La tabulación porcentual ofrecida en el texto puede verse en J. Muñoz Pérez, «La Sociedad estamental», en *Historia General de América*, Madrid, Rialp, 1982, t. VII, p. 634, col. 1.ª. Parecidas cifras, aunque no exactamente las mismas, se han sacado de las muestras conocidas. Así, para el siglo XVI, se ha dicho que «un tercio de los inmigrantes asentados en Indias eran andaluces; el 28 % extremeños y de Castilla la Nueva; el 39 % restante se distribuia entre León, Castilla la Vieja (el 10 %), norte de la Península y, por último, territorios de la Corona de Aragón». *Vid.* G. Céspedes del Castillo, *Historia de América (1492-1898)*, Barcelona, Labor, 1983 (p. 182). *Vid.* especialmente J. L. Martínez, *Pasajeros de Indias*, Madrid, Alianza Universidad, núm 355, 1983, caps. 13 y 14, pp. 155 y ss., tabulación por regiones entre 1493-1600, en p. 174.

II

CARACTERES GENERALES DE LA PRESENCIA BALEAR EN ULTRAMAR

Este reducido contingente de emigrantes de la Corona de Aragón no ha suscitado estudios históricos (equivalentes, en objetivos, a los realizados, por ejemplo, por Peter Boyd-Bowman [1] o por Vicente Navarro del Castillo —este último en relación con los extremeños— [2]) que pudieran permitirnos ahora desglosar y examinar el grupo de procedencia balear. Se trata de un tema, pues, aún por investigar y, por lo mismo, sobre el que no disponemos de bibliografía previa con contenidos informativos suficientes como para ahora poder presentar un completo cuadro de conjunto [3]. Ahora bien, con las cifras ofrecidas, queda suficientemente claro, por de pronto, que la participación del archipiélago mediterráneo en la acción descubridora, conquistadora y pobladora de los primeros lustros fue, de hecho, insignificante si no preferimos decir

[1] P. Boyd-Bowman, *Índice biogeográfico de 40.000 pobladores españoles en América en el siglo xvi*, Bogotá, tomo I, 1493-1519, Inst. Caro y Cuervo, 1964; t. II (1520-1539), México, Jus, 1968. *Vid.* del mismo autor sus trabajos sobre la materia, publicados en revistas: *Mundo Hispánico*, X, 1957, pp. 23-28, *Historia Mexicana*, t. XIII, 2, pp. 165-192; t. XVII, 1, pp. 37-71, *Humánitas*, núm. 13, 1972, p. 341-352, *Studia Hispanica in honorem R. Lapesa*, Madrid, 1974, t. II, 123-147, *The Hisp. Amer. Hist. Review*, vol. 56, 4, 1976, pp. 580-604, etc.

[2] Citados en nota anterior.

[3] Apenas existe más trabajo recopilador, y con carácter de cuadro de conjunto, que el representado por los datos ofrecidos por B. Font Obrador en *Fra Juníper Serra. Les Balears i el Nou Mon*, obra publicada por «Sa Nostra. Caixa de Balears» en Palma, 1989 —conmemorativa del centenario de la muerte del Apóstol de California— en la que el autor resume gran parte de lo publicado antes, con el título de «Mallorquines en California», en la *Historia de Mallorca*, coordinada por J. Mascaro Pasarius, vol. V, pp. 490-576.

que casi inexiste. Ciertamente, en etapas posteriores, desaparecidas las circunstancias que imponían una relación tardía, y con el creciente aumento de la emigración [4], su participación se iba a hacer más notoria, según tendremos ocasión de comprobar.

Las razones explicativas de esta práctica ausencia balear en la gesta indiana de primera hora, quedaron tal vez suficientemente establecidas en las primeras páginas de esta misma obra al ponderar el emplazamiento excéntrico de Baleares respecto de los nuevos circuitos atlánticos, al mostrar la crítica situación coyuntural del archipiélago —con sus regresiones demográficas, crisis económicas, tensiones sociales internas, etc.— en la Baja Edad Media y al advenimiento de los tiempos modernos. A estos factores estructurales y coyunturales de base cabría añadir todavía ahora una circunstancia institucional: la de que, aún sin haber sido explícitamente excluidos los súbditos de la Corona de Aragón —como antes se indicó— les afectaba la aplicación del llamado «derecho de naturaleza», que reservaba generalmente los cargos y dignidades de cada reino a sus respectivos naturales, lo que, en principio, podía desincentivar a quienes no lo fueran (y ya quedó señalado que las Indias estuvieron incorporadas a la Corona de Castilla). Dado que, andando el tiempo, queda sin efecto este principio y desaparecen las demás circunstancias coyunturales, encontramos personas no-castellanas establecidas en las Indias, ocupando dignidades y funciones en la administración americana, tales cambios abarcaron también a los nativos del archipiélago mediterráneo y ello implica la posibilidad de referirse a su vida y actuaciones en América.

Mención de los desconocidos

Al disponernos a realizar semejante tarea, cabe comenzar subrayando, sin embargo, que habrá de cometerse aquí inevitablemente la

[4] Se ha escrito que si en la primera mitad del siglo XVI la media anual de viajeros a Indias era de 1.587, en la segunda mitad habría pasado a ser ya de 3.930, una cifra parecida de 3.856 para la primera mitad del siglo XVII. *Vid.* los trabajos de Boyd-Bowman citados, o su resumen por etapas en J. L. Martines, *op. cit.* pp. 156 y ss.; las indicadas cifras en G. Céspedes del Castillo, *Historia de América (1492-1898)*, Barcelona, Labor, 1983, p. 180.

forzosa injusticia de silenciar a aquellos baleáricos, protagonistas de la gesta española en el Nuevo Mundo, que de manera privada, anónima, esforzada sin duda —como lo es siempre desarraigarse del propio suelo nativo— abandonaron un día su hogar insular mediterráneo para lanzarse a la arriesgada e ilusionada aventura de una ensoñada vida mejor, al otro lado del océano. Unos saldrían de nuestras islas llevados por el impacto causado tal vez por relatos idealizados; otros, por no aguantar el tedio de la vida monótona insular que pugnaba con sus ansias de cambio; quizás no pocos, esquivando levas para guerras lejanas; algunos probablemente huyendo de pugnas familiares o de acosos de la justicia...

En cualquier caso, se trata de gentes probablemente modestas que vivieron y sufrieron en las Indias, en ellas encontraron fortuna propicia o adversa, de ellas regresaron, o en aquellas tierras recibieron sepultura, pero que no dejaron rastro documental o memoria destacada que permita incluirles ahora nominalmente en una merecida relación historiográfica de sus vidas y acciones ultramarinas que, grandes o pequeñas, contribuyeron también a hacer aquellas Españas ultramarinas.

Parece justo, pues, que no falte aquí, al menos, un recuerdo expreso a este conjunto de baleáricos desconocidos o, en todo caso, no citados por sus propios nombres, aunque los tengamos expresamente localizados como paisanos. Casos como «el mariner mallorquí» de Puerto Rico, citado por fray Junípero [5], o «el mallorquín de Jamba», citado —innominadamente— por Celestino Mutis, del que dice «que se ha dado tan buena traza que, de tierras de poquísimo valor, ha hecho una estancia con una admirable posesión» en la que llega a tener al virrey como invitado [6]. Hombres y mujeres, en suma, que presentan la condición —sin duda, muy a su pesar— de ser lo que el historiador francés Pierre Chaunu llamó «los mudos de la historia» (aquellos que no han dejado memoria de sí mismos) y de los que, no obstante, es justo dejar mención explícita —como se hace en los monumentos «al soldado des-

[5] El mismo fray Junípero Serra, en efecto, se refiere, sin citar su nombre, a «un mariner mallorquí» que en la travesía de Puerto Rico a Veracruz había tenido atenciones con él y con el padre Palou proporcionándoles en ocasiones alguna «*racioncilla, ara fos de algún ingeni conseguida, ara fos llevántselo de la boca per nosaltres...*». Carta fechada en Veracruz el 14 de diciembre de 1749, en *Writings of Junípero Serra*, t. I, p. 14.

[6] *Cit.* por J. Sureda Blanes, *Mallorquins d'ahir*, Palma, Moll, 1974, p. 21.

conocido»— y constancia de que la entrega de su vida a la construcción de la gran América de hoy, merece nuestro fervoroso y emocionado agradecimiento, tan sincero y expreso como el que podamos reservar a los ilustres y relevantes personajes baleáricos conocidos.

El problema de las procedencias o lugares de origen

Llegados a este punto, el historiador quisiera poder ofrecer ahora datos cuantitativos, distribuidos porcentualmente, sobre los diversos aspectos definidores del contingente de nuestros paisanos protagonistas de la acción de España en el Nuevo Mundo. En primer término, por ejemplo, datos cuantificados acerca de los lugares de su origen isleño [7]. Ahora bien, como por las circunstancias indicadas acerca del estado actual de nuestros conocimientos, semejantes precisiones cifradas resulta tarea, hoy por hoy, ilusoria, cabe sólo hacer unas precisiones generales.

La primera de ellas, sería la de suponer que, por razones de las densidades poblacionales del archipiélago, por los datos disponibles y por otras circunstancias de lógica político-administrativa y cultural, Mallorca debió aportar siempre el grupo más numeroso de emigrantes y, dentro de Mallorca, la ciudad de Palma. Como una ilustración de lo dicho, podemos operar sobre una «muestra» cuantificada para deducir porcentajes, aunque los sepamos escasamente representativos. Se trataría de los 16 franciscanos mallorquines que misionaron California y que fueron relacionados nominalmente por Maynard Geiger [8]. De ellos, y por orden decreciente, se observa que Palma aportó seis misioneros (es decir el 37,5 %), Artá, Buñola y Llucmajor aportaron dos (o sea cada una el 12,5 %) e Inca, Petra, Porreras y San Juan contribuyeron con un misionero (o sea, cada una con el 6,25 %). Por otro lado, y aunque no dispongamos de datos en que apoyarnos, también puede pensarse que las economías de Menorca y de Ibiza-Formentera pudie-

[7] Poco o nada ayudan, por las rúbricas generalistas utilizadas, los trabajos tan meritorios e imprescindibles como los de Boyd-Bowman, «Regional origins of the earliest Spanish colonists of América», en *PMLA*, 1956, pp. 1157-72.

[8] M. Geiger, «The Mallorcan Contribution to Franciscan California», en *The Americas*, 1947.

ran haber contribuido con una mayor presencia «relativa» de sus naturales.

Sentadas las premisas anteriores y estas apreciaciones generales, puede especificarse, no obstante, que entre los lugares más reiterados de nuestras islas como originarios de los personajes baleáricos conocidos, figuran Ciutat de Mallorca, Artà, Porreres, Santanyí, Sant Joan de Mallorca, Llucmajor, Felanitx, Petra, Inca, Ciutadella, Eivissa... No quiere ello decir —cabe reiterarlo— que sean los únicos documentados, ni nos es dable señalar las intensidades respectivas que cada uno de ellos representa dentro del conjunto balear, pero constituyen, sin duda, un elenco en gran medida significativo.

Condición socioprofesional

Limitaciones semejantes cabría proclamar también en relación con otro aspecto definitorio de nuestro contingente humano en el Nuevo Mundo, como es el de su extracción social y su condición profesional. Pero es igualmente cierto, sin embargo, que los datos disponibles permiten algunas precisiones en alguna medida significativas, al respecto.

La acción de España en Indias fue, como es sabido, una obra —estatal y popular, a la vez— realizada por un conjunto de actores humanos, tipológicamente caracterizados, que componen una rica galería de protagonistas históricos: el marinero, el descubridor, el conquistador, el funcionario real, el mercader, el aventurero, el colono, el soldado, el misionero... Cada uno con su psicología propia, sus afanes, sus proyectos personales y sus ilusiones, sus grandezas y sus miserias humanas, cuyas actuaciones —privadas o públicas— son las que confieren a la historia de aquella América española, lo que tuvo de esforzada empresa admirable y lo que pueda mostrar de reprobatorio. Todos ellos con la común característica de la apasionada entrega que suele poner el español en la realización de su proyecto vital, sea persiguiendo meros intereses privados y de promoción personal, sea movido por ideales trascendentes.

En relación con la citada clasificación tipológica de los actores de la gesta americana, los nacidos en Baleares probablemente proporcionaron representantes en cada uno de los grupos de aquella galería humana —como tendremos ocasión de comprobar en la estructuración

profesional que ensayaremos después– aunque, como se ha dicho, no de todos ellos tengamos conocimiento de sus nombres y avatares vitales.

Y si fuera legítimo en tales condiciones hacer, sin embargo, una valoración global de los datos disponibles, se diría que el historiador tendría que resaltar, de entrada y como impresión general, en primer lugar, que las vidas y actuaciones de aquellos de nuestros paisanos que en América dejaron rastro histórico, pueden enorgullecer, objetiva y justamente, su tierra nativa, como lo demuestra que han conquistado un merecido y honroso lugar en la historia americana. En segundo término, que sus protagonismos no se inscriben cronológicamente, pese a excepciones, como de primera hora –por las razones expuestas en otro capítulo– sino que parecen percibirse especialmente a partir del siglo XVII y se acentúan en el siglo XVIII, momento en que ocupan un auténtico lugar estelar dentro de la mejor acción de España en Indias. En tercer término, que, en el conjunto de los baleáricos históricamente destacados, predomina el tipo del religioso y del misionero, lo que arguye una aportación de nuestras islas prevalecientemente de naturaleza espiritual y civilizadora, muy acorde, por otro lado, con el carácter de los sedimentos culturales que la civilización humanística y clásica de los pueblos mediterráneos fueron depositando en el archipiélago a lo largo de los milenios.

Geografía americana de la presencia balear

Para los tres siglos largos de dominación española en América –período ahora contemplado y, por tanto, antes de las emigraciones de baleáricos en los siglos XIX y XX, a las que nos referiremos posteriormente– tampoco puede trazarse, hoy por hoy, ningún panorama preciso de cartografía americana de la presencia balear, sobre todo si quisiera realizarse con pretensiones cuantitativas de distribución espacial del contingente.

Pero pueden arriesgarse legítimamente unas apreciaciones generales, avaladas, en principio, por cierta lógica histórica y por algunos datos empíricos disponibles. Así, podríamos aludir a la que parece prevaleciente tendencia, la continentalidad del establecimiento de los

insulares baleáricos y, dentro de ella, a las concretas áreas continentales que parecen haber sido preferencia de nuestros antepasados.

En cuanto a las áreas continentales de actuación preferente, aparecen desde un primer momento la Nueva España y California (como una premonición del que sería trascendente y gran teatro de actuación balear en la época ilustrada) [9], la Amazonia, Venezuela, Argentina, Paraguay, aunque no están ausentes en tal geografía balear en América, las áreas isleñas, las Antillas, especialmente Cuba y Puerto Rico y Filipinas.

Si se reafirmara de manera indudable esta apuntada tendencia continentalista ¿podría considerarse, tal vez, una reacción psicológica, instintiva y compensatoria, de las gentes insulares a evitar «los costos» (no sólo materiales, claro está) de la insularidad, que nativamente tienen tan experimentados? Si fuera cierto que, a pesar de algunas referencias acerca, por ejemplo, de la presencia balear en Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico [10], las Filipinas, etc., el grueso del establecimiento resultaba situarse, en efecto, en el continente, ¿sería acaso por el miedo generalizado a los frecuentes ataques piráticos, como indica Boyd-Bowman al registrar el descenso paulatino de los porcentajes del establecimiento en las Antillas?, o ¿podría suponerse que nuestros antepasados hubieran actuado como si, para vida isleña, les bastara la experiencia que tenían de las respectivas islas nativas? Quede ahí formulada una hipótesis cuya comprobación, de realizarse, no carecería de reveladoras indicaciones psicológicas.

[9] Para que lo dicho en el texto pueda situarse en un marco general de referencia, señalemos que los cálculos de distribución espacial de emigrantes realizados para el siglo XVI arrojan un establecimiento de europeos del 36 % en el Perú, 33 % en México, 9 % en Nueva Granada, 8 % en Centroamérica, 5 % en Cuba y 4 % en Chile, bien entendido que, a partir del siglo XVII, parece que Nueva España sustituyó al Perú «como primer foco de atracción de inmigrantes», Céspedes del Castillo, *op. cit.*, p. 182, lo que concuerda con la importancia que México y luego las Californias, Alta y Baja, revelan tener en la actuación de los baleáricos en América.

[10] Fray Junípero Serra, en carta fechada en Veracruz el 14 de diciembre de 1749, se refiere al grupo de mallorquines que habían encontrado en Puerto Rico. *Vid. Writings of Junípero Serra*, t. I, p. 14.

III

GALERÍA DE BALEÁRICOS EN AMÉRICA

Entrando ya en especificaciones nominales, y por lo que hace a los primeros tiempos de la acción española en Indias, son escasos los nombres de procedencia balear —por las razones apuntadas en la introducción— que pueden aportarse para el siglo XVI (algún mallorquín figuró entre las tripulaciones colombinas de primera hora; un mallorquín citaremos después con referencia a la expedición descubridora magallánica..., pero sin que tales casos constituyan contingente apreciable y sin que de los protagonistas podamos seguir sus biografías completas).

La galería de baleáricos en el Nuevo Mundo empieza a poderse constituir realmente a partir de los siglos XVII y XVIII, en que menudean ya de hecho los insulares baleáricos de resonantes actuaciones en América y Filipinas. Y aunque, como se ha apuntado antes, van a ser religiosos y misioneros las figuras más reiteradas y relevantes de esa galería baleárica de protagonistas —hasta el punto que ello impone reservarles toda una parte de la presente obra— disponemos de suficientes referencias de orden socio-profesional como para hacer tal galería tipológicamente variada y significativa. De ahí que vayamos a agruparles en apartados diferenciados, expresivos de la interna variedad humana, del protagonismo de nuestros antepasados baleáricos, y de sus condiciones y actividades profesionales en tierras transoceánicas.

Marinos, pilotos, navegantes y pobladores

La citada nómina tipológica de baleáricos en el Nuevo Mundo —destinada a registrar aquellas presencias individualizadas y conocidas que han dejado rastro en la historia ultramarina— va a comenzar, por razones lógicas, relacionando a marinos, pilotos y navegantes de oficio, surcadores de los mares de las tierras indianas, figuras que resultan, a veces y simultáneamente, también exploradores y colonos. Pero no podrá dejarse de incluir también en la relación los casos resonantes de pobladores colectivos, difícilmente representables en un nombre individualizado, porque su importancia está precisamente en su condición de «colonos agrupados», de conjuntos familiares de baleáricos que se asientan en un lugar concreto, como el caso resonante de los «menorquines en Florida».

Relación que, en cualquier caso, y a efectos de una mayor ordenación del relato, no podrá dejarse de ofrecer en el orden cronológico en que aparecieron en la escena ultramarina.

Marineros mallorquines en el Descubrimiento: compañeros de Colón y actores en otros viajes iniciales

Por las razones geohistóricas y coyunturales expuestas en la parte introductoria de la presente obra, se ha justificado el peculiar rasgo de la relación tardía de las gentes baleáricas con América que, de hecho, no empieza sino desde fines del siglo XVI en adelante. Pero ello no quiere decir que no existan algunos datos relativos a marineros o colonos conectados con América en fechas anteriores; de los cuales, —además de poderse contar con los dedos de las manos— no disponemos de detalles biográficos para seguirlos en su trayectoria vital y situarlos, por tanto, en nuestra galería.

Dicho lo cual, es lógico que comencemos por referirnos a los mallorquines enrolados en naves colombinas o de viajes iniciales. Al respecto, hay noticia segura de algún marinero isleño embarcado en las carabelas de los primeros viajes; por otra parte, los últimos defensores de la hipótesis de la mallorquinidad del almirante —la formulada en 1990 y a la que aludimos en su lugar pertinente— se han complacido en atribuir naturaleza balear a un buen número de ellos, porque nada

más lógico —dicen— que el Colón mallorquín enrolara a coterráneos suyos al emprender su gesta descubridora. Bien es cierto, que las precisiones históricas de Miss Alicia B. Gould —que dedicó buena parte de su vida investigadora, entre 1920 y 1944, a documentar las tripulaciones colombinas [1]— son menos exuberantes, pero también es cierto que alguna referencia hay que hacer a la aparición de esta nutrida tripulación balear supuestamente embarcada en los primeros viajes descubridores.

Si del primer viaje descubridor nada se puede aportar en tal sentido, no así ocurre en cuanto al segundo viaje colombino, en el que abundan ya nombres catalanes, desde el propio fray Bernardo Boyl —de la Orden de los Mínimos de San Francisco de Paula, revestido con la condición de vicario apostólico de Indias, obtenida para él por Fernando *el Católico*, y que contaría luego su viaje al canónigo mallorquín Arnau Descós— pasando por los Ballester, Margarit, etc. Y entre ellos, históricamente documentado, está el mallorquín «Nicolás Estéfano» —con nombre así italianizado— tonelero (la grafía correcta sería, pues, «Nicolau Esteve»), embarcado en la carabela *Sant Juan* componente de la expedición del Descubridor [2].

Acontece, que ahora se presentan como igualmente mallorquines —incluso como tripulantes también del segundo viaje— una serie de otros marineros, de apellido catalán, incluidos en los roles de las primeras tripulaciones, o relacionados con el entorno del Almirante. Por ejemplo, Bartolomé Bives (citado en el rol —autógrafo de Colón— del primer viaje, conservado en el Archivo de la Casa de Alba) del que se dice «es muy posible que este 'Bartolomé Bives' fuese mallorquín...» [3]; de Juan de Bardí —que consta recibe copias de las cartas del Almirante y se le puede relacionar con Francisco de Bardi, luego cuñado de Colón [4], se afirma «creemos que puede ser mallorquín», supuesto basado en documentos isleños en los cuales se citan a diversos «Bardí»,

[1] Miss A. B. Gould, en el *Bol. Real Ac. de la Historia*, 76, 85, 86, 87, 88, 90, 92, 110, 115.

[2] AGS, *Patronato*, 8, ramo 11, Informe de Diego Peñalosa, 12 de junio de 1494, *Vid.* J. Gil y C. Varela, eds., *Cartas de particulares a Colón y Relaciones coetáneas*, Madrid, Alianza, 1984, p. 216; J. E. Amengual, *El Descubridor del Nuevo Mundo*, Palma, Eureka, 1990, p. 172.

[3] J. E. Amengual, *op. cit.*, p. 172.

[4] *Vid.* Gil-Varela, *op. cit.*, 1984, pp. 112 y ss.

como «alias» aplicado en Sóller a la familia Alcover [5]; la misma mallorquinidad [6] se atribuye a Miguel Ballester —hombre de confianza de Colón, albacea de su hijo Diego, también alcaide de la Concepción, citado por Las Casas [7] y por Hernando Colón [8], aunque éstos siempre le hacen «catalán, natural de Tarragona... muy venerable persona». Y mallorquín se hace igualmente al famoso Francisco Roldán [9], el criado de Colón llegado a La Española en el segundo viaje del descubridor, a quien éste hizo alcalde mayor de La Isabela, luego rebelado contra él a raíz de la autoridad con que el Almirante había investido, mientras durara su ausencia, a su hermano Bartolomé; la grafía mallorquina correcta sería la de «Francesc Rotlán», apellido abundante en Sóller, porque así aparece en registros parroquiales y otros documentos insulares, que relacionan diversos «Rotlán» como alcaldes de la villa [10]; otros «Roldán» figuran en los roles de los viajes del almirante —como Diego Roldán que consta embarcado en la carabela capitana del cuarto viaje [11]— los cuales se pretende, también, sin suficiente fundamento, presentarles como mallorquines [12]. La misma y conjetural atribución de naturaleza mallorquina reciben Juanoto Berardi, —el apoderado y financiero de Colón en el viaje descubridor [13] a pesar de que consta ser florentín— y cuyo nombre se trascribe como «Joanot Berard», dado que así se llaman los Berards mallorquines [14], etcétera.

Quizás párrafo aparte requiere la pretendida atribución de mallorquinidad del navegante Juan Caboto (Joan Cabot), a pesar de que en diversas fuentes se le cita como «otro genovés como Colón» y que genovés lo hace en 1496 el embajador español en Londres, Ruy González de Puebla [15]. Sabemos que había conseguido la ciudadanía venecia-

[5] Amengual, *op. cit.*, 1990, p. 173.
[6] Amengual, *op. cit.*, 1990, pp. 176-178.
[7] B. de las Casas, capítulos CX, CXLIX, CLII.
[8] H. Colón, *Historia del Almirante*, capítulo LXXIXX.
[9] Amengual, *op. cit.*, pp. 178 y ss.
[10] Amengual, *op. cit.*, p. 193.
[11] *Relaçion de la gente e navios que llevó a descubrir el Almirante don Cristóval Colón*, en Gil-Varela, *op. cit.*, 1984, p. 308.
[12] Amengual, *op. cit.*, 1990, p. 187.
[13] Gil-Varela, *op. cit.*, «Memorial a la Reina de Juanoto Berardi», p. 226.
[14] Amengual, *op. cit.*, pp. 184-85.
[15] AGS, *Estado*, Capitulaciones con Inglaterra, leg. 20, fol. 16.

na en 1476 y se supuso que, antes de 1490, se había establecido en Bristol y avecindado en Inglaterra. Pero el mejor conocedor de Caboto, el profesor Manuel Ballesteros Gaibrois [16] hace años ya demostró documentalmente [17] que Juan Caboto Montecalunya en 1492-93 (y quizás antes), estaba en Valencia proponiendo la construcción del puerto y en proceso de negociaciones con Fernando *el Católico*. Es cierto, sin embargo, que al servicio del rey inglés, Enrique VII, había emprendido viaje en 1497 desde Bristol hacia las costas de Norteamérica en una expedición en que le acompañaban sus hijos Luis, Sebastián y Sancho, y exploró entonces el litoral del Labrador, Nueva Inglaterra y Groenlandia [18]. Ya Carreras Valls [19], supuso catalán a Caboto y ahora Amengual lo hace mallorquín, igualmente sobre meras conjeturas [20].

Junto a marineros y navegantes, algún que otro balear cabe citar entre los colonos trasladados a América, según las relaciones de pasajeros a América, conservadas en el Archivo de Indias de Sevilla, publicadas en los *Catálogos de pasajeros a Indias* o recopilados por los estudios especializados al respecto [21]. Bien entendido que a veces se acompañan los nombres del pasajero con la indicación de «vecino de Mallorca» que, lógicamente, no asegura una naturaleza mallorquina. Con tales salvedades, digamos que como vecinos de Ciutat de Mallorca se nombra a un Bartomeu (en 1515), como «natural de Mallorca», un Gabriel Joan (en 1528), como vecino de Mallorca, un Juan Ferrer

[16] M. Ballesteros Gaibrois, acaba de poner al día la figura del navegante y descubridor en su *Juan Caboto y el descubrimiento de América del Norte,* en la *Nuova Raccolta Colombiana,* Roma, 1991.

[17] M. Ballesteros Gaibrois, «Juan Caboto en España», *Revista de Indias,* 1943.

[18] *Vid.* J. Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento. 1. Colón y su tiempo,* Madrid, Alianza Universidad, 1989, pp. 133-135.

[19] Carreras Valls, *La descoberta d'Amèrica. Ferrer, Cabot i Colom,* Reus, 1928; *Catalunya descobridora d'América. La predescoberta i els catalans Joan Cabot i Cristòfol Colom,* Barcelona, 1929; *El Catlà Xpo. Ferens Colom de Terra Rubra, descobridor d'América,* Barcelona, 1930

[20] Amengual, *op. cit.,* pp. 189-92.

[21] *Vid.* los *Catálogo de Pasajeros a Indias* (*cits.*); J. L. Martínez, *Pasajeros de Indias,* Madrid, Alianza Universidad, 1983; «El flujo migratorio», pp. 155 y ss.; y sobre todo, los colosales trabajos de P. Boyd-Bowman, *Índice geobiográfico de 40.000 pobladores españoles en América en el siglo XVI,* t. I, 1493-1519, Bogotá, Inst. Caro y Cuervo, 1964; t. II, 1520-1539, México, Ed. Jus, 1968; t. III, 1520-1559; t. IV, 1560-1579; t. V, 1580-1600, publicado por F.C.E.

(1534), como natural de la isla Francisco Riera (en 1535), Miquel Binimelis (en 1536), Benito Esteban (en 1580), Nicolau Jerónimo (1593)... Y de ellos no sabemos ya más.

Juan Rodríguez de Huelva

En otra cronología, aunque también moviéndonos en terreno conjetural, puede citarse a Juan Rodríguez de Huelva, nombre con que el propio personaje se hacía llamar y que, aunque parezca contradecir su procedencia balear, se ha supuesto mallorquín de nacimiento [22].

Fue piloto en la expedición de Fernando de Magallanes, el portugués al servicio de la monarquía católica. Iría, pues, en una de las cinco naves que, salidas de Sevilla en 1519, constituian la expedición —narrada por Antonio Pigafetta [23]— que daría la primera vuelta al mundo descubriendo y cruzando, como es sabido, el estrecho que lleva el nombre del marino, atravesaría el Pacífico descubriendo las Marianas y las Filipinas. Expedición que al morir Magallanes en aquellas islas, sería concluida en 1522 por Juan Sebastián Elcano [24].

Esteve Carbonell

Algo más detalladas son las noticias sobre Esteban Carbonell, mallorquín [25], vinculado al servicio, en Ciutat de Mallorca, de Pedro de Santa Cilla Pax. En América lo encontramos como piloto a las órdenes del virrey de Nueva España, marqués de Cerralbo, al que envía,

[22] Así lo supone, por ejemplo, B. Font Obrador en *Fra Juníper Serra. Les Balears i el Nou Mon, op. cit.,* Palma, Sa Nostra, 1989, p. 15.

[23] *Relación del Primer Viaje alrededor del Mundo por Antonio Pigafetta,* Edic., estudio preliminar y notas de B. Escandell, en *Bibliotheca Indiaca. América en los grandes viajes,* Madrid, Aguilar, t. I, pp. 15-71; nueva edic. por L. Cabrero, Madrid 1989.

[24] F. Morales Padrón, *Balboa y Magallanes-Elcano,* Madrid, 1956.

[25] En algunos estudios americanos se cita su apellido como Carbonelli sugiriendo implícitamente su origen italiano, pero las propias afirmaciones de Carbonell en cartas escritas desde México a Palma de Mallorca, dejan fuera de toda duda «la casa donde nascí» en «el puche de Sant Pedro». *Vid.* J. M. Bover, *Biblioteca de Escritores Baleares,* Palma de Mallorca, 1868, t. I, p. 159.

entre otros informes, una relación (fechada el 30 de septiembre de 1632) de su propio viaje de descubrimiento en el golfo de California —como una premonición de futuras presencias baleáricas por aquellas tierras, cuya condición peninsular, entonces, todavía se desconocía— descubrimiento cumplido conjuntamente con el capitán Francisco de Ortega [26]. También se conoce un *Memorial* de Carbonell enviado al virrey de Nueva España, marqués de Cadereyta, solicitando autorización para poblar «el puerto de San Bernabé, en el cabo de San Lucas de la California [27]», lo que reafirma sus actividades no solo náuticas y de descubrimiento, sino también de población.

Font Obrador ha divulgado frases de la carta de Carbonell, escrita a su antiguo señor balear, en la que nuestro personaje muestra su nostalgia y deseo de regresar a la isla y ver «la casa on vaig neixèr i contemplar, a la parróquia de Santa Creu, la pica on em batiaren» [28].

Actividades exploratorias y pobladoras de un baleárico cuya vida, relaciones mallorquinas y cuya presencia americana ha hecho pensar si no se trataba de alguno de aquellos hombres implicados en las bandosidades de Canamunts y Canavalls, lo que ilustraría una de las motivaciones del emigrante baleárico en Indias [29].

Los colonizadores menorquines de la Florida

Dentro de esta galería de figuras insulares abrimos un apartado especialísimo para registrar un importante fenómeno de actuación colonial baleárico, pero con «protagonista colectivo»: la colonización de Florida por familias menorquinas.

[26] Según recoge el benemérito Bover en el lugar mencionado en la nota anterior, tomándolo del canónigo Corominas que vio los escritos de Carbonell. *Vid.* recogidas estas citas en Eligio M. Coronado, *Descripción e inventarios de las misiones de Baja California, 1773*, Palma, Institut d'Estudis Baleàrics, 1989, «Presentación» de B. Font Obrador, página 9.

[27] Bover, *op. cit.*, I, 159.

[28] Se trata de la carta fechada en México el 22 de febrero de 1655, a la que alude Bover en el lugar antes citado, y recogida por Font Obrador, *op. cit.*, p. 26.

[29] Este hipotético supuesto es el que apunta J. Sureda i Blanes, en *Mallorquins d'ahir*, *cit.*, pp. 18-19.

La península de Florida («el Paraíso» que Ponce de León pensó haber descubierto oficialmente en 1513 persiguiendo la utopía de la «Fuente de la Eterna Juventud»; la península explorada en 1528 por Cabeza de Vaca, en 1539-43 por Hernando de Soto, y en 1559-61 por Tristán de Luna), tiene un singular destino en la historia hispanoamericana debido a su estratégica situación geográfica, a las tribus indígenas que la habitaban —como los belicosos «seminolas»— y a la vecindad de las factorías inglesas del norte, que gravitarán hostil y permanentemente sobre ella. La hacemos ahora foco concreto de nuestra atención, porque en ella se asentó colectivamente el grupo más numeroso de colonizadores baleáricos —menorquines— de cuantos conocemos en ultramar.

Una típica «periferia de tensión»

Las razones de su establecimiento y los avatares de la vida colonial menorquina en la Florida se explican en función de aquel indicado conjunto convergente de factores históricos y de las condiciones que todo ello proyecta en la zona, las cuales hacen aparecer la Península, en verdad, como lo que en Geopolítica ha sido designado como una «periferia de tensión».

Una primera y clara prueba de la complejidad de factores históricos de la zona la constituye el hecho de que, no sólo fueron difíciles y fracasadas las iniciales y repetidas tentativas españolas de conquistar el territorio —tanto que Felipe II en 1561 decidió abandonar su colonización—, sino también el tipo de hechos históricos que regularmente la afectaron: las correrías piráticas, la aparición en sus costas de colonias de hugonotes franceses (la fundada por Ribaut en 1562, y la debida a Laudonnière en 1564), consideradas éstas tan inconvenientes y peligrosas, que acabaron decidiendo al soberano español a enviar a Menéndez de Avilés para destruir aquellos asentamientos protestantes y asegurar la colonización española de la región.

La fundación de la ciudad de San Agustín en 1565 por Menéndez de Avilés —primera ciudad europea en territorio del actual Estados Unidos— representa la citada voluntad española de permanencia. San Agustín pasó a ser, desde entonces, el centro neurálgico de la acción colonizadora y misionera del territorio, pero también el vértice hacia

el que confluirá el indicado complejo de tensiones geohistóricas de la región [30].

Demostración inmediata de aquellas circunstancias típicas de una periferia de tensión fue que, sobre todo desde la segunda mitad del siglo XVI, sufriría intermitentes asaltos piráticos ingleses, como el de Drake en 1586 [31], asaltos continuados luego regularmente en las centurias siguientes, especialmente después del establecimiento de los británicos en Virginia y su fundación de Jamestown (1607), en la bahía de Cheasepeak [32].

La vecindad y la presión inglesas

En términos de nuestro estudio, la vecindad de los ingleses, y el progresivo avance meridional de su colonización —en concreto a partir de las primeras fundaciones británicas en Carolina del Norte (en 1653) y del Sur (1670) [33] —tienen decisiva importancia, porque en relación con las luchas que provocan —especialmente duras en el siglo XVIII, en tiempos del gobernador de San Agustín, don Manuel Montiano [34]— y

[30] Veáse, en este sentido, G. de Zendequi, *Terra Florida,* Miami, Continental, s. a., 221 pp.

[31] Éste fue el primer gran asalto pirático inglés de San Agustín. Francis Drake con 20 buques y una dotación de 2.000 hombres asaltó la ciudad, defendida por Pedro Menéndez de Avilés con una guarnición de sólo 150 hombres y, en consecuencia, no pudo evitarse el incendio de San Agustín y del fuerte.

[32] Puede citarse por su gravedad, el ataque del pirata inglés Robert Searles (alias «Davis») en 1668 que entró a sangre y fuego en la ciudad, aislando al gobernador en el fuerte. Ello llevaría a la reina Regente, doña Mariana de Austria, a ordenar en 1669 la construcción de un sólido fortín (el castillo de San Carlos) que ofreciera mayor defensa y amparo más amplio a la población. Acertada decisión real —como se comprobó en sucesivos asaltos— que aún hoy se conmemora anualmente en el «Easter Week Festival». *Vid.* C. M. Fernández Shaw, *Presencia española en los Estados Unidos,* Madrid, ICI, 2.ª edic. 1987, pp. 232 y ss.

[33] Así en 1702 el gobernador de Carolina, Moore, condujo una operación de ataque contra S. Agustín que significó el asedio de la ciudad por espacio de dos meses, pero cuyo castillo resistió, demostrando el acierto de su construcción. *Vid.* A. Bethencourt Massieu, «Felipe V y la Florida», en *Anuario de Estudios Americanos,* 7, 1950.

[34] En los anales de la ciudad es especialmente recordado, en efecto, el ataque de 1740 por Oglethorpe, fundador en 1733 de la nueva colonia inglesa de Georgia, en tiempos del gobernador de San Agustín, don Manuel Montiano, 1737-1749. Dentro del con-

la progresiva ampliación de su territorio en la península, se explicará la acción colonizadora de menorquines en la Florida que ahora nos importa considerar, una vez trazado el pertinente contexto histórico que la justifica.

En efecto, cuando en el siglo XVIII, por la serie de avatares de la política internacional, los ingleses poseían Menorca (y ello ocurrió en tres ocasiones: 1708-1756, 1763-82 y 1798-1802) puede asistirse al hecho de que Gran Bretaña promoviera el establecimiento de colonos, entre ellos precisamente los menorquines [35], porque, al ser los únicos españoles bajo soberanía del rey inglés, eran pobladores idóneos para aquella península hispano-americana. Y la ocasión propicia se presentó a partir de 1763 en que la diplomacia española cedió Florida a Gran Bretaña a cambio de la restitución de Cuba.

La colonia menorquina de New Smyrna

El poblamiento de menorquines en Florida tuvo lugar en 1768, durante la segunda ocupación británica de Menorca y ha suscitado una

flicto europeo de la Guerra de Sucesión austriaca (1740-48) —que, en las colonias, se dirimía en la llamada «guerra de la oreja de Jenkin»—, Oglethorpe sitia San Agustín y encuentra la dura resistencia de Montiano. En vista de esta repetida presión inglesa, Felipe V, a su vez, encarga al gobernador Montiano, en 1742, una expedición de castigo para destruir los establecimientos ingleses de Georgia y las Carolinas. Montiano, al mando de 30 buques y 1.300 hombres, zarpa de San Agustín (20 de junio de 1742), obliga a Oglethorpe a retirarse y ocupa el fuerte de San Simón. Una postarior serie encarnizada de combates (batalla que los ingleses llaman de «Bloody Marsh»), aconsejaron a Montiano levar anclas y abandonar la empresa. Lo que iba a suponer la definitiva posesión inglesa de Georgia y la apertura del camino inglés hacia la Florida. *Vid.* Zendequi, *op. cit.*, Miami, s. a.; del mismo autor «Cuando Florida era española» en *Américas,* X, 26, 1974, pp. 24-32.

[35] Es curioso reseñar que la colonización inglesa de la Florida, además de contar con las familias menorquinas como núcleo más numeroso de colonos, dispuso de otros grupos poblacionales, como un reducido número de griegos. Semejante circunstancia y desproporción numérica, no ha sido óbice para que en la bibliografía inglesa relativa a aquellos establecimientos, se suela denominar «los griegos» a todo el grupo de colonos. *Vid.* F. Hernández Sanz, «La colonia griega establecida en Mahón durante el siglo XVIII», en *Revista de Menorca,* XX (1925), pp. 327-408 y F. H. Marshall, «A Greek Community in Minorca», en *The Slavonic and East European Review,* XI (1932-33), pp. 100-107; E. P. Panagopoulos, «The Background of the Greek Settlers in the New Smyrna Colony», *Florida Historical Quarterly,* XXXV (1956), pp. 95-115.

bibliografía nada escasa [36]; promovido y dirigido por un atrabiliario personaje, Andrew Turnbull [37], la presencia menorquina era proporcionalmente tan importante que se ha podido decir, en verdad, que «el grupo de isleños más notable establecido en Norteamérica procedió de la isla de Menorca y tuvo por destino y asentamiento Florida» [38].

En efecto, alrededor de cuarenta familias menorquinas se trasladaron y fundaron, con otros grupos de emigrantes, la colonia llamada «New Smyrna». En ella los menorquines constituyeron la colonia de «les Mesquites» en la costa nororiental de la Florida. Ahora bien, el establecimiento estaba en paraje tan escasamente dotado de posibilidades económicas y, en cambio, tan sobrado de dificultades en razón de su insalubridad y de la vecindad de indios de guerra, que en 1777 —es decir, menos de diez años después de su llegada—, los supervivientes fueron conducidos en masa a San Agustín, aprovechando la ausencia de Turnbull en Inglaterra y la aquiescencia del gobernador inglés de la Florida, Patrick Tonyn.

[36] Desde tesis como la presentada en la Universidad de Florida (Gainsville, 1960) por K. H. Beeson Jr., *Fromajadas and Indigo; The Minorcan Colony in Florida,* o su estudio sobre lo mismo titulado «Janas in British East Florida», *Florida Historical Quarterly,* XLIV, 1965, pp. 121-132, pasando por T. G. Corbett, «Migration to a Spanish Imperial Frontier in the Seventeenth and Eigteenth Centuries: St. Agustine», *Hispanic American Historical Review,* LIV, 1974, pp. 414-30; Carita Doggett Corse, *Dr. Andrew Turnbull and the New Smyrna Colony of Florida,* St. Petersburg (2.ª edic.), 1967; W. H. Siebert, «The Departure of the Spaniardas and Other Groups from East Florida». *Florida Historical Quarterly,* XIX, 1940-41, pp. 145-154; hasta V. Seoane Pascuchi, «Presencia menorquina en el Estado de Florida, USA», *Revista de Menorca,* LXVI, 1975, pp. 145-277, y P. D. Rasico, «El parlar menorquí de Sant Agustí, Florida (USA)», *Rev. de Menorca* (1986), 513-52; del mismo, *Els Menorquins de la Florida; Història, llengua i cultura,* Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1987, Recensión de A. Murillo en *Rev. de Menorca* (1987), pp. 624-626.

[37] *Vid.* V. Seoane Pascuchi, «Presencia menorquina en el Estado de Florida», *Rev. de Menorca* (1966), pp. 162-73; Carita Doggett Corse, *Dr. Andrew Turnbull and the New Smyrna Colony,* St. Petersburg, 1967.

[38] C. M. Fernández Shaw, *Presencia española en los Estados Unidos,* Madrid, ICI, 2.ª edic. 1987, pp. 60 y 211 y ss. P. D. Rasico, en *op. cit.,* 1987, p. 9, aporta las palabras literales pronunciadas por el gobernador de la provincia inglesa de Florida Oriental, coronel James Grant, el 2 de julio de 1768: «Creo, milord, que ésta representa la inmigración más grande de habitantes blancos llegados hasta ahora a América». El mismo autor Rasico llega a dar una nómina de menorquines establecidos en Florida con nombres y apellidos: *Vid.* «Noticies històriques, llingüístiques i culturals dels menorquins floridencs», en *Randa,* 15, 1983, pp. 12-15.

Mosén Pere Camps

La figura descollante en aquel traslado en masa fue el sacerdote menorquín mosén Pere Camps Janer, natural de Mercadal [39]. En San Agustín, mosén Pere Camps ejerció su sagrado ministerio y llegaría a ser obispo auxiliar [40]. Aquel núcleo, que tantas penalidades había pasado en Nueva Esmirna, se afianzó en San Agustín, entre otras razones porque, con la «Paz de París»,

> con la vuelta de Florida a España en 1783, al final de la revolución, España estableció una política generosa para la administración de la tierra. Los menorquines fueron raudos en adquirir tierras que les fueron entregadas en proporción al numero de sus familias y la colonia menorquina se convirtió desde entonces en un núcleo de población con original y marcada presencia balear. Unos pocos familiares de los colonos pioneros se les fueron a unir entonces desde Menorca [41].

Y pese a que España, como es sabido, por el «Tratado de Adams-Onís» (1819) al final cedió definitivamente Florida a Estados Unidos, todavía hoy perduran con propia personalidad los descendientes de aquellos primitivos colonos de la isla balear.

Tan presente es el recuerdo de su origen y tan viva su personalidad, que en 1975 San Agustín —con asistencia de un nutrido grupo de expedicionarios llegados expresamente de Menorca—, conmemoró el arribo de los menorquines inaugurando un monumento al padre Camps «del que hizo donación Fernando Rubió Tudurí en nombre de los que contribuyeron a su erección» [42].

[39] F. Mati Camps, *Datos para una biografía del reverendo doctor Pedro Camps Janer, párroco de los menorquines emigrados a la Florida en 1768,* Ciutadella, 1975.

[40] *Vid.* Hernández Sanz, *Cultura i societat a Menorca, cit.,* 1987, p. 32.

[41] V. Sedane Pascuchi, «Presencia menorquina en el Estado de Florida, USA», *Revista de Menorca,* LXVI, 1975, p. 152.

[42] M. L. Canut-J. L. Amorós, *Anatomía de una Cultura. Cien años de la Revista de Menorca (1888-1988),* Inst. Menorquí d'Estudis, 1989, p. 280; Fernández Shaw, *op. cit.,* p. 60. Una fotografía del monumento a los menorquines del padre Camps en San Agustín de la Florida puede verse en la obra citada de Font Obrador publicada por «Sa Nostra», Palma, 1989, p. 27.

Monumento al padre Pere Camps en la Florida.

La pervivencia menorquina

Aunque no fue el establecimiento menorquín en la Florida el único núcleo de su asentamiento, (también hubo emigrantes de Menorca asentados como colonos en otros establecimientos ingleses de Norteamérica) [43], en cualquier caso, es en la Florida donde, aún en nuestros días, son todavía visibles los rasgos de la presencia balear en la vida y cultura de aquella área de los actuales Estados Unidos.

> «La colònia menorquina establerta a la Florida en el segle XVIII es distingueix no tan sols pel fet d'ésser la més antiga, la més nombrosa i la més permanent a Nord-América de gent procedent dels Països Catalans, sino també perque hi constitueix l'única comunitat d'aquesta mena que ha conservat fins a l'actualitat importants elements lingüistics i culturals de la seva herència catalana [44].

En efecto, a pesar de los avatares de la historia, los descendientes de aquellos colonos han conservado hasta nuestros días sus señas genuinas y la conciencia de su identidad originaria, que los estudiosos detectan en diversos aspectos [45].

En primer lugar, en la pervivencia de los propios linajes y apellidos menorquines. Victoriano Seoane Pascuchi, sobre un empadronamiento de la ciudad de San Agustín de 1945, encontraba unas 300 personas con los mismos apellidos de los colonos que acompañaron al padre Camps: 15 Andréu, 2 Arnau, 5 Benet, 5 Capella, 27 Capó, 2 Falany, 16 López, 5 Oliveros, 19 Pelliser, 30 Pomar, 6 Ponce, 17 Roger, 3 Sabaté, 7 Seguí, etc. [46].

La misma pervivencia se detecta en el lenguaje [47], un «català floridenc, conegut localment com a *Mohonese*», dice el filólogo Joan Coro-

[43] Fernández Shaw, *op. cit.*, p. 60; Zendequi, *Terra Florida, cit.*

[44] P. D. Rasico, *op. cit.*, 1987, p. 10.

[45] S. T. Williams, *La huella española en la literatura norteamericana,* Madrid, Gredos, 1957, 2 vols.

[46] V. Sedane Pascuchi, «Presencia menorquina en el Estado de Florida» en *Revista de Menorca,* LXVI (1975), pp. 151-52.

[47] L. Friedman, «Minorican Dialect Words in St. Agustine, Florida» *Publications of the American Dialect Society,* XIV (1950), pp. 81 y ss.; P. D. Rasico, «The Spanish Lexical Base of Old St. Agustine "Mahonese": A Missing Link in Florida Spanish», *Hispania,*

minas [48], cultivado en diversos círculos familiares y hasta objeto de grabaciones discográficas de canciones menorquinas. Perviven igualmente otras tradiciones, como algunas de las culinarias y del folklore [49].

Y, desde luego, pervive la conciencia de un origen balear. Prueba viva, en muchos aspectos, de esta pervivencia menorquina en Florida la encarna, en su persona, en su mentalidad y en su apellido —apenas alterado después de dos siglos— el escritor norteamericano Stephen Vincent Benet, descendiente del menorquín Esteban Benet. Al escribir su obra *Historia suscinta de Estados Unidos* [50], expresa y muestra una plena conciencia personal de su origen balear.

El piloto Juan Pérez

Sin duda uno de los pilotos y marinos baleáricos más relevantes y conocidos de la época virreinal española es el mallorquín Juan Pérez, estudiado por Francisco Barras y de Aragón [51].

Perfiles biográficos y profesionales

Nacido en la Ribera de Palma [52] (el barrio marinero que tiene su centro espiritual en la parroquia de Santa Creu, citada antes, cuya pila bautismal, como en otros casos citados, sería también la de su cristianización), se graduó como piloto y oficial de marina. Conquistó un

LXIX (1986), pp. 267-277; del mismo «El parlar menorquí de Sant Agustí, Florida (USA)», en *Revista de Menorca.*

[48] J. Corominas, *El que s'ha de saber de la llegua catalana,* Palma de Mallorca, 1982, pp. 51-52.

[49] P. D. Rasico, «Noticies històriques, lingüístiques i culturals dels menorquins floridencs» en *Randa,* XV (1983), pp. 9-50.

[50] S. V. Benet *Historia suscinta de Estados Unidos,* Madrid, Espasa, Colección Austral (n.° 1.250), 1965).

[51] F. Barras y de Aragón, *D. Juan Pérez y D. Esteban José Martínez, grandes marinos y etnógrafos. Cit.* por Font Obrador, en *Historia de Mallorca,* t. V, p. 526.

[52] «...paisano de la ribera de Palma» le llama fray Junípero Serra en la carta del 3 de julio de 1769, escrita al padre Palou, y así lo consigna también el propio padre Palou en su obra *Noticias de la Nueva California,* t. IV. *Vid.* también Font Obrador, *op. cit.,* p. 526.

gran prestigio profesional sirviendo en el llamado *galeón de Manila* [53], enlace regular durante siglos, como es sabido, entre los puertos de Acapulco y la capital Filipina [54].

Por su reconocida experiencia y profesionalidad en la navegación del océano Pacífico, forjada en los mares filipinos y chinos, sus servicios van a ser reclamados en el área californiana cuando ésta se convierte en zona neurálgica de la acción española en América. De ahí que el renombre histórico de Juan Pérez, entonces alférez de fragata, vaya ligado, de hecho, a su intervención en las últimas acciones expansivas y expediciones españolas, por las costas occidentales del continente septentrional americano [55] —algunas de ellas narradas por el mismo [56]— y relacionadas en gran parte con las actividades civilizadoras y misionales juniperianas en la Alta California [57].

Este decisivo papel en las acciones expansivas y en las empresas misionales franciscanas se debió a su condición de piloto del departamento de San Blas, uno de los arsenales o «apostaderos» —junto con los de Puerto Rico, Habana, Cartagena, Buenos Aires, Callao y Panamá—, que el reformismo borbónico había considerado necesario establecer, siguiendo una política de fomento naval y de defensa del Imperio, cuando éste se consideró amenazado por el expansionismo británico y las exploraciones y establecimientos de los rusos —denunciados por el conde de Lacy, embajador español en San Petersburgo—

[53] W. L. Schurz, *The Manila Galleon,* Nueva York, 1939.

[54] Sobre esta famosa ruta y sus consecuencias históricas y económicas, puede verse la monografía de P. Chaunu, *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques (XVI, XVII et XVIII siècles),* París, Sevpen, 1960, 302 pp.

[55] *Vid.* J. de Ybarra y Berge, *De California a Alaska. Historia de un descubrimiento,* Madrid, 1945; M. Hernández Sánchez-Barba, *La última expansión española en América,* Madrid, Inst. Est. Pol., 1957.

[56] En el Archivo General de Indias (*Estado,* ramo 11, leg. 20) está su «Continuación del diario que formó el alférez graduado de fragata don Juan Pérez, primer piloto del departamento de San Blas con la titulada "Santiago", alias la Nueva Galicia de su mando, que comprehende su salida de Monterrey a explorar la costa septentrional, y su regreso a este propio puerto en 26 de agosto de este año de 1774». *Vid. cit.* en Font Obrador, *Historia de Mallorca,* t. V, p. 528; M. Hernández Sánchez-Barba, *La última expansión española en América,* Madrid, IEP, 1957, pp. 298 y ss.

[57] Martínez Valverde, «Los buques de la expedición misionera de la Alta California», en *Revista General de Marina,* (CXXX, t. I, 1946, pp. 227-233); M. Hernández Sánchez-Barba, *La última expansión española en América,* Madrid, IEP 1957, «La expedición a San Diego y Monterrey», pp. 266 y ss.

en los litorales norteamericanos. San Blas se convirtió, por ello, en centro estratégico de los intereses españoles en aquella área septentrional del mar del Sur que hoy llamamos el Pacífico norte [58], y allí se concentraron valiosos dispositivos navales y humanos —entre ellos el piloto mallorquín Juan Pérez— para la acción española en las costas californianas y en la defensa de los litorales de aquel subcontinente septentrional.

La expedición de San Diego a Monterrey

En este contexto, cabe distinguir la labor de Juan Pérez en varias operaciones y momentos. En primer lugar, su decisivo papel en la llamada «expedición a San Diego y Monterrey» de 1769 —«the Sacred expedition» de los historiadores norteamericanos— o primera «expedición misionera» a la Alta California.

Fue dirigida por el visitador D. José de Gálvez [59] y, para llevarla a cabo, recabó la ayuda de las distintas misiones franciscanas y se puso de acuerdo con el presidente de las misiones: fray Junípero Serra, con lo que, una vez más se comprobaba el fundamental papel otorgado a la acción misional, como medio de consolidación de la población de nuevos territorios.

En el Museo Naval de Madrid existe manuscrito el *Diario histórico* de aquella expedición [60] por el cual, y por otras fuentes de primerísima

[58] *Vid.* «Noticia sobre la fundación del puerto de San Blas y otros asuntos. 1768», en *Bol. Archiv. Gral. de la Nación,* XI, n.° 1 (1940); M. Gutiérrez Camarena, *San Blas y las Californias. Estudio histórico del puerto,* México, 1956. En la obra *La última expansión española en América,* (Madrid, IEP, 1957), M. Hernández y Sánchez-Barba escribió que «la realidad del peligro ruso hizo que se contase el puerto de San Blas como base de partida de todas las exploraciones realizadas posteriormente en la costa del Pacífico», p. 292.

[59] Sobre Gálvez —llegado como visitador a México el 25 de agosto de 1765— su linaje, personalidad y relevante obra americana, *vid.* M. Hernández Sánchez-Barba, *La última expansión española en América,* Madrid, IEP, 1957, pp. 188 y ss. *Vid.* también al capítulo III, «Organización de la Baja California», pp. 213 y ss., «Las empresas expansivas» cap. V, pp. 261 y ss. y, sobre todo, capítulo VI, «La expansión naval en el Pacífico», pp. 285 y ss., donde se reseña el peligro ruso y el peligro inglés en aquellos litorales.

[60] Museo Naval (Madrid), Mss. «California: Historia y Viajes», *Diario histórico de los viajes de Mar y tierra hechos al N. de California de orden del Excmo. Sr. Marqués de Croix*

mano [61], conocemos detalladamente sus incidencias logísticas y el papel asumido en ellas por nuestro piloto Juan Pérez, protagonista principal ahora de nuestro relato. La operación se había planificado con marcha por tierra de la tropa —al mando del catalán don Gaspar de Portolá, gobernador de California [62]—, los destacamentos misioneros, y el apoyo por mar de dos paquebotes —el *San Carlos*, capitaneado por don Vicente Vila, y el *San Antonio*, llamado también el *Príncipe*, al mando de Juan Pérez—. Estos dos buques solían hacer la travesía entre Sonora y San Blas, y se encargarían de trasportar el material más pesado de la expedición, con objeto de ahorrar infinitas dificultades y penalidades a los expedicionarios por tierra que debían recorrer 280 leguas atravesando territorio desconocido y hostil.

> Componíase la tropa para la expedición terrestre de cuarenta hombres, con treinta indios voluntarios, armados de arco y flechas (...); el capitán del presidio de Loreto, don Fernando Javier de Ribera y Moncada... habría de ir mandando un primer grupo en vanguardia con misión de exploración, con veinticinco hombres de su tropa y algunos indios, llevando el ganado vacuno; el segundo grupo, al mando de Portolá, le seguiría con el resto de las gentes y provisiones. La salida se realizó... el 29 de marzo de 1769, tras haber fundado, a

y por dirección del Ilmo. Sr. D. José de Gálvez, ejecutados por la tropa destinada a dicho efecto al mando de Don Gaspar de Portolá, Capitán de Dragones del Regto. de España y Gobernador de dicha Península y por los paquebotes el S. Carlos y el S. Antonio del mando de Don Vicente Vila, Piloto de Número de primera de la Real Armada y de Don Juan Pérez de la navegación de Filipinas, t. I, doc. 3, y también t. II, doc. 13.

[61] Comenzando por los diversos «Diarios» de la expedición por tierra de 1769, entre ellos el del propio fray Junípero (cuyas dos copias coetáneas y conocidas se encuentran respectivamente en la Newberry Library de Chicago y en la Biblioteca Pública de Nueva York, y cuyo original del Archivo General de la Nación de México, Sección Colegio de S. Fernando, fue publicado en los *Writings of Junípero Serra,* editados por el P. A. Tibesar, Washington, 4 vols. 1955-1966, t. I, 1955) junto con los debidos al padre Crespí y a Gaspar de Portolà. *Vid.* también Fr. F. Palou, *Relación histórica de la vida y apostólica tarea del V.P. Fr. Junípero Serra,* México, 1787, edic., de Madrid, Aguilar, pról. de Lorenzo Riber, 1944; del mismo, *Noticias de la Nueva California,* con edics. en México, 1857, San Francisco, 1874. Para narrar aquellas expediciones utilizan datos archivísticos, Martínez Valverde, «Los buques de la expedición misionera de la Alta California», en *Rev. Gral. de Marina, cit.*; M. Hernández Sánchez-Barba, *La última expansión española en América, cit.,* «La expedición a San Diego y Monterrey», pp. 266 y ss.

[62] A. Cano-N. Escandell-E. Mampel, *Gaspar de Portolá. Crónicas del descubrimiento de la Alta California,* 1769, Barcelona, Universidad, 1984.

> veinte leguas de Santa María, la Misión de San Fernando de Vellicatá. La segunda parte de la expedición, al mando del gobernador don Gaspar de Portolá, salió también de D. Fernando de Vellicatá el 15 de mayo, llevando en su compañía al presidente de las misiones en California fray Junípero Serra [63].

Lo destacable ahora para nosotros es la brillante operación que, a bordo de su paquebote *San Antonio*, llevó a cabo nuestro piloto mallorquín.

> El *San Antonio* fue el primero que llegó a San Diego, a pesar de haber salido después que el *San Carlos* y esto no solo era debido a buena suerte, sino al conocimiento que tenía de mareas y vientos el osado marino mallorquín, que tantas veces recorriera el Pacífico de un extremo a otro» [64].

El propio fray Junípero Serra, como si quisiera expresar el orgullo que la pericia de su paisano le producía, consignó el hecho con estas palabras, escritas el 3 de julio de 1769 al padre Palou:

> El *San Antonio*, alias el *Príncipe*, cuyo capitán es don Juan Pérez, paisano de la Ribera de Palma, aunque salió un mes y medio después, llegó acá veinte días antes que el otro» [65].

Su pericia náutica, sus eficacias organizativas y sus valiosas iniciativas personales habíanse de reafirmar en las subsiguientes operaciones, como la que, desde San Diego, se proponía seguir la marcha hacia Monterrey. El profesor Mario Hernández, que encontró el diario de aquella difícil marcha [66], pondera la decisiva influencia de nuestro héroe al decir que, habiendo sabido Juan Pérez que la expedición de Por-

[63] Así comienza el relato de la expedición, basado en los manuscritos del Museo Naval de Madrid, M. Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, Madrid, 1957, p. 267.

[64] Martínez Valverde, art. cit. en *Rev. Gral. de Marina*, CXXX, 1 (1946), páginas 227 y ss.

[65] Fray Junípero Serra, en *Writings, cit.*, t. I, 1955.

[66] Museo Naval, *Mss. Virreinato de Méjico*, t. I, doc. 28, con un extracto en Bibl. Nal. de Madrid, ms. 19.266, fols. 242 v 245 v. *Vid.* Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, p. 283, nota 20.

tolá hacia el norte había tenido que «regresar sin víveres hacia el sur», «decidió volver a San Diego don Juan Pérez para auxiliarles y emprender la vuelta a Monterrey» llevando refuerzos y vituallas. «El padre fray Junípero Serra y el ingeniero Constanzó se embarcaron en el *San Antonio*, que el 31 de abril echaba anclas en el futuro puerto de Monterrey». Con ello fue posible establecer el presidio y la Misión de San Carlos de Monterrey (30 de junio de 1770) por lo que nuestro autor puede concluir: «El auxilio del paquebote *San Antonio* había sido definitivo...» [67]

Juan Pérez en la exploración de Alaska

Pero en los anales de la última expansión española en América, que tuvo por escenario los litorales del Pacífico septentrional norteamericano, el nombre de nuestro gran marino balear todavía había de ocupar un lugar destacado en las acciones navales llevadas a cabo por España para contrarrestar los crecientes establecimientos rusos [68] —estimulados por el pingüe comercio de pieles— y el expansionismo británico, problemas ambos de primer orden en la política internacional de la segunda mitad del siglo XVIII.

Si por la operación anterior Juan Pérez es reconocido hoy como el descubridor por mar, de los puertos de San Diego y Monterrey, en las operaciones de mediados de los años 70 —que constituían la estrategia española frente al indicado problema internacional creado por rusos e ingleses en aquellos litorales—, Juan Pérez va a representar la extensión de la presencia española hasta Nutka y Vancouver, y asumirá una participación personal en la exploración de Alaska.

Dos fueron las expediciones en que tomó parte: la de 1774, cuya responsabilidad asumió personalmente Juan Pérez por orden del virrey de Nueva España, don Antonio María de Bucareli y Ursúa, y la de 1775 mandada por el teniente de navío don Bruno de Heceta, en que Juan Pérez iba de copiloto en la nave capitana de la expedición.

[67] Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, p. 271.

[68] Véanse las cartas del plenipotenciario español en San Petersburgo, conde de Lacy, que los denunciaba: Museo Naval, *Mss. Pacífico-América*, t. II, doc. 9.

Los detalles de la primera expedición los describió el mismo Juan Pérez en el correspondiente diario, conservado en el Archivo General de Indias de Sevilla y en la sección de manuscritos del Museo Naval de Madrid [69], y sus datos están corroborados por los relatos que hicieron también el mallorquín padre Juan Crespí y fray Tomás de la Peña, capellanes de la expedición. Sabemos que el virrey Bucareli había escogido precisamente a Juan Pérez en cuanto «único marino que podía llevar a buen término la empresa por su conocimiento práctico del océano» [70].

Pilotando la fragata *Santiago* de 225 toneladas, emprendía viaje desde el puerto de San Blas el 25 de enero de 1774, habiendo recibido instrucciones escritas del virrey, que tienen la importancia de haber servido de pauta desde entonces para las subsiguientes exploraciones del Pacífico [71].

En las instrucciones se prescribía costear hacia el norte, llegando, en su caso, al grado 60, desde el que descendería hasta Monterrey; exploraría la costa, sin realizar establecimiento ninguno, por ventajoso que pareciere, pero anotando cuidadosamente todos los posible lugares de fundación y tomando de ellos posesión en nombre del rey mediante una cruz grande, en cuya base de piedras depositaría una botella conteniendo la escritura de posesión; si descubriese establecimiento de extranjeros «habría de tomar mayor altura y bajar a tierra y tomar formalmente posesión sin mantener trato con ellos», aunque levantaría planos y panorámicas de todo; debería siempre «atraerse a los indios», obtener informes precisos sobre costumbres, religión, productos naturales, etc., y recoger información sobre si habían visto hombres como ellos y, en este caso, si les habían ofrecido volver [72].

[69] A.G.I., *Estado,* ramo 11, leg. 20: *Diario que formó el alférez graduado de fragata don Juan Pérez, primer piloto del Departamento de San Blas, con la titulada "Santiago", alias la "Nueva Galicia" de su mando, que comprehende su salida de Monterrey a explorar la costa septentrional, y su regreso a este propio puerto en 26 de agosto de este año de 1774,* 97 fs. La otra relación del Museo Naval de Madrid, *Mss. Costa N.O. de América,* «Diario de Juan Pérez, comandante de la fragata "Santiago"», tomo I, fols. 27 y ss.

[70] M. Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.,* p. 298.

[71] Museo Naval, *Mss. Costa N.O. de América,* t. I, fs. 22 r. 26 v.: «Instrucción que el Exmo. Sr. Virrey Fray Antonio María de Bucareli y Ursúa dio a los comandantes de los buques de exploraciones», México, 24 de dic. 1772. *Cit.* en Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.,* pp. 308-309, nota, 30.

[72] M. Hernández Sánchez-Barba, *op. cit.*, p. 299.

El final

Conocemos el final de nuestro protagonista balear gracias a los datos trasmitidos por el padre Palou [73]:

> Enfermo el primer piloto don Juan Pérez y juzgando los cirujanos que le sería más conveniente para su salud el ir para San Blas, no lo dejaron y agravándosele el accidente murió el segundo día de salidos del puerto, a la vista de la Misión Carmelo...

Muerte sentida por todos, según nuestro informante. El cadáver recibió honras fúnebres por parte de los franciscanos en la Misión de San Carlos y a quién el rey honró también ascendiéndole a título póstumo, por decreto firmado en el Pardo el 28 de febrero de 1776, al empleo de teniente de fragata [74].

Militares, políticos y gobernantes

En el período de dominación española en América, ahora considerado, las Baleares pueden también alinear sus nativos en la galería de personalidades de la política y la gobernación indianas. Es decir, aportaron figuras relevantes a ese sector esencial de la administración y de la burocracia ultramarina que ejercía el poder en nombre del soberano. Figuras que bien pueden ser calificadas de relevantes por cuanto las hallamos situadas en las más altas cimas de las responsabilidades del gobierno y de la milicia; dos esferas decisivas —junto con la administración judicial y la hacendística— de la estructura burocrática americana.

En estas categorías tipológicas constituidas por «el político» y «el militar», «el gobernante» a que atiende ahora el presente apartado, las biografías de nuestros baleáricos en América sobrepasarán, en ocasiones, el tope de la emancipación y límite cronológico dentro del que nos hemos movido hasta ahora. La razón es lógica y sencilla: en tales

[73] P. F. Palou, *Noticias de la Nueva California,* México, 1857, t. IV.
[74] B. Font Obrador, en *Historia de Mallorca, cit.,* p. 529.

casos, el protagonismo de nuestros paisanos se ejerció en aquellos territorios del Imperio que continuaron siendo Españas ultramarinas hasta 1898.

El virrey Villalonga

Encabeza nuestra relación, por cronología y por relevancia administrativa, el militar y político balear, don Jorge Villalonga Burguet [75], que en el siglo XVIII alcanzó a ocupar uno de los virreinatos americanos. Se trata del virreinato de Nueva Granada, con capital en Bogotá y abarcando la parte septentrional del subcontinente meridional americano.

La realidad institucional y política del virreinato novogranadino

Como se especifica en otro lugar de esta obra, el virreinato era un oficio administrativo, propio de la Corona de Aragón, aparecido a fines del siglo XV como respuesta a la necesidad de ejercer el gobierno y la suprema representación del monarca en los diversos y separados dominios —Sicilia, Cerdeña, Nápoles...— componentes de la Corona en el Mediterráneo [76]. La probada eficacia de la institución para controlar una estructura de posesiones dispersas, aconsejó a la Corona de Castilla su adopción para administrar, en nombre del soberano, los alejados, diversos e inmensos territorios americanos.

Aunque inicialmente se había conferido el título y dignidad virreinal a Cristóbal Colón, de hecho el virreinato no fué una jurisdicción gubernativa territorial indiana hasta que, en tiempos del emperador Carlos V, se organizan los dominios ultramarinos y se crea en 1535 uno en México —virreinato de Nueva España—, y luego otro en Lima (con efectividad desde 1551). Ambos virreinatos representaron demar-

[75] *Vid.* J. Llabress Bernal, en *Bol. Soc. Arq. Luliana*, tomo XXVIII, 1942-43, pp. 486-91 y tomo XXXIV, 1973, pp. 17-25.

[76] *Vid.* A. García Gallo, *Los orígenes españoles de las instituciones americanas*, Madrid, 1987.

caciones territoriales de inmensa extensión [77]. El de México comprendía «las provincias e islas de acá, en la parte Norte, desde el Nombre de Dios y Panamá, al septentrión» [78], con las cuatro Audiencias de México, La Española, Guatemala y Nueva Galicia, es decir, abarcaba inicialmente el espacio continental entre el cabo de Honduras y la Florida, al que se agregó luego Nueva Galicia y las gobernaciones de Yucatán y de Nueva Vizcaya [79]. Por su parte, el del Perú —aunque aparecido por las Leyes Nuevas de 1542— no vio perfilada su jurisdicción [80] sino en los años subsiguientes con las incorporaciones de los distritos de Chile (1548), Panamá (1550), Quito y Charcas, que suponía la jurisdicción sobre las gobernaciones de Tucumán y Río de la Plata, de forma que, de hecho, cuando en el Perú comienza efectivamente, en 1551, a ejercerse el oficio virreinal, su jurisdicción abarcaba, desde Nombre de Dios y Panamá, todo el inmenso ámbito dominado por España en el subcontinente meridional.

Si a estos inabarcables espacios jurisdiccionales americanos añadimos la amplitud de la autoridad del virrey que, como representante personal del monarca, abarcaba tanto el gobierno secular como el espiritual [81], se comprenderá que el reformismo borbónico, con sus principios de racionalidad y reorganización administrativa, hubiera dado muestras tempranas de modificación de la situación existente, creando en 1714 la Secretaría de Despacho de Marina e Indias [82], y acometiendo el desglose del virreinato peruano mediante la creación del virreinato de Nueva Granada, con capital en Santa Fe de Bogotá (1717), y que comprendería el espacio abarcado por Nueva Granada, Quito y Venezuela [83].

[77] A. García Gallo, «Los principios rectores de la organización territorial de las Indias en el siglo XVI», en sus *Estudios de Historia del derecho Indiano*, Madrid, 1972, pp. 661-93.

[78] J. López de Velasco. *Geografía general de las Indias, vid.* G. Menéndez Pidal, *Imagen del Mundo hacia 1570. Según noticias del Consejo de Indias y de los tratadistas españoles*, Madrid, 1944, p. 91 y ss.

[79] J. I. Rubio Mañe, *Introducción al estudio de los virreyes de Nueva España, 1535-1746*, México, 1955, 4 vols.

[80] G. Ménendez Pidal, *op. cit.*, p. 105 y ss.

[81] Garcia Gallo, *op. cit., passim.*

[82] *Vid.*, Gildas Bernard, *Le sécretariat d'État et le Conseil espagnol des Indes (1700-1808)*, París, 1972. El autor cree que esta creación representaba la concepción personalista del absolutismo borbónico frente a la idea colegiada del Consejo de Indias.

[83] Becker-Rivas Groot, *El Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII.*

Biografía y carrera administrativa de don Jorge Villalonga

Establecido con todo ello el necesario contexto histórico-administrativo, estamos en disposición ahora de introducir a nuestro paisano balear, don *Jorge Villalonga Burguet*, que fue el primer virrey, titular legal, del recién creado virreinato novogranadino [84].

El linaje mallorquín de los Villalonga se remonta a los días de la conquista de la isla en que estos caballeros del Lenguadoc figuraron entre las tropas expedicionarias de Jaime I [85]. Este origen les situó en posiciones sociales destacadas, reveladas en los cargos que el apellido ostenta, en la milicia y en la administración concejil, en los siglos subsiguientes y dentro del estamento nobiliario, o de «ma major».

De nuestro personaje, don Jorge de Villalonga, no se dispone de todas las precisiones biográficas deseables [86]. Pero puede decirse que nació en Palma hacia el año 1665, que siguió la carrera militar y fue Caballero de la Orden de S. Juan de Malta. Casó en Madrid con doña Catalina de Velasco. Llegaría a teniente general, heredaría el título de conde de la Cueva y sería consejero de guerra. Había ejercido ya como virrey o procurador general de Mallorca.

Curriculum americano y labor virreinal

Su carrera americana parece se inició en 1685. Está representada inicialmente por su cargo de jefe de las armas en el Perú (1708-18) y su condición de gobernador del Callao, y culminaría en 1718 al ser designado virrey de Nueva Granada.

[84] E. Restrepo Tirado, *Gobernantes del Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII*, Buenos Aires, 1935; José María Restrepo Sáenz, *Biografías de los mandatarios y ministros de la Real Audiencia. 1671 a 1819*, Bogotá, Cronos, 1952.

[85] *Vid.* J. Segura i Salado, «Don Jorge Villalonga Burguet, primer virrey de Nueva Granada», en J. García Marín, Coord., *Mallorca y América. Del predescubrimiento hasta el siglo XX, cit.* Palma-Madrid, Miramar Edics., 1990. El autor del trabajo cita documentación del Archivo del Reino de Mallorca en la nota 4.

[86] Su hoja de servicios no se halla en A.G.S., *Secretaría de Guerra. Siglo XVIII.* Hojas de Servicios de América, Catálogo XXII, Valladolid, 1958, ni en A. G. Militar de Segovia, *Índice de espedientes personales*, tomo IX, Madrid, 1963.

Desde Lima se dirigió a Santa Fe de Bogotá y tomó posesión de su alto cargo como primer virrey titular el 27 de noviembre de 1719. Primer virrey, pese a que la creación administrativa de la nueva demarcación virreinal novogranadina fue encomendada a don Antonio de la Pedrosa y Guerrero que, por ello, se intituló también «virrey» cuando, en su nombramiento y cometido fundacionales, se le designaba sólo como «gobernador, capitán general y presidente de la Audiencia» y con el objetivo concreto de organizar el gobierno para el inmediato virrey que sería designado.

Y don Jorge de Villalonga, en este sentido, expresó siempre que Pedrosa había usurpado el título y, para dejar muy claro que el primer virrey era él, además de enviar duros y críticos informes acerca de la precedente labor de Pedrosa, hizo prepararse un recibimiento cuyo boato mostrara simbólicamente en su persona la primera entronización del cargo.

Villalonga lo ostentó desde el 27 de noviembre de 1719, al 17 de mayo de 1724, y su labor al frente del virreinato novogranadino ha merecido dispares juicios históricos, aunque ha destacado por el realismo de su actuación y de su análisis de viabilidad del nuevo virreinato.

Abordó problemas de fondo, después de haber elaborado numerosos informes sobre la situación real del territorio de su jurisdicción. Saneó la Hacienda mediante la renovación en 1721 de una Real Cédula de 1692 relativa al abono de los derechos no satisfechos de los ocupantes de tierras de realengo. Estimuló la explotación y fomento de la minería. Procuró promover el gobierno espiritual del virreinato de común acuerdo con la jerarquía eclesiástica, comenzando por imponer orden en los libros parroquiales de la cura de almas y suscitando el cuidado selectivo de los clérigos. Entre sus indiscutibles afanes se sitúa el celo por las misiones y el fomento de la educación, que demostró al apoyar la iniciativa de encargar a los jesuitas la creación de un colegio en Antioquía que carecía de él.

Todo ello no impidió que la conducción del gobierno virreinal y la labor de su aparato administrativo recibiera críticas y denuncias sobre arbitrariedades, contrabando e inmoralidades, que decidieron al Consejo de Indias a enviar un visitador [87]. En las informaciones abier-

[87] G. Céspedes del Castillo, «La Visita como institución indiana», en *Anuario de Estudios Americanos*, 3, 1496.

tas al respecto es de destacar que la defensa más decidida de la actuación del virrey Villalonga la asumieron el arzobispo, miembros de las órdenes religiosas y el tribunal de cuentas, que elogiaría las medidas virreinales adoptadas para el saneamiento hacendístico.

Sea de todo ello lo que fuere, es lo cierto que nadie puede negar el realismo a ultranza y buen sentido administrativo que demostró don Jorge de Villalonga con los resonantes estudios e informes emitidos sobre la viabilidad del nuevo virreinato. Basado en la escasa población española asentada, en la pobreza de la zona asignada, los bajos niveles de renta, la población indígena y las dificultades de diverso orden que definían el ámbito territorial, concluyó que no se justificaba el rango virreinal, propuso su desaparición administrativa y la vuelta al sistema anterior de gobierno por Audiencia.

Las bases argumentales y los datos aportados eran tan objetivos y realistas que la Administración borbónica los hizo suyos, y el 5 de noviembre de 1723 decretaba la supresión del virreinato novogranadino. Era el respaldo oficial, en el fondo, a la acción y a la visión gubernativa de don Jorge de Villalonga, primero y único virrey por entonces, pues, de un virreinato novogranadino prematuro, que sólo encontraría su formalización definitiva a partir de la refundación de 1739, aunque, curiosamente, fue el virreinato de Nueva Granada el único americano en el que no se implantaron los reformismos administrativos borbónicos del siglo XVIII, simbolizados por el régimen de Intendencias.

Epílogo biográfico

Al suprimirse por su indicación el virreinato novogranadino, nuestro personaje residió por algún tiempo en Santa Fe de Bogotá, pero en mayo de 1726 embarcó de regreso a su tierra natal. No resulta posible seguir con precisión los avatares de sus últimos años, aunque parece hizo algunos viajes, muriendo en Madrid el 23 de mayo de 1740.

Mallorca le nombraría «Hijo Ilustre» y su retrato figuró en la correspondiente galería de la Casa Consistorial palmesana [88].

[88] *Vid.* Los datos sobre descendencia y propiedades en el *art. cit.* de J. Segura i Salado, conocedor documental de primera mano de estos aspectos biográficos y patrimoniales del ilustre mallorquín.

El revolucionario e independentista Picornell

En la galería de baleáricos en América, el archipiélago cuenta con un personaje singular, complejo y atractivo, en cuanto comprometió y sacrificó su vida en la realización de unos ideales políticos, aunque se le reprocha no haberlos mantenido hasta el final. Se trata de Juan Mariano Picornell y Gomila, nacido en Palma de Mallorca en 1759, encarnación preromántica de una veta de revolucionarismo político, supuesto adelantado español del republicanismo contemporáneo y que, en los anales históricos de América, ocupa un lugar como activo y exaltado independentista.

Figura y personalidad

En los procesos judiciales, o en los papeles de los conciliábulos independentistas, nos han quedado descripciones detalladas de su aspecto físico. Pi y Margall lo retrata como

> hombre de gigantesca estatura, grueso, de rostro sonrosado, de ancha frente, de ojos vivos, pecoso de viruelas, más fuerte aún de alma que de cuerpo [89].

En los papeles del «Archivo Gual y España», se corroboran su altura («como de cinco pies y 3 ó 4 pulgadas») y se le describe haciéndole

> hombre de unos cuarenta años, moreno, semblante y naturaleza castigada, ...andar algo derrengado, ojos pardos, pequeños, encarnizados y llorones, con algún diente de menos... Hablaba español con un corto acento catalán, después me declaró ser mallorquín [90].

[89] Pi y Margall, *op. cit.*, p. 301.

[90] Declaraciones de J. Mariano Aloy el 28 de marzo de 1799. *Archivo Gual y España*, I, 70.

Su personalidad —que ha suscitado no poca atención historiográfica [91]— sigue suscitando renovada atención actual; en el III Symposium sobre la Masonería Española, Román Piña Homs ha glosado documentos hasta ahora desconocidos que introducen nuevas perspectivas y matices en la consideración de su psicología, las motivaciones de su evolución política y de sus relaciones ideológicas [92].

Como resumen expresivo de su biografía y personalidad, puede decirse que Juan Mariano Picornell, hijo de Ponce Picornell y Margarita Gomila —«holgados terratenientes»— recibió una «esmerada educación», aunque no es posible precisar detalles de los centros y materias de estudio que le hicieron maestro y le mostraron relacionado con el grupo de intelectuales que animaban la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

Aparece luego en Salamanca entre 1785-88 donde fue condiscípulo del abate Marchena; en Salamanca, en 1785 se muestra como padre de un hijo superdotado al que presenta para examen público:

> Examen público, catechístico, histórico y geográfico a que expone don Juan Picornell y Gomila, Socio de la Real Sociedad Económica de Madrid a su hijo... de edad de tres años, seis meses y veinte y quatro dias, en un general que franqueara la Universidad de Salamanca... [93].

Semejante prodigio infantil sería el producto no sólo de su paternidad física, sino también de su condición de reformador de la pedagogía, de pedagogo especialista en lo que quizás hoy llamaríamos educación preescolar, conocimientos que expuso en sus obras *El maestro de*

[91] Como obras principales pueden citarse, Casto Fulgencio López, *Juan Picornell y la conspiración de Gual y España*. Madrid, 1955; H. G. Warren, *The Early Revolutionary career of Juan Picornell*; I. Zavala, «Picornell y la revolución de San Blas», en *Historia Ibérica*, I; de la misma, *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, 1973.

[92] Se trata de documentos del Archivo Histórico Nacional de Madrid, Sección Estado, leg. 3.245, relativos a un «Plan de Educación de la Infancia» y una «exposición» hecha a Floridablanca. *Vid.* R. Piña Homs, «Juan Picornell; de maestro reformista a líder revolucionario», en *Estudis Baleàrics*, 32 (1989), pp. 65-71.

[93] Impreso en Salamanca, 1785, y con una extensión de ocho páginas. Es citado siempre por los autores que se ocupan de nuestro personaje. *Vid.*, por ejemplo, R. Heer, *España y la Revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1964, pp. 268-69, nota 40.

primeras letras y *Discurso teórico práctico sobre la educación de la infancia, dirigido a los padres de familia* [94]. Publicaciones, cuya importancia hoy se ha acrecentado porque la frustración de los planes reformistas propuestos son vistos actualmente como una de las explicaciones de su derivación hacia el campo del revolucionarismo político. [95]

Lo encontramos luego viviendo en Madrid donde había fundado un colegio en 1789. Este año —crucial en la historia europea, por obvias razones— es en el que Picornel se dirige al rey en solicitud de patrocinio de una escuela pública que ponga en práctica su «Plan de Educación de la Infancia» [96]. Dado que entonces obtuvo oficialmente la callada por respuesta, Picornell reiteraría su petición mediante un escrito a Floridablanca, incluyendo copia del plan [97]. Piña Homs, que lo ha dado a conocer y lo ha caracterizado en sus principales rasgos pedagógicos [98], se refiere al rechazo que suscitó entre un grupo de ilustrados —entre ellos Cabarrús— que por ideología parecían destinados a defenderlo, lo que llevó a Picornell a la desesperación «y provocará su progresiva identificación con los ideales revolucionarios» [99].

La definición del revolucionarismo de Picornell

Cualquiera que fuera el arranque primero del revolucionarismo de nuestro hombre, es lo cierto que a él debe Picornell su relieve en la historia general —el que llevaría a Godoy a aludirle en sus *Memorias* [100], y a Andrés Muriel a incluirle en su *Historia de Carlos IV* [101]— y lo

[94] Esta última obra publicada en Salamanca, 1786; la primera, citada por N. Díez Pérez en «Datos para escribir la historia de la orden de los caballeros francmasones en España...», en *Revista de España*, CXXXII (1891), 578-89. Y ambas citas pueden verse en R. Heer, *op. cit.*, p. 269, nota 41.

[95] *Vid.* R. Piña Homs, *art. cit.*, p. 66.

[96] Se halla en A.H.N., Secc. *Estado*, leg. 3245. Citado por Piña Homs, *ar. cit.*, nota 8, p. 66.

[97] A.H.N., *ibidem*, fol 2.

[98] *Vid. art. cit.*, pp. 67, 68, 69.

[99] Piña Homs, *art. cit.*, p. 68.

[100] M. Godoy, *Memorias de don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz*, París, 1839, 6 vols.

[101] A. Muriel, *Historia de Carlos IV*, Madrid, R.A.H. «Memorial histórico Español», tomo XXIX-XXXIV, Madrid, 1893-94.

adquirió abiertamente en 1795 como alma de una conspiración política llamada «conspiración de San Blas» por estar programada para el día de este santo (3 de febrero de 1795), solo que, denunciada la víspera, fue abortada y Picornell y sus cómplices encarcelados.

Nos interesa aludir a la compleja configuración de su ideología política —que ha suscitado la atención de diversos autores [102]— y a las tensiones y efervescencias suscitadas en algunos espíritus por la Revolución Francesa [103] de 1789 —que el vecino país traspirenaico procuraba exportar por todos los medios— precisamente porque son factores explicativos, tanto de las peripecias vitales de nuestro personaje, cuanto del sentido que dio luego a sus actuaciones emancipadoras en América, razón primordial ahora de la atención a su persona y de su inclusión en este apartado de políticos baleáricos en la vida e historia americanas.

Juan Mariano Picornell es un producto claro del contexto de renovación ideológica y de cambio político que aflora de manera ya generalizada en Europa y América en el último tercio del siglo XVIII. Recordemos que este revolucionarismo comienza por manifestarse en la sublevación de las colonias inglesas de Norteamérica hacia 1770-76 que, en el año 1783, ya habrá cuajado políticamente en la República de los Estados Unidos; se muestra en Irlanda en 1780 en forma de lucha por la autonomía, y en la propia Inglaterra con las reformas parlamentarias de los «radicales» de John Jebb, las subversiones de Yorkshire y los llamados «Gordon Riots» de Londres; aflora en 1781 en Suiza, con el movimiento revolucionario de Friburgo, seguido de la revolución ginebrina (influenciada por la publicación del *Contrato Social* de su compatriota Juan Jacobo Rousseau), que conduce a la proclamación de la República de Ginebra, en 1782; se patentiza en las Provincias Unidas de Holanda, entre 1783-87, como oposición burguesa a la transformación patrimonial del estatuderato por los Orange en monarquía here-

[102] Además de los trabajos citados, *vid.* también C. F. López, «Juan Bautista Picornell», en *Rev. Nal. de Cultura*, IX, 70 1948; H. G. Warren, «The Early revolutionary career of Juan Mariano Picornell», *Hisp. Amer. Historical Review*, XXII, 1 (1942); P. Grases, «La personalitat del revolucionari mallorquí J. M. Picornell», *Revista de Catalunya*, 12, 1987.

[103] I. Moll y J. García Marín, *Los mallorquines y la Revolución Francesa*, Palma, Ayuntamiento, Palau Golleric, 1988, p. 22.

ditaria; aparece en 1787 en los Países Bajos austriacos en forma de movimiento contra la política de José II y, en el Obispado de Lieja, contra el príncipe-obispo para imponerle la supremacía de la Asamblea de los Tres Estamentos; en 1788 se produce la revolución polaca cuando Estanislao II acepta la Constitución propuesta por la Dieta; y, en fin, en 1789, estalla la Revolución Francesa, que pasó a ser cifra máxima y expresión completa de aquella marea revolucionaria, espiritual y políticamente hija de los principios de razón y de orden natural fisiocrático, y de las ideas ilustradas de los filósofos del siglo XVIII.

En España, el impacto de la Revolución Francesa, por su vecindad con el país traspirenaico, se ha presentado tradicionalmente como origen de toda la corriente liberal española; las tesis del brusco corte de la propia tradición por influjo extranjerizante (sostenidas por Menéndez Pelayo [104], Ferrer-Tejera-Acedo [105], Francisco Puy [106], etc.), unidas a las opiniones de especialistas en el siglo XVIII español, como Barraihl [107] o Richard Heer [108] sosteniendo la inexistencia de pensamiento prerevolucionario en España y el monolitismo del conservadurismo reformista interior, hicieron pasar por verdad establecida la influencia francesa como determinante del pensamiento liberal español. Pero semejante visión es hoy insostenible. El mejor conocimiento actual de la Ilustración española (en sus impulsos demográficos, en la composición de sus grupos sociales, en los efectos del reformismo ilustrado —mercantilista, de sentido preliberal...—; el conocimiento de la robusta fracción ilustrada del clero español —menos aristocratizado que el francés, con prelados de ideología avanzada: Abad y Lasierra, Lorenzana, Tavira, Climent, Armañá...—; las corrientes vivas del humanismo cris-

[104] Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, Ed. Nal., 1948, 6 vols.

[105] M. Ferrer, D. Tejera, J. F. Acedo, *Historia del tradicionalismo español*, Sevilla, 1941.

[106] F. Puy, *El pensamiento tradicional en la España del siglo XVIII (1700-1760)*, Madrid, 1960.

[107] J. Sarraihl, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México-Buenos Aires, 1957. En una ocasión expresa taxativamente: «Durante el reinado de Carlos III no parece haberse planteado en forma aguda el problema político».

[108] R. Heer, *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1964. Al respecto indicado escribe: «Sobre las cuestiones fundamentales de gobierno y de religión no existía escisión de profundidad apreciable en España antes de la Revolución Francesa», p. 181.

tiano del siglo XVI o del agustinismo-jansenista que algunos de aquellos prelados representaban, etc.); dieron cuerpo social, antes de la Revolución Francesa, a unas corrientes políticas [109] que desde 1768 al menos, discutían las formas de gobierno en la línea de Montesquieu (Enrique Ramos, Ibáñez de la Rentería, Vicente Alcalá Galiano, Francisco Cabarrús, Cañuelo —en los «Discursos» publicados en *El Censor*—, León de Arroyal —en sus «Epigramas» y «Sátiras» y en las «*Cartas político-económicas al Conde de Lerena*», etcétera).

Esta corriente de liberalismo —muy anterior, por tanto, a la Revolución Francesa y a las Cortes de Cádiz— ha sido sistematizada por Martínez Quintero, y hoy se distingue, junto a un liberalismo conservador (Jovellanos, por ejemplo), otro liberalismo revolucionario —Puglia, León de Arroyal, Aguirre, Fray Miguel de Santander, etc., que propugna la defensa de los derechos naturales del hombre frente al Estado—, y un proceso de radicalización ideológica (la «ideología revolucionaria de los años 90»), corriente esta última que ahora nos importa especialmente en cuanto es en la que se inscribe nuestro baleárico Picornell.

La «conspiración de S. Blas»

Los papeles del proceso, custodiados en el Archivo Histórico Nacional de Madrid [110], detallan las circunstancias de la abortada conspiración de San Blas («infame y desatinado proyecto —se lee en los informes— de trastornar nuestra constitución y reducir a su capricho la soberanía»). Los conspiradores, encabezados por Picornell («hombre a la verdad sagaz, díscolo, perturbador del sosiego público, enemigo declarado de los Imperios Monárquicos») eran pocos y de escasa relevancia personal [111].

[109] *Vid.* al respecto, A. Elorza, *La ideología liberal en la Ilustración española*, Madrid, Tecnos, 1970; Martínez Quintero, *Los grupos liberales antes de las Cortes de Cádiz*, Madrid, 1977.

[110] A.H.N. (Madrid), *Estado*, leg. 3.161; *Consejos*, leg. 11.937.

[111] Se trataba de: José Lax, aragonés y también maestro; Sebastián de Andrés, igualmente natural de Aragón y opositor a una cátedra de matemáticas en el Instituto de San Isidro de Madrid; Manuel Cortés, de diecinueve años, ayudante de la Escuela Real

Pretendían acabar con el absolutismo e implantar una monarquía constitucional estilo francés. Para ello habían redactado un *Manifiesto* y una *Instrucción* [112], que venían a ser, respectivamente, la exposición de los fundamentos teóricos del movimiento y el método para implantarlo. De la inmadurez del propósito da idea el hecho de que las armas reunidas se reducían a cinco pistolas y cinco sables, dos cuchillos de monte y alguna pólvora [113]; habían colocado pasquines en algunas plazas madrileñas, actuado principalmente en el barrio del Lavapiés, entre jornaleros y modestos artesanos («intentaron seducir y agavillar una porción de miserables e ignorantes», dicen los informes) y acabaron siendo delatados por dos de ellos.

El subsiguiente encarcelamiento y proceso acabó con su condena a muerte, aunque posteriormente la sentencia fue conmutada por destierro y prisión (25 de julio de 1796). Subrayemos que la conmutación de la pena fue producto de la intervención del Gobierno francés [114], hecho que, junto con otras significativas circunstancias —como el sorprendente conocimiento que de Picornell tenía el antiguo obispo de Blois— arguye que Francia no era ajena a la trama abortada [115], lo cual enlaza, por otro lado, con el supuesto —defendido por algunos— de que en la conspiración habría intervenido una pretendida logia masónica [116] con la que Picornell habría estado relacionado [117].

de Pajes; Bernardino Garasa, abogado aragonés, y Juan Pons Izquierdo, maestro de humanidades y de lengua francesa, los dos últimos citados huidos al descubrirse la conspiración, *Vid.* A. Elorza, «La conspiración de Picornell». Apéndice II de su *La ideología liberal en la Ilustración española*, *op. cit.*, pp. 304-305.

[112] Se hallan en A.H.N., *Consejos*, leg. 11.347.

[113] A. Elorza, *op. cit.*, p. 304.

[114] A. Alcalá Galiano, *Representaciones que hizo a su majestad el augusto Congreso Nacional...*, Colección «del Fraile», t. 350, Madrid, 1812, pp. 32-33.

[115] Ésta es la opinión apuntada por R. Heer, en *op. cit.*, p. 270.

[116] *Vid.* N. Díaz Pérez *La francsmasonería española*, Madrid, 1894, pp. 180-86.

[117] *Vid.* para la discusión de esta hipótesis J. A. Ferrer Benimeli, *Masonería, Iglesia e Ilustración*, Madrid, F.U.E., t. III, 1977, p. 267, nota 67. Véase ahora «La integración de Picornell en la Fraternidad Masónica», en el artículo citado de Piña Homs, pp. 70-71.

Picornell en la pre-emancipación de América

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el destierro y prisión en Indias abriría la etapa americana de Picornell. Al ser sacado oficialmente de la Península con destino a La Habana (11 de mayo de 1797), logra escapar durante el trayecto y, desde entonces, aparece en diversas partes del continente americano [118] como exaltado precursor de movimientos revolucionarios independentistas [119] de sentido político republicano, en los que Picornell parece perseguir la realización de los ideales de su fracasada conspiración española de San Blas.

La secuencia de los hechos americanos de Picornell lo muestra inicialmente en Venezuela, en casa del acomodado criollo José María España, que le ha ofrecido asilo en Macuto, en la costa del mar Caribe. Convertida aquella casa en centro de reunión de descontentos y conspiradores, nuestro personaje aparece inmediatamente con responsabilidades directivas en la llamada «revolución de Gual y España» [120], con Manuel Gual —otro inquieto criollo y uno de los más ardientes oradores del grupo— y con España, su protector. Se trata, como es sabido, de la sublevación de 1797 en Caracas que contaba con el apoyo de comerciantes, artesanos y soldados para proclamar la república en Venezuela. Apresados los conspiradores en casa del comerciante Manuel Montesinos Rico, que funcionaba de cuartel general, Gual y Picornell lograron, sin embargo, escapar y desde la Guaira, llegar a la isla Trinidad. Posteriormente, nuestro personaje está en Guadalupe, relacionado con franceses e ingleses y protegido de Victor Hugues. Por entonces publicaría un folleto, traducción al español de la declaración francesa de los derechos del hombre, con el título de *Derechos del Hombre y del Ciudadano* que iba precedida de un *Discurso preliminar dirigido a los americanos*, cuyo pie de imprenta falsamente indicaba su edición en Madrid, en la Imprenta la Verdad, en 1798 [121]. Se trataba, a juicio del embajador Azara, de

[118] P. Grasses, *Preindependencia y emancipación*, Barcelona, Seix y Barral, 1981, p. 39 dice que «El bergantín "La Golondrina" trajo a la Guaira, aunque con destino a Panamá, a Juan Mariano Picornell».

[119] *Vid.* J. Pérez, *Los movimientos precursores de la Emancipación en Hispanoamérica*, Madrid, Alhambra, 1978.

[120] *Vid.* C. F. López, *Picornell y la conspiración de Gual y España*, 1955.

[121] Una cita de este pie de imprenta en A. Elorza, *op. cit.*, p. 306.

> la cosa más horrible y sediciosa que se haya compuesto contra el rey nuestro amo y todo el gobierno español para animar a los americanos a rebelarse y acabar con todos los españoles que hay en América [122].

En efecto, el *Discurso* terminaba con una apelación a todos los americanos de cualquier color, sexo, profesión o categoría social exclamando:

> La Patria, después de trescientos años de la más inhumana esclavitud, pide a voces un gobierno libre... ¡Viva el pueblo soberano y muera el despotismo!

Todas las indicadas actividades impulsaron al gobierno español a pedir al francés la extradición de Picornell, considerado elemento particularmente peligroso, como lo había demostrado en aquel ambiente venezolano. Recuérdese que, sobre la llamada sublevación de los «comuneros» de Nueva Granada, ocurrida hacia 1780, Venezuela había conocido luego la insurrección de los negros de Coro en 1795, y vivía las tensiones entre «blancos» (peninsulares, canarios, criollos, la aristocracia *mantuana* dueña de la tierra) y «pardos» (mestizos, mulatos, zambos, etc.) y, en consecuencia, existía un contexto político-social propicio para exaltados revolucionarios.

Ligado también Picornell al caraqueño Francisco de Miranda (que había recorrido Europa en busca de apoyo para sus proyectos independentistas, y que, en 1806, promovió una tentativa secesionista sin lograr apenas repercusión popular, y fracasada en Ocumare y en Coro), aconteció que en 1807 se tuvieron informes confidenciales sobre la llegada de Picornell a Francia procedente de Nueva York. España consideró tal desplazamiento relacionado con renovados intentos subversivos, subversión que sí se intentó y, a través del ministro Ceballos, se vuelve a solicitar a Francia la captura de nuestro exaltado personaje que no tuvo resultados prácticos.

De Estados Unidos Picornell volvería a Venezuela para participar en los acontecimientos revolucionarios de 1811-12, en los cuales, como es sabido, tras la destitución de las autoridades españolas por el Cabil-

[122] Elorza, *ibidem*, p. 306.

do de Caracas, y constituida una Junta de Gobierno que actuaría «en nombre y para conservar los derechos de Fernando VII», se deslizaría hacia posiciones abiertamente independentistas por influjo de los acontecimientos de la Península y de la Sociedad Patriótica de Caracas —donde actuaban, entre otros, Simón Bolívar y Miranda—; y que culminaron el 5 de junio de 1811 con la declaración de independencia de Venezuela, la primera proclamación independentista de América.

Sabido es que, a causa de la desunión de los sublevados y pese a los esfuerzos de Miranda —nombrado generalísimo—, las fuerzas españolas llegadas de Puerto Rico al mando del capitán de fragata Domingo de Monteverde arrollaron desde Coro a las fuerzas de Miranda, le obligaron a capitular, acabando con la I República de Venezuela [123] y restableciendo el dominio español (julio de 1812).

El final de un revolucionario

En 1815 Picornell se encuentra otra vez en Estados Unidos, en Nueva Orleans, establecido como comerciante, desde donde pasaría finalmente a Cuba. Caído en manos «realistas» y tras haber obtenido el indulto de Fernando VII, «Picornell fue dando tumbos lamentables, destruyendo a fuerza de retractaciones y actos de radical arrepentido la hermosa trayectoria de revolucionario, vivida desde San Blas» [124]. Parece haber ejercido diversas profesiones como maestro, comerciante y médico en Puerto Príncipe y después en San Fernando de Nuevitas, donde murió hacia 1825.

El grupo de los militares baleáricos de Ultramar

Generalidades

Al entrar a considerar el grupo de los militares baleáricos en Ultramar, precisa advertir al lector, en primer lugar, que la tarea nos con-

[123] C. Parra-Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela.*

[124] Así opina P. Grasses, *op. cit.*, nota 13, p. 49. Otro autor escribe que la historia de su vida «tiene más de una página que le hubiera hecho merecer —si una vil traición

duce a coyunturas histórico-cronológicas diferentes de las abordadas hasta ahora, y a unos espacios geográficos muy acotados. La razón de todo ello radica en el hecho de que los insulares que se distinguieron en el ejercicio de su profesión militar, lo hicieron participando en las guerras coloniales del siglo XIX, y concretamente en las luchas de signo independentista que acabaron con las últimas posesiones españolas de Ultramar.

En efecto, el Nuevo Mundo en que van a actuar nuestros paisanos militares es, por de pronto, un mundo sólo isleño, el pequeño resto del naufragio del Imperio ultramarino español que había quedado reducido, en las Indias Occidentales, como es bien sabido, a Cuba y Puerto Rico, y en Asia a las Filipinas, Marianas, Carolinas y Palaos; en segundo término, es un mundo diferente porque la naturaleza entonces de la acción histórica española en América, tras la pérdida de todos los Reinos y las provincias continentales indianas, posee unos rasgos de acentuado carácter colonialista que contrastan con los que la habían caracterizado en siglos precedentes y, en consecuencia, con programas y estrategias de actuación que condicionaban la labor de nuestros paisanos protagonistas en su gestión pública; en tercer término, la misma naturaleza de los problemas planteados por las inquietudes independentistas era la que, junto a la propia de su carrera de las armas, les llevaba a ellos a ser los principales protagonistas en aquellos escenarios trasatlánticos y en la lucha colonial.

Como contexto general en que van a desarrollarse los hechos, recordemos que las inquietudes independentistas de Cuba y Filipinas no fueron acalladas por los tardíos e insuficientes proyectos metropolitanos —entre ellos los del gobierno en que el mallorquín Antonio Maura era ministro de Ultramar— de dar paso a asambleas de gobierno autónomo. La lucha abierta, ya estallada, seguía un proceso imparable que, en Cuba se formalizará en la «guerra de los diez años» (1868-1878), seguida de un lustro de «guerra chiquita» (1879-84), prolongada en la decisiva fase final (1895-98) de la guerra de independencia [125].

no la hubiera borrado— un lugar destacado entre las grandes figuras del siglo XIX», J. L. Franco, *Política continental americana de España en Cuba*, p. 231.

[125] Como visión general, H. Thomas, *Cuba, la lucha por la libertad*, Barcelona, 1974. Las biografías de los grandes protagonistas baleáricos en aquella lucha, se basarán sobre la bibliografía especializada de la guerra, que será citada en sus correspondientes lugares.

La ponderación de la vida y acción ultramarina de los militares baleáricos forzosamente será diversa según se haga desde el país que les envió a luchar, o desde el que les tuvo enfrente como adversarios y oponentes a sus comprensibles anhelos independentistas. Con la máxima comprensión hacia los irreductibles motivos por los que ambos bandos luchaban, aquí el relieve principal del relato, lógica e inevitablemente, lo ocupan las biografías y el alto sacrificio, muchas veces de la propia vida, de aquellos protagonistas baleáricos, cuya labor ultramarina no pudo ser otra sino la de cumplir, con las armas en la mano, la misión encomendada.

Aunque en la galería de estos militares baleáricos aquí consignables, la parte descollante estará constituida por las grandes figuras que, por su graduación y protagonismo más resonaron en aquellas guerras coloniales; aquí queremos anteponerles, sin embargo, la mención de dos categorías humanas de baleáricos a las que no suelen reservarse lugar especial en la memoria colectiva de los enfrentamientos armados: los simples soldados, anónimos, que sacrificaron también sus vidas, pero sin gloria humana y quedaron innominados en la historia bélica, y aquellos civiles que, de una u otra forma, participaron en la lucha como colaboradores de los profesionales de las armas, y para los cuales tampoco suele haber, en las historias al uso, una mención particular.

Mallorquines, menorquines e ibicencos en las guerras de Cuba y Filipinas

Con este título, exactamente trascrito, Antoni Marimón y Javier Salvà se ocuparon, en un artículo, de los soldados baleáricos que hicieron aquellas guerras coloniales [126]. Y en este sentido, algunas encuestas orales [127] y las realizadas sobre las nóminas de caídos y repatriados consignadas en el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* —explotadas parcialmente por los indicados autores— proporcionan hoy los primeros órdenes de magnitud de la participación y de las bajas de insulares en

[126] A. Marimon y X. Salva, «Mallorquins, menorquins i eivissencs a les guerres de Cuba i de les Filipines», en *Randa*, 24, 1989, pp. 21-36.

[127] J. Miralles, *Qüestionari sobre història oral*, Palma, 1985.

los escenarios ultramarinos, aunque en tales relaciones oficiales se incluyen también los muertos por enfermedades tropicales o fallecidos de muerte natural.

Y lo primero que llama la atención, de la distribución de frecuencias confeccionadas al respecto, es la sorprendente desproporción del contingente de participación por islas: resulta ser mayor el contingente de soldados ibicencos enviados a Ultramar que el de Mallorca (!), aunque los mallorquines superaban a los de Menorca. La explicación radica, en parte, en el sistema de reclutamiento, que posibilitaba la redención en metálico del servicio [128], y permite, por tanto, la horrenda comprobación de que las penalidades de aquellas guerras coloniales se cargaron sobre los pobres que no tenían disponibilidades materiales para redimirse del servicio.

He aquí una serie de tabulaciones pormenorizadas según diferentes y expresivos criterios. En primer término, de las informaciones muy fragmentarias [129] —las únicas disponibles— recogidas por nuestros autores, la distribución de bajas baleáricas por años y escenarios bélicos [130]:

Años	Cuba	Filipinas
1896	153	3
1897	286	134
1898	170	11

La distribución numérica y porcentual de bajas por islas es también significativa [131]:

[128] *Vid.* N. Sales, «Servei militar i societat: la desigualtat enfront del servei obligatori. Segles XVII-XX», en *L'Avenç*, núm. 98.

[129] No cubren el período febrero 1895 - agosto 1986 para Cuba, ni el período anterior a 1896 para Filipinas, etapas en que los efectivos y las bajas se incrementaron notablemente. *Vid. art. cit.*, p. 29.

[130] Fuente, A. Marimon - X. Salva, *art. cit.*, p. 27. Los autores advierten que la causa principal de las bajas no es la guerra sino los vómitos y las enfermedades comunes: entre el 92 y el 98 %, en números redondos; por otro lado, los datos de 1896 abarcan sólo 5 meses y no han podido reflejarse las bajas de 1895 que es cuando en Cuba comenzó la guerra de independencia.

[131] *Vid.* Marimon - Salva, *art. cit.*, p. 28.

Islas	Cuba	%	Filipinas	%
Mallorca	512	0,20	128	0,02
Menorca	43	0,10	11	0,02
Eivissa	54	0,20	19	0,07

lo que demuestra que Eivissa (= Ibiza) sufre proporcionalmente tanto como Mallorca en Cuba —a pesar de la enorme desproporción demográfica— y que Filipinas triplica a Mallorca y Menorca en sacrificio de sus naturales.

El ibicenco don Miguel Tur i Planells, símbolo de la legión anónima de los colaboradores civiles

Precisamente por tratarse de una lucha civil, y antes de entrar a ocuparnos de los profesionales de las armas, es justo dejar también aquí una referencia a los baleáricos no militares, pero que compartieron con ellos las difíciles y fratricidas circunstancias. Se trata de paisanos insulares que vivían y ejercían en las islas ultramarinas españolas, y se unieron en la pelea por la defensa de lo que entendían derechos de su patria de origen.

No nos constan sus nombres en la generalidad de los casos y, sin embargo, para tributarles el recuerdo que, no por legión innominada merece menos aprecio, quede aquí la referencia simbólica a un ibicenco conocido, para ponderar sus actitudes y su abnegado servicio: don Miguel Tur i Planells.

Era de viejo linaje isleño —nieto de Juan Tur y Ferrer, regidor perpetuo del Ayuntamiento de Ibiza por el estado noble [132]— y cuyo sacrificio de su vida en Ultramar cerraría, lógicamente, la rama familiar que representaba. Había estudiado la carrera de Leyes y ejerció de abogado, ocupando el cargo de secretario marítimo del puerto de Ibiza. Trasladado a Filipinas, ocupó la Secretaría del Gobierno de las Carolinas

[132] Previa información ante la Cámara de Castilla, del 27 de marzo de 1798, teniente coronel de Voluntarios Realista en 15 de mayo de 1830. Datos debidos a la cortesía de don Juan Tur de Montis y extraídos del archivo familiar.

orientales. *La Ilustración Española y Americana* [133] daba cuenta de su muerte por «amor a la Patria» con estas palabras:

> ... murió peleando valerosamente por la honra y dignidad de España siendo quizás la única persona entre todos los españoles de la colonia de la Ascensión que ejercía cargo exclusivamente civil; mas también se lanzó a la lucha en defensa de su jefe y murió con gloria al lado del Gobernador General, el capitán de Fragata D. Isidro Posadillo.

El gobernador y capitán general don Fernando Cotoner

Preliminares

Abordar la actuación americana del militar palmesano don Fernando Cotoner y Chacón, cuya vida trascurre entre 1810 y 1888, implica situarse lógicamente en el citado contexto histórico-cronológico de las inquietudes independentistas coloniales de la segunda mitad del siglo XIX, porque la cronología de actuación americana de nuestro personaje balear en Puerto Rico —donde ejercerá sus cargos de gobernador y capitán general entre 1856 y 1860—, corresponde a una de las complejas etapas de la vida política española contemporánea y, por lo tanto, confiere a la presencia y obra desplegada en Puerto Rico por Cotoner, una justificación política y unos marcados perfiles que se explican coyunturalmente.

El contexto político de la carrera militar de Cotoner

Para comprender lo implicado en las frases anteriores es forzoso recordar, aunque sea a muy grandes trazos, los principales caracteres de la vida política peninsular española decimonónica, y también los rasgos que definían simultáneamente la vida portorriqueña.

Por lo que hace a España metropolitana, la época de Isabel II (1833-1868) representó la implantación de una monarquía liberal que

[133] E. Martín de Velasco, en *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, XXXII, núm. 2, 1888, p. 35.

había de producir un ciclo de guerras civiles (las llamadas «guerras carlistas»), un fenómeno de «militarismo político», (el curioso hecho de que los partidos políticos tuvieran como líderes a figuras militares), y el vaivén político llamado «régimen de los generales» (apelación española a un militar para imponer la ideología de un partido minoritario); todo ello, sin duda, como muestra patente de las condiciones específicas españolas, especialmente de la debilidad de la sociedad burguesa peninsular que, en condiciones normales, debiera haber proporcionado los naturales caudillos ideológicos correspondientes al régimen de monarquía liberal establecido.

En este contexto sociopolítico comienza por explicarse, por de pronto, la propia carrera militar de Fernando Cotoner —forjada precisamente en medio de aquellas guerras civiles peninsulares y de la dinámica de los cambios políticos ligados al citado «régimen de los generales», como veremos— pero también explica que fuera precisamente por su condición de militar y por el palmarés y la ideología política que le definía, por lo que un día Cotoner fuera nombrado gobernador y capitán general de Puerto Rico.

En efecto, la carrera profesional de don Fernando Cotoner y Chacón [134] —tras haber cursado sus estudios en el llamado «Colegio Militar» de Segovia, dirigido entonces por el general Venegas, y tras ser destinado al 4.° Regimiento de Guardias Reales— comienza por labrarse en las «guerras carlistas», donde demostraría un arrojo personal que se consideró siempre uno de sus rasgos característicos. En 1833 se encuentra en el ejército del norte, mandado por el general Valdés, e interviene en la batalla de Alsásua; como comandante del batallón guipuzcoano de «chapelgorris» (1836) peleó la batalla de Arlabán, y al mando del Regimiento de Borbón intervino en la sonada batalla de la Cenia (Castellón), que obligó al general Cabrera a refugiarse en las escabrosidades del Maestrazgo.

El otro factor decisivo en su vida político-militar fué su relación personal con O'Donnell —en cuyo Estado Mayor estuvo destinado— y con el general Serrano, con el que aparece vinculado ya en 1843 a raíz

[134] La primera biografía de Cotoner se debe al renombrado historiador militar J. Gómez de Arteche, *El teniente general don Fernando Cotoner y Chacón*, Barcelona, 1889, escrita al año siguiente de la muerte del biografiado y sobre datos muy circunstanciados extraídos de la correspondiente hoja de servicios.

de la primera caída de Espartero. Estas conexiones personales con O'Donnell y Serrano marcarían no sólo su línea ideológica —afín, pues, a la Unión Liberal, y que en términos actuales quizás podríamos llamar de centro izquierda— sino también su trayectoria administrativa y profesional, esmaltada intermitentemente por lo que su hoja de servicios denomina «en situación de cuartel» —que no es sino lo que hoy se llama «disponible forzoso»— u otras de retiro voluntario, situaciones que coinciden con la subida al poder de los moderados de Narváez, las cuales cesan tan pronto como vuelven los unionistas liberales al primer plano de las decisiones políticas del país. Así lo muestra la cronología de sus cargos y ascensos: en 1843, a la caída de Espartero, fue nombrado mariscal de campo (lo que hoy llamaríamos general de división) y elegido diputado por Mallorca; 1847, capitán general de Burgos; 1851, teniente general; 1856-60 gobernador de Puerto Rico; 1862, capitán general de Aragón, y en el 63, de Cataluña; 1864, «en situación de cuertel»; de nuevo capitán general de Cataluña (1865-66) al volver la Unión Liberal. Retirado voluntariamente en Mallorca, al regresar Narváez. Triunfante la revolución del 68 y regresado a Madrid, asumirá la presidencia de la Sección de Guerra y Marina del Consejo de Estado (1868-72); en 1871, constituido por Amadeo I en primer marqués de la Cenia (en recuerdo de la citada batalla). Interregno republicano del 73 seguidamente, pero, concluído éste, de nuevo con cargos oficiales, como director general de Infantería (1874) y luego también de la Guardia Civil hasta 1882, en que el restaurado monarca borbónico, don Alfonso XII, le eleva a Grande de España. En los últimos y ya delicados de salud, años de su vida, fué director general de Inválidos (1885-1887) y, retirado a su finca mallorquina de Bañalbufar, moriría en Barcelona (1888) a donde había acudido en busca de remedio para sus dolencias.

Si lo expuesto explica una larga y fecunda trayectoria profesional y oficial de nuestro personaje en la agitada España peninsular —isabelina, revolucionaria, de la Restauración; romántica, ecléctica, del naturalismo/positivista— y si todo ello nos ayuda, a la vez, a comprender la razón de los cargos de confianza que se le encomendaron en Puerto Rico, conviene una breve alusión también a la historia coetánea de la isla, porque es el marco de referencia obligado para ponderar cabalmente la obra de Cotoner en aquella pequeña, pero igualmente española y querida, *perla de las Antillas.*

Y en este sentido, cabe comenzar recordando que los movimientos secesionistas en la práctica no le afectaron (la sublevación de esclavos en Bayamón en 1821 fue un episodio sin consecuencias) y en cambio representaron unas condiciones en cierta medida favorables para su crecimiento. En efecto, aunque el desarrollo de Puerto Rico no fue tan acentuado, y resultó cronológicamente posterior, como el de Cuba, la pérdida española de las posesiones continentales de América, significó, para aquellos dos restos isleños del naufragio imperial hispánico, un claro comienzo de desarrollo material y humano. Por una parte, las sublevaciones y guerras de independencia hicieron que Puerto Rico, como Cuba, fueran bases de abastecimiento de las tropas realistas, lo que benefició el movimiento mercantíl de los puertos de la isla —Mayagüez, Ponce, Fajardo, Cabo Rojo, Aguadilla— que ya en 1804 una Real Cédula había habilitado para el comercio; los movimientos secesionistas, por otro lado, trajeron a la isla exiliados del continente que, instalados en ella, no dejaron de contribuir con sus recursos materiales y humanos a la prosperidad de la isla. Posteriormente, pasaría a ser, por lógica, uno de los canales normales de llegada de la corriente emigratoria peninsular a todo lo largo del siglo XIX, como comprobaremos en su lugar oportuno. Y, en fín, el valor estratégico de la isla haría que el espíritu romántico-nacionalista de mediados de siglo (que se manifestó en forma de renovado despliegue exterior español ultramarino —Conchinchina, Marruecos, reincorporación de Santo Domingo, guerra del Pacífico, expedición a México—), beneficiara a Puerto Rico [135] con una renovada atención oficial por sus problemas y necesidades.

La acción americana de Cotoner

En este punto cabe introducir la acción americana del ilustre baleárico que la Unión Liberal envió como gobernador y capitán general de Puerto Rico, don Fernando Cotoner y Chacón, en 1856.

[135] *Vid.* para una visión de conjunto las obras de J. L. Vivas, *Historia de Puerto Rico*, Nueva York, 1962; L. Cruz, *Historia de Puerto Rico*, Barcelona, 1970; F. Ribes Tovar, *Enciclopedia puertoriqueña ilustrada*, San Juan, 1970.; J. A. Sillen, *Historia de la nación puertorriqueña*, Editorial Edil, 1973; M. Maldonado Denis, *Puerto Rico, una interpretación histórico social*, Siglo XXI, 1969. Como colección de textos y documentos, puede verse también la obra de A. Tapia y Rivera, *Biblioteca Histórica*, Puerto Rico, Impr. Márquez, 1854.

Nadie puede dudar de las capacidades militares y de gestión político-administrativa de nuestro héroe. La trayectoria profesional antes trazada las deja fuera de toda duda. E iba a demostrarlas en sus cuatro años de mandato en la isla.

No existe una monografía analítica de su obra de gobierno insular. Pero los datos disponibles, aunque no son numerosos [136], ilustran sobre una muy positiva y beneficiosa, política de realizaciones en obras públicas y en materia económica.

En este sentido, y entre las obras públicas, cabe destacar que la sociedad portorriqueña debió al gobernador y capitán general Cotoner la red de carreteras que circunvaló la isla y que, en materia económica, de su gestión gubernativa data el cambio de la moneda local por la nacional. Medidas reconocidas como de notable trascendencia en orden a la vida material y social, al progreso de la relación humana isleña, y que han llevado a considerar fecundos aquellos años del gobierno del capitán general Cotoner. Al volver a la Península y ocupar la Capitanía General de Cataluña en los años 1865-66, su mandato registraría una acertada política económica resolviendo problemas financieron de organismos y entidades como el Crédito Mobiliario Barcelonés y la Catalana General de Créditos, éxito que no fué ajeno a las experiencias que, en el lustro anterior, había adquirido al frente del Gobierno de Puerto Rico.

El coronel y dramaturgo ibicenco Carles Moreno y Puig

Sin el relieve profesional de otros paisanos baleáricos, pero caracterizado por una faceta literaria muy pronunciada, desarrollaría su vida en Cuba un militar ibicenco. Se trata de Carlos Moreno y Puig, hijo

[136] *Vid.* la obra citada de Gómez Arteche por ejemplo. Puede verse también, P. T. Córdova, *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la Isla de Puerto Rico*, San Juan, Inst. de Cultura Puertorriqueña, 6 vols. En el tercero de ellos describe la obra de los gobernadores hasta 1822 y, en el sexto volumen, la gestión gubernativa del conde de Torrepando, y, por lo tanto, aunque no alcanza a la época del gobernador Cotoner, sirve de muestra del estado de la isla antes de que asumiera Cotoner las responsabilidades de gobierno.

de un capitán retirado, de su mismo nombre, y de su esposa doña Veneranda Puig; había nacido en Ibiza el 31 de diciembre de 1848 [137].

Su vida militar comenzó al ingresar como cadete de Infantería; el 31 de agosto de 1866 obtenía su primer empleo como alférez, y en 1867 consiguiría el grado de capitán. Se trasladó a Cuba y allí pasaba a disfrutar del empleo efectivo de capitán el 3 de enero de 1872. Ascendería a comandante en 1877, cuando aún no contaba 30 años de edad y, en las primeras fases de la lucha independentista cubana, sería promovido a coronel, en marzo de 1896, por méritos de guerra.

Aunque en la isla caribeña destacó profesionalmente como comandante de la plaza de Mayarí, como redactor de memorias de carácter militar, el relieve de su personalidad en la vida cubana se cimenta en otras dimensiones de su creatividad personal, como haber dirigido la construcción del acueducto de Morón y, quizás especialmente, en sus creaciones literarias. Destacó como periodista en Santiago de Cuba, y fue autor teatral de obras en verso que eran objeto de representación en la isla. En este aspecto, su producción está constituida por el drama *O la Razón o la Ley*, en tres actos, *El talento de Crispín* (comedia, también versificada, en dos actos), *Quien mal siembra, mal recoge* (en tres actos) y *Manda quien manda*, pieza teatral en un acto.

Regresado a la Península, murió en Barcelona el 14 de diciembre de 1898 [138].

El general Valeriano Weyler en la Guerra de Independencia cubana

El capítulo final de la Cuba española

Siguiendo en el área antillana, y dentro de la especial cronología que Cuba representa para la presencia española en América —primer territorio de las Españas ultramarinas en cuanto incorporado por Colón ya en el primer viaje; último en desaparecer por imperativo de los hechos y del Tratado de París de 1898— nuestra galería de baleáricos debe avanzar en el tiempo para incorporar ahora a los militares y po-

[137] Su biografía en J. Clapes, *Biblioteca Ebusitana*, *cit.*, pp. 110-112.
[138] Clapes, *op. cit.*, p. 112.

líticos a quienes España encomendó el último y doloroso intento de pacificación interior de la isla, y la defensa de la españolidad de la *perla de las Antillas* en la suprema lucha que precedió al alumbramiento de la independencia cubana.

Va a tratarse de personajes con un interno drama humano que, por imperativo de los hechos, la historia ha convertido en irremediablemente bifrontes: si la entrega a su misión hasta el propio holocausto de su vida en ocasiones, los hace dignos del honroso recuerdo de la patria que los había enviado a cumplir un deber profesional en una misión de defensa de la legalidad, desde la perspectiva de los americanos que se les enfrentaron, y en ellos vieron obstaculizada su emancipación política, aparecen forzosamente teñidos de la condición de execrables enemigos; suscitando sus nombres las reactivas y emocionales connotaciones negativas que todo enfrentamiento armado comporta.

Esbozo biográfico de Weyler

En primer lugar, hay que situar en esta galería de militares baleáricos en Cuba al general Valeriano Weyler y Nicolau, de origen germánico, pero nacido en Palma de Mallorca en 1838: una vocación militar sentida desde la infancia y profesionalmente ejercida luego con pasión y arrojo personal en cien campos de batalla que, además de merecidos ascensos por méritos de guerra, le procuraron un carácter duro, y le curtieron con una personalidad inflexible, haciéndole aparecer como «el hombre de hierro» con que le califica su biógrafo Julio Romano [139].

Su vida es un rosario contínuo de resonantes acciones bélicas, ascenso a los más altos cargos profesionales y supremas misiones encomendadas y asumidas. A los dieciocho años era subteniente de Infantería, a los veintidós culminó con éxito los estudios de Estado Mayor y a los veinticinco marcharía por primera vez a Cuba y Santo Domingo (1863), donde cosecharía prestigio y ascensos, juntamente con la laureada de San Fernando. A los treinta años ascendía a coronel y poco

[139] J. Romano, *Weyler, el hombre de hierro*; Duque de Rubí, *En el álbum de mi abuelo: Biografía del general Weyler*, Madrid, 1946; J. Muntaner Bujosa, *El General Weyler*, s. I., 1965; J. Savater Mari, *General Weyler*, Palma, 1985

después a brigadier, con destino en Puerto Príncipe, donde se distinguió arrollando insurrecciones. En la Península luchó contra los carlistas y obtuvo la victoria de Bocairente tras una batalla que emprendió en contra de las órdenes superiores y que culminó felizmente gracias a su valor personal. Ascendido en 1875 a teniente general, fué sucesivamente capitán general de Canarias (1879) y de Baleares (1883), y al estallar la sublevación de los tagalos, dirigió la Capitanía general de Filipinas (1888) infringiendo duros castigos a los sublevados.

La situación cubana: Weyler y Maceo

En la biografía de Weyler, la gestión primordial para nuestro propósito es, lógicamente, la desplegada como capitán general de Cuba, a donde fue enviado por Cánovas del Castillo en 1896, ya en plena guerra de independencia, a raíz de la sublevación de Maceo.

Weyler y Maceo: dos nombres de la historia española común, dos personalidades gigantes para un mismo drama, en el que la historia les asignó misiones irreductiblemente antagónicas y que, por el desenlace de aquel dramático enfrentamiento, en el relato histórico, el uno aparece con el romántico halo del guerrillero que lucha por una causa noble, y el otro como el duro y feroz represor de la misma. Weyler, que en el campo de batalla venció a su genial, esforzado y admirable oponente, es, por exigencias del guión, para muchos «el malo» de la película [140]. Pero en ella no hacía sino asumir una misión nacional y cumplir un deber de militar profesional y, en términos rigurosos, era Weyler quien representaba y defendía la legalidad, en una causa civil e histórica que no era sólo una guerra de emancipación insular, sino también, como es hoy patente, la forma encubierta que adoptaba el naciente imperialismo norteamericano. Abiertamente así lo afirman hoy los propios historiadores estadounidenses, por lo cual puede decir uno de ellos que «el nombre correcto es el de «Guerra hispano/cubana/americana» [141].

[140] *Vid.* M. M. Wilkerson, *Public Opinion and the Spanish-American War*, Batom-Rouge, Louisiana, 1932.

[141] Así lo afirma, y así lo aplica en el propio título de su obra, P. S. Foner, *La guerra hispano/cubano/americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano. I: 1895-1898, II: 1898-1902*, Madrid, Akal, 1975, la cita literal transcrita en el texto en vol. I, p. 8,

La asumió Weyler, desde luego, con la implacable dureza del que se ha forjado en los campos de batalla, con la entrega personal de quien el pais le ha encomendado una suprema misión, y con la conciencia del militar que se juega el valioso prestigio de una brillante carrera profesional, y sabe perfectamente que tiene sólo la victoria como alternativa.

Las estrategias y las tácticas aplicadas en su misión cubana son hoy perfecta e históricamente conocidas. La documentación del período weyleriano, analizada ya desde distintos puntos de vista y diferentes países, ha producido una amplia bibliografía [142]. Y, por supuesto, disponemos de la propia e insustituible obra de Weyler que tituló *Mi mando en Cuba* [143].

Como antecedente y síntesis global de su etapa cubana, cabe establecer, por de pronto, que los insurrectos —o patriotas «mambises», según las diferentes perspectivas— con sus tres grandes líderes —Máximo Gómez, Antonio Maceo y Calixto García— todos ellos forjados y fogueados como guerrilleros en la escuela de la anterior Guerra de los Diez Años, comenzaron la lucha, tras el «Grito de Baire» (24 de febrero de 1895), en el mismo escenario de aquella larga guerra anterior (Holguín, Guantánamo...) y bajo las jefaturas de Martí, en lo civil, y de Máximo Gómez como jefe militar del movimiento.

nota. *Vid.* también H. Portall Vila, *Historia de la Guerra de Cuba y los Estados Unidos contra España*, La Habana, 1949.

[142] Sin ánimo de exhaustividad, cabe citar las obras de J. G. Gómez, *Los preliminares de la revolución de 1895*, La Habana, 1913; Academia de la Historia de Cuba, *Facsímil del original del Manifiesto de Monte-Cristi firmado por Máximo Gómez y José Martí el 25 de marzo de 1895*, La Habana, 1961; M. A. Varona Guerrero, *La guerra de independencia de Cuba, 1895-1898*, La Habana, 3 vols., 1946; J. Miro y Argenter, *Cuba, crónicas de guerra: las campañas de invasión de Occidente, 1895-96*, La Habana, 2 vols., 1945; *Correspondencia diplomática de la delegación cubana en Nueva York durante la guerra de independencia de 1895 a 1898*, La Habana, 1943-46, 3 vols.; R. E. Reyna Cossio, *Estudios histórico-militares sobre la Guerra de Independencia de Cuba*, La Habana, 1954; Winston S. Churchill, *A Roving Commission: My Early Life*, Nueva York, 1930; Coronel Camps y Feliu, *Españoles e insurrectos*, Madrid, 1900; José Luciano Franco, *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, La Habana, 1954, 2 vols.; del mismo, *La Vida Heroica y Ejemplar de Antonio Maceo*, La Habana, 1963; P. S. Foner, *History of Cuba and its relations with the United States*, Nueva York, 1962-63, 2 vols.; A. Garden, *Clara Barton, protectora de los reconcentrados cubanos*, La Habana, 1954.

[143] V. Weyler, *Mi mando en Cuba. Historia militar y política de la última guerra separatista durante dicho mando*, Madrid, 1910-11, 5 vols.

La genialidad táctica del lider y general negro Antonio Maceo logró hacer progresar el levantamiento por las provincias de Oriente (Santiago) y Las Villas (Santa Clara), mientras Máximo Gómez recorría Camagüey (Puerto Príncipe), levantando partidas de patriotas y obteniendo victoriosos encuentros, sin que el general español Martínez Campos fuera capaz de impedir aquel avance y, por otro lado, sin poder evitar la derrota ante Maceo en Paralejo (13 junio 1895). Avances y victorias de las partidas guerrilleras frente a las columnas realistas, a cuyo amparo pudieron los sublevados constituir una República cubana independiente, con una Asamblea que promulgaría la Constitución de Jimaguayú (30 de septiembre) formando un gobierno que presidiría S. Cisneros Betancourt y con Máximo Gómez como generalísimo.

La guerra total

Entre noviembre del 95 y enero del 96 los independentistas asombraron al mundo con la marcha de Maceo y Gómez hacia Occidente [144], hasta entonces libre de la guerra, logrando el prodigio logístico de atravesar con sus 3.000 hombres las provincias de Matanzas, La Habana y Pinar del Río, y llegar al punto más occidental de la isla, la ciudad de Mantua, sin que los contingentes realistas de Martínez Campos pudieran hacer otra cosa que cosechar reveses militares y pérdidas humanas. Grave situación que aconsejó relevar a Martínez Campos —cuya política contemporizadora se había demostrado inútil y perniciosa— y plantear un cambio oficial de estrategia, que forzosamente tendía a concebirse como de mano dura. Y para asumirla iba a ser nombrado capitán general de Cuba Valeriano Weyler, buen conocedor del terreno y vencedor en tantos campos de batalla en la propia Cuba —puesto que había servido ya allí en la Guerra de los Diez Años y en la campaña de Santo Domingo en 1895—, y reunía la inflexibilidad y dureza militares consideradas pertinentes al caso.

La citada y espectacular marcha hacia el oeste de Máximo Gómez y de Antonio Maceo, y el nuevo emplazamiento que los dos princi-

[144] Véase el capítulo «La guerra de oriente y los preparativos para la invasión del oeste», de P. S. Foner, en *op. cit.*, en pp. 73 y ss.

pales estrategas cubanos habían conseguido dar a sus efectivos humanos —situándose Maceo en Pinar del Rio y Gómez regresando a oriente— había sido posible gracias al apoyo de la población campesina. De ahí que Weyler, desde el primer momento, adoptara medidas para evitar la continuidad de la ayuda campesina a los sublevados. Y en este sentido, hay que citar la famosa orden llamada «de reconcentración» o «bando de reconcentrados» (21 de octubre de 1896): un decreto que contenía una oferta de clemencia para los insurrectos que se rindieran en un plazo de ocho días, e idéntico tiempo establecía para que la población rural —con sus ganados— se encaminaran hacia las ciudades ocupadas por las tropas españolas, con prohibición posterior de transportar alimentos y con indicación de que sería «considerado rebelde y juzgado como tal todo individuo que, transcurrido ese plazo, se encuentre en despoblado [145]». Como declara Weyler en su libro, estas medidas iban destinadas a privar a los rebeldes de información y de ayuda económica y controlar debidamente al campesinado [146].

Simultáneamente Weyler reorganizó los efectivos militares españoles en Cuba, dividiendo su ejército en tres cuerpos, mejoró el servicio de información [147] y adoptó nuevas tácticas, como la de evitar llevar al campo grandes fuerzas y actuar [148], en cambio, con unidades reducidas [149]; contestar con los mismos procedimientos del adversario; comprimir a los insurrectos en el este y someterlos al asalto definitivo [150]. Por de pronto, y confiando Weyler en que sus medidas tendrían efecto próximo, publicó por adelantado que iba a pacificar la provincia de Pinar del Rio y comunicó que, por lo mismo, los productores de azúcar podrían empezar a moler caña.

Pero Gómez y Maceo, también delinearon su estrategia reactiva y adaptada, aparte de que, según su punto de vista, las drásticas medidas de reconcentración del campesinado tendrían el efecto positivo de convencer a la gente llana de «lo que el dominio español significaba y de la

[145] F. Díaz Plaja, «El bando de "Reconcentrados"», en *Historia de España en sus documentos*, Madrid, 1983, p. 449.

[146] Weyler, *op. cit.*, II, pp. 538-40.

[147] P. S. Foner, *op. cit.*, I, p. 120

[148] Ricardo de la Cierva, *Historia general de España*, Madrid, 1979, t. IX, p. 122 donde pondera las medidas de Weyler como próximas a lograr el fin de la guerra.

[149] Miró, *op. cit.*, III, pp. 178-79.

[150] Weyler, *op. cit.*, II, p. 540.

importancia de la lucha rebelde para su derrota» [151]; los dos líderes cubanos acordaron «evitar encuentros con la concentración de tropas que Weyler estaba formando contra ellos en esa parte de La Habana, y marchar el general Maceo hacia el norte y el general Gómez hacia el sureste a través de La Habana, hacia Matanzas [152]. Y para evitar el cumplimiento de los sueños de Weyler y a la vez «extender el necesario terror, de forma que los propietarios de plantaciones estuvieran lo suficientemente atemorizados como para no seguir adelante con la cosecha de azúcar», Maceo hizo una incursión para crear «un ancho camino con la destrucción de plantaciones de azúcar y molinos por donde pasaba» devastando un espacio de la provincia de La Habana antes de regresar a Matanzas [153]. En otra reunión de Maceo con Máximo Gómez (la del 10 de marzo en El Galeón), ambos acordaron «que el ritmo de destrucción debía acelerarse, ya que se estaba haciendo claro que España no podría soportar el tremendo peso económico de la guerra mucho más tiempo» [154].

Aquello significaba entrar en la guerra total por ambos bandos y el historial y carácter personal de Weyler no eran los más adecuados para esperar que fuera a quedar el último en esta línea de destruir todo aquello que representara una posibilidad para el adversario. En esta línea de supresión de contemplaciones, ni materiales ni humanas, es un hecho cierto que el simple nombre de Weyler llegó a causar horror y pánico en toda la isla de Cuba. A la vez, Weyler reforzaba militarmente la trocha de Mariel con objeto de aislar y encerrar a Maceo.

Conocido por éste el plan de Weyler, se adelantó a operar con el intento de inutilizarlo, iniciando un desplazamiento que ha quedado en la historia como un prodigio de intuición logística y de heroísmo personal, hasta tal punto de que, pese a la desproporción de hombres y medios, Maceo logró burlar la trocha, rechazar repetidamente a las columnas españolas, aunque acabó abatido por las tropas de Weyler en Rubí (7 de diciembre), acción por la que el general español recibiría el Ducado que lleva el nombre de este lugar, del último combate peleado por el general negro.

[151] P. S. Foner *op. cit.*, p. 121.

[152] Foner, *op. cit.*, I, p. 121.

[153] Archivo Nacional de Cuba, carta de Maceo a Estrada Palma, San Francisco, 21 de marzo de 1896. Citado por Foner, en *op. cit.*, p. 123 y nota 16, p. 142.

[154] Foner, *op. cit.*, I, p. 123.

Aunque el relato de las acciones bélicas subsiguientes se presta a revestir sentidos contrapuestos según las perspectivas del narrador, puede afirmarse, de una parte que, pese a los anuncios weylerianos de inmediata pacificación, los insurrectos cubanos —ahora al mando del general José María Rodríguez, en Pinar de Río, y al mando de Máximo Gómez— obtuvieron victoriosos encuentros, y que el hecho de moverse con libertad por los ámbitos rurales, hacía evidente la práctica imposibilidad de una victoria militar española contra la guerrilla, apoyada y aprovisionada por los Estados Unidos. Esta convicción llevaría al Gobierno español a cambiar de estrategia y proyectar la concesión a Cuba de un gobierno autónomo. Lo que no impedía que Weyler, antes de ser relevado, fuera imponiéndose militarmente en Loma Candelas, Río Hanábana, Sagua Chica, Santa Clara, Manajanabo, Loma Pimienta, Remedios, Pozas, Majuaraia, Baga, Pozo Azul, etcétera.

Colofón Weyleriano

Ahora bien, la dura gestión política y militar de Weyler en Cuba —que los Estados Unidos no dejarían de magnificar y explotar ante la opinión mundial, tomándola como base de amenazas bélicas— más la decisión de implantar el indicado régimen autonómico, llevaron a la cancelación del mando de Weyler, decretado por el nuevo gobierno Sagasta (agosto de 1897) formado a raíz del asesinato de Cánovas. El cese de Weyler como capitán general de Cuba parece que fue también, en parte, la contrapartida que Sagasta concedió a cambio de la promesa de Estados Unidos de un mejoramiento de relaciones, que lejos en todo caso de cumplirse, derivaron, tan sólo meses después, en el incidente del *Maine* (15 de febrero de 1898), tomado como interesado pretexto para la intervención abierta y la posterior batalla naval decisiva.

En cualquier caso, Weyler ha quedado en la historia —no solamente en la americana— como una personalidad bélica, dura e inflexible; como «el hombre de hierro», según le llamó uno de sus biógrafos. Éste, para resumir la trayectoria militar de nuestro personaje y el juicio global que le merecía, escribió que «donde ponía el pie, allí se levantaba el fuego. Y la hoguera llegó a ser tan grande, que le hizo fracasar...» [155].

[155] J. Romano, *Weyler, el hombre de hierro*, p. 116.

Regresado a la Península, Valeriano Weyler continuó, sin embargo, su fulgurante carrera militar y política. Fue en diversas ocasiones ministro de la Guerra; ascendió a capitán general en 1910, y fue jefe del Estado Mayor Central del Ejército en 1916. En 1923 se opuso al golpe de Estado de Primo de Rivera. Murió en Madrid en 1930.

El general Joaquín Vara de Rey

Ligado al propio momento histórico de la guerra de independencia cubana a la que estamos refiriéndonos, figura otro personaje destacado que nuestra galería de baleáricos insignes debe incluir: el general don Joaquín Vara de Rey y Rubio [156]. Nació en el castillo de Ibiza el 14 de agosto de 1840, hijo del capitán de Infantería don Joaquín Vara de Rey y Calderón de la Barca, y de doña Clotilde Rubio y Cuebillas. Moriría en Santiago de Cuba en 1898.

Su trayectoria profesional

Hizo su carrera militar, como la de tantos de sus compañeros de armas de la segunda mitad del siglo XIX, al calor de los conflictos bélicos españoles de la época y en los escenarios tanto peninsulares como ultramarinos.

La trayectoria profesional de Vara de Rey, tiene como primer hito cronológico destacado, su ingreso en 1855 en el Colegio General del que saldría en el año 1858 como segundo teniente, ascendido a primer teniente en 1862. Sirvió en el Regimiento de Soria y se destacó en la defensa de Santander, lo que le valió el grado de comandante. Ello sitúa los comienzos de nuestro personaje en el momento en que la escena política está presidida por el partido de la Unión Liberal, liderado por el general Leopoldo O'Donnell, que intentaría una vía media, con progresistas moderados y moderados avanzados, para tratar de obviar

[156] Su biografía en J. Clapes, *Biblioteca Ebusitana*, Palma de Mallorca, Colomar, 1902, pp. 96-102; *vid.* también M. Aznar, «Heroísmo y grandeza del general Vara del Rey (Un episodio inmortal de la guerra de Cuba), en *Semana*, I, núm. 45, Madrid, 31-12-1940; J. Sanmartín Perea, «El héroe de El Caney», *España de Tánger*, 29-1-1942.

los enfrentamientos partidistas, y emprenderá un amplio programa de política ultramarina. Vara de Rey vivirá, pues, rodeado de las repercusiones militares de los problemas interiores y exteriores de España. Conoció el ambicioso despliegue en Ultramar de los años 60 —guerra de Cochinchina, de Marruecos, recuperación de Santo Domingo, guerra del Pacífico, expedición a México— en vísperas de que, en el interior, estalle «la septembrina» (o «la Gloriosa») que destronará a Isabel II y abrirá el subsiguiente período revolucionario (Regencia del general Serrano, duque de la Torre —1869/71— Monarquía popular de Amadeo I —1871/73—, Primera República —1873/74—).

Vara de Rey va a intervenir en los dos tipos de acciones militares a que obligó el fenómeno revolucionario: en primer lugar, intervino en la reacción militar impuesta por la derivación extremista suscitada por la estructura federal de aquella primera República, que acabó produciendo, como es sabido, el cantonalismo periférico: Vara de Rey luchó en los levantamientos de Cartagena y de Valencia; declaración de independencia de Málaga, Cádiz, Granada, Córdoba, etc. Fenómeno cantonal dominado por el general Pavía, que acabó con los cantones de Sevilla, Cádiz, Granada y Málaga; López Domínguez, que someterá Cartagena y Martínez Campos que dominó el cantonalismo valenciano.

Subsiguientemente, Vara de Rey luchará también contra la inacabable y fratricida guerra carlista, recrudecida por aquellas mismas fechas y al amparo de las dificultades políticas que conocía el país. En 1873 sirvió en el Ministerio de la Guerra y en 1874-75 en la Dirección General de Infantería. En 1878-79 fue comandante militar de Tudela [157].

La biografía militar de Vara de Rey lo muestra como teniente coronel sirviendo en el Regimiento de Isabel II en Valladolid, hasta 1884 en que solicitó pasar a Filipinas.

Su labor en Ultramar

Iban a ser, pues, los grandes escenarios coloniales ultramarinos —primero Filipinas y luego Cuba— donde Vara de Rey va a forjar su

[157] Clapes *Biblioteca Ebusitana, cit.*, p. 97.

personalidad profesional y culminar su carrera militar. Fracasada la República y restaurada la Monarquía borbónica en la persona de Alfonso XII —por obra de Cánovas del Castillo, jefe de los alfonsinos y vinculado a la idea de O'Donnell de un partido de centro— se pudo iniciar un proceso de recuperación económica y pacificación interior; sin olvidar el problema de las insurrecciones ultramarinas, afrontadas cada vez más desde estrategias liberales que ciertamente no descartaban la concesión de regímenes autonómicos, pero concebidas sin menoscabo del control militar.

Las Filipinas —donde latía el espíritu independentista, fomentado también por Estados Unidos [158] y donde se producían intermitentes insurrecciones tagalas— van a ser el primer teatro ultramarino de actuación de nuestro personaje. Vara de Rey —entonces teniente coronel— en las Islas (1884) tomaría el mando del regimiento España núm 1 y permanecería hasta 1890 [159]. Durante su estancia, participó en una expedición a Mindanao a las órdenes de Weyler, gobernador y capitán general de Filipinas; fue jefe de la Academia preparatoria y ejerció el gobierno en las islas Marianas.

Pero regresado a la Península, desempeñó la jefatura de la zona militar de Ávila con el grado de coronel hasta 1895, año en que solicitó su traslado a Cuba. Era el momento en que se desencadenaba la etapa definitiva y final de la guerra de independencia cubana. Y sería en esta isla donde alcanzaría la culminación de sus grados militares y en ella encontraría la muerte heróica que le ha granjeado un puesto en la historia y la admiración de sus propios adversarios.

Bajo el mando de su paisano el general Weyler, gobernador y capitán general de la isla, Vara de Rey fue comandante militar de Bayamo, en la provincia de Oriente (Santiago). Bajo el mando de Weyler o de su sucesor, el general R. Blanco, tomó parte en las acciones militares más resonantes de aquellos años. En la Loma del Gato (5 de julio de 1896) mandando el Regimiento de Cuba, obtuvo la victoria en el combate en que murió el héroe nacional, general Macao, lo que le valió a Vara de Rey el ascenso a general de brigada. Mandó una de las

[158] F. Fulgosio, *Crónica de las Islas Filipinas*, Madrid, 1871.

[159] La situación de Filipinas en los días mismos de la presencia en las islas de Vara de Rey, puede documentarse en J. Montero Vidal, *Historia general de Filipinas desde el descubrimiento de dichas islas hasta nuestros días*, Madrid, 1887-89, 3 vols.

brigadas del general Linares, por lo cual intervino en los cambates en Sierra Maestra, donde operaban, etcétera.

El héroe de El Caney

La voladura del *Maine* en el puerto de La Habana (15 de febrero de 1898, atribuida interesadamente a España por Estados Unidos como uno de los pretextos para decidir las hostilidades [160]), tardó dos meses en convertirse en declaración de la guerra hispano-norteamericana (25 de abril [161]), por la necesidad previa de evacuación de los súbditos estadounidenses, de enlace con los insurgentes (el famoso «mensaje a García» enviado por el Departamento de Guerra al general cubano Calixto García), la planificación con ellos de medidas logísticas, de trasporte de material de guerra y provisiones, medidas previas de bloqueo de la isla por la escuadra norteamericana, etcétera.

En los combates del momento, Vara de Rey intervino en el que rechazó el ataque de Calixto García al pueblo de Palma Soriano (20-22 de mayo) y su acción victoriosa le valió la Gran Cruz de María Cristina [162].

Una vez rotas las hostilidades norteamericanas, se acordó que el desembarco de las tropas expedicionarias se haría por la costa meridional de la provincia de Oriente [163]. Para que las fuerzas españolas en Santiago no pudieran recibir refuerzos (desde Holguín, Camagüey, etcétera), el desembarco estuvo precedido de una amplia operación de corte de comunicaciones, emplazamiento de guerrilleros, etc. a cargo de los generales cubanos Calixto García y Máximo Gómez. El desembarco de las tropas expedicionarias norteamericanas —unos 18.000 hombres, al mando del general William R. Shafter [164]— se efectuó, en

[160] *Vid.* el tratamiento del problema en P. S. Foner, *op. cit.*, t. 1, pp. 301 y ss. y 308-10.

[161] *Vid.* el complejo proceso político-diplomático que precedió la declaración de guerra por el presidente McKinley, en Foner, *op. cit.*, p. 323 y ss., y 346 y ss.

[162] Clapes, *op. cit.*, p. 98.

[163] J. Jeréz Villarreal, *Oriente: Biografía de una Provincia*, La Habana, 1960.

[164] El general Shafter mandaba el Quinto Cuerpo de Ejército, conducido por una flota de 32 transportes, 15.058 soldados y 819 oficiales. *Vid.* Foner, *op. cit.*, t. II, p. 22.

efecto, por Daiquiri el 21 de junio de 1898 [165], protegidos por unidades de insurgentes que atacaban a las tropas españolas del interior impidiéndoles avanzar hacia la zona del desembarco. Como informaba el general de División Arsenio Linares, gobernador y defensor de Santiago, «sin la ayuda de los cubanos, los «yankees» no hubieran podido desembarcar» [166]. Dado que Vara de Rey servía a las órdenes de Arsenio Linares, nuestro personaje va a encontrarse, pues, en primera línea de combate del frente principal, y en él peleará su última y heroica batalla de la guerra de independencia cubana.

El escenario de la gesta iba a ser El Caney, «donde se hallaba el general Joaquín Vara de Rey que dirigía las operaciones desde el fuerte de El Viso y cuatro fortines de madera que se comunicaban entre sí por trincheras [167]», plaza que el ejército expedicionario norteamericano necesitaba tomar para asegurar el avance hacia Santiago. Esta operación «ha sido discutida en términos de estrategia militar por encontrarse El Caney alejado de la ruta de Santiago, pudiendo haber sido flanqueado sin derramamiento de sangre» [168]. En cualquier caso, dada la colaboración de los guerrilleros cubanos, y la superioridad de efectivos y medios propios disponibles, la operación se presentaba fácil, según las previsiones del mando, hasta el punto de que, en la programación de su avance logístico, «el general Lawton había ofrecido tomar El Caney en dos horas», pero «tardó doce, desobedeciendo la orden de Shafter de retirarse, recibida a las tres de la tarde. En estas circunstancias se vio precisado a pedir refuerzos urgentes a Calixto García y a la brigada de Miles...» [169].

La estrategia adoptada era la de un ataque múltiple y convergente; por una parte, las fuerzas del brigadier Adna R. Chaffe, con ayuda de un contingente de 1.200 cubanos, abriría camino hacia El Caney, mientras, por otro lado, una de las divisiones del Quinto Cuerpo del Ejército —al mando del brigadier general H. W. Lawton, apoyado por

[165] F. Martínez Arango, *Cronología crítica de la guerra hispano-cubano-norteamericana*, La Habana, 1958.

[166] *Cit.* por Foner, *op. cit.*, p. 23; ref. en nota 46, p. 49.

[167] Dirección Política de las FAR, *Historia de Cuba*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1981, p. 50.

[168] *Ibidem*, p. 501.

[169] *Historia de Cuba, cit.*, 1981, pp. 501-502.

una brigada de regulares, conjunto que sumaba 7.000 hombres, que contarían, además, con los 1.200 cubanos de la división de González Clavell– debería avanzar desde sus posiciones. Y «en cuanto estas fuerzas atacasen, los 8.000 hombres restantes, avanzarían hacia las colinas de San Juan, guiados por un globo aerostático, para atravesar el bosque» [170].

Para frenar el avance de este colosal dispositivo, Vara de Rey disponía en El Caney de 520 hombres. En tales condiciones, el resultado final del choque bélico no podía ofrecer duda alguna, pero podía ofrecer, y ofreció, la prueba suprema del temple humano, de la capacidad de sacrificio y del sentido del deber de quienes su país les había confiado una misión y la cumplirían hasta el final.

Las columnas de los generales norteamericanos Weeler y Lawton que, enviadas por Shafter, debían avanzar aquel primero de julio de 1898 sobre El Caney, se estrellaron ante el general ibicenco Vara de Rey y el puñado de hombres que le rodeaba, durante un espacio de tiempo seis veces superior al que los cálculos tácticos de Shafter habían previsto. Ello obligó al mando norteamericano a variar sus planes por el retraso experimentado y las considerables bajas sufridas. La actual versión oficial cubana de la batalla, concede el protagonismo y éxito final a las fuerzas guerrilleras del país al afirmar: «los batallones de infantería de Ludlow y Shafter fueron reforzados por los batallones de infantería suministrados por García. Los cubanos del batallón de Caonao, después de un violento ataque, serían los primeros en asaltar y tomar el fuerte de El Viso. A las seis y quince de la tarde, con las fuerzas cubanas todavía a la vanguardia, se tomaba el poblado de El Caney» [171].

Por parte española, sólo sobrevivieron en El Caney 80 hombres. El relato de la gesta que hicieron estos supervivientes conmocionó a España al conocer, y poder divulgar al mundo, la conducta de nuestro héroe. Había multiplicado su presencia en todos los puntos de El Caney, había continuado dirigiendo y luchando, a pesar de sus heridas, ofreciendo a todos el ejemplo personal de heroismo hasta la muerte.

[170] Resumen tomado de Foner, *op. cit.*, t. II, pp. 27-28, que sintetiza los relatos de campaña y otras informaciones del momento.

[171] Dirección Política de las FAR, *Historia de Cuba*, *cit.* 1981, p. 503.

Los restos de Vara de Rey fueron enterrados en el campo de combate, pero posteriormente traídos a España [172].

Un monumento por suscripción popular

A pesar de que en aquel 98 final del imperio ultramarino español, los ejemplos de heroismo se multiplicaron tanto en tierra como en el mar, tanto en el Caribe como en Filipinas [173], España mostró una especial sensibilidad por la resistencia sobrehumana del general ibicenco Joaquín Vara de Rey y sus hombres en El Caney, y quiso expresar simbólicamente en ellos la admiración y agradecimiento del país.

Al poco de concluir la guerra abrió una suscripción nacional para levantar un monumento a los héroes de El Caney [174]. Lo inauguraba solemnemente el propio rey don Alfonso XIII en Ibiza, la patria chica de Vara de Rey, en abril de 1904 [175]. El *Diario de Ibiza* publicaba con este motivo un número extraordinario conmemorativo [176], cuya portada contenía sólo las líneas autógrafas del monarca: «Para los mártires del deber, la muerte se transforma en pedestal glorioso». Y en aquel monumento nacional, emplazado en el paseo que lleva el nombre del ilustre general ibicenco, se perpetúa el recuerdo y el agradecimiento patrio por su heroico sacrificio.

[172] Clapes, *op. cit.*, p. 100.

[173] *Vid.* J. Pabón, *El 98, acontecimiento internacional*, Madrid, 1952.

[174] E. Fajarnes Tur, «Monumento a Vara de Rey», en *Almanaque Balear*, Palma de Mallorca, VIII, núm. 247 (1900), p. 396.

[175] Los programas de invitación a la solemne inauguración real del monumento señalaban inicialmente la fecha del 24 de abril de 1904. Por cortesía de don Juan Tur de Montis, en cuyo Archivo se conserva la invitación cursada a su tío don Luis Tur, puedo consignar que una nota manuscrita en la citada invitación informa del retraso del acto al día 25 «a causa del temporal».

[176] «Viernes primero de julio de 1904». Lleva fotografías de la ciudad, el monumento inaugurado, la casa natal de Vara de Rey y artículos de I. Riquer, F. Escanellas, V. Hernández Wallis, G. Ramón, B. Ramón Capmany, los obispos de Sión y de Menorca, una página de «Pensamientos» exaltadores de Vara de Rey, con frases de los destacados políticos y militares de la época: el conde de Cheste, Camilo E. de Polavieja, Silvela, el duque de Rivas, el capitán general Fernando Primo de Rivera, Juan Valera, Ruperto Chapí, Mariano Riquer Aguenza, Plácido Pereira, etcétera.

El retrato de Vara de Rey figura en la Galería de Hijos Ilustres de Ibiza en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento de la capital. Su biógrafo Clapés, alude a la producción escrita de Vara de Rey, consistente en artículos, mapas y libros, entre ellos una *Memoria sobre la organización del Ejército* escrita en 1876 [177].

Cronistas e historiadores

Dentro de la galería de baleáricos en América, los religiosos, prelados y misioneros constituyen, sin la menor duda, el grupo más relevante de la galería humana, y del protagonismo histórico de las gentes de nuestras islas en Ultramar. Precisamente, el justo y merecido reconocimiento de esta relevancia aconseja la consideración específica y propia de sus vidas y obras, en parte, separada dentro de la arquitectura y organización de contenidos del presente libro. Porque acontece que algunos de tales misioneros y religiosos desplegaron también una labor simultánea de curiosidad científica por los pobladores indígenas, de interés por anotar los acontecimientos que vivían, de estudio de las peculiaridades de las tierras que recorrían, etc., que en este sentido confieren a su obra tan notoria importancia que sería injusticia no componer con ellos —sin menoscabo de su labor espiritual, religiosa y misionera, que será también ponderada en su lugar oportuno— un apartado especial dentro de nuestra galería de personajes baleáricos en América presentándoles justamente también en su merecida faceta y condición de científicos, cronistas e historiadores que fueron de hecho.

Semejante propósito parece tanto más aconsejable y justificado cuanto que, habiendo actuado ellos mismos como misioneros —o junto a las grandes figuras baleáricas que evangelizaron en Indias— la previa referencia específica a su labor de cronistas e historiadores sirve, a la vez, de introducción a la indicada y propia parte que seguidamente se dedicará a nuestros grandes misioneros en América.

Una observación previa más: con mucha justicia podría encabezarse el presente apartado con el nombre de fray Junípero Serra, ya que no poca ni banal información ofrecen sus escritos, —como, por

[177] Clapés, *op. cit.*, p. 102. No cita la mencionada producción escrita.

ejemplo, las 270 cartas que reunió su editor el padre Tibesar [178]— o lo que consigna su famoso *Diario de 1769* [179]. Pero siempre será un hecho innegable que su personalidad está definida no tanto por su actividad epistolar, cuanto por la obra evangelizadora; y por lo tanto, debe ser en esta parte de la presente obra donde se aborde la aportación baleárica a la acción misional y donde deba ofrecerse el estudio de fray Junípero desde la más importante de las dimensiones de su personalidad; sin menoscabo, claro está, de que aquí se utilicen los apoyos textuales que, de su labor, dejara el propio padre Serra.

El padre Palou, historiador de California y biógrafo de fray Junípero Serra

Desde los criterios y enfoques que acabamos de establecer, la figura más destacada del grupo ahora considerado es, sin duda, el mallorquín fray Francisco Palou (Palma de Mallorca, 1723 - Querétaro, 1789).

Caracteres historiográficos

Figura destacada, por diversas y poderosas razones: en primer término, por el fuste historiográfico de sus obras, ahora lógicamente la base primordial de nuestro juicio; en segundo lugar, por ser testigo ocular y protagonista de gran parte de los contenidos de sus relatos históricos; en tercer término, por las cuestiones que situó en el centro de su interés, que le llevaron a ser, no sólo cronista de acontecimientos vividos, sino también investigador de cuestiones del pasado histórico.

[178] A. Tibesar, *Writings of Junipero Serra*, Washington, 1955-1966, 5 vols. Los escritos de fray Junípero se encuentran en diversos archivos europeos y americanos. Entre los primeros: Archivo General de Indias, Museo Naval de Madrid, British Museum de Londres; entre los americanos: Archivo General de la Nación de México, New York Public Library, Universidad de Texas, Archbishop's Archives of San Francisco, etc.

[179] El original fue localizado en el Archivo General de la Nación de México (sección Colegio de San Fernando), y se conocen diversas copias de la época, una custodiada en la Newberry Library de Chicago, Colec. Edward E. Ayer —editada por Lummis, en 1902— y otra en la New York Public Library. Han sido objeto de diversas ediciones, *Writtings of Junipero Serra*, 1955.

Todo ello redondeado, además, por el hecho, bien conocido por todos, de haber sido el más cercano compañero, el más constante colaborador y el más autorizado biógrafo de fray Junípero Serra.

La obra histórica

Dejando al margen ahora el amplio epistolario del padre Palou, [180] su obra, en términos historiográficos, está constituida por dos trabajos de diverso carácter: la *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable Padre fray Junípero Serra* (citada comúnmente como *Vida*) y las *Noticias de la Nueva California.*

La *Relación histórica...*, *Vida*, o biografía de fray Junípero, es un monumento historiográfico universalmente estimado como la obra más importante, primordial y documentada sobre el apóstol mallorquín y la historia de las primeras misiones franciscanas en la Nueva California [181]. Fue elaborada a base de las anotaciones que pacientemente había ido haciendo, transformadas formalmente en libro —seguramente lo tenía ya terminado en 1786— tanto por la convicción de la necesidad de dejar constancia escrita de la labor realizada, como también como homenaje —tras la muerte de fray Junípero— a la portentosa figura apostólica de su condiscípulo y hermano de hábito, e iba dedicada «a la Santa Provincia de Nuestro Padre San Francisco de la isla de Mallorca».

La obra fue objeto de repetidas ediciones: las primeras de México, de 1787 y 1852 [182]; la de Madrid (Aguilar, 1944) [183], o la del gran especialista Maynard J. Geiger (Washington, 1955) [184].

[180] La preparación de la edición de este epistolario ha sido tarea que se impuso la «Academy of American Franciscan History».

[181] No obstante, se formularon algunas críticas a ciertos extremos de su contenido, como las del dominico padre Luis Salas consignadas por J. M. Bover, *Biblioteca de Escritores Baleares*, Palma, 1868, tomo II, p. 55, sin embargo, desmentidas por conocimientos más precisos.

[182] Esta edición es la que aparece inserta en Clavigero, *Historia de la Antigua California*, México, 1852.

[183] Apareció también en este mismo año de 1944 otra edición de la *Relación histórica...* de Palou con el título de *Evangelista del Mar Pacífico*, Madrid, Colección España Misionera, 1944, prólogo de Lorenzo Riber.

[184] M. J. Geiger, *Palou's Life of Junípero Serra*, Washigton, 1955.

Por lo que hace a su otra obra histórica, *Noticias de la Nueva California*, cabe subrayar que contrasta con la anterior, por de pronto, por su diferente carácter y su falta final, por parte del propio padre Palou, de una formalización definitiva: se trata de una compilación documental con el intento de servir a una historia general de California. El original se ha perdido o está por localizar. Sólo se dispone de la copia, hecha después de muerto el autor por fray Francisco García Figueroa respondiendo a deseos de Carlos IV de que se copiaran los manuscritos relativos a la colonización americana.

Las ediciones españolas de las *Noticias de la Nueva California* están plagadas de errores cronológicos, toponímicos y onomásticos. La primera edición apareció en México en 1857 y fue reeditada en San Francisco en 1874. Y en 1926 se publicó una edición inglesa con el título de *Historical Memoirs of New California* [185].

Fray Juan Crespí Fiol, cronista de exploraciones californianas

Ligado estrechamente también a Junípero Serra y su labor evangelizadora, fray Juan Crespí constituye un ejemplo cabal de incansable viajero, que dejó hecha la crónica diaria de lo que veía a su alrededor. Con derecho incuestionable a figurar en el presente grupo de nuestra galería de historiadores baleáricos en América, debe reservársele a él un lugar especial, porque es, sin duda, el más minucioso relator de la tierra y de los pueblos californianos que recorrió.

Vida y hechos

Había nacido en la ciudad de Palma de Mallorca en 1721 [186]. Fue compañero de juventud y de estudios de Francisco Palou, y el hecho de que ambos siguieran la carrera eclesiástica, profesaran en la Orden seráfica y que en 1740 fueran alumnos de Filosofía del padre Junípero

[185] H. E. Bolton, ed., *Historical Memoirs of New California*, S. Francisco, 1926.

[186] Font Obrador, en *Historia de Mallorca*, *cit.* p. 536, nota 103, transcribe su partida de bautismo de los registros parroquiales de la catedral tomo de 1720-1727, fol. 32 v., donde se fija el día 1 de marzo de 1721 como la fecha de su nacimiento.

Serra en el real convento de San Francisco, explica que el traslado a América y toda la trayectoria biográfica de fray Juan Crespí en ella, esté estrechamente enlazada con la de su condiscípulo y su maestro.

Son las obras de fray Francisco Palou —especialmente su *Relación histórica...*— y son las epístolas de fray Junípero Serra las que informan sobre el carácter, la psicología, la vida y los hechos de nuestro personaje. El padre Palou trasmite detalles de la conducta ejemplar, del recogimiento, humildad y personalidad retraída que a Crespí ya le habían valido, entre sus condiscípulos, los sobrenombres de «beato» y de «místico». [187]

En México, después de haber estado en el Colegio de San Fernando y como miembro del Apostólico Colegio de Propaganda Fide de fray Junípero, fue destinado a las misiones de Sierra Gorda, entre los indios pames, de 1750 a 1767 (año este último del decreto de expulsión de los jesuitas, que habría de poner en manos franciscanas una ampliada tarea misional); desde allí pasó a regir la misión de La Purísima de Cadegomo hasta que en 1749 se incorporaría a la actividad exploratoria y misional que Serra y Gálvez habían planeado en la Alta California, y de la que, por orden de fray Junípero —según sabemos por el padre Palou— fray Juan Crespí se convertiría en el puntual y minucioso cronista. Lo consignaba así el condiscípulo de Crespí y gran biógrafo del padre Serra:

> El curioso que quisiere saber de este viaje, lo remito al *Diario* que, por extenso, formó el padre fray Juan Crespí en el mismo camino, tomando el trabajo, en las paradas, de escribir lo que habían andado cada día con las particularidades ocurridas [188].

Los «Diarios»

Esta alusión a la tarea relatora del padre Crespí, nos lleva a consignar los pertinentes datos cartacterizadores de su labor histórica que, con el nombre y bajo la forma de *Diarios*, representa la detallada cró-

[187] Palou, *Relación histórica...*, *cit.* cap. L, p. 226. *Vid.* Font Obrador, *loc. cit.*, p. 537.

[188] Fray F. Palou, *Relación histórica...*, *cit.* cap. XVI, p. 89; copiado por Font Obrador, *loc. cit.*, p. 537.

nica de las primeras y diversas expediciones exploratorias y acciones misionales de España en la Alta California.

En primer término, cabe pensar que la labor cronística asignada por fray Junípero al padre Juan Crespí debía partir del conocimiento de sus cualidades de observador minucioso y detallista, supuesto que parte del hecho real de que tales rasgos son precisamente los que, con más claridad, definen la prosa de nuestro personaje. ¿Recordaría acaso fray Junípero que su antiguo alumno se caracterizaba por la falta de memoria consignada por el padre Palou como uno de los caracteres de su viejo condiscípulo [189], y sabría, por ello, que fray Juan Crespí lo anotaba todo, incluso lo superfluo, tal vez por temor a la traición de su flaca retentiva? Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que los hechos descritos por el padre Crespí no sólo se ofrecen meticulosamente referidos, sino que, a veces, hay reiteraciones frecuentes, expresadas con los mismos términos literales, y consignadas con olvido claro que ya se han descrito antes.

Otros caracteres de la obra de Crespí pueden señalarse, ayudándonos incluso de la opinión nada menos que del propio fray Junípero Serra, el mismo que había encomendado la redacción de los diarios de las expediciones. Así, fray Junípero, en carta de 20 de junio de 1771, refiriéndose a la manera como fray Juan Crespí hacía su labor y en relación con la indicada meticuliosidad narrativa de su cronista, cuenta haberle querido «o ir a la mano en algunas ocasiones... (para que) no se detuviese en varias menudencias, repeticiones y superlativos» lo que le llevaba a aturdirse y contestaba

> si no había de dezir la cosa como ello era y cómo havía pasado. Y assí ya lo dexé a que siguiese su rumbo. Lo que, en mi sentir, necesita para salir al público, es que alguno se dedicase a resumirlo tantito, y darle un estilo más natural y corriente. Yo quizás lo habría hecho si lo huviese concluido más en tiempo, pero ha bien poco que lo acabó de poner en limpio [190].

Texto inapreciable, tanto por quien lo escribe, como por la penetración de su diagnóstico que ahora nos importa recoger: meticulosidad y reiteraciones excesivas, estilo en ocasiones alambicado.

[189] Fray F. Palou, *Relación histórica...*, *cit.*, cap. L, p. 226.

[190] Carta de fray Junípero al padre Verger. Citada por Font Obrador, *Historia de Mallorca*, *cit.*, p. 544.

Ahora bien, señalados los rasgos anteriores, cabe también subrayar que la preocupación de Crespí por el detalle, ha hecho de su obra un centón inapreciable de datos geográficos, paisajísticos, metereológicos, logísticos, etnológicos acerca de los indios que iban encontrando —indumentaria, habitación, danzas, rituales, creencias, etc.—; de la fauna y flora, de cada uno de los accidentes litorales, marítimos o fluviales encontrados, así como de las distancias recorridas en cada jornada, llegando a computarlas hasta los cuartos de legua... Todo lo cual presenta a nuestro autor como un enciclopédico botánico, naturalista, geofísico, etnógrafo, tanto más fiable cuanto que iba operando con brújula, con instrumentos de medición como cuadrantes y astrolabios, tomando la altura y otras coordenadas de situación... es decir, con la fiable exactitud matemática y meticulosidad de un científico profesional.

De lo cual resultó que los *Diarios* de fray Juan Crespí constituyen el primer e insuperado relato de la Alta California, de las primeras exploraciones y actuaciones misionales españolas del siglo XVIII, en las diversas e imaginables dimensiones que puedan ser de interés, y con recorridos tan dilatados que se ha dicho que el padre Crespí «superó al mismo Coronado [191]».

Los *Diarios* de Crespí son siete y se refieren a los recorridos y fechas siguientes: I, «De Vellicatá a San Diego», 1769; II, «De San Diego a San Francisco», 1769; III, «Regreso a San Diego», 1769-1770; IV, «De San Diego a Monterrey», 1770; V, «De Monterrey a San Francisco», 1772; VI, «Regreso a Monterrey», 1772; VII, «Expedición marítima hasta los 55 grados de latitud», 1774.

El conocimiento de semejante obra —definida por la importancia, los contenidos y caracteres indicados, y tal como acaba de ofrecerse estructurada— ha sido fruto de una labor de revisión y crítica de manuscritos, de investigación en archivos y bibliotecas. En resumen, puede decirse al respecto lo siguiente: primero, los *Diarios* de Crespí conocidos eran los incompletos y muy defectuosos aparecidos en la edición de México de 1857, y de San Francisco de 1874, de las *Noticias de la Nueva California* del padre Francisco Palou, según la copia de fray Francisco Figueroa —ya citada al referirnos al historiador y biógra-

[191] M. F. Geiger, «The Mallorcan contribution to Franciscan California», en *The Americas*, IV (1947), pp. 141-150. *Cit.* en Font Obrador, *op. cit.*, p. 536, nota 101.

fo de fray Junípero Serra—, llena de errores y con la omisión del IV Diario de San Diego a Monterrey del año 1770; en segundo lugar, esta falta —junto a la interpretación dada a cierto párrafo de una carta de Crespí al guardián del Colegio de San Fernando de México—, hizo pasar el supuesto —sostenido por Herbert E. Bolton [192]— de que aquel Diario no debió llegarse a redactar nunca; en tercer término, Charles J. G. Maximin Piette tuvo la fortuna de localizar, en la New York Public Library, un tomo manuscrito titulado *Viajes Apostólicos en California de los Religiosos de Propaganda Fide de S. Fernando de México por fray Junípero Serra y fray Juan Crespí* —probablemente copiado por el investigador mexicano Fernando José Ramírez, cuyo nombre figura en el manuscrito— que contenía *el Diario de Monterrey de 1770*, supuestamente inexistente, y pudo publicarlo en 1946 concluyendo la polémica y completando así [193] la excepcional obra de nuestro cronista historiador.

Fray Juan Crespí murió el primero de enero de 1782 asistido por su maestro y hermano de hábito fray Junípero Serra, que le dio sepultura en la iglesia de la Misión de San Carlos.

Fray Jerónimo Boscana Mulet, etnólogo

Inmediatamente posterior en el tiempo a sus paisanos y hermanos del hábito franciscano acabados de reseñar —pero con una vocación misional, trayectoria biográfica e inquietudes intelectuales muy similares— fray Jerónimo Boscana debe ocupar un destacado lugar en el grupo de historiadores, a causa de sus apreciadas descripciones etnológicas de los nativos californianos, entre los cuales vivió y misionó por espacio de un cuarto de siglo.

[192] Editor en inglés de la obra de fray F. Palou *Noticias...*, según quedó indicado más arriba, *Vid.* también de H. E. Bolton, *Fray Juan Crespi. Missionary Explorer of the Pacific Coast*, Berkeley, 1927; del mismo, *Fonts Complete Diary; a Chronicle of the Founding of S. Francisco*, Berkeley, 1931.

[193] Piette, en *The Americas*, tomo III, 1946. *Vid.* de Charles Maximin Piette, *Le secret de Junípero Serra, fondateur de la California Nouvelle, 1769-1784*, Washington, 1949, 2 vols.

Su vida

Diversos estudios que se ocupan o hacen menciones de fray Jerónimo [194] –y, sobre todo, la monografía consagrada a él por Font Obrador [195]–, permiten reconstruir con precisión la biografía del padre Boscana [196]. Había nacido en Llucmajor en 1775, y después de los primeros estudios en el convento de San Buenaventura, cercano a su casa natal, ingresa como novicio en 1782 en el convento de Nuestra Señora de los Angeles, o Jesús Extramuros, de la ciudad. En 1792, recibió el hábito franciscano y en 1799, cuando contaba 24 años, la dignidad sacerdotal. En el Real Convento de San Francisco ejerció durante un trienio como profesor de Artes.

El espíritu evangelizador y la gran tradición que el Real Convento franciscano mantenía de relación misional con América –desde que hacía un siglo fray Antonio Llinás fundara los Colegios Apostólicos Franciscanos de Propaganda Fide, pasando por la inmediata y extraordinaria labor misionera de los franciscanos mallorquines en California (todo lo cual estudiamos en otra parte de esta obra)– explican fácilmente que fray Jerónimo siguiera aquella tradición misionera y, a los 28 años, embarcara (julio de 1803) en Cádiz camino del Colegio de San Fernando de México [197]. En él permaneció hasta febrero de 1806, en que salió para las misiones de California.

A través de los registros de distintas misiones californianas y de las precisiones de Z. Engelhandt en sus diversas obras, puede seguirse la trayectoria misional del padre Boscana en California, que interesa ahora especialmente porque iba a proporcionarle el contacto directo

[194] Así Z. Engelhandt, *The Franciscans in California*, Harbor Springs, 1987; del mismo, *Missions and Missionaires of California*, S. Francisco, 1912; del mismo, *Santa Barbara Mission*, S. Francisco, 1923; Alfred Robinson, *Life in California*, Nueva York, 1846.

[195] B. Font Obrador, *El P. Boscana, historiador de California*, Palma, 1966. Un amplio resumen del propio autor en «Mallorquines en California», *Historia de Mallorca*, coord. por Mascaró Pasarius, *cit.*, pp. 556-67.

[196] Font Obrador lo describe «chico de cuerpo, moreno de pelo y ojos castaños, cerrado de barba, poblado de entrecejo y un lunar en la nariz». *Vid.* en *Historia de Mallorca*, *cit.*, p. 560. Hay otro retrato –debido a Bancroft– de la figura física de Boscana al final de su vida: era bajo, fuerte y rubio, iba muy encorvado y era un impenitente consumidor de rapé. Tomado de *op. cit.*, 562.

[197] Font Obrador, *El Padre Boscana...*, *cit.*, pp. 36 y ss.

con la población indígena y había de despertarle la curiosidad intelectual por el estudio de sus peculiaridades etno-culturales, en función de lo cual ahora se le enfoca. Fue misionero sucesivamente en Nuestra Señora de la Soledad, la Purísima Concepción, San Luis, San Juan de Capistrano —la misión en la que permanecería por espacio de once años, su estancia misionera más dilatada [198]—, y por último, la Misión de San Gabriel en la que moriría en julio de 1831, tras 28 años de estancia en América, 26 de los cuales había vivido en California.

Su obra científica

La obra científica del padre Boscana —un verdadero estudio etnológico— ha recibido los abiertos elogios de antropólogos y etnólogos no solo españoles, sino especialmente extranjeros [199]. Así Alfred L. Kroeber señala que «de los viejos testimonios sobre la religión de estos indios, el mejor de todos se debe al misionero franciscano Boscana...»; el mismo autor en otros pasajes elogia el relato de la religión y costumbres sociales de los juaneños como «sin discusión alguna el más valioso documento sobre los indios de California de los que se deben a la pluma de los misioneros franciscanos» y especifica lo que para él son las notas destacadas del estudio de Boscana: «Está escrito con estilo fogoso, se basa en un conocimiento profundo y poco corriente, y le anima una gran comprensión» [200].

El generalizado aprecio de la obra etnológica de fray Jerónimo se comprueba en el hecho de su repetida publicación, sus traducciones y el recurso continuo de los especialistas a los datos recogidos por nuestro paisano, tanto más apreciados cuanto que se consideran las descripciones científicas más completas de un pueblo primitivo escritas por un religioso, referidas a pueblos ya extinguidos del sur de California [201].

[198] Z. Engelhardt, *San Juan Capistrano Mission*, Los Ángeles, 1922, cap. VII.

[199] Así Kroeber (*Religión of the Indians*, Berkeley, 1907), J. Smeaton y Ch. Saunders (*The California Padres and their missions*, Boston, 1915), H. A. Van Coenen (*Story of the Mission of Santa Cruz*, S. Francisco, 1933), J. J. Baegert (*Noticias de la Península Americana de California*, trad. española de Hendrichs).

[200] A. L. Kroeber, *Religión of the Indians*, Berdeley, Univ. of California, 1907, p. 357, *cit.* de Font Obrador, *op. cit.*, nota 162, p. 563.

[201] *Vid.* entre la bibliografía especializada, A. L. Kroeber, *Handbook of the Indians*

El manuscrito de Boscana; vicisitudes, ediciones y contenidos

El original de Boscana escrito en castellano no ha sido encontrado. Alfred Robinson afirma que figuraba entre los efectos personales de Boscana al morir y que él pudo hacer la versión inglesa porque el síndico de las misiones se lo proporcionó amablemente [202].

En consecuencia, la primera edición del manuscrito de Boscana es la inglesa que en 1846 hizo Robinson [203]. Tituló la obra, por su cuenta, *Chinigchinich*, nombre de una divinidad shoshon que Boscana cita repetidamente, pero que difícilmente el autor franciscano hubiera tomado como rótulo de su trabajo. Esta edición fue objeto de una reimpresión por Alexander Taylor en 1840 [204]. Hay que esperar a 1933, para encontrar una nueva edición acompañada de aparato bibliográfico, notas y grabados, debida a Townsen Hanna [205].

En 1934 John P. Harrington iba a publicar una versión distinta con el título de *New Original Version of Boscana's Historical Account of the San Juan Capistrano Indians of Southern California* [206]. La importancia de esta nueva edición, radica en el hecho de que la obra no se titula ya con el nombre de la citada divinidad, y que se hizo sobre un manuscrito diferente del utilizado por Robinson para su traducción. Harrington describe la emoción que sintió «cuando recientemente descubrí el por tan largo tiempo perdido original de Boscana» [207]. Semejante original se halla hoy en la Biblioteca Nacional de París [208]. De todo ello se deduce que el manuscrito de Boscana fue objeto de dos elaboraciones: una en 1822 (la que utilizó Harrington) y otra de 1825 (la

of California, Bulletin, Bureau of American Ethnology, 78 (1925); del mismo, *Cultural and Natural Areas of Native North America*, University of California. Publications in American Archeology and Ethnology, vol. 38, reimpr. 1947; C. Wisler, *Indians of United States: Four Centuries of Their History and Culture*, 1948; J. R. Swanton, *The Indian Tribes of North America*, Bulletin. Bureau of American Ethnology, 145 (1952); G. P. Murdock, *Ethnographic Bibliography of North America*, tercera edición, 1960.

[202] A. Robinson, *Life in California*, Nueva York, 1846, p. 234.

[203] Comprende las páginas 299 a 341 de su citada *Life in California*, Nueva York, 1846.

[204] A. Taylor la incluyó en su *Indianología de California*, San Francisco, 1840.

[205] Se trata de una edición de lujo cuyas notas se deben a J. P. Harrington.

[206] La publicaba la Smithsonian Institution, 1934.

[207] Cita de Font Obrador, *op. cit.*, p. 565.

[208] Biblioteca Nacional de París, *Manuscritos españoles y portugueses*, núm. 677.

que tradujo Robinson). Una y otra difieren en el número de capítulos, (quince en el primero, uno más en el manuscrito de 1825) y en el orden y los títulos de los mismos.

Cualquiera que sea la preferencia por uno u otro manuscrito, ambos documentan los importantes aspectos etnológicos estudiados por el padre Boscana: las divinidades de los indios, descripción del «Vanquex» o templo, la instrucción que daban a sus hijos, la obediencia a los jefes, «la manera de vida que tenían estos indios», del matrimonio, «de muchas de sus extravagancias», del «kalendario de estos indios», las ceremonias funerarias, la inmortalidad del alma, «origen de los pobladores de esta Misión» y «las rancherías pobladas por estos indios».

En 1966 Font Obrador publicó una traducción española de la obra de Boscana [209], y con todo acierto dice que «mientras no aparezca el original... no podrá hacerse un estudio diferencial adecuado» de los dos citados manuscritos hasta ahora utilizados.

En cualquier caso, el padre Boscana hizo fructificar sus años de convivencia y evangelización de las poblaciones nativas —especialmente las establecidas en el territorio de la Misión de San Juan de Capistrano— en una obra que, a causa del espíritu analítico del autor, de su capacidad de sistematización y conceptualización de los hechos, representa una inapreciable aportación histórico-etnológica al conocimiento de unas tribus shoshones, de lengua uto-azteca, hoy desaparecidas, pero científicamente conocidas gracias en parte a los esfuerzos de aquel padre franciscano mallorquín, que recogió su ser histórico y apresó su vida en sus anotaciones manuscritas.

Científicos, artistas y escritores

La clasificación tipológica de las aportaciones baleáricas a la acción de España en América estaría incompleta si no abriéramos también un apartado destinado a incorporar a nuestra galería personalidades de condición científica, intelectual, literaria y artística. Figuras algunas de las cuales, en sus estudios y carreras profesionales, habían alcanzado grados académicos máximos, y volcaron luego, en una u otra dirección,

[209] Font Obrador, *El Padre Boscana, historiador de California*, Palma, 1966.

su capacidad intelectual y su genio creativo; personajes que, formados en nuestras islas, viven al otro lado del océano una parte de su trayectoria biográfica contribuyendo a la construcción de aquellas Españas ultramarinas, posteriormente convertidas en los actuales países de estirpe hispánica; gentes que, con sus inquietudes y aportaciones de carácter literario o musical, con su sensibilidad artística, en suma, completan y matizan el panorama de las relaciones de Baleares con América.

Es curioso observar que la cronología de este apartado de científicos, intelectuales, literatos o artistas —como antes la del capítulo de los cronistas e historiadores— nos sitúa predominantemente en el siglo XVIII, la llamada época de la Ilustración o Siglo de las Luces. Ello permite afirmar la presencia balear en el movimiento que, con la revisión racional del legado aportado por la tradición, con la incorporación de los nuevos métodos y contenidos de la revolución científica del siglo XVII —ampliadora de los horizontes e intereses intelectuales— contribuyó a la renovación del mundo mediante la industrialización colocándolo a las puertas de la Edad científico-técnica contemporánea.

Es el momento en que España que, hasta entonces, ha destacado en las esferas de la especulación teológica, en la creación literaria y la expresión plástica, se esfuerza también por renovarse: modifica sus prioridades mentales y las estructuras educativas bajo la influencia de Rousseau o de Pestalozzi, redacta discursos sobre educación popular, monta Sociedades Económicas de Amigos del País, se incorpora a la organización de misiones de exploración cartográfica, marítima o geodésica, empresas, en suma, de carácter científico-positivo; crea jardines botánicos, marcha a Ultramar a medir el arco de meridiano, interviene en la investigación médica o en la mineralógica —Jorge Juan, Antonio de Ulloa, etc.— y se abre a una liberalización mercantil a la par que ideológico-política, etcétera.

En este contexto de efervescencias científicas y de renovaciones intelectuales se sitúan también los hombres de nuestro archipiélago, cultivadores de la Biología o la Medicina, como Buenaventura Serra [210] y otros que actuarían en tierras ultramarinas y cuyas aportaciones mo-

[210] *Vid.* J. García Marín, «Buenaventura Serra (1728-1784) y la tradición científica en el XVIII mallorquín», en *Homenaje al doctor Alvaro Santamaria. Mayurga*, núms. 22-23, 1989, pp. 793-801.

dernizarían aquel mundo trasoceánico al haberlo escogido como escenario de su propia vida.

El Dr. Llorenç Campins

Emplazados en ese complejo contexto histórico de renovación, tal vez no fuera despropósito histórico empezar por aludir a la portentosa labor americana del naturalista, astrónomo, matemático y botánico José Celestino Mutis, gaditano ilustre, ciertamente, pero nacido en el seno de la familia mallorquina de Francesc Mut que, en su salida de la isla, había recalado en la antesala americana que era Cádiz en el siglo XVIII [211]. En todo caso, es lo cierto que, del espíritu reformista que Mutis contribuyó a introducir en los estudios médicos [212], iba a ser beneficiario un gran intelectual y científico —directamente mallorquín— que ha dejado huella perenne en la Medicina y la Universidad americana: Lorenzo Campins i Ballester, creador de los estudios médicos en Venezuela [213].

Trayectoria biográfica

Nació en la Ciutat de Mallorca en 1726 [214]. Hizo sus estudios en la Universidad Luliana, graduándose de Bachiller en 1749, de Licencia-

[211] Alusión directa a Mutis hace J. Sureda i Blanes, *Mallorquins d'ahir*, Palma, 1974, p. 20 y ss.

[212] Sobre la vida y obra de José Celestino Mutis puede verse F. Gudilla, *Biografía de José Celestino Mutis con la relación de su viaje y estudios practicados en el Nuevo Reino de Granada*, Madrid, 1911.

[213] Como obras relativas a nuestro personaje pueden verse, R. Domínguez, «Autos de la incorporación del doctor Lorenzo Campins y Ballester, 1763» en *Anales de la Univ. Central de Venezuela*. XVII, núm. 3, 1929; P. D. Rodríguez Vivero, *Historia Médica de Venezuela hasta 1900*, Caracas, Parra León Hnos., 1931; C. Alegría, *El doctor Lorenzo Campins y Ballester. Fundador de los estudios médicos en Venezuela*, Caracas 1942; J. Sureda Blanes, *Mallorquins d'ahir*, Palma de Mallorca, 1974. *Vid.* ahora J. M. R. Tejerina, «El doctor Campins, creador de los estudios médicos en Venezuela», en J. García Marín (Coord.), *Mallorca y América. Del predescubrimiento hasta el siglo xx*, Palma-Madrid, Edics. Miramar, 1990, al que seguimos muy de cerca en el texto.

[214] Se solía dar como fecha el año 1732, pero el hallazgo de la partida de nacimiento de nuestro personaje por Rodríguez Rivero rectifica documentalmente la fecha. *Vid.* J. M. R. Tejerina, *art. cit.*

do en Medicina en 1749 y obteniendo igualmente aquel año el Magisterio en Artes, cuando sólo contaba, pues, 17 años de edad. Desde entonces realizó la práctica médica exigida para culminar su carrera científica con el doctorado, obtenido efectivamente en 1755 en la Universidad de Gandía [215].

Inscrito en el Colegio Médico de Palma de Mallorca desde 1756 ejerció su profesión médica, en Palma y en Cádiz, hasta 1761 en que marcha a América.

Labor americana: creación de los estudios médicos de Caracas

Desde principios de 1762 se le encuentra instalado en Caracas. Dos años después se casaba allí con Juliana Vázquez, y del matrimonio nacerían tres hijos. Había trasplantado a Indias su vida, su sangre baleárica y en América ejercería profesionalmente hasta su muerte en 1785.

La labor profesional de Campins en Venezuela tiene dos grandes facetas: la de profesor universitario y la de médico en ejercicio. En ambas dimensiones, su nombre ha quedado en el Nuevo Reino como históricamente destacado.

Su incorporación a la Universidad tuvo lugar el primer de junio de 1763 a través de las pruebas reglamentarias, presididas por el rector doctor Francisco Ibarra. La carrera docente de Campins tuvo un hito decisivo años después, en mayo de 1777, cuando era nombrado titular de la Cátedra de Prima de la Universidad. La efectividad de su labor en ella puede calibrarse en el hecho de que, conseguida la independencia de Venezuela y en ocasión en que Simón Bolívar promueve la reordenación de los estudios universitarios y encarga de la misión al doctor José Vargas, la Memoria que éste redacta contiene una laudatoria referencia a la labor del doctor Lorenzo Campins en su calidad de profesor y de médico.

Esta otra faceta profesional —de tanta proyección humana y social— muestra a nuestro paisano balear desplegando una empeñada la-

[215] *Vid.* el resumen que de Campins hace J. Sureda i Blanes, en *op. cit.*, pp. 24 y ss., que, no obstante ofrece fechas de graduación de Campins, rectificadas en nuestro texto siguiendo a Tejerina en el *art. cit.*.

bor por la dignificación científica del ejercicio médico en Venezuela. Se trataba de cambiar el signo del arte de curar que, por inveteradas inercias sociales, y por razones económicas, estaba de hecho en manos de empíricos populares, llamados allí «dañeros» (brujos) y «curiosos» (curanderos); ciertamente éstos tenían en la flora americana el auxilio de positivos remedios curativos —que la farmacología actual sigue utilizando— pero lógicamente sus tratamientos resultaban, en ocasiones, de fatales consecuencias.

El éxito de Campins en este sentido habría de ser notable. En julio de 1775 solicitaba directamente del monarca la creación en Venezuela del Protomedicato. La solicitud promovió informes solicitados por el Fiscal del Consejo de Indias a las autoridades novogranadinas, desde el capitán general y gobernador —don José Carlos Agüero— hasta el Ayuntamiento de Caracas, pasando por el propio Claustro de la Universidad. Tales informes incluyen siempre valoraciones de la personalidad del solicitante, y tanto el sentido de las opiniones sobre la persona del promotor, como los fines científicos y sociales de la propuesta del mismo, deciden al Consejo de Indias la implantación del Protomedicato en el año 1777.

Conseguida la institución —que nuestro héroe regentó como protomédico durante ocho años— se convertiría en instrumento renovador por cuanto desde ella se examinarían a quienes ejercían el arte de curar —médicos, boticarios, etc.— filtrando a aquellos que merecían ejercer aquella noble profesión, contribuyendo así a asentar científicamente la asistencia médica.

Nuestro héroe, además, fue alcalde mayor de leprosos, visitador y juez mayor de los médicos, boticarios y destiladores de Venezuela [216]. Como médico de los Reales Hospitales así como del Seminario Conciliar de Caracas, el nombre del mallorquín Llorenç Campins i Ballester, catedrático y protomédico, es justamente considerado, en suma, el creador de los estudios médicos y de la medicina científica de Venezuela.

Los años finales de su vida presentan, a pesar de todos sus méritos, aspectos penosos, en primer lugar, a consecuencia de su economía familiar que los precarios sueldos oficiales no remediaban y que le

[216] *Vid.* Tejerina, *art. cit.*

obligaron a poner Farmacia; por otro lado, se vió envuelto en pleitos a causa de responsabilidades e irregularidades en el Hospital de San Pablo, que correspondían a persona ajena, pero que le amargaron y hasta parece que le deterioraron sus facultades mentales [217].

Murió el 19 de febrero de 1785 y está enterrado en el convento de Nuestra Señora de la Merced de Caracas.

El geógrafo Felip Bauzà

En otro campo de las actividades científicas ilustradas, pero de significaciones y trascendencias intelectuales similares, cabe mencionar una figura relevante —y más generalmente conocida— que ocupa justamente un destacado lugar en la historia y la ciencia náutica: el caso y nombre de Felipe Bauzá (o Bauçà) i Canyelles, marino, piloto y geógrafo mallorquín, cuyos destacados trabajos científicos no han dejado de ser objeto de estudios precisamente en relación con América [218].

Trazos biográficos

Había nacido en Palma de Mallorca, en el barrio del Mercadal, el 17 de febrero de 1764. De humilde extracción social, pero con fuerte vocación marinera y eminentes capacidades personales, forjó su personalidad profesional en el estudio y en la mar y, en el mundo de la mar, adquiriría un relevante prestigio que le granjearía la atribución de importantes misiones oficiales, le llevaría a asumir destacadas responsabilidades científicas y administrativas, y hasta le implicaría en la agitada vida de la política de su tiempo.

Gracias a un tío suyo, que servía en la Armada, ingresó y estudió en la Escuela de Pilotos de Cartagena en 1779, mostrando pronto sus preferencias y preparación por la dirección científica —astronómica, geográfica, etc.— dentro de la carrera naval. Los años de práctica mari-

[217] *Vid.* Tejerina, *art. cit.*

[218] *Vid.*, por ejemplo, J. Llabres Bernal, *Breve noticia de la labor científica del capitán de Navío don Felipe Bauzá y de sus papeles sobre América*, Palma, 1934.

nera que seguían y completaban los estudios teóricos, le llevaron sucesivamente desde la condición de grumete a la de piloto. Sirvió en las goletas *San José* y *San Antonio* pasando por la fragata *Juno* y los jabeques *S. Luis* y *Catalán*, este último comandado por el teniente de navío Gravina, que apreciaría las cualidades intelectuales y científicas de nuestro paisano y cuya intervención sería decisiva en la carrera de Bauzá.

En este tiempo, tomó parte en la guerra contra Gran Bretaña, declarada en 1779 a raíz de la sublevación de los colonos ingleses de América del Norte contra su metrópoli, y declarada por España como ocasión propicia para restaurar la posición perdida en América desde el Tratado de París de 1763. Felipe Bauzá participó en el sitio de Gibraltar —cuyo bloqueo comenzó ya en julio de 1779— y en la restitución de Menorca.

Coordinador del «Atlas Marítimo de España»

Tras la guerra, finalizada infructuosamente por el Tratado de Versalles de 1783, encontramos a Bauzá —por indicación de Gravina— incluido como destacado dibujante y geógrafo en la comisión que el rey encargó al marino, matemático y astrónomo Vicente Tofiño de San Miguel para confeccionar el *Atlas marítimo de España* (1785-88).

En la goleta *Lucía* —una de las adscritas a la misión hidrográfica— Bauzá recorrió la costa africana hasta Mogador y, a consecuencia de su preparación y dotes, alcanzó entonces (1786) el título de piloto segundo. En la corbeta *Loreto*, nuestro héroe recorrió las costas portuguesas y gallegas y pasó luego en 1788 a la fragata *Perpetua* junto al propio director de la campaña, el brigadier Tofiño.

Al año siguiente (1789) Bauzá es promovido a alférez de fragata y a pesar de su juventud —veinticinco años— sus superiores le destinan a Madrid y le encomiendan la coordinación y edición del «Atlas Marítimo», misión cuya relevancia le valdría el ingreso en el privilegiado cuerpo de Oficiales de la Marina de Guerra.

En la expedición de Malaspina

El renombre adquirido en las labores y misiones técnicas significaron para Felipe Bauzá el nombramiento, en 1789, de director de ma-

pas y planos en el famoso viaje científico que el capitán de navío Alejandro Malaspina realizaría alrededor del mundo en las goletas *Descubierta* y *Atrevida*.

La expedición debía cumplir un ambicioso programa de trabajos técnicos: exploración de litorales, levantamiento de cartas hidrográficas, observaciones astronómicas y geodésicas, y estudios científico-naturales. Partió de Cádiz el 30 de julio de 1789 rumbo al Río de la Plata. Bauzá acompañaba a Malaspina a bordo de la *Descubierta*, entre cuya dotación de ciento dos hombres, figuraban relevantes especialistas científicos y naturalistas extranjeros. Desde el Río de la Plata la expedición recorrió el litoral patagónico, Malvinas y Tierra de Fuego, Cabo de Hornos y costa Pacífica: Valparaíso, Coquimbo, islas de Juan Fernández, Callao, Guayaquil y Panamá, siempre con detenidas escalas y excursiones científicas hacia el interior para estudios botánicos, mineralógicos, etnográficos, etcétera.

Desde Acapulco, la goleta *Descubierta* recibió la misión de explorar el litoral noroeste de América septentrional (1791), como complemento de las exploraciones de Juan Pérez y de Bodega y Cuadra, en otra parte del presente libro estudiadas. En junio de 1791 la misión había sobrepasado el grado 59 de latitud norte y llegado al sur de Alaska en busca del estrecho que presuntamente unía el Pacífico con el Atlántico.

De regreso, la *Descubierta* pasó por Nutka, Monterrey y Acapulco, desde donde Malaspina salió el 20 de diciembre de 1791 a través del Pacífico hacia las Filipinas, haciendo allí los correspondientes estudios científicos y regresando, por Mindanao, Nuevas Hébridas, Nueva Zelanda, y Australia, a El Callao (1793). Desde El Callao, por la isla de Diego Ramírez y las Malvinas, a Montevideo y Cádiz a donde rindieron viaje, tras cinco años de fecundísimos trabajos, el 21 de septiembre de 1794, gracias a una prodigiosa labor de planificación científica y organización técnica.

Ciertamente, Felipe Bauzá, a causa de problemas de salud, no efectuó todo el trayecto, pero se le deben valiosos estudios americanos, realizados en una expedición —acompañando al teniente de navío José de Espinosa— por tierras de Chile, Paraguay, en la subida al Chimborazo y una importante labor cartográfica que cubre desde Valparaíso a Buenos Aires, tras lo cual Bauzá regresó igualmente a Cádiz en mayo de 1794, poco antes de que lo hiciera Malaspina (septiembre de 1794).

Fruto de aquella misión es el cúmulo de informes y mediciones rendidas sobre diversos fenómenos geofísicos: la velocidad del sonido, la variación de la aguja magnética, la medición de las cordilleras andinas, observaciones sobre la longitud y la latitud de los parajes recorridos, etc. Los manuscritos redactados, los planos y descripciones y, en suma, el material acumulado, la documentación científica y gráfica reunida, se halla en la llamada «Colección Bauzá» del British Museum [219] y en el Museo Naval de Madrid. Por el considerable volumen, los costos, las dificultades de publicación, etc., sólo ha visto la luz una parte [220], y el informe publicado por Pedro de Novo y Colson [221].

Director del Depósito Hidrográfico, trabajos científicos y avatares políticos

Tras aquella aventura americana, nuestro personaje, formando parte del Cuerpo General de la Armada —en ella ascendería hasta el empleo de capitán de navío (1819)— vivirá una vida intensa, a tenor de la agitada política y las guerras de finales del siglo XVIII.

Embarcado en la fragata *Mahonesa* —y en guerra España con Inglaterra— su buque fue atacado y capturado por el inglés «Terpsichore», que lo condujo a Gibraltar donde Bauzá permanecerá preso desde octubre de 1796 a mayo de 1797.

Liberado y reintegrado a su trabajo profesional, Bauzá asumirá nuevas responsabilidades administrativas —como la de organizar la Di-

[219] Así los manuscritos de el *Diario de un viaje a través de las Pampas por don Felipe Bauzá. El camino que conduce de la ciudad de Valparaíso a Buenos Aires, por don José Espinosa y don Felipe Bauzá. Observaciones astronómicas y físicas que hizo en un viaje por el interior de la América meridional desde Valparaíso a Buenos Aires don Felipe Bauzá*». *Vid.* J. Sureda Blanes, *Mallorquins d'ahir*, *cit.*, p. 121.

[220] Así lo publicado por la Dirección de Trabajos Hidrográficos que lleva por título *Observaciones de la velocidad del sonido, de longitud, latitud y variación, hechas en Santiago de Chile por el teniente de navío don José Espinosa y el alférez de navío don Felipe Bauzá en 1794*, Madrid, 1809.

[221] P. de Novo y Colson, *Viaje político-científico alrededor del Mundo por las corbetas «Descubierta» y «Atrevida» al mando del capitán de navío don Alejandro Malaspina y don José Bustamante y Guerra, desde 1789 a 1794*, Madrid, 1885.

rección Hidrográfica– será promovido a teniente de navío (1802) y a capitán de fragata (1806), así como llevará a cabo nuevas misiones científicas, como la que realizaba en 1808 en la zona de los Pirineos. Los acontecimientos políticos de aquellos días, le habían de valer sinsabores personales y profesionales. Porque, requerido por el rey intruso José I para que entregara el material cartográfico que tenía bajo su custodia, Bauzá logró ocultarlo y llevarlo a Sevilla y se formó un Depósito en Cádiz, lo cual significó su preservación, de la misma manera que logró preservarlo luego durante los avatares bélicos del país en los años subsiguientes.

En 1815 fue designado director del Depósito Hidrográfico. Como eminente geógrafo de reconocido prestigio internacional –en 1816 fue designado académico de la «Bayerische Academie der Wissenschaften» de Munich–. Por aquellos años redactó un proyecto de reforma de la división provincial de España, aprobado en 1822 (aunque no sería aplicado hasta la llamada reforma de Javier de Burgos de 1833). Precisamente en 1822 fue elegido diputado por Mallorca y sus vinculaciones y compromisos políticos iban a obligarle a emigrar del país, al término del trienio liberal (1823); se refugió en Gibraltar y marchó luego a Inglaterra, desde donde siguió trabajando en cuestiones de cartografía de España y América [222].

Aunque amnistiado en 1833 por la reina regente María Cristina, falleció el 3 de marzo de 1834, antes de poder regresar a España, pero no sin antes haber logrado Felipe Bauzá conservar para su patria el valioso material que tenía en su poder. Está enterrado en la Westminster Abbey de Londres, junto a otros ilustres personajes.

Astrónomos, cartógrafos y músicos menorquines

Como no podría extrañar a nadie, la culta Menorca figura en los anales de la acción ultramarina española por haber proporcionado científicos y artistas, representantes, a la vez que del desarrollo intelec-

[222] Llabres, *op. cit.*, relaciona tales trabajos geográficos de Bauzá en Londres y entre ellos se cuenta un plano de Caracas, el mapa de Colombia, el curso del Orinoco, etcétera.

tual y de la sensibilidad estética de la isla, de una presencia ilustrada menorquina en el movimiento científico general del siglo XVIII.

El astrónomo Juan Ferrer i Franch

Dentro de los mismos proyectos de investigación científica en los que hemos visto actuar al mallorquín Bauzá, se sitúa el menorquín Juan Ferrer i Franch, que llegaría a primer piloto de la Armada.

Había nacido en el arrabal de San Felipe en 1738 y al destacar en su profesión como astrónomo e hidrógrafo [223], sería incorporado a la Comisión hidrográfica del capitán de fragata don Cosme Damián Churruca —cuyo heroismo en Trafalgar lo haría posteriormente famoso— y a su lado figuraría en la expedición que en 1788 reconoció el estrecho de Magallanes para determinar el régimen de las mareas, las corrientes marinas y levantar planos de sus puertos. Su preparación y experiencia haría también que se le reclamara después para integrarse en el citado grupo de científicos, entre los que figuraba Felip Bauçà, dirigidos por el brigadier don Vicente Tofiño, encargados de levantar el «Atlas hidrográfico de España». Cuando a fines del siglo XVIII se creó el Depósito Hidrográfico que dirigiría su paisano mallorquín, Juan Ferrer i Franch fue nombrado delineante del nuevo organismo, desplegando una meritoria labor.

Sus últimos años trascurrirían en su isla natal. Devuelta Menorca a España en 1802, nuestro personaje pasó a ser capitán del puerto de Mahón [224]. Y allí ejercería una meritoria labor docente en la enseñanza del pilotaje marino hasta que murió en 1820.

El cartógrafo Francisco Català

Dentro de la tradición marítima y científica de Menorca, enlazando con la histórica tradición cartográfica del archipiélago, y como un capítulo más de las misiones científico-marítimas que venimos reseñan-

[223] *Vid.* F. Hernández Sanz, *Societat i cultura a Menorca*, *cit.*, 1987, t. I, p. 38.
[224] Hernández Sanz, *Cultura...*, *cit.*, 1987, I, p. 38.

do —y en las que la presencia balear se demuestra notable— se sitúa Frances Català [225].

Se le considera uno de los primeros cartógrafos de su tiempo. A las órdenes del citado Tofiño, en 1783, trabajó en el levantamiento de las «Cartas hidrográficas del Mediterráneo». Pero además y desde entonces, protagoniza misiones científicas y navegaciones exploratorias en las que recorrió las Indias occidentales y orientales. Al mando de una fragata estuvo en el Perú cumpliendo «encargos delicados del gobierno español»; se cita en una ocasión como hecho destacable que, para sortear la presencia de navíos ingleses enemigos (1799), se adentrara por el estrecho de Maire —entre la Tierra de Fuego y la isla de los Estados— siguiendo rutas y rumbos no frecuentados que acreditaron su excepcional pericia profesional. Aparte de haber sido designado en 1807 responsable de la inspección y mejora de puertos y radas españolas de una dilatada zona marítima —desde Gata hasta Creus—, le fue encomendada la tarea de trazar las derrotas «de la costa de Coromandel y Bengala y la del río Ganges a Cabita» [226]; y mandando el navío *San José* de la Real Compañía de Filipinas, la muerte le sorprendió en Manila en 1813.

Músicos menorquines en Indias

La tradición musical menorquina, ligada fundamentalmente a los maestros de capílla y a los organistas de las iglesias insulares, tuvo una presencia en la vida artística de las posesiones ultramarinas españolas que es de justicia reflejar, aunque para ello los datos disponibles sean escasos [227]. Al menos dos nombres cabe citar al respecto: el del presbítero don Jaume Alaquer y el de Grafulla.

Jaume Alaquer había nacido en 1785 y, discípulo del compositor menorquín, reverendo José Siquier —que brilló en el panorama musical isleño a mediados del siglo XVIII— fue maestro de órgano y celebrado compositor. En este sentido Alaquer es autor de varias *Misas* y de *Sal-*

[225] Hernández Sanz, *Cultura i societat a Menorca*, *cit.*, I, p. 38-39.
[226] Hernández Sanz, *op. cit.*, p. 39.
[227] Tomados de Hernández Sanz, *Cultura i societat a Menorca*, pp. 56-57.

mos musicados, y cuenta entre sus obras incluso con una Opera: *La vedova di Padiglia*. Dirigió la escuela municipal de canto, pero deseoso de más dilatados horizontes, se trasladó a Cuba.

De su vida cubana —circunstancia que justifica la alusión aquí de Jaume Alaquer— no disponemos, sin embargo, de demasiadas precisiones. Desplegó allí todo su genio, y causó un impacto en los medios musicales locales, pero no pudo ser prolongado, porque al poco de su llegada le sorprendía prematuramente la muerte, acaecida en 1824.

Del músico menorquín Grafulla, los datos publicados son todavía más escasos. Formado en el ambiente musical de la isla, se trasladó a Ultramar y consta que «conquistó un gran puesto en América» [228].

El médico y filántropo ibicenco, doctor José Puget i Corrons

A aquella América vivida y trabajada por baleáricos —en la Cuba todavía española de la segunda mitad del siglo XIX— nos lleva otra personalidad insular, representación del genio creador y de las aportaciones intelectuales de nuestras islas: Josep Puget i Corróns [229]. En este caso, profesional que, como ocurre no infrecuentemente entre los cultivadores de la Medicina, el humanismo de su profesión les dota naturalmente para la creación literaria.

Trayectoria biográfica

Había nacido en Ibiza el 10 de junio de 1840. Pertenecía a un linaje ya distinguido por su dedicación al estudio y a la ciencia. Era hijo del doctor en Medicina, Esteban Puget i Rabell, y de su mujer doña Josefa Corróns i Samà. Cursó sus primeras letras en la isla natal e hizo el Bachillerato en Barcelona.

En 1859 marchó a Cuba con su familia. Al poco huérfano de padre, se encontró —según escribiría él mismo después— «niño, forastero,

[228] Esta valoración es la única que recoge Hernández Sanz, en *op. cit.*, p. 57.

[229] Se sigue aquí la biografía compuesta por J. Clapes *Biblioteca Ebusitana*, Palma de Mallorca, Joan Colomar, 1902, pp. 92-95.

huérfano y pobre», no obstante lo cual, con sus saberes y sus arrestos personales, se abriría un brillante camino profesional. Al año de su llegada a Cuba (1860), se le encuentra colaborando con sus artículos de crítica científica y artística en un periódico de la ciudad de Remedios, el mismo año en que optaría, y ganaría por oposición, una de las cuatro becas creadas por decreto de la reina Isabel II, lo que le permitió ingresar en la Universidad de la Habana y emprender estudios médico-farmacéuticos, en los cuales alcanzaría el supremo grado académico de doctor. Licenciado en 1866, obtendría la borla doctoral (7 de marzo de 1885) con la investigación y la defensa de la tesis titulada «¿Puede existir una farmacopea universal?», publicada en la Habana aquel mismo año [230].

Su actuación cubana

A nuestro personaje le tocó vivir los difíciles días en que las aspiraciones independentistas de la sociedad cubana comenzaban a exteriorizarse en lucha abierta contra la metrópoli. En 1870, Puget fundaba y dirigía en Remedios el periódico que tituló *El Centinela Español*, cuyos beneficios económicos dedicó a los inválidos de aquella lucha fratricida. Al mismo tiempo era nombrado capitán de la Compañía de Voluntarios llamada de «Guías», en la que, por sus servicios humanitarios, fue condecorado con la Cruz del Mérito Militar, con distintivo rojo.

En Cuba ejercería su profesión médico-farmacéutica por espacio de 36 años, destacando en ella, no sólo por el sentido humano que confería a su ejercicio profesional, sino también por sus aportaciones a la farmacopea, con productos farmacéuticos que le valieron elogios de sabios del momento como el doctor Barned.

Su obra literaria

Desde su llegada a Cuba, y a la par que sus estudios y su vida científica, cultivó —además de la actividad periodística mencionada— la

[230] Doctor Puget i Corrons, *¿Puede existir una farmacopea universal?*, La Habana, El Iris, 1885, en 4.°.

creación literaria, tempranamente manifestada en el teatro, produciendo obras llevadas luego a los escenarios insulares. De 1860 data su juguete cómico titulado *Morir dos veces*, que sería seguido por otros de su mismo género, como el titulado *Casimiro Casiveo* (1878), *Hablarse y no entenderse*, (todos los cuales no dejaban de traslucir las condiciones cubanas del momento), así como el juguete, en un acto, y en verso, que llevaba por título *Es un pimpollo*.

En el género de la comedia produjo la titulada *Por la boca muere el pez* (1872), en dos actos y, en el teatro dramático, es autor de piezas como *Marinos ibicencos* (1876), drama en tres actos, seguido de la comedia titulada *El infierno de los jugadores* (1878), en tres actos y en verso.

Cultivó también la novela con *El Tigre del Océano, o Bienaventurados los que lloran* (1878).

Final ibicenco

Regresado a Ibiza, siguió produciendo artículos recogidos en la prensa insular, entre otros los que constituian su colaboración en *El Correo de Ibiza*. No dejó, sin embargo, la producción teatral, y del final de su vida literaria es el drama *Curra, la madrileña* (1899), en tres actos.

Nuestro científico, médico, farmacéutico y filántropo, que había gastado la mayor parte de su vida en medio de la sociedad cubana, moriría al poco, en su isla natal, el año 1901.

El poeta y periodista Jacinto Aquenza

Entre los escritores baleáricos cuya producción literaria se desarrolla en las últimas colonias españolas de América, debe citarse a Jacinto Aquenza i Loaiza por la resonancia que su creación alcanzó en la vida literaria de Puerto Rico.

Aquenza —apellido de indudable origen italiano, enraizado en Ibiza, su isla natal [231]— vino al mundo el 5 de marzo de 1855 del matri-

[231] En Ibiza, la designación de las que fueron propiedades rurales de la familia, conserva todavía la fonética italiana al pronunciarse «Ca'n Aqüença». Viene a corroborar

monio formado por don Jacinto Aquenza Donayre de Mendoza y doña María Loaiza y Tur [232]. Desde sus primeros años de escolaridad destacó por su aplicación, su amor al estudio, sus conocimientos, su sensibilidad literaria y su notable memoria. Becario del Seminario de Ibiza (1866-68), sus calificaciones se movían entre el «meritísimus» y el «benemeritus» destacando en latinidad y filosofía. Cursó el bachillerato en su isla natal y sus tempranas cualidades no sólo le valieron premios en Granollers, Mataró y Gerona, sino que su facilidad versificadora le abrió los periódicos isleños, publicando sus primeras composiciones en Ibiza (*El Ibicenco*) o en periódicos palmesanos (*El Isleño*, *La trompeta de la Revolución*).

Trasladado a Puerto Rico en 1874, pronto su nombre se hace habitual en los medios periodísticos y en los cenáculos literarios de la isla. En el semanario «Don Cándido», aparecía una poesía en catalán dedicada a la gesta de la inmortal Gerona [233] y en el «Boletín Mercantil» (decano de la prensa isleña y propiedad del Centro Hispano-Ultramarino), Jacinto Aquenza publicaría diversas composiciones poéticas y artículos diversos «evocando las glorias de España».

Quiere ello decir que las inquietudes y luchas independentistas de la época, le llevaron a poner su pluma de periodista al servicio del combate político de entonces, tanto desde el citado Boletín Mercantil, como desde el periódico que fundó y dirigió (*La Tijera*) así como desde las colaboraciones en el *Puerto Rico Ilustrado*, y los escritos publicados en la prensa cubana y de Santo Domingo.

A pesar de esta actividad periodística, su personalidad literaria la debió fundamentalmente a su estro poético. En sus composiciones «cantó con preferencia sus sentimientos y pasiones, sus creencias y sus dudas, sus amores, sus desalientos y sus nostalgias», es decir, las vibraciones de un mundo íntimo, en el que destacan expresos recuerdos de su infancia (así los *Cuentos de mi abuela*, 1875), o reiteradamente el amor filial a su madre, de un estremecido lirismo:

indirectamente tal procedencia la existencia histórica de Pedro de Aquenza, el médico de cámara de Felipe V, llegado con la Farnesio desde Italia, y conocido traductor del toscano de diversas obras, entre ellas de una *Vida del P. José de la Madre de Dios*, Madrid, 1726.

[232] *Vid.* J. Clapes, *op. cit.*, pp. 118 y ss.

[233] J. Clapes, *op. cit.*, p. 119.

...otra vez tu regazo cariñoso
confortará mi estremecido pecho
y la noche otra vez bajando fría
junto a mi lecho te verá rezando
y otra vez el fulgor del nuevo día
mi dulce sueño te verá velando.
Con sus ardores tornará el estío,
volverán las heladas del invierno
pero para tu amor y el amor mío
primavera será de encanto eterno.

Jacinto Aquenza vivió el desgarro de la independencia de las islas antillanas y murió en 1911.

CUARTA PARTE

CIVILIZACIÓN Y ESPIRITUALIDAD BALEAR EN EL NUEVO MUNDO

I

INTRODUCCIÓN

Entramos ahora en una parte que puede reputarse esencialísima dentro del estudio histórico de las relaciones Baleares-América. Se ha dicho que la obra de España en América consistió en el desarrollo de tres empresas simultáneas: crear reinos, llevar cultura y fundar Iglesia [1]. Pues bien, si hubiera que destacar el principal de los valores aportados por las gentes del archipiélago al Nuevo Mundo, sin la menor duda habría que señalar el representado por la acción evangelizadora y civilizadora ejercida sobre el indígena americano o filipino, es decir, asumiendo quizás la más eminente tarea entre las mencionadas dimensiones de la empresa española ultramarina.

Ningún otro carácter históricamente es más lógico que el civilizador y apostólico, por otro lado, si pensamos que los primordiales componentes constitutivos y definidores del ser histórico balear —y, por tanto, sus caracteres más destacados como colectividad histórica— son de naturaleza cultural, intelectual y humanística. En efecto, por el hecho de que el archipiélago —encrucijada de pueblos, razas y civilizaciones mediterráneas— fuera sedimentando a lo largo de los milenios —según hemos ponderado ya en su lugar oportuno— las culturas aportadas por diversos pueblos (los protohistóricos colonizadores fenicios, púnicos, griegos, romanos, los subsiguientes dominadores germánicos, musulmanes y cristianos); de aquel complejo depósito de tradiciones brotaron forzosamente los caracteres del alma isleña y los rasgos peculiares que definen psicológicamente la colectividad insular.

[1] L. Navarro, «V Centenario del Descubrimiento y Evangelización», en *Humanismo y Cultura en el Descubrimiento de América,* Madrid, Colegio Mayor Zurbarán, 1986, p. 74.

Estos ragos característicos —potencialidades y virtualidades del hombre balear, que hemos denominado inicialmente— han quedado ya corroborados como reales y operativos cuando, al examinar las proyecciones históricas premodernas de las gentes del archipiélago (labor de los cartógrafos mallorquines, acción pionera del baleárico en la evangelización de Canarias...); las hemos podido contemplar siempre caracterizadas, en la práctica empírica, por su naturaleza intelectual, cultural y espiritual; lo que no tenía por qué excluir de su lado otras actividades materiales perfectamente legítimas, pero menos acusadas.

De ahí que, seguros de no partir de supuestos gratuitos o de imputaciones interesadas, podamos ahora abrir una parte específica que aborde el estudio de las aportaciones de esta naturaleza en la concreta construcción moderna del Nuevo Mundo. Y no extrañará, por lo dicho, que podamos también rotular justamente esta parte de nuestra obra como de «civilización y espiritualidad balear en América».

Emparejamos los términos de civilización y espiritualidad porque, como es sabido, la labor misional de España en Ultramar era entendida ciertamente como una acción catequística de evangelización, pero la experiencia demostró que su éxito requería la unión inextricable y simultánea con una acción de transformación cultural del indígena, de incorporación del nativo a patrones de vida ciudadana, es decir «civilizada», a la que respondía el credo religioso cristiano.

Como ya advertía el padre Acosta [2] «para cristianizar, primero hay que humanizar y educar». De ahí que el misionero fuera de hecho un apóstol y a la vez un agente de civilización, de transformación humana, social y cultural del indígena, y en la época, se considerara necesidad prioritaria hacer al indígena «hombre» —es decir, civilizado— antes que «cristiano». Ésta era la grandeza y la compleja dificultad de la función que empíricamente asumía el misionero, con celo apostólico y con grandes sacrificios entre las poblaciones indígenas.

En relación con el problema de la naturaleza y del carácter histórico real de aquella acción misionera balear en Indias, últimamente se han presentado perspectivas y vertido opiniones de meritísimos inves-

[2] Padre J. Acosta, S. I., «De procuranda indorum salute», edic. *Corpus Hispanorum de pace,* vol. 23.

tigadores del comercio balear en América —cuyos trabajos hacen autoridad en la materia y, por tanto, de utilización obligada cuando ofrecen datos y tabulan hechos mercantiles [3]— pero que presentan, a estas alturas, un sonrojante, ahistórico materialismo porque, para ser oídos y aplaudidos como progresistas en Szeged, Hungría, en septiembre de 1987, en un congreso de historiadores «latinoamericanistas» [4], presentan las acciones de los franciscanos en California como operaciones para «la formación de una infraestructura que generaría un determinado consumo de mercaderías peninsulares»; interpretan «la conversión religiosa del indígena... (como) excusa para la mutación de sus hábitos y costumbres transformándolo en fuente de demanda —generalmente forzosa— de productos metropolitanos».

Y ponderan a los misioneros como «unos buenos agentes —tal vez los mejores— entre los que dirigían las relaciones económicas con las colonias» [5]. ¡Y fray Junípero sin enterarse! ¡Y nosotros sin leer los textos de la época! ¡Y los californianos confundiendo agentes comerciales con misioneros franciscanos, sus depósitos mercantiles —almacenes y alhóndigas— con ciudades, su predicación evangélica con la teoría del mercado...!

Admirable acción misionera y civilizadora, bien al contrario, como han ilustrado científicamente tantos investigadores americanos y españoles, entre ellos Bartolomé Font Obrador, nuestro primer especialista en la cuestión [6].

Para que el estudio de aquella importante labor misionera no se limite a ser una galería cronológica de protagonistas, habrá de procurarse aquí, en lo posible, que además de relacionar los datos de su per-

[3] Así Carles Manera, *Comerç i capital mercantil a Mallorca, 1720-1800,* Palma, Consell Insular de Mallorca, 1988.

[4] C. Manera y G. López Nadal, «La presencia mallorquina en América en el siglo XVIII: comerciantes y religiosos. Por un nuevo planteamiento sobre su significación histórica» *VII Congreso de Historiadores Latinoamericanistas Europeos,* Szeged, Hungría, septiembre 1987. Comunicación.

[5] *Vid.* formuladas las literales citas en el trabajo de G. Manera, «Mallorca y el comercio con América, 1730-1830. Por una recapitulación general» en *BSAL,* 44 (1988), pp. 239-272, *vid.* pp. 243-244, especialmente.

[6] Sus investigaciones y exposiciones serán debidamente utilizadas en cada momento pertinente, aparte de que su bio-bibliografía habrá de figurar también en el capítulo del americanismo balear actual que cierra la presente obra.

sonalidad y su acción apostólica, todo ello se ofrezca también al final acompañado de una consideración analítica de contenidos y de significados, estructurada en una serie de apartados tendentes a examinar las raíces, las técnicas aplicadas y los efectos históricos de esa gigantesca labor civilizadora del baleárico en Indias.

II

LOS PRINCIPALES REALIZADORES: RELIGIOSOS, MISIONEROS Y PRELADOS

El contingente más numeroso y resonante de toda la galería de protagonistas baleáricos en Ultramar —América y Filipinas— está constituido por los religiosos, misioneros y prelados, circunstancia cuantitativa que representa una justificación más del tratamiento específico, separado y propio conferido aquí a este grupo de actores baleáricos en el Nuevo Mundo.

Si, en el orden temporal, los agentes más visibles de la acción española en Indias fueron, en términos genéricos, «el descubridor», «el conquistador», «el gobernante», etc., en el orden espiritual la figura decisiva fue lógicamente una especie de «conquistador a lo divino», como llamó Madariaga al religioso trasladado a Indias —fraile, misionero, clérigo, prelado— que tuvo a su cargo la inmensa tarea de conquistar espiritualmente la humanidad pobladora de aquellos nuevos mundos transoceánicos. Se trata de una intrépida legión, con virtudes parecidas, en efecto, a las del conquistador —espíritu de sacrificio, abnegación, entrega, etc.— solo que sublimadas, además, por la naturaleza religiosa y por el objetivo trascendente de su misión. Operarios evangélicos de la mies indígena que, unas veces con carácter individual, casi siempre formando parte de grupos misionales, se trasladan a aquellas Españas ultramarinas y cumplieron una nobilísima tarea transformadora de hombres, dejando escrita una admirable página de su fecunda aportación espiritual y civilizadora.

Precisamente a causa de todo lo que en su tarea espiritual va implicado, y debido a nuestro propósito, no sólo narrativo, sino también analítico y explicativo, es por lo que debemos sistematizar el relato de su acción de forma que —como se ha dicho— quede expreso, además

del respectivo relieve de los protagonistas, también los orígenes, contenidos, bases espirituales, y significado histórico de su labor.

Los primeros misioneros y mártires baleáricos

Podemos encabezar el capítulo con la mención de un sinnúmero de religiosos y misioneros que, desde fines del siglo XVI y principios del siglo XVII, se despliega por distintas áreas del imperio ultramarino español.

Como información general previa cabe recordar que oficialmente habían sido reconocidas como «Órdenes misioneras» la de los franciscanos desde 1493, los dominicos desde 1508, los mercedarios desde 1526 —aunque llegados antes a Ultramar— y los agustinos desde 1531 [1]; los jesuitas ocuparon el lugar de los mercedarios desde 1567. Y este

[1] Por impulso del padre F. de Nieva. *Vid.* padre M. Vidal, *Agustinos de Salamanca. Historia del observantísimo convento,* t. I, p. 158.

número de Órdenes misioneras se ampliaría con los carmelitas en 1585 y con los capuchinos en 1647 [2].

Quizás quepa subrayar, como rasgos caracterizadores de los misioneros baleáricos de primera hora, el hecho de verlos desplegados tanto por áreas americanas como filipinas, un cierto predominio de los pertenecientes a la Orden agustiniana y a la Compañía de Jesús, y el hecho de que su entrega a la conversión y civilización del nativo encuentra, en un buen número de casos, su culminación en el martirio, en la muerte violenta en manos de los indígenas, por lo tanto, como «testimonios» (que éste es el significado etimológico de «mártir») de la fe que predicaban [3].

Este rasgo martirial del destino de algunos de nuestros religiosos y misioneros baleáricos de primera hora se explica, en buena medida, por la abundancia entonces de actuaciones misionales en regiones avanzadas, entre pueblos hostiles, —sobre los cuales la conquista era muy superficial— que rechazaban muchas veces violentamente el contacto con los blancos.

El primer núcleo jesuítico mallorquín: el padre Jerónimo Moranta y el padre Bernat Reus

La primera aportación misional baleárica al Nuevo Mundo está relacionada, en buena medida, con el colegio jesuítico de Monti-Sión [4]. Cabe recordar ahora que si entre sus estudiantes nacieron vocaciones misioneras, éstas no debieron ser ajenas al influjo de las cartas llegadas

[2] A través de los estudios sobre emigración a América de Boyd-Bowman citados o de monografías como la del padre Borges Morán (*El envío de los misioneros que vinieron a América durante la dominación española*) puede apreciarse el ritmo creciente del contingente misionero y las proporciones de participación de las distintas Órdenes misionales. Según Boyd-Bowman los religiosos llegados a América entre 1493-1519 fueron 78, que aumentaron a 314 entre los años 1520-39, se elevaron a 372 entre 1540 y 1559 y que pasaron a ser 458 entre los años 1560-1579. Por su parte, Borges Morán cifra la participación total de los franciscanos en un 55,91 %, los jesuitas en un 21,12 %, los dominicos en el 12,17 %, *vid. op. cit.*, pp. 536-537.

[3] *Vid.* A. Furio, *Martirología para las Islas Baleares y Pitiusas,* Palma, 1850.

[4] *Vid.* P. Xamena y F. Riera, *História de l'Església a Mallorca,* Palma, Moll, 1986, pp. 261 y ss.

de Ultramar y al hecho de que Monti-Sión se constituyera en hogar de inquietudes apostólicas desde que en 1605 ingresó en él, como estudiante para completar su formación filosófica, el que sería San Pedro Claver [5]. La relación que allí entabló con el hermano portero del colegio, San Alonso Rodríguez, había de ser decisiva, porque parece le comunicó una revelación indicándole su futura santidad y su función de apóstol de los negros, que comenzaría en efecto al embarcarse Claver para Perú en 1610.

Cronológicamente, la cabeza del concreto escalafón baleárico de religiosos y misioneros jesuitas parece la ocupa el padre Jerónimo Moranta. Había nacido en la Ciutat de Mallorca en 1575 y había profesado en la Compañía de Jesús en 1595, sin duda siguiendo la tradición familiar representada por su tío jesuita padre Jerónimo Nadal (1507-1580), el palmesano compañero de San Ignacio en Alcalá y en los años de formación parisina, ingresado en la Compañía en 1545 y tan estrechamente colaborador y afecto al fundador que éste le confiaría altos cargos (la comisaría general para España y Portugal (1553), la Vicaría General de la Compañía (1554), etc. y que se destacó hasta su muerte como teólogo de la espiritualidad ignaciana [6].

San Ignacio, que siempre mostró decidida resistencia a que los miembros de su Orden ocuparan cargos, los rehusó tambien en Indias expresamente cuando se los ofrecía en 1540 su antiguo compañero de Barcelona y Alcalá, Juan de Arteaga, obispo de Chiapas en México, según cuenta el santo en su *Autobiografía* [7]. Pero el rechazo de dignidades no afectaba a su espíritu misionero que, como es bien sabido, estuvo dispuesto a ejercerlo personalmente en Etiopía [8]; y en la correspondencia del fundador hay testificaciones recomendando el envío de jesuitas a México —que no se llevaría a efecto en vida suya— aunque sí

[5] A. Valtierra, *San Pedro Claver,* Bogotá, 1951. *Vid.* A. Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España,* Madrid, 1902-1925 (7 vols.), vol. V, pp. 479-95.

[6] *Vid.* R. García Villoslada, *San Ignacio de Loyola. Nueva Biografía,* Madrid, BAC, 1986 (Citas en p. 1060). Una semblanza resumida del padre Nadal en Cándido de Dalamases, *El Padre Maestro Ignacio,* Madrid, BAC, 1986, p. 234.

[7] *Vid.* San Ignacio de Loyola, *Obras Completas,* Madrid, BAC, 1982, cap. 8, p. 141: «Arteaga fue hecho comendador. Después estando ya la Compañía en Roma, le dieron un obispado de Indias. Él escribió al peregrino que lo diese a uno de la Compañía y habiéndosele respondido negativamente...».

[8] *Vid.* San Ignacio de Loyola, *Obras Completas, cit.,* p. 950.

se abrió entonces una misión jesuítica en Brasil [9]. Es a partir de San Francisco de Borja cuando la Compañía envía apóstoles a la Florida [10], México [11] y Perú [12].

Siguiendo aquella estela misional jesuita, en Nueva España desarrollaría su labor misionera el padre Moranta en América [13].

La podemos fechar en 1605, año de su llegada a México y por espacio de una larga década misionó a los indios tepehuanes —en el Norte del Virreinato, estado de Durango— en cuyas manos murió asesinado, en Zape, el 19 de noviembre de 1616.

Dentro de este primer núcleo de misioneros mártires hay que citar también al padre Bernat Reus, que misionó en tierras bolivianas y había de morir a manos de los indios chunchos [14].

Misioneros baleáricos en Filipinas

El vastísimo archipiélago filipino (Luzón, Mindanao, Cebú, Leyte, Samar, Palauan, Palay, Masbate y hasta siete mil islas más [15]) fue temprano escenario de la acción evangelizadora y civilizadora del misionero balear, con los padres agustinos a la cabeza.

Aquel complejo de islas del Pacífico al que había llegado Magallanes en 1521 —denominándolo archipiélago de San Lázaro y en una de cuyas tierra (Mactán) moriría—, fueron objeto de sucesivas expediciones conquistadoras y colonizadoras (Loaysa, con Elcano, en 1525, la de Saavedra desde México en 1527, la de Rui López de Villalobos en 1542 —acompañado de cuatro agustinos—, autor de la denominación de «Filipina» a la isla de Leyte, designación luego extendida a todo el archi-

[9] *Vid.* S. Leite, *Història da Companhia da Jesus no Brasil,* Lisboa, 1938-1950, 10 vols.

[10] *Vid.* F. Zubillaga, *La Florida: la misión jesuítica (1566-1572),* Roma, 1951.

[11] E. Burrus, «Pionner Jesuit Apostles among the Indians of New Spain», 17 (1956), pp. 574-597.

[12] *Vid.* Damases, *op. cit.,* p. 191. *Vid.* L. Lopetegui, *El P. José de Acosta y las misiones,* Madrid, 1942.

[13] *Vid.* F. J. Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España,* México, 1841-1842, t. II, pp. 275-76.

[14] Citado en P. Xamena-F. Riera, *op. cit.,* p. 262.

[15] E. H. Blair y J. A. Robertson, *The Philippine Islands 1493-1898,* Cleveland, 1903-1909, 55 vols.

piélago). Pero, de hecho, solo pasaría a la efectiva soberanía española en 1565. Es el año en que Miguel López de Legazpi, acompañado por el agustino Andrés de Urdaneta, fundó en Cebú la ciudad de San Miguel, pasó luego a la isla de Panay y en Luzón fundaría la ciudad de Manila en 1571.

Simultáneamente los misioneros agustinos, padre Urdaneta y fray Martín de Rada, con los padres Diego Herrera, Andrés Aguirre, Lorenzo Jiménez de San Esteban, Pedro Gamboa, fundaron en Cebú el primer convento (1565) [16] y asumen, por tanto, la evangelización inicial —complementados desde 1577 por los primeros franciscanos de Pedro Alfaro— y crean la primera provincia religiosa (Santo Nombre de Jesús) en el año 1579, hito cronológico singular, porque en esta fecha se erigía la primera sede en Manila y —a efectos de nuestro relato— llegaban también los primeros misioneros jesuitas para continuar la labor evangélica que San Francisco Javier había iniciado en la India y por Extremo Oriente [17].

Los misioneros de la Compañía figuran, tras los agustinos, entre los más activos creadores de la Iglesia filipina. Si en 1581 los padres Sánchez y Sedeño establecieron casa en Manila, en 1590 se había convertido ésta en Colegio y en 1585 los hijos de san Ignacio fueron encargados de las islas de Ibao, Capul, Leyte, Bool y Cebú y en 1601 crearon el Colegio seminario de San José en Manila [18].

El menorquín fray Diego Saura

En este contexto histórico-religioso actuó el jesuita menorquín padre Diego Saura. De la misma manera que San Francisco Javier, en su prodigiosa labor evangélica por la India portuguesa, por Insulindia y por el Japón, había aprendido lenguas indígenas, sabemos que el padre Sau-

[16] R. García, *Labor evangélica de los padres Agustinos recoletos en las Islas Filipinas,* Zaragoza, 1910.

[17] F. Colin y P. Pastells, *Labor evangélica, ministerios... de la Compañía de Jesús en Filipinas,* Barcelona, 1900-1902, 3 vols. H. de la Costa, *The Jesuits in the Philippines, 1581-1768,* Cambridge, Mass., 1961.

[18] L. Lopetegui, en Aldea-Marin-Vives, *Diccionario de Historia Eclesiástica de España,* Madrid, Inst. Enrique Flórez, t. II, 1872, s. V. «Filipinas», pp. 935-36.

ra, después de haber evangelizado en México [19], misionó a los tagalos a través del conocimiento de este idioma indígena. Después de una notable labor apostólica, que le valió gran fama de santidad, en Manila moriría en 1631, de resultas de las graves heridas que le infringieron los nativos [20].

El agustino fray Bartolomé Estelrich

Bien merecen mención otros misioneros de nuestras islas, y de diversas Órdenes religiosas, que en Oriente extendían también la fe de Cristo y la civilización occidental.

Entre ellos, el agustino padre Bartomeu Estelrich [21], primer baleárico de su Orden, misionero en Filipinas. Había nacido en Ciutat de Mallorca en 1587, ingresado en el Convento de Nuestra Señora del Socorro y profesado como agustino en 1605. Maestro de novicios en el convento de Palma, edificaba a todos, según sus biógrafos, por su vida de penitencia y de piedad. Llevado de su celo apostólico «dejó este oficio de maestro y pasó a Filipinas para trabajar por la conversión de los infieles» [22].

Predicó en Manila, fue ministro en pueblos de *Illocos* (Luzón) en 1633 y luego en Bangui, desde 1635, y habría de morir en 1640.

Fray Juan Bautista Bover

Igualmente de la Orden agustiniana, misionero en Filipinas, nacido en la Ciudad de Mallorca y profesado en el citado Convento del Socorro palmesano, fue fray Juan Bautista Bover, hijo de Pedro Bover y Catalina Vilas. Se incorporó a las misiones filipinas de su Orden en

[19] *Vid.* F. Hernández Sanz, *Cultura i societat a Menorca,* Mahó, 1987, t. I, páginas 34-35.

[20] Hernández Sanz, *op. cit.,* p. 35.

[21] *Vid.* padre F. Carmona Moreno, «Agustinos de Mallorca en la evangelización del Nuevo Mundo», en J. García Marín (coord.), *Mallorca y América. Del predescubrimiento hasta el siglo xx,* Palma-Madrid, 1990.

[22] Padre G. Munar, MSSCC, en *Lluc,* XV (marzo 1935). *Cit.* por el padre Carmona Moreno, *art. cit.*

1669 [23]. Realizó su misión apostólica alternándola con diversos cargos y oficios: definidor Provincial en 1671, prior del Convento de Manila aquel mismo año y de nuevo en 1680, cargo que ejerció también en el otro gran convento de la Orden, el del Santo Niño de Cebú los años 1674, 1683 y 1692 [24]. Administró las misiones de Malate y Panay, muriendo como prior del Convento de Cebú en 1693.

Otros misioneros

Con datos menos precisos, pero sin duda, con labor no menos valiosa, pueden mencionarse en las misiones filipinas otros baleáricos: el jesuita padre Rafael Bonafè (fallecido en 1668); ya en el siglo XVIII, el dominico padre Tomás Totxo (que murió en 1706), el jesuita padre Antonio Xavier Mir (muerto en 1727).

El padre Ignacio Fiol en las misiones del Orinoco

Otro jesuita mallorquín, nacido en Palma de Mallorca en 1629, el padre Ignacio Fiol, engrosa la lista de los misioneros y también la de los primeros mártires baleáricos en Indias. Había ingresado en la Compañía de Jesús en 1652; inicialmente dedicado a las misiones populares, fue fundador de «la Misericòrdia» de Ciutat. Llevado de su vocación misional pasó al Nuevo Reino de Granada en el año 1678. Allí fundó y rigió como superior, la misión del Orinoco [25], en la que encontraría también un fin martirial en manos de los caribes. Murió en Catarubén (Venezuela) el 7 de octubre de 1684.

Fray Miguel Gornals

México sería el escenario misional del padre Miguel Gornals, natural de Porreres y del hábito de San Francisco. Ejerció su labor evan-

[23] *Vid.* M. Merino, *Agustinos evangelizadores de Filipinas, 1565-1965.*
[24] Padre Carmona Moreno, *art. cit.*
[25] Pacheco, II, 155.

gelizadora y civilizadora en Michoacán, entre los indios tarascos, descendientes de los que, al mando de su jefe Zuangua, poco antes de iniciarse la conquista española de México, habían derrotado a Moctezuma II y que fueron luego sometidos por Cristóbal de Olid. Con posterioridad, y a causa de la política española en la región, los tarascos habían abandonado su territorio y se habían refugiado en las montañas.

En aquellos ámbitos agrestes y entre los insumisos tarascos, actuó fray Miguel Gornals sembrando la semilla evangélica y aportando su esfuerzo civilizador en una esforzada labor misionera, precedente de la que habrían de realizar más tarde otros baleáricos en México y en California.

Fray Antoni Llinàs, misionero de misioneros

Dentro de las proyecciones misionales baleáricas en América hay que reservar un capítulo propio y destacado a un hijo insigne de la villa de Artà, fray Antoni Llinàs de Jesús María. Su relevancia dentro de la acción evangelizadora de Baleares en América se debe, no sólo a su labor docente y misional americana, sino también a su condición de «missioner de missioners», como le llama su más reciente biógrafo [26], para aludir a su activa condición de fundador de colegios misionales.

Perfil biográfico

Su vida y obra han sido objeto de diversos estudios [27]. Había nacido el 22 de enero de 1635 como quinto de los hijos del matrimonio de Antonio Llinàs y Catalina Massanet [28].

[26] A. Gili i Ferrer, *Antoni Llinás, missioner de missioners,* Mallorca, 1990. *Vid.* también el trabajo de A. Picazo Muntaner y B. Tous Tous, «Fray Antoni Llinás y el primer Colegio de Propaganda Fide de América», en J. García Marín (coord.), *Mallorca y América. Del predescubrimiento hasta el siglo xx,* Palma-Madrid, edics. Miramar, 1990.

[27] Los principales son los de fray I. F. de Espinosa (OFM), *Crónica de los Colegios de Propaganda Fide de la Nueva España,* Madrid, 1746, nueva edic. Washington, 1964 con introd. y notas de fray Lino G. Canedo, 155-176, 233-443; fray Eduardo Faus (OMF),

Estudios

Aunque no abunda la información sobre sus años juveniles, puede decirse que hizo sus primeros estudios en la escuela de los franciscanos en Artá. Consta su estancia en el convento de Jesús, en las afueras de la villa, y su ingreso como novicio en la Orden seráfica en diciembre de 1652, cuando contaba 17 años, en el Convento de Santa María de los Angeles en la Ciudad de Mallorca. Cursó Filosofía y los estudios teológicos en el Convento de San Francesc de la misma Ciutat; recibió la tonsura en 1655, el subdiaconado en 1656, el diaconado al año siguiente y el presbiterado en 1659.

Labor docente y misional americana

Entre sus cualidades, los biógrafos del padre Llinàs destacan sus conocimientos musicales y sus facultades de orador sagrado, pero registran también su frustrado deseo de alcanzar el lectorado. Y persiguiendo esta vocación profesoral se inscribiría en el alistamiento de misioneros franciscanos de 1664 reclutados para ir a América.

El padre Llinàs llegó a México en octubre de 1665 y allí había de satisfacer aquella vocación docente, pues en diversos centros de su Orden profesó la cátedra de Filosofía a lo largo de catorce años: tres años de lector en la Facultad de Filosofía de Querétaro —actividad que compaginó con la de maestro de coro del monasterio de Santa Clara de la misma ciudad— posteriormente, en 1667, enseñó en el Convento de la Inmaculada de Celaya y en 1668 fue destinado a la cátedra de Teología del convento de Valladolid-Morelia. De este Convento fue nom-

«El padre Antonio Llinás y los Colegios de misiones hispanoamericanos», en *Arch. Ib. Am.*, XVI (1921), 321-41 y XVIII (1922), pp. 176-244; F. Lliteras (OFM), «El Venerable padre Antonio Llinás y Massanet, Fundador de los Colegios de Misioneros (1635-1693)», en *Misiones Franciscanas,* 1934; M. R. Pazos, *De patre Antonio Llinás, Collegiorum Missionariorum in Hispania et America fundatore, 1635-1693,* Vich, Seráfica, 1936 (separata de *AIA,* 29, 1935 y 1936).

[28] A. Gili i Ferrer, «El padre Antonio Llinás y su entorno familiar», en *Bol. Soc. Arg. Luliana,* XXXVI, pp. 828-829 (1978).

brado guardián (1671-74) y luego custodio de la provincia franciscana de San Pedro y San Pablo de Michoacán en 1679.

Dentro de su biografía, el propio padre Llinàs relata una visión nocturna que debía enderezar su vida cuando

> estando en los últimos años con deseos de más ascensos y en ellos de más descansos... me dio su Divina Majestad, por su gran misericordia y altos secretos, una luz especialíssima con que conociese la verdad y los engaños manifiestos de este miserable mundo; con esto se me encendió el corazón y desengañado mudé de intentos y traté de buscar lo principal [29].

Y desde esa renovación interior, ejerció la predicación por todo el territorio diocesano, alcanzando una especial notoriedad —antes de regresar a Europa— con proyectos de reclutamiento y formación de misioneros, labor a la que se entregaría apasionadamente y que habían de granjearle la fama con que ha pasado a la historia.

Fundador del Colegio de Propaganda Fide de Querétaro

Sabido es que el Sacro Colegio de Propaganda Fide fue instituido por Gregorio XV en 1622 con objeto, a la vez que de promover la adecuada acción apostólica en tierras de infieles, —supervisar la organización de diócesis misioneras, el reclutamiento del clero nativo, la debida financiación, que sobrepasaba las posibilidades de las respectivas Iglesias locales y demás extremos involucrados en la acción misional—, recuperar la iniciativa misionera asumida por las Coronas de Portugal y España, y asegurar el deslinde de la acción misionera de los intereses político-comerciales que tantas veces le eran anejos.

Institucionalización de colegios

En esta línea va a empeñar sus esfuerzos y a ganarse una justa y destacada personalidad nuestro insigne paisano artanense. Por exigencias

[29] A. Gili i Ferrer, *op. cit.*, 1990, nota 9, pp. 28-29.

de su cargo de custodio provincial y como miembro del convocado Capítulo general de la Orden que debía celebrarse en Toledo, el padre Llinàs embarca en Veracruz camino del viejo continente a fines de 1679. En enero de 1680 se encuentra en Madrid y allí recibía facultades canónicas para el reclutamiento de misioneros en todo el territorio español y para una serie de misiones populares. A esta tarea se aplicará a lo largo de los años 1680 y 81, incluyendo en sus campañas predicaciones en su propia isla natal, donde alcanzó una generalizada fama de santidad.

Fines y métodos

Dentro del espíritu misional que le animaba, su obra más destacada fue la fundación de Colegios. Redactaría escritos, y un conocido *Memorial*, exponiendo su concepto, funciones y métodos de tales colegios [30]. En él declaraba la necesidad de estudio de las lenguas indígenas por parte de los futuros misioneros y especificaba un método misional para indígenas en el que primaba el objetivo de «ponerlos en policía», es decir, su previa civilización, sedentarización, vestido, enseñanza de oficios, etc., base de una transformación humana y espiritual, y de la deseable «colonización pacífica» de nuevos territorios.

El Colegio Apostólico de Querétaro

En términos de nuestro propósito americanista, nos importa especialmente subrayar el empeño puesto, los viajes requeridos y las numerosas gestiones que hubo de realizar hasta obtener licencias (1681-82) para la creación de un Colegio Apostólico de Propaganda Fide en México. Se ha relatado últimamente el proceso recordando que «habiendo sido electo fray Antonio Llinàs —custodio de la provincia franciscana de San Pedro y San Pablo de Michoacán— para el Capítulo General de la Orden que debía reunirse en España en 1682, solicitó a fray Joseph Jiménez de Samaniego (que era general de la Orden de San

[30] *Vid.* Picazo-Tous, *art. cit.* de la obra *Mallorca y América...*, Palma-Madrid, Edics. Miramar, 1990.

Francisco en Nueva España) se le permitiera, con 12 misioneros, predicar por la vasta serranía de Cerro Gordo o Sierra Gorda. Jiménez de Samaniego sugirió a Llinàs la creación en Nueva España de un colegio para la preparación especializada de franciscanos que quisieran dedicarse a este propósito y le autorizó a presentarlo ante el rey, quien concedió el permiso para la fundación del Colegio de Querétaro... autorizada por Real Cédula de 18 de abril de 1682 dada en Aranjuez» [31]

Logrado el instrumento legal, el viaje fundacional tiene como hitos principales la salida de Mallorca con doce franciscanos el 6 de noviembre de 1682 con dirección a Cádiz, adonde se les debían reunir otros misioneros —algunos de ellos también mallorquines— hasta un total de 28 que formarían la expedición y cuyos nombres ha conservado la historia. Salidos de Cádiz el 4 de marzo de 1683, tres meses después, tras pasar por Puerto Rico, desembarcaban en Veracruz, llegarían a México, desde allí pasarían a tomar posesión del convento de Querétaro (13 de agosto) y dos días después el convento se convertía en el «Colegio Apostólico de Propaganda Fide de Santa Cruz de Querétaro», el primero creado en América [32]. Se trataba de un tipo de colegios que «eran independientes de cualquier provincia o custodia y estaban sujetos al comisario general de los franciscanos de las Indias, que residía en Madrid» [33].

La organización interna del colegio (dirigido por el guardián, el vicario y cuatro consejeros, con un número de religiosos que no debería pasar de 30 entre sacerdotes y hermanos legos), y el reconocimiento de las patentes pontificias en la capital del virreinato exigieron del padre Llinàs diversos desplazamientos y no pocas gestiones [34]. Culminadas éstas, el Colegio de Santa Cruz de Querétaro pasaba a constituirse en uno de los centros de formación y de irradiación misionera más importantes del virreinato de Nueva España [35]. Y así, mientras los misioneros del colegio predicaban por la zona septentrional del virrei-

[31] Gobierno del Estado de Querétaro, *Misiones de Sierra Gorda,* Querétaro, 1985, p. 21.

[32] *Vid.* F. Zúñiga y Ontiveros, *Crónica Seráfica y Apostólica del Colegio de Propaganda Fide de Santa Cruz de Querétaro,* México, 1792.

[33] Gobierno del estado de Querétaro, *Las misiones de Sierra Gorda, cit.,* 1985, p. 21.

[34] *Vid.* M. B. McCloskey, *The formative Years of the missionary College of Santa Cruz de Querétaro,* Washington, 1955, pp. 3-53.

[35] *Vid.* la citada obra de Zúñiga y Ontiveros, *Crónica Seráfica y Apostólica del Colegio de Propaganda Fide de Santa Cruz de Querétaro,* México, 1792.

CHRONICA APOSTOLICA, Y SERAPHICA

DE TODOS LOS COLEGIOS DE PROPAGANDA FIDE

DE ESTA NUEVA-ESPAÑA,

DE MISSIONEROS FRANCISCANOS OBSERVANTES:

ERIGIDOS

CON AUTORIDAD PONTIFICIA, Y REGIA, para la reformacion de los Fieles, y Converſion de los Gentiles.

CONSAGRADA

A LA MILAGROSA CRUZ DE PIEDRA, que como titular ſe venera en ſu primer Colegio de PROPAGANDA FIDE de la muy Illuſtre Ciudad de San-Tiago de Queretaro, ſita en el Arzobiſpado de Mexico.

ESCRITA

POR EL R.P.Fr. ISIDRO FELIS DE ESPINOSA, Predicador, y Miſſionero Apoſtolico, Hijo, y ex-Guardian de dicho Colegio, Qualificador, y Reviſor del Santo Officio, Chroniſta de la Santa Provincia de S. Pedro, y S. Pablo de Michoacán, y de todos los Colegios de Miſſioneros Apoſtolicos Obſervantes de eſta Nueva-Eſpaña.

PARTE PRIMERA.

CON LICENCIA EN MEXICO:
Por la Viuda de D. Ioſeph Bernardo de Hogal, Impreſſora del Real, y Apoſtolico Tribunal de la Santa Cruzada en todo eſte Reyno.
Año de 1746.

nato, el propio padre Llinàs salió a misiones populares por Campeche, Oaxaca, Valladolid, etcétera.

Su etapa final en la Península

Viendo las necesidades apostólicas, el fundador saldría de México camino de España en 1685 para recabar la fundación de nuevos colegios.

En esta etapa, el padre Llinàs consiguió en 1686 renovar los estatutos del Colegio de Querétaro [36] y, aparte de una incesante actividad de predicador [37], realizaría la fundación en la Península y fuera de ella de otros Colegios (Escornalbou, en 1686, Nuestra Señora de la Oliva, en 1689, Calamocha, 1689, Santo Espíritu del Puig, Valencia, en 1695 y Ozzier, —Sassari, Cerdeña— en 1691), de los cuales, lógicamente no cabe aquí ocuparse en detalle.

Tras esta fecunda labor de «misionero de misioneros» [38], el padre Llinàs moría en Madrid en el Colegio de San Francisco el 29 de junio de 1693 en olor de santidad. Se le dedicaron solemnes exequias en la capital, en Ciutat de Mallorca, en su villa natal de Artá y en su gran fundación americana, el Colegio de Santa Cruz de Querétaro.

Irradiación evangélica del Colegio de Querétaro y de los misioneros mallorquines del padre Llinàs

Ha quedado indicado antes que el padre Llinàs, al marchar a México para fundar el Colegio Apostólico de Propaganda Fide, iba acom-

[36] *Vid.* las Bulas del papa Inocencio XI estableciendo el régimen estatutario y el gobierno interior de los Colegios Apostólicos del padre Llinàs, en *Bulario Magno,* t. XI, fols. 493 y 504. *Cit.* por Gili i Ferrer, *op. cit.,* 1990, p. 99.

[37] *Vid.* la resonante misión predicada en aquel año de 1696 en Llucmajor, recordada en los anales locales por las varias curaciones milagrosas logradas. *Vid.* B. Font Obrador, *Historia de Llucmajor,* Mallorca, 1982, pp. 530 y ss.

[38] Es también autor de escritos espirituales como Novenas, Septenarios, Devociones (a la Santísima Virgen, a la Sangre Preciosa de Nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima y Beatísima Trinidad), así como obras teológicas: *De Sanctissime Eucharistiae Sacramento, Commentaria in librum Sententiarum Scotii.*

pañado de misioneros mallorquines cuyo nombre la historia ha conservado; el nombre y también, en parte, los trazos de su labor evangelizadora, cuya exposición, por lo mismo, tiene aquí ahora obligada cabida [39]. Tanto más, cuanto que el Colegio de Querétaro y aquellos misioneros del padre Llinàs cubren un área espacial misionera y una cronología mexicanas que resultan claros antecedentes y condiciones de posibilidad, tanto de la inmediata evangelización y colonización de Texas, como de la posterior y concreta obra misional mexicana y californiana, de la gran figura misionera balear que fue fray Junípero Serra [40]. En efecto, de los 23 colegios misionales con que contaría Nueva España, «14 de ellos procedían del de Santa Cruz de Querétaro y casi todos fueron fundados antes de que finalizara el siglo XVIII» [41].

Los nombres

Los frailes mallorquines del padre Llinàs en el convento de Querétaro eran [42] los padres Antoni Frontera, Antoni Llensor, Antoni Torres, Miquel Miralles, Miquel Fontcuberta, Pere Sitjar, Sebastià Bisquerra, Antoni Perera, Damià Massanet, Jaume Llinàs, Antoni Catany, a los que se unió Joan Baptista Llàtzer [43].

Excepción hecha de fray Miquel Miralles (natural de Montuiri, que murió en Cádiz, en 1683, en el trayecto de ida), de los demás conocemos algo de su vida y de su labor misional mexicana que debemos recordar brevemente.

[39] *Vid.* Zuñiga y Ontivero, *op. cit.*, México, 1792.

[40] Así en relación con sierra Gorda, en el Estado de Querétaro, donde van a actuar fray Antoni Llinàs y sus misioneros mallorquines, *vid.* Eduardo Loarca Castillo, *Fray Junípero Serra y sus misiones barrocas del siglo XVIII.* Sierra Gorda de Querétaro, Querétaro, 1984.

[41] Gobierno del estado de Querétaro, *Misiones de Sierra Gorda,* 1985, p. 22.

[42] Seguimos aquí la lista por la relación que da Gili i Ferrer, *op. cit.*, 1990, páginas 37 y ss.

[43] N. Pons, S. J., «Los compañeros del padre Llinàs en México» *Bellpuig,* 8 de julio de 1964, pp. 53-54.

Obra apostólica

Dentro del grupo de los citados, aparece con un cierto relieve fray Juan Bautista Llàtser. Por de pronto, fue uno de los que tomó posesión del convento de Querétaro y a quien el padre Llinàs designó como presidente de aquel Colegio Apostólico; sus biógrafos relatan sus devociones (entre ellas el «Vía Crucis»), sus cilicios y mortificaciones y su obra evangelizadora en sermones y misiones en Sierra Gorda [44], así como su fundación de la misión de Tamaulipa, que comprendía una población de más de 300 familias indígenas. Murió en el propio Colegio de Querétaro el 11 de marzo de 1689 [45].

Fray Pere Antoni Frontera era natural de Sineu, había nacido en 1629 y había profesado en 1647. Vivió en el convento de San Antonio de Padua de Artà entre 1660 y 1668; fue guardián del convento de Petra y misionero en Tierra Santa. Gozaba del especial aprecio del padre Llinàs de tal forma que le dejó de presidente del Colegio de Querétaro en alguna ocasión. Retornó a Mallorca y en ella fue visitador del Convento de San Francesc de Palma. Murió en 1714 a los 85 años de edad.

Fray Antoni Llensor era natural de Alcudia y fue guardián del Convento de Jesús, así como comisario de Tierra Santa. Por su parte, fray Antoni Torres, natural de Artà, destacado predicador y teólogo, fue elegido primer guardián del Colegio de Querétaro cuando acabó el régimen de los presidentes del mismo. El padre Pere Sitjar, nacido en Porreres en 1643, gozaba en Mallorca de prestigio como filósofo y teólogo y regentaba una cátedra. Todo ello lo abandonó para acompañar al padre Llinàs a la misión de México. Predicó en aquella capital virreinal, en Puebla de los Ángeles y Oaxaca, muriendo en el Colegio de Querétaro en 1698.

[44] L. Gómez Canedo, *Sierra Gorda. Un típico enclave misional en el centro de México (siglos XVII y XVIII)*, Pachuca, 1976; M. Gustín, *El Barroco en Sierra Gorda. Misiones franciscanas en el Estado de Querétaro*, México, 1969.

[45] Su biografía en padre A. Oliver, *Monumenta Seraphica, cit.* por Gili i Ferrer, *op. cit.*, 1990, p. 45, nota 22.

Fray Damià Massanet y la colonización de Texas

Un subrayado especial merece la personalidad y la obra de fray Damià Massanet i Gili, en cuanto, además de su acción apostólica, va a asumir un destacado protagonismo, junto a otros hermanos de hábito mallorquines, en la colonización de Texas [46].

Fray Damià Massanet nació en Artà (Mallorca) en 1652. Pertenecía a una familia que tuvo a otro de sus miembros —Miquel Massanet— ocupando cargos relevantes en la Orden seráfica, como el de guardián del Convento de Artà (1678-80) y guardián del de San Francesc de Palma (1694). Damià cursó sus primeros estudios en el convento franciscano de su villa natal e, ingresado en la Orden, alcanzó el presbiterado en 1680. Acompañaría al año siguiente al padre Llinás a América, y en el nuevo colegio de Propaganda Fide estudiaría idiomas indígenas, como el nahualt.

Desde aquel Colegio saldría en 1688 a una labor misional mexicana que, en primer lugar, está ligada a su condición de fundador de la Misión de Santiago del Valle, en Coahuila, en el norte del virreinato. Allí habría de conocer la presencia de franceses en la bahía del Espíritu Santo y lo pondría en conocimiento de las autoridades administrativas, lo que daría lugar a una acción colonizadora en Texas.

Recordemos que, pese a haber sido la costa texana visitada tempranamente (1519) y tímidamente explorada por los españoles —Alonso Álvarez de Pineda, Cabeza de Vaca, Moscoso, Castillo, etc.— habría de esperarse a finales del siglo XVII para que la administración virreinal emprendiera una amplia acción de exploración y ocupación del territorio. No fue ajeno a esta renovación del interés ocupacional, la advertida presencia francesa en el litoral texano y su expansionismo interior desde Louisiana a través del Mississipi.

Todas estas circunstancias —conocidas por informes indígenas— fueron las que comunicó fray Damià Massanet, misionero entonces en Coahuila, al gobernador, éste los trasladó al virrey, quien, comprendiendo los inconvenientes estratégicos que una cuña francesa podía

[46] *Vid.* ahora el trabajo de síntesis de A. Picazo Muntaner y B. Tous Tous, «Algunas notas sobre los mallorquines y la colonización de Texas», en J. García Marín (coord.), *Mallorca y América. Del predescubrimiento hasta el siglo XX*, Palma-Madrid, Edic. Miramar, 1990.

implicar para las necesidades logísticas españolas en aquella área (relación de Nueva España con Florida), puso en marcha una exploración de la bahía del Espíritu Santo, —donde se habían asentado los franceses— y un correlativo plan de colonización de la zona, encomendada a fray Damià y sus compañeros de hábito.

Intervino en la primera exploración, acompañando al capitán Alonso de León, del territorio de los indios texas. Fray Damià tenía como compañeros mallorquines al padre Miquel Fontcuberta y al padre Antonio Bordoy. La expedición alcanzó la bahía del Espíritu Santo en abril de 1690, punto de partida para la posterior fundación por el padre Massanet, más al norte, de la misión de San Francisco de los texas, que quedaría a cargo del padre Miquel Fontcuberta. Se trataba de la primera misión en territorio texano e inicial presencia española en una zona de hecho desconocida, que ampliaba el dominio español y permitía un mayor control territorial del golfo de México; aunque su dominio efectivo exigiría nuevas expediciones y pasaría por diferentes vicisitudes, hasta el punto de tenerse que abandonar los establecimientos misionales del padre Damià Massanet en 1693.

Éste, con posterioridad actuó en la provincia de Mixoacan, fue elegido guardián de Zacapu (1696), custodio de Río Verde (1698) y visitador de Guatemala en 1715 [47], fecha a partir de la cual se pierde su rastro, según Antoni Picazo, archivero de Artà, el pueblo natal de fray Damián Massanet.

Trabajando con él destacan otros misioneros mallorquines en la génesis de la actual Texas. Se trata, en primer lugar, del citado padre Miquel Fontcuberta (nacido en Ciutat de Palma, y uno de los que asumían la presidencia de Querétaro en ausencia del padre Llinàs) que, después de una esforzada labor de misionero en Puebla de los Ángeles y en Oaxaca, asumió la responsabilidad de la citada misión, realizó una notable labor en la conversión y civilización de los indios texas. Sus biógrafos destacan su espíritu penitentísimo y caritativo, que ejerció cuidando enfermos durante epidemias, en una de las cuales murió en febrero de 1691. Igualmente notable es la obra y personalidad de fray Antonio Parera, natural de Manacor, que acompañó al padre Massanet en su penetración y fundación de Texas, donde permaneció dos años;

[47] *Vid.* Gili i Ferrer, *op. cit.*, 1990, nota 20, pp. 44-45.

hacia 1694 se le encuentra luego misionando en Guatemala y moriría en el Colegio de Santa Cruz de Querétaro.

Fray Junípero Serra, apóstol y civilizador de California [48]

Consideraciones preliminares

Dentro de la parte de esta obra dedicada a la civilización y espiritualidad balear en el Nuevo Mundo, con la figura de fray Junípero Serra entramos en un capítulo de una relevancia histórica especial, tambien especialmente reconocida en América.

Una cumbre humana de la espiritualidad mediterránea

No es un subjetivo juicio de valor, sino una realidad empírica instaurada en la conciencia histórica y social de los dos últimos siglos que, con fray Junípero Serra, la aportación balear a la construcción de la América moderna alcanza objetivamente una cumbre, en términos de proyección aplicada, de las virtualidades del humanismo mediterráneo incorporadas en el ser histórico balear. Cumbre axiológica, por los valores requeridos y las dificultades implícitas en una actuación pionera como la que él llevó a cabo sobre territorios desconocidos, por el titánico esfuerzo personal desplegado, por la naturaleza de la tarea realizada, por las técnicas civilizadoras de los nativos, por la eficacia histórica de sus fundaciones misionales, base actual de los núcleos urbanos más importantes de California...

Establecida con clara conciencia histórica la real importancia objetiva de fray Junípero, resulta pertinente expresar, sin embargo, dos precisiones que quieren justificar los obligados encuadres y caracteres del tratamiento de su figura y obra a la hora de exponerla en estas páginas: por un lado, la de que la labor misionera balear que ya llevamos expuesta debe verse, en justicia, como tradición creadora, en parte, de las

[48] Con estas dos notas lo calificamos tomando los atributos juniperianos contemplados por los franciscanos de Petra para denominar la revista mensual *Apóstol y Civilizador* que se publica desde 1974.

condiciones de posibilidad del éxito cualitativo de fray Junípero; por otro lado, que la consideración ahora aquí de su admirable vida y de su obra americana —objeto de tan numerosas monografías fundamentales y de centenares de trabajos— no puede querer agotar la cantidad de información disponible y pretender conferirle una exposición exhaustiva, que merece, pero que rebasaría la proporción de espacio asignable, dentro del carácter general de nuestra obra de conjunto.

La correlativa amplitud de la historiografía juniperiana

La amplia información disponible sobre el padre Serra, comenzó a acumularse en vida misma de fray Junípero. Su labor misionera y civilizadora fue objeto de amplia atención y conocimiento, tanto por la extensa actividad epistolar de nuestro protagonista, de su *Diario de 1769* desde Loreto a San Diego, de sus informes, etc. [49], cuanto por la propia anotación de los hechos, la confección de relaciones y la recogida de datos que habrían de significar la detallada consignación de su trayectoria fundacional; historiada luego, ya por su inmediato e inseparable compañero, el padre Palou, como lo sería también, en otra medida, por el padre Sancho o por el padre Verger que, al poco de morir fray Junípero, difundieron sistemáticamente la vida de nuestro héroe en sus escritos y obras, como las analizadas en el apartado de cronistas e historiadores baleáricos en Indias [50]. A su vez, la misma obra del biógrafo e historiador padre Palou ha sido objeto de análisis historiográficos [51] que multiplican indirectamente el propio estudio biográfico y misional del padre Serra. Añadamos a estas circunstancias historiográficas los ininterrumpidos actos de homenaje, conmemoraciones, estudios, inauguraciones, etc., dedicados en el Viejo y el Nuevo Mundo al creador del «Golden State», y se tendrán someras explicaciones de la abrumadora historiografía juniperiana [52].

[49] Todo ello compilado por el padre A. Tibesar, O.F.M., *Writings of Junipero Serra*, Washington, 1955-1966, 44 vols.

[50] Recuérdese, por de pronto, F. Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del Venerable Padre Fray Junípero Serra*, México, 1787; del mismo, *Noticias de la Nueva California*, México, 1857. Nueva edición con el título *Evangelista del Mar Pacífico, fray Junípero Serra*, Madrid, 2.ª edic., 1944.

[51] Así, por ejemplo, la de M. J. Geiger, *Palou's Life of Junipero Serra*, Washington, 1955.

[52] Como sucinta selección de las obras más acreditadas, queden aquí anotadas las de M. Geiger, *The Life and Times of fray Junípero Serra*, Washington, 1959, 2 vols., ahora traducida al español con el título de *Vida y época de Fray Junípero Serra, O.F.M. o el hombre que nunca retrocedió*, Palma de Mallorca, trad. de J. Fernández-Largo y coordinada por B. Font Obrador, 1987; del mismo, *The Serra Trial in Picture and Story*, San Francisco, 1960; Z. Engelhardt, *Missions and Missionaries of California*, Santa Bárbara, 1913-1915, 4 vols. C. J. G. Maximin Piette, *Le Secret de Junipero Serra, fondateur de la California Nouvelle, 1769-1784*, Washington, 1949, 2 vols.; E. Weber, *Junípero Serra. Contribución al bicentenario de su muerte*, Palma de Mallorca, 1983; L. Gómez Canedo, *Un lustro de admi-*

Nacimiento y estudios

Junípero Serra i Ferrer, tercer hijo del matrimonio de Antonio Serra Abram y Margarita Ferrer Fornés, nació en Petra el 24 de noviembre de 1713 en una casa propiedad familiar situada en el «Barrancar alt», cercana al Convento de San Bernardino.

De «pequeña estatura y enfermizo» [53], sus primeros estudios trascurrieron con los franciscanos de Petra y luego en Palma, al ser encomendado el muchacho a un familiar sacerdote, fue «beneficiado» de la catedral. Estudió en el Convento de San Francisco y fue admitido y tomó al hábito franciscano en el Convento de Jesús extramuros de la ciudad «el día 14 de septiembre de 1730, siendo de edad de dieciséis años...» [54]. Profesó el 15 de septiembre de 1731 cambiando su nombre de pila (Miguel-José) por el de Junípero, en recuerdo y honor del compañero del Santo de Asís. Ordenado sacerdote en 1737, estudió Filosofía y Teología, ejerció de lector y de profesor de Filosofía escotista en el Real Convento (1740), teniendo como alumnos a Palou y Crespí, que tan ligados a él quedarían de por vida. Se doctoró en Teología en la Universidad Luliana en 1742. Se han conservado escritos (así un *Compendium Scoticum*) de esa época profesoral, que fray Junípero alternaba como predicador, actividades que terminarían cuando en 1749 decidió hacerse misionero y marchar a América.

La etapa mexicana: fray Junípero entre el Colegio de San Fernando y la evangelización de Sierra Gorda

La partida de Mallorca tuvo lugar el 13 de abril. El itinerario seguido fue: Málaga, Granada y Cádiz. Desde aquí embarcó el 28 de agosto

nistración franciscana en Baja California (1733-1778), La Paz, 1983; E. M. Coronado, *Descripción e inventarios de las misiones de Baja California. 1773*, Palma (Institut d'Estudis Baleárics, 1987). Pero, sobre todo, la incansable investigación archivística, el conocimiento «de visu» de los escenarios californianos de la evangelización del padre Serra y la tenaz dedicación historiográfica en este sentido ligada al nombre del doctor B. Font Obrador, a quien aquí seguiremos muy de cerca. *Vid.* como una de sus últimas obras, *Juníper Serra. l'empremta mallorquina a la California naixent*, Palma, 1988.

[53] F. Palou, *Vida...*, *cit.*, p. 20.

[54] Palou, *op. cit.*, p. 20.

en el *Villasota* rumbo a Puerto Rico, Veracruz y México, a donde llegó en diciembre. En México permanecería cinco meses en el Colegio de San Fernando antes de salir hacia las que serían sus primeras misiones americanas: la misión de Sierra Gorda en 1750, de la que sería nombrado presidente en 1751 [55] y la de Santiago de Jalpan (que en honor de fray Junípero ha cambiado su nombre por el de «Jalpan de Serra»).

Con independencia de que, más adelante, se aborde específicamente la cuestión de las técnicas misionales aplicadas, cabe subrayar ya desde ahora que aquellas primeras actividades misioneras de fray Junípero Serra se hicieron sobre ideas y criterios de actuación que implicaban una concepción civilizadora de la acción misional, es decir, aplicando un modelo catequético que a la vez era desarrollista de actividades productivas, de formación profesional, de promoción económica y de educación de los indígenas.

A esta etapa inicial de la vida americana del padre Serra siguió otra de servicio en el propio Colegio de San Fernando (1758-1767). En él fue maestro de novicios, consejero del colegio y de él saldría regularmente para predicaciones en diversas partes del virreinato. Y así trascurrió su vida hasta la fecha decisiva de la disolución de la Compañía de Jesús.

Misionero y fundador de la Alta California

El año 1767, en efecto, señala un hito cargado de consecuencias para nuestro personaje. Las misiones que los hijos de San Ignacio habían iniciado en California fueron encomendadas al Colegio de San Fernando y fray Junípero designado presidente de las mismas aquel mismo año. Antes de abordar la labor personal del padre Serra en California, y como medio de calibrar cabalmente los caracteres genuinos de su acción misional, convendrá recordar, pues, la situación religiosa de las tierras californianas ahora puestas al cuidado de la Orden seráfica.

[55] L. Gómez Canedo, *Sierra Gorda. Un típico enclave misional en el centro de México (siglos XVII y XVIII)*, Pachuca, 1976; M. Gustín, *El Barroco de Sierra Gorda. Misiones franciscanas en el Estado de Querétaro*. México, 1969; E. Loarca Castillo, *Fray Junípero Serra y sus misiones barrocas del siglo XVIII*. Sierra Gorda de Querétaro, Querétaro, 1984; Gobierno del Estado de Querétaro, *Las Misiones de Sierra Gorda*, Querétaro, 1985.

La herencia jesuítica bajo-californiana

Sería injusto no dejar apreciación expresa de todo lo que de preparación y antecedente de la obra espiritual y civilizadora en California significó la labor cumplida por los jesuitas, antes de que el decreto de expulsión (1767) los eliminara de la acción misionera, y su herencia pasara a manos de fray Junípero Serra [56].

En esta indicada y obligada referencia previa, debe hacerse concreta mención del jesuita alemán padre Eusebio Francisco Kino [57]. Partiendo de su emplazamiento misional en el área de Sonora [58] y la Pimeria Alta [59], el padre Kino con sus misioneros formó parte de la expedición a California dirigida por el almirante Isidro Atondo Antillón, y sería la tenaz labor de expansión misional jesuítica la que proporcionaría el primer conocimiento geográfico cabal de California que, de supuesta isla, ellos demostraron ser península [60]. Y desde entonces el padre Kino concibió el proyecto de promover expediciones tendentes a unir misionalmente las dos orillas del golfo de California [61]. Este sueño evangélico del padre Kino —truncado y suspendido entonces por su muerte (1711)— sería cumplido y completado finalmente, tras la expulsión de la Compañía, por obra de los franciscanos del padre Serra, desde supuestos propios y originales, y añadiendo a su labor apostólica y evangelizadora también la parte septentrional de la península californiana.

Camino de Nueva California

Encomendadas por el virrey marqués de Croix al Colegio de San Fernando las misiones californianas, y designado presidente de las mis-

[56] Las misiones jesuíticas de que se hicieron cargo los franciscanos eran quince: Loreto, San José del Cabo, Santiago, Todos Santos, Los Dolores, San Luis Gonzaga, San Francisco Javier, San José de Comondú, la Purísima, Guadalupe, Mulegé, San Ignacio, Sta. Gertrudis, San Borja y Santa María de los Ángeles.

[57] *Vid.* C. Bayle, S. J., *Historia de los descubrimientos y colonización de los Padres de la Compañía de Jesús en la Baja California*, Madrid, 1933.

[58] M. Venegas, S. J., *Noticias de la California...*, I, p. 219.

[59] H. E. Bolton, *Kino's Historical Memory of Primeria Alta*, 2 vols.

[60] A. del Portillo, *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California*, Sevilla, 1947.

[61] *Crónica titulada Favores celestiales*, edición por el Arch. Gral. de la Nación, Méjico, 1913-1922, con introducción de E. Bosé.

mas fray Junípero Serra, éste marchó al frente de un grupo de doce misioneros hacia el Puerto de San Blas (julio de 1767) por Tepic, Querétaro y Guadalajara. A falta esta diócesis de operarios que cuidaran la mies, el padre Serra consiguió la incorporación de otros cuatro franciscanos, y con todos ellos desplegaron una gran labor apostólica en aquel valle de México hasta marzo de 1768, predicaciones que el historiador de fray Junípero describió con detalle [62].

Conviene ahora añadir que desde aquellas inmediaciones de San Blas, el padre Serra conectaría con las autoridades virreinales [63] ofreciendo colaboración para una expansión territorial que coincidía con el proyecto de expediciones hacia la Alta California, preparado hacía algún tiempo por el visitador don José de Gálvez [64].

«The Sacred Expedition» de 1769 a San Diego y Monterrey

Entrevistados fray Junípero y Gálvez en Santa Ana y decididos los pormenores de la expedición a San Diego y Monterrey, salió ésta dividida en dos grupos —marítimo y costero— que, después de incontables avatares, habría de significar la creación de las primeras misiones juniperianas en la Alta California. Los pormenores de su ejecución, los dispositivos movilizados, los componentes de cada uno de los grupos, las incidencias del viaje, «the Padres trail», las propias fuentes históricas de información, etc., han sido ya expuestos en otra parte de esta obra, por lo cual a ella se remite al lector [65].

[62] *Palau, Relación histórica de la vida...*, *cit.* 1787, caps. X y XI.

[63] Carta de fray Junípero al virrey marqués de Croix: Tepic, 2 de marzo de 1768, *vid.* A. Tibesar, *Writings of Junípero Serra*, Washington, 1955-1966, 4 vols., tomo I, p. 34.

[64] Esta relación con el poder político y militar representado por el virrey y el visitador Gálvez, que financiaban las expediciones a la Alta California, ha suscitado ciertas interpretaciones polémicas sobre el carácter de las misiones franciscanas en el Pacífico. Mientras el padre A. Engelhardt, O.F.M. (*The Franciscans in California*, Michigan, 1897) establece la incontaminación política de las misiones juniperianas, el profesor Hernández Sánchez-Barba (*La última expansión española en América*, Madrid, Inst. Est. Pol., 1957, cap. V, pp. 261 y ss.) sostiene la existencia de «un gran sedimento político en la dinámica misional franciscana... la adscripción de las misiones a la acción política, sin perder su carácter fundamental, siempre mantenido, de servir como vehículo primero a la evangelización».

[65] *Vid. supra*, Parte Tercera, III, 1. e), relativa al piloto Juan Pérez, mallorquín decisivo en el buen éxito de la expedición.

Pero es el momento de señalar que aquella «Sacra expedición» de 1769, se llama así, porque de ella se derivarían las primeras fundaciones misionales juniperianas en la Alta California.

La primera fue la de San Diego de Alcalá, fundada el 16 de julio de 1769; la segunda la de San Carlos Borromeo o de Monterrey o Carmelo, creada el 30 de junio de 1770 por fray Junípero y fray Juan Crespí; la tercera la de San Antonio de Padua (la única misión rural de las juniperianas) el 14 de julio de 1771; la de San Gabriel nació el 8 de septiembre de 1771 y la de San Luis Obispo (de Tolosa) el primero de septiembre de 1772.

El intermedio mexicano y la *Carta Puebla Californiana*

Entre los años 1772 y 1773, la actividad de fray Junípero trascurre en la capital del virreinato en gestiones que aseguraran la pervivencia y establecieran el régimen funcional de las misiones creadas. Embarcado en San Diego el 20 de octubre de 1772, pasó por San Blas, Guadalajara y Querétaro; y en México se entrevistaría con el nuevo virrey Bucareli (13 de marzo de 1773) para informarle de la situación de la Nueva California, exponerle las dificultades sobrevenidas y obtener lo que Font Obrador ha propuesto llamar *la Carta Puebla de la Nueva California*, redactada por el propio padre Serra y refrendada por el virrey [66], lo que aseguraba la existencia de las misiones creadas y programaba una nueva etapa de fundaciones en la Alta California, a su vez, base de partida para futuras expediciones españolas por el Pacífico Norte.

Las restantes fundaciones juniperianas en la Nueva California

Regresado a San Carlos de Monterrey (mayo de 1774) y con el respaldo oficial obtenido, el padre Serra se aplicaría al afianzamiento de las misiones constituidas y a la creación de nuevos enclaves misio-

[66] Font Obrador (*vid.*, por ejemplo, «Mallorquines en California», en la *Historia de Mallorca,* coordinada por Mascaró Pasarius, *cit.*, p. 510, col. 1.ª). El documento de referencia en AGN., *Misiones*, vol. 12, pp. 145-63.

nales. Así aparecieron el de San Francisco o Nuestra Señora de los Dolores —la más septentrional de las misiones juniperianas— (el 9 de octubre de 1776), la Misión de San Juan Capistrano (30 de octubre del mismo año 1776), Santa Clara de Asís (el 18 de enero de 1777) y San Buenaventura (el 31 de marzo de 1782).

El gobierno de las misiones y los últimos momentos del padre Serra

La escueta relación cronológica de las nueve fundaciones misionales de fray Junípero en la Alta California —origen del actual «Golden State»— no puede dejar entrever los sacrificios y penalidades personales que aquellas fundaciones requirieron, ni la complejidad de las tareas, problemas y dificultades que el funcionamiento diario de cada una de ellas implicaba. Sepamos, sin embargo que, una vez creadas, desde su despacho de la Misión de San Carlos Borromeo, fray Junípero gobernó como presidente aquel complejo californiano: los problemas de construcción de las iglesias, la organización de la producción agrícola, la adquisición de los aperos necesarios, la formación profesional de los indígenas en los diversos oficios que la vida colectiva requería, la enseñanza de la doctrina, la administración de los sacramentos... Mientras, a la vez, encontraba tiempo para recorrer sus fundaciones, predicar, bautizar, confirmar... sin que le detuvieran sus enfermedades y su quebrantada salud. Los centenares de folios de los libros sacramentales en que quedó registrado este esforzado ejercicio ministerial del padre Serra, son testimonio histórico irrefutable —pero todavía de hecho mudo, por estar inédito [67]— de una gigantesca labor humana, cuya entidad civilizadora y grandeza ya reconocida, se mostraría entonces en su verdadero relieve histórico.

El final de fray Junípero llegaría en 1784. Estando en San Carlos requirió la presencia, compañía y asistencia de su antiguo discípulo, paisano y hermano de hábito, fray Francisco Palou. Sólo diez días sobrevivió fray Junípero a su llegada, que trascurrieron entre aplicación

[67] El autor de estas páginas cree que los aludidos registros sacramentales son de tal importancia para la cabal valoración de la labor del padre Serra, que su publicación debería encomendarse —y reservarse, como reconocimiento público a su dedicación— al mejor historiador balear de fray Junípero, Font Obrador.

RELACION HISTORICA
DE LA VIDA
Y APOSTOLICAS TAREAS
DEL VENERABLE PADRE
FRAY JUNIPERO SERRA,

Y de las Misiones que fundó en la California Septentrional, y nuevos establecimientos de Monterey.

ESCRITA

Por el R. P. L. Fr. FRANCISCO PALOU, Guardian actual del Colegio Apostólico de S. Fernando de México, y Discipulo del Venerable Fundador:

DIRIGIDA

A SU SANTA PROVINCIA

DE LA REGULAR OBSERVANCIA

DE Nrô. S. P. S. FRANCISCO

DE LA ISLA DE MALLORCA.

A EXPENSAS

DE VARIOS BIENHECHORES.

Impresa en México, en la Imprenta de Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo, año de 1787.

Edición princeps de la biografía de fray Junípero Serra.

de remedios médicos, prácticas piadosas, que no abandonaba, y el consuelo de los últimos auxilios espirituales administrados por el padre Palou. Aquel baleárico «de cuerpo menudo y enfermizo» —un gigante del espíritu humano y de la historia americana— expiraba el 28 de agosto. Las exequias y su enterramiento —junto a su otro discípulo bien amado, el padre Crespí, según había dispuesto el propio maestro— contaron con la asistencia de todas las gentes de la misión y del presidio, y se le tributaron con los supremos honores, propios de su condición de presidente de aquella república misional que había creado [68].

El reconocimiento histórico y la gloria espiritual de fray Junípero

Desde entonces, y a través de los dos siglos trascurridos, la conciencia humana no ha hecho sino otorgar a la figura del padre Serra el reconocimiento internacional que su obra evangélica y civilizadora merecía.

Aunque en otro lugar de este mismo libro se hará una específica y más detallada relación, digamos ahora ya, que entre la interminable serie de recuerdos que exaltan su vida y obra —desde el itinerario que se inicia en su Petra natal, pasando por Puerto Rico y México, Querétaro, Sierra Gorda y Jalpan, con un rosario de estatuas levantadas en sus misiones californianas «camino de fe y de humanidad recorrido por sus doloridos y cansados pies», hasta las innumerables conmemoraciones del bicentenario de su muerte en el Nuevo y el Viejo Mundo—; quizás cabría destacar —como símbolos universales de reconocimiento— la estatua levantada en el Capitolio de Washington, en cuanto le sitúa oficialmente como uno de los históricos padres fundadores de América [69], y los solemnes actos romanos de beatificación [70], en cuanto que consagran su presencia gloriosa en la Jerusalén celestial.

[68] P. Palou, *Relación histórica...*, pp. 256-63.

[69] Instalada en la Galería de la Fama el 1.° de marzo de 1931 y debida al escultor Ettore Cadorin.

[70] Por su santidad Juan Pablo II el 25 de septiembre de 1988, con asistencia de representaciones oficiales baleáricas y californianas. Puede verse un pequeño reportaje gráfico de la beatificación en Font Obrador, *Fra Juníper Serra*, *cit.* Palma, Sa Nostra, 1989, pp. 62 y ss.

La estela misional juniperiana

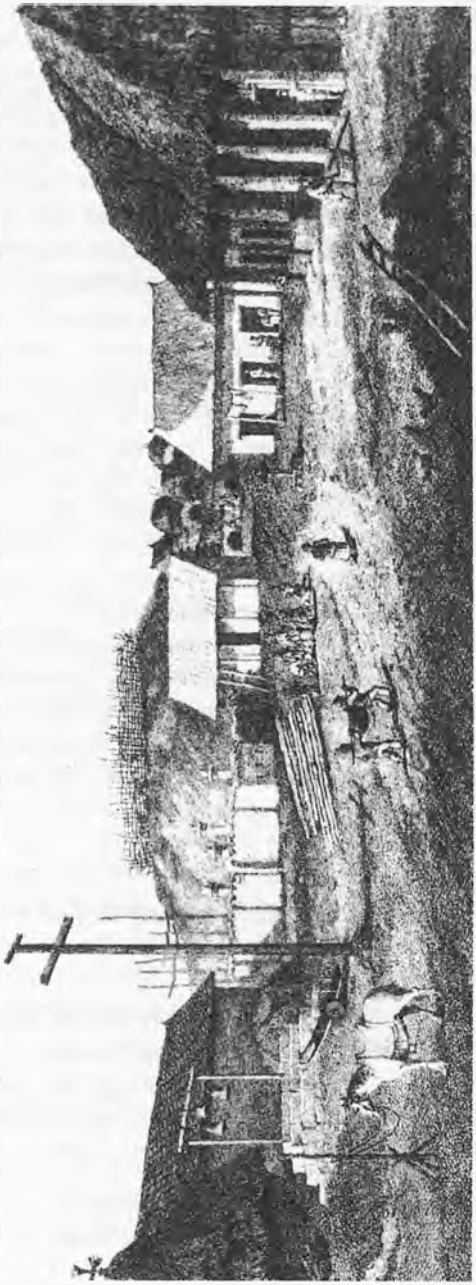
La figura de fray Junípero debe su gigantesca talla histórica a su esforzada obra personal, pero también a la estela que su actividad señaló, en vida o posterior a ella, a la acción misional en América. Sería injusto, por ello —y aún radicalmente contrario al espíritu del propio padre Serra— que la exposición de su vida y obra dejara en el silencio, o en la sombra, a aquellos religiosos misioneros de nuestra tierra que fueron, o sus más estrechos colaboradores, o cuya actuación espiritual y civilizadora constituyó una continuada inspiración de sus realizaciones. De ahí que, en justicia, abramos nuestras páginas ahora para acoger los nombres de aquellos religiosos baleáricos que, junto a fray Junípero y con sus mismos aperos espirituales, continuaron su obra apostólica y civilizadora de la mies americana.

Ciertamente que entre tales operarios están el padre Palou, el padre Crespí o el padre Boscana, cuya vida y obra fue esencialmente misionera, y ésta era la explicación de su presencia en América junto al padre Serra. Pero también es cierto que, señalada esta característica radical de su función y sabiéndoles partícipes de la obra juniperiana, podemos prescindir de una reiteración de sus nombres, dado que ya han sido incluidos en nuestra galería de protagonistas baleáricos en América, en concepto de otros quehaceres y en virtud de los cuales queda más singularizada su personalidad y su acción ultramarina. Pero hay otros colaboradores de fray Junípero, cuyos nombres y labor misionera no podemos dejar de consignar.

Fray Buenaventura Sitjar y el padre Miguel Pieras en la Misión de San Antonio

Justamente pueden emparejarse los nombres del padre Sitjar y el del padre Pieras puesto que, compañeros y cofundadores con fray Junípero, de la Misión de San Antonio de Padua el 14 de julio de 1771, quedaron en ella trabajando por su consolidación y desarrollo, y de ella apenas salieron el resto de sus vidas [71].

[71] *Vid.* Z. Engelhardt, *San Antonio de Padua. La Misión de las Sierras*, Santa Bárbara, 1929.



La Misión de Carmel de fray Junípero Serra.

Fray Buenaventura Sitjar había nacido en Porreres el 9 de diciembre de 1739 del matrimonio de Antonio Sitjar y Juana Ana Fuster. Ingresó en el franciscano Convento de Jesús extramuros de Palma y en 1759 pronunciaba sus votos en la Orden seráfica. Ordenado sacerdote, se enrolaría en la expedición misional, dirigida por el padre Rafael José Verger y en la que figuraban los padres Pieras, Jaume y Dumetz, con destino al Colegio Apostólico de San Fernando de México. Según cuenta el padre Palou [72], en 1771 lo encontramos formando parte de un grupo de misioneros enviado a las misiones californianas rumbo a San Diego y Monterrey, donde se reunirían con fray Junípero para adentrarse hacia la sierra y establecer una nueva misión, la «Misión de San Antonio de Padua» (15 de julio de 1771), la única rural de las juniperianas y de la que quedaría encargado, junto con el padre Pieras, prácticamente hasta el final de su vida.

La obra de fray Buenaventura Sitjar en San Antonio ha quedado singularizada no sólo por los frutos evangélicos conseguidos entre la población indígena [73], sino también por el notable sistema de irrigación —diques, canales, acequias, etc.—, desde «presas» construidas por él en los cercanos ríos de San Miguel y San Antonio; todo lo cual aseguraba una agricultura intensiva y la prosperidad económica del poblado, cuya población cristiana crecía progresivamente. En la Misión de San Antonio trascurrió su vida y en ella moriría el 3 de septiembre de 1808.

Cuanto queda reseñado de la vida y obra de fray Buenaventura sirve también para encuadrar la propia biografía misionera de su compañero fray Miguel Pieras, natural de Palma de Mallorca, nacido el 8 de octubre de 1741, ingresado en la Orden seráfica y enrolado con él en el grupo misional dirigido por el citado padre Verger. Salió de Mallorca camino del Colegio de San Fernando de México y, destinado a las misiones juniperianas de la Alta California, estuvo con el presidente Serra en la fundación de la Misión de San Antonio. Y cuando fray Junípero dejó la misión a los quince días de creada, encomendó a fray Miguel Pieras, con el padre Sitjar, aquella tarea misional y civilizadora

[72] Palou, *Noticias...*, S. Francisco, 1872, caps. XXVII y ss.; *Relación histórica...*, 1787, *cit.*

[73] Palou, *Relación histórica..., cit.* pp. 125 y ss. Cuenta que a los dos años la misión contaba con 158 nativos cristianizados.

de la que San Antonio era centro y a la que nuestros paisanos se consagrarían ya el resto de sus días.

Con referencia a esta nueva fundación californiana y al padre Pieras, resulta curioso mencionar un informe del virrey Bucarelli —fechado el 26 de septiembre de 1773 y conservado en el Archivo General de Indias [74]— acompañando escritos en que se afirma que en la Misión de San Antonio, el padre Pieras había bautizado entre otros nativos a una mujer

> que según las generaciones que ha tenido y lo muy arrugado de su cutis, por las pocas o casi ningunas carnes que le vieron, juzgaron los padres tendría cien años de edad

la cual había solicitado su bautizo diciendo que

> en otro tiempo había estado en aquel parage quatro veces un padre como nosotros y les enseñaba la misma doctrina que nosotros ahora les predicamos; que no iva con cavallos ni soldados, sino solo por el aire; que ésto sabia de su abuelo, quien lo había visto y lo mismo dixeron otras indias de su motu proprio.

Ello vendría a confirmar la tradición —consignada por sor María Jesús de Agreda, y entonces recordada por el padre Palou al historiar «la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junípero Serra» y referirse a quella Misión de San Antonio [75]— de una milagrosa predicación enviada por el propio «poverello» de Asís en pleno siglo XIII a aquellas tierras americanas.

Sea de ello lo que fuere, el padre Miguel Pieras sirvió de contínuo en aquella Misión de San Antonio bautizando y civilizando a los nativos; el último registro bautismal consignado con su nombre [76] es el 2.050, de fecha 27 de abril de 1794. Después, encontrándose enfermo y no queriendo ser una carga para la misión, solicitó retirarse al Colegio de San Fernando de México donde moriría el 14 de abril de 1795.

[74] A.G.I., *Guadalajara*, leg. 512. *Cit.* por Font Obrador, en *Historia de Mallorca*, *op. cit.*, p. 549, nota 128.

[75] Padre F. Palou, *Relación histórica...*, 1787, cap. XXVII, pp. 125-27.

[76] Cita de Font Obrador, *op. cit.*, p. 549, col. 2.ª.

El padre Mariano Payeras, continuador de la obra de fray Junípero

En la estela del padre Serra se inserta una figura y personalidad de especial relieve por la gran obra misionera cumplida y por la difícil época de transición política que le cupo vivir en México, desde el virreinato español a la independencia del territorio. Se trata de fray Mariano Payeras, natural de Inca, nacido el 10 de octubre de 1769 en el seno de una familia humilde de campesinos, sexto hijo del matrimonio de Antonio Payeras y Jerónima Borrás.

Formación y vocación misionera

Hizo sus primeros estudios en las escuelas parroquiales y en el Oratorio del Puig de Santa Magdalena. Ingresó en la Orden Seráfica en el Real Convento de San Francisco de Palma en 1774 y en él cursó Filosofia y Teología. Su fuerte vocación misional queda patente en el hecho de que, tras ser ordenado de diácono, solicitaría ya el paso a las misiones.

Formó parte del grupo misional salido de España en 1793 con destino al Colegio de San Fernando de México. Allí continuaría su formación religiosa y en 1795 se ordenaría de presbítero. En junio de 1796 saldría hacia Monterrey y hacia las misiones californianas, siguiendo caminos hollados por sus antecesores hermanos de hábito dirigidos por fray Junípero [77].

Las primeras misiones

En el tránsito del siglo XVIII al XIX, durante los años que median entre 1796 y 1804, la labor misional de fray Mariano trascurrió en diversas misiones: la primera (1794-98) en la Misión de San Carlos, centro directivo desde el que fray Junípero había gobernado las misiones californianas y en el que figuraba ahora de presidente de las mismas el

[77] Z. Engelhardt, *The franciscans in California*, Michigan, 1897, pp. 366-67.

alavés fray Fermín Francisco de Lasuén [78]. A su lado nuestro personaje se curtió en la complejidad de la tarea misionera y aún en el conocimiento de los problemas de gobierno que posteriormente estuvo destinado a ejercer.

La segunda misión californiana servida por el padre Payeras era de nueva creación y se emplazaba en las vecindades de San Carlos; se trataba de la Misión de Nuestra Señora de la Soledad, y en ella había de emplear un lustro (1798-1803), lleno de eficacias misionales por su labor apostólica, pero también de penalidades humanas a causa de una epidemia que diezmó la población y redujo todavía más el contingente de los fieles nativos por el subsiguiente abandono de la región de muchos indígenas.

El siguiente centro misional de fray Mariano fue el más populoso de la Alta California, la juniperiana Misión de San Diego. Pero en ella pasaría un año escaso porque en noviembre de 1804 se le encuentra actuando en el que habría de ser escenario de su labor evangélica y civilizadora quizás más fructífera y en la que habría de asumir las responsabilidades directivas: la misión Purísima Concepción.

Había sido fundada el 8 de diciembre de 1787 por los padres Lasuén, Fuster y Arroitia y estaba en plena expansión. El padre Payeras en su gestión y responsabilidades contaría con la ayuda, entre otros, de su paisano balear el padre Boscana, del que nos hemos ocupado en otro lugar por su valiosa obra etnológica. Y a lo largo de los años que median entre 1804 y 1815, el padre Payeras desplegaría una admirable actividad que no sólo asombra por las iniciativas desarrolladas y el progreso espiritual y material logrado, sino que también explica que, por el palmarés de lo realizado, fuera llamado a posteriores y más altas responsabilidades misionales.

Simultaneó la dirección espiritual y administrativa de la misión Purísima Concepción con un programa de progreso material y con una labor intelectual que le valió una generalizada fama de sabio. En el orden apostólico, logró la conversión e incorporación de toda la población indígena. Como promotor del bienestar y desarrollo humano de la misión, el padre Payeras no sólo abrió caminos y renovó instalaciones, sino que también fue autor de una transformación económica

[78] *Vid.* L. Lamadrid, *El alavés fray Fermín Francisco de Lasuén*, 1963.

de la misión mediante la búsqueda de manantiales y afloración de aguas canalizadas a través de acueductos que posibilitaron una agricultura intensiva, complementada con el auge de la cabaña ovina, que llegó a contar con unas diez mil cabezas. No menos atención dedicó a la formación laboral de los nativos en oficios que subvenían las necesidades de la comunidad.

A esta asombrosa labor unió otra de carácter intelectual, consistente en la redacción de catecismos en lengua nativa, así como de confesionarios e instrucciones misionales que le granjearon un prestigio muy extendido. Y aún hubo de mostrar sus recursos e iniciativas personales cuando, a raíz de los terremotos sufridos por la región en 1812, reconstruyó instalaciones dañadas y edificó núcleos contiguos, emplazados en lugares más adecuados que los anteriores.

La elevación a la responsabilidad directiva de las Misiones de California

Con semejante palmarés personal se explica fácilmente que el padre Mariano Payeras fuera designado por el Directorio del Colegio de San Fernando, presidente de las misiones de California en 1815. Desde el Colegio de México asumió su nueva función que, en materia eclesiástica, equivalía a vicario del obispo de Sonora en cuanto estaba a su cargo la política religiosa de la zona de su jurisdicción misional. Y trascurridos unos años, en 1819, accedió al cargo de comisario prefecto al expirar el mandato de fray Vicente de Sarriá que lo había ostentado hasta entonces. Se trataba de una de las supremas responsabilidades de la organización misional y representaba el reconocimiento institucional de la valía y aprecio de que gozaba el baleárico fray Mariano Payeras.

Si reparamos en la fecha de los nombramientos que llevaron a nuestro personaje a la cúpula del gobierno de las misiones, percibimos que al padre Payeras le iban a tocar tiempos nada fáciles en cuanto —sobre todo desde la invasión napoleónica de España— la organización de juntas secretas de conspiradores habían suscitado ya los primeros intentos criollos de gobierno autónomo, se había producido la sublevación del cura Miguel Hidalgo en el llamado «grito de Dolores», seguido luego de los primeros triunfos armados de Morelos al frente del movimiento de emancipación, que habían permitido redactar el «Acta de In-

dependencia» (noviembre de 1813), promulgando la Constitución de Apatzingán y proclamando la República (1814). Aunque el virrey Apodaca pudiera recuperar posiciones y ufanarse luego de una pacificación, se estaba en vísperas de que Agustín de Iturbide firmara el «Plan de Iguala» (febrero de 1821) y México accediera a la independencia.

Aquellos procesos y acontecimientos político-militares iban a significar, lógicamente, profundas novedades: el paso administrativo de California a provincia del nuevo Estado, la exigencia a las anteriores autoridades del reconocimiento y juramento de la Constitución mexicana; y el establecimiento de nuevas condiciones de relación y funcionamiento. El padre Payeras fue el ideal protagonista de la delicada tarea de adaptación a la nueva situación, dadas las cualidades de lo que un historiador llama su «equilibrada habilidad» y sus «maneras afables»; así como la dificultad que cualquiera encontraba si planteaba disputas con él, —como era el caso del nuevo gobernador de California: Solá—, de forma que fray Mariano evitó «envolver a frailes y militares en una querella fatal para todos» [79].

Hasta tal punto fue el hombre adecuado para aquella transición, que en octubre de 1822 el padre Payeras fue el acompañante de un comisionado oficial que se dirigió al establecimiento ruso de Fort-Ross. Cumplida la función gubernamental, el regreso llevaba al padre Payeras a la Misión de San Juan Bautista, a principios de noviembre de aquel mismo año.

Resentida su salud por la entrega a las arduas tareas misionales, a las responsabilidades del gobierno misional y a las extraordinarias circunstancias vividas, moriría poco después, el 28 de abril de 1823, en la Misión de la Purísima que tanto le debía de su grandeza material y su obra apostólica.

Otros misioneros mallorquines del círculo juniperiano

Aunque lógicamente es arriesgado pretender jerarquizar en términos de valoración humana, la labor evangélica de unos y otros, se ha

[79] *Vid.* Fr. Z. Engelhardt, *San Diego Mission*, San Francisco, 1920, pp. 198-201. Citas tomadas de Font Obrador, *op. cit.*, p. 556.

utilizado no obstante de rótulo de «figuras menores» [80] para aludir a un grupo de baleáricos que formaron parte, y prolongaron, el círculo civilizador del padre Serra. Con toda la imperativa reserva requerida por los juicios de valor en semejante terreno, sin aquí relegar a nadie, de entrada, a puestos secundarios y rindiendo también homenaje a su esforzada obra espiritual, subrayemos los nombres de otros franciscanos que destacan en la historia de la acción de las islas en la obra apostólica y civilizadora en Ultramar; tanto más cuanto que algunos de ellos figuran entre los isleños que más dilatados años de su vida entregaron a los indígenas americanos.

Fray Lluis Jaume

Por razones de su prematura desaparición cronológica, cabe encabezar la relación con el nombre de fray Lluis Jaume [81], natural de San Juan, en Mallorca, donde había nacido el 17 de octubre de 1740. Realizó sus primeros estudios en la escuela franciscana del Convento de San Bernardino de la villa vecina de Petra. A los veinte años profesó en la Orden seráfica y en ella alcanzó la cátedra de Teología, que ejerció en el Real Convento de San Francisco hasta 1770 en que marchó al Colegio misionero de San Fernando de México.

Por encargo de fray Junípero, quedó al cuidado de la primera de las misiones de fundación juniperiana, la de San Diego. Su labor en ella está ligada a espectaculares conversiones de nativos y a la renovación que la misión experimentó al aceptarse su traslado desde la que sería llamada Ciudad Vieja, cercana al Presidio de San Diego, a un nuevo emplazamiento que fray Lluis llevó a cabo en 1774. El progreso de la Nueva Misión, con sus construcciones de madera, sus cultivos y sus rebaños, suscitaron el recelo de algunos nativos que encabezaron una rebelión de los yumas, en cuyo transcurso el padre Jaume «murió a manos de los indios, flechado y apedreado», el 5 de noviembre de 1775, hechos, prematura y trágica muerte que relata el padre

[80] Font Obrador, en *Historia de Mallorca, cit.*, p. 567.

[81] *Vid.* M. Geyger, «The Mallorcan Contribution to Franciscan California», en *The Americas*, 1947; Font Obrador, *op. cit.*, p. 568.

Palou [82]. El mártir franciscano figura entre los «Hijos Ilustres» de Mallorca [83].

El padre Francesc Dumetz

Su compañero en la Misión de San Diego, también por encargo de su fundador el padre Serra, fue el padre Francisco Dumetz, natural de Palma y de familia de ascendencia francesa, hijo de Francisco Dumetz y María Rosa Nieulon, hermana del cónsul francés en la isla.

Había nacido en 1731, y profesado en la Orden seráfica, sintió la vocación misionera que le llevaría al Colegio de San Fernando de México y a formar parte de las expediciones misionales a la Nueva California. Compañero de fray Lluis Jaume en la Misión de San Diego. En ella permaneció hasta 1772. De allí pasaría a la misión de San Carlos hasta 1782 y sucesivamente a la de San Buenaventura (1782-1797), para evangelizar después en San Fernando y en San Gabriel, muriendo en enero de 1811.

Juan Bautista Sancho

Nacido en Artá en 1772, estudió y profesó en la Orden franciscana en 1792. Ejerció unos años en su isla natal, pero siguiendo su vocación misionera, pasó a América en 1803. Desde el Colegio Apostólico de San Fernando de México fue destinado a las misiones de California. Sirvió en Monterrey y en la Misión de San Antonio. Siempre destacó por su capacidad de trabajo, su constancia, sus labores catequísticas que compaginaba con trabajos en el campo y con actividades intelectuales. Dominaba la lengua indígena y en ella compuso catecismos y cantos. Murió en la Misión de San Antonio.

[82] F. Palou, *Relación histórica de la vida...*, cap. XL.
[83] *Vid.* Font Obrador, *op. cit.*, p. 568, nota 127.

Los padres Pedro y Juan Cabot

Hermanos y nacidos en Buñola, eran de temple y maneras diversas —lo que expresaban los demás llamando *El Caballero* al mayor, Pedro Cabot, y *El Marinero* a Juan— pero con vocación religiosa y misionera ambos que les llevaría a desplegar su labor apostólica en tierras americanas.

Fray Pedro Cabot nació en 1777. A los diecinueve años profesó en la Orden seráfica, ordenado en el Convento de San Francisco de Palma (1797) y marchó a América en la expedición de 1803, a la vez que su paisano y compañero el padre Joan Sancho. Como él, fue destinado a las misiones californianas y sirvió desde 1804 a 1828 en la de San Antonio, etapa en la que fue secretario de visitas del padre Vicente Francisco de Sarrià en San Juan Bautista (1816), Soledad (1818) y San Carlos (1818); así como secretario del padre Mariano Paieras en San José (1820). Desde la Misión de San Antonio pasaría luego a la Misión de Nuestra Señora de la Soledad (1828-29), desde la que regresó a la de San Antonio (1829-1834) para trasladarse a las Misiones de San Miguel (1834-35) y finalmente a la de San Fernando, en la que moriría en octubre de 1836.

Con el padre Sancho, fue artífice de la consolidación y el progreso de la Misión de San Antonio, cuya nueva iglesia construyeron ambos. La condición de estudioso llevó a fray Pedro a aprender la lengua indígena para mejor realizar su tarea evangélica; sus maneras corteses llamaban la atención de todos, hasta el punto de haber suscitado a uno de sus compañeros la idea de que parecía haber sido «criado en las Cortes de Europa, más bien que en el Claustro» [84]. En los agitados días de la independencia mexicana, fray Pedro fue de los que rehusaron jurar la nueva constitución del país.

Juan Cabot, su hermano, había nacido también en Buñola en 1781. Profesó igualmente en la Orden franciscana, en la que ingresó en 1796. Siguió la misma trayectoria vocacional marchando a México en 1804, y pasó igualmente a ejercer su labor apostólica en California (1805). Allí serviría inicialmente en la Misión de La Purísima entre los años 1805-1806, pasó seguidamente a la de San Miguel, donde consu-

[84] Palabras de A. Robinsos en 1832, citadas por Font Obrador, *op. cit.*, pp. 573-74.

mió los años 1807 a 1819, durante los cuales hizo un recorrido por el territorio de los tulares [85]; pasó luego a San Francisco (1819-20), y después a la Misión de Nuestra Señora de la Soledad, parte de los cuatro años que pasó en ella sirvió como secretario a su paisano el prefecto Payeras a raíz de la visita de inspección que éste giró a la zona. Fray Juan Cabot fue destinado de nuevo a San Miguel (1824-25) y a raíz de la difícil situación en que colocó a las misiones el régimen político mexicano, y su negativa personal a jurar la nueva constitución —en no poca medida, reflejo de su carácter franco y su actuación directa—, el padre Cabot, como tantos otros, abandonó México y regresó a su isla natal. Respondiendo a un cuestionario oficial presentado por el gobierno español en 1813, su contestación constituye una interesante descripción geográfica y etnológica de la población de las montañas de Salinas.

Fray Antoni Ripoll

Consignemos, en fin, el nombre de fray Antoni Ripoll como hito final de aquella estela franciscano-mallorquina de fray Junípero por tierras mexicanas y de la Nueva California. Figura en cierta manera representativa por cuanto simboliza, como algunos de sus hermanos de hábito y de empresa misionera, el capítulo terminal de la historia de aquellas misiones en que los nativos de Baleares habían asumido un papel protagonista de primera fila. El padre Ripoll había nacido en Palma en marzo de 1785. Había recibido el hábito franciscano en septiembre de 1799 e impulsado por el afán misional, había ido también al Colegio de San Fernando de México en 1809 para pasar a California. Aunque se conocen etapas de su inmediato itinerario californiano (San Diego, Monterrey, Santa Bárbara), la documentación misional no registra inscripciones suyas hasta septiembre de 1812 en la Misión de La Purísima [86], en la que había de permanecer hasta mayo de 1815, lo que no le impedía desde allí operar también en Santa Bárbara y Santa Inés. En 1815, fue asignado a la Misión de Santa Bárbara, en la que

[85] *Cit.* por Font Obrador, *op. cit.*, p. 575.
[86] *Vid.* Font Obrador, en *Historia de Mallorca*, *cit.*, p. 575.

había de dirigir la espléndida construcción de la cuarta iglesia, inspirada en los dibujos de la obra sobre arquitectura romana de Vitrubio, cuya edición poseía el padre Ripoll. La sensibilidad artística de fray Antonio dejó, tanto en la hermosa fachada como en los muros y paramentos de aquella iglesia, estatuas y adornos cuya confección dirigió él mismo a indígenas de la misión.

Como símbolo de los tiempos en que le cupo evangelizar y civilizar en ella, el padre Ripoll conoció las inquietudes de la lucha independentista, los peligros de incursiones —como la del rebelde Bouchard en 1818, que él supo conjurar con la estratagema de hacer circular repetidamente a los indios para dar la impresión del formidable contingente disponible— y, en fin, de las dificultades que para los misioneros trajo el cambio de régimen político. El padre Ripoll abandonaba México en 1828, camino de su isla natal, con todo el valor simbólico del fin de una gran contribución balear a la evangelización y civilización española en América.

Misioneros baleáricos en América del Sur y Extremo Oriente. Los jesuitas en Paraguay, Chaco y Tucumán

Si México y la península californiana, por el hecho de ser zonas encomendadas a los padres franciscanos, fueron escenarios privilegiados de la acción misionera balear, no por ello constituyen los únicos espacios americanos donde nuestros paisanos desplegaron su labor apostólica y civilizadora. Hay otras áreas de singularísima importancia —así, la Amazonia, Perú, Bolivia, Chile, las famosas «reducciones del Paraguay», o las zonas argentinas de Tucumán y el Chaco— en las que la presencia baleárica es igualmente normal, regular y sostenida.

Como expresión general de este aserto, baste reproducir aquí cifras tan expresivas como las que consignan que

> entre els anys 1607 i 1767, data de l'expulsió, arribaren a Río de la Plata un centenar de missioners jesüites mallorquins; quan la Companya fou foragitada, 26 mallorquins hagueren de deixar les missions [87].

[87] *Vid.* P. Xamena-F. Riera, *Historia de l'Esglesia a Mallorca*, Mallorca, Moll, 1986, p. 262.

El padre Antoni Garriga

Entre los jesuitas baleáricos laborando en aquella mies sudamericana cabe recordar al padre Antoni Garriga [88], cuya vida misionera transcurrió en Bolivia y Perú hasta su muerte en 1733. Provincial de su Orden en la Provincia del Perú, su labor apostólica sería ponderada por su sucesor en la Provincia peruana que resaltaba su «exemplaríssima vida» sus «heroycas acciones», «provechosas peregrinaciones» y «una larga vida exercitada en ilustres obras» [89].

Fray Juan de Santa Gertrudis Serra en la cuenca amazónica

Pocos años después, en otra área sudamericana encontramos laborando a un religioso balear, perteneciente a la Orden de San Francisco, en una de las más intrincadas y peligrosas zonas del Nuevo Mundo: fray Juan de Santa Gertrudis Serra, en la cuenca amazónica. Se trata de una de las personalidades cuyo espíritu abierto y cuya mente curiosa supo compaginar las esforzadas tareas apostólicas con una creativa actividad intelectual, plasmada en un relato, cuyo título *Maravillas de la Naturaleza*, expresa bien el atónito espectáculo de la inmensa selva e increíble variedad de la flora y fauna que iba apareciendo mientras abrían trocha por ella. Fray Juan de Santa Gertrudis dejó un colorista e interesante relato de las expediciones amazónicas realizadas entre 1756 y 1767. Inserta el relato de la fundación, en 1758, de la ciudad de Agustinillo [90].

[88] A. Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Madrid 1902-1925, 7 vols.; R. Vargas Ugarte, *Historia de la Compañía de Jesús*, Burgos, 1963-65, 4 vols.

[89] P. F. Rotalde, *Carta del P... de la Compañía de Jesús, Provincial de la Provincia del Perú, para los Superiores de las Casas de dicha Provincia, sobre la muerte y muy exemplares virtudes de su antecessor el P. Provincial Antonio Garriga*, Lima, 1734, 31 pp. en 4.°.

[90] *Vid.* Font Obrador, *Fra Juníper Serra. Les Balears i el Nou Mon*, Palma, Sa Nostra, 1989, p. 21.

Los padres Artigues y Andreu en las «reducciones del Paraguay»

Especialmente registrable es también la presencia de nuestros paisanos en las citadas y famosas «reducciones» del Paraguay.

Es sabido que, a consecuencia de los abusos a que desde el primer momento de la acción española en Indias, dio lugar la «encomienda» (adscripción personal de indios a colonos españoles como medio de sedentarizarlos y de organizar la llamada «república de los indios de acuerdo con pautas civilizadas [91]), hubo gobernantes responsables, como el cardenal Cisneros, que trataron de atajar los abusos de aquella adscripción personal mediante fórmulas sustitutorias que, no obstante, aseguraran la articulación, convivencia y civilización indígena. Así, se pensó en un sistema de «colonias libres y tributarias», o en ensayar un régimen de «comunidades indígenas bajo administración española», etc. [92]. Soluciones que si no llegaron a cuajar en la práctica —por diversos y complejos motivos— son el precedente originario, sin embargo, de las «reducciones» establecidas y organizadas posteriormente. Consisten éstas en la agrupación de los indios en poblados y comunidades independientes con objeto de lograr la «reducción» de los nativos a un tipo de vida sedentaria y civilizada. Este sistema fue encomendado a «curas doctrineros» u Órdenes religiosas y se ensayó un primer modelo a cargo de los franciscanos del padre Luis Bolaños en el siglo XVI, en Los Llanos, poblado cercano a Asunción. Pero serían los padres jesuitas llegados desde Tucumán a Paraguay quienes, entre los indios «guaraníes» a lo largo del río Paraná, lograron los mejores éxitos de aquel sistema de organización y civilización indígena [93].

Laborando en semejante tarea civilizadora y evangelizadora en el Paraguay, Baleares contó, como hemos indicado, con docenas de misioneros. Entre ellos debe mencionarse al menos, a título de ejemplo y

[91] Véanse los escritos del padre B. de Las Casas, en *Colecc. de docs. inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de América* (Codoin América), t. VII, pp. 5-12 o su obra *Historia de las Indias*, en Biblioteca de Autores Españoles, t. 95; Giménez Fernández, *Bartolomé de las Casas, delegado de Cisneros para la reformación de las Indias*, Sevilla, 1953, 2 vols.

[92] *Vid.* B. Escandell Bonet, «Cisneros y América», en *Estudios Cisnerianos*, Alcalá de Henares, Universidad, 1990, pp. 149-184, especialmente pp. 173-75.

[93] *Vid.* P. Pastells, *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, 8 vols., Madrid, 1919-1949.

símbolo, al jesuita mallorquín padre Antoni Artigas. Misionó a los indios lules, isitines y tobas en la provincia del Paraguay. Su vida, sus admirables virtudes apostólicas y su labor civilizadoras pudieron ser objeto del relato ejemplificador que, tras su muerte en 1758, escribió su paisano y sucesor en aquellas misiones, el padre Andreu [94].

El propio padre Pedro Juan Andreu ocupa un lugar no menos relevante como jesuita misionero en aquellas latitudes sudamericanas [95]. Nacido en Palma de Mallorca en 1697, ingresó en la Compañía en 1732 y pasó al Paraguay en 1734. Fue superior de las misiones del Chaco y Tucumán. En plena tarea civilizadora de los nativos, le sorprendió el decreto de expulsión de los hijos de San Ignacio de 1767 y el subsiguiente destierro de América. Como jesuita expulsado, pasó sus últimos años en Italia, muriendo en Rávena en 1777.

«Fra Diumenge a Tonquín»

Entre los baleáricos que actuaron en Extremo Oriente no puede dejar de mencionarse al dominico mallorquín padre Domingo Pujol, cuya vida fue objeto, por vía novelada, de unas coloristas alusiones con el título *Fra Diumenge a Tonquín*, en obra de gran divulgación [96]. Se llamaba Josep y había nacido en 1723 en Andraitx; tras el noviciado con los dominicos en Palma (1745), se ordenó sacerdote (1752) y cambió su nombre por el del fundador de la Orden.

El padre Domingo Pujol realizó una prolongada labor misionera en Extremo Oriente, la mayor parte de ella (27 años) en Indochina. Destinado inicialmente a Filipinas, provincia del Santo Rosario, pasó a Tonkín en 1758. Aprendió la lengua del país, y desplegó su labor misional en Tra Lao, Ke Ca, Trac Bi, Ninh Nghia, Cat Vang, Phem Phao.

[94] *Carta de edificación sobre la vida del V. siervo de Dios el P. Pedro Antonio Artigas de la Compañía de Jesús, misionero... escrita por el P. Pedro Juan Andreu*, Barcelona, Juan Nadal impresor, 1762, 56 pp. en 4.°.

[95] *Vid.* J. Salva, «Semblanzas misioneras: el P. Pedro Juan Andreu», en *Missionalia Hispanica*, 4 (1974), pp. 65-136; R. Vargas Ugarte, *Historia de la Compañía de Jesús*, 4 vols. Burgos, 1963-65, t. I.

[96] B. Porcel, *Les Illes Encantades*, Barcelona, Edicions 62, 1984, «Fra. Diumenge a Tonquín», pp. 235-38.

Asumió su tarea evangelizadora y civilizadora en las difíciles condiciones del occidental en aquellas latitudes, sufriendo persecución y teniendo que huir en ocasiones, hasta su muerte, ocurrida el 26 de mayo de 1785.

El vicario apostólico de Tonkín, cumpliendo la voluntad del padre Domingo Pujol, comunicó su fallecimiento a Mallorca. Su carta, publicada en el Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana [97], es un relato de las virtudes personales del misionero mallorquín y deja constancia de la extensa y esforzada labor del padre Domingo Pujol en aquellas lejanas tierras extremo-orientales.

Agustinos baleáricos en las misiones Filipinas del siglo XIX

Siguiendo la temprana tradición misionera agustina en Filipinas —reseñada anteriormente en su lugar pertinente— y completando en aquellos países orientales la admirable labor apostólica agustiniana —una de las grandes páginas de la espiritualidad y civilización española en Ultramar— encontramos misioneros baleáricos evangelizando en Filipinas, formando parte de las distintas expediciones misionales enviadas allá por la Orden durante el siglo XIX (1821, 1827, 1876).

Fray Lorenzo Juan y el menorquín fray Guillermo Piris en la expedición misionera de 1821

La provincia agustiniana de la Corona de Aragón, organizaba en 1821 una expedición misionera de doce apóstoles con destino a Filipinas. En ella figurarían dos baleáricos, que habrían de dejar su huella en el esfuerzo por la conversión y civilización de los nativos del lejano archipiélago: el mallorquín fray Lorenzo Juan y el menorquín fray Guillermo Piris [98].

[97] *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, abril 1894.

[98] Seguimos la síntesis debida al padre F. Carmona Moreno, «Agustinos de Mallorca en la evangelización del Nuevo Mundo», publicada en J. García Marín (coord.), *Mallorca y América. Del predescubrimiento hasta el siglo XX*, Palma-Madrid, Edics. Miramar, 1990.

Fray Lorenzo Juan había nacido en Ciutat de Mallorca en 1779 e ingresó en el convento agustiniano de su ciudad natal en 1816. Haría su profesión religiosa en edad madura porque, habiendo ingresado en la vida religiosa «en calidad de hermano de obediencia», las grandes virtudes que adornaban su persona llevaron a sus superiores a que, «previa dispensa de Roma», cursara «estudios en Manila» y al fin se ordenó sacerdote en 1826 [99]. No habría de defraudar las esperanzas puestas en él ya que, destinado inicialmente a la Misión de Abra (isla de Luzón) como colaborador del gran misionero vallisoletano padre Bernardo Lago, desplegó una activísima y eficaz labor apostólica entre los nativos «tinguianes», y posteriormente acreditaría sus méritos y virtudes en pueblos como Pinguidón, La Paz, Nueva Cobeta, Bucay y Benguet. Más tarde regentaría las parroquias de San Fernando, Aringay, Agoó, Santa y Mamacpacan hasta 1856 en que entregó su alma a Dios.

Paisano, compañero de expedición y de labor evangélica fue el menorquín fray Guillerme Piris. Había nacido en Ciudadela en 1800. Profesó en el convento agustino de Nuestra Señora del Socorro de su ciudad natal e hizo su profesión religiosa en 1817. En 1821 integraría la indicada expedición misionera a Filipinas, y en Manila concluyó sus estudios eclesiásticos. Desplegaría su notable labor misionera sucesivamente en las parroquias de Narvacán, Pacay (provincia de Iliocos, en la isla de Luzón). El aprecio de su Orden se revela en los cargos de que fue investido: secretario provincial en 1833, prior de Manila en 1836, en 1837 definidor provincial y, en el Capítulo celebrado en la capital filipina en 1849, el cargo de prior provincial, que regentó hasta 1853. Este año pasó de nuevo a regentar la parroquia de Narvacán, y en ella le sorprendió la muerte en julio de 1863.

La expedición misional de 1827: los padres Company, Banrrell y Sitjar

La Orden agustiniana organizó en 1827 una nueva expedición misionera con destino a Filipinas, compuesta por veinte frailes proceden-

[99] P. E. Jorde Pérez, *Catálogo bio-bibliográfico de los religiosos agustinos de la Provincia del Smo. Nombre de Jesús de las Islas Filipinas*, Manila, 1901, p. 416. *Cit.* por Carmona Moreno, *art. cit.*.

tes de distintas provincias españolas. Entre ellos figuraban tres baleáricos: los padres Company, Banrrell y Sitjar.

Fray Gelasio Company había nacido en Palma de Mallorca en 1786; había profesado en el convento agustino de Felanitx en 1817 y, designado director de la expedición misional, la condujo al archipiélago filipino en 1827. Misionó a los tagalos en los pueblos de San José, de Batangas y de Lipa, en el que residió desde 1839 hasta su muerte, acaecida en noviembre de 1844.

Menos precisiones se tienen del nacimiento y juventud de fray Nicolás Banrrell, aunque se sabe nacido en Mallorca y que había hecho sus votos en el convento agustino de Felanitx en 1825. Apenas empezados sus estudios se incorporó, pues, a la expedición del padre Company, y en Filipinas completaría su formación intelectual y religiosa.

Las primeras labores apostólicas del padre Banrrel las desarrolló en Bauang (1831-33), pasando luego a Narvacán (1833-53), en la provincia de Illocos (isla de Luzón). Su obra misional destaca, dentro de la historia agustiniana en Filipinas, por su dimensión civilizadora y de promoción humana de los nativos «tinguianes», lo que mereció los elogios de las autoridades civiles de la colonia [100]. Fundó varios pueblos, como el de Clavería y el que llevaba su propio nombre de Banrrell; construyó caminos y calzadas y, como resumen de esta esforzada y civilizadora labor, uno de sus biógrafos consigna que «dio gran impulso a la agricultura y a la industria, hizo muchas obras de utilidad pública» entre ellas el gran puente Banrrel [101]. Se sabe que en 1835 regresó a su isla natal, pero se desconocen los detalles de sus últimos años de vida, así como la fecha de su fallecimiento.

Fray Agustín Sitjar es «el último de los agustinos mallorquines que evangelizaron en el archipiélago filipino» [102]. Nacido en Palma de Mallorca, se incorporó muy joven a la expedición misionera de 1827, cuando sólo hacía un año que había pronunciado sus votos religiosos

[100] Padre Carmona Moreno, *art. cit.* en J. García Marín (coord.), *Mallorca y América..., cit.*, Palma-Madrid, Edcs. Miramar, 1990.

[101] Padre E. Jorde Pérez, *Catálogo bio-bibliográfico de los religiosos agustinos de la Provincia del Smo. Nombre de Jesús de las Islas Filipinas*, Manila, 1901, p. 423. *Vid.* Carmona Moreno, *art. cit.* que trascribe el texto copiado.

[102] Padre F. Carmona Moreno, *art. cit.*

en el convento agustiniano de Felanitx. Debió terminar sus estudios también en Manila y, ordenado allí sacerdote, desplegó su labor misional en diversos lugares, como las islas Bisayas; regentó las parroquias de Antique, Tubungán y Calinog, en la provincia de Iloilo. Murió muy joven, en julio de 1844, regentando por segunda vez la parroquia del centro misionero de Antique.

El ibicenco padre Fulgencio Torres en Australia

Si la incorporación de las tierras extremo-orientales del Pacífico y de Oceanía al conocimiento europeo había sido obra de españoles (Magallanes, Elcano, Saavedra, Villalobos, Urdaneta, Mendaña, Quirós, Juan Fernández...) y a aquellos descubridores y conquistadores, como hemos visto, siguieron los esforzados misioneros —entre ellos los agustinos, jesuitas y dominicos baleáricos— acontece que sus acciones civilizadoras y apostólicas no sólo cubrieron las Filipinas y las tierras de Insulindia, sino que también se desplegaron por espacios de Oceanía.

El benedictino ibicenco padre Fulgencio Torres i Mayans [103] representa una acción apostólica balear en un área australiana —menos habitual, por lo tanto, que las extremo-orientales indicadas hasta ahora— organizada e impulsada por dos insignes benedictinos españoles, los padres José María Benito Serra y Dom Rosendo Salvadó [104].

El padre Torres había nacido en Ibiza el 24 de junio de 1861. Después de sus primeros estudios en la isla, se trasladó a Barcelona para seguir los universitarios; abandonados sin embargo en 1880 para ingresar en el Seminario de Vich y, posteriormente, en la Orden benedictina (1886) en la que se ordenó sacerdote en 1889. En el monasterio de Monserrat ocupó diversos cargos, que abandonó para pasar a misionar en Filipinas. En 1895 abrió, y fue superior de la Misión de Mindanao, y allí permaneció hasta el año 1897.

Regresado a España, conoció a monseñor Salvadó, el citado fundador de la misión y abadía australiana de Nueva Nursia (junto al río

[103] J. M. Hollis, «Misiones españolas en Australia», en *Razón y Fe*, Madrid, LXXXIV (1928), pp. 181-199.

[104] D. R. Salvado, *Las misiones de Australia*, Barcelona, 1851.

Moore, en Australia Occidental, condado de Melbourne), y se convirtió en el más estrecho de sus colaboradores, hasta el punto de que con él iría a Australia y, al morir el padre Salvadó (1902), le sucedería como administrador apostólico de Nueva Nursia. Esta abadía benedictina había sido fundada en 1816, y declarada exenta en 1859 (Diócesis «nullius») por la Congregación de Propaganda Fide respecto del Obispado de Perth, que en ocasiones le había creado dificultades.

La labor del padre Torres en Australia ha quedado en los anales de la Orden por el engrandecimiento logrado. Engrandecimiento material, en la construcción de edificios y en la transformación del carácter de la misión, a la que convirtió en un destacado centro de estudios y de formación de la juventud. A este respecto, construyó dos Colegios en los que destacaba el cultivo de la Música y las demás Bellas Artes, así como las Ciencias Eclesiásticas; logró ensanchar el ámbito jurisdiccional de la misión; por iniciativa personal del padre Torres, se creó en España un Colegio de Misioneros que asegurara la perduración de la evangelización benedictina en Australia. En 1908, el padre Torres fundó una nueva misión: la de Drysdale River, para llevar la civilización y la fe a las abandonadas tribus australianas del noroeste de la isla. De esta misión fue nombrado vicario apostólico con el título de obispo de Dorilea en mayo de 1910. En las apartadas tierras oceánicas y dedicado a su fecunda labor misionera, murió el ibicenco padre Fulgencio Torres el 5 de octubre de 1914, habiendo hecho realidad los conocidos versos de nuestro historiador y poeta, monseñor Macabich [105]:

«I ja el mar no fou barrera
sino llaç de germandat
y benaurada carrera
entre Eivissa i Monserrat»

El padre Torres fue nombrado *Hijo Ilustre de Ibiza* y, como tal, su retrato figura en el salón de sesiones del Ayuntamiento de la ciudad.

[105] I. Macabich, «A la Verge de Montserrat», en *Obra literaria*, Palma, Daedalus, 1970, p. 128 (es composición de 1956).

Prelados baleáricos en América

Si hasta ahora hemos aludido a la legión de frailes de nuestras islas que fueron a Ultramar siguiendo su vocación misionera, en el capítulo de los realizadores de la obra espiritual de España en América debemos incluir también a religiosos que asumieron la responsabilidad de la dirección y administración de diócesis americanas. Aunque alejados en el tiempo y alejadas sus respectivas jurisdicciones diocesanas en el espacio, podemos reunirles aquí justamente, no sólo en razón de su común condición de baleáricos en América, sino también por el hecho de haber sido constituidos en la dignidad episcopal y ejercido su prelacía en Indias.

El padre Verger, obispo de Nuevo León

El primero en el tiempo es el franciscano padre Rafael José Verger [106]. Había nacido en Santanyí en 1722, hijo de Juan Bautista Verger y María Suau [107]. Tomó el hábito de San Francisco en el convento de Jesús Extramuros de Palma en 1738. Alcanzó el doctorado y su personalidad se nos aparece definida por su dimensión intelectual. Fue catedrático de Filosofía en la Universidad Luliana y en ella escotista destacado. Su vocación misionera, sin embargo, prevalecería sobre la docente y le llevaría a embarcar en 1749, poco después, aunque en el mismo año que fray Junípero, hacia México.

Desde agosto de 1750 está ya el padre Verger en el Colegio de San Fernando de México, donde seguiría impartiendo durante algún tiempo lecciones de Teología. Su relevante prestigio personal y su profundo conocimiento —que en México adquirió— acerca de los problemas misionales, hizo que en 1768 se le nombrara comisario para reclu-

[106] *Vid.* J. M. Bover, *Biblioteca de Escritores Baleares*, Palma, 1868, t. II, pp. 494 y ss.; B. Vidal Tomas, *La vida de Santanyí y el Obispo Verger*, en Memorias de la Academia de Ciencias de Monterrey, México, 1950, t. III, pp. 8-42. *Vid.* las citas en Font Obrador en *Historia de Mallorca, cit.*, pp. 529-534 (un resumen abreviado en su *Fra Juníper Serra..., cit.* p. 23.

[107] *Vid.* Font Obrador, «El marc familiar del Bisbe Verger» en *Festes de San Joan*, Santanyi, 1986, pp. 6 y ss.

tamiento de misioneros [108] y se le eligiera guardián del Colegio de San Fernando en dos ocasiones, los trienios de 1771-74 y de 1777-80, gestiones en las que brilló por su prudencia, sus facultades organizativas y sus dotes de administrador. Fue visitador del Colegio franciscano de Pachuca y comisario visitador y presidente del Colegio de Santa Cruz de Querétaro.

Pero sus servicios y su carrera eclesiástica culminarían en 1783 al ser presentado por Carlos III y constituido en la dignidad episcopal para ocupar la sede prelaticia de Linares, capital eclesiástica del Nuevo Reino de León en México.

El obispado de Nuevo León era mitra de reciente creación (había sido erigida por bula de Pio VI en 1777) en la que, por lo mismo, estaba todo por hacer. El propio obispo Verger en una de sus cartas a sus parientes baleáricos lo indica al decir que «es mitra nueva que todavía no tiene Cathedral, pero tiene más tierra que toda España». En ella, el obispo Verger, pese a su breve pontificado de siete años, desplegaría una intensa labor en diversos sentidos, tanto constructora de edificios necesarios (así el llamado Palacio de Nuestra Señora de Guadalupe, de estilo colonial y magnífica fachada churrigueresca), como organizativa del Cabildo catedral, del Seminario, etc. En este sentido, el obispo Verger gozó fama de ser constante amparo de necesitados y promotor de fomento agrícola, para lo cual requirió de su isla natal el envío de semillas así como remitía especies americanas para aclimatar en el archipiélago.

Al frente de los destinos de su diócesis permaneció hasta su muerte ocurrida en julio de 1790. Sus restos descansan en el panteón episcopal de la Catedral Metropolitana de Monterrey.

El padre Puig, obispo de San Juan de Puerto Rico

El caso de otro prelado baleárico, fray Juan Antonio Puig Monserrat, natural de Felanitx, de la Orden franciscana, nos sitúa en espacio americano distinto, el de la isla de Puerto Rico y en una cronología

[108] Entre los componentes de la misión reclutada estaban los padres Daumetz, Buenaventura Sitjar, Miguel Pieras y Luis Jaume, citados más arriba.

terminal de la presencia española en aquella perla antillana. Fue obispo de San Juan entre los años 1874 y 1894, y su caridad le ganó justamente el sobrenombre de *el Obispo limosnero*.

El obispo agustino, padre Mateo Colom, misionero en Colombia

Distinto es el caso del obispo padre Mateo Colom, O.S.A., pero no menos merecedor de una presentación en estas páginas, en razón de su personalidad intelectual y su fecunda labor misionera en América, antes de ser elevado a la condición de obispo auxiliar de la Sede Primada española y luego prelado titular de Huesca [109].

Había nacido en Sóller el 10 de abril de 1879, hijo de Mateo Colom Rullán y María Canals. Estudió inicialmente en el Seminario Diocesano de Palma de Mallorca y a los 16 años pasó al Noviciado de San Agustín en Valladolid, donde haría sus votos religiosos en 1896, trasladándose luego al convento agustiniano de La Vid (Burgos), en el que recibió las órdenes sagradas en agosto de 1902.

Con vocación misionera, pasó en 1904 a Colombia, donde brillaría por sus dotes pastorales, su preclara inteligencia y sus cualidades oratorias. Desarrolló su labor inicialmente en el Colegio León XIII de Barranquilla, regentado por la Orden agustiniana; pasó luego a Mompós, a orillas del Magdalena, siguiendo luego a Facatativa.

Desde 1908 residirá en Bogotá y en ella el prestigio humano e intelectual alcanzado por el padre Colom, haría que la capital fuera escenario de sus relevantes cargos. El Ministerio de Instrucción Pública le encomendó la cátedra de Religión y Moral de las Facultades de Derecho y Medicina de la Universidad de Bogotá. Por su prestigio en el mundo intelectual colombiano, sería distinguido luego con el título de socio de la Academia Colombiana de Historia en Bogotá, distinciones a las que añadiría la Encomienda de la Orden de Isabel la Católica y

[109] Seguimos la extensa síntesis sobre el padre Mateo Colom Canals debida a fray F. Carmona Moreno, en el artículo citado incluido en la obra J. García Marín (coord.), *Mallorca y América...*, Palma-Madrid, 1990. Entre la bibliografía especializada sobre el padre Colom, *vid.* G. de Santiago Vela, *Ensayo de Biblioteca Iberoamericana de la Orden de San Agustín*, Madrid.

la condición de caballero de la Orden de Carlos III, otorgada por su labor en pro de la confraternidad entre Colombia y España.

Fue el mismo prestigio y personalidad del padre Colom el que, en la capital colombiana, llevó al nuncio de su santidad a designarle como su secretario, cargo que le abriría la posterior elevación al episcopado, ejercido, según se indicó, en Toledo, como prelado auxiliar, y en Huesca como titular de la diócesis.

El específico objeto de nuestra obra reduce obligadamente la mención del padre Mateo Colom a su relación evangelizadora, humana e intelectual con América, base, sin duda, de su posterior y fecunda carrera episcopal en España. El padre Colom, retirado a Mallorca a raíz de los acontecimientos políticos de la II República española, moriría en la residencia de su Soller natal en diciembre de 1933 rodeado de la estimación de propios y extraños, lo que explica su nombramiento de *Hijo Ilustre de Palma y Soller.*

Los modestos e innominados religiosos: un cura ibicenco en Cienfuegos

Junto a los grandes misioneros, a las personalidades eclesiásticos y a aquellos de nuestros paisanos que en Indias alcanzaron a verse constituidos en la dignidad episcopal, no debe cerrarse —en justicia— esta parte dedicada a la espiritualidad balear en América sin un apartado, por modesto que sea, dedicado a aludir a tantos religiosos ignorados, desconocidos, que desde nuestras sedes episcopales, desde nuestros seminarios diocesanos, o desde las parroquias rurales del archipiélago, sintieron la llamada de la mies ultramarina. Se trata normalmente de cléricos seculares, modestísimos hijos de familias isleñas que habían seguido la carrera eclesiástica como salida a las estrecheces familiares, en cuanto segundones que padecían las consecuencias del derecho isleño tradicional del *hereu* y apenas tenían otros horizontes vitales que la dedicación a la Iglesia o al mar.

Como representación simbólica de esta, sin duda numerosa, legión de ignorados y anónimos religiosos seculares, he aquí por de pronto algunos ejemplos, escogidos deliberadamente de las islas menores como forma representativa de su modestia, pero también de su valiosa aportación desconocida. *Un cura ibicenco en Cienfuegos.* Así titula

Enrique Fajarnés Cardona uno de los episodios recogidos en su obra dedicada a glosar lugares, hechos y personajes representativos de las esencias y de la identidad ibicenca [110]. El cura de referencia se llamaba Jaime Ferrer Serra, «sacerdote que muy joven emigró a Cuba y administró una parroquia en Cienfuegos. Había sido vicario de Santa Gertrudis, donde sintió la llamada de América. Impresionado por la situación de los negros, se arrojó a una beneficencia que le comió casi toda la fortuna que pudo allegar en su vasta parroquia».

En carta escrita el 8 de enero de 1893 a su hermana Josefa, que seguía viviendo en Ibiza, cerraba la misiva con unas frases ingenuamente sencillas, pero en las cuales iban implícitas inmensas virtudes apostólicas: «Me despido hasta la otra, haciéndote saber que en la lotería de Navidad me saqué noventa y cinco pesos, que repartí a los pobres. Tu hermano».

Sobra probablemente cualquier comentario. Habría, sin duda, curas perdidos por las numerosas y alejadas «doctrinas» de la geografía americana: unas veces, como humanos, disolutos, más ignorantes de lo que fuera de desear, quizás, en suma, poco evangélicos; pero también abundaría esta otra pasta humana, evangélica, la de muchos curas rurales, desconocidos, perdidos en la geografía entrañable americana: viviendo entre la población necesitada, ejerciendo de discípulos de Cristo, innominados. Y que acababan muriendo caritativamente en cualquier pedazo de aquellas Españas ultramarinas.

[110] E. Fajarnes Cardona, *Lo que Ibiza me inspiró*, Ibiza, 1985, p. 269.

III

ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE LAS REALIZACIONES: RAÍCES, ESTILO Y CARACTERES BALEÁRICOS EN LA EVANGELIZACIÓN CIVILIZADORA DE INDIAS

Hemos detallado hasta aquí las biografías de esa cohorte admirable de baleáricos que siguiendo su vocación misional fueron a Ultramar, se diría que quemaron sus energías vitales en la evangelización y civilización de la inmensa mies indígena, y es un hecho que, en ocasiones, en el curso de esa tarea, encontraron el martirio en América o Filipinas.

Ahora bien, puesto que siguiendo el propósito anunciado en las primeras páginas, aquí se intenta no sólo de circunscribirse a una narración de hechos, sino también operar para el lector, en lo posible, un análisis de sus contenidos y la captación de sus significados implícitos, es obligado que, tras las biografías que han situado los realizadores de aquella acción misional en el tiempo y en el espacio, procedamos a abordar sus realizaciones ahora desde perspectivas analíticas y en términos interpretativos para tratar de percibir las raíces, el estilo y los caracteres de aquellas actuaciones.

Tarea históricamente tanto más pertinente cuanto que, no hace mucho, jóvenes y beneméritos investigadores del comercio mallorquín con América en el siglo XVIII, de paso que ofrecen sus valiosos hallazgos histórico-mercantiles (trabajos pioneros de historia económica balear que en el presente libro habrán de utilizarse profusamente sin regatearles mérito y aprecio) han vertido opiniones, como se ha dicho, propias de una escolástica historiográfica partisana, y destinadas a descalificar de antemano a «los autores más representativos de la corriente tradicional» [1]. Esta tradición, se dice:

[1] C. Manera, *art. cit.* del *BSAL,* 1988, p. 243.

> en términos generales está cortada por el mismo patrón: el enaltecimiento de la labor evangelizadora que, presentada sin un mínimo aparato crítico, subraya lo positivo que fue para los indios –incluso desde el punto de vista cultural– el establecimiento de las misiones [2]. Tal pretensión evangelizadora, cristianizadora –se sigue diciendo– es una constante que las instituciones eclesiásticas tradicionales –y los grupos sociales que las azuzan (*sic*)– han repetido... en ámbitos que, a primera vista, poco tienen que ver con la captación de almas [3].

De forma que el historiador que no quiera ser anatematizado como perteneciente a «la corriente tradicional» y «azuzador» de «las instituciones eclesiásticas tradicionales», debe guardarse desde ahora (*magister dixit*) de pensar por su cuenta, de adoptar profesionalmente cualquier otra perspectiva que no sea la economicista dictada por ellos:

> Porque, no se olvide –siguen diciendo los autores de referencia– la presencia de los mallorquines en América a lo largo del siglo XVIII no se reduce a una preocupación meramente evangelizadora, auspiciada por la religión (...) Se ha destacado que... se establecieron en América con el objeto de convertir a los indígenas, nunca como partícipes en una diseñada política económica de la Corona [4]. No puede tomarse demasiado en serio la afirmación sobre el celo en mejorar los modos de vida del colonizado, desde el momento en que el colonizador pertenece a un imperio que lo que pretende es cortar vías de acceso a otras potencias [5]. La conversión religiosa del indígena sirve de excusa para la mutación de sus hábitos y costumbres, transformándolo en fuente de demanda –generalmente forzosa– de productos metropolitanos... [6]

Sin que se niegue a nadie la libertad personal de enjuiciar a su manera los hechos misionales y de combatir por sus posiciones ideológicas particulares –incluso las susceptibles de interpretarse como enraizadas en las teorías que la caída del muro de Berlín ha revelado fracasadas y funestas–, es lo cierto que el historiador no está sino sujeto

[2] *Ibidem*, p. 241, nota 3.
[3] C. Manera, «Mallorca y el comercio con América...», *art. cit.*, pp. 241-42, nota 3.
[4] *Ibidem*, p. 244.
[5] *Ibidem*, p. 243, nota 6.
[6] *Ibidem*, p. 244.

críticamente a las fuentes históricas y a los resultados empíricos. Y mientras no aparezcan documentadas las acciones de los misioneros franciscanos como empresas contables, persiguiendo los beneficios extraídos «de la obtención de un mercado importante para la metrópoli»; mientras la documentación no descubra que en los Colegios Apostólicos de Propaganda Fide se les preparaba, en vez de para evangelizar y civilizar a los nativos, para ser «unos buenos agentes —tal vez los mejores— entre los que dirigían las relaciones económicas de las colonias» [7], aquí nos atendremos a la interpretación de la acción misionera de nuestros paisanos como un generoso y abnegado esfuerzo personal por la promoción humana y espiritual del indígena, al servicio de ideales religiosos trascendentes.

Sentado lo anterior, también debe subrayarse que, precisamente por esta fundamental dimensión trascendente que animaba su obra, el análisis interpretativo de la esencia y sentido de ésta, tendrá siempre la dificultad añadida de poderse presentar en toda su real profundidad personal y religiosa, para alcanzar a comprender humanamente sus verdaderas dimensiones de callado y admirable sacrificio individual. Ningún relato puede traslucir cabalmente, en efecto, el temple anímico requerido, el temblor de humanidad que latía en la prodigiosa labor evangélica cumplida en medio de las condiciones pioneras y solitarias que requería la actuación en unos lejanos continentes exóticos, desconocidos, llenos de inseguridad, sin apenas más ayuda que la esperada de Dios y la inevitable compañía de las dificultades, los sacrificios personales requeridos, las penurias, penalidades y enfermedades —dobladas, en ocasiones— de incomprensiones oficiales y administrativas, tan lacerantes como los propios sufrimientos materiales. Sin duda, tampoco pueden trasladarse fielmente al lector los gozos íntimos de aquellos seres singulares que lo habían abandonado todo en este mundo, se encontraban a miles de millas de su tierra y daban por buenos todos los sacrificios cuando simplemente les era dable colgar una campana de un árbol, hacer un sombrajo de ramas, plantar una cruz, oficiar una misa en aquellas extrañas tierras, empenachadas de hermosas florestas, y comenzar a enseñar y bautizar esperando recoger una cosecha que, lejos de estar pensada en términos de mercado, consistía en la transforma-

[7] *Ibidem*, p. 244.

ción humana y la incorporación a la Fe de unas gentes desnudas y primitivas.

Pero si el análisis del historiador dificilmente puede ser fiel a la honda realidad humana y espiritual de la labor misionera, quisiéramos poder, al menos, emprender el ensayo de escudriñar la naturaleza histórica de los rescoldos que encendían el fuego interior de aquellos seres, las raíces terrenas originarias de su espiritualidad, el sistema de su actuación, tratando de entrever lo que pudiera haber de tradiciones propias, de impulsos heredados, en suma, de estilo balear en aquella encomiable obra de evangelización civilizadora.

Un propósito intencional como el analítico e interpretativo indicado impone, desde luego, adoptar específicos modos operatorios: apelar a los adecuados procedimientos técnicos de deducción. Y éstos, no parece que puedan ser otros que los de adoptar una perspectiva hermenéutica, es decir, recurrir a enfoques y a análisis de comprensión de lo realizado, susceptibles de trascender los propios hechos contingentes y de ofrecer la percepción de sus esencias y su significado abstracto [8].

Las raíces lulianas

Y en este sentido, el enfoque analítico y hermenéutico de la espiritualidad y obra de evangelización civilizadora de los misioneros baleáricos en el Nuevo Mundo, nos conduce a percibir las huellas de una espiritualidad de directa raíz luliana [9]. No ya por el curiosísimo hecho

[8] La teoría y técnica historiográfica inplícita en estas premisas del texto, en B. Escandell Bonet, «La investigación histórica» en W. J. González (ed.), *Aspectos metodológicos de la Investigación Científica*, Univ. Autónoma de Madrid - Universidad de Murcia, 1990, pp. 333-352.

[9] Así lo establecía ya en 1789 el catedrático de Prima de teología de la Universidad Literaria de Mallorca, el Dr. A. R. Pascual en su obra *Descrubrimiento de la aguja náutica, de la situación de la América, del Arte de navegar, y de un nuevo método para el adelantamiento de las Artes y Ciencias: Disertación en que se manifiesta que el primer Autor de todo lo expuesto es el Beato Raymundo Lulio...*, Madrid, en la Imprenta de M. González, MDCCLXXXIX. Recordemos de nuevo ahora que la personalidad, obra e influencia de Ramón Llull ha suscitado un interés mundial, reflejado en la bibliografía interminable sobre la esencia del lulismo. Al respecto, mencionemos como primordiales bases informativas: T. y J. Carreras Artau, *Historia de la Filosofía Española*, t. II *Filosofía cristiana de los siglos XIII al XV*, Madrid, 1943, pp. 9-437; M. Batllori, *Ramón Llull. Obres essencials*,

de que Ramón Llull, intuyera filosóficamente la existencia del Nuevo Mundo (en sus *Quaestiones per Artem Demostrativam solubilis* escritas en 1287) al afirmar que «en la parte opuesta al poniente estriba otro continente que no vemos ni conocemos desde acá...»; que «el arco que forma el agua... del mar que en el Poniente estriba en una tierra opuesta a las costas de Inglaterra, Francia, España y toda la confinante de África» [10], sino por el hecho de que su ingente obra de carácter doctrinal y su propia acción empírica misionera crearon una tradición balear perceptible en el sentido intelectual y en la labor de evangelización civilizadora de los actores baleáricos que hemos relatado.

La raíz intelectual

Por de pronto, es indudable que la clave inmediata y fácil de apreciar que conduce forzosamente a esta primera y deducida hipótesis luliana, es la preponderante pertenencia de nuestros mioneros en Ultramar a las Órdenes de San Francisco y de San Ignacio, tan relacionadas con Lulio y el lulismo.

Nadie desconoce, en efecto, la relación de Ramón Llull con la espiritualidad franciscana, ni tampoco es desconocido el componente lulista de la espiritualidad jesuítica, lo que explica el hecho de que la progresión del lulismo en la sociedad moderna tenga como artífices a no pocos padres de la Compañía.

Recordemos las pruebas de todas estas relaciones y afinidades intelectuales. Aunque supongamos que Ramón Llull hubiera sido siempre lego y no hubiera pasado de terciario franciscano, sin embargo son datos históricos irrefutables que, tras su conversión, vendió todos sus

Barcelona, 1960; del mismo, *Introducción a Ramón Llull,* Madrid, 1960; A. Llinares, *Raymond Lulle, Philosophe de L'action,* Grenoble, PUF., 1963; R.D.F. Pring-Mill, *El microcosmos lulià,* Palma-Oxford, 1962; J. Tusquets, *Ramón Llull, pedagogo de la cristiandad,* Madrid, 1954; J. N. Hillgarth, *Ramon Lull and Lulish in Fourteenth Century France,* Oxford, Clarendon Press, 1971; J. Gaya Estelrich, *Ramón Llull,* Palma, Ayuntamiento, 1982; del mismo, *Estructuras del pensar luliano,* Friburgo i. Brisg., 1974; A. Bonner, *Selected Works of Ramon Llull,* Princenton, U.P., 1985; Bonner-Badia, *Romón Llull. Vida, pensament i obra literària,* Barcelona, 1989.

[10] *Vid.* J. M. Tejerina, «Ramón Llull y América», en *Vivir en Mallorca,* Palma de Mallorca, 1990, p. 57.

bienes a imitación de San Francisco para entregarse a su acción apostólica; que sus obras fueron aprobadas por un teólogo franciscano de la corte de Montpellier; que logró de Jaime II en 1276 la fundación del Monasterio de Miramar [11] para enseñar el árabe a frailes franciscanos con vistas a poder misionar en África; que el general franciscano fray Raimundo Gaufredi, dio a Llull cartas de recomendación en 1290; que se tiene como cierto su ingreso como terciario franciscano en 1295; que su mística está influenciada por los franciscanos espirituales, y que su cuerpo, indudablemente, está sepultado en el Convento de San Francisco de Palma de Mallorca.

También son hechos absolutamente significativos y probatorios de la relación doctrinal de las Órdenes religiosas establecidas en Baleares con el pensamiento de Llull, el incesante cultivo del lulismo en las islas: que en el siglo XIV —sobre la colección de obras lulianas constituida en el Palacio del yerno de Lulio, Pere de Setmenat en Palma— se formó una escuela luliana, robustecida en el siglo XV cuando, después de que Juan Llobet enseñara lulismo en Randa y en Palma, fue inaugurada oficialmente la Escuela Luliana en 1481 e incorporada a la Universidad de Mallorca creada por Fernando *el Católico* en 1483, con el catalán Pere Daguí como primer catedrático; que en los siglos modernos fueron Mallorca y los franciscanos los bastiones del lulismo, cultivado e impartido a través de cinco cátedras en la Real y Pontificia Universidad Luliana de Mallorca desde 1632; y que en sl siglo XVIII serán precisamente los jesuitas de Mallorca —con el padre Jaime Custurer a la cabeza, el lulista más importante de su tiempo— quienes realizaron estudios, ediciones y traducciones de Ramón Llull, etc. En suma que, en este ambiente y doctrinas lulianas, se formaban intelectualmente en Mallorca los franciscanos, jesuitas, etc., que saldrían de la isla para las misiones ultramarinas.

La raíz misionera

Si del franciscanismo de Llull y de la proyección doctrinal de nuestro autor sobre los religiosos de los conventos baleáricos, pasamos

[11] S. García Palou, *El Miramar de Ramón Llull,* Palma, Inst. d'Est. Baleàrics, 1977.

a considerar su dimensión misionera, nos encontramos que la vida y obra de Ramón Llul constituyen para sus seguidores una robusta escuela viva de espíritu misional [12].

Por de pronto, la indicada fundación del Monasterio de Miramar —lograda por el *doctor Iluminado* en una fecha tan temprana como 1276— constituye una clara iniciativa personal luliana de escuela de misioneros franciscanos, creadora de tradición misional en las islas y, por lo mismo, raíz histórica y precedente claro de las fundaciones del padre Llinás en el mismo sentido. Es también de recordar que Llull, entre 1312-1313, dedicó varias obras sobre misiones a Federico III de Sicilia, el hermano de Jaime II.

Pero, sobre todo, no podemos dejar de recordar la propia acción misionera que el mismo Llull emprendió [13]. Si no hay suficiente base histórica para afirmar la tradicional versión de su martirio misionero en Bujía en 1315, son históricamente indudables sus campañas misionales por el norte de África: nos consta la de Túnez en 1293, la de Bujía en 1307 y de nuevo en Túnez entre 1314 y 1315.

En consecuencia, la tradición misionera luliana, mantenida viva en Mallorca, era patrimonio espiritual isleño y fuente secular de incitaciones y vocaciones misionales, que encuentran su reflejo más claro en el rosario de expediciones misionales franciscanas y jesuitas salidas de Mallorca hacia América y Filipinas, como hemos registrado sucintamente en páginas anteriores.

Raíces intelectuales y misionológicas lulianas, en efecto, perceptibles en los diversos aspectos implicados en la acción de nuestros misioneros: sus principios, sus técnicas, y el sentido característico del pensamiento luliano: la dimensión universalista que se aprecia en sus actitudes, animadoras de la obra juniperiana, por ejemplo, como certeramente se ha destacado en alguna ocasión [14].

[12] Nicolau, «Motivación misionera en las obras de Raimundo Lulio», *Estudios Lulianos,* Palma de Mallorca, 22 (1978), pp. 117-130.

[13] Padre M. Batllori, «Teoria ed azione missionaria in Raimundo Lullo», Actas del *VI Convegno Internaz. di Studi franciscani sull tema Espansione del francescanesino tra Occidente e Oriente nel Secolo XIII,* Assisi, 1979, pp. 189-211.

[14] Como cuando Font Obrador se refiere a Mallorca, «cuna de hombres de la talla de Ramón Llull y Junípero Serra, cuyo más noble empeño movía su común ansia universalista», «Mallorquines en California», en J. Mascaró Pasarius (coord.), *Historia de Mallorca,* t. V, p. 492.

El concepto de Misión como poblamiento y el «Golden State» como «anfictionía» balearica

Los establecimientos misionales de nuestros paisanos en América (pensemos en los paradigmáticos logros juniperianos de la Alta California), contemplados ahora globalmente en sus aspectos formales —al margen de avatares e incidencias inmediatas— y sometidos a un análisis de interpretación histórica, revelan una naturaleza originaria que habla también de tradiciones culturales vivas en nuestro archipiélago y trasladadas a las Indias.

Revelan, por de pronto, un claro sentido poblacional tan primordial y eficaz que sus consecuencias urbanas llegan hasta la actualidad: el rosario de las misiones juniperianas de California, son hoy las grandes ciudades —San Diego, Monterrey, San Francisco...— del llamado *Golden State*.

Este originario carácter e innegables efectos poblacionales de su acción, han dado base a interpretaciones que ahora nos importa recordar. El hecho de que las misiones de la Alta California se emprendieran en conexión con el programa de expediciones propuestas por el visitador don José de Gálvez y ordenadas por Carlos III para frenar el progreso de los establecimientos rusos en la costa pacífica norteamericana, llevadas a cabo por el catalán Portolá de acuerdo con fray Junípero Serra; ha permitido a algunos estudiosos de aquella última expansión española en América aludir a la «función política» de aquellas misiones, al «gran sedimento político en la dinámica misional franciscana», a «la indudable adscripción de las misiones a la acción política», forzada por la estrechez de medios de los franciscanos para realizar los proyectos religiosos [15]. Semejante tesis, aparentemente contrapuesta a opiniones espiritualistas como la del franciscano padre Engelhardt [16], y que parece atribuir una razón y «función política» a la acción misionera, sin embargo, es (pese a las connotaciones secularizadas y negativas que pueden lastrar la palabra «política») expresión históricamente muy admisible como calificación de los efectos misionales, si atende-

[15] *Vid.* M. Hernández S.-Barba, *La última expansión española en América,* Madrid, I.E.P., 1957, p. 261.

[16] A. Engelhardt, *The Franciscans in California,* Harbor Springs, Michigan, 1897.

mos a la radical y nobilísima concepción aristotélica del calificativo «político», en cuanto relacionado con la *Polis*. Las indicadas afirmaciones, pues, nos conducen en realidad a hablar de «polis» como resultado misional, como generación de estructuras de sociabilidad, como aparición de espacios para el ejercicio del instinto humano natural hacia la vida colectiva, es decir, de la consideración del hombre como *zoón politikon*, animal «político» que etimológicamente vale tanto como decir ciudadano, urbano.

Profundo y depurado sentido etimológico del término «político» muy oportuno recordar aquí, en efecto, en cuanto ofrece la perspectiva probatoria de que los misioneros baleáricos aplicaron un concepto de misión como centro religioso de poblamiento y vida social. Nuestros misioneros realizaron un tipo de asentamiento misional cuyos objetivos evangelizadores se entendían integrantes primordiales, pero dentro de un contexto de actuaciones más amplias también extra-religiosas, de «aculturación» de los pueblos nativos [17], de irradiación «civilizadora» (término, como es sabido, proveniente de *civitas*, ciudad), es decir, de transformación humana, «política» y ciudadana del indígena.

Y sentada esta interpretación valorativa, acontece que semejante concepción pobladora y civilizadora de la misión se nos hace tanto más congruente y natural en nuestros misioneros, cuanto que advertimos hunde sus raíces, sin duda alguna, en la milenaria tradición mediterránea clásica, indoeuropea, latina, de la «colonia de poblamiento», distinta de la factoría comercial semita. En consecuencia, lo que nuestros misioneros baleáricos, en línea con la típica forma colonial hispánica, establecieron en Indias fue una idea que formaba parte del patrimonio cultural clásico, greco-romano depositado por los siglos en las tradiciones y en la vida del archipiélago balear.

Que ésta constituye interpretación plausible del «modelo» misional aplicado por nuestros paisanos misioneros, viene a demostrarlo morfológicamente el hecho de que, si el antiguo espacio misional franciscano de California aparece hoy como el brillante, articulado y compacto *Golden State*, es porque, en el fondo y en cierta manera, reproduce de facto, salvando todas las distancias, una *anfictionía* griega, es

[17] *Vid.* B. Escandell Bonet, «Ciencia de la Cultura, Aculturación y Americanismo», en *Revista de la Universidad de Madrid,* III, 9 (1954), pp. 95-113.

decir, uno de aquellos ámbitos territoriales resultantes de la hermandad espiritual concertada por las colonias helénicas cuando se sentían identificadas por comunes sentimientos religiosos. En consecuencia, podría decirse en verdad que la unidad espiritual del Estado actual de California —aunque esté hoy ya rigurosamente secularizada y su «religión» común pueda actualmente llamarse «democracia», «beneficio capitalista», «explotación aurífera», u otra cosa cualquiera—, parte sin duda, y sólo en ello encuentra explicación histórica, a partir de esa especie de «anfictionía» cristiana originaria, creada en la Alta California por los «Juníperos» baleáricos del siglo XVIII.

Principios y técnicas de la evangelización civilizadora

La naturaleza espiritual y civilizadora de la obra de nuestros misioneros en Ultramar no excluye que, en la realización empírica de su labor de poblamiento y de transformación humana, se hayan aplicado criterios de eficacia, rendimiento material y desarrollo comunitario susceptibles de ser descritos también en términos de objetivos materiales; lo que parece de todo punto históricamente inadmisible, en cambio, es que fuera todo esto lo que prioritariamente llevaba a los misioneros a una acción de deliberado y programado servicio material a la Corona.

Y acontece que, incluso contrayéndose a estas dimensiones humanas y materiales, es posible entrever los principios generales del modelo de evangelización civilizadora aplicado con rasgos técnicos, algunos de los cuales cuentan incluso con alguna tradición previa en el archipiélago balear originario.

El principio de civilidad como condición del neófito

En primer término cabe subrayar que la acción realizada sobre el indígena y su utilización como instrumento de autodesarrollo y de rendimiento comunitario, proviene indudablemente de un principio medieval generalmente asumido en la Cristiandad, y mantenido a lo largo de los siglos modernos, de que el individuo formaba parte plenaria de la comunidad política y cívica, sólo a partir de su incorporación a la

comunidad religiosa. De ahí que vengamos utilizando la rúbrica de «evangelización civilizadora» como fórmula intencional de traducir fielmente el citado principio medieval.

Pues bien, aparte de su extendida vigencia, semejante criterio lo encontramos formulado en el propio Ramón Llull e integrado en el tejido de la teoría misional de las escuelas religiosas baleáricas. Principio básico explicativo, pues, de que nuestros misioneros articularan, orgánica y unitariamente, la conversión de los nativos con una labor de transformación humana, material, social y política del individuo, mediante un proceso que para el nativo representaba su civilización. Dicho de otra manera, la tarea de cristianizar —como quedó antes apuntado— iba antecedida, o al menos pareja, a la de «hacerlos hombres civilizados», de transformarlos según las pautas de pensamiento y moralidad de las que el cristianismo era norma y el cristiano debía ser reflejo.

Y semejante principio iba, lógicamente, a condicionar las formas y técnicas misionales de nuestros protagonistas, como tendremos ocasión de indicar.

La técnica luliana de comunicación con el aborigen

Medio milenio antes de la actuación de nuestros misioneros en Indias, Ramón Llull había establecido ya, teórica y prácticamente, la solución al primer problema que asaltaba al misionero: el de la comunicación con el aborigen. Recordemos que en 1276 Llull había logrado de Jaime II la fundación del Monasterio de Miramar precisamente para que aprendieran el árabe trece frailes franciscanos destinados a la conversión de los musulmanes. El propio Ramón Llull se había exigido a sí mismo el dominio del árabe para sus fines de controversia intelectual con los Averroes islámicos, y como instrumento de sus campañas misionales en África. En consecuencia, una clara tradición balear era el previo aprendizaje de la lengua indígena en cuestión, y ello fue la solución que trataron de aplicar siempre nuestros misioneros en Ultramar.

Los ejemplos probatorios de este aserto —comenzando con el precedente que hemos señalado de la acción misional mallorquina en Canarias en el siglo XIV— se han ido indicando en cada caso particular

tanto en América como en Filipinas y, en consecuencia, es excusable no repetir ahora los datos. Pero dicho esto, conviene añadir que el aprendizaje de lenguas indígenas fue también intelectualmente fecundo porque, en muchos casos y como es bien sabido, posibilitó otras realizaciones culturales: la creación de una literatura misional con finalidades pastorales, consistente en la confección de «gramáticas», «vocabularios», redacción de «catecismos», etc. Recordemos a título de ejemplo lo dicho más arriba al referirnos a fray Juan Bautista Sancho, autor de devocionarios y catecismos en lengua indígena, o el estudio etnológico que pudo componer el padre Boscana sobre los indios californianos, señalado también en su momento.

Tipos de evangelización y métodos misionales aplicados

A lo largo de nuestro relato, hemos tenido ocasión de aludir a las martiriales consecuencias que, a veces, tenía la vida misionera de nuestros paisanos en América o Filipinas; en otros casos, hemos registrado, por el contrario, los pacíficos y gratificantes resultados de las campañas misionales. Este diferencial responde, en el fondo, a las diversas circunstancias de contexto geográfico y humano en que se acometía la obra apostólica, lo que daba lugar a unos variados tipos de evangelización.

Tipología evangelizadora

Los especialistas en historia misional han sistematizado la diversidad circunstancial de la difusión del Evangelio distinguiendo tres grandes modalidades: la evangelización «apostólica», la «postbélica» y la «protegida» [18].

La primera modalidad designa aquella evangelización similar a la que Cristo encomendó a sus discípulos, es decir, la predicación em-

[18] *Vid.* una presentación divulgadora y de conjunto en P. Borges, «La trasmisión de la Fe», en *Humanismo y Cultura. El Descubrimiento de América,* Madrid, Col. Mayor Zurbarán, 1986, p. 72.

prendida por el apóstol por su cuenta entre infieles, sin nada más que su ardor catequético. Este fue en ocasiones iniciales el tipo de evangelización ejercida en América-Filipinas, cuando el misionero se adentraba por ámbitos indígenas, poblaciones desconocidas y hostiles, que tantas veces acababan con la vida de su predicador —como registra el martirologio balear relativo a las islas Filipinas—, o regiones como el Orinoco, la Amazonia, etc., según hemos consignado en sus respectivos lugares.

La modalidad de evangelización postbélica es aquella que, por el contrario, se realiza en territorio conquistado y dominado, lo cual asegura una acción evangélica pacífica y segura para el misionero.

La tercera forma de difusión, la evangelización protegida (es decir, la que se hacía simultáneamente con el avance político-militar) fue la más común, la que, por su conexión con las expediciones oficiales, ha hecho pensar en rasgos y funciones políticas de las misiones. Fue la que predominó en los escenarios californianos en los que nuestros misioneros baleáricos se distinguieron.

En efecto, recordemos que la *Sacred Expedition* de 1769 —la que iría de San Diego a Monterrey, dividida en dos ramas: marítima y costera—, era un conjunto integrado por los soldados de Gaspar de Portolá y los misioneros de fray Junípero concertados en una programación conjunta. Recordemos también que, siguiendo la protección, los núcleos misionales franciscanos de la Alta California tenían la protección del correspondiente presidio español.

Método y técnicas misionales

Dicho lo anterior, podemos añadir que, como respuesta al congruente concepto «político-poblador» de la misión y al indicado principio de previa civilidad del neófito, los métodos y las técnicas misionales aplicados por nuestros catequistas de Ultramar en aquellas misiones protegidas, responden a un modelo perfectamente visible, y que conjugaba la primordial conversión religiosa y enseñanza evangélica con elementos extrarreligiosos.

El sistema de catequización era prácticamente fijo y consistía fundamentalmente en tres operaciones: enseñar la memorización de los catecismos, redactados muchas veces por los propios misioneros (en

nuestro caso los escritos por el padre Payeras en lengua nativa o los compuestos por fray Juan Bautista Sancho igualmente en idioma indígena); explicación de la doctrina cristiana, y educación del nativo en la «escuela» primaria de la misión. Todo ello con adaptación a la mentalidad primitiva de los indios, exposición sencilla, ceremonial y plástica de los contenidos de la fe como formas de su fácil asimilación.

Es destacable, en efecto, el inteligente aprovechamiento psicológico de los hábitos ceremoniales y ritualistas del aborigen en la pedagogía del cristianismo; ya en el siglo XVI, fray Pedro de Gante había escrito a Felipe II que como

> toda su adoración a sus dioses era cantar y bailar delante de ellos... y como yo vi esto y que todos sus cantares eran dedicados a sus dioses, compuse metros muy solemnes sobre la ley de Dios y de su fe, y cómo Dios se hizo hombre para librar el linaje humano y cómo nació de la Virgen María...[19].

Por lo que hace a los complementos extrarreligiosos de esta técnica de conversión del nativo, nuestros misioneros aplicaron los primordiales y generales criterios de: fijación sedentaria, capacitación laboral, hábito productivo y desarrollo de la producción comunitaria, pedagogía y organización racional de la vida colectiva, cultivo intelectual y artístico... Es decir, un proceso planificado de civilización del indígena que abarcaba desde el hábito laboral al uso de indumentaria, pasando por todos los diversos aspectos de la relación comunitaria.

Semejante programa de actuación tuvo caracteres muy minuciosos en el caso de las «reducciones» jesuitas del Paraguay, aludidas en su momento y en las que vivieron no pocos de los jesuitas baleáricos; las «reducciones» representaron una de las formas de urbanización más racionalizadas: trazado urbano uniforme de plano hipodámico —conocido tanto por los dibujos conservados, como por excavaciones modernas— que partía de una plaza mayor de unos 100 metros de lado —ornamentada de arbolado, normalmente palmeras y naranjos— rodeada de los principales edificios públicos: iglesia, hospital, escuelas, re-

[19] *Vid.* García Icazbalceta, *Nueva Colección de documentos para la Historia de México*, t. II, p. 223. *Vid.* C. Bayle, *La expansión misional...*, p. 114.

sidencia de los padres jesuitas, almacenes, talleres, casa del pueblo, etcétera.

Los informes ilustrativos sobre tales componentes extrarreligiosos del método misional y sus efectos en términos humanos y de civilización, están contenidos en las fuentes de la época: relaciones biográficas debidas a los propios misioneros, como las aludidas de los padres Palou, Crespí, Boscana..., o los epistolarios conservados —centón de detalles de la vida en aquellos enclaves misionales— o en la documentación oficial solicitando aperos, semillas, importación de ganados..., o en los textos conservados de sencillas representaciones escénicas o actividades musicales utilizadas en los programas de aculturación del nativo, o en los detallados inventarios de los bienes de las diferentes misiones californianas, como el publicado por E. M. Coronado [20].

Resumiendo algunos aspectos que pueden resultar significativos del indicado modelo operativo de nuestros misioneros, podemos comenzar recordando que, por ejemplo, en la tantas veces mencionada *Sacred Expedition*, se llevaba, además de ornamentos y vasos sagrados, herramientas, aperos de labranza, hortalizas, lino, 200 reses, 38 caballos y 40 mulas...

Al asentar en el lugar escogido, el establecimiento de una misión solía comenzar con el simple acto de colgar una campana de un árbol, plantar una cruz, hacer una enrramada y oficiar una misa. Repicaban la campana para agrupar a los indígenas del entorno, y con su ayuda comenzaban a construir iglesia, casa, huerta, escuela... fray Junípero, en ocasión que se corresponde con el virrey Bucareli, esboza —de forma impresionista— el cuadro de esa relación con el indígena diciendo:

> «tres veces al día comen de nuestra mano, rezan, cantan, trabajan y por ellos tenemos unas sementeras de trigo, maíz, frijol, avas, ajos y una huerta con miles de coles, lechugas y todo género de hostalizas» [21]

[20] E. M. Coronado, *Descripción e inventario de las Misiones de Baja California, 1773*, Palma, Institut d'Estudis baleàrics, 1987. Se trata de las antiguas misiones jesuíticas de las que los franciscanos de fray Junípero se hicieron cargo, pero cuyos bienes muestran detalladamente los diversos aspectos extrarreligiosos que involucraba la evangelización: libros, caballeriza, rancho, instrumentos músicos, carpintería, fragua, ganado, etcétera.

[21] Carta de fray Junípero Serra al virrey Bucareli, Monterrey, 21 de junio de 1774,

Cuando años después el padre Serra informa sobre el estado de la Misión de San Carlos de Monterrey, en carta de 15 de agosto de 1779, podrá detallar que había 248 cabezas de ganado vacuno, 48 de lanar, 60 de cabrío, 20 de porcino, 19 caballos, 35 mulas, una yeguada de 18 cabezas, otras 45 de diversa naturaleza, y que la cosecha había sido de 337 fanegas y 11 almudes de trigo, 508 fanegas de cebada, 6 fanegas y 3 almudes de lentejas, 9 fanegas y 10 almudes de habas, 27 fanegas de maíz, etc. Disponían de 13 arados y yugos, 3 rejas nuevas, 25 mantas y 200 «frezadas», y de 500 varas de sayal rayado, 2 piezas de bayeta mejicana, etc., habían vestido, como habían podido, a los indios desnudos [22].

Esta enumeración de disponibilidades, que implica una previa capacitación laboral del indígena en agricultura, albañilería, fragua, cerrajería, ganadería, etc., obligaba a los misioneros a ejercer los trabajos manuales y a dirigir y gerenciar la empresa civilizadora en que consistía la misión: la construcción de edificios, escuelas o las obras de ingeniería para la captación de cursos fluviales, para el riego o el abastecimiento humano, o la prospección de aguas freáticas —como las que sabía encontrar el padre Payeras— y luego canalizar en acueductos, de los que en su lugar, se ha hecho la mención correspondiente.

Los frutos de la evangelización civilizadora

Semejante y civilizadora labor de nuestros misioneros

> (entre aquellos bosques sombríos, trepando montes, cruzando valles, sin más viático que el que les prepara la Divina Providencia, sin otro estímulo que los aliente que el celo de buscar almas para el cielo y cuando logran la dicha de reducir al gremio de la Santa Iglesia a alguno de aquellos infelices, cuentan por dichosos sus afanes y prefie-

En Antonine Tibesar, *Writings of Junípero Serra,* 4 vols. Washington, 1955-1966, t. II, p. 78.

[22] Informe de fray Junípero, Monterrey 15 de agosto de 1779, en Tibesar, *Writings..., cit.,* III, pp. 354 y ss.

> ren la gloria de haber hecho esta conquista para el cielo a todas las ventajas terrenas... [23])

tuvo no sólo frutos espirituales y evangélicos, sino también humanos, civilizadores y pobladores, precisamente por el carácter de evangelización civilizadora que dieron a su labor. Y no es mucho suponer históricamente que semejante carácter hunde sus raíces —y revela las tradiciones culturales y humanísticas mediterráneas— en la encendida espiritualidad misionera de un Ramón Llull. Todo ello, pues, autoriza a hablar de raíces, estilo y caracteres baleáricos en la construcción de la América moderna.

Que no se trata de apreciaciones interesadas sugeridas por sentimientos de patriotismo local, lo que demuestra que ésta es la impresión sostenida secularmente por las generaciones beneficiarias de aquella obra misional, que reconocen en las misiones el origen de las grandes ciudades —San Diego, Monterrey, San Francisco...— del Estado de California, por ejemplo, y en los padres baleáricos los constructores primeros de su civilización actual.

[23] Fragmento de la Carta pastoral del padre Company, dada en San Francisco el Grande de Madrid el 22 de julio de 1792, copiada en el libro de Patentes del Convento de San Bernardino de Petra, hoy en el Archivo Histórico de Mallorca y citada por Font Obrador, *Historia de Mallorca, cit.*, p. 552, nota, 135.

QUINTA PARTE

BALEARES Y AMÉRICA EN SUS RELACIONES CONTEMPORÁNEAS (SIGLOS XIX-XX)

I

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Las partes del libro y los capítulos que anteceden han respondido obviamente, al estudio de la relación Baleares América durante los siglos de administración española en Ultramar. Han tratado primordialmente de averiguar los determinantes geohistóricos de los caracteres del ser histórico balear —impresos en el alma del isleño por los milenios de vida y cultura mediterránea del archipiélago— porque explicaban las señas de identidad colectiva que el baleárico forzosamente objetiva y proyecta luego en sus acciones históricas; han intentado también destacar la predominante naturaleza humanística y civilizadora de tales caracteres colectivos, por la particular congruencia que presentaban respecto de los rasgos definidores de la acción ultramarina española y, por tanto, explicativos de la idoneidad de nuestros antepasados para unas potenciales aportaciones a la obra de España en Indias. Se han mostrado igualmente las razones coyunturales de la cronología tardía que presenta de hecho, la relación del archipiélago con América y, sobre todo, se han expuesto con algún detenimiento las peculiaridades y las destacadas objetivaciones en que se concretó históricamente aquella relación durante los siglos de administración trasatlántica española.

Ahora bien, resulta necesario abrir una nueva parte en el presente libro destinada a recoger las relaciones subsiguientes que en los siglos XIX y XX, hayan podido prolongar los lazos de todo tipo anudados entre nuestro archipiélago y las nuevas naciones del otro lado del Atlántico. Labor necesaria por una serie importantísima de razones:

Primera, porque hasta finales del siglo XIX un pedazo de aquel imperio ultramarino —Antillas, Filipinas— continúa administrativamente ligado a España, y en aquellas áreas no sólo no se cortan las relaciones

mantenidas por Baleares, sino que, por el contrario, el comercio que desde el siglo XVIII ha establecido el archipiélago, especialmente con el área antillana, constituye un decisivo soporte económico de la vida balear decimonónica. A este respecto ha podido escribirse certeramente:

> «La significació fonamental d'Amèrica per a Mallorca arriba amb el Vuit-Cents. Les colònies antillanes ajuden a contrarrestar els desastres econòmics que aclaparen l'illa i esdevenen la garantía de subsistència per a un bon nombre de mallorquins. L'emigració massiva i les relacions de tot tipus que implica... se sitúa en el mateix marc geogràfic on els mallorquins desenrotllaren, a mitjan el Set-Cents, una part de llurs activitats comercials» [1].

Por ello, será conveniente comenzar por estudiar las relaciones económico-comerciales contemporáneas Baleares-América en cuanto explicativas de las posteriores relaciones biológicas implícitas en la emigración masiva que, en virtud de la explosión demográfica y la crisis económica contemporánea, encuentra en América una espita que alivia sus dificultades.

Segunda, resulta necesario plantearnos también el análisis de tales relaciones porque, una vez independientes las Españas ultramarinas, no se cerraba necesariamente tampoco el eventual y posible contacto de nuestras islas con ellas; por el contrario, al percibir los gobiernos de las nuevas repúblicas hispanoamericanas que la explotación de sus enormes recursos —todavía inaprovechados— y el propio futuro progreso cultural, requerían inevitablemente el recurso al potencial biológico foráneo, lo estimularon con políticas y legislaciones emigratorias a las que respondieron también las gentes de nuestro archipiélago balear.

Por todo ello, resulta imperativo comenzar por abordar los aspectos que de hecho prolongaron el contacto balear con Ultramar y, a la vez, funcionaron como fundamentos económicos explicativos de otras relaciones contemporáneas.

[1] *Vid.* C. Manera, «El comerç dels mallorquins amb Amèrica al segle XVIII», en *L'Avenç*, n.° 6, p. 153.

II

LA RELACIÓN ECONÓMICA: COMERCIO Y COMERCIANTES, BUQUES, MERCANCÍAS Y CAPITALES

Generalidades

Comenzamos por el estudio de la relación económica debido al primordial papel y la función que, como se ha adelantado antes, asumió la América contemporánea en la explicación del sentido que tomaron fenómenos importantes tales como el emigratorio de nuestras islas a Ultramar en los siglos XIX y XX, y a causa de los paliativos materiales que el Nuevo Mundo iba a proporcionar en las coyunturas recesivas y las crisis laborales del archipiélago.

Ahora bien, aún sin estas funciones y proyecciones básicas asumidas por la economía americana, habría que conceder un cierto lugar de privilegio a la relación económica, porque el concreto estudio del comercio —y de los distintos aspectos involucrados en el mundo de los intercambios económicos— ha adquirido en las últimas décadas una especial relevancia dentro de la historiografía moderna, en razón de que el decisivo proceso contemporáneo de industrialización —base de la modernización de la sociedad— se cimentó primordialmente sobre capitales procedentes de los beneficios acumulados por la actividad mercantil precedente [1].

[1] *Vid.*, al respecto, E. F. Heckscher, *La época mercantilista*, México, F. C. E., 1943; P. Deyon, *Los orígenes de la Europa moderna: el Mercantilismo*, Barcelona, Península, 2.ª edic., 1976; R. Davies, «English foreing trade, 1700-1774», en *Economic History Review*, 15 (1962-63), pp. 285-303; P. Leon, «Structure du commerce extérieur et évolution industrielle de la France à la fin du XVIII siécle», en *Conjoncture économique, structures sociales*, París, 1974, pp. 407-32; Ch. R. Boxer, *The age of Brasil, 1695-1750*, Londres, 1971; M.

El fuerte carácter preindustrial de la sociedad mallorquina, subrayado por Lleonard Muntaner [2], el grado real de industrialización del archipiélago balear en los siglos XIX y XX, difícilmente hubieran acuciado quizás a alguien a interesarse por los orígenes del capital comercial que había posibilitado aquella industrialización. Pero el análisis general de la indicada relación de la industria con el capitalismo comercial, por un lado, y en concreto, los esfuerzos hechos en Cataluña por esclarecer las bases económicas de su proceso industrializador [3], han redundado en cambio, en el conocimiento de primerizas actividades mercantiles baleáricas, han disipado ciertos prejuicios y presuntas exclusiones coloniales de ciertas regiones españolas, y han incitado a las investigaciones sobre la propia actividad mercantil de las islas.

En estas proyecciones y efectos historiográficos, han tenido una especial importancia las líneas —en tanta medida pioneras— abiertas por las investigaciones de Carlos Martínez Shaw sobre la incidencia de la producción catalana —manufactura algodonera, construcción naval, etcétera— en los intercambios exteriores [4]. También han sido efectivas sus

Morineau, «Or brésilien et gazettes hollandaises», en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 25 (1978), pp. 3-60; C. Kindleberger, «Commercial expansion and the Industrial Revolution», en *Journal of European Economic History*, núm. 3 (1979).

[2] *Vid.* L. Muntaner, «Un model de ciutat pre-industrial: la Ciutat de Mallorca al segle XVIII», en *Trabajos de Geografía*, núm. 34, 1978.

[3] *Vid.* además de las obras citadas en la nota anterior, J. Fontana, «Comercio colonial e industrialización. Una reflexión sobre los orígenes de la industria moderna en Cataluña», en Nadal y Tortella (eds.), *Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en España*, Barcelona, Ariel, 1974, pp. 358-365; J. Fontana (dir.), *La economía española al final del Antiguo Régimen: III. Comercio y Colonias*, Madrid, 1982; VV. AA., *El comerç entre Catalunya i América, segles XVIII i XIX*, Barcelona, 1986, J. M. Fradera, *Indústria i mercat. Les bases comercials de la indústria catalana moderna (1814-1845)*, Barcelona, 1987.

[4] C. Martínez Shaw, en su *Cataluña en la carrera de Indias. 1680-1756* (Barcelona, Crítica, 1981) continuaba y culminaba en cierto sentido una labor de investigación histórico-mercantil comenzaba al estudiar los orígenes de la industria algodonera catalana en su incidencia con el comercio colonial indiano (en J. Nadal-G. Tortella, eds., *Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea*, Barcelona, 1974). Siguió con el análisis de las escrituras de seguros en términos del comercio barcelonés de principios del siglo XVIII (en *Estudios Históricos y Documentos de los Archivos de Protocolos*, t. VI, 1978); el mismo autor ha continuado la labor estudiando otros aspectos sectoriales de la relación mercantil («Construcción naval y capital mercantil» en *Estudios Históricos y Documentos de los Archivos de Protocolos*, VIII, 1980) o interviniendo en los debates planteados en relación con el comercio mediterráneo anterior a la Pragmática de Libre Comercio de Carlos III de 1778 («Catalunya i el comerça amb América: final d'una

aportaciones críticas frente a la leyenda —desmontada por Pierre Vilar [5]— de la exclusión de los países de la Corona de Aragón en la relación comercial con las Indias [6], antes de la Pragmática de Libre Comercio de Carlos III de 1778, porque han permitido renovar los propios supuestos que incluían a las Baleares en la exclusión y que han contribuido, por ello, a la reconsideración de las actividades comerciales de nuestras islas.

En efecto, desde semejantes perspectivas generales y desde el renovado panorama histórico del comercio ilustrado catalán, ha sido fácil percibir, por de pronto, la importancia de lo aportado por Josep Juan Vidal sobre la producción agrícola, y el papel y la comercialización del aceite en la economía mallorquina como base de una propia actividad mercantil insular [7]; y por otro lado, los trabajos de José M. Delgado proporcionaron un buen modelo historiográfico [8] para investigaciones ya específicas de la propia relación comercial entre el archipiélago —Mallorca esencialmente— y América [9].

En este aspecto, y con el precedente también de las investigaciones de John Fisher [10], debemos nuestros conocimientos básicos a las

llegenda», en *L'Avenç*, núm. 15, 1979, pp. 19-23). *Vid.* ahora «The Catalan Commercial establishment in America (1660-1898)», en K. Friedland (ed.), *Maritime aspectcs of Migration*, Colonia, 1989, pp. 205-214.

[5] P. Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne Moderne*, III, París, Sevepen, 1962, especialmente «La structure du capital commercial ou les mecanismes du gain marchand», pp. 139 y ss., y «Compagnies et grand commerce. Sociétés de capitaux et sociétés de personnes», pp. 383 y ss.

[6] C. Martínez Shaw, «Cataluña y el comercio con América. El fin de un debate», *Boletín Americanista*, núm. 30 (1980), pp. 223-236.

[7] J. Juan Vidal, «La producción de aceite en Mallorca durante la Edad Moderna y su papel en la economía mallorquina», en *BSAL*, núms. 832-833, (1980); del mismo, «La evolución de la producción agrícola en Mallorca durante la Edad Moderna. Fuentes y problemas de su estudio», *Moneda y Crédito*, 145 (1987).

[8] J. M. Delgado, «Cádiz y Málaga en el comercio colonial catalán posterior a 1778» en *Actas del I Congr. de Hist. de Andalucía*, Córdoba 1978; «Comercio colonial y fraude en Catalunya. Algunas consideraciones en torno a los registros del libre comercio a Indias (1778-1796)», en *Estudios Históricos y Documentos de los Archivos de Protocolos*, VI (1978); «Fiscalidad y comercio con América: los Resguardos de Rentas de Catalunya (1778-1799)», en *Boletín Americanista*, 30 (1980).

[9] Así lo confiesa Carles Manera en «Les relacions comercials entre Mallorca i les colonies americanes (1778-1820)» en *Recerques*, núm. 18, al escribir: «aquest estudi... segueix la pauta de treball desenvolupada per Josep M. Delgado...», p. 187.

[10] J. Fisher, «Imperial Free Trade and the Hispanic Economy, 1778-1796», en *Jour-*

recientes investigaciones sobre el capitalismo comercial mallorquín en el siglo XVIII realizadas por Carles Manera Erbina. Si en otro lugar del presente libro, se han considerado inaceptables los juicios de este joven especialista en Historia económica isleña dieciochesca, cuando opinaba sobre el sentido y la naturaleza de la obra misional de los franciscanos en América, hay que resaltar ahora que sus investigaciones sobre el comercio mallorquín resultan primordiales y de forzosa consulta a causa de la autoridad que su especialización historiográfica les confiere [11] y, por lo mismo, aquí serán ampliamente utilizadas para presentar una panorámica de la relación comercial Baleares-América en el citado período. De la misma manera que apelaremos también a los trabajos de quienes, o bien representan el desarrollo de aspectos sectoriales o la continuación cronológica de las citadas e innovadoras investigaciones [12].

nal of Latin American Studies, vol XIII (1981); también del mismo *Commercial relations between Spain and Spanish America in the Era of Free Trade, 1778-1796*, Liverpool, 1985.

[11] C. Manera Erbina, «Les relacions comercials entre Mallorca i les colónies americanes (1778-1820), en *Recerques* núm. 18 (1986), artículo que resumen la memoria de licenciatura del autor; «Comerç i capital mercantil a Mallorca, 1720-1800». Resumen de tesis doctoral (Palma, Universitat de les Illes Balears, Departament de Ciències Històriques i Teoría de les Arts, 1987, pp. 2-37), publicada íntegramente y ampliada con el mismo título por el Consell Insular de Mallorca, 1988. *Vid.* también sus trabajos anteriores como «El movimiento comercial del puerto de Palma, según las series de entradas y salidas de navíos del "Semanario Económico" (1779-1820)», en *BSAL*, núms. 832-833 (1980); «El comerç dels mallorquins amb Amérca al segle XVIII» (*L'Avenç*, núm. 6); «Iniciación al estudio del comercio colonial mallorquín: el "uno por ciento de Indias", 1787-1794» (*Estudis Baleàrics*, 5, 1982, pp. 57-69); «Burguesia comercial mallorquina i mercat americà. L'evolució sôcio-econòmica del mercader Benet Capó Puigserver» en *Quinze anys dels Premis Ciutat de Palma*, Palma, 1986, y también «Mallorca y el comercio con América, 1730-1830. Por una capitulación general», *BSAL*, 44, 1988, pp. 239-72. *Vid.* igualmente I. Moll, «La Compañía de Comercio Mallorquina (1784-1802)», en *BSAL*, núms. 830-831, 1979.

[12] Así A. Quintana, «Notas para una evolución del comercio de las Baleares entre 1868 y 1886», en *Mayurga*, IX (1972), pp. 139-153; G. Mora Ferragut, «Comentarios a la evolución del comercio atlántico mallorquín durante la primera mitad del siglo XIX», en *Actes del XIII Congrés d'Història de la Corona d'Aragó*, Comunicaciones, III, Palma, Institut d'Estudis Baleàrics, 1990, pp. 195-201; del mismo autor, «Reflexión sobre los orígenes del Capitalismo en Mallorca (1778-1868)»; C. Manera, «Producción agraria e infraestructura mercantil en el comercio mallorquín con América, 1778-1818», en A. Bernal (coord.), *El «comercio libre» entre España y América Latina (1765-1824)*; Madrid, 1987, pp. 133-48; *vid.* también I. Moll Blanes, «Noticia del Semanario Económico (1779-1820)», en *Mayurga*, XVII (1978).

Por lo que hace a la actividad mercantil de las islas menores, *vid.* E. Fajarnes Tur,

Comercio mallorquín, comercio balear

Antes de entrar en detalles concretos hay que dejar sentado que, aún deseando hablar del comercio «balear», los datos disponibles —como ocurre en otros varios aspectos— son masivamente «mallorquines». Por de pronto, porque sólo acerca del comercio mallorquín se han hecho significativas investigaciones monográficas; por otro lado, también porque la situación económica de Menorca e Ibiza, que tantas dificultades presentaba para resolver su autoabastecimiento, se caracterizaba por una escasa infraestructura (productiva, mercantil, financiera, etcétera), que difícilmente permitía una presencia relevante en los circuitos y mercados ultramarinos.

Al respecto —y aunque el juicio pueda reputarse interesado— lo indicado por el brigadier general John Armstrong, cuando escribe sobre Menorca en 1752 es indicativo. Señala que su situación material es tal que «nada podría preservarla de una bancarrota» si no fuera por el dinero inglés que hacen circular las tropas [13].

Con relación a Ibiza, el panorama que describe el archiduque Luis Salvador de Austria a mediados del siglo XIX, tampoco es excesivamente halagüeño: «El puerto de Ibiza es visitado por pocos barcos, dado el escaso tráfico comercial con la isla», escribe al poco de apuntar que en el trienio 1884-1866, han entrado sólo once barcos extranjeros [14]. Ciertamente, los datos consignados por Antonio Costa Ramón sobre construcción naval [15], por Juan Llabrés Bernal en este mismo aspecto [16], o

El puerto de Ibiza, Ciutad de Mallorca, Rotger, 1887; J. Llabres Bernal, *Apuntes para la Historia marítima de Ibiza*, Palma de Mallorca, 1958 (principalmente «Marinos mercantes ibicencos del siglo pasado y principios del actual», pp. 118 y ss.) y especialmente J. C. Cirer i Costa, *1790-1920. Demografia i comerç d'Eivissa i Formentera*, Eivissa, Inst. d'Est. Eivissencs, 1986.

[13] J. Armstrong, *The History of the Island of Minorca*, London, Davis, MDCCLII: «They are few Exports of any Account, and they are obliged to their Neighbours for near *one third* of their Corn, *all* their Oil and Aguardiente, and such of variety of Articles of less consideration that nothing could preserve them from a Bunkrutucy, but the English Money circulated by troops», pp. 119-120.

[14] Archiduque L. S. de Austria, *Las Baleares. Las antiguas Pitiusas*, edic. Palma, Sa Nostra, 1982, p. 134. Con el específico título de *El puerto de Ibiza*, disponemos de un estudio de E. Fajarnes Tur (Ciudad de Mallorca, Rotger, 1887) y los datos actualmente conocidos no abonan por completo el juicio del Archiduque.

[15] *Vid.* A. Costa Ramón, especialista en el tema, por ejemplo en su artículo «Acti-

las recientes investigaciones de Joan Carles Cirer acerca del comercio ibicenco desde fines del siglo XVI [17], muestran hoy otro panorama: al poco de escribir el archiduque —desde los años 1880 y 1884 en adelante— la reactivación del tráfico comercial ibicenco es notable hasta el punto de que se ha multiplicado por tres entre los indicados años y 1905-1909.

Pero aún contando con que haya que rectificar los iniciales juicios del brigadier inglés y del archiduque austriaco, sigue siendo un hecho que las posibilidades de relación mercantil de las islas menores del archipiélago con América, aparte de carecer de suficientes estudios, son forzosamente modestas en relación con las mallorquinas conocidas. De ahí que a éstas se les conceda el protagonismo de su relevancia intrínseca.

Con estas advertencias generales por delante, entramos en la presentación sintética y panorámica de la relación comercial de nuestros hombres con Ultramar.

La primera relación mercantil Baleares-América: el comercio indirecto y las operaciones comerciales anteriores a 1778

Si hasta hace poco, sobre el erróneo supuesto de la exclusión de los antiguos Reinos de la Corona de Aragón en América, se afirmaba que había sido preciso esperar a 1778 —fecha de la Pragmática de Libre Comercio de Carlos III— para poder asistir a una primera participación en el comercio colonial, los hechos históricos ahora conocidos imponen varias modificaciones sustanciales: primera que la presencia comercial mallorquina en América data de 1730, «cuando sobrecargos facto-

vidad del Astillero de Ibiza en el siglo XVIII» en *Diario de Ibiza* (6 de agosto de 1943, reproducido por I. Macabich, *Historia de Ibiza*, t. III, pp. 105-110) relaciona la producción naval entre 1765 y 1799 y contabiliza la construcción, en estos treinta y un años, de 144 buques mayores de 12 toneladas, con un total de 6.804 toneladas, lo que implica para el setecientos una notabilísima actividad constructora y mercantil, sólo explicable en función de las necesidades de intercambio.

[16] J. Llabres Bernal, *Apuntes para la Historia marítima de Ibiza*, Palma de Mallorca, 1958, *vid.* pp. 120, 187, 218-230, etcétera.

[17] J. C. Cirer i Costa, *1790-1920. Demografia i comerç d'Eivissa i Formentera*, Eivissa, Inst. d'Est. Eivissencs, 1986.

res y capitales de los isleños se desplazan a Ultramar y negocian en aquellos mercados» [18]; segunda, que al mismo tiempo, Mallorca ha creado una infraestructura comercial —sobre todo en Cádiz e islas Canarias— utilizada para operaciones de comercialización de coloniales, anterior a la pragmática carlotercista de libre comercio, infraestructura que, lógicamente, se aprovecharía luego para intensificar las actividades comerciales a partir del citado decreto de liberalización.

El comercio indirecto e intermediario

La primera forma de relación mercantil de Baleares con el mercado colonial fue la de comercio indirecto —es decir, utilizando puertos no baleáricos— y mediante funciones intermediarias a través de comerciantes extraisleños, situados en plazas de relación comercial directa con Indias.

En este sentido, la documentación contable estudiada revela la importancia sobre todo, como se ha adelantado, de Cádiz [19] y de las Canarias [20]; en efecto, una relación normal y anterior de buques y comerciantes baleáricos con mercaderes andaluces y canarios —a los cuales venden los productos baleares: aceite y vino principalmente— permite hablar de una red, o infraestructura, mercantil, que va a ser utilizada para operaciones comerciales indirectas de productos ultramarinos.

El mecanismo utilizado comprende, por lo tanto, los siguientes elementos: 1) el comerciante balear, que actúa como comisionista y que conoce las necesidades del mercado insular, «solicita a un comerciante residente en plazas ligadas a América —primordialmente Cádiz—

[18] C. Manera, *BSAL*, *cit.*, p. 245.

[19] A. García Baquero, *Cádiz y el Atlántico*, Sevilla, 1976; del mismo, *Andalucía y la carrera de Indias (1492-1824)*, Sevilla, 1986.

[20] A. Guimerá, «Canarias en la carrera de Indias (1564-1778)», en *I Jornadas de Estudios Canarias-América*, Sta. Cruz de Tenerife, 1980; del mismo, «El comercio canario-americano durante la etapa del Libre Comercio (1765-1824)», en *Simposium Libre comercio y crecimiento económico*, Sta. Cruz de Tenerife, 1985; C. Malamud, «El fin del comercio colonial: una compañía comercial gaditana del siglo XIX», en *Revista de Indias*, 151-52 (1978); E. Torres, *Relaciones comerciales de Gran Canaria entre 1700 y 1725. Una aproximación a la burguesía mercantil canaria*, Las Palmas, 1981.

partidas concretas para su remisión a Mallorca» [21]; 2) para ello utiliza los regulares y normales viajes de cabotaje de naves mallorquinas y menorquinas («xabec del patró Jaume Oliver», «xabec del patró Antoni Cabrises», «tartana anglesa del capitá padre Parodi», «xabec del patró Lleonard Cabanelles», etc.), y se vale de los capitanes de las mismas para su relación con los citados mercaderes de productos ultramarinos; 3) el corresponsal de las plazas gaditana o canarias —suministradoras de coloniales— proporciona las informaciones sobre llegadas, mercancías y precios, y gira a Mallorca los productos ultramarinos si los precios son los convenientes.

Conocemos los primeros mercaderes ilustrados dedicados a este comercio indirecto e intermediario: son los Aguiló, Billó, Cortés, Marcel, Mayol [22], así como los citados corresponsales gaditanos (los hermanos Francisco y Pedro Burón [23], etc.) y canarios (Francisco Linares, etcétera) [24].

Las mercancías coloniales habitualmente solicitadas son azúcar, cacao, tabaco, cueros, grana, zarzaparrilla... Las partidas de cacao procedentes de Caracas en el año 1757 fueron especialmente considerables, y en tales operaciones se advierte la incorporación de las islas Canarias —Santa Cruz de Tenerife— como plaza mercantil balear de adquisición de coloniales.

Las contrapartidas de productos mallorquines se componían de aceite, vino, aguardiente, almendrón o almendra. Es decir, se trata de un comercio inicial con exclusiva base agrícola, de productos de consumo, mercancía que lógicamente, limita de alguna manera las posibilidades cuantitativas de beneficios; sólo cuando esta agricultura de subsistencia sea sustituida por una agricultura comercializable, se producirá una acumulación de capital [25].

Otra característica de este comercio con Ultramar —que explica su inicial condición de indirecto— es la de su exigencia de fuertes inversiones de capital; hay que tener en cuenta que un viaje a América im-

[21] Manera, *op. cit.*, p. 192.

[22] *Vid.* C. Manera, *Comerç i capital mercantil...*, *cit.* 1988, pp. 191 y ss.

[23] *Vid.* C. Manera, *op. cit.*, 1988, pp. 193 y ss.

[24] Manera, *op. cit.*, 1988, p. 195, donde se cita una carta de Francisco Linares fechada en Tenerife el 8 de agosto de 1757.

[25] C. Manera, *art. cit.* en *Recerques*, p. 189.

plica un circuito mercantil que tarda de 12 a 15 meses en cerrarse y, por lo tanto, en recuperación de inversiones y obtención de los eventuales beneficios; de ahí que «son pocos los mercaderes que tienen la posibilidad de financiar una expedición a Indias, y no son muchos los que participan, de una u otra manera, en las partidas a negociar en América» [26]. Se trata pues, de una actividad inicialmente reducida al indicado y pequeño grupo de comerciantes.

En tales transacciones, los estudios realizados destacan al comerciante mallorquín Antoni Marcel en sus relaciones con el mercader Francisco Linares que, por ejemplo, entre 1755-1756, compra 89,5 pipas de aceite y vende 19.370 libras de cacao [27], o en sus contactos mercantiles con Tenerife, cuyas partidas de coloniales —cacao, azúcar, etc.— Antoni Marcel luego distribuye en el mercado mallorquín [28].

Las transacciones directas de mercancías y capitales

Junto a estas operaciones indirectas y de intermediación, se aprecian también, desde mediados hasta finales de la centuria ilustrada, las inversiones directas en el circuito americano llevadas a cabo por una nueva generación de mercaderes: son los Capó (Benet Capó Puigserver, Francesc Capó...), Cristófol Amengual, Pau Serra, etc. [29]. Utilizan dos procedimientos o mecanismos: 1) recurso a un mercader gaditano o canario para exportar género/os numerario al espacio colonial y 2) financiación del desplazamiento de factores mallorquines a los propios puertos coloniales, recurso testificado ¡desde 1747!

Ejemplos del primer procedimiento lo constituyen las operaciones del citado comerciante mallorquín Antoni Marcel, concertadas con sus corresponsales gaditanos —la razón social de los Burón, sobre todo— para remitir a América almendra isleña, o bien artículos manufacturados italianos remitidos a Cádiz para su venta en Indias. Así en 1748, se envían camisas compradas en Livorno para su remisión «a Veracruz»; lo mismo ocurre en otra operación de 1754, y en 1760: son «400

[26] Manera, en *Recerques*, núm. 18, pp. 189-90.
[27] *Vid.* Manera, *op. cit.*, 1988, p. 197, tabla II-A.
[28] Manera, *op. cit.*, p. 198, tabla III, p. 203, tabla IV.
[29] *Vid.* Manera, *op. cit.*, 1988, p. 275, y *art. cit.* en *BSAL*, p. 245.

pesos» los que Antoni Marcel ordena a los Burón entreguen para su remisión a Ultramar [30].

Por su parte, el desplazamiento de factores mallorquines a puertos americanos o la utilización de capitanes, patrones o sobrecargos de naves que hacían la carrera de Indias para determinadas opraciones mercantiles, está testificada desde 1747 y se generaliza en la segunda mitad del setecientos. Los datos disponibles permiten citar las operaciones del mismo Antoni Marcel con Juan Fonoy, factor mallorquín, o con el capitán Juan Pujol pilotando la fragata *Nuestra Señora del Carmen*, en viajes que van y vienen de La Habana [31], San Juan de Puerto Rico, etcétera.

Destinos, volumen y ritmo de las relaciones

Como muestra cuantitativa de las transacciones de la etapa, podemos reproducir un ilustrativo recuento relativo a los años 1824-41 que permitió contabilizar puertos americanos, número de viajes y toneladas transportadas [32]:

Años	Destinos	Viajes	Tonelaje
1824-41	La Habana	64	8.647
	Pto. Rico	37	2.962
	Montevideo	5	828
	R. de Janeiro	2	366
	Matanzas	4	324
	Nueva Orleans	2	257
	Trinidad	2	210
	Santgo. de Cuba	2	170
	Mayagüez (Pto. R.)	1	152
	Cienfuegos	1	97
	Marañón (Bras.)	1	70
	Nueva York	1	40

[30] *Vid.* Manera, *op. cit.*, 1988, p. 204.

[31] Manera, *op. cit.*, 1988, pp. 206-207.

[32] Mora Ferragut, *Comunicación*, *cit.*, al XIII Congr. d'Hist. de la Cor. d'Aragó, p. 199.

La precedente tabulación comienza a mostrar, de paso, un rasgo importante, que se hará regular a partir de la segunda mitad de la centuria: la derivación hacia puertos norteamericanos, constituidos normalmente desde entonces en mercados algodoneros.

La relación comercial baleárico-americana a partir del decreto de liberalización: 1778-1820

Es bien sabido que la Pragmática de libre comercio de Carlos III (12 de octubre de 1778 [33]) constituye un destacado hito en los intercambios comerciales entre España y sus posesiones de Ultramar [34].

Consecuencias generales

Por lo que hace a Baleares —Mallorca, en realidad— el deseo de traficar con América sin las interposiciones geográficas de los puertos privilegiados, aunque había sido expresado por el Ayuntamiento de Palma ya en 1771 —al solicitar para su puerto el beneficio de los decretos de 1765 que autorizaban el comercio con las islas de Barlovento [35] de nueve puertos peninsulares (Barcelona, Alicante, Cartagena, Málaga, Sevilla, Cádiz, La Coruña, Gijón, Santander [36])— no se manifestó especialmente acuciante en los hechos empíricos, ni entonces, ni después

[33] J. Muñoz Pérez, «La publicación del Reglamento de Comercio Libre de Indias de 1778», en *Anuario de Estudios Americanos*, IV (1947).

[34] J. Fisher, *Commercial relations between Spain and Spanish America in the Era of Free Trade, 1778-1796*, Manchester, 1985; C. Martínez Shaw, «Los comportamientos regionales ante el libre comercio» en *Manuscrits*, núm. 6, pp. 75-89; del mismo, «The Catalan commercial establishment in America (1680-1898)», en K. Friedland (ed.), *Maritime aspects of Migration*, Colonia, 1989, pp. 205-214.

[35] J. M. Oliva, «Reflexiones sobre el comercio libre de Barlovento. El caso catalán», en *Simposium Libre Comercio y crecimiento económico*, Puerto de Sta. María, 1985.

[36] *Vid.* C. Manera, «Mallorca y el comercio con América, 1730-1830. Por una recapitulación general», en *BSAR*, núm. 44 (1988), p. 246; del mismo, *Comerç i capital mercantil*, *cit.*, 1988, p. 192; J. M. Oliva, «Reflexiones en torno al comercio libre de Barlovento: el caso catalán» en A. M. Bernal (coord.), *El comercio libre entre España y América Latina (1765-1824)*, Madrid, 1987, pp. 71-94.

de la liberalización comercial decretada por la Pragmática de 1778 [37]. Esta circunstancia, subrayada por los estudiosos de la cuestión [38], puede explicarse en el hecho de que las relaciones mercantiles funcionaban ya práctica y normalmente en tal sentido, según lo consignado en las páginas precedentes.

Cualquiera que fuera, sin embargo, la cronología y la intensidad de la reacción balear al decreto carlotercista de liberalización —que habilitaba legalmente el puerto de Palma como plaza comercial americana— no por ello dejó de producir —aunque fueran transformaciones tímidas y a medio y largo plazo— los efectos socio-económicos y mercantiles de la disposición real: 1) el gradual ascenso de grupos de comerciantes [39]

> que poco a poco van controlando las finanzas, algunas de las rentas fiscales, los términos de los intercambios, los mecanismos crediticios, en resumen, el funcionamiento del mercado;

2) la diversificación de la agricultura, con zonas casi de monocultivo vitícola, la extensión en el campo de ciertas actividades no agrarias [40] y 3) en fin, la inserción de la isla «en los principales circuitos mercantiles» [41].

[37] Els comerciants de l'illa demostraren poca disposició per emprende el negoci americà. Desde 1778 fins a mitjan 1782 no hi ha sortides de naus mallorquines cap a ultramar». El primer buque con destino a América —el «Virgen del Buen Camino y de la Victoria» salió de Palma, rumbo a la Habana, el 13 de junio de 1782, con mercancía valorada en 187; 363 reales de vellón—. *Vid.* Manera, «Las relacions comercials entre Mallorca i les colònies americanes (1778-1820)», en *Recerques*, núm. 18, p. 188 y nota 3 de la misma página.

[38] C. Manera subraya, en efecto, el fenómeno al escribir de nuevo que «pocos testimonios acreditan una preocupación de los comerciantes por acceder directamente al mercado americano», en *art. cit.*, del *BSAL*, p. 246.

[39] Manera, «Burguesía comercial mallorquina i mercat americà. L'evolució sòcio-económica del mercader Benet Capó i Puig-server», en *Quinze anys dels Premis Ciutat de Palma d'investigació*, Palma, 1986.

[40] *Vid.* Manera, «Producción agraria e infraestructura mercantil en el comercio mallorquín con América, 1778-1818», en A. M. Bernal (coord.), *El comercio libre entre España y América Latina (1765-1824)*, Madrid, 1987, pp. 233-48.

[41] C. Manera, *Comerç i capital mercantil...*, *cit.*, 1988, p. 279.

Caracteres específicos

Visto en conjunto, el comercio balear liberalizado con América a partir de 1778 presenta varias notas características: en primer término, la imperativa prohibición de despachar géneros extranjeros que, sin embargo, se salva en ocasiones operando en ellos pequeñas transformaciones, o mediante su registro previo en plazas habilitadas; en segundo lugar, la continuada función de Cádiz como puerto de contacto con el mercado ultramarino; en tercer término, la fundamental presencia de la producción mallorquina, junto con la intentada y creciente exportación de producciones extranjeras, en el flujo comercial con Indias; en cuarto lugar, la relación de Baleares con América genera un tipo específico de «comerciante-navegante». Se trata de una figura que abarata considerablemente los costos y mejora los beneficios, en cuanto ahorra salarios y comisiones de intermediarios, evita las innecesarias dilaciones en puertos por razones que pueden no ser propias, y permite una fluidez de distribución de la mercancía, etcétera. [42]

Pero aún con tales caracteres y tendencias, un rasgo definidor es la modestia de los valores, frecuencias y porcentajes iniciales de esta relación directa con América desde el puerto de Palma. Los datos aportados por Fisher al respecto, son perfectamente elocuentes. He aquí una tabulación significativa (valores en reales) [43]:

Años	Naves	Valores	% sobre total exportaciones
1782	1	187.370	0,17
1783	2	269.158	—
1786	1	439.072	0,13
1787	2	373.955	0,14
1788	—	598.875	0,20
1790	2	128.838	0,04
1791	2	601.903	0,16
1792	1	133.913	0,03

[42] Manera, *art. cit.*, p. 251.
[43] J. Fisher, en *Journal of Latin American Studies*, vol. 13 (1981), p. 53.

Estructura cronológica de la relación

El primer tramo cronológico del comercio libre balear con América (1778-1820) ha sido estructurado en dos fases, precisamente en función de los porcentajes de productos extranjeros comercializados: la fase de 1778 a 1803, y la de 1804 a 1820.

La primera se caracteriza porque «la producción autóctona supone el 100 por cien de los cargamentos», mientras que en la segunda «aquella alcanza unos valores que van del 74 % al 100 %» [44]. A su vez, en los citados años de transición del siglo XVIII al XIX, «las mercaderías que se cargan en los navíos son de producción mallorquina, mientras los géneros extranjeros se registran en otras aduanas habilitadas» [45].

En la segunda etapa, «a partir de 1804 los mallorquines abren también registros en Cádiz, caracterizados por una abrumadora presencia de mercaderías extranjeras, fundamentalmente textiles» [46].

Y, en fin, puede decirse que los años que van de 1782 a 1808 «constituyen el verdadero período del libre comercio mallorquín», dado que los años subsiguientes (1808-1814) corresponden «a un tráfico impulsado esencialmente por negociantes del Principado, aunque sea desde el puerto de Palma» [47], o sea, realizado por catalanes refugiados en la isla a raíz de la guerra de independencia contra Francia [48].

Y por otro lado, porque desde 1815, y durante los lustros subsiguientes, se dibuja otra fase caracterizada por la contracción de los intercambios a causa de las luchas independentistas, como puede comprobarse en las estadísticas del movimiento comercial del momento.

[44] Manera, *art. cit.* de *BSAL*, núm. 44, p. 248.

[45] Manera, *art. cit.*, p. 254.

[46] *Ibidem*, BSAL, 44, p. 248.

[47] *Ibidem*, art. del *BSAL*, p. 254.

[48] Manera, «Mallorca durant la guerra del Frances: un enclavament del comerç català amb Amèrica», en *Segones Jornades d'Estudis Catalano-Americans*, Barcelona, 1987, pp. 245-61; M. de los Santos Oliver, *Mallorca durante la Primera Revolución (1808-1814)*, Palma, 1982; A. Moliner, «La economía de Mallorca durante la guerra del Francés», en *Estudis Baleàrics*, núm. 20 (1986); L. Roura, *L'Antic Regim a Mallorca. Abast de la commució dels anys 1808-1814*, Palma de Mallorca, 1985.

Geografía de los mercados baleáricos en América

La consecución de Palma como puerto legalmente habilitado, suscita, como una de las primeras cuestiones, la de los puertos transoceánicos con los que establece la relación comercial. Y en este sentido, los datos proporcionados por la investigación disponible permiten construir una panorámica de la geografía comercial mallorquina en Ultramar, incluso en términos de las reales intensidades del contacto con los distintos puertos transoceánicos, que quedan expresadas en los datos siguientes [49]:

Años	Puertos	Llegadas	%
1778-1820	Habana	20	25,97
	San Juan	17	22,07
	Montevideo	9	11,68
	Cumaná	8	10,38
	La Guaira	8	10,38
	Veracruz	7	9,09
	Puerto Cabello	2	2,59
	Santiago de Compostela	2	2,59
	Caracas	1	1,29
	Santa Marta	1	1,29
	Buenos Aires	1	1,29
	Matanzas	1	1,29

Sobre los datos conocidos [50], pueden confeccionarse también tabulaciones expresivas de la dinámica mercantil en la etapa 1778-1820, ahora considerada, que permiten apreciar las fluctuaciones e intensidades de aquella relación de libre comercio. He aquí el prospecto estadístico resultante de presentar las frecuencias quinquenales de las salidas de buques Palma-América y los valores (en reales de vellón) de las mercancías transportadas:

[49] *Vid., art. cit.*, cuadro 2, pp. 259 y ss.

[50] Así el cuadro 2 inserto por Manera en el *art. cit.* de *BSAL*, núm. 44, pp. 259-263 de donde se extraen las cifras para construir el cuadro subsiguiente. *Vid.* también «El comerç dels mallorquins amd América al segle XVIII», en *L'Avenç*, núm. 6, «quadre III», p. 151.

Años	Salidas	Valor
1778-1782	1	187.363
1783-1787	4	851.371
1788-1792	11	2.040.407
1793-1797	–	–
1798-1802	4	248.210
1803-1807	8	2.513.658
1808-1812	4	1.028.062
1813-1817	44	6.142.220
1818-1822	1	84.114

Exportaciones e importaciones. Composición, circuitos de distribución y valores

A su vez, si se operan las pertinentes tabulaciones sobre las mercancías exportadas (aguardiente, vino, aceite, etc.) e importadas (cacao, azúcar, café, cueros, numerario...), se aprecian magnitudes que son una buena muestra de la estructura y las proporciones de los productos básicos de aquella relación mercantil Baleares-América en el período ahora considerado.

Exportaciones

He aquí, en primer lugar, un cuadro de su composición confeccionado con los datos investigados [51] (cifras expresadas, en ocasiones, en márgenes de fluctuación):

Años	Exportaciones	%
1782-1818	aguardiente	38
	vino	10
	aceite	5
	jabón	4
1782-1803	manufacturas	0,2-16
	agrarias	1-32

[51] Cifras en *ibidem*, p. 248. El mismo autor presenta (cuadro 4) una tabla pormenorizada de productos isleños exportados en el quinquenio 1824-29 (*vid.* pp. 70-72).

El estudio de los volúmenes comercializados de tales productos sirven para perfilar las fluctuaciones cronológicas —las etapas— del comercio mallorquín con América.

Así, tomando como base la principal partida, que es el aguardiente, he aquí el cuadro de sus exportaciones [52]:

Años	«Quartins»
1777	169
1778	5.897
1779	19.281
1780	13.371
1781	7.041
1782	4.038

La composición porcentual de las partidas exportadas también varían a través de los años. He aquí la interrelación aguardiente (destinado principalmente al comercio colonial), aceite (producto compensador de la balanza comercial mallorquina) [53].

Cifras en %:

Años	Aceite	Aguardiente
1790	25,6	10,03
1792	21,3	26,6
1799	61,4	—
1818	29,3	19,6

Las exportaciones, valoradas ahora en función de destinos y circuitos utilizados, ofrecen el siguiente panorama (valores en reales de vellón) [54]:

[52] Fuente: Manera, *Recerques*, núm. 18, p. 191.
[53] Manera, *Ibidem*, p. 192.
[54] Manera, *art. cit.*, de *L'Avenç*, núm. 6, p. 151.

Años	Destino	Desde Palma	Desde Cádiz	Total
1782-1818	Buenos Aires	258.312	–	258.312
	Cumaná	643.501	–	643.501
	La Guaira	1.032.565	1.584.028	2.616.594
	La Habana	2.546.311	314.988	2.861.299
	Matanzas	121.679	–	121.679
	Puerto Cabello	271.683	–	271.683
	San Juan	3.104.366	–	3.104.366
	Santa Marta	–	261.627	261.627
	Santiago d. C.	218.847	–	218.847
	Veracruz	638.249	1.185.348	1.823.597
		10.000.618	3.345.991	13.346.610

Importaciones

Si de los ilustrativos datos que anteceden pasamos a la estimación de los mercados y del valor de las importaciones (cacao, azúcar, café, cueros, etc.) publicadas por los especialistas, se aprecian los órdenes de magnitud del comercio mallorquín de coloniales en relación con los principales puertos en los que operaban y desembarcaban los productos importados. He aquí el cuadro ilustrativo (valores en reales de vellón) [55]:

Años	Puerto de origen	% valor mercancías
1782-1818	Cumaná	1,17
	La Guaira	19,62
	La Habana	31,40
	Montevideo	26,77
	San Juan	19,71
	Veracruz	1,30

Los mismos datos sobre las mercancías importadas, ofrecidos ahora en términos de puertos de distribución y de valores globales (redondeados) de las respectivas mercancías:

[55] Fuente de las subsiguientes tabulaciones: Manera, *art. cit.* del *BSAL*, p. 249 y en detalle de valores ofrecidos por el propio autor en *art. cit.* de *L'Avenç*, núm. 6, p. 151.

Años	Puerto desembarque	Valor (reales vellón)
1784-1818	Cádiz Palma Alicante	43.000.000 3.000.000 1.500.000

La subsiguiente evolución del comercio con América

Aunque los estudiosos del comercio balear que nos sirven de guía [56] confiesen la falta de suficientes investigaciones para trazar una segura evolución de la actividad mercantil balear en los siglos XIX y XX, resulta necesario ofrecer la provisionalidad de los datos disponibles, tanto por el imperativo de continuidad del discurso histórico, como por el hecho de que los siglos XIX y XX constituyen el marco cronológico y el contexto histórico-económico en que se produce un fenómeno contemporáneo tan importante como la emigración masiva balear hacia América. Y fue la previa relación económica de las islas con Ultramar la que precisamente despertaría las expectativas de solución americana en las crisis insulares, originarias y condicionantes de la riada emigratoria transoceánica. En consecuencia, se aborda ahora la evolución subsiguiente del comercio Baleares-América tanto por su intrínseco interés histórico, como por su función de contexto histórico y explicativo de otras relaciones contemporáneas de nuestro archipiélago con Ultramar —así la relación humana y biológica— que, por lo mismo, habremos de estudiar en el capítulo siguiente.

[56] *Vid.* por ejemplo G. Mora Ferragut, «Comentarios a la evolución del comercio atlántico mallorquín durante la primera mitad del siglo XIX», en *Actas del XIII Congrés d'Història de la Corona d'Aragó. Comunicacions*, t. III, Palma, Institut d'Estudis Baleàrics, 1990, p. 195-201; del mismo autor «Aproximación al estudio del pensamiento capitalista en Mallorca. De la SEAP a la proyección del desenvolvimiento económico» (tesis de licenciatura en la Universidad Illes Balears, 1985); Manera hubo de escribir que «los datos a partir de la última fecha citada (1820) —y hasta más o menos 1845— son escasos y fragmentarios, circunstancia que imprime un alto grado de provisionalidad a las primeras conclusiones que puedan extraerse...», *art. cit.* de *BSAL*, núm. 44, p. 252.

La periodización del proceso

La evolución del comercio balear decimonónico, a pesar de la insuficiencia de estudios previos, ha sido objeto de propuestas de periodización, útiles e imprescindibles en cuanto ayudan a percibir el sentido global y las fluctuaciones del proceso. Ciertamente, los objetivos de los diversos investigadores que han abordado el problema [57], y la legítima multiplicidad de criterios básicos para la distinción de divisiones temporales [58], pueden diferir y traducirse en periodizaciones diferentes.

Pero ello no obstante, parece deducirse de las propuestas formuladas, que el comercio balear del siglo XIX conoce dos etapas suficientemente diferenciadas como para que puedan tomarse los años centrales de la centuria como hito de una primera y amplia periodización de la actividad comercial en ella.

La primera mitad del siglo XIX , en relación concreta con la actividad comercial Mallorca-América, se ha presentado dividida, a la vez, en cuatro fases [59]: la de 1782-1808 —que se caracterizaría por la «exigüidad» de las actividades (sólo 25 navíos fletados hacia los puertos americanos)—; la de 1808-14, años en que la relación mercantil con las Indias posee un cariz expansivo, debido a la actividad de comerciantes catalanes refugiados en la isla con motivo de la guerra napoleónica; la de 1815-30, con caída vertical de los intercambios a causa de las guerras de independencia que, además repliegan lógicamente la relación hacia Cuba y Puerto Rico; y los años 1830-45 en que, a juzgar por los navíos despachados, se reconstituyen los niveles y frecuencias de los contactos (una media anual cercana a la de los navíos despachados antaño), aunque la carencia de otros datos impidan fijar la real importancia del flujo comercial implicado en esta recuperación.

Por otra parte, para esa misma primera mitad del siglo, y desde la contemplación del comercio atlántico mallorquín en general, se ha po-

[57] El comercio Baleares-América en C. Manera, el comercio atlántico mallorquín, en general, en G. Mora Ferragut.

[58] Unos autores utilizan tramos coyunturales, otros criterios de frecuencias, tonelajes, valores de mercancía, etcétera.

[59] C. Manera, *art. cit.*, de *BSAL*, núm. 44, 1988, p. 254.

dido proponer [60] la distinción de dos períodos «paralelamente coincidentes con las épocas político-económicas del Estado español: la absolutista, con los años de regencia de María Cristina —anterior a la liberal de Isabel II—, caracterizada por la baja actividad, singularmente acentuada entre 1804-1828; y la de los años de monarquía liberal isabelina, a cuyos contenidos americanos aludiremos oportunamente.

La segunda mitad de la centuria vendría definida por cambios estructurales —susceptibles de caracterizar este tramo semisecular— advertibles en el sistema de comercio, en el tonelaje de la flota, en la composición de las mercancías, y hasta en las rutas, que incorporan nuevas escalas centroamericanas y regularmente derivan hacia los mercados algodoneros de Norteamérica. Así Alberto Quintana, entre 1868 y 1886, estudiando las entradas y salidas, la evolución del trigo, arroz, harina de trigo, legumbres y vino, concluye que se trata de una expansión y de una especialización agrícola de cara al comercio [61], que será una de las características del momento, como señalamos a continuación.

Las transformaciones de base y sus proyecciones mercantiles

El siglo XIX insular, en términos económico-comerciales, comenzó con las innovaciones que, en la producción y circulación de bienes de consumo, introdujo la coyuntura bélica de la guerra de independencia contra el francés (1809-14), al refugiar en la isla inmigrantes peninsulares procedentes de zonas ocupadas por las tropas napoleónicas, entre ellos, mercaderes catalanes.

Los principales cambios

Al aparecer una demanda ampliada de productos agrícolas e industriales, y encontrar una nueva mentalidad empresarial foránea, producen cambios importantes: en las formas productivas, en nuevas vías

[60] *Vid.* G. Mora Ferragut, «Comentarios a la evolución...», comunicación citada (*XIII Congrés d'Història de la Corona d'Aragó*), 1990, p. 198.

[61] A. Quintana, *art. cit.* en *Mayurca*, IX (1972), pp. 139-153.

de financiación, en la renovación de la balanza tradicional. Esta renovación de la balanza —la balanza que cubría las endémicamente deficitarias cosechas de granos, con los excedentes de aceite, aguardiente, sal (en Ibiza) [62], aunque «el comercio de la sal (ibicenca) con América del Sur lo hacían casi siempre grandes veleros italianos» [63], etc.— se iba a conseguir mediante transferencia de zonas insulares (constreñidas a la trilogía de productos mediterráneos), hacia la explotación de productos comercializables y especialización capitalista (almendra, vino, cáñamo, algodón, etc.), todo lo cual representa una variación y modernización en la capacidad productiva de Mallorca [64].

La misma especialización registran los datos investigados sobre Ibiza y Formentera entre 1880-84 y 1905-1909, mostrando en efecto, que se abandonaron cultivos de subsistencia (cereales) para incrementar los de exportación (almendras, sal, tejidos de algodón), lo que estaba indicando —aparte de la modernización económica— la paulatina integración de las Pitiusas en el mercado nacional [65].

La repercusión de estos cambios de fondo se deja ver en distintos componentes y volúmenes del comercio transoceánico.

El crecimiento de la flota mercante y del comercio colonial

Dicho lo anterior, añadamos en primer lugar, que el influjo se proyecta en el progresivo —aunque retardado— resurgimiento de la flota propia.

[62] *Vid.* la relación de «grandes veleros», que de todas partes de mundo llegaban a Ibiza para cargar la sal, confeccionada por E. Fajarnes Cardona: «Agosto de 1886. El bricbarca italiano *Argonauta* toma 950 toneladas de sal para América del Sur; febrero de 1897, la barca italiana *Caterina Accame* sale con un cargamento de sal rumbo a Buenos Aires; marzo de 1900, la barca italiana *Laura* carga sal para Buenos Aries; marzo de 1900 el bergantin italiano *San Antonio* sale hacia Buenos Aires con la cla llena de sal ibicenca... Febrero de 1916, entra el barco norteamericano de cinco palos *Dorothy Palmer*, matrícula de Boston...», *vid.* del citado autor, *Lo que Ibiza me inspiró*, Ibiza, 1985, páginas 213-14.

[63] Fajarmes Cardona, *op. cit.*, p. 214.

[64] *Vid.* Mora Ferragut, comunicación *cit.* en *XIII Congr. ist. Cor. d'Ar.*, p. 196.

[65] J. C. Cirer i Costa, *op. cit.*, 1986, *Vid.* también el prólogo escrito por C. Sudria, página 8.

En 1802 la flota mercante mallorquina estaba compuesta por 171 naves. «Solament tres o quatre reunien condicions per a viatges transatlàntics a Amèrica o Filipines» [66]. Además, cabe recordar que las guerras angloespañolas de comienzos del siglo XIX habían representado «importantes bajas a la flota mercante balear y más concretamente de los buques de mayor porte». Aparte del consiguiente colapso derivado del bloqueo británico, sólo se disponía de hecho de naves de tipo medio (jabeques, laudes, de entre 4 y 50 toneladas), propias de tareas pesqueras y de cabotaje. Sin embargo, las aludidas y generales transformaciones de base, impulsaron pronto el aumento del tonelaje aplicado al tráfico americano, según muestra el cuadro siguiente: [67]

Años	Tonelaje
1813-17	1.673,4
1818-22	1.875,0
1823-27	1.177,0
1828-32	2.208,0
1833-37	3.294,8
1838-42	6.189,0
1843-45	14.732,6

Este aumento se definió a finales de los años 20 y está directamente relacionado, lógicamente, con el progresivo equipamiento industrial insular, pero también con la victoria inglesa de Navarino (1827) sobre los turcos y egipcios, y la conquista de Argel por Francia (1830), todo lo cual acaba con la piratería y el corsarismo mediterráneo [68]. El aumento seguirá hasta bien entrada la segunda mitad de la centuria. Así, los 23 buques de carrera —con una media de 70 toneladas— que constituían la flota mercante mallorquina en 1830, pasarán a 60 —y de un porte medio de 169 toneladas— en 1854, y entre 1855 y 1870 continuará aumentanto el número de barcos y su tonelaje hasta colocar la marina mallorquina entre las primeras regionales del país [69].

[66] P. Xamena, *Historia de Mallorca*, Mallorca, Moll, 2.ª edición, 1984, p. 316.

[67] Mora Ferragut, *ibidem*, p. 196.

[68] *Vid.* P. Xamena, *op. cit.*, 1984, p. 316.

[69] Mora Ferragut, *ibidem*, p. 199; *vid.* J. Pou Muntaner, *La marina de vela de las Baleares*, Palma, 1970.

Lo mismo se registra en las islas menores del archipiélago. Ibiza, con sus numerosas atarazanas (o «drassanas») [70], tenía una tradición constructora relativamente importante, como probó Antonio Costa Ramón en sus investigaciones sobre los archivos de protocolos locales [71]. En un clásico informe sobre la construcción naval baleárica del siglo XIX [72] consta que en Ibiza, ya a principios de la centuria «se construían corbetas para la carrera de América», y los estudiosos de la construcción naval ibicenca [73] relacionan el incremento que se da sobre todo a lo largo de la primera mitad del siglo XIX: en 1824, el falucho *San Juan*; en 1828, el falucho *San José*; en 1829, construcción de la goleta *La Intrépida*; en 1834, la fragata *Wallis* de 412 toneladas que capitaneada por el ibicenco Llorenç Costa, hizo su primer viaje a Nueva York [74]; en 1840, el jabeque *San Juan*, de 40 toneladas; en 1841, el falucho *San Agustín*; en 1851, la polacra *La Catalana* de 151 toneladas; en 1855, la bricbarca *Venus* de 419 toneladas; en 1860 la corbeta *Josefa* de tres palos, mandada por el capitán José Tur Pavía (el *capità Cerials*) cuyo primer viaje fue el Perú.... [75]

Estas transformaciones de base se harán perceptibles lógicamente, por de pronto, en el paralelo aumento del volumen total del comercio con Hispanoamérica. En 1837 salieron de Mallorca hacia América 38

[70] En Ibiza, por ejemplo, «Sa drassana» —de la plazoleta que aún lleva este nombre— la del «Racó d'es moll», de «Sa Riba», de «Baix d'Es Molins», de «S'Illa Plana», de «Sa Canal», etc. *Vid.* Pere Vilas i Gil, *op. cit.* que las relaciona.

[71] A. Costa Ramón, «Construcción naval ibicenca», en *Ibiza*, núms. 1 (marzo, 1944), 12 (mayo, 1945), 23 (enero-febr., 1947). Anteriormente a estos artículos, el autor había publicado una noticia sobre «Actividad del Astillero de Ibiza en el siglo XVIII», en *Diario de Ibiza* (6 de agosto de 1943) que I. Macabich reprodujo en su *Historia de Ibiza*, tomo III, pp. 105-110.

[72] C. Álvaro Zaforteza. «Informe sobre construcción naval en Baleares a mediados del siglo XIX» (se trata del «Informe de don Ramón Trujillo y Celani sobre la construcción naval en Baleares y Cataluña a mediados del siglo XIX») en *BSAL*, núm. 42 (1986), pp. 119-29.

[73] A. Costa Ramón, en *arts. cits.*; J. Llabres Bernal, *Apuntes para la Historia marítima de Ibiza*, Palma de Mallorca, 1958 (vid. pp. 176 y ss.; 237 y ss. etc.), y P. Vilas i Gil, *Notes per a la història marítima d'Eivissa i Formentera*, Eivissa, Inst. d'Est. Eivissencs, 1989 que sintetiza información al respecto.

[74] *Vid.* Vilas i Gil, *op. cit.*, p. 40.

[75] *Vid.* una relación completa de la construcción naval ibicenca del siglo XIX con lo investigado al respecto por Costa Ramón, completado con otros datos, en P. Vilas i Gil, *op. cit.*, pp. 68-92.

veleros [76]. Mora Ferragut ha puntualizado que, si en 1830 el volumen absoluto de carga disponible para las travesías transoceánicas en buques de 40 toneladas era de 1.642 toneladas, en 1854, en buques de más de 80 toneladas era de 10.377, en el año 1856 había pasado a 28.324 toneladas, y aún crecería hasta el máximo alcanzado «en torno a 1867» [77]. El crecimiento era tan ostensible que Isabel II, por Real Decreto de 17 de diciembre de 1851 declaró el tráfico del puerto de Palma «de interés general», lo que implicaba una serie de ventajas fiscales.

A mediados de la centuria la matrícula mallorquina registraba 506 veleros dedicados al comercio, «de los cuales un centenar era superior a las 100 toneladas y alguno llegaba a las 800, y viajaban hasta América, la India y Filipinas», aparte de cuatro pequeños vapores «que hacían la travesía Palma, Barcelona, Valencia» [78]

No será necesario insistir que a su vez, los cambios indicados se proyectaban también en el volumen de los productos insulares comercializados en Ultramar. He aquí, sobre una muestra sexenal, el cuadro de la evolución de los porcentajes anuales de las seis principales mercancías transportadas hacia América [79]:

Años	Aguardiente	Almendras	Almendrón	Aceite-mesa	Vinos	Jabón Duro
1824	72,86	3,21	2,23	6,73	4,48	3,10
1825	80,40	0,00	0,04	3,07	4,81	0.00
1826	91,86	3,13	1,92	0,00	0,00	0,00
1827	No hubo embarques					
1828	6,04	7,56	7,80	37,43	7,90	18,92

Si, para percibir el relieve global de la presencia de estos indicados seis productos, hacemos la media anual, nos encontramos que representan el 90,52 % del comercio con América, frente a la media del conjunto de las otras mercancías transportadas que es del 9,47 %. [80].

[76] P. Xamena, *op. cit.*, p. 316.

[77] Mora Ferragut, «Aproximación...», *cit.*, p. 125.

[78] P. Xamena, *op. cit.*, p. 316.

[79] Mora Ferragut, *comunicación cit.*, cuadro núm 1, p. 200.

[80] Cálculos igualmente basados en datos de Mora Ferragut, en la comunicación citada, p. 200.

Un aumento considerable de la actividad mercantil se registra simultáneamente en las islas menores. El estudio de Joan Carles Cirer i Costa para Ibiza muestra las transformaciones implicadas en el abandono de la agricultura de subsistencia por los cultivos de exportación [81].

Cambios en la composición de los contingentes

Lo que acabamos de tabular subraya el clásico rasgo, sin embargo, del comercio balear con América: su dependencia de la agricultura isleña [82]. Pero ello da pie para registrar, no obstante, que otro más de los cambios y rasgos definidores del comercio con Ultramar a partir de mediados del siglo XIX es el hecho de que se fueran incorporando paulatinamente «considerables partidas de productos industriales, tales como tejidos de todas clases (entrando en directa competencia con Cataluña), así como los jabones, aceites de almendra y curtidos varios» [83] y, por lo tanto, que variara la tradicional composición de los contingentes comercializados. Aunque se mantendrá la exportación de productos agrícolas, se verá figurar, junto al aguardiente, por ejemplo, la presencia de curtidos, jabones y telas [84] en mayor proporción que antes.

[81] J. C. Cirer i Costa, *1790-1920. Demografía i comerç d'Eivissa i Formentera* Eivisa, I.E.E., 1986 registra entre 1880-1905 que el comercio pitiuso se ha triplicado, a causa de que se abandonaban los cultivos de subsistencia (cereales) y aumentaban los de exportación (almendras, sal, tejidos de algodón). *Vid.* pp. 64-107 donde se relacionan las exportaciones y las importaciones pp. 64-83.

[82] *Vid.* E. Grau y E. Tello, «Anàlisis de la producció agrària mallorquina en els seus dos sectors fonamentals», en *Randa*, núm. 18 (1985).

[83] Mora Ferragut, «Aproximación al estudio del pensamiento capitalista de Mallorca...», *cit.*, p. 125.

[84] M. Deya, «Introducción a la tipología de las actividades textiles rurales de Mallorca durante la segunda mitad del siglo XVIII, *Estudis d'Història Econòmica*, 1987-1; del mismo, «Algunes notas per a l'estudi de la indústria rural a Mallorca a les darries del segle XVIII», *Papers de Sa Torre* (Manacor), núm. 2 (1987).

Las nuevas rutas norteamericanas

En un estadillo anterior, se han detectado algunos puertos de Norteamérica entre los destinos de las exportaciones mallorquinas a Ultramar. Si la geografía normal del comercio balear en el Nuevo Mundo ha sido la trazada en un 85 %, por las rutas antillanas (en Cuba: Habana, Matanzas, Trinidad, Santiago, Cienfuegos...; en Puerto Rico: San Juan, Mayagüez...) y el resto, por los circuitos sudamericanos (Montevideo, Río de Janeiro, Buenos Aires), acontece que desde 1840, se detecta un primer viaje a Nueva Orleans [85].

Ello significa, no sólo una multiplicación de rutas baleárico-americanas, sino también una diversificación de la relación mercantil y la composición de las mercancías comercializadas. En el primer sentido, comienzan a aparecer escalas en puertos centroamericanos y, en el otro sentido, representa «los comienzos de los retornos con algodones y materias primas para los textiles, que tanto éxito hubieron de obtener entre 1845 y 1870». Se desarrolló así

> un comercio de escalas entre Centroamérica y las principales ciudades algodoneras de Norteamérica, de modo que se iría convirtiendo en paulatinamente normal encontrar registros de entrada en el puerto de Palma (para los buques de carrera) encabezados por ciudades tales como la misma New Orleans o cualquier otro centro algodonero... De modo que la segunda mitad del siglo XIX vió surgir un importante comercio atlántico al que habían puesto base las nuevas ideas y prácticas iniciadas en la mitad anterior de aquel siglo» [86].

No son ajenas a estas nuevas singladuras norteamericanas las naves y mercaderes de las islas menores. En relación con Ibiza, y con los datos publicados por Juan Llabrés Bernal [87], podemos reseñar viajes a Norteamérica a partir de la segunda mitad del siglo XIX: los de José Tur i Prats en el bergantin barca *Anita* a Nueva Orleans; o Manuel Pujol i Planas que en 1858 llevaba la derrota del pailebot *Marieta* (de

[85] Mora Ferragut, *XIII Congr. Hist. Cor. d'Ar.*, comunicación citada, p. 199.

[86] Mora Ferragut, *ibidem*, pp. 199-200.

[87] Juan Llabres Bernal, *Apuntes para la Historia marítima de Ibiza*, Palma, 1958, pp. 218 y ss.

la matrícula de Ibiza, L.ª 1.ª, fol. 15) en viajes a Norteamérica [88]; aparte de los buques y pilotos ibicencos que iban a Filipinas: Manuel Verdera Ferragut en el bergantín-goleta *Liberal*, en 1858, o Félix Torres Bufí, capitán de la Marina Mercante en 1890 que «navegó en buques extranjeros por el archipiélago filipino» y que moriría en circunstancias trágicas mandando el vapor *Betis* del que se dijo «que fue siniestrado por su tripulación... en Mindanao y asesinado su capitán...» [89]

Asociacionismo mercantil, Compañías, buques y patrones

Los datos que llevamos indicados resultaban de inexcusable registro en cuanto expresivos de la realidad de la relación económico-comercial de nuestro archipiélago con América. Pero, tal como es obligado exponerlos, tienen el peligro de deshumanizar aquella relación, si no se recuerda justamente que llevan el contrapunto de una serie de hechos de naturaleza social, de carácter humano y personal, se realizan a través de profesiones o de ciertas funciones individuales, involucran concretos nombres y apellidos, en suma, de hechos que devuelvan a nuestro panorama de alguna forma, el temblor de humanidad que latía detrás de aquellos seculares procesos y empeños históricos.

Y en este sentido, cabe al menos citar los fenómenos asociativos a que dio lugar la referida actividad de intercambio, los nombres de algunos empresarios, o de los capitanes que pilotaban las naves que esforzadamente atravesaban los océanos para llevar a cabo su propia vida, el servicio a la sociedad y la realización de las expectativas de legítimos beneficios.

Compañías mercantiles

En el marco cronológico en que nos movemos, la primera formalización del asociacionismo mercantil, derivada de la actividad co-

[88] Llabres, *op. cit.*, p. 221.
[89] *Ibidem.*, *op. cit.*, p. 221.

mercial, fue la ilustrada Compañía de Comercio Mallorquina [90], cuyo primer proyecto de creación se perfila alrededor de la preocupación de la Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País por acabar con la postración comercial de la isla, y a raíz del informe de 1779 de los munícipes palmesanos para tratar de relanzar la actividad del puerto de Ciutat de Mallorca, especialmente para remediar las escasas conexiones con las Indias, con cuya relación económica se prometían todos el inmediato florecimiento material:

> compañía —decía el informe— sin privilegio exclusivo... en que debieran entrar todos los pueblos con proporción de sus bienes y en que se admitieran las acciones de particulares en dinero o con frutos comerciables. Con este arbitrio se pondrían en movimiento y circulación los caudales ociosos, se lograría la extracción de frutos y artefactos, se excitaría el espíritu de comercio y se haría accesible a todos de modo que pudiera formarse una nación comerciante. [91]

Ahora bien, aunque la Compañía tenía importantes mercaderes entre sus accionistas [92], y aunque su creación estaba animada de entusiásticos objetivos —su manifiesto inicial de 1787 revelaba un idealismo excesivo sobre las posibilidades isleñas—, no iban a ser aquellos accionistas quienes tradujeran en hechos empíricos los teóricos entusiasmos de la asociación: apenas se puso en funcionamiento y, por lo mismo, carecería de brillante y duradero futuro (1784-1802). Por otro lado, al utópico optimismo originario, se le unieron diversas circunstancias desfavorables: la crítica coyuntura colonial de 1787 [93], derivada de la saturación del mercado americano de ciertos productos como aguardientes, aceite, vinos, etc., que eran los que la isla podía comerciar) [94], y el

[90] I. Moll, «La Compañía de Comercio Mallorquina (1784-1802)» en *BSAL*, núm. 830-31 (1979), p. 329-48.

[91] Fragmento citado por Manera, *Comerç i capital mercantil...*, 1988, p. 189.

[92] Figuraban con paquetes de ocho acciones y una participación de 400 libras mallorquinas una quincena de comerciantes mallorquines (los Aguiló, Barbaron Canut, Cortés, Dussuell y Casa de Billón, Forteza, Già, Guitart, Marcel, Ribera). *Vid.* I. Moll, *art. cit.*

[93] L. Alonso Álvarez, *Comercio colonial y crisis del Antiguo Régimen en Galicia (1778-1818)*, La Coruña, 1986.

[94] Manera, *op. cit.*, p. 199.

propio hecho de la Pragmática de Libre Comercio, que había creado un marco legal generalizado e inmediato de relación directa, sin intermediarios institucionales con Ultramar. Serían los comerciantes pragmáticos —los Capó, Serra, Feliu, Pujol, etc.— con sus empresas familiares y que ya realizaban sus tráficos con América, los que representarían la realidad y el futuro de la relación comercial con Ultramar.

Sin embargo, alrededor de tales impulsos comerciales fueron surgiendo otros fenómenos asociacionistas. Cuajaron por ejemplo, en la aparición de modernas Compañías navieras, que producirían el paso de la navegación velera a los buques de tracción mecánica, cuya historia ha trazado Juan Pou Muntaner [95].

Si el primer «vapor» llegado al puerto de Palma en 1834 —el *Rey don Jaime*, conocido por el nombre de *El Balear* a causa de hacer la travesía Barcelona-Palma seis veces al mes (empleaban 15 horas en el trayecto)— era propiedad de una compañía catalana [96], inmediatamente después, en 1837, fue ya una Compañía mallorquina la que adquirió un «vapor» que llamó *El Mallorquín*, destinado a cubrir la línea regular de frecuencia semanal entre Palma y Barcelona. En 1855 se fundaría la Empresa Mallorquina de Vapores que, además de adquirir el citado *El Mallorquín* y otro vapor llamado *El Barcelonés*, ordenó en Londres la construcción del *Rey Jaime II* [97].

En 1870 aparecieron dos nuevas Compañías: la Sociedad Transatlántica Mallorquina que puso en servicio el *Argos* para la navegación transoceánica, de 65 m. de eslora, 9 de manga y 5,15 de puntal, el cual se hacía a la mar, al mando del capitán Juan Vidal, camino de las Antillas en marzo de 1871. Compañía [98] que no tardó en fracasar. Cabe mencionar también la Empresa Marítima a Vapor, continuando un proceso asociacionista al que se unió en 1879 La Isleña, Empresa Marítima a Vapor, las cuales, inicialmente rivales, acabarían uniéndose en 1891 en la Isleña Marítima. Todavía antes de terminar el siglo, en 1898, se formaba en Palma la naviera llamada Unión Comercial, compañía de navegación a vapor, con lo que quedaba configurado el panorama

[95] J. Pou Muntaner, «La Marina de Mallorca» en *Historia de Mallorca*, coord. por Mascaró Pasarius, tomo VI, 1978, pp. 207-344.

[96] Pou Muntaner, *op. cit.*, VI, pp. 238-40.

[97] *Vid.*, P. Xamena, *op. cit.*, p. 317.

[98] Pou, Muntaner, *op. cit.*, p. 253.

de las principales sociedades marítimocomerciales de vapor de las islas [99].

Naves, patrones y empresarios

La investigación de las fuentes mercantiles ha permitido a los estudiosos de la historia del comercio colonial isleño exhumar una amplia nómina de «barcos cuadro» («bergantines, galetas, polacras, pailebotes, queches, corbetas, muchos de arqueo inferior a 70 toneladas, pero que constituían un hogar y un trozo de patria» [100]), los cuales cubrieron las rutas americanas hacia la Habana, Matanzas, Puerto Rico, La Guayra, Guayaquil, Montevideo, Buenos Aires... Servían a pequeñas compañías «de 8 a 10 individus propietaris de la nau i de les mercaderies, que es repartien els guanys en proporció del capital aportat» [101].

Estas naves —construidas generalmente por los "*mestres d'aixa*» [102], en las riberas de nuestras costas [103]— sus propietarios, sus patrones, la tripulación... constituyen los medios y los hombres cuyo esfuerzo siempre abnegado, a veces heroico, confieren a la relación económica su cálida dimensión de humanidad. En su exiguo habitáculo marinero conduciendo mercancías y capitales, arrostran la larga e incierta travesía oceánica, capeando tantas veces furiosos temporales que se cobran vidas o arruinan familias.

[99] Xamena, *ibidem.*, p. 318.

[100] J. Santaner Mari, *Historia del arrabal de Santa Catalina*, Mallorca, 1967, p. 79.

[101] P. Xamena, *op. cit.*, 1984, p. 317.

[102] *Vid.* la entrañable evocación de estos profesionales de nuestros astilleros en E. Fajarnes Cardona, *op. cit.*, p. 147-48; y los datos que sobre los «mestres d'aixa» ibicencos y su labor constructora en las «drasssanes» ibicencas, recoge P. Vilas i Gil, en *Notes per a la història marítima d'Eivissa i Formentera*, Eivissa, Inst. d'Est. Eivissencs, 1989, pp. 15 y ss. (donde cita la continuación actual del oficio en estirpes como los Guardiola, Manyans, Raspalls, etc.).

[103] *Vid.* la citada *Historia del arrabal de Santa Catalina*, de J. Santander (Mallorca, 1967). E. Fajarnes Tur, en una descripción de la costa ibicenca inmediata a la ciudad se refiere a la llamada *Punta de sa Corbeta*, «así denominado por haberse construido allí, a mediados del siglo XIX, por encargo de una casa malagueña, la corbeta "Josefa" que rindió su primer viaje a Lima al mando del capitán don José Tur (*Capità Cerials*)»: *vid.* el citado párrafo en el libro de su nieto, E. Fajarnes Cardona, *Lo que Ibiza me inspiró*, Ibiza, 1985, p. 125.

Patrones, capitanes o maestres, formados habitualmente en la práctica diaria de las singladuras marinas y, desde principios del siglo XIX, a veces en la Escuela de Náutica (instalada en el Consulado de Mar, del Paseo de Sagrera), agregada en 1854 al Instituto Balear lo que obligaba a examinarse en Barcelona o Cartagena [104], como hizo Felipe Bauzá según registramos en otro lugar de esta obra.

Se trata de una larga teoría de patrones, capitanes, maestres [105], como los Jaume Capó (jabeque *Virgen del Buen Camino*, de 320 toneladas rumbo a la Habana en 1782), Francesc Buznego (jabeque *Virgen de los Dolores* ruta cubana en 1783), Claudi Guitar (jabeque *Santo Cristo de Santa Cruz* camino hacia San Juan), Francesc Capó (fragata *La Unión*, de 300 toneladas navegando a la Habana en 1786), Cristófol Amengual (bergantín *Virgen del Carmen* hacia Puerto Rico en 1786), Joan Santandreu (bergantín *Nuestra Señora de Rosario* en 1788), Gabriel Serra (propietario y capitán del bergantín *La Sagrada Familia*, rumbo a la Habana en 1790), Joan Mayol (en la polacra *La Concepción* de sólo 40 toneladas camino de La Guaira en 1804), Gerònim Matas (jabeque *Nuestra Señora del Carmen*, rumbo a Veracruz en 1805) y... así un largo desfile secular de marinos (Alberti, Alemany, Bataller, Bauçà, Berga, Bosch, Coll, Flexes, Llabrés, Nadal, Oliver, Palmer, Pieras, Pujol, Roca, Seguí, Sorà, Suau, Valent, Vallés [106])... Ponían proa a los puertos americanos en sus naves (modernizadas progresivamente con las nuevas técnicas náuticas —como le ocurrió al bergantín-goleta «Beatriz», de 180 toneladas, construido en 1873— al que en 1909 se le «acopló un motor de 60 caballos, quedando así transformado en el primer velero mallorquín a hélice» [107].

Los nombres de los empresarios que con sus caudales, sus recursos materiales y sus familias, supieron organizar los contactos, asumieron el riesgo y la fortuna de aquella relación mercantil transoceánica, han ido saliendo en ocasiones a lo largo del precedente relato aunque su contribución personal merecería una historia específica: son los Benet Capó Puigserver, los Gabriel Serra, los Billón, Amorós, Alemán, Ferragut, Bosch, Coll, Frontera, Servera, etcétera. [108].

[104] J. Santander, *op. cit.*, p. 79.

[105] Así la nómina relacionada por Manera, *art. cit.*, del *BSAL*, cuadro 2, páginas 259 y ss.

[106] Citados alfabéticamente por J. Santaner Mari, en *op. cit.*, pp. 78 y ss.

[107] *Vid.* J. Santander, *op. cit.*, p. 84.

[108] *Vid.* Manera, *art. cit.*, en *BSAL*, 1988, pp. 259 y ss.

Las islas menores en la carrera de Indias

Las islas menores —Menorca, Ibiza— conocieron fenómenos similares al mallorquín, aunque a escala correlativa a su extensión e importancia económica. Aparte de lo apuntado al calor de los apartados precedentes, cabe añadir algunos más específicos.

Con relación a Ibiza, el ilustre visitante de la isla, el Archiduque Luis Salvador de Austria, apuntaba a mediados del siglo XIX, como se adelantó antes, que «el puerto... es visitado por pocos barcos, dado el escaso tráfico comercial con la isla» y apuntaba las entradas y salidas de barcos nacionales y extranjeros, ciertamente no considerables [109]. Pero no obstante esta opinión, los datos conocidos actualmente procedentes de investigaciones recientes presentan un panorama menos pesimista.

Así por de pronto, la construcción naval ibicenca —más arriba indicada— se compagina mal con una atonía como la implícita en la frase anteriormente citada. Y las noticias sobre pilotos que hacían directamente la carrera de Indias, y los circuitos americanos servidos desde las islas menores prueban una temprana relación comercial. El piloto Antoni Pavía i Tur, nacido en el arrabal de La Marina de Ibiza en 1772 —que cursó estudios de náutica— era ya en 1803 piloto segundo de la «carrera de América» y en 1813 tenía hechos «dos viajes a América» con fragatas, bergantines y polacras de su propiedad [110]. Entre los marinos ibicencos que entre 1813 y 1817 hacían trayectos trasatlánticos figuraban Andrés Coll, con la polacra *Virgen de la Esperanza* de 100 toneladas [111]; la «carrera de Montevideo» la hacía Llorenç Salvadó Fàbregas capitán de la polacra-goleta *Maria Antonia* (de la matrícula de Ibiza, Lista 1.ª, folio 96); en 1829 el bergantín *Siete Hermanas* («uno de los mejores buques ibicencos para la navegación trasatlántica» [112]), capitaneado por Francisco Sorá, salía rumbo a Cuba. De la misma manera que Antoni Colomar Torres de Miquel, capitaneando la polacra *Santa Isabel* y el queche *Tres hermanos*, ambos de la matrícula ibicenca,

[109] Archiduque Luis Salvador de Austria, *Las Baleares. Las antiguas Pitiusas*, edición de «Sa Nostra», Palma de Mallorca, 1982, p. 134.

[110] J. Llabres Bernal, *Apuntes para la Historia marítima de Ibiza*, Palma, 1958, p. 120.

[111] J. Llabres Bernal *op. cit.*, 1958, p. 197.

[112] J. Llabres Bernal *op. cit.*, 1958, p. 190.

entre 1836 y 1838 navegaban regularmente a Ultramar; el mismo buque *Tres hermanos* mandaba el piloto 2.º Josep Pascual Marí en viajes a las Antillas; Juan Prats i Marí, «segundo piloto del comercio desde 1837, dió quince viajes redondos a la Habana» [113] y continuas expediciones a Cuba y Puerto Rico hacía Juan Torres Calvet en el pailebote *Catalina* entre 1842 a 1852 [114]. En la segunda mitad del siglo XIX parece incluso aumentar la relación comercial con América al que se añade la ruta filipina, hecha por el piloto Manuel Verdera Ferragut en 1858 en el bergantín-goleta de su propiedad llamado *Liberal.* Además de continuar los viajes a las Antillas, los pilotos y las naves ibicencas diversifican sus singladuras hacia puertos norteamericanos, como lo hizo Manuel Pujol i Planas de Tomás que en 1858 llevaba el pailebot *Marieta* o José Tur i Pavia que en 1855 hizo numerosos viajes a Nueva Orleans en el bergantín-barca *Anita* [115]. Cabe hacer una nueva mención especial del antes citado Juan Prats i Marí: capitán del bergantín llamado *Ibicenco,* fue graduado de alférez de fragata en 1855, mandó la corbeta *Venus* en navegaciones a Nueva Orleans, siendo condecorado con la cruz de la Orden de Carlos III

> de la que fue cruzado caballero en Málaga por el obispo de aquella diócesis el 27 de octubre de igual año. Construyó en Ibiza en 1858 la polacra-goleta *Rosalía* (fol. 97, L.ª 1.ª) con la que siguió el tráfico con Norteamérica [116].

De la misma manera Ibiza, conoció el auge del asociacionismo mercantil y la renovación de la flota insular, al amparo de la expansión comercial antes indicada, que la isla registra especialmente a partir de 1880-1884.

Por ejemplo, los hermanos Juan e Ignacio Wallis i Llobet, «miembros de una familia de comerciantes malteses establecidos en Ibiza» habían formado la «Sociedad Mercantil J. e I. Wallis y Compañía» y, a mediados de julio de 1886 adquirían en Londres «un vapor todavía en astillero», cuya posterior llegada al puerto de la isla para servir la línea

[113] J. Llabres Bernal *op. cit.*, p. 230.
[114] J. Llabres Bernal *op. cit.*, p. 219-20.
[115] J. Llabres Bernal *op. cit.*, p. 221.
[116] J. Llabres Bernal *op. cit.*, p. 230.

regular Ibiza-Barcelona, constituyó un acontecimiento social, festejado públicamente y recogido por las crónicas locales y los medios de comunicación isleños. Enrique Fajarnés Cardona, en ceñidas y coloristas notas [117], recogió el acontecimiento; este primer buque a vapor –llamado *Niny* y mandado por el capitán ibicenco José Escandell–

> entró en la bahía, enarbolando la bandera española y la marítima de Ibiza. El público que presenció la llegada desde distintos puntos, se congregó en la *Riba*; muchas embarcaciones salieron a recibir el buque.

Los barcos del puerto, se empavesaron en aquella ocasión y muchas personas subieron a bordo para felicitar a los armadores, que les obsequiaron con «dulces, vinos y licores». Posteriormente, a bordo del *Niny* se celebró el banquete oficial:

> aves asadas, jamón Westphalia, salmón sancha anchoas, lenguas escarlata, campressed beef, foi gras, salsichas alemanas trufadas. Entremeses. Dulces, vinos Madera, Rhin, Jerez, Champagne, Oporto. Café, finos licores [118].

El comercio ultramarino, antecedente de la relación humana contemporánea

Completando las dimensiones humanas que hemos tratado de conferir a las páginas precedentes, cabe subrayar que el despliegue comercial Baleares-América sintetizado hasta aquí, tiene para el historiador, una significación adicional y supraempírica: el de haber creado una tradición de contacto, una geografía de relaciones, y un conocimiento de las posibilidades económicas de las tierras de Ultramar que, llegadas las dificultades de la explosión demográfica contemporánea y las crisis coyunturales de los siglos XIX y XX, serán en buena medida las que explicarán el sentido americano que tuvo la emigración masiva ba-

[117] E. Fajarnes Cardona, *Lo que Ibiza me inspiró*, Ibiza, 1985, pp. 106-107.

[118] Faranes Cardona, *op. cit.*, transcribe esta minuta de un impreso de la época, *vid.*, p. 107.

lear hacia las Américas, la relación biológica de la historia reciente establecida entre nuestro archipiélago y las tierras transoceánicas.

Por ello era preciso poner su estudio por delante, y ahora resulta posible emprender la exposición de uno de los concretos efectos que tuvo el comercio: la determinación, en gran parte, del sentido americano adoptado por la riada emigratoria balear de los siglos XIX y XX.

III

LA RELACIÓN BIOLÓGICA: EMIGRACIÓN Y CRIOLLISMO BALEÁRICO EN ULTRAMAR

Tras el análisis de la relación comercial de nuestras islas con las posesiones ultramarinas españolas y con las subsiguientes repúblicas hispanoamericanas independientes, la lógica del discurso histórico impone el estudio de la relación biológica implicada en las emigraciones contemporáneas a América, tan directamente sugeridas y suscitadas, en parte, por los previos contactos económicos que había entablado el archipiélago con las tierras transoceánicas.

Y en este momento cabe tener presente que, por la circunstancia de que unos entrañables pedazos del antiguo imperio ultramarino español —islas caribeñas y filipinas— continuaran unidos a la Madre Patria hasta 1898, se mantuvieron abiertos cauces tradicionales de la relación española, que como veremos, nuestros antecesores siguieron utilizando, en efecto. Por otro lado, porque una serie de circunstancias históricas —entre ellas la revolución demográfica, los procesos de industrialización, aparecidos en el Viejo Mundo desde el siglo XVIII y generalizados en el XIX— liberaron un potencial humano, base de la gran corriente emigratoria contemporánea, que vio en Ultramar, aún después de la pérdida política de aquellas posesiones españolas últimas, su esperanza de mejora y encontró allí su lógico asentamiento.

Acontece, en fin, que de aquel movimiento emigratorio balear al otro lado del Atlántico, resultó el enraizamiento de no pocos linajes isleños en las tierras transoceánicas, algunos de cuyos vástagos con nombres y apellidos insulares, han dado lustre contemporáneo y, en cualquier caso, han aportado su esfuerzo a la construcción de las actuales naciones americanas: son los que llamaremos y estudiaremos como los «criollos baleáricos».

La corriente emigratoria contemporánea

El generalizado aumento de la población del Viejo Mundo en el siglo XVIII, aumento ligado a una coyuntura expansiva secular (hecha de mejoras en la alimentación europea —gracias a la patata y al maíz llegados de América y aclimatados en Europa—, de descubrimientos médicos —como la vacuna—, de una creciente producción industrializada de bienes de consumo, y hecha de mejoras en la higiene...) [1], dio lugar a un fenómeno que, por sus proporciones, ha podido calificarse de «explosión demográfica» [2]. En efecto, como consecuencia de la caída de la mortalidad —sobre todo infantil— de una mayor esperanza de vida, de unas altas tasas de natalidad tradicionales, de la desaparición de los llamados «techos malthusianos» —responsables de las periódicas «mortalidades de crisis» [3] que mantenían unas poblaciones estables [4]—, el Viejo Mundo conoció un sostenido crecimiento de su potencial biológico [5], que pronto, ni pudo ser absorbido por la industrialización

[1] M. Morineau, «Révolution agricole, révolution alimentaire, révolution démographique», en *Anales de Démographie Historique*, 1974, pp. 335-71.

[2] Sobre la explosión demográfica contemporánea y la consecuente corriente emigratoria, existe extensa bibliografía disponible. Puede recurrirse a M. Reinhard, y otros, *Historia de la población mundial*, Barcelona, Ariel, 1966; R. Mols, *Introducción à la démographie historique des villes d'Europe du XIV au XVIII* siècle, Lovaina, 1954-56; C. M. Cipolla, *Historia económica de la población mundial*, Barcelona, Crítica, 1979; W. F. Wilson, *International migrations*, Nueva York, 1929; W. D. Borrie, *Historia y estructura de la población mundial*, Madrid, Istmo, 1972; P. I. Singer, *Dinámica de la población y desarrollo*, México, Siglo XXI, 2.ª edic., 1976; J. Nadal, *La población española (Siglos XVI a XX)*, Barcelona, 5.ª edic. rev. y aumentada, 1984.

[3] Sobre la mortalidad de crisis de tipo antiguo y las crisis de mortalidad, *vid.* H. Charbonneau y A. Larose (eds.), *Les grand mortalités: étude méthodologique des crisis démographiques du passé*, Lieja, 1979; F. Lebrun, «Les crises démographiques en France au XVII et XVIII siècles», en *Annales E. S. C.*, 35 (1980), p. 205-34; M. Livi-Bacci, *La societé italienne devant les crises de mortalité*, Florencia, 1978; V. Pérez Moreda, *Las crisis de mortalidad en la España interior*, Madrid, Siglo XXI, 1980; W. H. Macneil, *Plagas y pueblos*, Madrid, Siglo XXI, 1984.

[4] Sobre el régimen demográfico antiguo, la tesis de las poblaciones estables y los cambios del siglo XVIII, *vid.* M. Livi-Bacci, «Fertility and Nuptiality, Changes in Spain from the late 18th to the early 20th Century», en *Population Studies*, XII, Londres, 1968, pp. 83-102 y 211-34; P. Romero de Solis, *La población española en los siglos XVIII y XIX*, Madrid, 1973; VV. AA., *España a finales del siglo XVIII*, Tarragona, 1982, *vid.* especialmente A. Eiras, «Problemas demográficos del siglo XVIII».

[5] M. W. Flinn, *British Population Growth 1700-1850*, Londres, 1970; VV. AA., *España a fines del siglo XVIII*, Tarragona, Edicions de l'Hemeroteca, 1982, ya citada.

coetánea, ni podía encontrar expectativas atrayentes en los niveles de vida que la vieja Europa estaba proporcionando. Todo lo cual se resolvió naturalmente, en una tendencia emigratoria de poblaciones europeas [6].

A este cuadro general explicativo de la explosión demográfica y del consiguiente fenómeno emigratorio, se unieron en cada país, o incluso en cada región, causas locales que peculiarizaban de forma propia aquellos procesos humanos. En cualquier caso, lo cierto es que, con unos u otros rasgos característicos, aquel conjunto de circunstancias provocó un éxodo que, desde alrededor de 1880 era ya masivo. Y aconteció que la salida de aquella incontenible presión demográfica adoptó una predominante y explicable dirección americana.

La emigración baleárica de los siglos XIX y XX

Este esbozo general de los fenómenos demográficos contemporáneos era necesario, porque constituye el marco de referencia para encuadrar los correlativos hechos de nuestro archipiélago, aunque éste presente sus peculiaridades y marcadas características locales [7], repercutidas luego en el volumen y en la cronología del propio fenómeno demográfico-emigratorio balear.

[6] Por lo que hace a España, *vid. Estadística de Emigración e Inmigración de España en los años 1882 a 1890*, Madrid, 1891; *Migración Española transoceánica, 1916-1940*, Madrid. En relación con el panorama general, W. F. Wilcox, *International Migrations*, Nueva York, 1929.

[7] Sobre la población baleárica de fines del Antiguo Régimen y sobre nuestras peculiaridades demográficas, disponemos ahora de un análisis completo: J. Juan Vidal, *El cens de Floridablanca a les Illes Balears. 1786-1787*, Mallorca, M. Font, 1989, en el que no sólo se ofrecen los datos de población absoluta de las islas, sino la densidad, estructura demográfica por edades, sexo, estado civil y actividades socio-profesionales. En las minuciosas tabulaciones y porcentuaciones que ofrece el autor, se pueden apreciar una serie de rasgos estructurales muy significativos: en primer lugar, que Baleares se alinea entre las áreas más densamente pobladas de España, al lado de Galicia, Vizcaya, etc.; en segundo término, que Mallorca supera en densidad a las demás islas (Pitiusas y, especialmente, supera a Menorca); en tercer lugar que, en términos de estructura socio-profesional, Mallorca se distingue por su dominante de servicios, Menorca por el componente manufacturero e Ibiza-Formentera por su predominante sector agrícola y menestral. Entrevista de J. García Marín al autor en *Última hora* («El cens de Floridablanca i Balears»), 13 de diciembre de 1989.

Las informaciones disponibles

La emigración baleárica a Ultramar en los siglos XIX y XX fue relativamente considerable, hasta el punto de que su contingente se ha podido considerar el tercero en el «ranking nacional». Ello no obstante, los estudios especializados y la información disponible no puede decirse que sean todavía proporcionales a esta importancia cuantitativa e histórico-social y por tanto, que dispongamos de todos los datos deseables.

Suministran información, claro está, las estadísticas de carácter nacional y global, aunque no siempre precisen las procedencias locales o insulares, como se desearía [8], y por lo tanto, son solo parcialmente eficaces. La información específicamente regional no abunda. El profesor Lleonard Muntaner, desde la Facultad de Letras de la Universidad de les Illes Balears, emprendió un trabajo sobre emigración a Cuba que está en vías de realización, pero no publicado, y existen algunas monografías o trabajos concretos que, lógicamente resultan de consulta imprescindible [9].

[8] Entre las fuentes de información deben consignarse los diversos informes publicados por el Ministerio de Fomento, Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio, *La emigración en Baleares y Canarias* (Dictamen de don Nicolás Díaz y Pérez, vocal de la comisión especial para proponer los medios de evitar la emigración), Madrid 1882; *Estadística de la Emigración e Inmigración de España en los años 1882 a 1890*, Madrid, 1891; *Migración Española Transoceánica, 1916-1940*, Madrid, 1964; M. González Rothvoos, «La emigración española a Iberoamérica», en *Rev. Intern. de Sociología*, 26-27 (1949); Nicolas Sánchez Albornoz, *Españoles hacia América: la emigración en masa, 1880-1930*, Madrid, 1988; Dirección General del Instituto Español de Emigración, *España fuera de España*, Madrid, 1988. Un cuadro divulgador de conjunto en C. Naranjo Orovio, *La emigración a Indias*, Cuadernos Historia 16, núm. 192, Madrid, 1990.

[9] Entre las monografías y los trabajos regionales más accesibles, E. Fajarnes Tur, *Emigración e inmigración en las Baleares*, Palma, Colomar, 1903; del mismo, *Desarrollo de la población ebusitana en los tres últimos siglos*, Mallorca, Colomar, 1928; V. M. Rosello Verger, *Las Islas Baleares. Mallorca, el Sur y Sureste*, Palma, Cám. Of. de Com. Ind. y Navegación, 1964; B. Barceló Pons, *Evolución reciente y estructura actual de la población de las Islas Baleares*, Madrid-Ibiza, Inst. d'Est. Eivissencs, CSIC, 1970; del mismo, *El segle XIX* a Mallorca, Palma, Obra Cultural Balear, 1964; del mismo, «L'emigració a les Illes Balears» en *Lluc. Les emigracions del balears d'antany*, núm. 750 (maig-juny, 1989), pp. 3-6, que constituye una compilación monográfica de artículos, lo mismo que hizo el Ajuntament de Palma con *Les emigracions. Quaderns «Cultura fi de segle»*, Palma, 1989, cuyos materiales y autores iremos citando y utilizando a medida de las exigencias expositivas.

Con tales materiales es posible ensayar una exposición de conjunto, obviamente referida aquí sólo a América y Filipinas, aunque los datos de emigración balear en las indicadas fuentes de información comprenden también, claro está, la emigración a Argel, Francia, y otras partes de Europa, cuya estimación lógicamente hay que desglosar y dejar aquí sin cabida. Cabría desear la generalización de las informaciones procedentes de «fuentes orales» de la emigración, como las que está utilizando Lleonard Muntaner o las transcritas por Damià Ferrá-Ponç [10], Antoni Ordines Garau [11], Antonia Vicens [12] en cuanto ofrecen estampas cálidas de la realidad emigratoria.

La estructura cronológica del proceso emigratorio

Los estudiosos especializados han distinguido tres etapas en la evolución demográfica insular del siglo XIX [13]: la anterior a 1870, la de la década 1870-80 y la finisecular hasta 1900; periodización claro está, determinada sobre los movimientos en las tasas de natalidad (aumentadas hasta situarse alrededor del 31,90 por mil) correlativas, además, a una caída de la mortalidad (que alcanzó a descender hasta el 24,80 por mil), parámetros típicos del crecimiento natural antiguo, luego condi-

Una clasificación de las fuentes para la historia de la emigración y una relación de las disponibles en S. Serra Busquets, «L'Emigració mallorquina: una perspectiva histórica» en el citado núm. de *Lluc*, 750, pp. 37-47; el mismo S. Serra, «La emigració mallorquina a América Llatina de començamente de segle fins als anys 30. El cas de l'Agentina», en *Quince anys del premi d'investigació Ciutat de Palma*, Palma, 1986; J. C. Cirer i Costa, *1790-1920. Demografia i comerç d'Eivissa i Formentera*, Eivissa, Inst. d'Est. Eiv. 1986.

[10] D. Ferrá-Ponç, «Veus del passat. Entrevista amo Joan Cànaves i Reus, "Portell"», en *Mallorca Socialista*, 50 (1983), pp. 4-5.

[11] A. Ordines Garau, «Conversa amb... un emigrant a Cuba», en *Sa Comuna*, 8 (1987).

[12] A. Vicens, «Bartolomé Capllonc. Un pollensín que reside con su esposa en Argentina» en *Última Hora*, 14 de septiembre de 1986.

[13] *Vid.* B. Barceló i Pons, *El segle XIX a Mallorca*, Palma, *cit.*, pp. 20 y ss.; del mismo «Evolución de la población de la isla de Mallorca por municipios», *Bolet. Of. de la Cám. de Com., Ind. y Naveg.*, núm. 637. Para la población de Menorca, J. Mascaro Pasarius (coord.), *Geografia e historia de Menorca*, t. II, Menorca 1980. Para la población de Ibiza-Formentera, *vid.* E. Fajarnes Tur, *Desarrollo de la población ebusitana en los tres últimos siglos*, Mallorca, Colomar, 1928; Joan Carles Cirer, *1790-1920. Demografia i comerç d'Eivissa i Formentera*, Eivissa, I. E. E., 1986.

cionados y matizados por diferentes factores históricos, económicos y coyunturales [14].

De la primera etapa, aunque no se tienen datos suficientes para un conocimiento riguroso en términos de emigración, se dispone de balances ya negativos de población que «reducen en dos quintas partes los aumentos que daba el crecimiento natural caracterizado por una alta natalidad y mortalidad propias del antiguo régimen» [15]. Se puede precisar, sin embargo, que entonces la emigración, acentuada desde 1835, se dirigió a Francia y Argelia principalmente, hasta el punto de que entre 1835 y 1849 la salida de menorquines hacia Argel «dejó la isla casi despoblada», de forma que si de los 100.000 españoles registrados allí se hace una distribución de frecuencias por su lugar de origen, 23.000 procedían de Baleares y de ellos 17.000 (es decir, el 73,9%) de Menorca [16].

[14] *Vid.* un resumen local mallorquín en Alzina-Blanes-Fiolle Seinne-Limongi-Vidal, *Historia de Mallorca*, Palma, (Ed. Moll. vol. VII, 1982, pp. 235-41).

[15] B. Barceló Pons, en *Lluc*, núm. 750, 1989, *cit.* p. 4. Veánse los datos de crecimiento natural demográfico de Ibiza y Fomentera en este primer tramo de la indicada periodización, según J. C. Cirer i Costa, *1790-1920. Demografia i comerç d'Eivissa i Formentera*, Eivissa, I. E. E., 1986, p. 12:

Años	Población	Índice
1790	14.614	100,0
1800	15.949	109,1
1810	16.417	112,3
1820	17.392	119,0
1830	19.195	131,3
1840	20.612	141,0
1850	22.834	156,2
1857	23.971	162,8
1860	23.942	160,7
1877	24.466	167,4
1887	24.544	167,9

[16] Barceló Pons, *art. cit.*, de *Lluc* p. 4. *Vid.* J. Mascaró Pasarius (coord.), *Geografia e Historia de Menorca*, t. II, Menorca, 1980.

Entre 1870 y 1880 se percibe un notable tirón expansivo en la demografía mallorquina, como en la de las islas menores [17]. Este crecimiento vegetativo tiene fuertes consecuencias emigratorias por su coincidencia con una coyuntura industrial regresiva, que no pudo absorber laboralmente los excedentes.

En la tercera de las etapas distinguidas —la finisecular de 1887-1900— aparte de que la industrialización insular (calzado, textiles, etc.) por sus modestas proporciones, siguió sin tener las capacidades de absorción laboral del crecimiento biológico [18], sobrevinieron circunstancias regionales que potenciaron coyunturalmente las necesidades emigratorias.

Ciertamente, nuestras islas —como todas las mediterráneas a causa de su naturaleza edafológica— han sido siempre mundos económicamente incompletos que han exigido buscar en el exterior las pertinentes complementariedades materiales; pero entonces a esta situación más o menos endémica —que hace del balear un natural y potencial emigrante— se añadió la crisis agrícola derivada de la filoxera que destruyó las cepas baleáricas, lo que hundió las exportaciones vinícolas, creó la crisis económica consiguiente, y suscitó en muchos la reacción emigratoria registrada por las estadísticas de aquellos años.

Economía y emigración balear

La patente relación entre causas de naturaleza económica y corriente emigratoria queda en nuestro caso manifiesta. Por de pronto, es un hecho establecido que en las comarcas isleñas en las que la propiedad agrícola está muy concentrada, las posibilidades personales o familiares de promoción social están muy coartadas, y es desde allí de donde salen los flujos emigratorios más regulares; por el contrario, en las regiones donde la propiedad está más repartida —así La Pobla y Muro— la población está más arraigada y la emigración es escasa.

[17] En la demografía ebusitana (Ibiza-Formentera) en este tramo cronológico se pasa del índice 160,7 al 167,9. *Vid.* J. C. Cirer, *op. cit.*, 1986, p. 12; la de Menorca, J. Mascaro Pasarius, *op. cit.*, t. II, Menorca, 1980.

[18] A. Salva Tomás, «La dinámica de la población de las Islas Baleares en el último tercio del siglo XIX», en *Trabajos de Geografía*, núm. 38, pp. 77-141.

Si de la consideración de estas bases estructurales explicativas, pasamos a otras causas económicas de emigración, nos encontramos, muy en primer lugar, con la fuerte incidencia de las tasas de desempleo y los bajos salarios agrícolas, situados entre las 2,25 pesetas (Sineu), 3,50 (Pollensa, Santa Margalida, etc.) o 4 (Felanitx, Manacor, Inca, Artá...) [19]. Aunque también operan causas económico-psicológicas, como las generales de promoción personal y anhelos de mejora de posición social.

El descenso demográfico ligado a la citada situación y crisis económica se ha precisado cuantitativamente, sobre todo, en Mallorca para la que se ha cifrado el incremento negativo medio anual en el —0,23 por mil, para el período que va de 1887 a 1900. La población mallorquina pasó de 249.008 habitantes que tenía en 1887 a los 244.322 que presentaba diez años después [20]; la general de las islas se redujo de los 312.593 que tenía en 1887 a los 306.926 que se contabilizaban en 1897. Crisis demográfica en suma, detectable en todas las islas, pero en la de Mallorca es donde se observa el saldo negativo mayor (21.674 personas), y es Menorca la que más disminuye (el 9,03 por mil de tasa media anual) en cifras relativas [21].

En relación con la corriente emigratoria suscitada por la coyuntura depresiva finisecular, Barceló Pons, después de recordar [22] que, por índice emigratorio, Baleares figura en tercer lugar dentro de las provincias españolas, señala especialmente dos etapas emigratorias, situadas en 1889 y 1895, y traza un ilustrativo cuadro de conjunto sobre los fundamentos económicos indicados al escribir:

> Devers 1889 hi ha una crisi agrícola que determina una primera emigració massiva. La mala situació del petit propietari agrícola carregat d'impostos, la miseria del jornaler al servei dels grands propietaris, fa

[19] Datos citados en Serra Busquets, *art. cit.*, p. 72.

[20] *Vid.* el t. VII de la *cit. Historia de Mallorca*, Palma, Moll, 1982, p. 241. En resumen, en términos demográfico-emigratorios, se ha calculado que en Mallorca a fines del siglo XIX la baja de los índices de natalidad llegaba a situarse en el 25 por mil, y la tasa de mortalidad en un 21,80 por mil, lo que se unía a un contingente emigratorio con una media anual de 2.177 personas (alrededor de un 7 por mil) que, a su vez, coincidía con el reclutamiento militar de jóvenes baleáricos a raíz de las guerras coloniales de 1898, agravador de la demografía del archipiélago.

[21] Barceló Pons, *art. cit.* de *Lluc*, p. 4, col. 2.ª.

[22] *Vid.* Barceló Pons, *El segle XIX a Mallorca*, *cit.*, pp. 29-30.

> que aquesta gent cerqui alliberar-se, fugir de la terra que els esclavitza i abandonar als senyors l'explotació de les finques. Amb aquestas circunstàncies arriban a Mallorca contractistes de mà d'obra per a Argentina i Xile, els quals, predicant una terra de promissió, enrrolaren una grand quantitat de gent i donaren llóc a un èxode inusitat. Els petits propietaris malvengueren les seves terres... Pollença i Manacor són els municipis que més pateixen, ja que allà era on els contractistes intensificaren més la campanya... Entre 1890 i 1895 la crisi vinícola i la de la indústria textil i del calçat provocaren una emigració... [23].

que, en gran parte esta vez se dirigió más bien a Argelia, por lo cual obviamente interesa aquí menos hacerse especial eco de la misma [24].

Para el siglo XIX, el cuadro de conjunto que ofrece el saldo emigratorio en las islas es el siguiente (tasas medias anuales, por mil) [25]:

Años	Mallorca	Menorca	Ibiza-F.	Baleares
1860-70	–	–	–	– 7.729
1877-87	– 743	2.065	– 1.730	– 408
1887-900	– 21.674	– 4.496	– 2.017	– 28.187

En la década final decimonónica el espectacular saldo negativo se debe al hundimiento de la producción y el comercio de vinos ligado, primero, al nuevo arancel francés de 1891 y después, a la pérdida del mercado colonial a raíz de la independencia de Cuba y Filipinas, y al hecho de que a la crisis agraria se uniera la industrial (con cierre de fábricas textiles) y la propiamente demográfica con la recluta de soldados para las citadas guerras coloniales [26].

[23] Barceló Pons, *op. cit.*, p. 30. Texto recuadrado en la citada *Hist. de Mallorca*, p. 240.

[24] El interesado en esta obra dirección emigratoria, puede referirse a M. L. Dubon Pretus, «Una emigració singular: la dels menorquins a Algèria a la primera meitat del segle XIX», en *Lluc*, núm. 750, maig-juny 1989, pp. 12-15.

[25] Fuente; Barceló Pons, *art. cit.* de *Lluc*, p. 4 (cuadro estadístico).

[26] *Vid.* a este respecto el artículo de A. Marimón Riutort, «Una emigració forçada: els soldats illencs enviats a Cuba durant la guerra hispano-cubana-americana de 1895-1898», en *Lluc*, núm. 750 (maig-juny 1989), pp. 19-22. El autor —que prepara una investigación sobre *Las repercusiones de la Guerra de Cuba y de las Filipinas en las Islas Baleares*—

Compilando datos estadísticos relativos a nuestros emigrantes baleáricos hacia América-Filipinas, puede confeccionarse el siguiente y expresivo prospecto estadístico [27]:

Años	Emigrantes	Destino	Número	%
1891-95	2.662	Argentina	261	9,80
		Brasil	85	3,19
		Uruguay	65	2,44
		Colombia	5	0,18
		México	40	1,50
		Cuba	1.455	54,65
		Puerto Rico	646	24,26
		Filipinas	101	3,79

Si pasamos ahora a referirnos al siglo xx, la estructura cronológica de la emigración balear en esta centuria está dividida en dos grandes tramos separados por el llamado «gran cambio» de 1960, en que se invierte el sentido, y a partir del cual el archipiélago se convierte en un polo de desarrollo turístico que atrae la inmigración foránea y no sólo la estacional turística.

Resumiendo datos y tendencias, puede apuntarse: 1) el primer decenio del siglo (1900-1910) se caracteriza por presentar un saldo migratorio negativo (12.603 personas), más pronunciado en Mallorca y en Ibiza; 2) el siguiente tramo decenal (1910-20) conoce una sensible contracción de la riada emigratoria (ahora es sólo de 6.818 personas), a causa del impacto de la Gran Guerra, etapa en la que Argentina se convierte en el principal país receptor de emigrantes baleáricos; 3) a partir de 1920-30 los saldos migratorios se convierten en positivos para el archipiélago en general, pero siguen siendo negativos para Menorca [28]; 4) en los años 1930-40 los saldos positivos caracterizan a todas las islas, pero en ellos los más elevados corresponden a Mallorca e Ibiza y, en general, se deben a una euforia económica coyuntural

cita que en 1886, de los 487 soldados reclutados en la zona militar de Palma, 59 (es decir, el 12,11 %) fueron destinados a Ultramar —Cuba, Puerto Rico y Filipinas— y de los 425 soldados reclutados en la zona de Inca, 51 (es decir el 12 %), fueron enviados a las colonias (*Vid.* nota 28, p. 22, col. 2.ª).

[27] Fuente, *Estadística de Emigración e Inmigración de España. 1891-1895*, citada.

[28] Seguimos los datos expuestos por Barceló Pon; *Vid.* el *art. cit.* de *Lluc* pp. 5-6.

coincidente con el regreso de emigrantes a causa de la crisis general del año 29; 5) la década 1940-50 —precedida del final de la contienda civil española— presenta perfiles atípicos debidos a la guerra interior y a la Segunda Guerra Mundial, y en conjunto el archipiélago presenta un saldo emigratorio negativo de 4.418 personas, especialmente sensible en Menorca e Ibiza; 6) los años 1950-60, las dos islas mencionadas continúan en regresión biológica, aunque el conjunto del archipiélago resulta positivo; 7) el año 1960 y hasta la actualidad, representa «el gran cambio» [29] a consecuencia de que el «boom» turístico de las isla cambió la tendencia y el archipiélago en general; pero sobre todo Mallorca e Ibiza que se convirtieron en centros activísimos receptores de inmigrantes [30].

He aquí el cuadro estadístico de las tasas medias anuales (por mil) [31]:

Años	Mallorca	Menorca	Ibiza-F.	Baleares
1900-10	−4,59	2,96	−8,30	−3,95
1910-20	−0,52	−6,14	−11,00	−2,05
1920-30	2,37	−6,91	3,94	1,40
1930-40	8,63	0,57	8,59	7,75
1940-50	0,09	−8,27	−3,22	−1,07
1950-60	1,92	−3,34	−4,46	0,85
1960-70	10,75	3,79	11,08	10,13
1970-81	12,59	6,26	21,39	12,83
1981-86	2,08	3,08	6,38	2,59

[29] Un detallado estudio cuantitativo socio-laboral y cultural del fenómeno en M. A. Carbonero y P. A. Salva i Tomás, «Aspectes geogràfics de la inmigració a les Balears», en *Les migracions. Quaders Cultura fi de segle*, Ajuntament de Palma, 1989, pp. 105-124.

[30] Sobre los problemas derivados de esta inmigración *vid.* M. Alenyar i Fuster, «Economia, Llengua i inmigració a les Balears», en *Les emigracions. Quaderns Cultura fi de segle*, Ajuntament de Palma, (pp. 19-36). El autor proporciona las cifras de inmigración en Baleares por quinquenios entre 1961 y 1986, con una media anual de 7.950 inmigrantes y con contingentes quinquenales que van de los 30.868 inmigrantes en el quinquenio 1961-65 a los 49.380 del quinquenio 1981-86 (*vid.* p. 25).

[31] Tomado de Barceló Pons, *art. cit.*, p. 5 cuadro estadístico de la columna 1.ª.

El problema de las procedencias locales: una tabulación porcentual representativa

Si de las estimaciones cuantitativas del contingente y de los saldos emigratorios, pasamos a las deseables distribuciones interiores de la corriente por sus procedencias locales, y en relación con el flujo emigratorio balear hacia América y Filipinas —que es nuestro específico objetivo—, cabe comenzar puntualizando que los estudios disponibles no han producido un conocimiento panorámico general de la cuestión.

En monografías amplias como la de Nicolás Sanchez Albornoz [32], no encontramos un capítulo específico para los emigrantes baleáricos; sólo advertimos una referencia cuantificada en relación con Puerto Rico, donde, entre 1885-86, se registran 101 emigrantes baleares, que representan el 6,3 % de los de la isla antillana. Tampoco desde nuestro archipiélago se han prodigado los estudios particulares e insulares en la deseable línea monográfica del trabajo del profesor Sebastià Serra Busquets relativo a Argentina [33]; si existieran otros parecidos, podríamos obtener un cuadro completo mediante las correspondientes adiciones; al no ser así, no queda por ahora otro camino, pues, que tomar los datos disponibles —como los citados de Serra Busquets relativos a Argentina— a modo de representación simbólica, y tratar de operar sobre ellos las agrupaciones y cálculos estadístico-matemáticos que mejor pudieran dar idea de lo que pudo ser el panorama de conjunto de la corriente emigratoria balear general hacia América.

Comencemos por ofrecer una muestra de aportaciones globales de las distintas islas a la corriente emigratoria americana en los momentos en los que se dispone de cuantificaciones representativas [34].

[32] N. Sánchez Albornoz, *España hacia América. La emigración en masa. 1880-1930*, Madrid, Alianza América, 1988.

[33] S. Serra Busquets, «L'emigració mallorquina a Amèrica Llatina de començamentes de segle fins els anys 30. El cas de l'Argentina», en *Quinze anys dels Premis d'Investigació «Ciutat de Palma» (1970-1984)*, Palma, Ajuntament, 1985, pp. 61-85. *Vid.* del mismo autor su «L'emigració mallorquina: una perspectiva histórica», en *Les emigracions. Quaderns Cultura fi de segle*, Ajuntament de Palma, 1989, pp. 37-47.

[34] Las cifras provienen de J. Garcias Moll (ed.), *Guía de Baleáricos residentes en la República Argentina*, Buenos Aires, 1918. *Cit.* Serra Busquets *op. cit.*, p. 73, nota 59. Una y otra fuente de información se perfeccionan aquí para el lector añadiéndoles, por nuestra parte, el cálculo porcentual de cada partida.

He aquí una primera tabulación estadística:

Año	Origen emigrantes	Número	%
1918	Mallorca	2.890	62,55
	Menorca	229	4,96
	Ibiza	196	4,24
	Formentera	1	0,02
	Indeterminado	1.304	28,23
	TOTALES	4.620	100,00
1929	Mallorca	3.843	89,81
	Menorca	152	3,55
	Ibiza	196	4,58
	Formentera	1	0,02
	Indeterminado	109	2,55
	TOTALES	4.279	100,00

Establecidos estos globales órdenes de magnitud (y simbólicos, porque sólo se refieren a la emigración balear a Argentina), es posible ahora ofrecer un desglose de los contigentes por localidades de origen, incluso respecto de las distintas islas del archipiélago. Por otro lado, como resulta conveniente contemplar las cifras en términos dinámicos de movimiento emigratorio, vamos a dar los datos de dos momentos cronológicos de la emigración y a medir porcentualmente el diferencial que presentan. El cuadro resultante es el siguiente:

MALLORCA

Localidad	Año 1918	Año 1929	Variación %
Alaró	119	112	− 5,88
Alcudia	63	90	+ 30,00
Algaida	26	25	− 4,00
Andraitx	44	27	− 38,64
Artà	66	102	+ 35,29
Banaylbufar	1	0	− 100,00
Biniali	1	3	+ 200,00
Binissalem	13	16	+ 23,08
Búger	14	5	− 64,29
Bunyola	11	14	+ 27,27
Calvià	0	3	+ 300,00
Caimari	32	62	+ 93,75

MALLORCA *(Continuación)*

Localidad	Año 1918	Año 1929	Variación %
Campanet	21	75	+ 257,14
Campos	43	50	+ 16,28
Capdepera	21	24	+ 14,29
Consell	6	10	+ 66,67
Deià	1	1	00,00
Felanitx	261	386	+ 47,89
Inca	39	52	+ 33,33
Lloret	6	32	+ 433,33
Loseta	6	9	+ 50,00
Llubí	15	39	+ 160,00
Llucmajor	92	143	+ 22,83
Manacor	296	540	+ 82,43
Marratxí	14	22	+ 57,14
María	91	51	− 43,96
Montuiri	21	20	− 4,76
Muro	91	124	+ 36,26
Palma	574	416	− 27,53
Petra	56	51	− 7,14
Sa Pobla	42	53	+ 26,19
Pollença	273	416	+ 89,01
Porreres	53	76	+ 43,40
Puigpunyent	5	1	− 80,00
Sancelles	27	30	+ 11,11
Santanyí	68	142	+ 108,82
San Joan	24	44	+ 83,33
Sant Llorenç	45	60	+ 33,33
Sta. Eugènia	14	6	− 57,14
Sta. Margalida	130	145	+ 11,54
Sta. María	14	15	+ 7,14
Selva	7	13	+ 85,71
Sineu	77	177	+ 129,87
Sóller	9	9	00,00
Son Servera	50	105	+ 110,00
Valldemosa	2	2	00,00
Vilafranca	3	6	+ 100,00

MENORCA

Localidad	Año 1918	Año 1929	Variación %
Alaior	32	23	− 28,13
Es Castell	11	7	− 36,36
Ciutadella	150	95	− 36,67
Mao	25	26	+ 4,00
Mercadal	7	1	− 85,71

IBIZA-FORMENTERA

Localidad	Año 1918	Año 1929	Variación %
Eivissa	61	77	+ 26,23
Formentera	1	1	00,00
Sant Antoni	9	9	00,00
Sant Agustí	2	18	+ 800,00
San Carles	12	2	− 83,33
Sant Jordi	15	5	− 66,66
Sant Josep	23	12	− 47,82
Sant Joan	6	4	− 33,33
Sant Miquel	11	20	+ 81,81
Sant Rafel	1	5	+ 400,00
Sta. Agnès	2	3	+ 50,00
Sta. Eulàlia	42	3	− 92,85
Sta. Gertrudis	6	13	+ 116,66

Con la precedente tabulación, que en alguna medida permite percibir volúmenes emigratorios por localidades y el sentido y grado de sus respectivas variaciones en un momento dado, el lector dispone de una cierta base cuantitativa susceptible de permitirle diversas y fáciles consideraciones históricas, a la medida de sus perspectivas personales o de los eventuales intereses de sentido localista.

Las precedentes tabulaciones podrían aún completarse con la específica consideración de la emigración del clero diocesano mallorquín a América. El doctor Juan Roselló Lliteras, director del Archivo Diocesano de Mallorca, en un recientísimo estudio sobre la aportación diocesana mallorquina a la acción pastoral en América durante los siglos XIX-XX [35], ha confeccionado una relación nominal alfabética de los clérigos diocesanos trasladados a Ultramar. Totaliza 154 nombres, es relación acompañada de rasgos biográficos y circunstancias personales de los emigrados; pues bien, tomando los datos de procedencia local y sometiéndolos a una distribución de frecuencias, acontece que se obtienen precisiones en alguna medida significativas y curiosas. He aquí la tabulación por orden decreciente confeccionada por nosotros a par-

[35] J. Roselló LLiteras, «Aportación del clero diocesano en la evangelización de América. Siglos XIX-XX», en J. García Marín (coord.), *Mallorca y América. Del predescubrimiento hasta el siglo XX*, Ajuntament de Palma-Inst. de Coop. Iberoam., Miramar Edics. Palma-Madrid, 1990.

tir de los lugares originarios del clero diocesano trasladado a América, con expresión porcentual de su aportación emigratoria:

PROCEDENCIA	%
Felanitx	14,29
Palma	13,00
Manacor	9,74
Petra	4,55
Sóller, Inca, Santanyí	3,90
Pollença, Porreres, Llucmajor, Montuiri, Sineu	3,25
Alaró, Binissalem, Randa, Santa María	2,60
Selva, Capdepera, Sa Pobla, Lloseta	2,00
Ciutadella, San Joan, Estallenchs, Costitx	1,30
Eivissa, Esporles, Andraitx, Selva, Banyalbufar, Ses Salines, Biniamar, Sta. Margarita, Algaida, Son Servera	0,65

Sin duda, algunas interesantes deducciones cabe extraer de los señalados porcentajes, si se relaciona la aportación diocesana a la emigración a América y la respectiva población de los lugares de procedencia del clero emigrado.

Geografía americana de la emigración balear

Con los datos disponibles sólo puede trazarse muy a grandes rasgos el mapa de los asentamientos transoceánicos del emigrante balear. Mapa esquemático en efecto, porque difícilmente podrían representarse las intensidades, es decir, el emplazamiento de los baleáricos en términos de fiables distribuciones de frecuencia. Solo cabe decir que las tendencias más marcadas son, por un lado e inicialmente, la emigración a Cuba, Puerto Rico y Filipinas en cuanto territorios más tiempo españoles. Las estadísticas de finales del siglo XIX, antes manejadas, han mostrado que en términos generales, el 55 % se dirigía a Cuba [36], el 25 % a Puerto Rico y el 4 % a Filipinas, y que en relación con el resto de América era Argentina la que seguía en importancia. Tendencias y porcentajes que pronto se modifican, al persuadirse las nuevas repúblicas que «gobernar es poblar» y, con objeto de fomentar la emigración requerida, comienzan a producir una frondosa legislación emigratoria [37]. De esta suerte, se matiza el panorama geográfico de la emigración balear en América a partir de la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del XX. Aparece constituido por las repúblicas sudamericanas, especialmente Argentina (Buenos Aires, Córdoba –donde dominan los menorquines– Rosario, Mendoza, Tucumán, La Plata...), Venezuela, Colombia, Perú y Chile.

Como ilustración del progresivo aumento de la riada emigratoria hacia Iberoamérica, pueden recordarse aquí las cifras de emigrantes españoles a Argentina recogidas por González Rothvoos [38]: si en el decenio de 1860-70 se habían contabilizado 2.262 emigrantes, entre 1870-80 habían pasado a 4.452, en el decenio siguiente a 15.876, y en las dos primeras décadas del siglo XX se habían situado entre los 58 y los 62.000.

[36] *Vid.* R. M. Calafat i Vila, «100 anys démigració andritxola a Cuba», en *Lluc*, núm. 750, mayo-junio 1989, pp. 7-11.

[37] Así la Constitución Argentina de 1853 contenía ya preceptos de política poblacionista que fueron desarrollados después en normas y reglamentos diversos: por ejemplo, el Reglamento de desembarco de emigrantes (de 4 de marzo de 1880), la llamada Ley del Hogar (de 1884) o la Ley de Residencia (de 22 de noviembre de 1902).

[38] M. González Rothvoos, «La emigración española a Iberoamérica», en *Rev. Internacional de Sociología*, 26-27 (1949).

Ciertamente, los volúmenes emigratorios estuvieron muy afectados, tanto por las guerras coloniales de fines del siglo XIX, como por la contienda europea de 1914-18, como por las propias crisis internas de las repúblicas ultramarinas recipiendarias. Por ejemplo, la República Argentina, alrededor de 1930, llega a reducir las ventajas de la emigración por razones económicas y sociales, al igual que ocurre en otros países, y por ello las estadísticas del momento registran un movimiento a la baja. Si los emigrados a América en 1930 fueron 6.742 personas —la mayoría trasladadas a Argentina— los repatriados aquel mismo año fueron 31.669 saldo que, sin embargo, cambia en los años subsiguientes [39]. De aquí que no quepa sino imaginarse la corriente emigratoria con fluctuaciones muy significativas a lo largo del tramo cronológico considerado [40].

[39] *Vid.* González Rothvoos, *art. cit.*, pp. 190 y ss.

[40] En la citada *Migración Española Transoceánica. 1916-1940*, se dan las siguientes cifras:

Años	Total	Años	Total
1916	62.247	1929	50.212
1917	43.051	1930	41.560
1918	20.168	1931	14.560
1919	69.472	1932	10.152
1920	150.566	1933	6.742
1921	62.479	1934	15.655
1922	63.512	1935	16.961
1923	93.246	1936	
1924	86.920	1937	
1925	55.544	1938	
1926	45.183	1939	559
1927	43.860	1940	2.605
1928	48.555		
		Total	1.004.001

La captación, las actividades laborales y las condiciones de vida del emigrante

Junto a los perfiles cuantitativos del fenómeno emigratorio balear que anteceden, no faltan los datos de carácter cualitativo —desde las normas administrativas oficiales, a la literatura popular que versificaba las distintas situaciones del emigrante— sobre la partida, la ocupación laboral y la vida en los países de emigración.

En primer lugar, cabe subrayar la inicial oposición oficial de las autoridades españolas a la emigración. El Ministerio de Fomento y su Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio redactan informes intentando cortar la sangría emigratoria [41]. En parte, esta oposición se fundamentaba en la propaganda engañosa que hacían los «agentes de la emigración», pintando ilusorios paraísos y «dorados» ideales, panoramas de igualitarismo social, etc.:

> «A sa nació Argentina
> no hi ha fueros personals
> sino que tots son iguals
> .....
> Sa gent tota està ocupada
> cada hu en es seu art
> per això prospera tant
> tota persona emigrada» [42].

La crisis económica real de las islas y los señuelos de una rápida fortuna, en la realidad llevaban a muchos a malvender propiedades, a embarcar a veces en condiciones penosísimas de viaje que les llevaban a desembarcar en países de acogida sin organizar, que no ofrecían garantías laborales ni soluciones a los problemas más primarios e inmediatos de alojamiento, etcétera.

La realidad era que la riada emigratoria balear hacia los países ultramarinos padeció por lo general, todos los rigores y los dolores propios del desarraigo exigido por la idea de construirse una vida nueva en lejanos ambientes desconocidos, a veces propicios, pero general-

[41] Así los dictámentes redactados «por el Excmo. Sr. D. Nicolás Díaz y Pérez, vocal de la Comisión para proponer los medios de evitar la emigración», Madrid, 1882.

[42] *Cit.* por Serra Busquets, *op. cit.*, p. 62.

mente llenos de frustraciones y sólo conquistados con abnegaciones y sacrificios heroicos.

La literatura popular de la época, la prensa periódica del momento —nacida al calor de las necesidades de información del emigrante, y a la que aludiremos después en cuanto representa una actividad intelectual de nuestros emigrados y una fuente primerísima de conocimiento de la vida ultramarina—, los epistolarios de la época, etc., ilustran por activa o por pasiva la dureza de las condiciones que generalmente hubieron de experimentar los emigrados [43].

Por de pronto, las actividades económicas que hubieron de desarrollar fueron —en buena medida— del grupo de las mecánicas, de menor remuneración y más baja estima social: labradores, jornaleros, albañiles, mecánicos, panaderos, camareros, electricistas, carpinteros, servicio doméstico, dependientes de comercio...

Como una representación de la estructura socio-profesional de nuestros emigrantes, los datos globales calculados por el ibicenco Enrique Fajarnés Tur [44] para 1894 permiten el siguiente reparto:

Año	Emigrantes	Hom.	%	Muj.	%	Actividad	%
1894	308	262	85	46	15	Agricultura	52,6
						Comercio y transportes	18,4
						Industria	16,7
						Servicios	2,9

De ahí que no siempre quienes habían salido de su tierra en busca de fortuna se toparan fácilmente con ella, de forma que en ocasiones, algunos incluso consideraron preferible repatriarse a seguir trabajando en la actividad económica que ejercían en Ultramar.

Bien es verdad, también, que hubo quienes, más afortunados o más dotados para la lucha de la vida, alcanzaron a labrarse una posi-

[43] *Vid.* la entrevista a un emigrante hecha por B. Llinas Ferra, «Un esporlerí a l'Havana dels anys vint», en *Lluc*, núm. 750 (mayo-junio 1989), pp. 23-25.

[44] Fuente, E. Fajarnes Tur. *Emigración e Inmigración en Baleares*, Palma, Colomarr, 1903.

ción desahogada de propietarios, etc., que se manifestaba en la creación de importantes empresas industriales, mercantiles o financieras y les llevaba a arraigar en esas segundas patrias económicas. En este sentido, han quedado en las fuentes de información de la época nombres como el pollensín Pere Cerà Estaràs, que hizo fortuna con la venta de calzado; el felanitxer Miquel Montserrat, propietario del «Banco Monserrat Limitado», o Jaime Cifre propietario de la «Espiga de Oro», una panadería que le produjo una fortuna personal y un prestigio profesional, etcétera. [45]

En cualquier caso y a juzgar por los datos de la época y de la lectura de la prensa de la emigración, parece que mantuvieron viva una conciencia de origen balear y de identidad que les llevaba, en cuanto les era posible, a visitar su hogar de nacimiento, o a transmitir aquella conciencia a sus segundas generaciones nacidas y establecidas ya en América.

La prensa de la emigración

Hemos aludido repetidamente a la aparición de una prensa nacida al calor de los emigrantes. Debió haberla en los distintos países de acogida, pero conocemos lógicamente mejor la que nació en la Argentina por ser el país del que disponemos del correspondiente y citado estudio de la emigración balear. Nos interesa aludir a ella por los plurales motivos de ser, por un lado, testimonio palpitante de información histórica sobre el fenómeno emigratorio y sobre la vida del emigrante balear; por otro, por el hecho de que funciona como enlace entre el país de origen y el de acogida y, en fin, a causa de que relaciona entre sí los componentes del grupo balear emigrado y, con ello, contribuye a preservar la citada conciencia e identidad originarias. Cabe precisar, además que esta función relacional la ejercieron tambien las «guías» de emigrantes, como la editada por José Garcías Moll [46], al publicar la nómina de baleáricos residentes.

[45] Citados por Serra Busquets, *art. cit.*, p. 77.

[46] J. Garcías Moll (ed.), *Guía de Baleáricos residentes en la República Argenteina*, Buenos Aires, 1918; *Vid.* E. Vincenti, *Estudio sobre la emigración. Guías especiales del emigrante español en América y Argelia*, Madrid, 1918.

Los mismos títulos escogidos como cabeceras de aquella prensa ya resumen las indicadas funciones socio-históricas que ejercieron aquellos periódicos. *El Mallorquín* (subtitulado *Semanario noticioso de intereses de Baleares,* fundado por el propio Garcías Moll en 1904), *El Felanigense*, *El Balear* (aparecido en 1907); *El Pollensín* (que era vehículo de relación entre la localidad mallorquina en la que se publicaba, y los pollensines emigrados); *L'Oranella* (fundada en 1916 como «órgano de la Colectividad pollensina en la Argentina», luego transformado en periódico quincenal en 1920 como información «de les Balears i Catalunya»); *La Roqueta* (nacida en 1911 como publicación quincenal); *L'Almoina* (aparecida en 1922 como continuadora de *L'Oranella*, con frecuencia quincenal y con la finalidad de ofrecer «Arte, Literatura e Información»); *El Menorquín* (creado en 1919 como «órgano de los hijos de Menorca residentes en el Plata»)...

Todas estas publicaciones periódicas tienen, por de pronto, un cierto aire nostálgico de lo que se ha dejado atrás. Mantenían el fuego sagrado de las propias esencias baleáricas, entre otros propósitos informativos, dando cabida en sus páginas a colaboraciones de figuras relevantes de la política, la literatura, el ensayo o la poesía de las islas: Costa i Llobera, Miquel dels Sants Oliver, Alcover, Joan Bauçà Grua, Gabriel Alomar, Mateu Cladera Palmer, etcétera.

El asociacionismo del emigrante balear

Este es un aspecto del fenómeno emigratorio que requeriría la pertinente investigación monográfica, pero que aún sin ella, es hecho perceptible y del que existen manifestaciones históricas significativas. Lo cual lleva a poder decir que si en las islas la solidaridad interior se diría que presenta amplios márgenes para poder mejorar, la emigración parece haber estimulado la espontánea propensión a privilegiar socialmente los lazos de naturaleza, y ello explicaría los fenómenos de asociacionismo balear registrados en América, como los consignados por Serra Busquets relativos a los emigrantes de la Argentina [47].

[47] *Vid. art. cit.*, pp. 78 y ss.

En Buenos Aires, a convocatoria del periódico *El Mallorquín*, se constituía en agosto de 1905 en «Centro Balear» cuyas finalidades fundacionales y proclamadas era ser una sociedad de socorros mutuos, recreativa y cultural. El éxito de la convocatoria y de la idea se percibe a través de estos escuetos, pero significativos datos:

SOCIOS

Años	Activos	Cooperadores	Menores de edad	TOTAL
1905				84
1910				588
1928	586	33	21	640
1929	656	514	19	1.188

Las primeras actividades del «Centro Balear de Buenos Aires» fueron la asistencia médica y la asesoría jurídica. Pronto se le añadieron una masa coral, una biblioteca y una sección de enseñanza. Las relaciones de paisanaje balear entre mallorquines, menorquines e ibicencos se fomentaban mediante cenas, bailes y representaciones teatrales [48].

Aunque fuera difícil contentar a todos los socios —y en la prensa de la época se consignan datos de crítica a la gestión de las ejecutivas del Centro por falta de operatividad— el «Centro Balear» de Buenos Aires tuvo imitaciones, como el similar que se creó en La Plata.

En 1914 funcionaba ya el «Centro Filantrópico Pollensín» también en el propio Buenos Aires, fenómeno asociacionista que si después de lo dicho y en principio, parece desmentir por su localismo la amplitud solidaria del espíritu balear, hay que decir, en su descargo que le justificaban sus específicas y concretas metas políticas que eran «dar un fuerte empuje a las ideas redentoras y progresistas», como comentaba el periódico *El Pollensín* del día 15 de enero de 1915, a raíz de haber mandado el Centro Filantrópico la cantidad de 250 pesetas al ayuntamiento de Pollensa como aguinaldo navideño para los pobres de la localidad mallorquina.

La propia robustez política de los entusiasmos redentores y progresistas del «Centro Filantrópico» de Buenos Aires se evidenció relati-

[48] Datos consignados por Serra Busquets, *art. cit.*, p. 78.

va, si atendemos al hecho de que dos años después de fundada la asociación se disolvió [49].

Un cuadro cualitativo de conjunto

Los apartados que anteceden han ofrecido algunas precisiones cuantitativas de la relación biológica Baleares-América a través del fenómeno emigratorio contemporáneo. Pero, como ocurre siempre, las tabulaciones son tan precisas como frías y muchas veces, historiográficamente inexpresivas. De ahí que, al final, se eche de menos una visión cualitativa capaz de transmitir las dimensiones sociales y familiares, el temblor humano que sacudía interiormente aquel proceso emigratorio.

Como cabal remedio de esta necesidad apelamos ahora, sin modificarlas, a unas cálidas e impresionistas páginas del escritor Enrique Fajarnés Cardona sobre «los emigrantes», porque su validez desborda el marco local ibicenco al que se refieren [50], para proporcionarnos la hondura humana del fenómeno, ilusionado, feliz y tantas veces dramático, del fenómeno de la emigración:

> Junto al hombre arregostado a la isla, contento con el pan de cebada y la yacija de hojarasca, hubo los disconformes con la pobreza, los soñadores de la fortuna, los coléricos del desapego. Sobra decir que América fue el sueño dorado de los imaginativos: La Habana, Montevideo, Buenos Aires... Eran en gran parte campesinos y marineros, pero no faltaban hombres de mediana instrucción, que los capacitaba para empleos burocráticos, y también muchos sacerdotes... Apenas conocí una familia... que no tuviera, o no hubiese tenido, un emigrante entre sus miembros... Larga podría ser la cita: el chantre de la catedral de Ibiza, Mariano Escandell; el capataz de la Casa Matutes, Juan Cardona Olmo; el maestro de obras, «Rafel Tití»; Quico Vilás; Eugenio Román, mentecato famoso; el cura «Pesos»; En Juanito de Na Gertrudis; Mariano Mayans, el silencioso que nunca dio señales de vida; el campesino «Lloses», que regresó de América al llano sali-

[49] Serra Busquets, *art. cit.*, p. 79.

[50] E. Fajarnes Cardona, «Los emigrantes», en *Lo que Ibiza me inspiró*, Ibiza, 1985, pp. 285-287.

> nero hecho un experto en hechicerías; Pedro Jasso, el profesor extravagante; el torrero de faros, Eduardo Chorat; «En Mariano del Noi», el herrero de las hipérboles delirantes; Jacinto Aquenza, periodista en Puerto Rico y poeta a lo Nuñez de Arce; «En Pep de l'Ajuntament», portero de la Casa Consistorial de Ibiza, donde movía no poca guasa con sus ponderaciones de los trabajadores jamaicanos; el cocinero Campos, gran bebedor; Manuel Escanellas, que se fue para morir en la pampa argentina; Pepe «Matà», dueño un tiempo del Bar Dorado, donde tantos conocimos la gloria y el dolor de la copa; el canónigo «Forn», a quien un dia la carne tentó... ¿Se cumplieron las esperanzas de los emigrantes?... Las de algunos eran desmesuradas... la confianza y el engreimiento con que algunos llegaban a América eran tales, que al recibir cartas de sus parientes las rompían sin abrirlas... Sin duda, pocos de éstos vieron su ambición cumplida. Los prudentes y ahorradores debieron de acercarse más a la satisfacción de sus sueños.
> [...]
> Muchos campesinos que marcharon con un interés tasado solventar una deuda, hacerse el ajuar, comprar un pejugal pudieron tal vez lograrlo. De los que se establecieron y hasta se nacionalizaron en América, alguno triunfó en el más lleno sentido del término...
> ...muchos no regresaron jamás. En la prensa podían leerse nombres de emigrantes fallecidos en América, con el consiguiente llamamiento a los parientes que se creyeran con derecho a sucederles...: Se ha recibido en esta Alcaldía un aviso del Uruguay participando el fallecimiento de Juan Mayàns y Mayàns, de 60 años a 65 años de edad, el cual deja una herencia de mil doscientos cincuenta pesos oro...

Pinceladas magistrales que nos preparan para poder aludir a «las segundas generaciones» es decir, a los hijos de aquellos emigrantes que, arraigados en Ultramar, construido allí su nuevo hogar e inaugurada una nueva vida, alumbran sus descendientes en las tierras trasatlánticas: son los «criollos baleáricos» que, a su vez toman el testigo de manos de sus padres y hacen resonar de nuevo los viejos linajes isleños en la construcción del futuro de su nueva patria americana y honran las tierras de sus abuelos y las gentes que en ellas llevan su mismo apellido.

Los grandes criollos baleáricos

Ciertamente, los integrantes de ese criollismo balear forman legión y de los más —de sus logros profesionales, económicos, sociales, culturales, etc.— no solemos disponer de información suficiente. Pero también es cierto que, de aquellas «segundas generaciones», han salido figuras destacadas, y resonantes, que honran a los actuales baleáricos de las islas y sería inexplicable, pues, no simbolizar en ellos, y a ellos reservarles una mención y un lugar, en una obra que —dedicada a consignar la relación Baleares-América, hecha con el esfuerzo secular de estirpes insulares en Ultramar—, deja expresa la ejecutoria histórica de unos hombres y mujeres en quienes, con toda lógica propiedad, ellos ven igualmente sus propias raíces y, consiguientemente, contemplan como patrimonio propio las vidas con que nuestros comunes antepasados escribieron tantas páginas de la historia americana.

Mención que en una obra de conjunto como la presente, ha de ser sin embargo, forzosamente simbólica, porque los vástagos —tambien ubérrimos— de esa «sangre baleárica fecunda» son legión, y aquí cabe sólo dejar un entrañable testimonio de aprecio y memoria, parecido al que, en el recuento de los activos de una familia, se mencionan las ejecutorias, o los bienes patrimoniales, orgullo del linaje, que en nuestro caso es máximo porque se trata de humana historia de un pasado común.

Por esta superlativa consideración, se les sitúa aquí bajo la rúbrica de «criollos baleáricos» como el título intencionalmente más honroso que pudiera otorgarse, cualquiera que sea el lugar sociológico que ocupare cada cual en la vida americana, ya que en el mencionado orden de valores que los trae a nuestra memoria, la misma consideración se otorga a los descendientes de modestos emigrantes baleares que en la escala social se hubieren mantenido en el anonimato, como a aquellos otros —piénsese en Herrera Campins, hijo de madre mallorquina— llegados a la presidencia de una nación hispanoamericana. Y para simbolizarlos a todos, se escogen aquí nombres cuyas vidas encarnan un a modo de humano «discurso de las armas y las letras», como bien lo merece el quijotesco esfuerzo de sus padres baleáricos salidos un día en ilusionada búsqueda de una realización personal al otro lado del océano.

David G. Farragut, primer Almirante de Estados Unidos

Y ocupando un lugar especial entre los integrantes de este criollismo baleárico puede citarse a David Glasgow Farragut.

Su padre era el menorquín Jorge Ferragut Mesquida nacido en Ciutadella en 1755 e hijo de un marino de Sineu [51] y de Juana Mesquida. Esta tradición marinera familiar llevará a Jorge Ferragut Mesquida, padre del futuro almirante, a tratar de intelectualizarla mediante estudios náuticos en Barcelona, pero será también la que le impulsará a abandonar su preparación teórica en España para marchar a Norteamérica en 1776 [52]. Se casó con Isabel Shine, de familia escocesa, estableciéndose en Carolina del Norte en Knoxville; se le encuentra como patrón de barco en Campbell's Station (Tennesse) primero, y después viviendo en Luisiana. Luchará en la Guerra de Secesión a las órdenes del coronel Washington —de quien se dijo salvó la vida en la batalla de Cowpens [53]— y en aquella contienda, teniendo como compañeros entre otros al General Jackson, se granjeará una reputación de héroe, para morir en Pascagoula el 4 de junio de 1817, a los 63 años de edad.

Con la tradición náutica de su linaje menorquín, y en el contexto familiar de la vida de su padre marino, nació su hijo David Glasgow Farragut [54] en 1801 en Campbell's Station, cerca de Knoxville. Fue bautizado como James Glasgow Farragut, pero cambió su nombre por David en honor de David Porter, un bostoniano, oficial de la marina norteamericana (1780-1843) que, agradecido por los favores que en la enfermedad y muerte de su padre le habían dispensado el matrimonio Farragut, lo educó y se lo llevó consigo al mar cuando nuestro héroe tenía sólo nueve años, comenzando de hecho así su carrera de marino.

[51] J. Rotger, *Sineu en la genealogía de David Glasgow Farragut*, Palma, «Panorama Balear», núm. 59, 1956, mediante el estudio de los registros parroquiales establece la genealogía del linaje Ferragut desde el siglo XVI en que afincó en Sineu.

[52] M. Cencillo, «El primer almirante de los Estados Unidos de América, hijo de un menorquín», en *rev. de Menorca* (1949), pp. 5-22; G. Florit Piedrabuena, *El primer Almirante de Estados Unidos, David Farragut*, Palma, «Panorama Balear», 1953, p. 3.

[53] G. Florit, *op. cit.*, p. 5.

[54] Una de las mejores biografías es la de C. L. Lewis, *David Glasgow Farragut*, 2 vols. Was. 1941-1943; *vid.* G. Florit Piedrabuena, *El primer Almirante de los Estados Unidos, David Farragut* Palma, 1953; también, M. Cencillo de Pinedo, *David Glasgow Farragut. Our first Admiral.*

Al estallar la guerra de 1812, navegaba en la fragata *Essex* de la que Porter era capitán y en una operación naval en que el *Essex* capturó nueve presas, David Farragut pasó a tripular uno de los barcos apresados, no obstante tener sólo doce años. Estudió en la Escuela Naval de Washington y en su hoja de servicios consta su lucha contra la piratería en las Indias Occidentales (1823-24), los prestados en la brigantina *Shark*, los de comandante en el *Natchez* (1833); mandó las corbetas *Decatur* y *Pennsilvania* a raíz del movimiento anexionista de Texas y la consiguiente guerra con México (1841). Fue jefe del arsenal de la isla de Man, en California.

Su fama y carrera de oficial naval se forjó durante la Guerra Civil norteamericana. Al estallar, trasladó su domicilio de Virginia a Nueva York. En diciembre de 1861 fué nombrado comandante del West Gulf Blockading Squadron, o flota que debía bloquear los puertos antillanos suministradores de las tropas esclavistas sureñas, con órdenes de tomar New Orleans. Se apoderó de la ciudad el 28 de abril de 1862 en una brillante acción en que derrotó a una escuadrilla confederada y que le valió el reconocimiento de primer oficial naval del Norte y su ascenso a contralmirante.

Entre sus destacadas operaciones navales figura el intento de remontar y abrir el río Mississippi, el bloqueo del Golfo con la toma de Galveston, Corpus Christi y Sabine Pass; quizás una de las operaciones más resonantes fue la de marzo de 1863, cuando intentó burlar las baterías confederadas de Port Huston para ayudar al general Grant en Vicksburg: sólo lo lograron su nave almirante, el *Hartford* y una cañonera, pero la operación significó el corte de las comunicaciones de la Confederación.

En julio, cayó Port Hudson y el Mississippi quedó abierto. Su fama se acrecentó en 1864 a raíz del intento de tomar Mobile Bay, sembrada de minas, acción que le valió el ascenso aquel mismo año a vicealmirante. Y aquella brillante carrera naval culminaba en 1866 al ser promovido a almirante, el primero de la historia de la Marina de Estados Unidos.

Dominaba el español y se sentía orgulloso de su origen baleárico. Adoptó un escudo compuesto por una herradura —símbolo del apellido de sus antepasados isleños— y una escuadra en orden de batalla.

En 1867-68 quiso conocer la tierra balear de sus mayores. Visitó oficialmente a la reina Isabel II de España, ocasión en la que la poetisa

Carolina Coronado le dedicó un comentado soneto [55], y fue recibido triunfalmente al desembarcar en Menorca, la isla nativa de su progenitor [56]. El Ayuntamiento de Ciudadela le nombró «hijo adoptivo». En virtud de todos estos ascendientes, al regresar a Estados Unidos un periódico «llegó a proponer su candidatura como pretendiente al trono de España, vacante tras el destronamiento de Isabel II» [57].

El primer almirante estadounidense, retirado en Nueva York, moriría en Portsmouth (New Hampshire), el 14 de agosto de 1870. Si como héroe norteamericano, el primer almirante de Estados Unidos tiene un monumento en «Madison Square» de Nueva York, al cumplirse el centenario de su muerte, Ciutadella inauguró (30 de mayo de 1970) un monumento al almirante Farragut —el gran criollo baleárico estadounidense, que honra a su linaje menorquín—, situado ante el Castillo de Sant Nicolau de la ciudad.

El escritor Stephen Vincent Benet

De raíz igualmente menorquina, debemos alinear entre los grandes criollos baleáricos al escritor norteamericano Stephen Vincent Benet. Era hijo de Esteban Benet, descendiente de uno de los menorquines colonizadores de la Florida y componente del grupo trasladado desde Nueva Smyrna a San Agustín por el padre Camps, como ya hemos estudiado en otro capítulo del presente libro.

Nació en Bethlehem (Pa.) en 1898. Antes de graduarse en Yale había ya escrito tres libros de poesías. En 1926 obtuvo una beca Guggenhem que le permitió viajar a París, donde en 1928 escribió el extenso poema narrativo sobre la Guerra Civil norteamericana titulado *John Brown's Body*, que le haría famoso y le valdría la concesión del premio

[55] C. M. Fernández Shaw, *Presencia española en los Estados Unidos*, Madrid, ICI, 2.ª edic., 1987, p. 69.

[56] R. Oleo y F. Hernández Sanz (transcrip.), «La visita del Almirante Ferragut a la isla de Menorca, 1867: Datos referentes al Almirante Ferragut tomados de la obra inédita de don Rafael Oleo», *Rev. de Menorca*, (1926), 50-58; los mismos, «II: El apellido Ferragute en Menorca y en los Estados Unidos», *Rev. de Menorca*, (1926), pp. 83-87; de los mismos, «III: Noticias sueltas...», *Rev. de Menorca*, (1926), pp. 113-117.

[57] *Vid.* Fernández Shaw, *op. cit.*, p. 69.

Pulitzer en 1929. Cultivó un género narrativo corto, de algunos de cuyos logros —como *The Devil and Daniel Webster*, compuesto en 1937— merecieron ser llevados a la ópera (con música de Douglas Moore) y a la pantalla. La muerte le sorprendió escribiendo una composición épica titulada *Western Star* de la que se hizo una edición póstuma en 1943 (año de su fallecimiento) que valió a su autor —como un nuevo Cid— triunfar después de muerto, puesto que la obra recibió un nuevo premio Pulitzer.

En términos de nuestro estudio, Stephen Vincent Bennet nos interesa porque, después de dos siglos, sus obras literarias e históricas constituyen una testificación de la viva conciencia de la identidad de su linaje y tradición balear [58].

En 1926 escribió *Spanish bayonet*, un relato de Sebastián Zafortezas y los menorquines de la Florida. Se ha traducido al español y publicado por Espasa Calpe su *Historia sucinta de Estados Unidos* [59], donde patentiza igualmente la huella española en su identidad literaria e histórica. Identidad que, en la Florida actual —la sucesora de aquélla colonizada por sus antecesores del siglo XVIII— se manifiesta desde 1973 con la celebración anual de la llamada «Hispanic Heritage Week» que, entre exhibiciones culturales y recuerdos retrospectivos, se cocina una gigantesca paella para 5.000 comensales y se elige a «Miss Hispanidad» [60].

Sila M. Calderón, Secretaria de Estado en Puerto Rico

De Sóller, Mallorca, procede el linaje de Sila M. Calderón. Ella misma lo relata en unas pinceladas que resultan todo un tratado de historia de la emigración contemporánea:

> Mi abuelo vino de su isla a esta otra isla que le fascinó, y aquí trabajó duramente como agricultor, casándose

[58] *Vid.* S. T. Willimas, *La huella española en la literatura norteamericana*, Madrid, Gredos, 1957, 2 vols.

[59] Madrid, Espasa (Col. Austral, núm. 1.250), 1965.

[60] *Vid.* Fernández Shaw, *op. cit.*, p. 237.

> con una chica portorriqueña que era mucho más joven que él. Y de ahí vengo yo y por eso mi raza es mediterránea... [61].

Hoy, pasados los años de aquella emigración, Sila Calderón representa una clase acomodada, una familia «fuerte económicamente», cuyos vástagos —como ella— se han formado en los centros superiores de educación; estudió en Harvard y se especializó también en Artes, universidad americana en la que también estudian sus hijos.

El retrato de esta criolla baleárica, hecho por su entrevistador hace sólo unos pocos meses, la muestra una «bella mujer», «una bonita dama muy puertorriqueña», «muy brillante», mujer «muy poderosa y muy eficaz», de poco más de cuarenta años, «que ella no esconde y que confiesa», una mujer que en alguna medida recuerda «aquellas que fueron las mujeres "cacicas" de la historia primaria de Puerto Rico. Pero posee a su vez la ternura de una madre —tiene tres hijos, los tres estudiando en Estados Unidos— y se ha casado tres veces.

En abril de 1985 fue nombrada coordinadora de Programas de Gobierno por el gobernador del Estado Asociado de Puerto Rico, Hernández Colón, iniciando una fulgurante carrera política que la llevaría, como afiliada al Partido Popular, actualmente en el poder, a ser secretaria de Estado y a la vez Ministra de la Gobernación de Puerto Rico. Es el segundo poder político de la isla, el que asume la propia gobernación de la isla en ausencia del titular. Su despacho oficial está en la Fortaleza, en el viejo e hispánico San Juan. Desde él, la secretaría de Estado gestiona las relaciones exteriores de la isla y gobierna los problemas interiores de la misma: los grandes proyectos y los pequeños avatares de la vida colectiva diaria.

Ha estado en la tierra de sus antepasados. Hace años acompañó a su madre a Sóller para conocer a sus parientes cercanos. Cuenta que

> tras atravesar calles muy estrechas donde no podía llegar la «limusine» en la que venían de Palma, al fin... se abrió aquella puerta y apareció una mujer enlutada, sin pintar, de rostro sereno... Soy tu prima de Puerto Rico, dijo mi madre. Y pude comprobar... que era el mismo

[61] T. Medina, «Crónica de América, Sila Calderón: «tan dulce, tan fuerte», en *ABC*, 31 enero 1989, p. 30.

rostro de mi madre, solo que enmarcado en aquellos viejos velos oscuros del Mediterráneo ancestral [62].

Esta poderosa criolla baleárica, encarnación del poder femenino en el mundo actual que ha llevado a tantas mujeres a ocupar los puestos políticos de mayor responsabilidad, en diciembre de 1989, de forma totalmente inesperada presentaba su renuncia como secretaria de Estado y de la Gobernación, alegando motivos familiares, aunque los problemas políticos del partido y de la isla hacen suponer otras razones.

En cualquier caso, el gobernador Hernández Colón, en aquella ocasión, hizo la síntesis intelectual y política de esa criolla balear: «se trata de la funcionaria más valiosa de nuestra Administración»[63].

[62] T. Medina, *art. cit.*, p. 30 col. 1.ª.

[63] G. Grecioni, «Puerto Rico; dimite la Secretaria de Estado», *ABC*, 15, XII, 1989.

IV

LA RELACIÓN SENTIMENTAL Y AFECTIVA

Relación económica, relación biológica. Sobrepuestas ambas manifestaciones contemporáneas a siglos de actuación histórica de nuestras gentes baleáricas en Ultramar, podían producir —y gozosamente han producido— una relación sentimental afectiva formalizada en modos y maneras muy diversas que, en alguna medida y en cuanto fenómeno real, debe quedar aquí también apuntada, especialmente desde las expresiones provenientes del lado americano. Todo ello como lógico complemento erudito de lo expuesto en el cuerpo del presente libro, pero también porque, en cuanto activo sentimental —digno de conservarse y merecedor de actualizada capitalización— debe figurar permanentemente en nuestra conciencia colectiva.

Expresiones de una relación afectiva, en efecto, manifestada de muy diversas formas, pero coincidentes en el emocionante reconocimiento ajeno del valor de las actuaciones baleáricas en la construcción de los modernos países americanos; manifestada en juicios escritos [1], o en emisiones filatélicas, o en medallas conmemorativas, en dedicación de monumentos, o en la estatal preocupación por conservar amorosamente los restos históricos de aquella acción americana balear (caso, entre otros, de la labor y publicaciones del Gobierno del Estado de Querétaro [2]), materializada en la conservación de los testimonios arqui-

[1] Una recopilación de extractos referidos a fray Junípero en Font Obrador, en *op. cit.*, Sa Nosotra, 1989, pp. 55-60, 108-109. No podría olvidarse tampoco, al respecto, la publicación de T. Bledsoe (compilador), *Poems in Praise of fray Junípero Serra and the Missions he founded in California* (An Anthology in Catalan, Spanish and English), Palma, 1969.

[2] Gobierno del Estado de Querétaro, *Querétaro. Rescate Patrimonial*, 1974-1985 y *Las*

tectónicos levantados por nuestros misioneros, en la señalización de las rutas de su paso, etc., etc. Aprecio, igualmente, de la producción lírica de nuestros poetas en diversos países iberoamericanos; «jumelages» de nuestros pueblos con otros trasatlánticos; entusiastas elogios que nuestras islas han despertado en el espíritu de artistas y escritores americanos visitantes del archipiélago... son expresiones, en suma, de una relación afectiva, patrimonio común del que aquí debemos recoger esencias y materializaciones como contribución a perpetuar fresco el recuerdo y valor de sus significaciones.

Homenajes americanos a la obra americanista balear

Nada más lógico y habitual que a la hora de querer expresar una relación de carácter afectivo los pueblos materialicen tales sentimientos apelando a lenguajes formales de naturaleza plástica, perdurable. También resulta corriente que, aunque el aprecio se refiera a hechos colectivos, se tienda a concretarlos y simbolizarlos en destacadas figuras representativas. De ahí que debamos recoger, en primer término, una relación de monumentos, estatuas, lápidas o fundaciones que objetivan y proclaman inequívocamente el honroso sentimiento de aprecio americano por la obra de baleáricos en el Nuevo Mundo.

En la persona de fray Junípero Serra

Encabezamos y simbolizamos la nómina demostrativa de tales expresiones americanas con el padre Serra, por la excepcional profusión, y relevancia de emplazamiento, de las que han concretado en su persona una histórica acción misionera individual y colectiva balear. El

Misiones de Sierra Gorda (en ambas obras Presentación de C. R. Camacho Guzmán. Gobernador Constitucional del Estado), generosameente editadas y con textos históricos laudatorios de la acción de los misioneros baleáricos en la zona. Debo los ejemplares manejados a la cortesía —que tanto agradezco— de D. Ramón M. Servalls i Batlle, Secretario General del «Institut d'Estudis Baleàrics».

mejor conocedor español de aquella [3] nos facilita la labor al haber relacionado ya, en diversas ocasiones, las principales manifestaciones dedicadas al respecto.

Pintura y grabados

Por su temprana cronología (1785) podemos comenzar citando el llamado *lienzo del Viático*, pintado por Mariano Guerrero y costeado por el obispo Verger, de Nuevo León; la composición pictórica se inspiraba en la carta en que describía la escena el gran biógrafo de fray Junípero, el padre Palou. Con independencia de que el grabado incluido en la obra de este biógrafo juniperiano (1787) fuera inmediatamente base inspiradora de retratos a ambos lados del Atlántico, debe consignarse el *Retrato del padre Serra de Santiago de Jalpan* (Querétaro) en el que se le representa «joven, de pie, sayal azul, propio de la seráfica provincia de Mallorca, llevando una gran cruz». Incluible en este apartado es también el *Vitral de la Iglesia de Nuestra Señora de la Paz de North Arlington* (New Jersey), bendecido el 12 de febrero de 1953, y que representa a fray Junípero rodeado de nativos, beneficiarios de su labor.

Estatuas

Un verdadero bosque de estatuas, diseminadas por el continente americano expresan el reconocimiento histórico de la civilizadora obra franciscana en la persona del mallorquín de Petra. La *estatua del Parque de la Golden Gate de San Francisco*, inaugurada en 1907 por el doctor Patricio Riordan, arzobispo de California, y esculpida en bronce por Douglas Tilden.

Estatua del padre Serra yacente, en bronce, figura en el monumento funerario de mármol en la Misión de San Carlos, esculpida en 1924 por José Mora. Y estatuas le levantaron la Misión de Santa Bárbara, la

[3] Font Obrador, en *Historia de Mallorca*, *cit.*, tomo V, pp. 492-94, y en *fray Juníper Serra, les Balears i el Nou Mon*, *cit.*, pp. 43 y ss.

de el Carmelo, Dolores, San Francisco, Los Ángeles, Malibu, Monterrey, Riverside, San Buenaventura, San Diego, San Gabriel, San Fernando y San Juan Capistrano [4]. Y no puede silenciarse tampoco la estatua donada por Mrs. Jane Leland Stanford a la ciudad de Monterrey, y obra del escultor J. W. Coombs [5], o la que se levanta en la ciudad de México, D.F.

Fray Junípero en el Capitolio

Mención especial —por la especial relevancia significativa de su emplazamiento— merece la estatuta de fray Junípero en el Capitolio de Washington, sede de la Cámara de Representantes. El National Statuary Hall del citado Capitolio —auténtica galería santuario de los creadores de la patria estadounidense— reservó un lugar para la estatua del padre Serra.

Se trata de una obra en bronce del escultor veneciano Ettore Cadorin; le representa en posición erguida, vistiendo hábito franciscano, levantando en su mano derecha la cruz, y teniendo en su mano izquierda una maqueta de la Misión del Carmelo, símbolo de su evangelización creadora.

La estatua fue inaugurada el 1.° de marzo de 1931, en acto solemnísimo [6] en que hablaron el obispo rector de la Universidad Católica de América, Mon. Thomas J. Sahan —ponderando las difíciles rutas holladas por los pies de fray Junípero, «hoy camino real»—; el senador Johnson —glosador del apóstol californiano que inculcó la civilización moderna a la gente primitiva de una tierra nueva, introductor «del progreso en tierras primitivas, hoy floreciente imperio»—; Ray Lyman Wilbur, Secretario de Estado del Interior, en nombre del presidente Herbert Hoover —comentando la corriente espiritual que animaba la acción juniperiana, superadora de privaciones y sufrimientos para llevar el mensaje evangélico a los indios de la costa Pacífica—; Isidoro B. Dockweiler —comentarista de los instrumentos de progreso hu-

[4] Font Obrador, en *Historia de Mallorca*, *cit.*, pp. 493-94.

[5] Font Obrador, *Balears i el Nou Mon*, *cit.*, pp. 45-46.

[6] Resumido por Font Obrador en *Balears i el Nou Mon*, Palma, Sa Nostra, 1989, *cit.* 1989, pp. 54 y ss.

La estatua de fray Junípero Serra en el Capitolio de Washington.

mano introducidos por el padre Serra en la edificación, sistemas de regadío, plantación de árboles frutales y semillas desconocidas, introducción de ganado y aperos agrícolas—, y el diplomático Jacob Canter, presentador del franciscano como máximo símbolo de la fortaleza humana, la milenaria civilización, la espiritualidad cristiana que enlazaba España y los Estados Unidos.

La ruta juniperiana

Una curiosa expresión de los sentimientos y de los afectos americanos ligados a la persona y obra civilizadora franciscana simbolizada en el padre Serra es, sin duda, el cuidado californiano en señalizar, promocionar y mantener vivo el recuerdo del itinerario recorrido por el gran misionero mallorquín a lo largo de la costa del Golden State. Lo hemos dejado pormenorizado en el lugar correspondiente del presente libro, comenzando desde el momento en que, en julio de 1767, se encaminara al puerto de San Blas, pasando por *the Sacred Expedition* de 1769 y pormenorizando el recorrido de sus diferentes fundaciones misionales —San Diego, Monterrey, San Antonio, San Gabriel, San Luis, San Francisco, San Juan Capistrano, Santa Clara y San Buenaventura— hasta la consumación de su vida, arranque de otras rutas misioneras creadoras de la California moderna.

Ahora es sólo el momento de indicar que el aprecio sentimental y afectivo californiano por aquella labor evangelizadora y civilizadora balear ha llevado a conservar amorosamente los nombres —«Camino Real»—, a señalizar la ruta con lápidas e indicadores informativos, a conservar símbolos hispánicos —«la campana» misionera—, y, en suma, a desplegar un continuado esfuerzo social e institucional para la restauración y conservación de los recuerdos juniperianos y la arquitectura misional de su época. [7]

[7] En este sentido, deben registrarse, como ejemplo, las espléndidas publicaciones en que el Gobierno del Estado de Querétaro informa, descriptiva y gráficamente, de las obras de mantenimiento de la ruta y restauración de los monumentos misionales del área (*Las Misiones de Sierra Gorda* y *Querétaro. Rescate patrimonial*, ambas referidas a la labor entre 1979-1985).

Museos, entidades juniperianas y celebraciones conmemorativas

Si los estudios dedicados en América a la figura y obra del padre Serra —una forma escrita de homenaje— constituyen una amplísima bibliografía imposible de relacionar aquí —aunque citada y utilizada, la de sus autores más destacados, en otra parte de este mismo libro—, al menos pueden señalarse ahora algunos de los organismos o entidades promotoras, así como celebraciones conmemorativas, complemento expresivo e institucionalizado del aprecio americano suscitado por la persona y obra de fray Junípero.

En este sentido —y a título solamente ilustrativo, porque estaría fuera de proporción una relación intencionalmente exhaustiva— puede recordarse primeramente que en diversas partes se han habilitado, o rehabilitado, edificios juniperianos como medios materiales de honrar y mantener la memoria viva del apóstol civilizador de California. No sólo cabe recordar la adquisición de la casa solariega del padre Serra adquirida por el Rotary Club y restaurada por el arquitecto Guillem Forteza sino especialmente los Museos dedicados al padre Serra en América, como el «Junipero Serra Museum» de San Diego, inspirado en la arquitectura colonial, y debido al arquitecto William Templeton Johnson. Por si el citado museo fuera poco, en noviembre de 1990, y con asistencia de una comisión juniperiana mallorquina [8], presentó el proyecto, ya en marcha, del «Museo de la Sierra Gorda», que tiene prevista una sala específicamente dedicada a apóstol de California. El acierto de la iniciativa debida a la sensibilidad juniperiana del actual gobernador de Querétaro, licenciado Mariano Palacios Alcocer comienza por la selección del edificio, que es el monumental Presidio del siglo XVI emplazado en Jalpan, hoy llamado, como es sabido, «Jalpan de Serra».

Sin salirnos de Jalpan, y en otro orden de cosas, podemos reseñar que, en las propias inmediaciones del futuro Museo y junto a las dos estatuas de Jalpan —pueblo que rezuma juniperismo— existe el «Mesón fray Junípero», centro de acogida de los numerosos visitantes que re-

[8] Asistieron Mosén Gili —biógrafo del padre Llinàs—, el doctor Font Obrador, portador de un mensaje de salutación y agradecimiento por la iniciativa, que colma una vieja aspiración sin duda destinada a reforzar los lazos afectivos entre Baleares y América.

corren las antiguas rutas misionales. Es obligada también la cita del Club Serra Internacional —con centenares de filiales destinadas estatutariamente a honrar la memoria del apóstol de California— o la Peregrinación anual al sepulcro del Carmelo, instituida por los terciarios californianos y celebrada el domingo más cercano a cada 28 de agosto, fecha de la muerte del padre Serra [9].

Dentro de las celebraciones conmemorativas (aparte de actos como la recordación en 1949 del centenario de la subida al santuario de Bonany, acuñación de medallas en fechas señaladas —como por ejemplo, la dedicada por la Cámara de Representantes de Estados Unidos en 1963, con motivo de cumplirse el 250 aniversario de su nacimiento— o de los actos de hermanamiento en ese mismo año de Petra y el Carmelo), podría ocupar un lugar especial ahora la reseña de las celebraciones centenarias de fray Junípero, singularmente la del bicentenario de su muerte en 1984. Pero para alejar estas páginas de la crónica periodística a que le expondría la proximidad de los hechos, baste consignar aquí la extraordinaria resonancia que la efemérides alcanzó a ambos lados del océano: la celebración española contó con la presidencia de la familia real y la Petra natal de fray Junípero se convirtió entonces en el lugar universal de encuentro de las personalidades representativas de pueblos diversos, orgullosos de rememorar una personalidad y una historia que es patrimonio espiritual y cultural compartido.

La beatificación, iniciativa americana

Culminación por ahora de esta testificación secular del aprecio a uno de los gigantes baleares de América constituyó la reciente beatificación romana de fray Junípero. Tampoco sería pertinente aquí una crónica de la misma; pero sí lo es dejar constancia de la iniciativa americana del proceso de beatificación.

Promovido en el Carmelo, en 1934, se constituyó luego la preceptiva comisión histórica (1943), animada por el más destacado historiador juniperiano, el padre Maynard J. Geiger. La nómina de postuladores (Antonio Cairoli, Joan Folguera) y los vicepostuladores e impulsores

[9] Font Obrador, en *Historia de Mallorca*, *cit.*, p. 494, col. 2.ª.

de la causa cuenta con los nombres de los padres Eric O'Brien, Noel F. Moholy, Jacinto Fernández-Lago,... Los resultados culminarían, como es bien sabido, el 25 de septiembre de 1988 cuando, en la explanada de San Pedro, Su Santidad Juan Pablo II beatificaba al «poverello» de Petra, ponderando su «ejemplo luminoso de las virtudes cristianas y del espíritu misionero» ante los miles de fieles congregados en la plaza vaticana, entre ellos los estremecidos paisanos llegados de la isla nativa y los californianos herederos de la evangélica labor del padre Serra.

Estatua del padre Llinàs. Mosen Pere Camps y las conmemoraciones «floridencas»

En la función de símbolos personales de la acción balear en América y de objeto en que formalizar también la expresión americana de público e histórico reconocimiento, acompañan a fray Junípero las figuras del padre Llinás y de Mosén Pere Camps.

Ambos honorados con estatuas en América. Citamos la del padre Llinás emplazada en el claustro del Convento de Querétaro, en cuanto escenario de su acción creadora del primer Colegio de Propaganda Fide y, por tanto, de su papel de misionero de misioneros y centro de irradiación de una gran labor apostólica. *La estatua de Mosén Pere Camps*, por su parte, hace referencia a otro tipo de actuación balear en América, que es la colonización de menorquines en la Florida.

Reseñada ésta en la parte correspondiente del presente libro, es ahora sólo momento de recordar que, habiendo sido la citada colonización menorquina una de las acciones pobladoras más numerosas de la historia urbana de los actuales Estados Unidos; habiendo constituido uno de los núcleos poblacionales más coherentes y personalizados de la historia de la ciudad de San Agustín, y habiendo conservado los menorquines —a lo largo de los siglos— vivas muchas de sus identidades originarias, conciencia propia y manifestaciones culturales genuinas, estos rasgos han constituido un patrimonio esencial de la colectividad de San Agustín que ha llevado a expresar materialmente el aprecio histórico hacia aquella colonización balear y a sus figuras representativas.

El menorquín padre Pere Camps, como símbolo de aquella acción histórica balear en Florida —importante en la construcción de los modernos Estados Unidos de Norteamérica— ha visto erigirse una estatua en su memoria, entregada a la ciudad por Fernando Rubió Tudurí en 1975 [10]. Muestra al padre Camps sosteniendo la cruz en una mano y extendiendo la otra en ademán de bendecir la tierra, los colonos y nativos, representados en las tres figuras que le acompañan integrando el grupo escultórico. Situado éste, por otra parte, en lo alto de la montaña del Toro de San Agustín, su emplazamiento cimero parece poderse tomar en alguna medida como elemento expresivo del relieve atribuido a la acción y al personaje recordados.

Semejante interpretación se apoya también en el hecho empírico de que la ciudad de San Agustín tiene establecidas conmemoraciones anuales en recordación de los pobladores menorquines del siglo XVIII [11]. Desde 1973 se celebra en Miami la «Hispanic Heritage Week» en que se elige a «Miss Hispanidad», fiesta acompañada de exhibiciones culturales, y también de una paella para 5.000 personas.

Sintonía americana con la lírica balear. Miquel Costa i Llobera

Junto a las referidas materializaciones testificadoras del aprecio americano hacia un legado histórico hecho con la vida de hombres baleáricos, debemos registrar también la resonancia alcanzada en América por el estro poético de los líricos insulares.

Pocos fenómenos podrían ser indicadores más explícitos y significativos acerca de sensibilidades comunes, de identidad de sentimientos y emociones, y pocas vías más atrayentes que las poéticas para despertar el entusiasmo y ensoñación americanos por las islas descritas en los versos y nativas de los poetas admirados.

Y en este terreno es la obra poética de Miquel Costa i Llobera (1854-1922) la que quizás logra un especial impacto en América, sin olvidar que los versos de los grandes poetas mallorquines coetáneos

[10] C. M. Fernández-Shaw, *Presencia española en los Estados Unidos*, Madrid, Cult. Hisp. 2.ª edic., 1987, p. 60.

[11] Las ha recordado C. M. Fernández-Shaw, *Presencia española en los Estados Unidos*, Madrid, Edics. Cultura Hispánica, 1987, p. 237.

—Juan Alcover (1854-1926), o Miquel dels Sants Oliver (1864-1919)— eran apasionadamente consumidos también en Ultramar, y allí alimentaban la admiración de los círculos literarios argentinos y las nostalgias de los insulares emigrados. Basta recordar las veces que las páginas de la prensa local —*La Almudaina* de Palma de Mallorca, por ejemplo— se hacen eco de actos sociales —así, la inauguración del «Círculo Mallorquín» de Buenos Aires— para advertir que en ellos casi nunca faltaban finales poéticos en que se recitaban los versos de los poetas insulares. Así encontramos que, en la citada inauguración bonaerense, se consigna que tras el brindis, «el señor Oliart dió lectura a la composición de Juan Alcover "La Serra"» [12]. Ahora bien, como de esta proyección ultramarina de nuestra lírica, es la resonancia de Costa i Llobera en América la que ha sido objeto de más estudio, será su nombre y obra, por lo mismo, los que se van a tomar aquí como símbolo del fenómeno general de la sintonía americana con la lírica insular.

No hacemos especial cuestión ahora de una detallada exposición de la biografía de Costa i Llobera, porque la apelación a su persona sólo debe funcionar aquí como referencia de una poesía que ha sido capaz de trascender los ámbitos isleños originarios y proyectarse al otro lado del Atlántico, hecho ahora primordial a nuestro objeto. Pero no puede silenciarse, sin embargo, que su sentido poético —perfecto reflejo ciertamente de la etapa coetánea de fuerte resurgir de las Españas no castellanas, y sobre todo, tan enraizado en su paisaje natal y tan condicionado por la propia trayectoria personal, espiritual y religiosa del autor [13]— resulta sin duda base explicativa del fenómeno mismo de su resonancia americana.

[12] «Mallorquines en la Argentina», *La Almudaina*, 7 de febrero de 1912.

[13] Como esquema recordatorio, baste decir que, nacido en Pollensa en 1854, cursó el Bachillerato en el Instituto de Palma, donde fue discípulo del poeta Pons Gallarza, y estudió Derecho en las Universidades de Barcelona y Madrid. Vuelto a su tierra natal y cultivando la creación poética, publicó sus primeras composiciones catalanas en el libro *Poesías* (1855), en el que se encuentran sus conocidas poesias «L'arpa», «La vall» y su famosa oda *Lo pi de Formentor*. Impulsado luego por una vocación religiosa, cursó estudios eclesiásticos en Italia (1885-89), se ordenó sacerdote (1888), y en la Gregoriana de Roma se doctoró en Teología. En Mallorca alternaría su ejercicio ministerial con la creación poética. Cabe recordar entre su producción *De l'agre de la terra* (1897) —leyendas mallorquinas—, *La deixa del geni grec* (1900-1901), *Tradicions i fantasies* (1903) —leyendas populares— *Horacianes* una de sus cumbres poéticas (1906), *Visions de la Palestina. Notes*

En efecto, aunque puedan rastrearse en Costa i Llobera las huellas de Lamartine, Victor Hugo o el italiano Carduci —cuya inspiración se diría visible especialmente en el libro de poesías castellanas titulado *Líricas* (1899)—, son los influjos de la tradición historicista del romanticismo catalán, es el indicado resurgir de las culturas regionales, el naturalismo descubridor de la región, la «Renaixença» o paulatina recuperación de la propia conciencia de individualidad histórica de las Españas periféricas de fines del siglo XIX [14], las circunstancias que explican en Baleares el vigor lírico de nuestro poeta.

Mientras en Cataluña Jacinto Verdaguer (1845-1902) —en su poema *L'Atàntida*— enlazaba la catástrofe mitológica con el descubrimiento español de las Indias Occidentales en versos épicos de insuperable grandeza; mientras en Valencia se restauraban los Juegos Florales, y señalaban el resurgir periférico un Teodoro Llorente (1836-1911) en poesía, o Joaquín Sorolla (1836-1923) en pintura, nuestras islas —caracterizadas, como dice Martín de Riquer, por «una bien asimilada cultura clásica, sobre todo de la poesía latina, y un perfecto manejo del idioma, conservado más puro en las Baleares que en la Península» [15]—, se incorporaban a la renovación regional finisecular dentro de la poderosa corriente de poesía vernácula. Dentro de ella, la de Costa i Llobera («ferviente horaciano, poeta de exquisita forma y de serena emoción»), pudo ser incluso considerado como «la inspiración más alta de la musa catalana», según Menéndez Pelayo.

La sintonía americana con Costa i Llobera fue documentada de hecho por el recientemente desaparecido Mosén Torres Gost en trabajos originales publicados en la Revista mallorquina *Cala Murta*, Boletín de la «Fundación Rotger-Villalonga», al hacer una detallada compilación de relaciones epistolares entre hombres de letras americanos y Costa Llobera y al reproducir los juicios valorativos de su poesía [16]. Por

d'un pelegrinatge (1908) y, aunque a partir de entonces se concentra más bien en la predicación religiosa, produce en 1916 el que sería su último de los grandes poemas, *A la mort del gran bisbe de Vic*. Costa, que perteneció a las Academias de la Lengua y de la Historia y en 1902 fue proclamado «Mestre en Gay saber» en los Juegos Florales de Barcelona. Moriría en Palma de Mallorca en 1922.

[14] He expuesto con algún detalle el proceso de tales fenómenos históricos en B. Escandell Bonet, *Historia de España. Siglo XIX*, Madrid, OFE, 2.ª edic., 1965, pp. 154-56.

[15] B. Escandell Bonet, *Hist. de España. Siglo XIX*, Madrid, OFE, 2.ª ed., p. 156.

[16] B. Torres Gost, «Costa i Llobera i Colombia», *Cala Murta*, Pollensa, (núm. 2,

su parte, Bernardo Cifre ha hecho últimamente una acertada síntesis de aquella compilación, relaciones y valoraciones poéticas [17]. Partiendo de tales trabajos, puede decirse aquí que una correspondencia suscitada en ocasiones por la destacada personalidad del catedrático de Literatura, el catalán Antonio Rubió i Lluch —gran admirador de Costa y con estrechas relaciones epistolares con escritores de América, e intermediario tantas veces entre éstos y aquél— y también la labor del artanense Joan Estelrich i Perelló, sirvieron de vehículo de una relación de conocimiento trasatlántico de nuestro poeta. La admiración lírica y humana de Costa i Llobera, fructificaría al cabo en traducciones al castellano, en divulgación y comentarios entusiastas de su obra en América.

Fueron los cenáculos literarios sobre todo de México, de Ecuador y especialmente de Colombia, donde más ampliamente cuajó la identificación literaria, sentimental y valorativa de la creación costalloberiana. Así «El poeta Enrique Fernández y el profesor J. M.ª Vigil, de México, hablaron de Costa a los alumnos; Misael Vázquez, de Quito, tradujo al latín la oda *A Horaci*... Pero donde se hace perceptible, con notable margen, su influencia es sobre un conjunto de hombres de letras de Colombia, que mantuvieron intercomunicación epistolar con nuestro poeta el último decenio del siglo XIX y los dos primeros del siglo XX; por otra parte, miembros de la «Escuela Colombiana de traductores de poetas» hicieron excelentes versiones de composiciones de Costa en la década 1920-1930, repetidas en 1950-60, con comentarios críticos, hasta 1972» [18].

En efecto, la correspondencia de Costa y el poeta mexicano Enrique Fernández Granados, permite conocer la entusiasta valoración de éste juzgando la colección poética en castellano que Costa tituló *Líricas*:

> verdadero monumento literario, que eternizará, sin duda, el nombre de Vd. ¡Lo he leído tantas veces! Y cuanto más lo leo, más deseo tengo de volverlo a leer...»

oct. 1981, pp. 3-8), y «Colombia per a Costa i Llobera. Panagiristes colombians del nostro poeta», *Cala Murta*, núm. 4, 1983, pp. 3-13.

[17] B. Cifre, «Costa i Llobera desde América» en Jesús García Marín (coord.), *Mallorca y América. Desde el pre-descubrimiento hasta el siglo XX*, Palma, Miramar, 1990.

[18] Torres Gost, *Cala Murta*, *art. cit.*, núm. 2, 1981, p. 2.

Por su parte José María Vigil, Profesor de Literatura en la Escuela Preparatoria de México y director de la Biblioteca Nacional de su país, presentaba Costa a sus alumnos como modelo de inspiración y buen gusto.

Pero sería en Colombia de donde, como se ha señalado antes, saldrían los más encendidos elogios a Costa, provenientes de figuras literarias prominentes del momento: el periodista y profesor Antonio Gómez Restrepo, Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, el jesuita José Vargas Tamayo, etc. Así Gómez Restrepo en 1905, en su artículo «Desde Bogotá. Miquel Costa i Llobera» [19], ponderará la gran emoción lírica de Costa, los elogios tributados a la oda costailloberiana *A Horaci* —a propósito de la cual cita a fray Luis de León y a San Juan de la Cruz— el aprecio a *L'Arpa, Lo pi de Formentor* —oda considerada clásico-bíblica, reflejo de la lucha del genio— y, en suma, la elevación mística de la lírica de Costa, en una línea que le recuerda a Ramón Llull.

Por su parte el gran filólogo colombiano Rufino José Cuervo, que se carteó con Costa, en una ocasión que ponderaba el alma, la fe, el amor patrio del poeta, exclamará i«Dichoso el pueblo que cría poetas que así lo hacen amar...»! Y cabe recordar las ediciones diversas [20] y aun las traducciones castellanas [21] de que eran objeto en Colombia las poesías de Costa. Por último, no pocos estudios críticos, siempre elogiosos, suscitó la producción poética de Costa en Colombia hasta nuestros días [22].

Sintonía y resonancia de Costa i Llobera en América tan acusada ya en vida del propio poeta, que a éste le movía a pensar si no era «más conocido en Colombia que en Cataluña».

[19] Publicado en *Revista del Colegio del Rosario*, Bogotá, noviembre de 1905, *vid.* B. Torres Gost, en *La Murta, art. cit.*, núm 2, que transcribe las opiniones del colombiano.

[20] Así de «Horacianes» por J. Vargas Tamayo, en 1928 y reiterada en 1956.

[21] De «La herencia del genio griego» y la de «El pino de Formentor», debida a Vargas Tamayo.

[22] C. E. Mesa, C.M.F., *La poesía de Costa y Llobera*, Ministerio de Educación, Bogotá, 1956; nueva edic. en 1972.

Americanos ilustres en el archipiélago

Si, como ha quedado antes indicado, América ha prodigado y materializado los homenajes a la obra americanista balear, a su vez el archipiélago —cuna de los héroes históricos de las gestas celebradas— ha atraído personalmente como visitantes a no pocos ilustres americanos. Unas veces, en busca de las propias raíces cuando se trataba de descendientes de emigrantes isleños; en otros casos, atraídos por la tópica y rutilante naturaleza de las Islas, cuyas azules aguas quietas y cuyos altos cielos límpidos han inspirado luego la fantasía creadora de los poetas y escritores visitantes. No sería descabellado pensar, incluso que, si al otro lado del Atlántico se sintonizaba con la lírica balear, también la enamorada descripción del paisaje insular por nuestros poetas, el lírico ropaje verbal de sus bellas ensoñaciones —vertidas en versos conocidos y recitados en Ultramar— no fue tal vez ajeno al hecho de que espíritus cultivados y sensibles se sintieran inclinados a visitar nuestras Islas.

Cualquiera que fuera el móvil primero, lo cierto es que la relación sentimental y afectiva tuvo un doble sentido, porque desde América ha conducido hasta el archipiélago a visitantes ilustres, «*els hostes honorables*» [23], para dejar constancia de cuyo paso se impone hacerles también un sitio, aunque tenga que ser de proporciones simbólicas, porque la cohorte de los que podrían citarse sería ciertamente demasiado numerosa.

El regreso a las propias raíces

La motivación básica en algunos ha sido, lógicamente, pisar la tierra originaria de sus mayores, ver la casa solariega de sus padres, conocer a los familiares del mismo linaje todavía subsistentes, poner paisaje, tal vez, a los relatos familiares que alimentaron la imaginación infantil; es decir, la búsqueda de las propias raíces telúricas en el caso de los criollos o descendientes de linajes isleños emigrados a Ultramar.

[23] B. Porcel, *Les Illes encantades*, Barcelona, edics. 62, 1984, p. 195.

La relación de tales casos, podría ser, sin duda, interminable. Mencionemos, a título de ejemplo, a dos destacados visitantes de dos de nuestras islas, estudiados ambos en el pertinente lugar de esta obra. En el siglo pasado, David. G. Farragut, primer almirante de la Marina de Estados Unidos, llegó hasta Menorca (1868) en busca de sus raíces paternas, de su linaje de marinos afincados en Sineu. De cómo aquel prócer marino fue recibido en la isla, cuna de su padre Jorge Ferragut Mesquida, en Ciutadella —que le nombró «hijo adoptivo»— hablan bien la prensa local de la época, y hasta la nacional del país, puesto que el almirante llegaría a entrevistarse con la reina Isabel II. Aquel emocionante, para todos, reencuentro con la propia tierra originaria, está perpetuado en el monumento dedicado al marino americano-menorquín (emplazado ante el «Castell de Sant Nicolau», de Ciutadella), inaugurado en 1970, al cumplirse el centenario de la muerte del ilustre criollo menorquín.

Con parecidas finalidades de regresar a las propias raíces, viajó en nuestros días a Mallorca Sila M. Calderón, la que sería Ministra de Estado de Puerto Rico (1985). Habla ella misma de «su raza mediterránea», de su abuelo que era de Sóller y que a Sóller se dirigió acompañando a su madre, para conocer la tierra y sus familiares de la isla. Cuenta la impresión sentida cuando, en la villa de sus antepasados, llamaron a la puerta de una casa y al abrirse apareció «una mujer enlutada, sin pintar, de rostro sereno...y comprobar que era el mismo rostro de mi madre». Escueto relato que sintetiza, mejor que largas disquisiciones, el emocionante y vivo reencuentro con la propia raíz biológica mallorquina.

Poetas y escritores

Si el luminoso cromatismo de nuestras islas ha sido perenne atractivo y tradicional escenario de pintores, no menos atracción ha ejercido en escritores y literatos la belleza del paisaje insular y la plácida calma que, hasta no hace mucho, podía considerarse justamente característica de la vida del archipiélago. Lo cierto es que, o buscando sumergirse en la naturaleza insular, o persiguiendo el prometido sosiego para restaurar una quebrantada salud, o como contexto propicio para una inspiración creadora, arribaron a las islas en todo tiempo persona-

jes notables. Al tenernos que circunscribir ahora como poetas y escritores americanos en su condición de ilustres visitantes (y porque no se trata aquí de redactar una monografía emulando la excelente de Carlos Meneses: *Escritores latinoamericanos en Mallorca*[24], ni mucho menos de hacer la nómina interminable de la gira turística de grandes hombres de letras, sino dejar constancia simbólica de un fenómeno de relación sentimental y afectiva contemporánea), nadie podría dejar de recordar, al menos, algunos de los más destacados y resonantes escritores que visitaron nuestras islas.

Rubén Darío

El gran poeta nicaragüense (1867-1916), padre del modernismo, viajero incansable —El Salvador, Chile, España en la conmemoración del I Centenario del Descubrimiento, Estados Unidos, Argentina, Francia, de nuevo España, de nuevo Francia, etc., etc., viajes que nutrieron, entre otros, su libro *Tierras solares* (1903)— estuvo en Mallorca en dos ocasiones: en el invierno de 1906-1907, con su compañera Francisca Sánchez, y en 1913 (huésped del culto, magnánimo y brillante mecenas Juan Sureda Bimet y su esposa, la pintora Pilar Montaner Maturana, en su Palacio de Valldemosa) desde el 16 de octubre al 26 de diciembre.

De ambas estancias, sus versos o su prosa dejaron constancia expresa. Fruto del primer contacto con Mallorca son, por ejemplo, las estrofas dedicadas a los *Pájaros de las islas...*, que le sirvieron para elevar su mente a pensamientos trascendentes:

> ...Pájaros de las islas, ¡oh pájaros marinos!
> Vuestros revuelos, con
> ser dicha de mis ojos, son problemas divinos
> de mi meditación.
> Y con las alas puras de mi deseo abiertas
> hacia la inmensidad,
> imito vuestros giros en busca de las puertas
> de la única Verdad»

[24] C. Meneses, *Escritores latinoamericanos en Mallorca*, Palma, Ediciones Cort, 1974.

En otras ocasiones, su estro poético destilará el modernismo en conocidos versos descriptivos y eruditos relativos a las distintas islas de nuestro archipiélago:

> Plinio llama «Baleares funda belicosas
> a estas islas hermanas de las islas Pityusas.
> Yo sé que, coronadas de pámpanos y de rosas,
> aquí a un tiempo danzaron, junto al mar, las Musas.

En la *Epístola* versificada, dedicada a una dama, su canto en cambio, se quedará prendido en el azul prodigioso del cielo y de la mar isleños y en el recuerdo perfumado de las islas:

> Hay un mar tan azul como el Partenopeo
> Y el azul celestial, vasto como un deseo,
> su techo cristalino, bruñe con el sol de oro.
> [...]
> Y desde aquí, señora, mis versos a ti van
> polorosos a sal marina y a azahares,
> al suave aliento de las islas Baleares.

El recuerdo balear habría de acompañarle ya de continuo. Esta presunción se basa en el hecho no sólo de que regresaría a Mallorca años después, sino también en la confesada lectura habitual de nuestros poetas, como su amigo Juan Alcover, y en explícitas declaraciones periodísticas. En efecto, en los años que median entre sus dos estancias mallorquinas, en octubre de 1911, Rubén desde París envía un artículo al periódico bonaerense *La Nación* (que *La Almudaina* reproduciría el 4 de enero de 1912), en el que confiesa:

> En el parisiense día otoñal, cuando los fríos aires comienzan a arrastrar las hojas secas, he pensado en la isla en que pasara horas oro, en la clara y fragante Mallorca. He leído una vez más el libro armonioso y bello del buen poeta Juan Alcover «Cap al tard», y he recordado los amables diálogos, las cordiales conversaciones con él y otros compañeros de sueños y de versos que teníamos en la solar Palma, hace unos años...

Y tras reproducir en el periódico argentino *La Balanguera* de Alcover, Rubén termina el artículo expresando un anhelo que vería, en efecto, cumplido:

> ...Y pienso en que, Dios mediante, he de renovar mis impresiones de la villa dorada, las que tuve cuando contemplaba ardiendo en púrpura del poniente la catedral magnífica. O cuando pasaba a orillas de los precipicios, en Miramar...

Regresado en 1913 a la isla, de esta nueva estancia dejaría especial testimonio también en verso y en prosa. Hoy conocemos con particular detalle todo lo relativo a la situación física y moral del poeta que, en la isla, buscaba entonces reposo y curación. Aparte de las propias informaciones autobiográficas de Rubén [25], de lo contado —no siempre con fidelidad— por su amigo el poeta Osvaldo Bazil [26], de lo escrito por Juan Sureda [27], o por Juan Cabot Llompart [28], o de lo contenido en la citada obra de Carlos Meneses, hemos recuperado hoy vívidamente a *Rubén Darío en el recuerdo* gracias al delicado y excelente trabajo de María del Carmen Bosch Juan elaborado sobre fuentes inéditas, como el *diario* de Juan Sureda y unas *memorias* de su mujer Pilar Montaner [29].

Se nos devuelve al poeta recibido en Valldemosa con la magnificencia de sus anfitriones y los merecimientos de Rubén: «ramos de mirto alfombrando su paso desde la misma entrada del pueblo», «ramos de pino, a la usanza valldemosina, adornaban la puerta de Santa María y el claustro de la vieja Cartuja»... Los Sureda —culto señorío insular— cuidaron a su insigne huésped durante toda su estancia, pro-

[25] R. Dario, *La vida de Rubén Dario escrita por él mismo*, con su «Posdata, en España» (1914).

[26] O. Bazil, *Vidas de iluminación*, La Habana, 1932.

[27] J. Sureda, «Noticia de la vida y obra de Rubén Darío en Mallorca», *Revista*, número 14 (1946), pp. 30-44.

[28] J. Cabot Llompart, «Cuando Rubén estuvo en Mallorca», *Revista Balear*, 24 (1971).

[29] M. del C. Bosch Juan, «Rubén Darío en el recuerdo», en J. García Marín (coord.), *Mallorca y América. Del predescubrimiento hasta el siglo xx*, Palma-Madrid, Miramar Edics., 1990.

curáronle la tranquilidad, distracción —excursiones a Pollensa, Deyà, etc.— y el sosiego que buscaba el poeta y requerían sus deterioradas condiciones físicas y psíquicas; accedieron a cuanto apetecía, como traerle a un íntimo amigo, en cuanto un día solicitó Rubén «¡Que venga Osvaldo Bazil», cónsul entonces en Barcelona. Pero aunque, en tal contexto familiar e íntimo, el poeta trabajó, continuó correspondiéndose con sus amigos extraisleños, y aunque allí comenzaría su novela *La Isla de Oro. El oro en Mallorca*, los miedos y delirios que experimentaba (en un momento de remordimientos místicos vistió un hábito de cartujo, del que difícilmente lograron despojarle) y las crisis alcohólicas, que el poeta no sabía vencer, menguaron la fecundidad literaria y la eficacia terapéutica de aquella estancia isleña.

A su anfitrión Juan Sureda, y fechado en Valldemosa «invierno de 1913», dedicó Rubén *Los olivos*:

> Los olivos que tu Pilar pintó, son ciertos.
> Son paganos, cristianos y modernos olivos,
> que guardan los secretos deseos de los muertos
> con gestos, voluntades y ademanes de vivos. (...)
> Se han juntado a la tierra, porque es carne de tierra
> su carne; y tienen brazos y tienen vientre y boca
> que lucha por decir el enigma que encierra
> su ademán vegetal o su querer de roca.

En la citada novela mallorquina, Rubén hace un retrato de sus anfitriones: «el gentil homme, profundo lulista que es Juan Sureda» [30], y la «espiritual pintora... mujer suprema y comprensora del Arte..., todo bondad creadora, (que) me hizo muy bien con su palabra creyente» refiriéndose a Pilar Montaner. Y cabría destacar del libro las descripciones, coloristas y sensuales, del paisaje isleño (así *Sóller: azul, velas, rocas*) [31], porque testifican literariamente el despego del postromanticismo para sugerir claramente ya los caminos de la prosa actual, lo mismo

[30] R. Dario, *La Isla de Oro. El Oro de Mallorca.* (Edición, prólogo y notas de Luis Maristany), Barcelona, La novela corta, 1978, p. 173. En 1990 ha aparecido una nueva edición de la obra —presentándose como la primera— con una introducción de Antonio Piedra, Madrid, Mondadori, 1990.

[31] R. Dario, *op. cit.*, 1978, pp. 73 y ss.

que se aprecia también en el capítulo de la obra conteniendo su visión de George Sand y Chopin en la isla.

Inolvidable y ubérrimo legado a Baleares, en suma, del ínclito poeta nicaragüense, sangre de Hispania fecunda.

Miguel Ángel Asturias

El escritor guatemalteco (1899-1974) Miguel Ángel Asturias —cultivador de la novela, el teatro, la poesía y el periodismo, premio Nobel de Literatura 1967—, fue otro de nuestros grandes e ilustres visitantes hispanomericanos. En Mallorca estuvo con su mujer en 1969, impresionados por las bellezas del paisaje y socialmente agasajados en las navidades mallorquinas y fiestas de Nochevieja compartidas con sus amigos isleños.

Del entusiasmo que suscitó la isla al gran escritor es buena prueba el hecho de que, pasados algunos lustros, su viuda, doña Blanca de Asturias, siga frecuentando la isla. En su visita a Mallorca en el verano de 1990, ha recordado y confesado públicamente que ella y su marido «aquí fuimos muy felices». Recuerdos de aquella estancia hasta tal punto gratos y vivos que quiere perpetuarlos con una fundación cultural. Doña Blanca de Asturias declaraba a la prensa:

> Quiero instalarme definitivamente en la isla y establecer aquí una Fundación Miguel Ángel Asturias, porque mi marido... amaba Mallorca con una intensidad muy grande... A la Fundación destinaría todo lo que me ha quedado de Miguel Ángel, y todavía hay buena parte de su obra que está inédita. Este tesoro lo brindaría a la isla, y desde la estrella donde mi marido habita, seguro que él se pondría muy contento de que todo quedara aquí [32].

[32] *Diario de Mallorca*, 6 de julio 1990: art. de Iraburu, «Con el recuerdo de Miguel Ángel Asturias. La viuda del premio Nobel asistió a la fiesta de presentación del nuevo libro del escritor Biel Mesquida».

Jorge Luis Borges

Visitante ilustre y reiterado de Mallorca como Rubén Dario (e igualmente como él huésped de los Sureda en Valdemosa), fue el escritor argentino Jorge Luis Borges (1899-1986). Estuvo en la isla, por vez primera, con sus padres y hermana, entre marzo de 1920 y enero de 1921 [33]. Confesaría:

> Fuimos a Mallorca porque era barata, hermosa y difícilmente habría más turistas que nosotros. Vivimos casi un año en Palma y en Valldemosa, una aldea en lo alto de las colinas. [34]

En esta etapa, su hermana Norah, pintora, causó también en la isla un cierto impacto por el sentido de sus ideas y sus obras. Los amigos de Jorge Luis Borges y la prensa de la época, se hicieron también eco de ella: «pintora novísima y lírica adolescente emocionada» la llama Guillermo de Torre en la prensa de la época [35]. Encendidos elogios fueron dedicados a sus grabados en boj, que representaban, según los críticos, «posiciones y actitudes llenas de extravagancias que nos descubren un alma inquieta, amante de lo original, de lo nuevo, de un futuro...» (José Agustín Palmer) y la consideraron una artista que «rima con nuestros auguralismos de lucíferos renacentistas» (Guillermo de Torre). Reflejo, en suma, de toda una época de la sensibilidad local, y toda una curiosa reacción mallorquina suscitada por el contacto con personalidades extraisleñas y con estéticas vanguardias que influyeron en la isla, según estudiaron Damià Ferrá-Ponç y Damià Ponç.

Durante esta estancia en Mallorca, Jorge Luis Borges publicó dos poemas (*Catedral* y *Poema*) en la revista *Baleares* y firmó, con otros tres poetas de Mallorca, un Manifiesto Ultraista, que también se insertó en

[33] La información sobre la estancia en Mallorca en C. Meneses, *Escritores latinoamericanos en Mallorca*. Ciutat de Mallorca, Ediciones Cort, 1974; del mismo *Poesía juvenil de J. L. Borges*, Barcelona, José Olañeta, 1978.

[34] Confesión borgiana («Autographical notes» en *The New Yorker*, 19 de septiembre de 1970), traducida por José Emilio Pacheco en *La Gaceta* mexicana (octubre de 1971) y citada por C. Meneses, en *op. cit.*, p. 19.

[35] G. de Torre, «El Arte candoroso y torturado de Norah Borges», en *Baleares. Rev. decenal Ilustrada*, núm. 118, 30 de julio de 1920.

la revista mencionada [36]. Los poetas mallorquines de referencia eran Juan Alomar, Fortunio Bonanova y Jacobo Sureda.

De las indicadas composiciones mallorquinas de esta primera estancia (*Casa Elena* [37] y el poema *Catedral* [38]), puede decirse que en la primera —en que retrata una ciudad nocturna— el texto «rinde pleitesía a la moda ultraista, de la que renegaría después» [39]; en su poema *La Catedral*, el más conocido, describe

> Las olas de rodillas
> los músculos del viento
> las torres verticales como gritos
> la Catedral colgada de un lucero
> la Catedral que es una inmensa parva
> con espigas de rezos
> Lejos.
> Lejos
> los mástiles hilvanan horizontes
> y en las playas ingenuas
> las olas nuevas cantan los maitines
> La Catedral es un avión de piedra
> que puja por romper las mil amarras
> que lo encarcelan
> la catedral sonora como un aplauso
> o como un beso [40].

Borges llegaría de nuevo a Mallorca en 1980 —después de recibir, en Alcalá de Henares, el «premio Cervantes» (compartido con Gerardo Diego)— invitado por el diario *Última Hora*; en aquella ocasión le acompañó la que luego sería su esposa, María Kodama.

Presencia de ilustres visitantes, poetas y literatos, en nuestras islas. Simbólica solo, porque —aunque pudiera llegar a aumentarse eventual-

[36] C. Meneses, *op. cit.*, 1978, p. 19.

[37] Reproducida luego en *Ultra*, Madrid, 30 de octubre de 1921.

[38] Publicado en *Baleares*, 30 de enero de 1921.

[39] B. Porcel, «Els hostes honorables», en *Les Illes encantades*, Barcelona, eds. 62, 1984, pp. 210 y ss.

[40] Se publicó entre un «Poema» de Jacobo Sureda y el «Idilio» de Juan Alomar, dedicado al propio Jorge Luis Borges.

mente con los García Márquez, Vargas Llosa, Uslar Pietri, Ernesto Sábato, Roa Bastos, Octavio Paz... —se trata sólo de una muestra para testificar una relación sentimental y afectiva baleárico-americana, dejar constancia de una sintonía espiritual, reflejo de siglos de historia y de vida compartida que bien merece conservarse en nuestra conciencia colectiva, y trasmitirse a las generaciones futuras, como valioso patrimonio común.

V

LA RELACIÓN HISTORIOGRÁFICA. EL AMERICANISMO BALEAR ACTUAL

Introducción y caracteres generales

Los lazos históricos y humanos que ligan nuestro archipiélago con las tierras de Ultramar (hasta ayer, países de emigración de tantos miembros de nuestras familias buscando un mañana mejor); la indefinible, pero efectiva, presencia que América mantiene en el subconsciente colectivo insular (sin duda porque vislumbra en ella ocultas dimensiones y pruebas irrefutables de nuestra propia identidad comunitaria [1]) y que aflora intermitentemente en nuestras letras, desde las ilustradas de Antonio Raimundo Pacual i Fleixes [2] o Cristóbal José Cladera en el siglo XVIII [3], hasta las científicas recientísimas del profesor

[1] Una recientísima y expresiva prueba de esta conciencia social es el rótulo escogido por el periodista isleño J. Jaume «América, la otra historia de las Baleares» para titular una entrevista hecha a Román Piña Homs, que acuña la frase (*vid. Diario de Mallorca*, 12 de octubre de 1990, «Cultura» p. 3).

[2] Cisterciense, doctor y catedrático de Prima de Teología de la Universidad Literaria de Mallorca, de la Real Academia de la Historia y miembro de la Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País, escribió *Descubrimiento de la aguja náutica, de la situación de la América, del Arte de navegar y de su nuevo método para el adelantamiento de las Artes y de las Ciencias*. Madrid, en la Impr. de Manuel González, MDCCLXXXIX. *Vid.* portada en *Notas de Bibliografía mallorquina sobre América*, Palma de Mallorca, 1953, editada con motivo de la Fiesta del Libro del citado año.

[3] El ilustrado cronista de la Ciudad de Mallorca, C. J. Cladera i Company (Sa Pobla, 1760-Ciutat de Mallorca, 1816) es el conocido editor del *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en España*. Suyas son unas *Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos de los españoles en el Mar Océanico en el siglo XV y principios del XVI*. En respuesta a la Memoria de Mr. Otto, sobre el verdadero Descubridor de Améri-

Guillem Mateu [4], pasando por las de Juan Llabrés [5], o Font Obrador [6], o Damián Barceló [7], o J. Castellar-Gassol [8], por citar sólo algunos hitos entre tantos otros; las muestras de reconocimiento oficial —aludidas en el capítulo anterior— que, desde el otro lado del Atlántico, expresan admiración por la acción transoceánica de nuestros antepasados, y que tienen la virtud de conservar palpitante la memoria de una secular y afectiva relación histórica...; son algunos de los componentes explicativos, sin duda, del impulso —quizás a veces inconsciente— que afortunadamente ha mantenido vivo el rescoldo y ha llevado a definir en nuestros quehaceres intelectuales una atención cada vez más abierta hacia América.

En cualquier caso, la empírica existencia de una dimensión americana dentro de la actividad historiográfica de nuestras islas, es hecho que —en cuanto relación intelectual con el Nuevo Mundo, equiparable a las demás indicadas en capítulos precedentes— impone abordar el cierre de la presente obra sobre Baleares y América con una referencia al actual americanismo de nuestras islas.

Contemplado con mirada de conjunto, este americanismo historiográfico balear muestra varios rasgos, diríanse caracterizadores, del hecho intelectual que implica. Arguye, en primer lugar, que los indicados posos subconscientes —precipitados en el fondo de nuestro ser por los lazos seculares del archipiélago con los mundos ultramarinos— están subiendo a la superficie de una contemplación científica, y son hoy objeto de conceptualizaciones directas y sistemáticas.

ca. Por Don Christobal Cladera, Dignidad de Tesorero de la Santa Iglesia de Mallorca, Madrid MDCCXCIV, por don Antonio Espinosa, calle del Espejo.

[4] G. Mateu, «América: Ciencia y redescubrimiento», en *Diario de Mallorca,* 14 de septiembre 1990, p. 18.

[5] J. Llabrés, entre otros muchos trabajos, por ejemplo, *Menorca y la escuadra norteamericana en el siglo pasado, 1825-1830.* Palma de Mallorca, 1971.

[6] Tan profusamente utilizado aquí por ser uno de nuestros primeros juniperianos y al que, por lo mismo, el americanismo balear le debe reservar un lugar y una obligada referencia, que aquí se da más adelante.

[7] D. Barceló Obrador, *Desde las Españas de América. Cartas a Antonio. Notas sobre una nueva política de España en Hispanoámerica.* Palma de Mallorca, Gráficas Miramar, 1979. (Cartas desde Brasil, Uruguay, Argentina, Perú, Venezuela, Santo Domingo, Chile, Panamá, Costa Rica, México, Puerto Rico, pp. 25-426).

[8] J. Castellar-Gassol, *La conxorxa americana,* Palma de Mallorca, Ed. Moll, 1987, Bibl. «Raixa», núm. 141.

En segundo término, que nuestra actual corriente americanista así perfilada, está definida por el hecho de formalizarse normalmente en torno al estudio de aspectos específicos, monográficos, de aquella relación histórica; dentro de este monografismo está, con lógica y abrumadora dominante, el estudio de la acción misional y civilizadora de nuestros religiosos en el Nuevo Mundo: el aspecto cualitativo, sin duda, más destacado del despliegue balear ultramarino.

En tercer lugar, es también un hecho registrable que se están consolidando hoy nuevos campos de consideración —el económico-mercantil, el político, el jurídico, el científico, el emigratorio...— y, por lo mismo, puede darse actualmente el fenómeno de aparición de promotores —oficiales o privados— coordinando investigaciones o compilaciones de trabajos americanistas: indicador inequívoco de una progresión creciente de sensibilidades e intereses en el proceso de conceptualización de la relación histórica de antaño...

Cabe esperar que, por semejante camino de progresivas ampliaciones monográficas y patrocinios institucionales, pueda desembocarse algún día en un americanismo balear hecho desde la clara conciencia de las dimensiones generales y de la importancia intrínseca del fenómeno histórico de nuestra relación con Ultramar. En tal sentido, si se admitiera que estas páginas pueden revestir algún mérito, al autor le gustaría pensar que se atribuyera a la concreta arquitectura, o estructura orgánica, inventada para articular en el presente libro —creo que por vez primera en nuestras letras regionales— los diversos y plurales aspectos de la relación histórica Baleares-América en una construcción de conjunto. Pensó que ésta era ocasión para que su personal organización de materiales —cualesquiera que fueran las ausencias que pudieran advertirse en su contenido— tratara de funcionar como un inicial ensayo del americanismo balear para llevar a la conciencia social la importancia y extensión de las implicaciones de la relación con América como parte sustancial y explicativa de la propia identidad histórica balear.

Con estas indicaciones por delante, se trataría ahora de presentar una lista nominal, bio-bibliográfica, simbólica, de quienes, con su amoroso esfuerzo en el estudio de cuestiones relativas a las tierras transoceánicas, constituyen la galería baleárica más inmediata, visible y última del americanismo insular de nuestros días.

Dado que los criterios para la presentación de los representantes de este americanismo isleño pueden ser diversos, y habida cuenta de la

indicada dominante monográfica de los aspectos cultivados por cada autor, parece aconsejable apelar al principio temático como base de sistematización de las referencias americanistas y biográficas en esta parte final de la obra.

La promoción institucional y privada actual del americanismo balear

Sin desconocer la labor —de largo alcance americanista de añejas y beneméritas instituciones, como el «Museo de fray Junípero Serra» de Petra —coordinador de tantas encomiables iniciativas sociales en la promoción del conocimiento y relación con América— y sin minimizar tampoco otras entidades —similares en espíritu, finalidades y logros— se trata ahora de registrar, como encabezamiento, los actuales y más recientes hechos institucionales y privados de promoción de la atención americanista en Baleares.

En este sentido, cabe mencionar, en primer término, que, relacionadas de manera inmediata con la conmemoración centenaria del Descubrimiento en 1992, han surgido iniciativas de fomento del conocimiento de las relaciones históricas entre Baleares y el Nuevo Mundo.

La Comisión balear para el V Centenario

Iniciativas oficiales, por de pronto, como la formalizada con la creación de la Comisión Balear del V Centenario. Presidida por las autoridades del Gobierno Balear, asume las funciones de coordinador general el profesor Román Piña Homs y agrupa a representantes de las Direcciones Generales de Cultura, Educación, Turismo y de las Comisiones culturales de los tres Consejos Insulares, del Parlamento, la Cámara de Comercio, Industria y Navegación, de la Universidad de las Islas Baleares y de los Obispados de las distintas Islas, así como a diversos cultivadores de temas americanistas (a los cuales, por lo mismo, será forzoso referirse luego individualmente: Piña Homs, Font Obrador, Nito Verdera...).

Desde el punto de vista científico, tiene constituidas tres Comisiones («Descubrimiento» [9], «Colonización» [10] y la de «Balears i América avui» [11]), y la programación general de sus actividades abarca la realización de actos conmemorativos, exposiciones, congresos y seminarios, cursos, conferencias, publicación de investigaciones, así como la materialización de aquellas propuestas sociales que pudieran cristalizar en entidades culturales permanentes y efectos duraderos (Museo Marítimo, hermanamiento de ciudades, etc.), en orden a la promoción del conocimiento histórico y creación de relaciones con América.

Los promotores individuales

Junto a estas iniciativas institucionales, no puede silenciarse tampoco la acción de promotores individuales, coordinadores de acciones y financiaciones oficiales. En este sentido el nombre de Jesús García Marín —joven universitario de inquietudes, sensibilidades, capacidades, iniciativas y publicaciones múltiples— merece aquí un subrayado especial. Aparte de que su comprensión de lo que debía hacerse en el presente trance conmemorativo benefició a estas mismas páginas con una generosa colaboración informativa —muy difícil de agradecer adecuadamente— ha desplegado, por su parte, una labor de promoción periodística y editorial de eficaz e importante alcance americanista.

Miembro fundador de la Sociedad Española de Bibliografía, creador (con Camilo José Cela) de la revista *Taula. Cuadernos de Pensamiento* —es premio Ciudad de Palma de Rehabilitación histórico-monumental—, y su amplio espectro de intereses de naturaleza cultural [12], le ha

[9] Presidida por la Dra. María Barceló i Crespi, y formada por Joan Verdera Escandell, Gabriel Rabassa Oliver, Antoni Mut Calafell, Gabriel Llompart y Xabier Pastor.

[10] Coordinada por el doctor Font Obrador y constituida por Bartomeu Rotger Amengual, Jaume Cabrer, Joan Planells y Joan Prats.

[11] Coordinada por el doctor Jaume Enseyat i Julia e integrada por Joan Morell, Joan Fuster, Gerardo Malvido, Gabriel Barceló y Marià Torres.

[12] Van desde la rehabilitación del casco antiguo palmesano, hasta la presentación de exposiciones pictóricas, pasando por Ramón-Llull en el ámbito de la cultura mediterránea, la tipo-bibliografía del siglo XVI mallorquín, fray Junípero Serra (*Diario de Mallorca*, 25 XII. 1988), el siglo XVIII mallorquín, la poesía de Guillem Colom o de Antonio Colinas, la literatura de viajes, el cine, la exposición «Palma y el Mar» (del Castillo de Bellver, julio-septiembre de 1990), etcétera.

llevado a actuar en diversos frentes y géneros intelectuales, desde la entrevista periodística de carácter analítico —hecha a destacados escritores y científicos con objeto divulgativo [13]— hasta abordar una amplia gama de temas y problemas de la historia, de la cultura y la vida mallorquinas. A nuestro objeto, debe destacarse muy especialmente que, como director de Ediciones Miramar, ha asumido el espíritu y la coordinación de la obra *Mallorca y América. Del predescubrimiento hasta el siglo xx* [14], que compila trabajos de Manuel Alcover, María del Carmen Bosch Juan, Félix Carmona Moreno, Bernardo Cifre, José María Cortés Verdaguer, Jaume Grau Amengual, Gerardo Mora Ferragut, Guillem Morro Veny, Antoni Picazo Muntaner, Juan Roselló Lliteras, Josep Segura i Salado, J. M.ª Tejerina, Bartomeu Tous, Trias Mercant... Nombres de intelectuales mallorquines que, con todo merecimiento, se registran aquí ya como componentes de una corriente actual de creciente y riguroso cultivo de temas americanistas de carácter local.

Introducidas estas sucintas precisiones sobre las últimas acciones generales de promoción y primeras nominativas del cultivo americanista insular en marcha, y a pesar de que, en el cuerpo y en los lugares pertinentes de la presente obra, se hayan incorporado ya las aportaciones de estos tratadistas mencionados como las de los antiguos, resulta conveniente completar el cuadro trazando un breve panorama orgánico del americanismo balear de nuestros días —en términos ahora de grandes temas cultivados—, para poder apuntar algunos rasgos biobibliográficos de otros autores, en quienes hoy por hoy, puede simbolizarse la actividad historiográfica en los diversos temas de referencia.

[13] En el suplemento «Zona Cultural» del *Diario de Mallorca*, especialmente, comprendido, entre otros, al padre Miguel Batllori, Juan Pérez de Tudela, Bonner y Badía, Gerardo Dicrola, Juan Cuerda, etcétera.

[14] En prensa, cuando se escriben estas páginas y prevista en dos tomos para aparecer, a fines de 1990, en Palma-Madrid, Miramar Ediciones, con la ayuda del Instituto de Cooperación Iberoamericana, el Ajuntament de Palma, y la Comisión del V Centenario.

El americanismo colombinista

Y en la línea de los indicados propósitos, la lógica histórica compele a mencionar, en primer lugar, el americanismo balear actual de tema colombino.

El problema de la patria del descubridor de América constituye la parcela que ha atraído apasionadamente desde hace tiempo a algunos de nuestros estudiosos –los hemos citado en el correspondiente lugar– con objeto de sostener la hipotética naturaleza balear de Colón. Habrá de reconocerse que es la dirección de estudio que más moral exige a sus cultivadores en cuanto que, a las dificultades de documentación para enfrentarse con el atractivo, tenaz y apasionante misterio del nacimiento del almirante, se suman las psicológicas de toparse con una presumible y abundante cosecha de escépticos, resultado quizás compensable con la gratificante seguridad de producir, sin embargo, resonancias periodísticas de no poco voltaje.

Es obvio que la subsiguiente referencia a los recientes americanistas defensores de la hipótesis balear de Colón no puede hacerse sino, por un lado, salvando el aprecio que merece todo empeño y esfuerzo personal, ilusionadamente perseguido durante años, aunque ello no alcance a convencer sobre los supuestos históricos sustentados; y por otra parte, omitiendo ahora las argumentaciones de sus obras ya que sus contenidos han sido sintetizados antes. Aquí sólo cabe ofrecer, pues, datos personales y bibliográficos de los más recientes cultivadores de esta dirección de estudio y así ofrecer un mejor conocimiento personal de quienes, con expresa deliberación o sin ella, están manteniendo con sus trabajos una importante, viva y deseable inquietud intelectual de relación con el pasado común de las que un día fueron Españas ultramarinas.

Y en esta línea de propósito, cabe aludir, de una parte, a Jaume E. Amengual, nacido en la localidad mallorquina de Selva en 1955. Es licenciado en Filología e Historia por la Universidad Central de Barcelona [15]. Ha profesado la lengua catalana en el Colegio de La Salle

[15] Datos publicados por la prensa balear a raíz de la presentación última y pública de las obras del autor, Assí *Estudis Baleàrics* (6 de septiembre de 1990) y *La Prensa de Ibiza* (9 de septiembre de 1990).

de Inca y ha sido igualmente profesor del Departamento de catalán en la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de EGB de la Universidad de Barcelona; asumió igualmente funciones de técnico lingüístico en la Universidad de las islas Baleares.

Con independencia de algunas publicaciones de carácter histórico [16], fue su interés filológico —despertado por los escritos de Colón, plagados de catalanismos— de donde derivó la decisión de abordar la cuestión de la naturaleza mallorquina del descubridor. Sus libros colombinistas —como se ha indicado en su lugar— llevan por título *El Descubridor del Nuevo Mundo* y *La verdad de Joan Colom*, ambos aparecidas en septiembre de 1990.

Juan Verdera Escandell (Nito Verdera) —el estudioso de la cuestión colombina desde la hipótesis del ibicenquismo del almirante— nació en Ibiza el 24 de agosto de 1934. Profesionalmente es Piloto de Primera de la Marina Mercante, diplomado universitario y periodista. Abandonó la mar en 1964, pero sus conocimientos náuticos, las numerosas ocasiones que, en calidad de marino, cruzó el Atlántico y navegó por el Caribe —incluyendo una dilatada y decisiva estancia en La Habana— le permitieron compilar información e iniciarse en la investigación de referencia.

En su empeño de documentarla, y en el ejercicio de su profesión periodística, ha recorrido miles de kilómetros para entrevistar especialistas, consultar archivos europeos y americanos y contactar con técnicos que podían documentar, por ejemplo, los indicios de la ascendencia mosaica de Colón y otros aspectos pertinentes a su argumentación y planteamientos. Las informaciones acumuladas fueron vertidas luego en diversos artículos, desarrolladas en su opúsculo *Cristòfor Colom fou eivissenc* (Ibiza, 1982) y su libro *La verdad de un nacimiento. Cristóbal Colon ibicenco* (Madrid, Caydeda, 1988).

[16] Así su artículo «Selva a l'any 1400» y el estudio «Notes històriques de Selva durant l'Edat Moderna» (que fue Primer Premio de Investigación «Jaume Lladó Ferragut» de Selva).

Lingüística y etnología de los pueblos americanos

Los aspectos culturales definidores del aborigen americano —temprano objeto de estudio ya de nuestros misioneros, como indicamos en su lugar pertinente— constituyen parcelas científicas cuyo estudio ha suscitado el interés de algunos de nuestros paisanos y su labor ha supuesto matizar el americanismo balear en tales direcciones.

El americanismo vivido y filológico del jesuita ibicenco padre Guasch

Miembro de la Compañía, el ibicenco padre Antoni Guasch i Bufí, por su extraordinaria trayectoria misional e intelectual, parece una figura puesta en nuestra propia contemporaneidad, pero arrancada de entre las filas de los hijos de San Ignacio que, en Extremo Oriente y en el Paraguay, antes de su expulsión de España en el siglo xviii, dejaron la huella de su espíritu apostólico y de su intelecto científico.

El padre Guasch nació en Santa Eulalia del Río (Ibiza) el 4 de mayo de 1870. Procedía de una familia acomodada, («Ca'n Ros»), propietaria de fincas rurales situadas entre el actual «Puig de Missa» y la desembocadura del río (huertos y molinos de las márgenes fluviales) y, por tanto, poseedora de bienes raíces y de destacados elementos económicos del lugar. Zona y valiosas posesiones que los mismos propietarios —encuadrados antaño en «las milicias de la tierra», y mandadas en aquella área santaeulaliense normalmente por alguno de sus antepasados— defendieron, durante siglos, de las incursiones de piratas moros, turcos y berberiscos.

En todo caso, lo cierto es que, abandonando esta acomodada situación familiar por el cultivo intelectual y la vocación religiosa, nuestro personaje hizo sus estudios en el Seminario de Ibiza —regentado entonces por la Compañía de Jesús— y en el Colegio de Gandía vivió su noviciado. Estuvo también en el Colegio Máximo de Valkenburg (Holanda), y destacó pronto por sus excepcionales saberes filológicos, que le habrían de llevar a ocupar sucesivos puestos docentes.

A lo largo de su dilatada vida, y de la movilidad geográfica que las misiones encomendadas por la Compañía de Jesús le proporcionaba, fue profesor de alemán en el Colegio «Sagrado Corazón» de Barcelona, profesor de la Universidad Católica de Tokio y profesor de

Latín en el Seminario Metropolitano de Buenos Aires. Todo ello alternando con períodos de su vida que, siguiendo las huellas misionales de su antecesor en la Orden, San Francisco Javier, había de misionar en Extremo Oriente: estuvo en Filipinas, Japón, las Islas Carolinas... y en América, en Paraguay.

Sus excepcionales saberes filológicos y su enorme facilidad lingüística le permitieron el dominio de, además de sus idiomas nativos españoles, hablar y escribir las lenguas europeas modernas (alemán, inglés, francés, italiano, portugués) y el hebreo, griego, latín, japonés y guaraní.

El padre Guasch constituye, pues, ejemplo de un americanismo forjado con su propia existencia y a pie de obra. Relato de su vida apostólica y filológica parece ser un interesantísimo manuscrito, aún inédito y guardado hoy en el archivo familiar, especie de *Memorias* sobre su dilatada trayectoria religiosa, misional y docente por Extremo Oriente y América, manuscrito que no ha sido posible utilizar.

Y fruto de la indicada preparación filológica y de sus múltiples saberes lingüísticos son una *Gramática Latina*, una *Antología Latina*, un *Método de Alemán*, y, lo que ahora importa de manera especial, investigaciones sobre lenguas indígenas americanas que fructificaron en la composición de un renombrado estudio gramatical y léxico con el título de *El idioma guaraní*, obra que le alinea entre los beneméritos religiosos que salvaron para el mundo científico el conocimiento de idiomas prehispánicos.

Murió en Sevilla a los 86 años, el 22 de julio de 1965.

El ibicenco Angel Palerm, profesor de Antropología americana

Angel Palerm i Vich nació en Ibiza el 11 de septiembre de 1917. Hizo sus primeros estudios y comenzó igualmente los secundarios en el Instituto de su isla natal. Sus compañeros le recuerdan

> prim, pitafonat, sense barba; rostre petit i pàlid, rematat amb un sòlid mentó. Llevors ja duia ulleres de gruixuts cristals... Gran lector, alternava la literatura juvenill de lluita y aventura amb llibres politics. Es deia anarquista; els noms de Bakunin y Kropotkin eran sovint en boca

seua. Estava desasitit de la fe religiosa i buscava afanyosament raons per el seu ateism [17].

En tales condiciones personales no puede sorprender que fuera uno de los activistas revolucionarios de la CNT-FAI ibicenca [18] y que, cuando la guerra civil de 1936 le sorprende en Barcelona, miembro de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), aparezca como combatiente en diversos frentes de la contienda.

Al terminar ésta, su partisano y comprometido historial le aconsejó el exilio, que viviría en México y esto le llevaría a adoptar la nacionalidad mexicana. Allí haría una brillantísima carrera universitaria [19], jalonada por la licenciatura en historia (1949), el ingreso en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (en la cual obtiene la maestría en etnología —1952—, por el doctorado en Planificación Social en el Instituto de Planificación Regional del Perú (1952), profesor de Antropología de la American University (Washington, 1960-65), doctor en Ciencias Sociales (Washignton, 1962) y regresado a México, por la Cátedra de Antropologia Social en la ENAH, y en la Escuela de Antropología de la UIA [20], después de haber sido ayudante ejecutivo del Secretario General de la OEA, profesor visitante de diversas Universidades (San Marcos de Lima, Texas, Complutense de Madrid, etcétera.)

Siguiendo líneas de investigación etnológica y antropológica de campo, influenciadas por maestros tales como Martínez de Río, Julián H. Steward, Paul Rivet, Jacques Soustelle, Ralph Beals, George M. Foster, Wittfogel, etc., Angel Palerm condujo investigaciones etnográficas en zonas como la falda norte de Puebla y el valle de México, y en otros diversos parajes (región totonaca de Veracruz, Huasteca, Texcoco, Guatemala, Perú, Chiapas, etc.), lo que le permitió modelar una teoría

[17] E. Fajarnes Cardona, «El meu amic Angel Palerm», en *Història i Antropologia. A la memòria d'Angel Palerm*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1984, p. 96.

[18] *Vid.* la relación de sus colaboraciones periodísticas, anónimas o firmadas con pseudónimo («Angel Palerm, articulista anarquista»), en la citada obra *A la memoria de Angel Palerm*, Publicacions de l'Abadia de Monserrat, 1984, pp. 87-94.

[19] La resumió y valoró G. Aguirre Beltrán, en la «Necrología de Angel Palerm», publicada en *America Indigena*, México, 1981, núm. I, pp. 151-162 (reproducida en el citado tomo homenaje de la Abadía de Montserrat, 1984, pp. 7-20).

[20] Sus cursos y lecciones fueron luego recogidas en su *Introducción a la teoría etnológica*, México, 1967.

de la civilización, que expondría en numerosas comunicaciones a congresos (de americanistas, Puerto Rico, Harvard, Chicago, Brasil, etc.), artículos y obras [21] sobre agricultura y desarrollo de la civilización, de inspiración marxista, que aparecen animadas por el deseo de ligar la investigación social y la praxis política [22].

En la profesión etnológica, se le considera maestro de las generaciones de antropólogos sociales de los últimos lustros. Moriría en el año 1980.

El antropólogo y profesor menorquín Joan Comas i Camps

Perteneciente cronológicamente a otra generación, pero con vicisitudes históricas en algunos aspectos similares a las de Angel Palerm, el menorquín Joan Comas i Camps se alinea por derecho propio en este mismo apartado de la etnología y antropología americanista profesada por baleáricos.

Nacido en Alaior (Menorca) en 1900, se trata de un destacado pedagogo cuyos relevantes méritos le llevaron a la Inspección de Enseñanza Primaria de Baleares a los veintiún años, cargo y función que desarrollaría hasta 1936, compaginándola con investigaciones sobre Pedagogía y estudios antropológicos y arqueológicos locales. Buen testimonio de ello son sus publicaciones sobre «colonias escolares» [23], y sus destacados estudios de los megalitos menorquines [24].

Su vinculación al americanismo balear de nuestros días vendría a consecuencia de sus relaciones y cargos políticos. En 1938 la República le nombró Secretario General del Ministerio de Instrucción, y al terminar la guerra civil española en 1939, se exilió a México.

[21] Una enumeración exhaustiva de sus trabajos propios, o en colaboración (más del centenar), en *Història i Antropologia a la memòria d'Angel Palerm*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1984, pp. 512-526.

[22] Estas interpretaciones pueden verse en Aguirre Beltran, en *art. cit.* y en la propia *Antropología y marxismo*, de A. Palerm, su última obra, aparecida en México, Nueva Imagen, 1980.

[23] J. Comas i Camps, *Cantinas y Colonias escolares*, que vio la luz en 1935.

[24] J. Comas, *Aportaciones al estudio de la prehistoria de Menorca*, aparecida en 1936.

En México desarrollaría estudios especializados en antropología y etnología, llegando a ocupar la Cátedra de Antropología Física General en la Escuela Nacional de Antropología (1941-1959). Simultáneamente fue Director del *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana* (1945-1952), miembro del consejo director de Instituto Indigenista y profesó en la Universidad Autónoma de México.

En términos científicos y americanistas, su etapa mexicana se caracteriza por sus estudios de antropología humana. Los vertió en una obra de conjunto, que posteriormente sería traducida al inglés [25] y se especializaría en temas raciales, base de sus diversas y más conocidas publicaciones [26].

El americanismo balear de tema misional

Sin duda éste es el campo más roturado lógicamente del americanismo balear y en el que se cuenta, por lo mismo, con monografías más importantes y extensas, entre las que debería destacarse la notable y recientísima del padre Gili i Ferrer sobre *Antoni Llinás, missioner de missioners*, aparecida en 1990. Pero por la insistente fijación en el tema, por la polarización en la figura decisiva y por la dedicación personal y social a su exaltación, habría que considerar estrella del americanismo balear en este campo al doctor Bartolomé Font Obrador. Lo avalan, en efecto, sus investigaciones archivísticas, el número de sus publicaciones al respecto, pero también el conocimiento directo de los escenarios misionales de actuación de los evangelizadores baleares; todo lo cual le otorga, en suma, una obligada presencia y un natural protagonismo en cuantos organismos y actos sociales se relacionan con estas cuestiones histórico-misionales. Por otro lado, él las ha asumido vocacionalmente y convertido en base de un activismo personal, ejercido desde la dirección de instituciones o entidades conmemorativas y las ha aplicado a la promoción de relaciones fraternales balerárico-americanas.

[25] J. Comas, *Manual de Antropología física*, México, 1957; traduc. inglesa en 1960.

[26] Entre ellas, *¿Existe una raza judía?* (1941), *Las razas humanas* (1955), *La educación ante la discriminación racial* (1958), *Unidad y variedad de la especie humana* (1967), *Vid.* JMC en *Enciclopedia Catalana*, s. v., pp. 374-375.

Nació en Llucmajor el 28 de noviembre de 1932 («sagitario» como el propio Junípero Serra, personaje central de sus desvelos historiográficos); hizo el bachillerato en el Colegio de Segunda Enseñanza de su localidad natal, en la que tempranamente recibió la influencia de conocedores y entusiastas de fray Junípero, como el padre Miquel Caldentey i Vidal, a su vez inscrito en una corriente de estudio que tiene nombres tan relevantes al respecto como Mosén Francesc Torrens i Nicolau.

Su formación universitaria e investigadora está ligada a sus maestros de la Universidad de Barcelona, Luis Pericot y Jaime Vicens Vives; si con el primero pudo entusiasmarse trabajando en los yacimientos prehistóricos del abrigo Romaní, en Capellades, de la Torre dels Encantats, en Arenys de Mar, en Ampurias, etc., y le escuchó sus magistrales lecciones sobre la América indígena, las vivas lecciones de Vicens Vives «en el aula de la torre» del Alma Mater catalana, recogiendo las renovadoras corrientes de la historiografía ultrapirenaica; le habrían de llevar a trabajar en los fondos archivísticos locales y notariales, de los que saldría su voluminosa *Historia de Llucmajor*[27]. Investigaría luego en las series documentales del Archivo General de Indias de Sevilla para la elaboración de su tesis doctoral («Contribución mallorquina al conocimiento de los indígenas de California» [28]), que marcaría ya su principal línea de dedicación americanista: la obra apostólica y civilizadora de los mallorquines en Nueva España, especialmente las misiones de California.

Entre su producción escrita debe citarse *El Padre Boscana, historiador de Californa* (Palma, 1966), que incluía la transcripción de un manuscrito original conservado en la Biblioteca Nacional de París; «El marc familiar del Bisbe Verger» (Santanyí, 1986), y sus diversas publicaciones juniperianas —relacionadas y utilizadas ampliamente en la parte correspondiente de la presente obra— entre las que cabe subrayar las últimas tituladas Juníper Serra (Palma, Ayuntamiento, 1988), *Juníper Serra. Les Balears i el Nou Mon* (Palma, Sa Nostra, 1989), *Junípero Serra. Sus albores* (Palma, Consellería de Cultura del Govern Balear, 1988), *El Camino Real de Serra* y *La Gesta Juniperiana* (en *Verdad y Vida*, Madrid, XLVII, números 186-187, 1989), etcétera.

[27] Font Obrador, *Historia de Llucmajor*, en 5 vols.
[28] La Universidad de Barcelona publicó un resumen en 1968.

Después de haber sido director del «Museo fray Junípero Serra» de Petra —aglutinador del americanismo mallorquín, según se ha destacado antes— es actualmente vicepresidente de «Amigos de Junípero Serra» —el organismo animado un tiempo por los beneméritos Antoni Bauçà i Roca y Miquel Ramis Moragues o Dina Moore Bownden— revitalizador del citado Museo, así como presidente de la Sección Juniperiana del Círculo de Bellas Artes palmesano, situado en el Palacio Balaguer y miembro destacado de la Comisión Balear del V Centenario.

En el haber de Font Obrador figurará justamente haber logrado formalizar la hermandad entre Petra y Capistrano, la de Petra-Jalpan (Querétaro), la de Inca y Lompoc, la de Palma-San Francisco, la de Llucmajor-San Gabriel, la de Porreres-Pátzcuaro... En tales condiciones no puede extrañar que recibiera el título de Ciudadano Honorario de San Gabriel de Los Ángeles, y que ejerciera un relevante papel en la pasada celebración nacional del bicentenario del padre Serra, así como en la comisión insular que asistió a la beatificación romana del apóstol de California [29].

Los aspectos jurídicos y políticos en el americanismo balear

En la indicada ampliación actual de intereses científicos dentro del americanismo balear, se percibe hoy también el cultivo de aspectos jurídicos, políticos y administrativos hasta ahora en gran medida marginados. En estas direcciones de estudio debe mencionarse especialmente la labor del profesor Román Piña Homs, catedrático de la Universidad de las islas Baleares y actual Coordinador General de la Comisión Balear para el V Centenario del Descubrimiento de América.

[29] Como complemento de lo dicho, cabe añadir que, además de licenciado de Filosofía y Letras, Sección de Historia (1959) y doctor (1968) por la Universidad de Barcelona, es cronista oficial de Llucmajor (1966), Miembro de Honor de la Asociación Amigos de fray Junípero Serra de Petra (1967), Correspondiente de la Real Academia de la Historia (1967), Premio Ciudad de Palma (1968), Vocal permanente del Consejo Rector del Estudio General Luliano (1972), «Magister» de la Maioricensis Schola Lullistica (1975), Ciudadano Honorario de San Gabriel, California (1976), Correspondiente de la Real de Bellas Letras de Barcelona (1975), Director del Museo fray Junípero Serra de Petra (1976), Cruz de la Orden de Isabel la Católica (1977), etcétera.

Nacido en Palma en febrero de 1937 y licenciado en Derecho por la Universidad de Barcelona —en la que igualmente se doctoró— Piña Homs obtuvo la Cátedra de Historia del Derecho en 1987, después de una amplia labor universitaria, en su condición de secretario general del Patronato de Estudios Universitarios de Baleares, y de haber sido recibido como «Magister» de la Maioricensis Schola Lullistica. Es correspondiente de la Real Academia de la Historia y miembro de la Comisión de Juristas encargada de revisar la Compilación del Derecho especial de las Baleares.

En su condición de estudioso del Derecho Indiano, ha impartido cursos y conferencias en Berkeley (1987), Querétaro (1989), Univ. Pontificia de Lima (1989), Univ. de Buenos Aires (1989), etc. Y entre sus publicaciones de tema americano cabe recordar El magisteri de Juniper Serra a la Universitat de Mallorca (en *Rev. del Centre d'Estudis Teológics*, 37-38, 1985), «Catalanes y mallorquines en la fundación de California» (Barcelona, 1988), Juan Picornell, de maestro reformista a líder revolucionario» (en *Masonería, Política y Sociedad*, t. II, Zaragoza, 1989). Tiene en prensa estudios sobre «Gobierno y administración de justicia en la génesis de la Nueva California», «La condición jurídica de español, producto del Derecho de Indias», etcétera.

El conocimiento historiográfico de las relaciones mercantiles con América

Las relaciones mercantiles de Baleares con América —sintetizadas en los capítulos correspondientes de la presente obra— representan otra de las direcciones nuevas de preocupación historiográfica en el americanismo balear de hoy. Y en este campo (como habrá podido deducir el lector de la continua apelación hecha a su obra) debe citarse en justicia el nombre de Carles Manera Erbina.

Su extremada juventud le impide aún ser titular de la dilatada biografía académica que promete, y hasta se diría que le ha propiciado —cuando ejerce interpretaciones personales fuera de su campo de especialización— a ser objeto de las habituales colonizaciones ideológicas con que natura parece sorprender los pocos años cumplidos, especialmente si han transcurrido antes de la caída del muro de Berlín. Pero los datos investigados y publicados sobre el comercio balear con Amé-

rica, le han constituido ya en autoridad y referencia obligada en esta materia mercantil, y a ella se ha apelado aquí, abierta y justamente, al tener que trazar el cuadro de las relaciones histórico-económicas entre Mallorca y el Nuevo Mundo.

Alumno de la Universidad de las Islas Baleares, hizo su graduación en la Facultad de Filosofía y Letras, obteniendo el grado de licenciado (1983) con el estudio titulado *El comercio colonial mallorquín*, todavía inédito. Sus artículos aparecidos en diversas revistas históricas [30] le permitieron ir perfilando aspectos del tema central de su memoria de doctorado formalizada luego en el libro *Comerç i capital mercantil a Mallorca, 1720-1800* [31].

A Carlos Manera le debe el americanismo balear actual la roturación del campo virgen que prácticamente era el comercio con América. Con sus aportaciones de primera mano, ha contribuido a llenar de contenido histórico unas actividades desconocidas, dar a conocer los agentes mercantiles que las protagonizaron, valorar sus efectos sobre la economía mallorquina y operar la destrucción empírica de algunos errores generalizados sobre la exclusión de las islas de la relación con Indias antes de la Pragmática de libre comercio de Carlos III. En cualquier caso, y como subrayó el profesor Josep Fontana [32]:

> la mateixa juventut de Carles Manera ens diu que la part millor del seu treball és la que encara ha de venir... la qual cosa vol dir que cal estimar–lo (aquest llibre) en el que val per ell mateix, que no és poc, però també, i sobretot, pel que significa de via oberta...

Una joven realidad, pues, de una esperanzada madurez futura del americanismo balear en el área económico-mercantil.

[30] Así «El movimiento comercial del puerto de Palma, según las series de Entradas y Salidas de navíos del "Semanario Económico" (1770-1820)», en *BSAL*, núms. 832-33, 1980; «Iniciación al estudio del comercio colonial mallorquín; el uno por ciento de Indias (1787-1794)», en *Estudis Baleàrics*, núm. 5, 1982; «En torno a una familia comercial mallorquina a fines del siglo XVIII: los Capó», en *Primer Congrés d'Història Moderna de Catalunya*, 1984; «Burguesía comercial mallorquina i mercat americà. L'evolució sòcio-económica del mercader Benet Capó Puigserver», en *Quince anys dels Premis Ciutat de Palma*, 1986; «Les relacions comercials entre Mallorca i les colònies americanes (1770-1820)», en *Recerques*, núm. 18, 1986.

[31] Palma de Mallorca, Consell Insular, 1988.

[32] J. Fontana, «Presentació», de la *op. cit.* de C. Manera, 1988, p. 8.

Americanismo balear de temática extraisleña

Para completar el panorama que precede, no puede dejarse de aludir aquí, finalmente, y en justicia para el actual americanismo balear, a la dimensión que a éste le presta el hecho de haberse cultivado en él también una temática extraisleña.

Tal alusión obliga al autor de estas páginas a tener que bordear la autobiografía (aunque sólo vaya a ser de datos y no de juicios), pero acontece que es un hecho objetivo, convenientemente documentado en los registros parroquiales y administrativos, que quien este libro escribe nació en Ibiza; que tras haber cursado el bachillerato en su ciudad natal y obtener el título de Bachiller Universitario en la Universidad de Barcelona, se licenció en la Sección de Historia en la Universidad de Valencia (1948), y obtuvo el Premio Nacional de Doctorado en la Universidad de Madrid (1951) por su tesis americanista *La vida en el Perú en el siglo XVI*, a través de los papeles de la Inquisición de Lima, dirigida por sus maestros americanistas, don Antonio Ballesteros Bereetta y finalmente por don Manuel Ballesteros Gaibrois. Fue becario del «Instituto Fernández de Oviedo» de Historia de América del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y formó parte, primero, de los cuadros docentes auxiliares (ayudante, adjunto, encargado de Cátedra) de la Sección de Historia de América de la Universidad de Madrid (1948-55), y accedió después por oposición al escalafón de Catedráticos de Universidad, en la especialidad de Historia Moderna Universal y de España.

Al haber profesado en las Universidades de Salamanca, Oviedo, Valencia, Madrid y Alcalá de Henares, ha impartido en tres de ellas específicos cursos de Historia de América, y ha sido profesor del «Mary Baldwin College» de la Universidad de Stauton (Virginia), y «Special Member of the Staff» de la Pennsylvania State University (USA).

Miembro —además de otras Sociedades científicas nacionales y extranjeras— de la Sociedad Española de Americanistas, entre sus publicaciones figuran obras y artículos de tema americanista [33], así como co-

[33] Edición de libros: C. M.ª, de la Condamine, *Viaje al interior de la América meridional*, (edic., estudio preliminar y notas) Madrid, Aguilar («Bibliotheca Indiana», tomo I) 1957; Pigafeta, *Primer viaje en torno al globo (1519-1522)*, (edic., estudio prelim. y notas), Madrid, Aguilar («Biblioteca Indiana, tomo II), 1958; codirector de *Historia de la*

municaciones de igual naturaleza presentadas y leídas en congresos nacionales e internacionales: el Internacional de Peruanistas (Lima, 1954) [34], Internacional de Americanistas de Roma-Génova (1972) [35], el Congreso «L'Inquisizione nei secoli XVI-XVII» de Roma-Nápoles (1981) [36],

Inquisición en España y América, Marid, BAC-CEI, tomo I, 1984, tomo II, 1990, tomo III en prensa. Artículos americanistas: «Aportación al estudio del gobierno del conde del Villar» (*Rev. de Indias*, X, 39, 1950, pp. 69-95); «Estilo español en la Historia de América» (*Isla*, Ibiza, núm. 7, 1953); «José Toribio Medina, historiador de la Inquisición americana» (*Revista de Indias*, Madrid, XIII, 52-53, 1953, pp. 361-370); «Repercusión de la piratería inglesa en el pensamiento peruano del siglo XVI» (*Rev. de Ind.*, 51, 1953, pp. 81-89); «Ciencia de la Cultura, Aculturación y Americanismo» (Rev. de la Univ. de Madrid, III, 9, 1954, pp. 95-113); «Piratas ingleses en la Inquisición de Lima» (*Mercurio Peruano*, Lima, XXXVII, 355, 1956, pp. 511-15); «Historia de la Nación Mexicana» (*Universitas*, tomo XIX, Barcelona, Salvat); «La Guerra de Secesión Norteamericana» (*Universitas*, tomo XIV, Barcelona, Salvat); «La peculiarización de la Inquisición española en Indias» (*Atti...del XL Congr. Intern. de Americanistas*, Roma-Génova, 1972, tomo III, 751-762); «Inquisición y sociedad peruanas del siglo XVI. Una lectura psico-social de los papeles del Santo oficio» (en *Inquisición Española. Nueva visión, nuevos horizontes*, Madrid, Siglo XXI, 1980); «La Inquisición española en Indias y las condiciones americanas de su funcionamiento» (en *La Inquisición*, Madrid, Ministerio de Cult., 1982, pp. 81-92); «Establecimiento de la Inquisición en Indias» (en *Hist. de la Inq. en Esp. y Am.*, tomo I, 713-23); «El tribunal peruano en la época de Felipe II» (en *Hist. de la Inq. en Esp. y Am.*, tomo I, pp. 919-937); «Reformismo borbónico y declive inquisitorial en América» (en *Hist. de la Inq. en Esp. y Am.*, tomo I, pp. 1211-1222); «Deducciones de un análisis cuantitativo sobre el Santo oficio peruaano del siglo XVI» (en *Annuario dell'Istituto Storico per l'Etá moderna e contemporanea*, tomo XXXV-XXXVI, Roma, 1985, pp. 97-114; «Cisneros y América» (en *Alcalá, alba de América*, Alcalá, Instit. de Est. Complutenses, 1986); «La burocracia inquisitorial peruana en términos funcionales» (en *Hispania Sacra*, Madrid, 1986); «Estructuras geográficas de la actividad inquisitorial americana» (En *Hist. de la Inq. en Esp. y Am.*, tomo II, 1990); «Las peculiaridades administrativo-funcionales de la Inquisición en Indias» (en *Hist. des la Inq. en Esp. y Amér.*, tomo II, 1990); «Sociología inquisitorial americana» (en *Hist. de la Inq. en Esp. y Am.*, tomo II, 1990); «Estructuras económicas de la Inquisición Indiana» (en *Hist. de la Inq. en Esp. y Amér.*, tomo II, 1990); «Estructuras económicas de la Inquisición Indiana» (en *Hist. de la Inq. en Esp. y Amér.*, tomo II, 1990); «Políticos y Gobernantes ante el Descubrimiento» (Madrid, FIES, 1990).

[34] Comunicación sobre «Piratas ingleses en la Inquisición de Lima», comentada por M. Bataillon (*Vid.* Prólogo a José Toribio Medina, *Historia de la Inquisición de Lima*, 2.ª edic., Lima, 1956, tomo I, p. 15) y publicada en *Mercurio Peruano*, Lima XXXVII, número 355 (1956), pp. 511-515.

[35] Comunicación «Sobre la peculiarización americana de la Inquisición española en Indias», publicada en *Atti...* del XL Congreso Internacional de Americanistas, Roma-Génova, tomo III, pp. 215-222.

[36] Comunicación sobre «Deducciones de un análisis cuantitativo sobre el Santo oficio peruano del siglo XVI, publicada en *Annuario dell'Istituto Storico per l'Etá moderna e contemporanea*, tomos XXXV-XXXVI (1983-84), Roma, 1985, pp. 97-114.

el Simposio Internacional sobre Inquisición de Nueva York (1983) [37], el Internacional de Lisboa (1987) [38], el de Sao Paulo-Río de Janeiro (1987) [39].

Es también un dato empírico el que, entre esta aludida producción americanista, podrá añadirse, sin graves inconvenientes, el presente libro sobre *Baleares y América*, que le fue solicitado para integrar una colección destinada a establecer la relación histórica de las distintas y respectivas comunidades autónomas españolas con el Nuevo Mundo, conmemorativa del V Centenario del Descubrimiento de América en 1992.

[37] Comunicación sobre «La Inquisición como dispositivo de control social y la pervivencia actual del modelo inquisitorial», publicado en *Inquisición española y mentalidad social*. Barcelona, Ariel, 1984, pp. 596-611, y traducida al inglés en *The Spanish Inquisition and the Inquisitorial Mind*, Nueva York, Columbia University Press, 1987, pp. 665-678.

[38] Comunicación «Portugueses en la Inquisición peruana del siglo XVI». Extracto publicado en *Inquisiçao*, Lisboa, Sociedades de Estudos do Século siglo XVIII, 1987, pp. 277 y ss.

[39] Comunicación «Relaciones de poder Virrey-Inquisición en el Perú del siglo XVI», publicada en *Inquisiçao*, Sao Paulo, Universidade Federal, 1987, pp. 183 y ss.

APÉNDICES

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Preliminares

Aunque a pie de página se han citado aquí centenares de artículos y libros relativos a los sucesivos aspectos específicos tratados en cada caso, se relacionan a continuación ahora algunos de los trabajos a los que, por su contenido o su reciente aparición, el lector puede acudir de forma más inmediata. Se trata siempre, en cualquier caso, de estudios de aspectos concretos, ya que la bibliografía anterior no ofrece una obra, como la presente, construida desde una arquitectura pensada para recogerlos y artícularlos todos en un cuerpo unitario y orgánico que trata de mostrar el proceso histórico, global y explicativo de las relaciones Baleares-América.

Sobre los fundamentos históricos generales del ser balear

Aparte de la clásica obra de J. M. Quadrado, *Islas Baleares,* Barcelona, Cortezo, 1888, debe partirse de la obra capital de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, ed. ampliada, trad. esp., México, F.C.E., 1976, porque, pese a la etapa indicada en el título, el libro aborda las razones geohistóricas profundas condicionantes del ser humano y la vida histórica mediterráneos. Consideraciones en el mismo sentido ofrece B. Escandell Bonet en *Baleares: Geohistoria y Realeza en la forja de su identidad colectiva*, Madrid, FIES, 1988. Debe citarse ahora el número monográfico *La Mediterrània. Antropoligia i Història* que recoge las ponencias de las VII Jornades d'Estudis Històrics Locals, Palma, Conselleria de Culta, Govern Balear, 1991).

Referencias generales y compilaciones sobre las islas y América

Por el subtítulo de la obra y el nombre de su especializado autor, ofrece referencias generales Bartolomé Font Obrador. *Fra Juníper Serra. Balears i el Nou Mon*, Palma, Sa Nostra, 1988; y una compilación de trabajos de los principales mallorquines de América coordinada por Jesús García Marín, en la obra *América y Mallorca. Del predescubrimiento hasta el siglo xx*, Tomo I, Palma, Ajuntament, Edics. Miramar, 1991. Algunos aspectos generales relacionados con Menorca en María Luisa Canut y José Luis Amorós, *Anatomía de una Cultura*, que hace el análisis de cien años de la *Revista de Menorca*, Mahón, Insttitut d'Estudis Menorquins, 1989.

Las baleares en los precedentes atlánticos de la acción española en indias

Por lo que hace a la producción cartográfica mallorquina que, en tanta medida, condicionó el conocimiento marítimo, la penetración Mediterráneo-Atlántico y la acción pionera de los isleños en el Océano, sigue siendo básica la obra de Julio Rey Pastor y Ernesto García Camarero, *La cartografía mallorquina*, Madrid, C.S.I.C., 1960, aunque han puntualizado muchos aspectos importantes los trabajos posteriores citados en el cuerpo de la presente obra y debidos a Llompart, Riera Sanz, Serra, Torroja, Sastre Moll, etcétera.

En relación con la acción baleárica en las costas e islas atlánticas, obra clásica es la de Rumeu de Armas, *España en el África Atlántica*, Madrid, 1956. Una cómoda síntesis al respecto, es la que aportó Francisco Sevillano con el título de «Mercaderes y navegantes mallorquines (siglos xiii-xv)» incluida en la *Historia de Mallorca* coordinada por Mascaró Passarius. La importante acción misionera mallorquina en Canarias tiene de nuevo en A. Rumeu de Armas como su autor clásico en *El Obispado de Telde. Misioneros mallorquines y catalanes en el Atlántico*, que publicada en Madrid en 1960 ha sido objeto de una nueva edición en 1989.

Los baleáricos en la acción de España en el Nuevo Mundo

Aunque la creciente atención de las islas hacia América va aportando nuevos datos en cada uno de los campos de actuación española ultramarina (y en este sentido deben seguirse las investigaciones de Román Piña Homs en los aspectos jurídicos, las de Carlos Manera en el campo de las relaciones mercantiles, las de Barceló Pons, Serra Busquet, Lleonard Muntaner, etc. en los mo-

vimientos emigratorios...) de hecho en la bibliografía sigue predominando la atención de los estudiosos por las personalidades baleáricas que protagonizaron los hechos ultramarinos: navegantes, colonizadores, militares y, muy especialmente, las grandes figuras misioneras. No obstante, debe registrarse la incorporación de autores extraisleños sumándose a la diversificación temática indicada y a fenómenos colectivos, como es el caso de la colonización menorquina de la Florida. Al respecto, la bien conocida autora Patricia C. Griffin, que desde 1976 ha figurado en la bibliografía especializada, acaba de publicar otra obra titulada *Mullet on the Beach. The Minorcans of Florida, 1768-78*, Florida, Uni Press, 1991, que además de incorporar una extensa y reciente biliografía, ha abordado en dos grandes apartados, «The New Smyrna Years» y «The Saint Augustine Years», el proceso colonizador menorquín en capítulos de variada temática que incluyen datos sobre población, agricultura, modelos de asentamiento, relaciones humanas, vida social, etcétera.

El género biográfico constituye el invariable recurso para abordar el tratamiento de las relevantes personalidades baleáricas pertenecientes a la marina, la milicia, la política o la misión civilizadora en Ultramar. En este sentido, subrayemos la atención última dedicada a Felipe Bauzá por los Ministerios de Cultura y Defensa en títulos como *La expedición Malaspina, 1789-1794. Viaje a América y Oceanía de las corbetas* Descubierta y Atrevida, Madrid, 1984, por Úrsula Lamb; «The London Years of Felipe Bauzá, Spanish hidrographer in exile, 1823-1834», Londres, *Journal of Navigation*, vol. 34, núm. 3, pp. 319 y ss.; L. Martín Merás «Felipe Bauzá: sus trabajos sobre el mapa de España», Madrid, Revista de Historia Naval, núm. 27); o el artículo de Picornell Segui-Ginard «Felipe Bauzá y América», incluido en la obra, *América y Mallorca*, Palma, 1991, pp. 139-153). Por su parte, el mallorquín que fue primer Virrey de Nueva Granada, don Jorge de Villalonga-Burguet, objeto ya de estudio en clásicas obras baleáricas como la de Joaquín María Bover, *Varones ilustres de Mallorca*, tomo II, 1849, o de autores americanos, como Ernesto Restrepo Tirado, *Gobernadores del Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII*, Buenos Aires, 1935, sigue suscitando investigaciones actuales, como la de Josep Segura Salado, en la obra ya citada *América y Mallorca*, 1991, pp. 109-114. Lógicamente tampoco ha dejado de interesar a ambos lados del Atlántico la personalidad del doctor Campins, creador de los estudios médicos en Venezuela que, analizado últimamente por J.C. Marín Roca *El Dr. don Lorenzo Campins y Ballester en el contexto de los estudios médicos en Nueva Granada*, Palma de Mallorca, 1990, es abordado por José M.ª R. Tejerina en *América y Mallorca*, ob. cit., 1991, pp. 125-37.

Pero es comprensible que sean las grandes figuras misioneras baleáricas en Ultramar las que polaricen más estudios, especialmente en torno a fray Antoni Llinás y fray Junípero Serra. *Antoni Llinás, missioner de missioners* es el título dado por Antoni Gili i Ferrer a una reciente monografía (Palma, 1990) dedica-

da a la fundación del primer Colegio de Propaganda Fide en América. Y el mejor conocedor baleárico de Fray Junípero, Bartolomé Font Obrador, ha añadido recientemente a su numerosa bibliografía sobre el Apóstol civilizador de California un breve estudio bilingüe castellano-catalán, *Padre Viejo*, Palma, Comisión del V Centenario, 1991. No pocos datos de primera mano aporta sobre fray Junípero el padre Salustiano Vicedo, (O.F.M.) en la obra *Convento de San Bernardino de Siena. La Escuela del Beato Junípero Serra*, Petra, 1991.

Comercio, emigración y relaciones contemporáneas

La consideración de nuevos aspectos de las relaciones contemporáneas entre las Islas y el Nuevo Mundo es probablemente una de las novedades más llamativas de la bibliografía baleárica sobre América. Aparte de la conciencia americana de Mallorca, deletreada por el profesor Bartolomé Escandell Bonet en *América, la otra historia de Mallorca* (Introducción general a la citada obra de *América y Mallorca*, Palma, 1991), el análisis de las relaciones mercantiles hecho por Carlos Manera, *Comerci capital mercantil...* Palma, 1988, citada como investigación que completa una serie numerosa de artículos del autor, reseñados en los pertinentes lugares de la presente obra, renovó totalmente la imagen y la cronología de tales relaciones comerciales.

La riada emigratoria contemporánea de las Baleares es en la actualidad uno de los campos de trabajo más atendidos. Encabezan la cuestión los diversos estudios de Barceló Pons, *El Segle XIX a Mallorca*, Palma, 1964; «L'émigració a les Illes Balears» en la revista *Lluc*, núm. 750, 1989; *Evolución reciente y estructura actual de la población de las Islas Baleares*, Madrid-Ibiza, 1970, etc. También ha suscitado la realización de encuestas, dirigidas por Lleonar Muntaner, en proceso de publicación, y estudios ya cuajados como los de Sebastián Serra Busquet, «L'emigració mallorquina a América Llatina de començaments de segle fins als anys 30. El cas de l'Argentina», en *Quince anys del premi d'investigació Ciutat de Palma*, 1986, el de Joan Carlos Cirer, *1790-1920. Demografía i comerç d'Eivissa i Formentera*, Eivissa, Instituto de Estudis Eivissa, 1986, etcétera.

Entre el análisis de más recientes relaciones, cabe mencionar el trabajo de Sebastiá Trias Mercant, «La dialéctica Mallorca/América en el pensament de l'exili republicà», en *América y Mallorca*, 1991, pp. 231-39.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abad y Lasierra, Manuel, 166.
Abulafia, David, 86.
Acedo, J.F., 166.
Acosta, J., 228.
Agreda, sor María Jesús de, 264.
Agripa, 70.
Agüero, José Carlos, 211.
Aguiló, S., 316.
Aguirre, Andrés, 236.
Agustín, san, 29.
Alaquer, Jaume, 218, 219.
Alberto el Magno, san, 29.
Alcalá Galiano, Vicente, 167.
Alcover (familia), 138.
Alcover, Joan, 366, 387, 394, 395.
Alcover, Manuel, 406.
Alfaro, Pedro, 236.
Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón, Cataluña y Nápoles, 40, 48, 49.
Alfonso XII, rey de España, 178, 191.
Alfonso XIII, rey de España, 195.
Alfonso IV, rey de Portugal, 90.
Al-Gazzalí, 29.
Al Idrisi, 70.
Alomar, Gabriel, 366.
Alomar, Juan, 399.
Alonso Rodríguez, san, 234.
Álvarez de Pineda, Alonso, 248.
Álvarez de Sotomayor, M., 109.
Amadeo I, rey de España, 178, 190.
Amengual, Cristófol, 317, 340.
Amengual, Jaume E., 112, 113, 114, 115, 119, 139, 407.
Amorós, José Luis, 62.
Andreu, Pedro Juan, 275, 276.
Anghiera, Pier d', 110.
Anglesola, Hugo de, 46.
Anjou, Renato de, 114.
Anselmo, san, 29.
Apodaca, Juan José Ruiz de, 268.
Aquenza, Jacinto, 369.
Aquenza Donayre de Mendoza, Jacinto, 222.
Aquenza i Loaiza, Jacinto, 221, 222, 223.
Arán Ferrer, Buenaventura, 110, 119.
Armstrong, John, 313.
Armañá, Francisco, 166.
Arroitia (padre), 266.
Arroyal, León de, 167.
Arteaga, Juan de, 234.
Artigues, Antoni, 275, 276.
Assis, Yom Tov, 118.
Asturias, Blanca de, 397.
Asturias, Miguel Ángel, 397.
Atondo Antillón, Isidro, 255.
Austria, Luis Salvador de, 313, 341.
Averroes, 29, 297.
Avicena, 29.
Aymerich, Juan, 50.
Azara, Nicolás, 169.
Bacon, Regerio, 29.
Ballester, Miguel, 138.
Ballesteros Beretta, Antonio, 418.
Ballesteros Gaibrois, Manuel, 139, 418.
Banrell, fray Nicolás, 278, 279.
Barbarroja, 56.
Barceló Obrador, Damián, 402.
Barceló Pons, Bartolomé, 352.
Barned (doctor), 220.
Bardi, Francisco de, 137.

Bardi, Juan de, 137.
Barras y de Aragón, Francisco, 149.
Bauçà Grua, Joan, 366.
Bauçà i Roca, Antoni, 415.
Bauzà, Felip, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 340.
Bauzá Socias, Rafel, 112, 113, 115.
Bazil, Osvaldo, 395, 396.
Beals, Ralph, 411.
Benedicto XIII, papa, 96.
Benet, Esteban, 373.
Benet, Stephen Vincent, 149, 373, 374.
Benito Serra, José María, 280.
Berard (linaje), 138.
Berardi, Juanoto, 138.
Bernáldez, Andrés, 118.
Bernat, fray, 96.
Bertrán, Jaume, 80.
Billó, 316.
Binimelis, Miquel, 140.
Bisquerra, Sebastià, 246.
Bives, Bartolomé, 137.
Blanco, R., 191.
Bocaccio, Giovanni, 90.
Bolaños, Luis, 275.
Bolívar y Miranda, Simón, 171, 210.
Bolton, Herbert E., 203.
Bonafe, Rafael, 238.
Bonanova, Fortunio, 399.
Bordoy, Antonio, 249.
Borges, Jorge Luis, 398, 399.
Borges, Norah, 398.
Borrás, Jerónima, 265.
Borromeo, Juan, 110, 112.
Boscana Mulet, Jerónimo, 203, 204, 205, 206, 207, 261, 266, 298, 301.
Bosch Juan, María del Carmen, 395, 406.
Bouchard, 273.
Bover, fray Juan Bautista, 237.
Bover, Pedro, 237.
Bownden, Dina Moore, 415.
Boyd-Bowman, 127, 133.
Boyl, fray Bernardo, 137.
Braudel, Fernand, 88.
Bucareli y Ursúa, Antonio María de, 154, 155, 257, 264, 301.
Buenaventura, san, 29.
Burgos, Javier de, 216.
Burón, Francisco, 316, 317, 318.
Burón, Pedro, 316, 317, 318.
Buznego, Francesc, 340.
Cabanelles, Lleonard, 316.
Cabarrús, Francisco, conde de, 164, 167.
Cabeza de Vaca, Álvar Núñez, 142, 248.
Cabot, fray Juan, 271, 272.
Cabot, fray Pedro, 271.
Cabot Llompart, Juan, 395.
Caboto, Juan, 138, 139.
Cabrera (general), 177.
Cañuelo, José, 167.
Cabrises, Antoni, 316.
Cadereyta (marqués), 141.
Cadorin, Ettore, 380.
Cairoli, Antonio, 384.
Caldentey i Vidal, Miquel, 414.
Calderón, Sila M., 374, 375, 392.
Campins i Ballester, Llorenç, 209, 210, 211.
Camps Janer, Pere, 146, 148, 373, 385, 386.
Canals, María, 284.
Canamunt (familia), 54, 141.
Canavall (familia), 54, 141.
Cánovas del Castillo, Antonio, 183, 188, 191.
Canter, Jacob, 382.
Canut, María Luisa, 62.
Capó, Francesc, 317, 338, 340.
Capó, Jaume, 340.
Capó Puigserver, Benet, 317, 338, 340.
Caraci, Ilaria, 106.
Carbonell, Esteve, 140, 141.
Cardona Olmo, Juan, 368.
Carduci, G., 388.
Carlos I, rey de España y V de Alemania, 52, 54, 55, 113, 157.
Carlos III, rey de España, 283, 294, 311, 314, 319, 342, 417.
Carlos IV, rey de España, 199.
Carmona Moreno, Félix, 406.
Caro, Miguel Antonio, 390.
Carrera Valls, 139.
Casas, fray Bartolomé de las, 118, 138.
Clapés, José, 196.
Castellar-Gassol, J., 402.
Català, Francisco, 217, 218.
Catany, Ántoni, 246.
Ceballos, Pedro Antonio de, 170.
Cela, Camilo José, 405.
Cerà Estaràs, Pere, 365.
Cerdá, Juan, 112.
Cerda, Luis de la, 91.
Cerralbo (marqués), 140.
Cifre, Bernardo, 389, 406.

Cifre, Jaime, 365.
Cirer, Joan Carles, 314, 334.
Cisneros, Francisco Jiménez de, 275.
Cisneros Betancourt, S., 185.
Cladera Palmer, Mateu, 366.
Cladera, Cristóbal José, 401.
Clemente VI, papa, 96.
Climent, 166.
Colom (linaje), 114, 117, 118, 120.
Colom, Bartolomé, 112.
Colom, Cristóbal, 112.
Cólon, Juan, 102, 110, 112, 113, 114, 117.
Colom, Margarita, 112.
Colom, Mateo, 284, 285.
Colom y Monrós, Juan Bautista, 107.
Colom Rullán, Mateo, 284.
Colomar Torres de Miquel, Antoni, 341.
Colombo, Cristóforo, 106, 118.
Colón, Cristóbal, 25, 89, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 109, 110, 112, 113, 115, 117, 118, 119, 137, 138, 157, 181, 407, 408.
Cólon, Fernando, 105.
Colón, Hernando, 138.
Coll, Andrés, 341.
Comas i Camps, Joan, 412.
Company, fray Gelasio, 278, 279.
Constanzó (ingeniero), 154.
Coombs, J.W., 380.
Corominas, Joan, 148-149.
Coronado, Carolina, 373.
Coronado, E.M., 301.
Coronado, Francisco Vázquez de, 202.
Corróns i Samà, Josefa, 219.
Cortés Verdaguer, José María, 406.
Cortesao, Armando, 81.
Cosa, Juan de la, 82.
Costa, Llorenç, 332.
Costa i Llobera, Miquel, 366, 386, 387, 388, 389, 390.
Costa Ramón, Antonio, 313, 332.
Cotoner y Chacón, Fernando, 176, 177, 178, 179, 180.
Crespí Fiol, fray Juan, 155, 199, 200, 201, 202, 203, 253, 257, 260, 261, 301.
Cresques (familia), 75, 80.
Cresques Abraham, 75, 77, 79.
Cuervo, Rufino José, 390.
Custurer, Jaime, 292.
Chaffe, Adna R., 193.
Chaunu, Pierre, 91-92, 129.
Chopin, Federico, 397.
Chorat, Eduardo, 368.
Churruca, Cosme Damián, 217.
Daguí, Pere, 292.
Dalorto, Angelino de, 74.
Darío, Rubén, 393, 394, 395, 396, 398.
David, Maurice, 118.
Delgado, José M., 311.
Descôs, Arnau, 137.
Desvalers, Francesc, 90.
Diego, Gerardo, 399.
Diodoro, 26.
Dockweiler, Isidoro, B., 380.
Doehaerd, R., 85.
Drake, Francis, 143.
Dufourcq, Alphonse, 88.
Dulcert, Angelí, 72, 73, 74, 90.
Dumetz, Francesc, 263, 270.
Dumetz, Francisco, 270.
Elcano, Juan Sebastián, 140, 235, 280.
Engelhandt, Z., 204.
Engelhardt, A., 294.
Enrique el Navegante, 76, 81.
Enrique III, rey de Castilla y León, 91, 96.
Enrique VII, rey de Inglaterra, 139.
Eratóstenes, 70.
Erill, Francisco de, 48.
Escandell, José, 343.
Escandell, Mariano, 368.
Escanellas, Manuel, 369.
España, José María, 169.
Espartero, Joaquín Baldomero Fernández, 178.
Espinosa, José de, 214.
Esteban, Benito, 140.
Estelrich, fray Bartolomé, 237.
Estrebrich i Perelló, Joan, 389.
Estrabón, 26.
Fajarnés Cardona, Enrique, 286, 343, 368.
Fajarnés Tur, Enrique, 364.
Farragut, David Glasgow, 371, 372, 373, 392.
Federico III, rey de Sicilia, 293.
Felipe II, rey de España, 56, 142, 300.
Fernández, Juan, 280.
Fernández de Oviedo, Gonzalo, 107, 118.
Fernández Duro, Cesáreo, 73, 75.
Fernández Granados, Enrique, 389.

Fernando II el Católico, rey de Aragón y V de Castilla, 50, 51, 54, 103, 107, 112, 114, 137, 139, 292.
Fernando VII, rey de España, 171.
Ferrá-Ponç, Damià, 349, 398.
Ferragut Mesquida, Jorge, 371, 392.
Ferrer, Jaume, 79, 90.
Ferrer, Juan, 139.
Ferrer, M., 166.
Ferrer Fornés, Margarita, 253.
Ferrer i Franch, Juan, 217.
Ferrer Serra, Jaime, 286.
Figueroa, fray Francisco, 202.
Fiol, Ignacio, 238.
Fisher, John, 311, 321.
Floridablanca, José Moñino, conde de, 62, 164.
Folguera, Joan, 384.
Fonoy, Juan, 318.
Font Obrador, Bartomeu, 61, 141, 204, 207, 229, 257, 402, 404, 413, 415.
Fontana, Josep, 417.
Fontcuberta, Miquel, 246, 249.
Forteza, Guillem, 383.
Foster, George M., 411.
Francisco I, rey de Francia, 55.
Francisco de Asís, san, 292.
Francisco de Borja, san, 235.
Francisco Javier, san, 236, 410.
Frontera, Antoni, 246, 247.
Fuster (padre), 266.
Fuster, Juana Ana, 263.
Gálvez, José de, 151, 256, 294.
Gamboa, Pedro, 236.
Gante, Enrique de, 29.
Gante, Pedro de, 95, 300.
García, Calixto, 184, 192, 193, 194.
García Camarero, Ernesto, 80, 81.
García de la Riega, Celso, 106.
García Figueroa, fray Francisco, 199.
García Marín, Jesús, 61, 405.
García Márquez, Gabriel, 400.
Garcías Moll, José, 365, 366.
Garriga, Antoni, 274.
Gaufredi, fray Raimundo, 292.
Geiger, Maynard, 130, 198, 384.
Gili i Ferrer, Antoni, 413.
Godoy y Álvarez de Faria, Manuel, 164.
Gomals, fray Miguel, 238, 239.
Gómez, Máximo, 184, 185, 186, 187, 188, 192.
Gómez Restrepo, Antonio, 390.
Gomila, Margarita, 163.
González Clavell, 194.
González de Puebla, Ruy, 138.
González Rothvoos, M., 361.
Gould, Alicia B., 137.
Grafulla, 218, 219.
Grant, Ulysses, 372.
Grau Amengual, Jaume, 406.
Gravina, Federico Carlos, 213.
Gual, Domingo, 90.
Gual, Manuel, 169.
Guasch i Bufí, Antoni, 409, 410.
Guerrero, Mariano, 379.
Guitar, Claudi, 340.
Guzmán el Bueno, 91.
Hamy, Théodore Ernest, 73, 74.
Hanna, Townsen, 206.
Harrington, John P., 206.
Heceta, Bruno de, 154.
Heer, Richard, 166.
Hernández Colón, 375, 376.
Hernández Sánchez-Barba, Mario, 153.
Herrera, Diego, 236.
Herrera Campins, Luis, 370.
Hidalgo, Miguel, 267.
Hillgarth, J.N., 28.
Hoover, Herbert, 380.
Hugo, Victor, 388.
Hugues, Victor, 169.
Ibáñez de la Rentería, José Agustín, 167.
Ibarra, Francisco, 210.
Ibn Tufayl, 29.
Ignacio de Loyola, san, 234.
Isabel II, reina de España, 176, 190, 220, 329, 333, 372, 373, 392.
Iturbide, Agustín de, 268.
Jackson (general), 371.
Jafudà Cresques, 75, 76, 77.
Jaime I el Conquistador, rey de Aragón, 34, 159.
Jaime II, rey de Mallorca, 34, 71, 96, 292, 293, 297.
Jaime III, rey de Mallorca, 34, 36, 76.
Jasso, Pedro, 369.
Jaume, fray Lluis, 263, 269, 270.
Jebb, John, 165.
Jerónimo, Nicolau, 140.
Jiménez de Samaniego, Joseph, 242, 243.
Jiménez de San Esteban, Lorenzo, 236.
Jorge Juan, 208.
José II, emperador de Alemania, 166.
José I Bonaparte, rey de España, 216.

Jovellanos, Gaspar Melchor de, 167.
Juan, fray Lorenzo, 277, 278.
Juan I, rey de Aragón, 45, 75, 77.
Juan II, rey de Aragón, 49, 50, 103, 107.
Juan I, rey de Portugal, 76.
Juan Pablo II, papa, 385.
Juana de Nápoles, 96.
Kayr er Din, 55.
Kino, Eusebio Francisco, 255.
Kodama, María, 399.
Kroeber, Alfred L., 205.
Lacy (conde), 150.
Ladero Quesada, Miguel Ángel, 90.
Laudonnière, René, 142.
Lago, Bernardo, 278.
Lamartine, Alphonse de, 388.
Lasuén, fray Fermín Francisco de, 266.
Lawton, H.W., 193, 194.
León, Alonso de, 249.
León, fray Luis de, 390.
Linares, Arsenio, 192, 193.
Linares, Francisco, 316, 317.
Loaiza y Tur, María, 222.
Loaysa, García de, 235.
Lombardo, Pedro, 29.
López de Legazpi, Miguel, 236.
López de Villalobos, Rui, 235.
López Domínguez, José, 190.
Lorenzana, Francisco A., 166.
Loret, Rafel, 80.
Ludlow, 194.
Luna, Tristán de, 142.
Llabrés, Gabriel, 75.
Llabrés Bernal, Juan, 313, 335, 402.
Llanas de Niubó, Renato, 111, 112.
Llàtzer, Joan Baptista, 246, 247.
Llensor, Antoni, 246, 247.
Llinás, Antonio, 239.
Llinás, fray Antonio, 204, 239, 240, 241, 242, 243, 245, 246, 247, 248, 249, 385.
Llinás, Jaume, 246.
Llobet, Juan, 292.
Llorente, Teodoro, 388.
Llull, Ramón, 16, 27, 28, 29, 30, 71, 94, 97, 291, 292, 293, 297, 303.
Macabich, I., 281.
Macao (general), 191.
Maceo, Antonio, 183, 184, 185, 186, 187.
Madariaga, Salvador de, 231.
Magallanes, Fernando de, 140, 235, 280.
Malaspina, Alejandro, 213, 214.
Malocello, Lançarote, 90.
Mallorca, Jácome de, 76, 77, 81.
Manera Erbina, Carles, 312, 416, 417.
Marcel, Antoni, 316, 317, 318.
Marchena y Ruiz de Cueto, José, 163.
María Cristina, reina y regente de España, 216, 329.
Marimón, Antoni, 173.
Martí, José, 184.
Martín I el Humano, rey de Aragón, 46.
Martínez Campos, Arsenio, 185, 190.
Martínez Ferrando, E., 71.
Martínez Quintero, J., 167.
Martínez Shaw, Carlos, 310.
Mártir de Anglería, Pedro, 118.
Mora Ferragut, Miquel, 333.
Massanet, Catalina, 239.
Massanet, Damià, 246, 248, 249.
Massanet, Miquel, 248.
Mata, Juan de la, 41.
Matas, Gerònim, 340.
Mateu, Guillem, 402.
Maura, Antonio, 172.
Mayans, Mariano, 368.
Mayans y Mayans, Juan, 369.
Mayol, Joan, 316, 340.
Mendaña, Álvaro, 280.
Menéndez de Avilés, Pedro, 142.
Menéndez Pelayo, Marcelino, 166.
Meneses, Carlos, 393, 395.
Mesquida, Juana, 371.
Millás Vallicrosa, J.M., 82, 111.
Mir, Antonio Xavier, 238.
Miralles, Miquel, 246.
Miranda, Francisco de, 170, 171.
Moctezuma II, 239.
Moholy, Noel F., 385.
Montaner Maturana, Pilar, 393, 396.
Montesinos Rico, Manuel, 169.
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, barón de, 167.
Monteverde, Domingo de, 171.
Montiano, Manuel, 143.
Montserrat, Miquel, 365.
Moore, Douglas, 374.
Mora, José, 379.
Mora Ferragut, Gerardo, 406.
Moranta, Jerónimo, 233, 234, 235.
Morelos, José María, 267.
Moreno y Puig, Carles, 180.
Morro Veny, Guillem, 42, 44, 406.

Mota, A. Teixeira da, 81.
Moxó, F. de, 86.
Muntaner, Lleonard, 43, 310, 348, 349.
Muriel, Andrés, 164.
Mustafá Pialí, 56.
Mut, Antonio, 79.
Mut, Francesc, 209.
Mutis, Celestino, 129, 209.
Nadal, Jerónimo, 234.
Narváez, Ramón María, 178.
Navarro del Castillo, Vicente, 127.
Nieulon, María Rosa, 270.
Novo y Colson, Pedro de, 215.
O'Brien, Eric, 385.
Ockham, Guillermo de, 29.
O'Donnell, Leopoldo, 177, 178, 189, 191.
Olid, Cristóbal de, 239.
Oliver, Jaume, 316, 387.
Oliver, Miquel dels Sants, 366.
Olzina, fray Jaume, 97.
Orange (dinastía), 165.
Ordines Garau, Antoni, 349.
Ortega, Francisco de, 141.
Pascual i Fleixes, Antonio Raimundo, 401.
Palacios Alcocer, Mariano, 383.
Palerm i Vich, Ángel, 410, 411.
Palmer, José Agustín, 398.
Palou, Francisco, 153, 156, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 252, 253, 258, 260, 261, 263, 264, 270, 301, 379.
Parodi (padre), 316.
Parera, Antoni, 246, 249.
Pascual Marí, Josep, 342.
Pavía y Lacy, Manuel, 190.
Pavía i Tur, Antoni, 341.
Payeras, Antonio, 265.
Payeras, fray Mariano, 265, 266, 267, 268, 271, 300, 302.
Paz, Octavio, 400.
Pedro III, rey de Aragón, Cataluña y Valencia, 90.
Pedro IV el Ceremonioso, rey de Aragón y Cataluña, 36, 45, 75, 77.
Pedro Claver, san, 234.
Pedrosa y Guerrero, Antonio de la, 160.
Peña, fray Tomás de la, 155.
Pérez, Juan, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156.
Pérez Embid, Florentino, 88.
Pericles, 21.
Pericot, Luis, 414.
Pi y Margall, Francisco, 162.
Picazo, Antoni, 249, 406.
Picornell, Ponce, 163.
Picornell y Gomila, Juan Mariano, 162, 163, 164, 165, 167, 168, 169, 170, 171.
Pieras, Miguel, 261, 263, 264.
Piette, Charles J.G. Maximin, 203.
Pifarré, Dolores, 86.
Pigafetta, Antonio, 140.
Pinzón (hermanos), 119.
Piña Homs, Román, 163, 164, 404, 415, 416.
Pío VI, papa, 283.
Piris, Antoni, 80.
Piris, fray Guillermo, 277, 278.
Polo, Marco, 79.
Ponç, Damià, 398.
Ponce de León, Juan, 142.
Porter, David, 371, 372.
Portolá, Gaspar de, 152, 153, 294, 299.
Posadillo, Isidro, 176.
Pou Muntaner, Juan, 338.
Prats i Marí, Juan, 342.
Primo de Rivera, Miguel, 189.
Provenza (conde), 114.
Puget i Corrons, José, 219, 220.
Puget i Rabell, Esteban, 219.
Puig, Veneranda, 181.
Puig Montserrat, fray Juan Antonio, 283.
Pujol, Domingo, 276, 277.
Pujol, Juan, 318, 338.
Pujol i Planas, Manuel, 335, 342.
Puy, Francisco, 166.
Quadrado, J.M., 111.
Quintana, Alberto, 329.
Rada, Martín de, 236.
Raimundo de Peñafort, san, 94.
Ramírez, Fernando José, 203.
Ramos, Enrique, 167.
Reparaz, Gonçalo de, 81.
Reus, Bernat, 233, 235.
Rey Pastor, Julio, 70, 80, 81, 82.
Reyes Católicos, 107, 110, 114.
Ribaut, Antonio, 142.
Ribera y Moncada, Fernando Javier de, 152.
Ribes, Jaume, 76, 77.
Richler, Benjamín, 118.
Riera, Francisco, 140.
Riera i Sans, Jaume, 75, 76.

Río, José del, 104.
Ripoll, fray Antoni, 272, 273.
Ripoll, Berenguer, 80.
Riquer, Martín de, 388.
Rivet, Paul, 411.
Roa Bastos, Augusto, 400.
Robinson, Alfred, 206, 207.
Rodríguez, José María, 188.
Rodríguez de Huelva, Juan, 140.
Roger, Pere, 90.
Roldán, Diego, 138.
Roldán, Francisco, 138.
Román, Eugenio, 368.
Romano, Julio, 182.
Roover, R. de, 85.
Rosell, Pere, 80.
Roselló Lliteras, Juan, 359, 406.
Rousseau, Juan Jacobo, 165.
Rubió Borrás, M., 110.
Rubio y Cuebillas, Clotilde, 189.
Rubió i Lluch, Antonio, 389.
Rubió Tudurí, Fernando, 146, 386.
Rumeu de Armas, A., 88, 96, 97, 104.
Saavedra, Juan de, 235, 280.
Sabatino López, Roberto, 85.
Sábato, Ernesto, 400.
Sagasta, Práxedes Mateo, 188.
Sahan, Thomas J., 380.
Salvà, Javier, 173.
Salvadó, Rosendo, 280, 281.
Salvadó Fábregas, Llorenç, 341.
Salle, Nectario María de la, 111.
Samuel Corchós, 80.
San Víctor, Ricardo de, 29.
Sanctàngel, Jaume, 103.
Sanctángel, Lluïsa de, 104.
Sánchez (padre), 236.
Sánchez, Francisca, 393.
Sánchez Albornoz, Nicolás, 356.
Sancho I, rey de Mallorca, 34, 45.
Sancho, Juan Bautista, 252, 270, 271, 298, 300.
Sand, George, 397.
Santa Cilla Pax, Pedro de, 140.
Santa Gertrudis Serra, fray Juan de, 274.
Santamaría, Álvaro, 45, 54.
Santander, fray Miguel de, 167.
Santandreu, Joan, 340.
Santángel (familia), 104.
Santángel, Luis de, 103.
Sarraihl, J., 166.
Sarriá, fray Vicente de, 267, 271.
Sastre Moll, J., 38.
Saura, fray Diego, 236.
Scolvus, 107.
Scoto, Duns, 29.
Sedeño, Antonio, 236.
Segura i Salado, Josep, 406.
Seoane Pascuchi, Victoriano, 148.
Serra, Buenaventura, 208.
Serra, Gabriel, 340.
Serra, fray Junípero, 16, 129, 151, 153, 154, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 203, 229, 246, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 260, 261, 263, 264, 265, 269, 282, 294, 299, 302, 378, 379, 380, 382, 383, 384, 385, 414, 415.
Serra, Pau, 317, 338.
Serra Abram, Antonio, 253.
Serra Busquets, Sebastià, 356, 366.
Serra Ráfols, Elías, 97.
Serrano Domínguez, Francisco, 177, 178, 190.
Setmenat, Pere de, 292.
Sevillano Colom, Francisco, 88.
Shafter, William R., 192, 194.
Shine, Isabel, 371.
Siquier, José, 218.
Sitjar, fray Agustín, 278, 279.
Sitjar, Antonio, 263.
Sitjar, fray Buenaventura, 261, 263.
Sitjar, Pere, 246, 247.
Soler, Guillem, 80.
Sorá, Francisco, 341.
Sorolla, Joaquín, 388.
Soto, Hernando de, 142.
Stanford, Jane Leland, 380.
Solá (virrey), 268.
Soustelle, Jacques, 411.
Steward, Julián H., 411.
Suárez Fernández, Luis, 82, 92.
Suau, María, 282.
Suau Alabern, J., 111, 119.
Sureda, Jacobo, 399.
Sureda Bimet, Juan, 393, 395, 396.
Tavira, (obispo), 166.
Taylor, Alexander, 206.
Tegghia, Angiolino de, 90.
Tei (familia), 114.
Tejera, D., 166.
Tejerina, J. M.ª, 406.
Tibesar, A., 197.
Tilden, Douglas, 379.

Tofiño de San Miguel, Vicente, 213, 217, 218.
Tomás de Aquino, santo, 29.
Tonyn, Patrick, 145.
Torre, Guillermo de, 398.
Torrens i Nicolau, Francesc, 414.
Torres, Antoni, 246, 247.
Torres Bufi, Félix, 336.
Torres Calvet, Juan, 342.
Torres Gost, B., 388.
Torres i Mayans, Fulgencio, 280, 281.
Toscanelli, Pablo del Pozo, 89.
Tous, Bartomeu, 406.
Tur y Ferrer, Juan, 175.
Tur Pavía, José, 332, 342.
Tur i Planells, Miguel, 175.
Tur i Prats, José, 335.
Turmeda, fray Anselm, 28.
Turnbull, Andrew, 145.
Ulloa, Antonio de, 208.
Ulloa Cisneros, Luis, 107, 109, 112.
Urbano V, papa, 96.
Urdaneta, Andrés de, 236, 280.
Urgell Hernández, Ricardo, 42, 43.
Uslar Pietri, Arturo, 400.
Valdés (general), 177.
Vallseca, Gabriel de, 80, 82.
Vaquer Bennassar, Onofre, 82, 109, 112.
Vera de Rey y Calderón de la Barca, Joaquín, 189.
Vara de Rey y Rubio, Joaquín, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196.
Varela, Consuelo, 111.
Vargas, José, 210.
Vargas Llosa, Mario, 400.
Vargas Tamayo, José, 390.
Vázquez, Juliana, 210.
Vázquez, Misael, 389.
Velasco, Catalina de, 159.
Venegas (general), 177.
Verd Martorell, Gabriel, 112.
Verdaguer, Jacinto, 388.
Verdera Escandell, Juan, 404, 408.
Verdera Ferragut, Manuel, 336, 342.
Verger, Juan Bautista, 282.
Verger, Rafael José, 252, 263, 282, 283, 379.
Vespucio, Américo, 82.
Viana (príncipe), 112.
Vicens, Antonia, 349.
Vicens Vives, Jaime, 414.
Vidal, José Juan, 54, 62, 311.
Vidal, Juan, 338.
Viera y Clavijo, José, 95.
Vigil, José María, 389, 390.
Vila, Vicente, 152.
Vilanova, Ángel de, 104.
Vilar, Pierre, 311.
Vilas, Catalina, 237.
Vilás, Quico, 368.
Villadestés, Maciá de, 80.
Villalonga Burguet, Jorge, 157, 159, 160, 161.
Vitrubio, 273.
Vivaldi, Ugolino, 89.
Vivaldi, Vadino, 89.
Wallis i Llobet, Ignacio, 342.
Wallis i Llobet, Juan, 342.
Washington (coronel), 371.
Weeler, 194.
Weyler y Nicolau, Valeriano, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 191.
Wiessenthal, Simón, 118.
Wilbur, Ray Lyman, 380.
Ybot León, A., 93.
Zafortezas, Sebastián, 374.
Zuangua, 239.

ÍNDICE TOPONÍMICO

Acapulco, 150, 214.
África, 53, 54, 55, 72, 78, 84, 87, 88, 89, 90, 91, 93, 94, 291, 292, 293, 297.
Aguadilla, 179.
Agustinillo, 274.
Alaior, 412.
Alaska, 154, 214.
Alcaidús, 22.
Alcalá de Henares, 234, 399.
Alcudia, 247.
Algarve, 89, 91.
Algeciras, 86.
Alicante, 319.
Alsásua (batalla), 177.
Alta California, 150, 151, 200, 201, 202, 254, 256, 257, 258, 263, 266, 294, 296, 299.
Amazonia, 133, 273, 299.
Ampurias, 414.
Amsterdam, 112.
Andalucía, 85, 89, 90, 91.
Andraitx, 276.
Antillas, 133, 307, 338, 342.
Antioquía, 160.
Aragón (Reino), 53-54, 69, 123, 125, 127, 128, 157, 277, 311, 314.
Aranjuez, 243.
Arbalán (batalla), 177.
Arenys de Mar, 414.
Argel, 55, 331, 349, 350.
Argelia, 350, 353.
Argentina, 133, 353, 354, 356, 357, 361, 362, 366, 393.
Artá, 130, 131, 239, 240, 245, 247, 248, 249, 270, 352.
Asia, 78, 172.
Asunción, 275.
Atlántico (océano), 25, 31, 32, 52, 53, 57, 76, 82, 83, 84, 85, 214, 307, 345, 379, 387, 391, 402, 408.
Australia, 214, 280, 281.
Avignon, 96.
Ávila, 191.
Bangui, 237.
Barcelona, 23, 45, 96, 124, 178, 181, 219, 234, 280, 319, 333, 338, 340, 343, 371, 396, 411.
Barranquilla, 284.
Bauang, 279.
Bayamón, 179.
Bayona, 86, 90.
Bengala, 218.
Bethlehem, 373.
Bisayas (islas), 280.
Bogotá, 157, 284.
Bolivia, 273, 274.
Bool, 236.
Brasil, 235.
Bretaña, 78.
Bristol, 139.
Buenos Aires, 150, 214, 335, 339, 361, 367, 368, 387.
Bugía, 54, 293.
Bugiasco, 106.
Buñola, 130, 271.
Burgos, 284.
Cabita, 218.

Cabo Rojo, 179.
Cádiz, 190, 204, 209, 210, 214, 216, 243, 246, 253, 315, 317, 319, 321, 322.
California, 130, 133, 141, 152, 199, 204, 205, 229, 239, 250, 254, 255, 267, 268, 270, 271, 272, 294, 295, 296, 303, 372, 379, 382, 383, 384, 414, 415.
– golfo, 141.
Callao, 150, 159, 214.
Camagüey, 185, 192.
Campbell's Station, 371.
Campeche, 245.
Canarias, 26, 31, 74, 79, 90, 91, 93, 94, 95, 96, 97, 99, 228, 297, 315, 316.
Caney (El), 193, 194, 195.
Capcir, 34.
Capellades, 414.
Capocorb, 22.
Capul, 236.
Caracas, 169, 171, 210, 211, 212, 316.
Caribe (mar), 169, 195, 408.
Carlades, 34.
Carolina del Norte, 143, 371.
Carolina del Sur, 143.
Carolinas (islas), 172, 175, 410.
Cartagena, 190, 212, 319, 340.
Cartagena de Indias, 150.
Caspio (mar), 74.
Castilla, 91, 112, 123, 125, 128, 157.
Cat Vang, 276.
Cataluña, 310, 334, 388, 390.
Catarubén, 238.
Cebú, 235, 236.
Cenia (batalla), 177.
Centroamérica, 335.
Cerdaña, 34.
Cerdeña, 21, 104, 157, 245.
Cienfuegos, 285, 286, 335.
Ciudadela, 56, 131, 278, 371, 373, 392.
Clavería, 279.
Cohauila, 248.
Colombia, 285, 361, 389, 390.
Colliure, 34, 35.
Conchinchina, 179, 190.
Conflent, 34.
Constantinopla, 56.
Coquimbo, 214.
Córcega, 21.
Córdoba, 190.
Córdoba (Argentina), 361.
Coro, 170.
Coromandel, 218.
Corpus Christi, 372.
Coruña (La), 319.
Cowpens (batalla), 371.
Creta, 21.
Creus (cabo), 218.
Cuba, 133, 144, 171, 172, 173, 179, 181, 182, 185, 186, 187, 188, 190, 191, 219, 220, 286, 328, 335, 341, 342, 348, 353, 361.
Cugeo, 106.
Chaco, 273, 276.
Charcas, 158.
Cheasepeak, 143.
Chiapas, 234, 411.
Chile, 158, 214, 273, 353, 361, 393.
Chimborazo, 214.
Chipre, 21.
Deyà, 396.
Diego Ramírez (isla), 214.
Durango, 235.
Ecuador, 389.
Egipto, 20.
España, 15, 24, 27, 30, 31, 59, 93, 94, 97, 99, 106, 123, 130, 131, 132, 146, 154, 158, 166, 176, 178, 182, 187, 190, 192, 194, 195, 201, 207, 208, 213, 215, 216, 217, 227, 228, 234, 241, 245, 267, 280, 282, 285, 291, 307, 371, 373, 382, 393.
Española (La) (isla), 138, 158.
Espíritu Santo, 249.
Estados (isla), 218.
Estados Unidos, 142, 146, 148, 165, 170, 171, 188, 191, 192, 371, 372, 373, 375, 382, 385, 386, 393.
Etiopía, 234.
Europa, 21, 84, 85, 86, 165, 170, 241, 271, 346, 347, 349.
Facativa, 284.
Fajardo, 179.
Felanitx, 46, 112, 114, 131, 279, 280, 283, 352.
Filipinas, 133, 135, 140, 172, 173, 175, 190, 191, 195, 214, 231, 235, 237, 276, 277, 278, 279, 280, 287, 293, 298, 299, 307, 331, 333, 336, 349, 353, 354, 356, 361, 410.

Finisterre, 86.
Flandes, 86.
Florencia, 80.
Florida, 136, 141, 142, 144, 145, 146, 148, 149, 235, 249, 373, 374, 386.
Formentera, 21, 40, 41, 56, 61, 62, 63, 130, 330.
Francia, 34, 55, 56, 77, 112, 168, 170, 291, 322, 331, 349, 350, 393.
Friburgo, 165.
Fuerteventura, 90.
Galveston, 372.
Gandía (universidad), 210.
Ganges (río), 218.
Gata (cabo), 218.
Génova, 35, 85, 90, 106, 110, 119.
Gerona, 222.
Gibraltar, 215, 216.
– estrecho, 21, 78, 84.
Gijón, 319.
Ginebra (república), 165.
Gran Bretaña, 144, 213.
Gran Canaria, 90, 96.
Gran Catlar, 22.
Granada, 190, 253.
Granollers, 222.
Grecia, 21.
Groelandia, 114, 139.
Guadalajara (México), 256, 257.
Guadalupe, 169.
Guaira, 169, 339, 340.
Guantánamo, 184.
Guatemala, 158, 249, 250, 411.
Guayaquil, 214, 339.
Habana (La), 150, 169, 185, 187, 192, 318, 335, 339, 340, 342, 368, 408.
– universidad, 220.
Hélade, 21.
Hispanoamérica, 332.
Holguín, 184, 192.
Hornos (cabo), 214.
Huasteca, 411.
Huesca, 284, 285.
Hungría, 229.
Ibao, 236.
Iberoamérica, 361.
Ibiza, 21, 35, 40, 41, 51, 56, 61, 62, 63, 118, 119, 130, 131, 175, 189, 195, 219, 221, 222, 280, 286, 313, 330, 332, 334, 336, 341, 342, 343, 354, 355, 368, 408, 409, 410, 418.
Iloilo, 280.
Illocos, 278, 279.
Inca, 45, 46, 48, 130, 131, 265, 352.
India, 236, 333.
Indias, 15, 23, 24, 27, 59, 60, 87, 95, 99, 114, 118, 128, 129, 131, 132, 135, 172, 218, 230, 231, 234, 238, 275, 287, 294, 307, 311, 317, 372, 388, 417.
Inglaterra, 86, 114, 145, 215, 216, 291.
Insulindia, 236.
Irlanda, 165.
Isabela (La), 138.
Italia, 53, 54, 276.
Jalpan, 383.
Jamba, 129.
Jamestown, 143.
Japón, 236, 410.
Jerusalén (universidad), 118.
Juan Fernández (archipiélago), 214.
Ke Ca, 276.
Knoxville, 371.
Labrador (península), 139.
Lanzarote, 96.
Lepanto, 53, 55.
Leyte, 235, 236.
Lieja, 166.
Liguria, 110.
Lima, 157, 160.
Lisboa, 86.
Livorno, 317.
Londres, 86, 138, 165, 216, 338.
Loreto, 252.
Luisiana, 248, 371.
Luzón, 235, 236, 237, 278, 279.
Llanos (Los), 275.
Llucmajor, 46, 130, 131, 204, 414.
– batalla, 36.
Mactán, 235.
Madeira, 90.
Madrid, 118, 159, 161, 164, 169, 189, 213, 242, 245.
Maestra (sierra), 192.
Maestrazgo (sierra), 177.
Magallanes (estrecho), 217.
Magdalena (río), 284.
Magreb, 74, 87, 88.
Mahón, 49, 217.

Maire (estrecho), 218.
Málaga, 190, 253, 319, 342.
Malate, 238.
Malí, 74.
Malta, 21.
Malvinas (islas), 214.
Mallorca, 21, 22, 23, 38, 48, 49, 61, 62, 72, 73, 74, 80, 86, 89, 90, 95, 96, 97, 102, 103, 104, 110, 112, 114, 130, 139, 159, 161, 174, 175, 178, 216, 243, 247, 253, 263, 277, 279, 285, 293, 311, 315, 316, 319, 332, 352, 353, 354, 359, 379, 392, 393, 394, 397, 398, 399.
– universidad, 292.
Mallorca (Reino), 50, 79, 330.
Manacor, 46, 48, 249, 352, 353.
Mancha (canal), 85.
Manila, 218, 236, 237, 278, 280.
Mann (isla), 372.
Mantua, 185.
Marianas (islas), 140, 172, 191.
Marruecos, 179, 190.
Masbate, 235.
Matanzas, 185, 187, 335, 339.
Mataró, 222.
Matge (Son), 22.
Mayagüez, 179, 335.
Mediterráneo (mar), 20, 21, 23, 26, 31, 32, 52, 55, 67, 69, 72, 78, 84, 85, 157, 376.
Melbourne, 281.
Mendoza, 361.
Menorca, 21, 22, 40, 48, 49, 51, 60, 61, 62, 130, 144, 145, 146, 148, 174, 175, 213, 216, 217, 313, 341, 350, 352, 354, 355, 366, 373, 392.
Mercadal, 146.
Mesopotamia, 20.
México, 157, 158, 179, 190, 199, 200, 234, 235, 237, 239, 240, 245, 254, 256, 257, 260, 265, 268, 271, 272, 273, 282, 283, 372, 380, 389, 411, 412, 413.
– golfo, 249.
Miami, 386.
Michoacán, 239.
Mindanao, 191, 214, 235, 336.
Mississipi (río), 248, 372.
Mixoacan, 249.
Mogador, 213.
Mompós, 284.
Monterrey, 151, 153, 154, 155, 214, 256, 263, 265, 270, 272, 283, 294, 303, 380.
Montevideo, 214, 335, 339, 368.
Montpellier, 34, 292.
– universidad, 29.
Montple, 22.
Montuïri, 114, 246.
Moore (río), 281.
Muro, 351.
Nápoles, 46, 48, 54, 80, 157.
– universidad, 29.
Narvacán, 279.
Navarino (batalla), 331.
Negro (mar), 78.
Nervi, 106.
New Hampshire, 373.
New Smyrna, 144, 145.
Ninh Nghia, 276.
Nombre de Dios, 158.
Norte (mar), 85.
Norteamérica, 139, 145, 148, 165, 329, 335, 336, 342, 371.
Nueva California, 198, 255, 257, 270, 272.
Nueva Esmirna, 146, 373.
Nueva España, 133, 140, 141, 154, 157, 235, 243, 246, 249, 414.
Nueva Galicia, 158.
Nueva Granada, 157, 158, 159, 161, 170, 238.
Nueva Inglaterra, 139.
Nueva Orleans, 171, 335, 342, 372.
Nueva Vizcaya, 158.
Nueva York, 170, 332, 372, 373.
Nueva Zelanda, 214.
Nuevas Hébridas, 214.
Nuevo León, 282, 283, 379.
Nutka, 154, 214.
Oaxaca, 245, 247, 249.
Oceanía, 280.
Ocumare, 170.
Orinoco (río), 238, 299.
Pacífico (océano), 140, 150, 151, 153, 154, 155, 179, 214, 235, 257, 280.
Países Bajos, 166.
Palaos, 172.
Palauan, 235.

Palay, 235.
Palestina, 20.
Palma de Mallorca, 39, 45, 130, 153, 159, 162, 182, 197, 199, 210, 212, 237, 238, 253, 263, 270, 272, 276, 279, 284, 292, 319, 320, 321, 322, 323, 333, 335, 338, 375, 387, 398, 416.
Palma Soriano, 192.
Palos de Moguer, 57, 114, 119.
Panamá, 150, 158, 214.
Panay (isla), 236, 238.
Paraguay, 133, 214, 273, 275, 276, 300, 409, 410.
Paralejo (batalla), 185.
Paraná (río), 275.
París (tratado), 181, 213.
París, 73, 77, 80, 206, 373, 394.
– universidad, 29.
Pascagoula, 371.
Pérsico (golfo), 74.
Perú, 158, 159, 218, 234, 235, 273, 274, 332, 361, 411.
Petra, 46, 48, 130, 131, 253, 260, 269, 379, 385.
Phem Phao, 276.
Piacenza, 106.
Pinar del Río, 185, 186, 188.
Pirineos, 216.
Pitiusas (islas), 63, 330.
Plata (La), 361, 367.
Pobla (La), 351.
Pollensa, 104, 352, 353, 367, 396.
Ponce, 178.
Pontevedra, 106.
Porreres, 46, 130, 131, 238, 247, 263.
Portsmouth, 373.
Portugal, 77, 81, 114, 234, 241.
Provincias Unidas de Holanda, 165.
Puebla, 411.
Puebla de los Ángeles, 247, 249.
Puerto Príncipe, 171, 183, 185.
Puerto Rico, 129, 133, 150, 171, 172, 176, 177, 178, 179, 180, 221, 222, 243, 254, 260, 283, 328, 335, 339, 342, 356, 361, 375.
Querétaro, 197, 240, 241, 243, 245, 246, 247, 249, 250, 256, 257, 260, 377, 379, 383, 385.
Quito, 158, 389.
Randa, 292.
Rávena, 276.
Remedios, 220.
Río de Janeiro, 335.
Río de la Plata, 158, 214, 273.
Río Verde, 249.
Roma (Imperio), 21.
Rosario, 361.
Rosellón, 34.
Rubí (batalla), 187.
Sabine Pass, 372.
Sagres, 76, 77.
Salamanca, 163.
Salinas (Las), 56.
Salvador (El), 393.
Samar, 235.
San Agustín, 142, 143, 145, 146, 148, 373, 385, 386.
San Antonio, 263, 264, 270, 271.
– río, 263.
San Bernabé, 141.
San Blas, 150, 151, 152, 155, 156, 168, 169, 171, 256, 257.
San Carlos de Monterrey, 154, 257, 302.
San Diego, 151, 153, 154, 252, 256, 257, 263, 266, 269, 272, 294, 303, 383.
San Fernando de Nuevitas, 171.
San Fernando de Vellicatá, 153.
San Francisco, 199, 244, 303.
San Juan, 130, 194, 269.
San Juan de Puerto Rico, 283, 284, 318, 335, 340, 375.
San Lázaro (archipiélago), 235.
San Lucas (cabo), 141.
San Miguel (río), 263.
San Petersburgo, 150.
San Salvador, 112.
Santa Ana, 256.
Santa Clara, 185.
Santa Cruz de Tenerife, 316.
Santa Eulalia, 56, 409.
Santa Fe de Bogotá, 158, 160, 161.
Santa Margalida, 46, 48, 352.
Santa María, 153.
Santander, 189, 319.
Santanyí, 46, 131, 282.
Santiago de Cuba, 181, 185, 189, 193, 335.
Santo Domingo, 133, 179, 182, 185, 190, 222.

Santo Rosario, 276.
Sassari 245.
Savona, 106.
Senegal, 79, 90.
Sevilla, 57, 90, 106, 139, 140, 155, 216, 319, 410.
Sicilia, 21, 157.
Sineu, 247, 352, 371, 392.
Siria, 20.
Sóller, 22, 46, 138, 284, 374.
Sonora, 152, 255, 267.
Sudán, 88.
Suiza, 165.
Sur (mar), 151.
Szeged, 229.
Tamaulipa, 247.
Tarragona, 104, 138.
Telde, 96.
Tenerife, 317.
Tennesse, 371.
Tepic, 256.
Texas, 246, 248, 249, 372.
Texcoco, 411.
Tierra de Fuego, 214, 218.
Toledo, 285.
Tonkín, 276, 277.
Tortosa, 96.
Tra Lao, 276.
Trac Bi, 276.
Trafalgar (batalla), 217.
Trepucó, 22.
Trinidad, 169, 335.
Tucumán, 158, 273, 275, 276, 361.
Tudela, 190.
Túnez, 55, 293.
Uruguay, 369.
Valencia, 139, 190, 245, 333, 388.
Valparaíso, 214.
Valladolid, 190, 245, 284.
Valldemosa, 22, 46, 395, 396, 398.
Vallespir, 34.
Vancouver, 154.
Venezuela, 133, 158, 169, 170, 171, 209, 210, 211, 238, 361.
Veracruz, 242, 243, 254, 340, 411.
Versalles (tratado), 213.
Vich, 280.
Vicksburg, 372.
Virginia, 143, 372.
Washington, 260, 372, 380.
Yorkshire, 165.
Yucatán, 158.
Zacapu, 249.
Zape, 235.
Zaragoza, 86.

COLECCIONES MAPFRE 1492

Las Colecciones MAPFRE 1492 son el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Son 19 en total y suman más de 250 títulos entre todas.

AMÉRICA 92
INDIOS DE AMÉRICA
MAR Y AMÉRICA
IDIOMA E IBEROAMÉRICA
LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS
IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO
REALIDADES AMERICANAS
CIUDADES DE IBEROAMÉRICA
PORTUGAL Y EL MUNDO
LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA
RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA
ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS
ARMAS Y AMÉRICA
INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA
EUROPA Y AMÉRICA
AMÉRICA, CRISOL DE LOS PUEBLOS
SEFARAD
AL-ANDALUS
EL MAGREB

COLECCIÓN
PORTUGAL Y EL MUNDO

Portugal en el mundo: un itinerario.

Portugal entre dos mares.

La ciencia náutica portuguesa.

Portugal en las islas del Atlántico.

Portugal en el África negra atlántica.

Portugal en el Brasil.

Trilogía Portugal y Oriente:

- El proyecto indiano del Rey Juan hasta la llegada de los holandeses al Índico (1481-1596).
- Decadencia, refundación y supervisión del Asia portuguesa.
- Viajeros y aventureros portugueses en Asia.

Derecho e instituciones portuguesas en África y Brasil.

COLECCIÓN
EL MAGREB

El protectorado de España en Marruecos.
El Magreb y España.
España en el Norte de África, siglos XV y XVI.
Españoles en el Magreb, siglos XIX y XX.
España - Magreb, siglo XXI.
Los moriscos antes y después de la expulsión.
Portugal en el Magreb.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de enero de 1992.

El libro *Baleares y América*, de Bartolomé Escandell, forma parte de la Colección «Las Españas y América», dirigida por el profesor Mario Hernández Sánchez-Barba, Catedrático de Historia de América en la Universidad Complutense de Madrid.

COLECCIÓN LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

- Castilla y América.
- Baleares y América.

En preparación:

- Navarra y América.
- Aragón y América.
- Madrid y América.
- Valencia y América.
- Extremadura y América.
- Galicia y América.
- Cataluña y América.
- Canarias y América.
- Andalucía y América.
- Asturias y América.
- Cantabria y América.
- Vascongadas y América.
- Rioja y América.
- Los murcianos y América.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y post-colombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

9 788471 003232

Bartolomé Escandell

BALEARES Y AMÉRICA

COLECCIÓN LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA